

LA REVOLUCIÓN DE JULIO EN 1854

Cristino Martos



Ciento setenta años de *La Vicalvarada* (1854-2024)

Colección Derecho Histórico

Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado

LA REVOLUCIÓN DE JULIO EN 1854

LA REVOLUCIÓN DE JULIO
EN 1854

CRISTINO MARTOS

Ciento setenta años de *La Vicalvarada*
(1854-2024)



COLECCIÓN DERECHO HISTÓRICO

AGENCIA ESTATAL BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO

MADRID, 2023

Primera edición: septiembre de 2023.

En cubierta: *Escena de la revolución de 1854 en la Puerta del Sol*, por Eugenio Lucas

En contraportada: Los combatientes en las barricadas desfilan en la Puerta del Sol ante Espartero

© Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado, para esta edición.

La AEBOE no se solidariza con las opiniones sostenidas por los autores de los originales publicados.

Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons-Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional-CC BY-NC-ND 4.0



<https://cpage.mpr.gob.es>

NIPOS AEBOE: 090-23-134-4 (edición en papel)
090-23-135-X (edición en línea, PDF)

ISBN: 978-84-340-2947-7
Depósito Legal: M-27084-2023

Imprenta Nacional de la Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado
Avda. de Manoteras, 54. 28050 MADRID

ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
ESTUDIO INTRODUCTORIO	IX
I. Apuntes biográficos de Luis José Sartorius	IX
II. El pronunciamiento que desembocó en revolución	XIII
III. El balance en los «Episodios Nacionales» de Galdós	XVII
IV. El autor: Cristino Martos	XX
Bibliografía	XXIII
Edición facsímil de <i>La revolución de julio en 1854</i> , Madrid, Imprenta del Colegio de Sordomudos y de Ciegos, 1854, obra de Cristino Martos y Balbi	25

ESTUDIO INTRODUCTORIO

I. APUNTES BIOGRÁFICOS DE LUIS JOSÉ SARTORIUS

Luis José Sartorius y Tapia, conde de San Luis y vizconde de Priego, nació en San Fernando (Cádiz), el 19 de marzo de 1815, y falleció en Sevilla el 22 de febrero de 1871.

Sus orígenes familiares eran aristocráticos, pues fue su abuelo paterno el general barón Rossenegg, quien estuvo al servicio del emperador de Austria. Su padre, Andrés Sartorius Trier, nació en Marburgo, ciudad del Hesse-Electoral (Alemania). También fue militar de carrera; radicado en España, participó en la guerra de la Independencia y en 1819 fue nombrado agregado al Estado Mayor en Sevilla, ciudad en la que permaneció hasta su muerte en 1838.

Sartorius hijo inició la carrera de jurisprudencia en la universidad de Sevilla, pero en 1836 se trasladó a Madrid para terminarla. En la capital entabló conocimiento con dos personajes clave en su vida política, Bravo Murillo y Andrés Borrego, quienes le aconsejaron su ingreso en el partido moderado, e inició una carrera periodística en diarios vinculados con dicho partido. En concreto, destacaron sus trabajos en *La Verdad* y *El Porvenir*. En 1838, en un acto que tuvo lugar en el *Liceo Artístico y Literario*, fue presentado a la reina madre María Cristina de Borbón, a la que causó grata impresión: años después, en *El Herald*, Sartorius orquestó una feroz campaña contra la regencia de Espartero, lo que no debió pasar inadvertido a la reina madre, exiliada en París tras su renuncia.

Tras el fin de la regencia de Espartero, en 1843, decidió dedicarse activamente a la política, puesto que ya contaba con la poderosa protec-

ción de María Cristina, a la que se sumaron las simpatías del general Narváez, que fue quien le hizo ministro por primera vez en 1847, ocupando la cartera de Gobernación desde el 4 de octubre de ese año hasta el 19 de octubre de 1849, y volviendo a ocupar la misma cartera, también siendo presidente del Gobierno el general Narváez, desde el 20 de octubre de 1849 hasta el 10 de enero de 1851.

Su gestión como ministro de la Gobernación —que se vio recompensada por la reina Isabel II, por Real Decreto de 6 de noviembre de 1848, con el título conjunto de conde de San Luis y vizconde de Priego—, fue contradictoria y polémica. En el haber de dicha gestión figuran la fundación de la Escuela de Ingenieros de Montes; el fomento de la conservación y aumento del parque forestal español; la Ley para los empleados del Ministerio de la Gobernación, de forma que los destinos se lograsen por méritos, evitando así los favoritismos; la protección de la enseñanza primaria; la reforma de la Puerta del Sol de Madrid, que se iniciaría en 1856; el inicio de las obras para la venida de aguas a la capital y la terminación de la construcción del Teatro Real. También reglamentó por primera vez en España la propiedad intelectual: él mismo fue un gran mecenas de artistas y literatos.

Sin embargo, esta gestión positiva quedó oscurecida por su actuación en las elecciones del 31 de octubre de 1850, en las que favoreció descaradamente a Narváez y sus amigos, obteniendo éstos una mayoría tan abrumadora (en el denominado irónicamente *Congreso de Familia*), que el gobierno Narváez terminaría por caer en enero de 1851, produciéndose la subida al poder de Juan Bravo Murillo.

El 19 de septiembre de 1853, el conde de San Luis renació de sus cenizas ya que, agotada la alternativa de Bravo Murillo, y tras dos breves gobiernos de transición de los generales Roncali y Lersundi, fue nombrado presidente del Consejo por la reina Isabel II.



Retrato de Luis José Sartorius, Congreso de los Diputados

Ello produjo estupor, incluso en los círculos moderados, pues Sartorius no contaba con una amplia trayectoria política. Para Antonio Pirala, las razones del nombramiento se debían a que Sartorius era una criatura política de María Cristina y de su esposo morganático Fernando Muñoz. La evolución de su gabinete se refleja en el cuadro siguiente:

19 de septiembre de 1853 a 17 de julio de 1854			
Presidencia del Consejo.	Luis José SARTORIUS TAPIA, Conde de San Luis.	19.09.1853.	17.07.1854.
Estado.	Ángel CALDERÓN DE LA BARCA.	19.09.1853.	17.07.1854.
Gracia y Justicia.	José de CASTRO Y OROZCO.	19.09.1853	16.01.1854
	Jacinto Félix DOMENECH, interino.	16.01.1854.	17.07.1854.
Guerra.	Anselmo BLASER.	19.09.1853	17.07.1854
	Eduardo FERNÁNDEZ SAN ROMÁN, interino durante la ausencia del titular.	7.07.1854.	17.07.1854.
Marina.	Mariano ROCA DE TOGORES CARRASCO, Marqués de Molins.	19.09.1853	17.07.1854
	Agustín ESTEBAN COLLANTES, interino hasta la llegada del titular.	19.09.1853	30.09.1853
	Agustín ESTEBAN COLLANTES, interino durante la ausencia del titular.	19.10.1853.	8.11.1853.
Hacienda.	Jacinto Félix DOMENECH.	19.09.1853.	17.07.1854.
Gobernación.	Luis José SARTORIUS TAPIA, Conde de San Luis.	19.09.1853.	17.07.1854.
Fomento.	Agustín ESTEBAN COLLANTES.	19.09.1853.	17.07.1854.

Escéptico ante las ideas, hombre práctico y sin escrúpulos, amante de la riqueza y de la ostentación, imprudente en el manejo de los fondos públicos y con una gran capacidad para cerrar los ojos ante negocios turbios, no dudó en beneficiar con cargos y ventajas a quien le podía proporcionar beneficios económicos o políticos. El caso más escandaloso fue el trazado del ferrocarril de Madrid a Irún, pues la *Compañía de Ferrocarriles del Norte* indemnizaba con 40.000 duros por kilómetro expropiado que la vía férrea atravesase, resultando de ello un trazado arbitrario que, a todas luces, favorecía los intereses de propietarios influyen-

tes, incluida la Casa Real y, en concreto, el grupo formado por la reina madre, su esposo el duque de Riánsares y sus allegados.

El asunto de las concesiones ferroviarias fue el que precipitó su estrepitosa caída y con ella la del partido moderado, pues fue éste el último gobierno de este partido, antes de la revolución de 1854. Sartorius había presentado un proyecto de Ley confirmando todas las concesiones de explotación hechas sobre las nuevas líneas de ferrocarriles y lo había enviado al Congreso de los Diputados, dirigiendo al Senado una súplica para que se inhibiese de tratar este asunto, pendiente de votación en la Cámara Alta. El Senado se negó a ello y se produjo la votación el 9 de diciembre de 1853, siendo derrotado el gobierno. Al día siguiente de perder la votación, Sartorius disolvió las Cortes y procedió a desterrar a los generales que más se habían destacado en la protesta: el marqués del Duero, Infante, José de la Concha, Armero y O'Donnell y a preparar el confinamiento de los generales Zabala, Chacón, Serrano, San Miguel y Manzano, además de destituir de sus puestos en el Tribunal de Guerra y Marina al barón de Meer, Torre Trasierra, Arteaga y Palafox, Cabrera, Moreno, Van Halen y otros. Lo más grave es que disolvió las cámaras sin convocar elecciones, gobernando dictatorialmente por decreto, y labrando de este modo su desprestigio político, el del partido moderado y el de la propia Corona.

Al finalizar el *Bienio Progresista* en 1856, Sartorius fue nombrado embajador ante la Santa Sede. A su regreso a España volvió a la política como diputado moderado, siendo presidente del Congreso de los Diputados durante las últimas Cortes de Isabel II. Como quedó dicho, murió en Sevilla el 22 de febrero de 1871 y está enterrado en el Panteón de Sevillanos Ilustres.

II. EL PRONUNCIAMIENTO QUE DESEMBOCÓ EN REVOLUCIÓN

Una coalición militar —movida por un deseo unánime de salvaguardar el liberalismo y combatir el absolutismo de los conocidos como *polacos* y de quienes en palacio les apoyaban: la reina madre, el rey consorte y la propia Isabel II—, no escatimó medios ni energías para hacer caer el gobierno del conde de San Luis. La prensa se unió al sentimiento de los militares publicando, el 29 de diciembre de 1853, un manifiesto conjunto al que se adhirieron en el mes de enero de 1854 escritores y políticos tanto progresistas como moderados. El gobierno del conde de San

Luis reaccionó multando y suprimiendo la prensa, dejando abiertos nada más el periódico oficial, la Gaceta y *El Herald*, su propio periódico. La impopularidad del conde de San Luis adquirió proporciones gigantescas.

José Luis Comellas indica que se deben distinguir dos momentos en la conocida como *Vicalvarada*.

En primer lugar, un clásico gran pronunciamiento militar, siendo el alma de éste el general O'Donnell, quien se había logrado ocultar en diversos escondrijos madrileños. Comienza con una concentración de tropas en el *Campo de Guardias* el día 28 de junio, trasladadas a Vicalvaro el día 30. Según Comellas, O'Donnell aspira a restablecer la Constitución de 1845 en su integridad, sin contar con el concurso de los progresistas, pues ello hubiera supuesto ceder el protagonismo a su ídolo, el general Espartero. El día 30 de junio tiene lugar un choque de las tropas de O'Donnell con los gubernamentales, de muy incierto resultado, lo que desemboca en una situación de parálisis hasta el día seis de julio. Es entonces cuando se difunde el denominado *manifiesto de Manzanares*, redactado por un joven Cánovas del Castillo, entonces haciendo las veces de secretario de O'Donnell. Su texto es el siguiente:

«Españoles: La entusiasta acogida que va encontrando en los pueblos el Ejército liberal; el esfuerzo de los soldados que le componen, tan heroicamente mostrado en los campos de Vicalvaro; el aplauso con que en todas partes ha sido recibida la noticia de nuestro patriótico alzamiento, aseguran desde ahora el triunfo de la libertad y de las leyes que hemos jurado defender.

Dentro de pocos días, la mayor parte de las provincias habrá sacudido el yugo de los tiranos; el Ejército entero habrá venido a ponerse bajo nuestras banderas, que son las leales; la nación disfrutará los beneficios del régimen representativo, por el cual ha derramado hasta ahora tanta sangre inútil y ha soportado tan costosos sacrificios. Día es, pues, de decir lo que estamos resueltos a hacer en el de la victoria.

Nosotros queremos la conservación del trono, pero sin camarilla que lo deshonre; queremos la práctica rigurosa de las leyes fundamentales, mejorándolas, sobre todo la electoral y la de imprenta; queremos la rebaja de los impuestos, fundada en una estricta economía; queremos que se respeten en los empleos militares y civiles la antigüedad y los merecimientos; queremos arrancar los pueblos a la centralización que los devora, dándoles la independencia local necesaria para que conserven y aumenten sus intereses propios, y como garantía de todo esto queremos y plantaremos, bajo sólidas bases,

la Milicia Nacional. Tales son nuestros intentos, que expresamos francamente, sin imponerlos por eso a la Nación.

Las Juntas de gobierno que deben irse constituyendo en las provincias libres; las Cortes generales que luego se reúnan; la misma Nación, en fin, fijará las bases definitivas de la regeneración liberal a que aspiramos. Nosotros tenemos consagradas a la voluntad nacional nuestras espadas, y no las envainaremos hasta que ella esté cumplida.

Cuartel general de Manzanares, a 7 de julio de 1854. El general en jefe del Ejército constitucional, Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena».

En el manifiesto no se menciona la convocatoria de cortes constituyentes, pero sí dos factores muy deseados por el pueblo: rebaja de impuestos y reforzamiento de la Milicia Nacional.

Es difícil calibrar el alcance del manifiesto, pero su amplia difusión desatascó el movimiento, comenzando la segunda fase, la de la revolución popular. El lunes 17 de julio, a la salida de la habitual corrida de toros de la tarde, una multitud cada vez más numerosa se concentra en la Puerta del Sol con gritos en contra de Cristina y Sartorius. Como en París en 1848, se levantan barricadas y la lucha entre pueblo y tropa se prolonga hasta el día 19 de julio.

Ante el violento cariz que tomaban los acontecimientos, el día 17 de julio de 1854, Luis Sartorius presentó su dimisión a la reina, que la aceptó inmediatamente, y encargó formar nuevo gobierno al general Fernando Fernández de Córdoba, hasta ese momento director general de Infantería, quien a las cuarenta y ocho horas fue sustituido por el duque de Rivas.

Nada más conocerse la noticia de la dimisión de Sartorius, la reacción de la calle no se hizo esperar. Los madrileños festejaron la caída del conde de San Luis con un grave estallido de violencia popular, materializada en el asalto y saqueo de la casa de Sartorius.



Saqueo del palacio de Luis José Sartorius, grabado de la época

Cuadros, muebles y otros enseres fueron arrojados por los balcones y después quemados, siguiendo la misma suerte las casas de los ministros Calderón Collantes y Domenech, y las del general conde de Vistahermosa, el banquero Salamanca y el conde de Quinto, así como el palacio de la calle de las Rejas, domicilio habitual de la reina madre María Cristina de Borbón y de su familia, que se tuvieron que refugiar en el palacio real, mientras el conde de San Luis corrió a hacerlo en la embajada de Francia. A las siete de la mañana del 28 de agosto, María Cristina y Muñoz abandonaron el palacio real con destino a la frontera portuguesa y Sartorius se dirigió, disfrazado, a Francia.

El estallido de violencia alcanzó al, hasta entonces, omnipotente jefe de la policía de Madrid, Francisco García Chico, íntimamente unido a Sartorius. Según el clamor público, raro era el negocio turbio que se diera en la ciudad, que no tuviera el beneplácito de García Chico. Éste era un gran amante del arte y ya fuera como fruto directo de sus acciones extralaborales o pertenecientes a algún requisado que no llegara a los almacenes de la policía, el caso es que Chico custodiaba en su casa una colección digna del mayor de los coleccionistas, con más de 700 cuadros entre los que se acumulaban obras de Velázquez, Rubens, Durero, Murillo y hasta más de 50 Goyas, según lo que comentaban las lenguas

de por aquel entonces. Cuando estalló la Vicalvarada en julio de 1854 y el pueblo tomó el poder de las calles, no faltaron una gran lista de extorsionados, agraviados y amantes despechadas que se personaron en su casa de la plaza de los Mostenses para ajustarle cuentas. Sin muchos miramientos tiraron su puerta abajo y arrastrándolo sobre el mismo colchón en el que dormía, lo llevaron en volandas hasta la plaza de la Cebada, donde sin más juicio ni justicia que la que el policía había desempeñado durante toda su vida, lo condenaron a muerte y lo ajusticiaron en la fuente de la calle Toledo, bajo el fuego de las armas del pueblo.

El día 19 de julio, cesado el duque de Rivas y ante la situación de desgobierno, se constituyó en Madrid una Junta de Seguridad presidida por el prestigioso Evaristo San Miguel, quien aconsejó a una asustada Isabel II que llamase al poder a Espartero. El día 27 de julio, éste realiza su entrada triunfal en Madrid, en la que, de noche y de manera discreta, también llega por fin Leopoldo O'Donnell. La solución final será la designación de Espartero como presidente del Consejo y de O'Donnell como ministro de la Guerra, de tal forma que en el nuevo gabinete van a coexistir dos personalidades condenadas a no entenderse.

En 1856, con un proyecto progresista fracasado de Constitución Espartero abandonaría, ya definitivamente, el poder. En cuanto a O'Donnell, no tardaría, víctima de intrigas palatinas, en ser sustituido por Narváez, aunque retornaría en 1858 con su proyecto de *Unión Liberal*. En todo caso, 1854 fue un aviso para la Corona que Isabel II no atendió, y que dejó en el ambiente la idea de que el progresismo nunca conseguiría con la monarquía isabelina una alternancia pacífica en el poder, con lo que el movimiento puede ser considerado como un ensayo de 1868.

III. EL BALANCE EN LOS «EPISODIOS NACIONALES» DE GALDÓS

En su episodio nacional «La revolución de julio», escrito entre septiembre de 1903 y marzo de 1904, don Benito Pérez Galdós traza una descripción desmitificadora y triste del significado de aquel acontecimiento que, cuando tuvo lugar, no pudo vivir pues contaba con apenas once años, pero que escuchó narrar a muchos de sus protagonistas. La sensación que el eximio novelista nos transmite es la de una ocasión perdida en la que, una vez más, el pueblo engañado y manipulado por los poderosos, se dejó llevar de falsas esperanzas:



El general Espartero por Jean Laurent, *circa* 1865

«Vi las hogueras en que ardían los muebles de Salamanca, calle de Cedaceros; vi las quemazones en la casa de San Luis, calle del Prado, esquina al León; vi otros juegos de pirotecnia en diferentes calles donde vivían hombres aborrecidos. De dos a tres de la madrugada, la tropa mandada por Gándara iba calmando el furor de quemazones. En Cedaceros y Carrera de San Jerónimo cayeron ciudadanos que andaban por allí de mirones, mientras que los incendiarios escapaban con veloz carrera.

En otros puntos de Madrid hubo tiroteo y lucha cuerpo a cuerpo entre paisanos y tropa, y por todas partes se iba revelando la autoridad, como si saliera de un eclipse o despertara de un pesado sueño. Hasta en el paso de la gente que iba en retirada, se conocía que no

estábamos ya huérfanos de gobernantes: aún no se veía la mano dura; pero su acción la sentíamos todos.

El carnaval revolucionario con chafarrinones de sangre y fuego se acababa pronto. Los Dioses, envidiosos del Hombre, lo reducían a breves horas. En éstas, los bromazos no llegaron al trágico desenfreno de las revoluciones más señaladas en la Historia. Casi todos los muertos eran de la clase humilde. El carnaval de la turba emancipada ofreció la tremenda ironía de que, vistiéndose de jueces, las máscaras resultaron víctimas. Todo el furor que al pueblo enardecía en las primeras horas de la noche, quedó reducido a un soez pataleo delante de las casas en que habían vivido los tiranuelos, a gritar con aullidos patrióticos, y a quemar sillas y mesas inocentes, cuadros y cortinajes. No arrastraron a nadie, no quitaron de en medio a los que con voces roncas llamaban rateros y truhanes. Pagaron el pato los objetos de carpintería y tapicería, venganza popular harto benigna... Pensaba yo que la destrucción de muebles de lujo es un hecho favorable a los progresos de la industria y a la renovación de formas suntuarias. Los ebanistas y decoradores de casas ricas estaban de enhorabuena, así como los que inventan nuevos estilos de sillas y sofás. El fuego perjudicaba poco a los Salamancas y Sartorius, y beneficiaba providencialmente a los fabricantes.

(...)

Retíreme a casa cuando amanecía. Triste era el aspecto de las calles donde hubo fogatas. Por ellas desfilaban presurosos los transeúntes como gato escaldado. Ceniza y tizones quedaban, restos humeantes, en los cuales revolvían merodeadores rapaces. Cadáveres vi en la calle de Cedaceros y en la del Baño; los heridos se retiraban por su pie si podían, o eran auxiliados por gentes caritativas, que nunca faltan. En la Puerta del Sol vi bastante tropa y Guardia Civil; las puertas del Principal, cerradas a piedra y barro. De lejanas calles venía rumor de algarada. Ya teníamos otra vez Gobierno, ya teníamos autoridad. Entre los grupos se deslizaban, todavía medrosos, algunos policías vergonzantes.

Sentí lástima de aquella pobre gente, y también admiración muy viva, pues desde la hondura de su vida miserable se lanzaban impávidos a la conquista de una España nueva. Cuanto tenían, las vidas inclusive lo sacrificaban por aquel ideal de pura soñación, y por un programa de Gobierno que no habrían podido puntualizar, si fueran llamados a realizarlo. Y después de pasarse largos días y noches en tan peligrosas andanzas, volvería cada cual a sus obligaciones. El uno seguiría fabricando obleas y lacre; el otro, jeringas, y el tercero vendiendo sanguijuelas, para ganar un triste cocido y vivir estrechamente entre afanes y miserias. Todo lo soñaban, menos llegar a

ser ricos, o al menos, vivir con desahogo. ¡A luchar y a pelearse por un principio fantástico, vagaroso, como las formas de hombres y animales que se dibujan en las nubes! ¡Y luego volver al trabajo, a las privaciones, a la insignificancia! ¿Cómo no admirarles si, en medio de su ruda ignorancia, advierto en ellos una elevación moral que en mí propio y en los de mi clase no veo, no puedo ver, por más que la busco?

(...)

Ved aquí el juicio y la fría opinión, una vez pasado el hervor revolucionario y entibiadas las pasiones que del corazón de los demás pasaban al mío: todo es pequeño, en conjunto. Relativa grandeza o mediana talla veo en la obra del pueblo sacrificándose por renovar el ambiente político de los señoretos y cacicones que vivimos en alta esfera. Menguados son los políticos, y no muy grandes los militares que han movido este zipizape. Pobre y casera es esta revolución, que no mudará más que los externos chirimbolos de la existencia, y sólo pondrá la mano en el figurón nacional, en el cartón de su rostro, en sus afeites y postizos, sin atreverse a tocar ni con un dedo la figura real que el maniquí representa y suple a los ojos de la ciega muchedumbre».

IV. EL AUTOR: CRISTINO MARTOS

Reproducimos en este libro la edición facsímil de *La revolución de julio en 1854, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordomudos y de Ciegos, 1854*, obra de Cristino Martos y Balbi (Granada, 13 de septiembre de 1830-Madrid, 17 de enero de 1893). La segunda parte de la obra se presenta como una narración de la revolución popular de julio debida a *un hijo del pueblo*, ya que en su encabezamiento se distingue entre un pronunciamiento, el de junio, fracasado, y el movimiento popular de julio triunfante. No sabemos si esta segunda parte fue de la autoría del editor o, más bien, obra de Martos que, de esta manera, exponía una crítica velada contra la inoperancia del estamento militar frente al partido moderado.

De orígenes altoburgueses, apenas ingresado en la universidad de Madrid, mostró una resuelta vocación política, que le llevó en 1849 a formar parte del núcleo fundador del partido Demócrata. Tras adscribirse a su sector más extremo, evolucionaría a posiciones más moderadas. De su precocidad en la vida política y jurídica da muestras el que apenas licencia-

do en Derecho en 1852, fuera nombrado fiscal del Tribunal Supremo. Durante el bienio 1854-1856 fue partidario de estrechar la alianza con los progresistas en las Cortes, y su abierta defensa del régimen monárquico le distanció ya para siempre de los sectores más ardorosos de su partido, declarados enemigos de la institución. Ello no impidió su firme deseo en agosto de 1854 por encausar criminalmente a la antigua reina gobernadora María Cristina, protegida en esa situación por el mismo Espartero.

Durante la etapa unionista (1858-1863), Martos se labró un merecido prestigio como abogado penalista, destacando también por su oratoria deslumbrante. Al estar comprometido en la intentona de 1866 de Prim del cuartel de San Gil, recayó sobre él y otros seis demócratas una condena a muerte, lo que le obligó a exiliarse en Francia y, posteriormente, en Portugal. Muy unido al general Prim, fue miembro, tras la revolución de septiembre de 1868, de la Junta Revolucionaria Interina constituida en Madrid el 3 de octubre de ese año, y presidente de la Diputación Provincial. Elegido diputado por Ocaña (Toledo) en las Constituyentes de 1869, el 1 de noviembre de 1869 Prim lo incorporó a su gabinete como ministro de Estado. En el asunto de la elección del nuevo rey, fue firme defensor de la candidatura de Amadeo de Saboya.

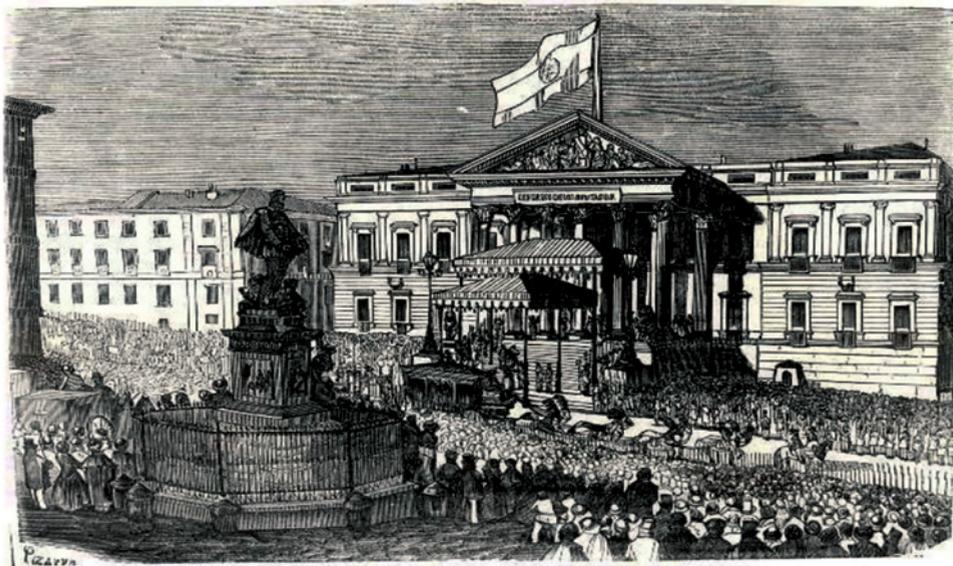


Cristino Martos, grabado publicado en 1893
en *La Ilustración Española y Americana*

En la monarquía de Amadeo I fue de nuevo ministro de Estado en el gobierno presidido por el general Serrano el 4 de enero de 1871.

Partidario de la solución de República centralista y conservadora de Emilio Castelar, tras el golpe de Estado del general Pavía, en 1874 el general Serrano encomendó a Martos el último ministerio que iba a presidir en su vida política, Gracia y Justicia, de enero a mayo de ese año 1874.

Con la Restauración, abandonó la vida política, se refugió en el foro y llegó a presidir la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación para la que fue elegido el 30 de mayo de 1878. Asimismo, fue elegido académico de la Real Academia Española para el Sillón «C», pero no pudo tomar posesión al morir repentinamente el 17 de enero de 1893, aunque ya tenía preparado su discurso. Su verbo arrebatado, combinado con su conocimiento exacto de primera mano de unos hechos de los que fue testigo, convierten *La revolución de julio en 1854* en obra de lectura imprescindible y apasionante, como apasionante fue la trayectoria pública de su autor.



El 8 de noviembre de 1854 Isabel II inaugura la nueva legislatura tras la revolución, que fracasó como Cortes Constituyentes en 1856 (Constitución *non nata* de aquel año)

BIBLIOGRAFÍA

- Isabel Burdiel, *Isabel II, no se puede reinar inocentemente*, edit. Espasa Calpe, 2004.
- Trinidad Ortuzar Castañer, entrada en el *Diccionario biográfico* de la Real Academia de la Historia de Baldomero Espartero.
- José Manuel Cuenca Toribio, entrada en el *Diccionario biográfico* de la Real Academia de la Historia de Cristino Martos.
- Congreso de los diputados, web, <https://www.congreso.es/es/cem/bieprog>
- La Vicalvarada, 140 años después*, por José Fernando Merino Merchán y Óscar Ignacio Mateos de Cabo, en *Revista de las Cortes Generales* n.º 525 (José Luis Comellas, cit. en pags. 130 y ss.).

LA
REVOLUCION DE JULIO

EN 1854,

escrita

POR D. CRISTINO MARTOS,

Y PUBLICADA

POR DON ANSELMO SANTA COLOMA.



MADRID:

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS.

—
1854.

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	<u>PÁGINA.</u>
INTRODUCCION.	3
CAPITULO PRIMERO.—Inútiles esfuerzos de San Luis para desarmar las oposiciones.—Reuniones de los Senadores progresistas y de los conservadores.—Declaracion de la grandeza.—El pueblo en el entierro de Mendizabal.—Apertura de las Cortes.—Derrota del ministerio en la eleccion de secretarios.—Actitud de la prensa.—Torpeza del <i>Heraldo</i> .—Presenta el Gabinete al Congreso su proyecto de ley sobre ferro-carriles.—El Senado nombra la comision de dictamen sobre el proyecto de ley de ferro-carriles, empezado á discutir en la anterior legislatura.—Comunicacion del Gobierno al Senado para que suspenda la discusion sobre su proyecto de ley.—Baladronadas del <i>Heraldo</i> .—Nombramiento de Senadores.—Eligese la comision para que dé su dictámen sobre la comunicacion del Gabinete.—Cuestion de prerogativa.—Exámen de los dos proyectos.—Caligula y el Congreso.—Discurso del marqués de Cáceres.—El duque de Rivas.—Tentativa oratoria de Collantes.—Ros de Olano.—Discurso de San Luis.—Ultima derrota del ministerio.—Clausura de las Cámaras.—Destituciones.—Protesta de los periodistas.—Carta de los escritores.—Destierros.—Hojas sueltas.—Parto de la Reina.—Situacion política del pais.	17
CAPITULO SEGUNDO.—Ciega confianza del gobierno.—Bacanal en casa de San Luis.—Sorpréndele en medio de ella la noticia de los sucesos de Zaragoza.—Cólera y despecho del Conde.—Alzamiento de Hore.—Reseña de los trabajos preparatorios del alzamiento.—Entrevista de Concha con Hore.—Sospechas del gobierno.—Declaraciones de la policia.—Arrestase á un oficial llamado Federico.—Concha se dirige á Barcelona.—Respuesta que dió al comisionado que fué á buscarle.—Pónese Hore en comunicacion con varios progresistas.—Conferencias de Dulce con los gefes del partido liberal de Zaragoza.—Llama el gobierno á Madrid al general Dulce.—Deseos de este de hacer el levantamiento antes de su venida.—Causas que lo impidieron.—Regimientos que estaban comprometidos.—Comentarios que se hicieron en Madrid sobre el mal éxito de la sublevacion.—Relato de la sublevacion.—Pronúnciase el regimiento de Córdoba en la Aljafria.—Refriega de la Guardia civil con los paisanos.—Prenden estos á varios oficiales.—Hore á la cabeza de los sublevados.—Arenga de la caballeria.—El Capitan general.—Vacila el regimiento.—Inclinase á favor del gobierno.—Escóndese entre las filas el primo de Hore.—Actitud de la ciudad.—Efecto que hubiera producido el himno de Riego.—Arrojo de Hore.—Cambio completo de la guarnicion.—Rómpease el fuego.—Los sublevados hacen retroceder á la artilleria.—Traicion de los granaderos.—Asesinato de Hore.—Villacampa.—Retirada de los sublevados.—Detiénense á curar los heridos.—Consejo de oficiales.—Concierto y serenidad con que salieron de la ciudad los sublevados.—Muertos y heridos.—Insensata alegria del gobierno.—El saqueo y la proscripcion en todo su desenfreno.—Invade la policia las redacciones de los periódicos.—Deportaciones de algunos escritores.—Ocúltanse otros muchos.—Destierro de varios hombres politicos.—	

- Atrapollos de la policia.—Ascensos, cruces y bandas.—Retirada de los sublevados de Zaragoza.—Llegan á los valles de Hecho y Anso.—Pasan la frontera de Francia.—Captura del coronel Latorre.—Barbaro fusilamiento de este gefe.—Fisonomía de la capital. . . . 55
- CAPITULO TERCERO.**—La conspiracion.—Sus caractéres especiales.—Lealtad de los conspiradores.—Infidelidad de la policia.—El Muriélaglo.—Convierátese en la crónica de la vida íntima del ministerio.—Aparicion del primer número.—Repártese bajo sobres con filetes negros.—Todos los ministros reciben un ejemplar.—Espanto de los polacos.—Regocijo de la nacion.—Seccion de anuncios.—Retrato de Quinto.—Segundo número.—Desesperacion de Quinto.—Júbilo de la capital.—Alfaro.—Rotalde.—Salamanca.—Carácter de este número.—Número tercero.—La casa de Zangroniz.—Ortega.—Quinto y Domenech.—Blasser.—Vista-hermosa y San Roman.—El empréstito.—Cuarto número.—Sus rasgos característicos.—Insultos á Cristina.—Nuevos negocios.—Un patibulo para los ministros.—Un recuerdo de Merino.—Los conspiradores.—O'Donnell.—Primeros oficiales que se comprometieron.—Serrano, Messina y Manzano.—Personas que auxiliaban de cerca al ilustre general.—Cánovas.—Traslacion del general á otra casa mas segura.—O'Donnell y Dulce.—Regimiento de Extremadura.—Enfermedad del general.—El médico Seoane.—Casa de la calle de la Ballesta.—Lealtad del hojalatero del cuarto bajo.—Trasládase de nuevo.—Lealtad de otro hombre del pueblo.—Fernandez de los Rios.—La policia.—El 13 de Junio.—Fontan y Vega de Armijo.—Incidentes.—Ciega confianza del gobierno.—El 28 de Junio.—Aspecto de la capital.—La opinion pública. . . . 81
- CAPITULO CUARTO.**—Mas pormenores sobre la conspiracion.—El 6 de enero.—Marcha Leon y Medina á Andalucia.—Es enviado á Zaragoza el coronel Garcia.—Narvaez: su conducta.—Comision de Somoza.—Dulce en Madrid.—Leon y Medina en Alcalá.—Gallardon.—El 2 de Junio.—Fitor, Planas y Espiner.—Ceballos.—El dia del Corpus.—Buscan á Messina y Orlando.—Milans del Bosch.—Rivero.—Junta de generales.—Exposicion á la Reina.—Salen las tropas de Alcalá.—Pronúnciase Torrejon.—D. Simon Carriedo.—Dulce en Canillejas.—Llegan las tropas á Vicálvaro.—Falsas alarmas.—Llegan las tropas del gobierno.—Consejo de O'Donnell.—Entusiasmo de los gefes y oficiales.—El coronel Planas.—Trábase la accion.—Conducta de los generales.—Los paisanos.—Valor de los oficiales y soldados.—Garrigó, Reina y Caballero.—Pobil.—Alocucion de Quinto.—Partes de los generales.—Retiranse los pronunciados á Vicálvaro.—Junta de generales.—Retirada desordenada de las tropas del gobierno.—Desgracias.—Longinos victorioso.—Farsas del ministerio.—Actitud del pueblo.—Esplicacion de su conducta. . . . 129
- CAPITULO QUINTO.**—La division libertadora despues del combate de Vicálvaro.—Conferencias de los generales.—Diversidad de pareceres.—Marcha á Aranjuez.—Actitud de los pronunciados en dicho punto.—Mision amigable del brigadier Santisteban.—Revelaciones. Manifestacion de los generales.—Programa político.—Despedida de Santisteban.—El parte del administrador de rentas de Aranjuez.—Rectificaciones.—Comentarios.—Ofrecimiento posterior de retractarse, hecho por el administrador al Sr. Leon y Medina.—Comité de Madrid.—Su objeto.—Comision de Pinedo.—Su entrevista con el general O'Donnell.—Salida de los pronunciados de Aranjuez.—Su llegada á Tembleque.—Compañias de la guarnicion de Toledo.—Pequeña avanzada destacada sobre esta ciudad.—Presentacion de Lallana y otros patriotas.—Marcha de la columna en direccion á Manzanares.—Fisonomía de la capital.—Situacion artificial creada por el gobierno.—Los partes de este y los bandos de Quinto.—Rasgos característicos de la agonía del bando polaco.—Trabajos del comité.—

El centro progresista.—Pónese de acuerdo con el moderado.—Envío de armas.—Esfuerzos unidos de ambos comités.—Significación política de esta union.—Actitud del pueblo.—Ballesteros y el sargento Arias.—Plan de ambos.—Reflexiones sobre los trabajos de los centros conspiradores.—Servicios prestados por D. Andrés Borrego. 161

CAPITULO SESTO.—Sale la division de Tembleque.—Cánovas.—Intriguillas del gobierno para mantener al pueblo en su actitud recelosa.—Desconfianza y silencio de los prohombres del partido conservador y del progresista.—Viaje de Cánovas.—Su llegada á Aranjuez.—Recibimiento que su poblacion hizo á las tropas de Blasser.—Conferencia entre O'Donnell y Cánovas.—Entusiasmo y entereza de la columna sublevada.—Proclama de Manzanares.—Diversas opiniones de sus redactores.—Escrúpulos algunos.—Desvanécense ante la idea de crear un partido nacional y de promover una sublevacion popular.—Reflexiones.—Reconocen los generales al fin el error en que incurrieron al principio.—Comentarios á la proclama.—Consideraciones sobre la promesa de la milicia nacional consignada en ella.—O'Donnell y Saldaña.—Fisonomía de Madrid.—La *Gaceta*.—Agonia del bando polaco.—Cambio obrado en la actitud del pueblo.—Bandos de Quinto.—Trátase de prohibir la conversacion.—El *Heraldo*.—Medidas del Capitan general con la prensa.—Partes del Gobernador de Ciudad-Real.—La toma de Cuenca.—Buceta.—Cándida confianza de las autoridades.—Entrada de los sublevados.—Arrojo de Abascal.—Espanto del Gobernador.—Su huida y la del Comandante general.—Pronúnciase la ciudad.—Alocucion de Buceta.—Formacion de la Junta.—Salida de los sublevados.—Causas que la ocasionaron.—Llegada de Cánovas á Madrid.—Imprímese la proclama.—Efecto que produjo su circulacion.—Aumentase el entusiasmo de hora en hora con las noticias de los pronunciamientos de las provincias.—Divúlgase el de Valladolid.—Aspecto de la capital.—Agonia del ministerio.—El 17 de Julio.—Conclusion. 179

SEGUNDA PARTE.

PRÓLOGO. 221

RESEÑA DE LOS ACONTECIMIENTOS DE LAS JORNADAS DE JULIO Y DE LOS DE LOS DIAS SUBSIGUIENTES HASTA LA ENTRADA EN MADRID DEL DUQUE DE LA VICTORIA.

CAPITULO PRIMERO.—Consideraciones acerca del estado en que se encontraba la opinion el 17 de Julio.—La Union liberal.—Su objeto.—Su inestabilidad.—Aspecto de la corte en las primeras horas del 17.—Documento notable.—Caída de los polacos.—Comocion pública.—Manifestacion en la Plaza de los Toros.—Primeros movimientos del pueblo.—Invasion por este del Gobierno político y de la casa de la Villa.—Ataque y toma del principal por el pueblo.—Junta popular en la casa de la Villa.—Nulidad de dicha junta y su disolucion.—Tiros en la Plaza Mayor.—Acomete el pueblo al palacio de Cristina y las casas de algunos polacos.—Atentado horrible cometido contra el pueblo delante de la casa de Cristina.—Gándara desaloja despues de un reñido combate de la Carrera de San Gerónimo á los que quemaban los muebles de Salamanca. 223

CAPITULO SEGUNDO.—Combate de la calle de Jacometrezo.—Aumenta el furor público lo honorífico de los decretos de admision de la dimision de los polacos.—Córdoba.—Comparacion de este con su ascendiente el Gran Capitan.—Acomete el pueblo las avanzadas de

359

Palacio.—Combate de la calle de Jacometrezo, y en los cuarteles de San Francisco y del Soldado.—Aspecto de Madrid en la mañana del 18.—Garrigó.—Habla al pueblo desde el balcon del Principal.—Carácter de aquella escena.—Garrigó vá con el pueblo á la plazuela de Santo Domingo.—Cesa el fuego.—Se cree terminado el combate.	257
CAPITULO TERCERO. —Insuficiencia de los hombres que estaban al frente del gobierno para dominar la situacion.—Impopularidad de Córdoba.—Nulidad de los demas ministros.—Desconfianza del pueblo.—La guardia civil ocupa la Plaza Mayor.—Actitud hostil de Palacio.—Empiezan á formarse barricadas.—Trabajos de los partidos por volver la revolucion en su provecho.—Energía y sensatez del pueblo.—Se rompe el fuego de nuevo en la Plaza Mayor.—Mata y Alós en la calle Mayor.—El pueblo no sabe si es amigo ó enemigo.—Su estraña conducta.—El combate se encarna de momento en momento.—Garrigó acude á la Plaza Mayor.—Se suspende por un momento el fuego.—El pueblo es fusilado por la Guardia civil.—El fuego se generaliza.—Posiciones respectivas del pueblo y la tropa.—Esfuerzos inútiles para conducir una comunicacion entre el Prado y Palacio.—Combate en la calle de Atocha.—Gándara no puede forzar el paso á pesar de la artillería.—Cesa el fuego al oscurecer.—Dia 19.—Operaciones del dia 19.—Córdoba y el ministerio de las cuarenta horas hacen dimision.—La Reina llama al general Espartero.—Se suspende el fuego.	268
CAPITULO CUARTO. —Generosidad del pueblo despues de la victoria.—Causas que determinan el triunfo del pueblo.—Fuerza militar que combatió con él.—Fuerzas del pueblo.—Espíritu del vecindario de Madrid.—Actitud de la Junta de Salvacion y Defensa.—Su situacion precaria y desairada.—El pueblo sitia al Principal.—Rendicion de este.—El pueblo le ocupa.—Alocucion de San Miguel como Capitan general de Madrid.—La Junta del Sur.—Competencia de las dos Juntas.—Su casi refundicion.—Decretos de la Junta superior.—Pérdida del pueblo y del ejército.—Nuevos actos gubernativos de la Junta.—Actividad de la Junta del Sur.—Exámen de la utilidad de la Junta superior.	295
CAPITULO QUINTO. —El Circulo de la Union.—Su objeto.—Su desarrollo.—Su influencia en la opinion.—Su carácter.—Ansiedad por la venida de Espartero.—Espíritu de los hombres de la revolucion acerca de O'Donnell.—Se activa el alistamiento de la Milicia de Madrid.—Se anuncia la salida de la Reina para recorrer la capital.—Forma la Milicia.—La Reina no sale.—Causas de esto.—Alocucion de la Junta Superior á los ciudadanos de las barricadas, invitándoles á que se retiren á sus casas.—Permanecen sobre las armas.—Urgencia de que se deshiciesen las barricadas.—Llegada de Espartero á Madrid.—Conclusion.	326
APENDICE.	342
Relacion de algunos de los individuos que tomaron una parte activa en la revolucion de Julio de 1854.	344
RECTIFICACION.	346

INTRODUCCION.

I.

ESTAMOS en Agosto de 1854: once años van pasados desde la fecha de funesto recuerdo para la libertad española, de 1843, y al cabo de tan largo periodo de tiempo han vuelto las cosas del Estado casi al punto mismo donde quedaron entonces, y se ha llamado á dirigirlas al hombre á quien se lanzó de aqui con escándalo, y se ha despedido con ignominia á la muger á quien se trajo precedida de las aclamaciones de la victoria y cubierta de las vestiduras del triunfo. Hemos tenido, pues, un largo interregno durante el cual ha enmudecido la verdad, ha sido hollada la razon, mofada la libertad y escarnecida la decencia, y se han levantado tronos á la iniquidad, á la fuerza, á la corrupcion, á las liviandades y al saqueo.

Por lo demas, ni un solo paso ha dado España en todo este tiempo por el camino de la vida, ni un principio se ha mantenido, ni una ley se ha respetado, ni se ha creado un sistema de gobernar, sino es el de vivir hoy y no pensar en mañana, mandar, mandar siempre y á toda costa, desmoralizando primero el ejército, intentando luego corromper el pais y comprometiendo despues el trono.

La dominacion moderada no ha sido mas que un sueño; ¡pero un sueño bien funesto y bien largo! dormíamos entre cieno y al despertar

17

medio asfixiado nos ha sido fuerza renovar entre fuego y sangre el aire de nuestros pulmones!

Así habían trabajado al pueblo español sus funestos gobernantes, de tal suerte le habían oprimido y sacrificado, tanto habían hecho por matarle, que ya le miraban cadáver; pero vino la libertad y sopló en el corazón de aquel cadáver, y le dijo como Jesús á Lázaro, «levántate.»

II.

¿Qué ha sido del país durante este interregno reaccionario? ¿ya que tanto ha perdido en el orden moral, se ha engrandecido materialmente, ha ganado algo en riquezas y bienestar? le ha valido para reponerse de sus quebrantos, le ha aprovechado para cicatrizar sus llagas, ese alto de once años que mal su grado, le han forzado á que haga, en la marcha que acababa de emprender, por el camino del progreso? ¿Qué se ha hecho de los principios del partido moderado? ¿qué ha sido del partido mismo? Cuando pura de pasiones políticas, desnuda de odios y prevenciones, pero armada de severidad y de justicia, venga mañana la historia á pedirle cuenta de sus once años de mando ante el tribunal de la posteridad, ¿qué razon dará de sus actos, qué podrá esponer en descargo de su conducta?

Los que hemos vivido en medio de las miserias pasadas, participamos sin querer de las pasiones presentes y no podemos halagarnos con la idea de ser enteramente imparciales al escribir de cosas que hemos visto y al juzgar hombres que hemos conocido, que ayer vivían todavía en el mundo político, que acaso no están muertos hoy, y que no es imposible que resuciten mañana. Pero si la juventud que no ha podido mezclarse mucho al juego de las pasiones políticas, es, si no prenda de acierto, garantía de buen deseo; si algo aprovecha el tener amor á los principios, pero no aborrecimiento por los hombres, acaso alcance yo á no ser del todo injusto en estas páginas que ofrezco, y puesto que alguna vez me estravie el ardor de mis convicciones cuando hable de cosas, jamás el odio *voluntario* presidirá á mis juicios tratándose de personas.

Y es justo advertir desde luego, que no se pueden confundir unos con otros todos los hombres que han servido hasta aquí bajo la enseña del moderantismo: las líneas que escribí mas arriba antes se refieren á ciertos hombres que no á todos; mas hacen relacion á los que en estos últimos meses pertenecían aun al partido moderado, que á los que de hecho,

aunque no lo hubiesen dicho, habian ya abandonado sus filas. Todos, es cierto, han trabajado en la obra de traer al pais á tan lastimoso estado; todos son responsables, pero la responsabilidad no puede ser solidaria: los que son puritanos desde el 46, no pueden confundirse con los que aceptaron y defendieron por única ley, el sable de Narvaez: Narvaez mismo nada tiene que ver con Bravo Murillo y sus continuadores: todavia estos son menos culpables que Sartorius y los polacos.

Antes de venir al punto donde ha de comenzar mi trabajo, á la última y célebre votacion del Senado, necesito dar mi pobre opinion sobre ciertos sucesos y sobre ciertos hombres, para esponer los enlaces que marcan el paso de la idea revolucionaria, que se ha ido elaborando ella sola desde 1843, hasta manifestarse tan clara, magnífica é irresistible, en 1854.

III.

Subió Narvaez al poder, y sobre las ruinas del edificio tan trabajosamente comenzado á levantar por el partido progresista; puso el cimiento á la nueva situacion que le reconoció por jefe, gracias á ciertas cualidades de carácter y aun de temperamento, que, en circunstancias como aquellas, le hacian muy á propósito para el mando, y le constituian en algun modo en el *hombre necesario* de su partido. Recelaba este y no sin razon, que habia de durar poco en el mando, porque luego que el pais se hubiese repuesto de su sorpresa, habia de dar lugar al descontento que ya sordamente se manifestaba, el cual, ó se tenia que aplacar gobernando bien, que era lo mejor, ó sacudiendo recio, que era lo mas fácil: por esto sin duda acudieron los moderados al segundo expediente, y así fué lógico que obraran, porque á una situacion de estricta legalidad, que acaso debió su caída á serlo demasiado, tenia que suceder otra situacion enteramente contraria: habian venido los moderados en nombre del orden á derribar la libertad; esta se apoyaba en el pueblo; aquel, segun ellos lo entendian, tenia que apoyarse en el ejército: escarmentados de ver cuán poco habia durado una situacion de libertad, pensaron salvarse creando una situacion de fuerza.

La *fuerza*, pues, sintetiza todo el primer periodo de la dominacion Narvaez.

Íbase ya confesando insuficiente esta base para mantener la situacion, y aunque un movimiento reprimido aquí, una insurreccion castigada allá

VI

y cierta calma silenciosa engendrada por el miedo, (la cual, con harta vulgaridad pero con sobrada justicia ha solido compararse á la tranquilidad de las tumbas) acreditaban de bueno el sistema de la fuerza, no pudo desconocerse sin embargo que creciendo el número de los descontentos llegaria á ser peligroso combatirlos de frente, y aun daria lugar á funestos resultados. Habia en Francia, por fortuna de nuestros gobernantes y desgracia del pais, un político nombrado Mr. Guizot, y una escuela llamada *doctrinaria*: era principio de esta escuela, practicado por aquel ministro, que no habia fé política que no cediese delante de un destino, ni virtud moral que no se dejase corromper por el oro: hallaron bueno el principio nuestros gobernantes, y determinados á ponerlo por obra, ellos que ya habian trabajado mucho el espíritu público, desarmando la Milicia, encañenando la imprenta cada dia con una ligadura nueva, reformando la ley fundamental del Estado, y ahogando muchas veces la libertad de la tribuna, diéronle ahora el último golpe, inaugurando aquel famoso sistema de corrupcion, que ha ido creciendo cada momento, hasta penetrar en las entrañas de la sociedad y gangrenarla de arriba á abajo.

Empezó la corrupcion por arriba y no tardó en estenderse por todas las clases: el matrimonio de la reina pareció buena ocasion para desbordarse, y diéronse entonces hasta la prodigalidad y el escándalo, á ministros, á militares, á diputados y á funcionarios públicos, y á sus hermanos, y á sus mugeres y á sus hijos, títulos, cruces, bandas, grados, fajas, entorchados y empleos. Comenzó á tenerse el pudor por inútil estorbo, y al insulto de la *fuerza*, juntóse el escándalo de la *corrupcion*.

Pero allí, donde pensó hallar el partido moderado su salvacion encontró su pérdida, pues en aquel punto brotó la division en sus filas, desarrollándose el germen de ella, que ya llevaba encerrado en su seno. Algunos hombres del partido, ó mas previsores, ó mas amigos de la decencia, formaron fraccion aparte, aunque sin abjurar del todo los principios escritos en su bandera: eran estos, si bien pocos en número, respetables casi todos por su carácter y entendimiento, aunque poco liberales en el fondo, y amigos de gobernar con la Constitucion de 45, y aun á veces sin ella, segun se hacia antes, y no se ha dejado nunca de ejecutar despues; alguno hubo que se alistó entonces en aquel partido, y se ha alistado despues en otros, siendo siempre una calamidad para la España, donde dejará su nombre un recuerdo de horror para todos los buenos.

Subió este partido al poder con notables demostraciones de alegría de parte del pueblo, que fundaba en él alguna esperanza para lo venidero, y veía por lo menos en lo presente un desahogo de las opresiones pasadas. Tuvo el pueblo el desahogo, pero no se realizó su esperanza, porque el ministerio puritano, que no dejó de hacer algo malo, no tuvo tiempo para ejecutar nada bueno: vivió poco, hablándose tanto de las causas de su muerte como se había hablado de las de su nacimiento, aunque á la verdad, sin averiguarse nada cierto, sino es, que ni las Cortes le llevaron al lado de la Reina, ni tampoco le apartaron de él; cosa que luego ha vuelto á suceder tantas veces que no hay quien se haya extrañado de ella. Dicese que á cierta influencia secreta debió su caída y que á la misma había debido su ascension: si es verdad, poco honor hace á aquel ministerio el haber entrado por tales medios en Palacio, y es justo que correspondiese su muerte á su nacimiento.

Volvió de nuevo la situación á Narvaez, y esta vez apareció en el gabinete, como papel de fuerza, el señor Sartorius, mas adelante Conde de San Luis. No entra en mi propósito, ni cabe en los límites de esta reseña, hacer la relación detallada de sus actos: su política de ahora fué su política de antes; corrupcion y fuerza: solo que ahora la fuerza se vistió de sangre, y de cieno la corrupcion.

Este sistema había producido sus frutos: trabajado el país por tantos y tan inícuos modos, subvertido el orden de las ideas y trocada la significacion de las palabras, muertos casi los elementos que constituían la esencia de nuestra vida política, esquilados los contribuyentes, agotada la riqueza pública, fabulosamente aumentada la deuda, hartos los ánimos y postrados, era imposible que continuara la situación Narvaez, no porque el pueblo se levantara contra ella, sino porque su nombre estaba gastado, y la prisa misma que se había dado en abatir el espíritu público, había inutilizado á los *hombres necesarios*, haciendo posible en España el gobierno de cualquiera que por estos ó los otros medios alcanzara apoderarse del ánimo de la Reina. Había sonado la hora de una nueva y mas profunda division en el seno del partido moderado, y apareció como primer actor en la escena política D. Juan Bravo-Murillo.

Había este sido miembro del gabinete Narvaez, y se hallaba, al parecer, identificado con todos los actos de su administracion; mas comprendiendo sin duda que ya tocaba á su término la vida del ministerio, combatido como estaba por varias fracciones moderadas, hizo repentinamen-

VIII

te una de esas evoluciones que tan frecuentes son en muchos políticos; rompió con sus compañeros de gabinete, y se salió de él, tomando por pretexto cierta cuestión económica de escasa importancia. Cayó Narvaez á pocos días, y fue llamado Bravo-Murillo á formar el nuevo ministerio: fue la subida de este hombre una de las mayores calamidades que hubiesen podido caer sobre España, y eso que el exceso mismo del mal llegó á producir mucho bien á la idea revolucionaria, consumando la division del partido moderado y dando la señal de su próxima destruccion. D. Juan Bravo-Murillo, absolutista por sus antecedentes, por sus principios y hasta por su temperamento, subió desde luego al poder con intento de reformar en sentido reaccionario la Constitucion del 45, y aun de prescindir de toda Constitucion haciendo declarar reina absoluta á doña Isabel de Borbon.

Bien conoció las dificultades de su empresa: habia muchos y muy poderosos intereses creados, hijos del orden de cosas existente desde 1845, los cuales tenian mucho que perder y nada que ganar en cualquier reforma que se hiciése, por lo que naturalmente habian de oponerse á ella, no por amor á los principios liberales, débilmente representados en la ley fundamental del año 45, sino por miedo á lo que viniera despues: el orden de cosas existente era el de la mayoría del partido moderado, y todos se encontraban muy bien con él; la Constitucion no podia tenerse por obstáculo para que nadie gobernara, toda vez que de puro infringida, aun ella misma se hubiera llegado á estrañar de verse respetada: era manifiesto, pues, que siendo la reforma cuando menos inútil, habia de tener por objeto on quien la intentara, cimentar sobre ella un nuevo orden de cosas que hiciera nacer hombres é intereses nuevos con grave daño de los hombres y los intereses viejos.

Consultando entonces Bravo-Murillo consigo mismo acerca del estado del pais, viendo que los que en honores títulos y empleos habian ya recibido de la administracion anterior, si no cuanto necesitaba su ambicion, á lo menos cuanto era posible que se les diese, tenian que ser sus enemigos naturales; conociendo que á los que querian ser y no eran no podia contentarse por los medios empleados por el ministerio Narvaez-Sartorius, y haciéndose cargo de la principal causa del descontento que en todas partes se advertia, buscó una idea que satisficiera las necesidades mas apremiantes de la situacion, y escribió en su bandera aquella famosa palabra, esperanza entonces para muchos, sarcasmo luego para todos, mentira horrible para el pais, verdad positiva para el ministro y sus cómpli-

ces, que labraron á su sombra una escaudalosa fortuna: aquella palabra era: *Economías*.

IV.

Hubo habilidad en esto, y la historia, que tiene el derecho de acusar á Bravo-Murillo de ingrato, desleal y concusionario, no podrá tacharle de torpe ni de necio: él marchaba á su objeto, solo que viendo lleno de estorbos el camino derecho, tomó una vuelta que le llevase al mismo punto: la cuestion era llegar, aunque se llegase mas tarde.

Estaba el país profundamente irritado contra los hombres que acababan de caer; miraba su lujo, sus saraos, sus festines, sus cruces y sus uniformes, y al comparar todo aquello con su miseria, echaba con razon la culpa de sus padecimientos á las locas prodigalidades de sus gobernantes. En tales circunstancias mucho tenia adelantado el ministro que proclamaba la economia como la primera de las necesidades, y que afectaba en su vestido, en sus modales y en el menaje de su casa, la llaneza de un hombre amante del pueblo y enemigo del fausto y la vanidad á que tan aficionados se mostraron los de la administracion caida; mas como él entendia la palabra economías de modo bien diverso de como la comprendia el país, hubo de acudir á otra suerte de corrupcion para adormecer el espíritu público, que de nuevo comenzaba á dar señales de vida. Sagaz como un discípulo de Loyola, no acudió Bravo-Murillo para lograr sus intenciones á los medios ya gastados por otros hombres; no destruyó en sí mismos aquellos gérmenes de vida que empezaban á brotar en el país; sino que al lado de la pasion política, débil como un moribundo que convalece, creó otra pasion fuerte y vigorosa, la pasion del bienestar y de la riqueza: he dicho que creó esta pasion, y no he espresado bien mi pensamiento; la pasion estaba creada, era una cosa profundamente sentida y ardentemente deseada; lo que hizo Bravo-Murillo fue aprovechar este sentimiento, dar forma á este deseo, abrir caminos que incitasen á la satisfaccion de esta necesidad. Y cuando hubo llenado las columnas de la *Gaceta* oficial con concesiones ilegítimas y escandalosas de ferro-carriles, carreteras y puentes, cuando hubo arreglado la deuda, cuando el agio se hizo oficial y el interés del dinero estuvo á la orden del día, y circuló la ponzoña del materialismo por todas las venas del cuerpo social, entonces creyó el autor de todo aquello que la política habia muerto y que no habia

I

elementos de resistencia en el país, y empezó á pensar seriamente en el golpe de estado.

Empezóse á trabajar á este fin, de público ya y con escándalo, sin que fuese para nadie un misterio lo que pasaba en altas regiones, donde viles aduladores lisonjaban á la Reina con la idea que á todas horas y bajo mil formas la repetían, de que podía y debía mandar sola, sin Constitución ni Cortes, que ellos ¡los miserables! trataban de inútil estorbo y entorpecimiento irrespetuoso. No fue mucho que no oyendo sino palabras de esta especie, no respirando sino esta atmósfera de mentira, se inclinase el ánimo de la Reina á seguir los torpes consejos del mal español y rapaz ministro que entonces regia, por desgracia, los destinos de la nación; mas como quiera, el rumor que circuló muy acreditado de que, lejos de oponer resistencia á la reforma, estaba la Reina muy complacida con ella, disgustó al pueblo de modo, que ya comenzaron á tocar su persona las murmuraciones que antes solo tenían por objeto á los ministros y á la duquesa de Riánsares, causa á la sazón, como siempre, de casi todos los males que aquejaban al país.

Y era tanto mas racional este descontento, cuanto que estaba fundado en una verdad vulgarísima, que andaba en el entendimiento y en la boca de todos: si Isabel II tenía en el trono alguna significación era la de representante viva de la libertad, por cuyos fueros, encarnados en ella, se había lidiado siete años contra los ejércitos de D. Carlos: no había sido ciertamente la idea de la legitimidad la que había llevado al combate á millares de ciudadanos; poco se cuidaba el pueblo de que esta ó la otra persona le gobernara, pero mucho le importaba mantenerse en la posesión de las preciosas garantías que acababan de darle, mientras conquistaba otras mas amplias y verdaderas. No se había, pues, combatido por Isabel, sino en cuanto era personificación de la libertad. Por esto el pueblo, que no concebía sino á Isabel liberal, se irritaba contra Isabel absoluta; y los carlistas, que no concebían el absolutismo sin D. Carlos, solo aceptaban con gusto la reforma, porque detrás de ella veían á Montemolin.

Quedaron, pues, aislados los hombres de la situación, que recibieron el apodo de absolutistas de Isabel II.

La pasión por las riquezas y las comodidades materiales no había sido poderosa á apagar del todo la afición á la vida política: asustado con esto Bravo-Murillo y con la derrota que sufrió en las Cortes de 1852 con ocasión de la constitución de la mesa, las disolvió apenas reunidas; y no

atreviéndose á dar por decreto la reforma de la Constitucion, la echó á volar por medio de la Gaceta, dando el pretexto de que queria que el pais formase su juicio sobre ella, y en realidad con ánimo de ganar tiempo. Solo así se explica la prohibicion que se hizo á los periódicos de ocuparse en el exámen de aquel proyecto liberticida : ¡ audáz cinismo ú obcecacion insensata! ¿Cómo habia de manifestarse el juicio público sobre aquel atentado ministerial, si estaba tapiada la tribuna, muda la prensa, cerrados de real orden los establecimientos científicos para que no se explicara en la cátedra, vigilados los cafés para que no se hablara al rededor de los veladores, espiadas las casas para que no se murmurara en el seno de las familias? ¿Cómo habia de hablar la opinion si la habian arrancado la lengua? ¿Cómo habia de volar el pensamiento por las regiones de la luz, si le habian cortado las alas para que quedara sepultado en las tinieblas?

Y sin embargo, la opinion se manifestó: no se pudo gritar en la tribuna ni escribir en los periódicos, pero se habló en las casas, en las calles, en las plazas, en los cafés, á pesar de la policia; y el ministerio *de las economías*, que se jactaba de poscer la confianza de la Reina; que tenia puesto el pie sobre el cuello de la opinion y que contaba con la fuerza de las armas, murió de miedo sin que nadie le combatiera; cayó ridiculamente entre silbidos y carcajadas, ante las murmuraciones del café de la Iberia.

Mas al caer este gabinete traidor, se llevó consigo algunos pedazos del trono, que comenzó á flaquear desde entónces: él cabó los primeros golpes en aquel abismo que se ha ido abriendo lentamente entre la nacion y la Reina; él con sus proyectos insensatos estrechó las filas de los verdaderos liberales y dió el primer grito de *alerta* á la opinion que se dormia; él, con sus escándalos y con sus agios, juntó en su daño debajo de una bandera á todos los hombres honrados; él, atentando contra la Constitucion del Estado, dió la señal de defensa á los amigos de la libertad. ¡Bravo-Murillo fue un gran revolucionario!

¡Gracias al absolutista en nombre de la libertad! ¡loor al concusionario en nombre de la decencia, alabanza al liberticida en nombre de la revolucion!

V.

Diré pocas palabras sobre los continuadores de Bravo Murillo: la obra de la reaccion no se habia abandonado; la reforma era siempre el pensa-

XII

miento secreto de Palacio; pero las oposiciones unidas y compactas en el seno del comité liberal, la actitud pacífica, pero agitada del país, y la voz que había corrido, de que algunos generales solo esperaban á que se diera el golpe de estado para sublevar el ejército, pusieron miedo á la reina madre, principal fautora de todo aquello. Esta, para desorientar y desunir á las oposiciones enconadas contra Bravo-Murillo, hizo una mudanza de nombres, y llamó al ministerio Roncali, compuesto de hombres, ineptos para el gobierno unos, como el presidente del Consejo, cínicamente inmorales otros, como Llorente y Benavides. Juzgar los actos de este ministerio, fuera largo: jamás gobernantes en el mundo dieron tantos escándalos en tan escaso periodo de tiempo: ellos fueron quienes formaron aquel Congreso, donde, á vueltas de algunas personas de respeto, vinieron hombres que nunca debieron manchar con su presencia aquel recinto sagrado, antes templo de las leyes, cloaca entonces de vividores políticos. Ellos, por si acaso no tenia bastante la prensa con las mordazas que la apretaban la lengua, la pusieron otra mas dura que ninguna, y la dieron el golpe de gracia, estableciendo la previa censura. Ellos devolvieron los bienes á Godoy, el amigo de Maria Luisa: ellos combatieron el principio de la inviolabilidad senatorial en la famosa cuestion Narvaez, y juntaron sus huestes para ganar la volacion y destituyeron á los senadores, que á pesar de ocupar puestos oficiales, tuvieron resolucion bastante para votar lo que les decia su conciencia. Ellos, realistas ciegos, hicieron mas daño al trono constitucional que sus mayores enemigos; porque sosteniendo el principio de que *el rey reina y gobierna*, establecieron delante del país la responsabilidad de la corona: ellos, en fin, dieron los primeros el ejemplo de ministros que alarman el país, gritando que la bancarrota llamaba á las puertas del tesoro. ¿Qué había sido en tanto de los proyectos de reforma? el ministerio Alcoy sacó tambien á luz el suyo: proyecto cobarde, engendro ruin, parodia raquítica de la reforma grande, mereció el apodo de *reforma homeopática*, y murió para siempre, sepultada bajo la losa del ridiculo.

Crecian los agios, los escándalos y los manejos: voces poderosas habían aludido claramente en el Senado á cierta influencia oculta, no faltando mas que pronunciar el nombre de Maria Cristina: detrás de aquellas iban á levantarse otras que amenazaban ser mas esplicitas. Hubo miedo á la discusion y se cerraron aquellas Córtes, como nunca se cerraron otras; declarando terminada de real orden aquella legislatura: y para que todo

fuese raro, cayó el ministerio al día siguiente de haber merecido á la reina esta prueba de confianza.

La opinion, que habia llamado á los hombres de Bravo-Murillo *absolutistas descarados*, llamó á Alcoy y á sus compañeros, *absolutistas vergonzantes*.

VI.

Tras de una crisis de las mas largas que en estos últimos tiempos habia habido en este pais, apareció el ministerio Lersundi-Egaña: su politica fué la propia de sus antecesores, salvo que fué mas hipócrita: á su subida al poder, dió al pais, por via de programa, un manifiesto, en que no se hacia promesa ninguna ni se daba garantía cierta, fuera de cuatro generalidades vagas que nada enseñaban del pensamiento del gobierno. Habíase aguardado con impaciencia este programa, y lo indeciso, incierto y semi-velado de sus medias linternas, ocasionó general descontento: todo el mundo conoció que el golpe de estado era imposible porque se habia puesto en ridiculo; pero se vió reflejada la fisonomía de D. Pedro Egaña en aquel programa y desde entonces nadie esperó nada bueno, ni hubo quien no conociera que estaba muy lejos el reinado de la legalidad.

No defraudó el gobierno las esperanzas del pais: vivió sin córtés y el único acto notable de su vida fué el decreto famoso de ferro-carriles: era fuerza dar el decreto porque habia altas exigencias que reclamaban este agio; pero era fuerza tambien buscar un modo poco peligroso de hacerle aceptable al pais. Halló este modo el ingenio teológico del señor Egaña: dijose que cuando un rey ponia su rúbrica en un decreto era forzoso su cumplimiento, aunque atentára á la moralidad y á las leyes: la razon fué esta; el fundamento de ella, allá se le sabrá el ministro que la dijo.

Hallada la razon del decreto, solo faltaba un ministro que le firmara: Moyano no servia para el caso, porque era inocente pero no desvergonzado: habia subido para poner el reloj de la Trinidad, mas no para firmar el decreto de ferro-carriles. Era otro el hombre de la situacion: se trataba del peor de los agios, del último de los escándalos, allí estaba el señor Esteban Collantes: la situacion se iba poniendo clara. Llorente habia sido el precursor de Collantes; Collantes vino anunciando á San Luis.

La vida de este ministerio fué corta: duró lo que la jornada de verano: la voluntad de Cristina le habia elevado; derribóle el capricho de otra

NIV

influencia palaciega : hablóse de ciertos versos escandalosos que llegaron á la cámara de la Reina misma : cómo y por quién, lo sabrá San Luis que los tomó por ariete para derribar el ministerio.

La política del ministerio Egaña , había sido hábil : aprovechándose del cansancio y la falta de fé de algunos hombres políticos, halagando las ambiciones de otros, logró juntar algunos en torno suyo, lisonjeándose interiormente con la idea de acabar con los partidos, sin los cuales, él conocia muy bien que, no habiendo lucha posible, se hacia muy fácil el gobernar tranquilamente y fuera de la Constitución.

Así D. Claudio Moyano, que tan rígido se había manifestado hasta entonces, aceptó una cartera en un gabinete formado estra-parlamentariamente; así D. Eugenio Moreno Lopez, antiguo progresista, que por su alta capacidad estaba llamado al ministerio cuando su partido hubiera triunfado, no pudo esperar un poco mas habiendo esperado tanto, y aceptó un alto puesto en el ministerio de la gobernacion.

Pero este medio, que no era al cabo mas que el eterno sistema de los moderados, la *corrupcion*, empleada ahora bajo la forma de la *tolerancia*, no podia lograr jamás su objeto de acabar con los partidos políticos. Había, en primer lugar, la dificultad de los hombres: eran algunos incorruptibles por principios, otros por ambicion; otros, en fin, (y eran los mas terribles) dado que pudieran corromperse, se habían ya hecho personalmente incompatibles con la permanencia en Palacio de la Duquesa de Riánsares.

Había además algo mas poderoso que hacia siempre imposible aquel proyecto, y era la ley de la moral y la fuerza de los principios. Los moderados, a veces insensatos, que porque ellos no tienen fé no creen en la de ninguno, piensan haber matado la idea cuando han corrompido la materia; y no saben que la idea tiene una vida tan propia, y entraña una fuerza tan irresistible, que por mucho que se la bastardee y se la pervierta, se purifica al cabo dentro de sí misma, sin necesitar de los hombres para producir sus manifestaciones. Tarda mas, es cierto, porque tiene que luchar con obstáculos, y por eso es bueno para ella que la encarne algun hombre, poderoso en entusiasmo y en fé, que la lleve al triunfo, á peligro de su vida; pero de cualquier modo, este triunfo es siempre seguro, y si fuera dable que todos los hombres políticos de un país se corrompiesen, el principio que vivía, la luz que alumbraba, derramaria su claridad sobre todos, y se levantaria imponente el desprecio público á sepultar

bajo su peso á aquellos hombres, mientras otros aparecian, oscuros é ignorados antes, robustos ahora y poderosos, como engendrados por la fuerza creadora de la verdad.

A su subida al poder, quiso el Conde de San Luis continuar la política, iniciada por su antecesor, de conciliación de los partidos: Sonaron en su boca palabras de paz y legalidad, y aun llegó el blasfemo á hablar de moralidad y decencia: lisonjeose de poder ser creído si se rodeaba de personas de respeto, y fue su primer cuidado el contar con hombres autorizados para la formación del ministerio.

Importaba mucho á su propósito atraerse algun progresista bastante corrompido y audaz para atreverse á romper los lazos que le unian á su pasado, faltar á sus juramentos, ser traidor á su causa y entregar atada su conciencia en manos de los polacos, á cambio de seis mil duros de sueldo y de la facultad de hacer concesiones con participación en los beneficios: no parecia fácil hallar un traidor tan descarado y tan cinico, y hallóse sin embargo en la persona de un antiguo jefe del partido, abogado, capitalista, diputado y ministro.

Unieronse á este el Marqués de Gerona, nuevo en política, pero conocido y respetado en la magistratura, y con opinion de honrado, que por salirse á tiempo del ministerio, no desmintió del todo; D. Mariano Roca Mora antes Roca de Togores, que con haber mudado de apellido hubiera hecho su propio juicio, si antes no le tuviera ya formado todo el mundo; pero que gozaba de cierta autoridad en su partido por haber sido ministro con Narvaz: D. Anselmo Blasser, insignificancia política, pero militar decente hasta entonces: D. Angel Calderon de la Barca, diplomático de antecedentes absolutistas, pero cuya larga permanencia en los Estados-Unidos le hacia pasar por demócrata y aun por amigo secreto de Soulé: á favor de estos nombres, cada uno de los cuales podia representar una cosa, sin que ninguno estuviese manchado con la nota de inmoralidad, pensó Sartorius hacerse posible al país.

Pero el país no se dejó engañar, y comprendió que para ser aquel un ministerio decente, sobaban en él dos nombres: Esteban Collantes y Sartorius.

El nuevo Presidente del Consejo hallábase en una situación singular: cierta influencia cortesana, casi significativa para la nación hasta entonces, funesta y mucho en adelante, le habia llevado al poder; y con todo no estaba muy asegurado en Palacio: emprendió entonces un doble juego que

XVI

á muchos pasmó por hábil, y que yo tengo por vulgar y grosero. Trató de hacer creer al país que él combatía las tendencias reaccionarias de Palacio, y sostuvo en Palacio que él era el solo que pudiese satisfacer ciertas exigencias de la opinión.

La prensa, en los escasos intervalos en que la mano del poder la aflojaba un poco el dogal que la apretaba la garganta, había clamado por la apertura de las Cortés, como el solo medio de legalizar la situación: los dos ministerios anteriores se habían hecho sordos á las reclamaciones de la opinión. No quiso imitarles Sartorius, y se apresuró á dar un decreto declarando abierta la legislatura.

¿Fue este un acto de respeto á las formas constitucionales, sin las que no podía vivir ningun ministerio, toda vez que, por faltar á ellas, habían acelerado su ruina los tres que le habían antecedido? ¿Fue la esperanza temeraria y ridícula de atraerse las oposiciones conservadoras, reconstituir el partido moderado y proclamarse su salvador y su jefe? Yo respeto las intenciones de todos, hasta las de aquellos á quienes desprecio, y no negaré la posibilidad de que San Luis abriera las Cortés por uno de esos motivos; pero creo que solo le obligó á este hecho la ley de la necesidad: había en Palacio temores á la opinión, y á él le convenia alimentarlos: había llegado hasta aquellas regiones la idea de que era peligroso mantener mas tiempo cerradas las Cortés y á él le tenia cuenta que esto se creyera; porque solo de este modo se hacia necesaria su permanencia en el poder.

Necesitaba, pues, Sartorius correr los riesgos de la discusión en el Parlamento, porque solo así podía tener en jaque á Palacio y ser el hombre de la situación.

Al mismo tiempo nombró para puestos importantes á los generales que habían formado el núcleo de la oposición; pero nada alcanzó con eso, pues aunque la obediencia militar les hizo aceptar al cabo lo que habían rehusado en un principio, no cesaron un punto en su propósito de hacer á San Luis la misma guerra que habían hecho á los ministerios anteriores.

Brotó en efecto la oposición, apenas abiertas las sesiones, dura, encarnizada y tremenda; y en una cuestión importante en que se tuvo la imprudencia de arrojar segunda vez á la lucha el Parlamento y el trono, salió derrotado el trono en la persona del ministerio y de nuevo se cerraron las Cortés.

Pero aquí tiene que acabar esta introducción y comenzar la narración de los hechos.

CAPITULO PRIMERO.

Inútiles esfuerzos de San Luis para desarmar las oposiciones.—Reuniones de los senadores progresistas y de los conservadores.—Declaracion de la grandeza.—El pueblo en el entierro de Mendizabal.—Apertura de las Cortes.—Derrota del ministerio en la eleccion de secretarios.—Actitud de la prensa.—Torpeza del *Heraldo*.—Presenta el Gabinete al Congreso su proyecto de ley sobre ferro-carriles.—El Senado nombra la comision de dictámen sobre el proyecto de ley de ferro-carriles, empezado á discutir en la anterior legislatura.—Comunicacion del Gobierno al Senado para que suspenda la discusion sobre su proyecto de ley.—Baladronadas del *Heraldo*.—Nombramiento de Senadores.—Eligese la comision para que dé su dictámen sobre la comunicacion del Gabinete.—Cuestion de prerogativa.—Exámen de los dos proyectos.—Calígula y el Congreso.—Discurso del marqués de Cáceres.—El duque de Rivas.—Tentativa oratoria de Collantes.—Ros de Olano.—Discurso de San Luis.—Ultima derrota del Ministerio.—Clausura de las Cámaras.—Destituciones.—Protesta de los periodistas.—Carta de los escritores.—Destierros.—Hojas sueltas.—Parto de la Reina.—Situacion política del pais.

f.

Ya hemos dicho en la introduccion como San Luis se rodeó de algunos hombres autorizados, creyendo sin duda que á su sombra lograria no solo desarmar la opinion dispuesta á juzgarle por sus malos antecedentes, por su vida pasada y por su reciente conducta con los dos últimos ministerios, sino hasta persuadir al pais que un hombrecillo como él, nacido entre las inmundicias de la politica y resucitado por una intriga de alcoba, estaba encargado de la gran mision de reconciliar los partidos y de enmendar los yerros y desafueros de sus predecesores.

Vamos ahora, antes de entrar en el relato de los sucesos desde el punto que tenemos marcado, á pararnos un momento sobre esos actos con

que se inauguró el ministerio de 19 de setiembre, tan alabados de hábiles por algunos, y veremos que no fueron otra cosa que el colmo de la ceguera y de la torpeza.

Cuando un hombre político es llamado á regir los destinos de un país, la opinion prejuzga inmediatamente su sistema de gobierno por sus antecedentes, por el partido á que pertenece y por los hombres que asocia á su administracion: su programa político está escrito en su vida pasada: él no puede ser mas que lo que ha sido: todo lo que diga en contra de su conducta anterior nadie lo cree, y ni él mismo puede llevarlo á cabo.

Los principios tienen sus hombres naturales, sus encarnaciones absolutas y el representante de la corrupcion, de la codicia y de la tiranía no podrá ser nunca mas que corruptor, avaro y tirano, y si alguna vez se levanta en nombre de la moralidad y de la libertad, todo el mundo mirará estos santos nombres como escarnecidos y le escuchará con desprecio: algunos verán en esto una astuta máscara, y echarán un nudo mas á sus bolsillos. Hé ahí por qué el imaginar solo el ilustre polaco que él podía hacer otra cosa que consumir la obra de iniquidad comenzada por D. Juan Bravo-Murillo, fue la mas cándida de todas sus insensateces. Si él hubiera tenido conciencia de sus antecedentes, si hubiese sido capaz de comprender que la situacion le habia resucitado como su hombre necesario, no hubiera perdido el tiempo en esos conatos de conciliacion que solo sirvieron para acreditarlo de necio y para levantar mas y mas la indignacion de los hombres á quienes injurió con sus ofertas.

¿Cómo habian de admitir sus nombramientos para los altos puestos de la milicia, Concha y Ros de Olano, del hombre que habia apoyado al ministerio Roncali, de aquel ministerio contra el cual habian fulminado todos los cargos que pesaban contra el de San Luis? Además, ¿no era un grosero insulto que se les hacia el darles destinos, como si ellos militasen en las filas de la oposicion, no en amor á los principios, sino por la sed del oro? Y luego, ¿de qué manera iban ellos á entrar en la obra de la regeneracion y de la legalidad que habian proclamado en las cámaras, bajo un ministerio formado por el capricho de Cristina, y cuando eran colocados á un mismo tiempo en las capitánias generales Sanz, Córdova, Pezuela y los encarnizados defensores del ministerio Benavides: cuando el duque de Valencia era llamado, no como una reparacion que se daba al Senado cuya prerogativa habia sido violada por el ministerio Roncali, sino como una gracia que se le concedia al general Narvaez por el mal estado de su

salud: cuando el ministro Collantes, el representante oficial de los agios de Cristina, seguía en el ministerio de Fomento; cuando D. José Salamanca continuaba ostentando la escandalosa legitimidad de sus concesiones de ferro-carriles; cuando el conde de Quinto, en fin, impacientado de ver los escrúpulos hipócritas de sus compañeros, empezaba ya á aplicar por su cuenta planchas de cera á las cerraduras del Erario?

Y sin embargo, tan obcecado se hallaba el ilustre conde, que llegó á enojarse cuando supo que Pacheco, Ríos Rosas, Bermúdez de Castro y Collantes, habían rechazado con indignación el ofrecimiento de los destinos que se les hacía en nombre del ministerio regenerador del gran partido moderado: pero cuando su cólera subió de punto, fue al ver que los generales dimitían también en nombre de los principios sustentados en la última legislatura.

Los verdaderos polacos clamaban contra la marcha absurda y contradictoria del Gobierno: decían, y con razón, que San Luis no debía gobernar más que con su partido; que la misión de legalizar la situación estaba encomendada á otro hombre, y que si el conde persistía en su obra de conciliación no haría más que poner las armas en manos de sus enemigos. Que la ocasión era de hacerse pontífice máximo; de tapiar las puertas de las cámaras, de colonizar á Filipinas con todas las notabilidades del país, y de escupir al rostro á todos los pícaros que se atreviesen á conservar su honra y su vergüenza.

Sartorius, desoyendo sin embargo la voz de sus camaradas, trató de hacer el último esfuerzo de torpeza, y convocó las Cortes, y obligó á Collantes, lacayuelo ministerial dispuesto á toda clase de afrentas, á que firmase la real orden de 31 de octubre, en la que daba por nulas todas las concesiones que él mismo había declarado legítimas en la de 7 de Agosto.

El ministerio, empleándose en preparar su propia ruina, y abriendo á las oposiciones las puertas de las cámaras, se convirtió en un espectáculo risible: San Luis, metido á gran político y representando el Guizot en saínete, acabó de perder hasta su reputación de *travieso*, y empezó á inspirar lástima y desprecio á sus enemigos.

En el entretanto los senadores progresistas celebraban frecuentes reuniones en casa del Sr. Collado, para acordar la actitud que habían de guardar en la próxima legislatura: los moderados se reunían en casa del general Concha con el mismo objeto, y los hombres honrados de todos los partidos se aprestaban á la gran batalla en que habían de ser batidos los re-

presentantes de la corrupción y de la inmoralidad. Miraba todo el mundo como un hecho providencial que los que habían escarnecido las instituciones liberales y hollado la ley fundamental, hubiesen abierto con sus propias manos las puertas del tribunal donde iban á ser acusados de sus inmundos delitos.

El día 19 de noviembre, señalado para la apertura de las Cortes, se acercaba á mas andar: la actitud que las oposiciones tomarian en la próxima legislatura era ya conocida de todo el mundo: las supercherias de conciliacion y de olvido del ministerio, no ocasionaban ya mas que burlas á unos y cólera á muchos. La grandeza reunida en casa del duque de Rivas habia declarado «que no transigiria nunca con ningun acto inmoral, »porque se hallaba persuadida de que la falta de rectitud y pureza en la »administracion del Estado, socaba y destruye los cimientos del orden social, desencadenando las malas pasiones.»

Los senadores moderados habian dicho ya muy alto en sus últimas reuniones «que combatirian al ministerio Sartorius bajo la bandera de moralidad levantada contra el de Roncali: los progresistas hacian el mismo juramento, acordando pelear unidos con ellos bajo la misma bandera: todo el mundo esperaba con ansiedad el día 19 como el señalado para la caída del último gabinete representante del escándalo, é instrumento ciego de la codicia insaciable de la muger de la calle de las Rejas.

El Gabinete, entre asustado y colérico, se preparaba á la batalla y urdia en el ministerio de Fomento su postrer ardid.

En estos días ocurrió un lamentable suceso que, á fuer de buenos liberales, no debemos dejar pasar sin dedicarle algunas palabras, por mas que esté poco ligado con el objeto de la presente historia: fue este suceso la muerte del ilustre patricio D. Juan Alvarez y Mendizabal.

El pueblo de Madrid en masa, intérprete sincero de todo el partido liberal de España, acudió, con los ojos anegados en lágrimas, á acompañar el cadáver á la última morada. Sublime espectáculo era el que ofrecian aquellas pompas fúnebres, que no se verán jamás en el entierro de ningun monarca. Un pueblo entero pagando el tributo de dolor á la pérdida de un ciudadano que habia contado las horas de su vida por sus heroicos sacrificios en favor de las libertades y de la felicidad de su patria. Sobre el féretro del virtuoso patricio renovaron su juramento todos los hombres honrados del pais, y el ministerio que tuvo la insensatez de profanar con su presencia tan grande y augusta solemnidad, quedó anonadado bajo el pe-

so de la magnífica expansión de unos sentimientos y virtudes que no podía comprender ni sentir.

¡La tumba de Mendizábal fue el altar de la patria que reanimó en todos los corazones el fuego santo de la libertad que conduce siempre á un pueblo á la victoria!

II.

Amaneció por fin el día 19: un concurso inmenso acudió á las tribunas del Senado: nadie ignoraba ya que la alta cámara iba á ser el palenque glorioso, donde los continuadores de la obra de Bravo-Murillo sufrirían su última derrota. Siete meses hacia que no se abrían aquellas puertas, y sin embargo no parecía sino que acababan de resonar las elocuentes frases con que tronó el marqués del Duero contra la influencia de Cristina la víspera de la clausura de la cámara. Tal estaban de animados todos los semblantes. Siete meses habían pasado como un instante sin poder enfriar aquella atmósfera inflamada con el fuego de las antiguas discusiones. Después de las sesiones preparatorias, procedióse á la elección de secretarios, y el ministerio sufrió su primer golpe saliendo todos ellos elegidos del seno de la oposición. Los señores Ruiz de la Vega, Marqués de San Felices, Messina y Cantero fueron los proclamados por una mayoría notabilísima.

Todos los periódicos gritaron al siguiente día al ministerio: ¡la elección de ayer ha sido una derrota solemne y completa: retirete, ministerio impopular, porque eso es lo que hacen todos los ministros decentes en un país representativo! El ministerio no podía oír estas voces: estaba presidido por D. Luis Sartorius, y se le pedía que se retirase en nombre de la decencia y de las prácticas parlamentarias.

Todo el país temió la disolución de las Cámaras, pero el gabinete cada vez más obcecado pensó en tentar su último recurso.

El *Heraldo*, adelantándose al gabinete, arrojó el antifaz; se colocó en su terreno, y lanzó al Senado el más grosero insulto que se haya hecho en ningún país á un alto cuerpo del Estado. Indignado al ver la derrota del ministerio en la elección de secretarios, dijo: «que no había que desanimar, porque no era lo mismo votar en público que votar en secreto. Grosería como esta no se ha escrito nunca más que en las columnas del *Heraldo*, cuya fundación fue un acto de escamoteo, como dice el liberal madrileño, y cuya primera pluma fue la de su escamoteador el ilustre conde de San Luis.

El Senado, al ver el cinismo con que los consejeros de la corona permanecían arrellanados en sus poltronas, se dispuso á darles un puntapié ya que no habían querido retirarse con una silba. Al cerrarse la puertas de la cámara, había quedado suspensa la discusion de un proyecto de ley de ferro-carriles, formulado á consecuencia de una proposicion del señor Infante y contra los agios escandalosos de los gabinetes de Bravo Murillo y de Roncali: Collantes y San Luis, en compañía del astuto Domenech y por indicacion de Cristina, previendo que el senado reanudaria su interrumpida discusion para darles el golpe de gracia, forjaron un proyecto de ley sobre ferro-carriles, proyecto que dejaba á salvo todos los agios y le presentaron en el Congreso antes de que se abriera el debate sobre el proyecto antiguo en la alta cámara. El Senado se burló del ardid y se reunió en secciones para el nombramiento de la comision que habia de dar su dictámen en el proyecto de ley de ferro-carriles formulado y medio-debatido en la anterior legislatura. El gabinete se puso á temblar y pasó una atenta y cortés comunicacion al alto cuerpo colegislador, para que se sirviese suspender la discusion del espresado proyecto, atendiendo á que segun un artículo constitucional, pertenece al Congreso la iniciativa de toda ley en que se impongan cargas pecuniarias al pais. Los señores senadores escucharon la comunicacion con no menos cortesía, y continuaron sin embargo en su comenzada eleccion, resultando elegidos los señores Duque de Sotomayor, Infante, D. José de la Concha, el Conde de Torre Marin, D. Joaquin Maria Lopez, Olivan y D. Antonio Guillermo Moreno, todos ellos de la oposicion: la mayor parte salieron volados por unanimidad.

Los periódicos empezaron á hablar de crisis y de suspension: todos decian ó el gabinete ó el Parlamento: la lucha se iba haciendo cada vez mas encarnizada y la vida política empezaba á circular por todos los corazones.

El dia 25 se dió cuenta en sesion pública, de la comunicacion del gobierno estando llenos los bancos de los senadores y repletas las tribunas públicas y reservadas: el banco ministerial soportaba la pesadumbre de los siete consejeros de la Corona. Lo natural hubiera sido que la comunicacion pasase á la comision de ferro-carriles para que evacuase su dictámen, pero el Senado quiso ser generoso con un ministerio que se presentaba vergonzante y determinó que se entregara á las secciones para que nombraran una nueva comision.

El Heraldo apareció haciendo alarde de la mayoría con que el gabi-

nete contaba en la alta Cámara, pero en la Gaceta salieron los decretos nombrando á toda prisa senadores á los marqueses de Molins y de Gerona y al señor Domenech.

El 26 se reunieron las secciones para el nombramiento de la comision, y despues de un acalororado debate que duró mas de hora y media durante el cual oyeron los representantes del ministerio sendas y terribles verdades, fueron elegidos siete senadores, de los cuales cinco eran de la oposicion: fueron estos Concha, Infante, Lopez, Guillermo Moreno y Torre Marin y el Marqués de Cáceres y Estéban Calderon, los dos ministeriales.

Esta segunda derrota, hizo ya creer á todas las gentes que el ministerio se retiraria sin esperar el resultado de la discusion: el Heraldo vino á desvanecer tan lisoujeras esperanzas, revelando sin embargo en su tono amenazador la desesperacion pueril de los ministros.

En la misma sesion leyó el señor Olivan el dictámen de la nueva comision de ferro-carriles, pidiendo en él la aprobacion lisa y llana del proyecto presentado en la anterior legislatura: los senadores ministeriales que acababan de oir publicar las elecciones de la comision que habia de dar su dictámen sobre la comunicacion del Gobierno, devoraron impasibles esta nueva afrenta.

La mayoría de la comision, no hizo esperar su dictámen: al dia siguiente de su nombramiento declaró; que debia continuar la discusion del proyecto de ley de ferro-carriles porque el Senado no podia abdicar ninguna de sus facultades menoscabadas por el Gobierno de S. M. desde el momento en que presentó al Congreso de diputados otro proyecto de ley infringiendo de una manera terminante y evidente el artículo 7.º de la ley de 19 de Julio de 1837, en que se establecen las relaciones entre ambos cuerpos colegisladores.

(Dice asi el citado artículo: «*Mientras esté pendiente en uno de los cuerpos colegisladores algun proyecto de ley, no puede hacerse en el otro ninguna propuesta sobre el mismo asunto.*»)

La minoria pidio tres dias para formular su parecer: tregua inútil y ridícula, durante la cual pensó el ministerio en tentar todos los medios para comprar votos y preparar su triunfo: tregua durante la cual cada hora fué un desengaño para los torpes mandarines del 19 de Setiembre, que no conocian que hasta el oro al pasar por sus manos se convertia en cieno, y que aun los hombres mas débiles, con el gran sentimiento de dignidad

nacional que inflamaba la atmósfera de la alta cámara, se habían vuelto incorruptibles.

Durante estos tres días, los periódicos ministeriales se empeñaron en defender que los ministros no debían abandonar las carteras aunque saliesen derrotados, porque la cuestión no era política ni de gabinete y que tanto más era esto cierto, cuanto que entre el proyecto de ley del Senado y el de Congreso había ligerísimas diferencias. Esto fué presentar la ocasión á la prensa de oposición y ayudarla á hacer pedazos el andrajoso antifaz con que todavía se obstinaba en disfrazarse el ministerio.

Entró la prensa en una de esas discusiones preparatorias, que preceden á las grandes cuestiones de las cámaras y que tan grande y necesaria hacen la misión del periodismo en los gobiernos representativos, y vino á hacerse patente á los ojos de todo el mundo lo que ya muy pocos ignoraban: que el empeño del gabinete en que se discutiese con preferencia el proyecto presentado en el Congreso, nacía de que en aquel proyecto volvía á quedar el agio á disposición del Gobierno y se reconocían por legítimas todas las concesiones otorgadas hasta entonces con escándalo del país y en beneficio de la codicia insaciable de Cristina. Con la simple comparación del artículo 1.º del proyecto del Senado con el 4.º del forjado en el ministerio de Fomento, y su insistencia en presentarlo al Congreso, se descubría la voluntad descarada y manifiesta del Gobierno de sancionar la asquerosa obra de la inmoralidad, con la votación de una mayoría comprada por Llorente con el mismo objeto.

El artículo 1.º del proyecto del Senado decía: toda construcción de «cualquier ferro-carril que inmediata ó remotamente grave los intereses públicos ó los de las provincias, será objeto de una ley especial.»

El artículo 4.º del proyecto del Gobierno, declaraba: «la ejecución de los ferro-carriles se determinará por un real decreto, ya se hagan estos por cuenta del estado, ó bien por empresas particulares. Como se ve, en el proyecto del Senado se exigía el concurso de las Cortes en toda cuestión de caminos de hierro, como el único modo de arrancar al poder la arbitrariedad ruinosa con que había estado convirtiendo unas concesiones que debían haber sido objeto de la libre licitación de todo el mundo, en medio únicamente de aumentar el oro de las arcas de Cristina tomando cada ministro su parte en la ganancia.

Por eso en el proyecto del Gobierno lo primero que se hacía era sentar el principio insolentemente dilapidador, de negar á las Cortes toda par-

licipacion en las concesiones, declarando que estas se harian siempre por reales decretos.

Pero lo que pasma, es hasta qué punto tendria el gabinete confianza en la bajeza de la mayoria del Congreso, cuando intentaba hacer que esta misma mayoria votase una ley arrebatándose á sí misma el derecho de intervenir en los mas grandes objetos de la suerte futura del pais que los habia mandado á velar por sus intereses.

Así Caligula hizo comer á los senadores con su caballo Incitato y ellos se dieron por muy satisfechos de tan alto honor.

El gobierno se cogió á sí mismo en el grosero lazo en que pensaba enredar á las oposiciones: los periódicos ministeriales estrecharon con su habitual torpeza los nudos de la lazada y el gabinete se presentó en el palenque de la cámara con un palmo de lengua fuera.

Llegó pues el dia 2 de diciembre, señalado para la apertura de la magna discusion, y la temperatura del Senado, mas elevada que la de los meses estivos, formaba un singular contraste con la de la estacion: concurrencia tan inmensa no se ha apiñado jamás dentro de las paredes del palacio de Dona Maria de Aragon: guardaba proporcion con la grandeza de la lucha que iba á presenciarse: estaba en armonía con la profunda impresion que venia produciendo en la conciencia pública la gravisima cuestion que iba á resolverse en nombre de la moralidad y de los intereses menoscabados del pais.

Muchas personas que no cabian en las tribunas, se quedaban agolpadas en las escaleras por el deseo solo de estar cerca del palenque de la lucha y de gozar los reflujos de las emociones de los que tenian la dicha de escuchar: otras se agolpaban á las puertas cerradas del palacio y un gentío inmenso llenaba la plaza, estableciendo todos entre sí una larga cadena de comunicaciones para poder estar al corriente al menos de los nombres de los senadores que hablaban en contra del ministerio.

Tocole defender el dictámen de la minoría al marqués de Cáceres y tan desafortunado estuvo en su largo y desmalzalado discurso, que al concluir hubo de contenerse el público para no aplaudirle por el daño que con su defensa hizo al ministerio: todo el tema de su difusa peroracion versó sobre su buen deseo de probar la incompetencia del Senado para ocuparse de cualquier proyecto de ley que afecte mas ó menos á los impuestos y al crédito público.

Segun la teoria del orador, estaba demas la iniciativa de las leyes con-

cedida al Senado, porque no habiendo ley que en último término no se resuelva en cuestión metálica, dicha iniciativa es ilusoria ó por mejor decir irrisoria.

El duque de Rivas, le contestó en un enérgico discurso haciendo la triste historia de las concesiones de ferro-carriles, colocando la cuestión en su verdadero terreno. «¿Qué hay, dijo entre otras cosas, de asqueroso y feo en el fondo de esta cuestión que se quiere evitar á toda costa que la desentrañemos? ¿Qué significa este Proteo de caminos de hierro que tan pronto le vemos bajo la forma de una disolución de Córtes, como de un golpe de Estado, que tan pronto derriba la tribuna como rompe la pluma de los escritores independierres? Pues ya que hemos logrado sujetar este Proteo, este mónstruo, con el proyecto de ley aceptado antes y ahora por la cámara, no le soltemos de nuestras manos; no le dejemos marchar: probemos al país que estamos resueltos á acabar con todos los monopolios y todas las inmoralidades cometidas en esta clase de concesiones.»

Los mas estrepitosos aplausos cubrieron las palabras del orador, y aquellos acentos magníficos de alegría resonaron en los oídos del ministerio como un canto mortuorio.

Mal parado habia dejado al gabinete la defensa del señor Cáceres, pero se empeñó en acabarle de maltratar el Señor Collantes y en la sesión siguiente se levantó á hacer uso de la palabra. San Luis el hábil político, el profundo diplomático, estaba condenado á caminar de torpeza en torpeza, de desacierto en desacierto: elegir á Collantes, el ministro que habia tomado parte en los agios mas inmundos de las concesiones de ferro-carriles, el hombre que habia puesto su rúbrica primero al pie de una real orden en que se declaraban legítimos todos los escándalos que en esta clase de contratos habia hecho Bravo Murillo, dando por razon de su legitimidad el respeto que se debia á un decreto emanado de la corona; el hombre que luego habia anulado con su rúbrica todo lo que decia en esa misma real orden y que acaba de poner su pluma en un proyecto de ley en que volvia á incurrir otra vez en cien repugnantes retractaciones, elegir á ese hombre, era tanto como declarar que el ministerio estaba dispuesto á hundirse el puñal en la garganta, antes de que le segase la cabeza la espada de la discusión.

El impudente orador, no desmintió esta vez sus antecedentes y colocó la cuestión en el terreno del sainete destrozando el idioma patrio y los oídos de cuantos tuvieron la desventura de escucharle.

Subió á la tribuna el ilustre orador Ros de Olano y levantó la discusion del inmundo lodazal donde la habia sumergido el señor Collantes: los pocos argumentos de que echó mano fueron tan incontrovertibles como enérgicas y elegantes las frases en que los dijo: volvió á la vez por el idioma patrio tratado por el ministro de fomento como una concesion de ferro-carriles y por la dignidad del debate. «El Senado, exclamó tiene prejuzgada esta cuestion desde el momento en que puso á la órden del dia la continuacion del debate del proyecto de ley sobre ferro-carriles, suspenso desde la anterior legislatura. En ese momento era ya conocida la presentacion inconveniente y estraña de otro proyecto de ley de idéntica naturaleza en la cámara electiva: por lo mismo la resolucion del Senado tomada por indicacion del señor presidente, es un voto de censura al Gobierno, es la vindicacion solemne de la prerogativa de la cámara vitalicia. El derecho de iniciativa de las leyes corresponde por igual y de una manera absoluta al rey, al congreso de los diputados y á la cámara de los Senadores. Asi lo declara el artículo 33 de la constitucion.

Ahí está una prerogativa comun, una potestad inalienable, un fuero de que no puede desposeerse ni al poder ejecutivo, ni al legislativo compuesto de dos brazos. A esta prerogativa sigue aquella en que se declara que mientras esté pendiente en uno de los cuerpos colegisladores algun proyecto de ley no puede hacerse en el otro ninguna propuesta. En virtud de estos dos santos é inalienables derechos consignados en la constitucion y en las prácticas parlamentarias, defiende el senado su legitima prerogativa.

Tuvo en seguida la feliz idea de comparar el proyecto del Senado con el que el Gobierno habia llevado al Congreso, y concluyó suplicando á los senadores que votasen en alta voz, muy en alta voz, para que un periódico ministerial no les fuese á repetir el grosero insulto de que una cosa era volar en público y otra en secreto.

El Sr. Infante ayudó tambien con su enérgica palabra á la derrota del Gabinete, y el conde de San Luis, con su insultante petulancia, anunció magestuosamente que cerraria el debate; los polacos empezaron á aprenderse de memoria la magnífica improvisacion con que al dia siguiente habia de tronar desde lo alto de su omnipotencia ministerial el gran Monipodio de la cofradía. Llegó la hora, y el ilustre conde pronunció un discurso inconveniente é incalificable, donde alternaban las súplicas con los insultos, el tono suave y el amenazador, la ironía y la candidez; discurso destemplado, falto de doctrina y de talento, y que solo sirvió para pintar

la situación moral de desprecio y de cólera en que se encuentra el hombrecillo que cree haber concebido un vasto plan político únicamente porque se halla en el mas alto puesto del Estado, y que al empezar á realizarle se vé saludado por las carcajadas y las silbas de toda una nacion que se divierte con su insensatez y su debilidad.

El hombre, que usa del tono imperativo cuando debe suplicar; que insulta á las personas de quienes va á recibir merced; que alza con soberbia la cabeza cuando debiera humillarla hasta el suelo, no conoce ni ha presenciado el arte de la oratoria, ni los mas triviales recursos del ingenio humano.

Todo el mundo esperaba con ansiedad que el pobre político pronunciara su última palabra, para que empezase la votacion: llegó por fin tan deseado momento, y el Presidente del Senado levantó la sesion, fallando todavia una hora para cumplirse las marcadas por el reglamento y sin preguntar á los señores senadores si querian que se prorogase el debate.

El ministerio deseaba ganar un poco de tiempo mas para apurar las dádivas y las promesas y para recontar sus huestes de donde desertaban á cada momento hasta esos tahures políticos que cambian de color á última hora, y que viendo la creciente agonía del Gabinete no querian perder lo que ellos llaman su porvenir, en una mala jugada.

El dia 9 fue el señalado para la votacion, y nunca hemos presenciado un espectáculo tan augusto y solemne como el que ofrecia en aquellos momentos el sagrado recinto de la alta cámara. En los escaños de los senadores se veian todas las eminencias del Estado: allí estaban ostentando sus augustas cabezas coronadas de blancos cabellos, el ilustre patricio don Alvaro Gomez Becerra, el gran poeta Quintana, el inspirado cantor de los albores de nuestra libertad, el patriarca de las letras españolas, última reliquia de una pléyada de nombres, gloriosos ya en las páginas de la historia; allí el venerable San Miguel; allí tantos ilustres varones traídos en brazos de sus compañeros, arrojando los rigores de la estacion, y deseosos de cerrar su virtuosa carrera protestando con sus trémulos labios contra la inmoralidad y el cinismo de una cuadrilla de rateros. Las tribunas llenas de un concurso inmenso: la nacion entera confiando en la dignidad de sus patricios, y pendiente del resultado de aquella votacion magnífica y solemne.

Ciento cinco votos anonadaron por fin al ministerio, que sin sentir aso-

marse ni un momento el rubor á sus mejillas, salió lleno de rabia y de despecho á preparar en casa de Cristina su baja y ridícula venganza.

III.

Al día siguiente apareció en la *Gaceta* el decreto de clausura del Parlamento; las columnas del periódico oficial se llenaron con destituciones de todos los senadores que habian tenido el valor y la dignidad de pronunciar un *no* que nunca olvidará la patria, por mas que algunos de ellos cuenten en su vida pasada no pocos tristes y funestos desaciertos.

Aquel día sonó el primer grito de union entre los dos partidos que tan encarnizada lucha se habian estado haciendo por espacio de once años: el partido polaco se quedó solo, engrosando sus filas con los favoritos de cierta nueva influencia que el pudor no nos permite nombrar. Los viejos y nuevos polacos entraron á saco los caudales públicos, metiéndose con una mano el oro en los bolsillos y firmando con la otra sus propios ascensos y las destituciones de los empleados prebos y honrados.

Desatóse su cólera contra la prensa: los periódicos vieron convertirse la previa censura, en previa recojida; pero aumentándose el patriotismo de los escritores en razon de las persecuciones caligulianas del Gobierno, publicaron é hicieron circular el día 29 de diciembre la siguiente hoja, que acabó de encender el enojo que estallaba en todos los corazones.

LOS ESCRITORES DE LA PRENSA PERIODICA INDEPENDIENTE, A SUS LECTORES Y AL PUBLICO.

Los directores y redactores de los periódicos independientes de la capital no corresponderian á las obligaciones que tienen contraidas con sus suscritores, ni llenarian los deberes que les impone para con el público la mision que han tomado sobre sí, de ejercer el derecho consignado en el artículo segundo de la Constitución, si en las circunstancias actuales no tuvieran el valor de declarar bajo su firma la verdad acerca del estado de la prensa periódica.

La violacion de los contratos que tienen celebrados con sus suscritores las empresas periodísticas, violacion á que se las condena forzosamente,

y la apariencia también impuesta de que la prensa falta á sus deberes en ocasion tan crítica como la presente, desentendiéndose de las graves cuestiones que se agitan en el campo de la política, bastarian en todo caso para justificar esta manifestacion.

Pero además de estos poderosos motivos, suficientes ya para determinar á los escritores independientes á salir en defensa de su honor y de sus intereses comprometidos por la arbitrariedad á que se halla sometida la prensa, hay otras causas mas graves y que por muy grande que fuese su resignacion para conllevar el estado á que se la tiene condenada, les obligarian á romper su silencio, que observado por mas tiempo seria no solo criminal bajo el punto de vista político, sino deshonoroso é indigno bajo el punto de vista personal.

Efectivamente, no es posible llevar la moderacion y la prudencia mas allá, desde el momento en que los órganos que defienden en la prensa la conducta del gabinete, faltando á todo género de consideraciones, y con la aquiescencia, al parecer, del gobierno, que teniendo en su mano la censura no lo ha impedido, aunque debia hacerlo por un principio de justicia, se han atrevido á sostener que el silencio de los periódicos independientes es la prueba irrecusable de que la situacion actual no ofrece motivos para suscitar contra sí reclamacion alguna, ni aun de parte de sus adversarios; ese silencio es imposible desde el momento en que los periódicos ministeriales se han atrevido, sin encontrar obstáculos de ningun género, á colmar de injurias á la oposicion, y á desfigurar los móviles de su conducta, abusando de las condiciones á que estan sujetos los periódicos que desde sus puntos de vista respectivos han sostenido y pugnan aunque en vano ahora, por sostener su causa; ese silencio es imposible desde que desembozadamente los diarios que apoyan al gabinete han tenido la osadia de dirigir sus tiros contra el voto de un cuerpo político legalmente constituido, y contra la mayoría que lo ha dictado; ese silencio, en fin, es imposible desde el momento en que la prensa extranjera se ha permitido atacar el principio fundamental de nuestras instituciones, convidando al propio tiempo á nuestro gobierno, que por su parte no ha impedido ni desaprobado las muestras de adhesion con que han acogido aquellos ataques y esta invitacion sus órganos en la prensa española, á lanzarse en la política de los *golpes de Estado*; y seria tanto menos posible callar ante esta última consideracion, cuanto que ofende mas directa y lastimosamente que ninguna otra nuestro justo orgullo nacional.

Es pues indispensable, es obligatorio y apremiante para los escritores de la prensa independiente decir cuáles son las causas que han obligado á callar, en presencia de esos hechos, á los periódicos que redactan, y revelar los motivos que en la esfera de otros deberes, aunque de menor importancia no por eso menos formales, han determinado y determinan la irregularidad con que se ven obligadas las empresas á satisfacer los compromisos que tienen con sus suscritores.

Este es el deber de honra que cumplen hoy esponiendo sencillamente y en los términos mas templados posibles la verdad de los hechos.

Lo primero sobre que importa llamar la atención es el abuso que se hace del derecho de secuestrar los periódicos, atribuido al gobierno por el decreto vigente de Imprenta.

Segun ese decreto, procede el derecho de secuestro cuando la circulacion de los periódicos *pueda comprometer la tranquilidad pública, ó cuando ofenda gravemente la moral; cuando en ellos se deprima la dignidad de la persona del rey ó de su real familia; cuando ataquen la religion ó el sagrado carácter de sus ministros; cuando ofendan la moral ó las buenas costumbres; y por último, cuando aun sin designar personas y sin cometer injuria ni calumnia den á luz, á no conceder su permiso el interesado, hechos relativos á la vida privada y de todo punto estraños á los intereses y negocios públicos.*

Fuera de estos casos consignados en los artículos octavo y décimo del decreto de Imprenta, no existe la facultad de impedir la circulacion de los periódicos.

Ahora bien: los que suscriben aseguran bajo su palabra de honor, y á mayor abundamiento atestiguan con los ejemplares de los números secuestrados, que jamás han incurrido en los casos señalados en el decreto de Imprenta. Y sin embargo, apenas pasa dia sin que el fiscal de Imprenta deje de detener bajo los mas fútiles pretextos una, dos ó mas ediciones de los periódicos que redactan, habiendo en este particular llegado las cosas hasta el punto de prohibirse terminantemente el simple anuncio de la recogida de un periódico, anuncio con el cual acostumbraban las empresas justificar á los ojos de sus suscritores el retraso con que los ejemplares llegaban á sus manos.

Por este medio habrá sido acaso posible sorprender la credulidad de las personas que viven lejos de Madrid, persuadiéndolas de que el silen-

cio de la prensa independiente no tenia otra interpretacion que la que le han atribuido los diarios que apoyan al ministerio.

Pero la censura ha ido mas allá todavía, puesto que se ha negado en mas de un caso á cumplir la obligacion que impone el decreto de imprenta, de denunciar á peticion del interesado los periódicos recojidos. Y no solo se ha negado este derecho, sino que se ha impedido que el público tenga conocimiento de semejante desafuero, toda vez que es imposible darle publicidad, habiendo de pasar forzosamente por mano del funcionario que lo perpetra el periódico que tal intente.

Al mismo tiempo se han multiplicado hasta un punto tal los motivos por los cuales se cree autorizado el fiscal de imprenta á impedir la circulacion de un periódico, que la simple alteracion en el órden de las secciones en que habitualmente se dividen basta á dar lugar á ello.

Se ha hecho mas aun: so ha tenido, y se tiene, la pretension de variar el sentido de los artículos editoriales de los periódicos, suprimiendo palabras ó frases enteras, introduciendo nuevos términos, truncando periodos, por todos los medios, en fin, por que es posible llegar á aquel resultado.

Por último, se ha llegado hasta el extremo inconcebible de indicar expresamente á las redacciones de los periódicos que se abstuviesen, so pena de recojida, de tratar ni esencial ni incidentalmente estos asuntos:

Cuestion de ferro-carriles.

Ultima discusion y votacion del Senado.

Estadística y clasificacion de los señores senadores que emitieron su voto contra el gabinete.

Defensa de la conducta de los mismos señores senadores y de la oposicion en general contra los ataques injuriosos de ciertos diarios nacionales y extranjeros.

Defensa de nuestras leyes fundamentales contra los ataques de los mismos periódicos.

Noticias sobre destituciones y dimisiones de funcionarios públicos.

Contrata con la casa de Clavé, Girona y compañía para la construccion del puerto de Barcelona.

Y en estos últimos dias se ha aumentado el catálogo de los asuntos vedados al exámen de los periódicos independientes con todas las cuestiones y noticias que próxima ó remotamente tengan relacion con la administracion actual, y con el pensamiento de la union de España y Portugal,

aun bajo el punto de vista desde que lo ha considerado hasta el día la prensa española.

Estos son los hechos ; este el estado de la prensa independiente ; esta la esplicacion de la manera con que su conducta aparece ahora á los ojos del público, y de la irregularidad con que atiende al servicio de sus suscripciones. Al hacer esta revelacion hemos cumplido con un deber de honra que ninguna persona que abrigue sentimientos de rectitud y dignidad puede desconocer. Si al mismo tiempo hemos contribuido á que se ponga en claro la verdadera situacion política de nuestra patria, habremos cumplido con otra obligacion igualmente elevada y apremiante.

En uno y otro caso nuestra conciencia queda satisfecha, porque al resolvernos á dar al público esta manifestacion, hemos cedido á sus mas imperiosas indicaciones.

Madrid 29 de diciembre de 1853.

Como redactores de *El Clamor Público*, Fernando Corradi.—José de Galvez Cañero.—Juan Antonio Rascon.—Felipe Picon.—Angel Barrueta.

Por *La Epoca*, Diego Coello y Quesada.

Como redactores de *La Nacion*, José Rua y Figueroa.—Antonio Romero Ortiz.—Francisco de Paula Montemar.

Como redactores de *Las Novedades*, Angel Fernandez de los Rios.—Vicente Barrantes.—Leon Valentin de Bustamante.

Como redactores del *Diario Español*, Juan de Lorenzana.—Manuel Rancés y Villanueva.

Como redactores de *El Tribuno*, Alejo Galilea.—Augusto Ulloa.—Luis de Arévalo y Gener.—Vicente Guimerá.

Como redactores de *El Oriente*, V. M. Cocina.—Luis de Trelles.

Los repartidores de periódicos que circulaban la hoja fueron atropellados por los agentes de policia y llevados á la cárcel : los directores de los diarios que habian puesto su firma al pie del patriótico documento, multados en mil reales y el impreso fué denunciado por el fiscal de imprenta. El gobierno, temeroso sin embargo de que si la denuncia se llevaba adelante, no habia de faltar algun ilustre patricio que tomase á su cargo la defensa de los escritores y aprovechase la ocasion para clamar contra los desafueros de los torpes mandarines que componian el gabinete, suspendió la denuncia y suprimió de real orden la circulacion del papel volante, cuando todo patriota tenia ya un ejemplar en el bolsillo.

Los senadores y diputados progresistas se apresuraron á reunirse y acordaron inmediatamente prestar el mas directo y firme apoyo á los escritores de la oposicion, en todas las consecuencias que pudiera traerles el manifiesto que habian suscrito.

La prensa, protegida por los hombres de todos los partidos que en nombre de la moralidad se habian levantado á combatir el gobierno, y fortalecida con el apoyo unánime de la opinion pública, comprendió que, despues de cerradas las puertas de las cámaras, era ella el solo y último atrincheramiento de los defensores de las instituciones y de la dignidad nacional, y colocándose á la altura de su mision, dejó su actitud parlamentaria para convertirla en formidablemente revolucionaria.

Por estos días, el 5 de Enero, ocurrió el alumbramiento de la reina, y la prensa que siempre ha saludado el nacimiento de los principes con grandes y exageradas demostraciones de júbilo, guardó esta vez el mas profundo é indiferente silencio: limitóse á copiar los partes de los médicos de cámara, y no á la cabeza del periódico donde se ponen los actos oficiales de gran interés, sino en el lugar reservado á la publicacion de aquellos decretos tomados de la gaceta, que se insertan sin comentarios cuando son del todo insignificantes. La prensa española se colocó en esta ocasion al nivel de la prensa mas valiente y revolucionaria que haya existido en las naciones de Europa, desde que empezó esa lucha encarnizada entre el poder y la tribuna, lucha sin la cual es una mentira el gobierno representativo. Grande ejemplo fue este para los que creen que la prensa no existe porque la ven cargada de hierros y cadenas: nunca se vió la imprenta mas ahogada entre las manos del poder que entonces: la prévia censura, esa máquina inquisitorial cuyo invento estaba reservado para el inundo Benavides, para ese hijo espúreo del periodismo, que lo primero que hizo al verse empujado hasta las regiones del mando, fué arrancar la lengua á la madre que le habia levantado hasta allí, la prévia censura, que empezó por exigir al escritor que su pensamiento no saliera á luz hasta despues de examinado y registrado por ella, habia tocado ya sus últimos refinamientos. La palabra del escritor descolorida, mutilada y encogida, solia disfrazarse algunas veces bajo las formas mas delicadas del ingenio y escaparse á la penetracion grosera del fiscal: la prensa, balbuceando algunas frases, podia hacer daño todavia, y la prévia censura acababa de declarar que la prensa no volveria á desplegar sus labios: callaron los periódicos y se pusieron á acechar una ocasion en que sus mismas mordazas fuesen

el arma mas terrible: presentóse la del alumbramiento real, y aquel mismo silencio á que los habian condenado, fué en estos momentos, tan grandes y solemnes, la maza de Fraga con que de un solo golpe hicieron bambolear el trono, llevados del deseo de aplastar á la camarilla.

Hay mas; este silencio fué tanto mas formidable é imponente, cuanto que era la expresion del sentimiento público: la nacion se habia penetrado de que el trono era responsable de los grandes males pasados y de los nuevos que amenazaban, por su funesto empeño en mantener en el mando á una cuadrilla de bandoleros contra el torrente de la opinion y contra la voluntad de un pueblo cuya dignidad se trataba de escarnecer despues de haberle saqueado sus haciendas y arrebatado su soberanía. La nacion lamentaba la debilidad de la reina que se habia dejado seducir por una camarilla insolente y soez. Pero veia que esa camarilla tomaba el trono por escudo á cada tiro que la asestaban las oposiciones: veia además que la necesidad de derribar á los polacos habia dejado de ser, desde la clausura de las cámaras, una cuestion politica para convertirse en cuestion de vergüenza nacional; que los hombres de todos los partidos exclamaban: es necesario llegar hasta el aposento de la reina y echar de allí á latigazos á esa turba de lacayos y rufianes!

La Nacion habia visto que la voz del parlamento no habia podido llegar hasta el trono: que los clamores de la Imprenta eran ahogados por el ruido de las orgías, y por eso esperó una ocasion solemne y magnífica en que la reina, que no habia podido escuchar las súplicas de sus mas leales defensores, tuviese que oír el silencio de su pueblo.

Dijo el Herald, que la conducta de la prensa en esta ocasion fué un ataque á la Reina y aun al trono mismo, y llamóla revolucionaria y estuvo á punto de declararla fuera de la ley: natural fué que así se espresara el órgano del ministerio, porque era ya costumbre vieja y ordinario recurso de la pandilla polaca querer persuadir á todo el mundo que la oposicion no se hacia á los ministros sino á la reina, y que los esfuerzos de cuantos trabajaban contra Sartorius, iban dirigidos no menos que á privar del trono á la reina Isabel, y arrastrar en su caída á toda la dinastía. Se ha llamado por muchos hábil á esta maniobra de los polacos; y cierto, que si faltar como un traidor á su patria y mentir como un villano á su reina puede llamarse habilidad, hábil fué el Conde de San Luis, si bien alcanzó con ello engañar á muy pocos, pues no hubo quien no viera todos los hilos de tan grosera urdimbre, ni quien dejara de conocer que, combatido por

las Cortes, atacado por la prensa y despreciado por el país, trató Sartorius de hacer causa común con el trono, queriendo el menguado vivir con él, ó arrastrarle en su vergonzosa caída. Cuanto habia de bajeza, deslealtad y traicion en esto, lo pensaron entonces todos: cuanto habia de imbecilidad y torpeza, lo han dicho luego los sucesos.

Como quiera, no tenemos por cierto que fuera el silencio de la prensa un ataque verdadero y formal al trono; pero era cuando menos una muestra señalada de oposicion. Quería la prensa, y tenia razon en quererlo, dar á comprender á la reina cuán errada andaba en la eleccion de los hombres que gobernaban los negocios públicos y cuánto desagrado iba engendrando en el país el obstinado empeño que mostraba en seguir los consejos de quienes eran incapaces de otra cosa que no fuera venderla y desacreditarla delante de la opinion. En los momentos aquellos, solemnes y de fiesta en otras ocasiones, de indiferencia ó pesadumbre en aquella, habia en el silencio de los periódicos, una cosa que era algo mas que una advertencia y algo menos que una amenaza: advertida estaba desde antes, de que los ministros eran malos y rechazados por la opinion; amonestada debió quedar desde ahora, de que lo que habia sido lucha entre el ministerio y las oposiciones, podia hacerse combale á muerte entre la nacion y el trono.

Solo el Heraldo, cuyo política torpe ha hecho reir tanto á sus mismos enemigos, se hubiera atrevido á decir que el silencio de los periódicos no significaba mas que la cólera y el despecho de sus redactores: solo él se hubiera atrevido á decir esto, cuando la nacion entera recibia con indiferencia la noticia del fáusto acontecimiento, cuando muchos miraban con indignacion que hasta ese mismo suceso trataban de explotarle los Polacos convirtiéndolo en motivo de ascensos y de gracias que se tenian ya de antemano repartidas; ni aun los curiosos acudieron á la plaza de Palacio, y la poblacion de Madrid fué la primera en sancionar la conducta de la prensa con su actitud fria é indiferente.

La genticilla, que llenaba las cámaras régias, procuró hacer bastante ruido para que no se notase el silencio del pueblo, y sin duda hubo de conseguirlo, puesto que el Trono no dió señales de haberse apercebido del estado imponente de la opinion, y siguió dispensando su gracia á los viles ministros que en su nombre se entregaban á los furores de la dictadura y del libertinaje.

No parecia sino que cada dia se estrechaba mas y mas la union entre el trono y el ministerio: esto dábalo á entender la insolencia

creciente con que el gabinete se atrevia á provocar las iras de las oposiciones. Nacia sin duda la ciega confianza que San Luis aparentaba tener en su omnipotencia ministerial, del largo tiempo que venia viendo sufrir á la nacion el saqueo vandálico de los hombres que le habian precedido.

Juzgaba además que los hombres de la oposicion no representaban mas que sus propias y personales ambiciones, y que eran gente venal y corrompida, que si no se dejaban corromper con el oro, era solamente por cálculo de llegar á poseer mas de lo que se les ofrecia, y á los cuales se podia desterrar impunemente sin que el pais se conmoviera.

No haremos nosotros un cargo al ilustre conde por esta manera de juzgar los hombres y las situaciones: antes por el contrario nada nos parece en él mas lógico que este linage de racionios: San Luis habia entrado en el ministerio por la primera vez, cuando su amo Narvaez necesitaba sostenerse con el funesto apoyo de la fuerza: habia sido buscado como mozuelo imprudente que por todo atropella para satisfacer su ambicioncilla bastarda y ridícula: su primera obra habia sido hacer unas elecciones de diputados á la bayoneta: habiase empleado despues en formar listas de proscripciones; tenia visto que la sangre y la policia podian ser la base de un ministerio á falta de otra mejor; á su primera caida se habia encontrado rodeado de una turba de tahures politicos que se hacian lenguas de su héroe, encaramando hasta las nubes su habilidad para eso de burlarse de las instituciones fundamentales, legislar de real orden y crear situaciones de fuerza: vuelto al poder, habia tratado de ensayar como recurso maquiavélico una politica de legalidad para enganar á las oposiciones constitucionales; los sucesos acababan de demostrarle que ni aun por cálculo y juego político podia él hablar en nombre de la ley y de la moralidad: y ahora bien, ¿qué de estrañar es que despues de este desengaño volviese con mas ardor que en su primera época á adoptar por único sistema de gobierno la dictadura ministerial, la inmoralidad, la corrupcion y el saqueo como la sola base legitima de su politica y de sus antecedentes?

Conservarse en el poder á merced de todos los desafueros, de todos los atropellos, de todos los actos vandálicos, de todos los ardidés por reprobados que fuesen, era el único lema de su politica: consecuente con ese principio tomaba el trono por pantalla; enganaba á la reina, calumniaba á la opinion, destituia á los Senadores y amenazaba con grillos y cadenas al que se atreviera á combatirle en nombre de la moralidad y de la decencia.

Consecuente con ese principio, trató de esplotar hasta el suceso del

alumbramiento de la reina, convirtiéndole en una ocasión de botín para él y sus camaradas; corrieron ya rumores de que se haría titular con este motivo duque de Madrid: los polacos enseñaban ya las cruces con que pensaban adornar sus pechos: todos tenían firmados sus ascensos; cuando ha aquí que la providencia dispuso que la Infanta, nacida en tan aciagos momentos, muriese á las pocas horas sin abrir los ojos á la luz. ¡Cualquiera diría que los mantuvo cerrados todo el tiempo que vivió por no ver á muchos de los desalmados traidores que rodeaban su cuna!

La opinión no perdonaba motivo de protestar contra los actos del gobierno por insignificantes que fuesen: publicóse el acta del nacimiento de la infanta y por todas partes se oyeron chistes y agudezas, propias del carácter español, sobre los nuevos apellidos de que aparecieron adornados los ministros en aquel documento.

El conde, que hasta entonces no se había llamado mas que D. Luis Sartorius, se añadió el sobrenombre de Tapia: el ministro de Gracia y Justicia, salió con que además de sus tres apellidos habituales, se llamaba también Cogollos; pero el que acabó de coronar la fiesta fué el de Marina cuyo nombre apareció de esta manera reformado: D. Mariano Rocamora, antes Roca de Togores.

Por ageno que sea á la gravedad de la historia este hecho tan fútil, le consignamos en este lugar porque él da á conocer una de las fases del ministerio; la vanidad pueril, y la petulancia.

No desalentó este golpe al pobre conde: lejos de eso trató de desahogar la rabia que le ocasionara este contratiempo, redoblando las persecuciones de la imprenta: el silencio de esta le había llegado hasta la médula de los huesos y las frecuentes reuniones de los progresistas y de los conservadores le hacían temer que á pesar de lo bien guardadas que tenía las avenidas de Palacio, podría suceder que algún patricio leal hiciera llegar la verdad hasta los oídos de la reina.

De una de estas reuniones, salió la carta que á continuación ponemos: patriótico escrito lleno de dignidad y de valor, y el primer documento oficial en que se consignó ya de una manera evidente la alianza entre los hombres honrados de todos los partidos. Las firmas de los escritores demócratas al lado de las de los conservadores; las de estos, unidas con las de los progresistas de todas las fracciones, demostraron á los ojos de todo el mundo que los mas encontrados en principios, mas separados por los sucesos y por las doctrinas se unían y se levantaban como un solo

hombre para combatir al ministerio, antes que todo, en nombre de la vergüenza y del decoro de la nacion.

Hé aqui la carta:

SEÑORES REDACTORES DE EL DIARIO ESPAÑOL, EL CLAMOR PÚBLICO, LAS NOVEDADES, LA NACION, LA ÉPOCA, EL TRIBUNO Y EL ORIENTE.

Muy señores nuestros y de toda nuestra consideracion:

Escritores en distintas épocas de periódicos políticos, amantes de la independencia y del decoro de la imprenta, no hemos podido menos de aplaudir la noble conducta de Vds., defendiendo las instituciones del pais en las presentes circunstancias. Y por si ocasiona esa conducta que no puedan Vds. seguir escribiendo con la misma decision que hasta ahora, ofrecemos á Vds. el concurso de nuestras fuerzas, á fin que mientras haya periódicos independientes no deje de sonar en ellos, como suena ahora, la voz de la verdad.

Madrid 12 de enero de 1854.

Son de Vds. atentos seguros servidores.—Manuel José Quintana.—Gabriel Tassara.—Andrés Borrego.—Evaristo San Miguel.—José Ordax de Avecilla.—Pascual Madoz.—Francisco Lujan.—Antonio de los Rios y Rosas.—Antonio de la Escosura y Evia.—Luis Gonzalez Bravo.—Ramon Ceruti.—Facundo Infante.—Daniel Carballo.—Luis Sagasti.—Eusebio Asquerino.—Miguel de los Santos Alvarez.—Eduardo Asquerino.—Mauricio Lopez Roberts.—Juan de Ariza.—Vicente Sancho.—Salustiano de Olózaga.—El senador Antonio Ros de Olano.—El duque de Rivas.—José Alvarez de Zafra.—Manuel de Seijas Lozano.—Facundo Goñy.—Miguel Pacheco.—Eduardo Chao.—Antonio Cánovas del Castillo.—Antonio Gonzalez.—José Gonzalez Serrano.—Alfonso de Escalante.—El marqués de Añón.—Saturnino Calderon Collantes.—Nicolás de Rivero.—Victoriano de Ametller.—Pedro Gomez de la Serna.—Antonio Garcia Gutierrez.—Nemesio Fernandez Cuesta.—F. Javier Moya.—Antonio del Riego.—Aniceto Puig.—Adelardo Lopez de Ayala.—Eulogio Florentino Sanz.—Manuel Bermudez de Castro.—Francisco Orlando.—Antonio Auset.—Esteban Lujan.—Manuel Ruiz de Quevedo.—Enrique de Cisneros.—Luis Valladares y Garriga.—J. Gutierrez de la Vega.—Fermin Gonzalo Moron.—Pedro Mata.—N. Pastor Diaz.—Joaquin Francisco Pacheco.

Algunos escritores que acudieron tarde á firmar la carta manifestaron despues su adhesion en los periódicos.

Fueron estos entre otros; D. Julian Santin de Quevedo, Losada, Joaquin Maldonado, Pedro Calvo Asensio, Manuel Ortiz de Pinedo, Pirala, Carreras, el autor de las presentes páginas, y otros muchos cuyos nombres no recordamos, pero que todos ellos habian sido redactores de diferentes diarios liberales.

La opinion haciase de hora en hora mas enérgica y formidable: la oposicion de la prensa habiase refugiado en la conversacion: hablábase en alta voz en los cafés y en las plazas de que habia llegado el momento de apelar al sagrado y legitimo derecho de insurreccion que tiene un pueblo contra el poder, cuando este se sale no solo fuera de la ley, si que ademas falta á los principios de la moral y del decoro.

En la última reunion de los senadores moderados y progresistas, de los diputados y de todos los hombres políticos que combatian al gobierno, trataron estos de hacer todavía una tentativa pacífica dentro del terreno legal, bien convencidos sin embargo, de que al fin y al cabo tendrian que apelar á las armas para derribar un gabinete, que estaba dispuesto á no abandonar las cámaras reales hasta que no fuese echado de alli por la fuerza.

Dividiéronse en dos *comités*, de hombres políticos el uno y de periodistas el otro. Escribió el primero un manifiesto titulado *Al País*, el cual solo pudo circular entre algunas personas: no hubiera producido tampoco ningun efecto á haberse repartido libremente, porque no estaba redactado en el tono que exigian las circunstancias y era además demasiado doctrinal y parlamentario; no asi otro papel que salió del mismo *comité* con el titulo de *El partido liberal de España á la reina constitucional*, lleno de energia, de dignidad y el cual decia asi:

EL PARTIDO LIBERAL DE ESPAÑA Á LA REINA CONSTITUCIONAL DOÑA ISABEL II.

«SEÑORA:

«En la árdua crisis que hace largo tiempo trabaja á la Nacion, es ya un deber imperioso para vuestros fieles súbditos usar de un derecho que la Constitucion les concede, llegando respetuosamente á los pies del trono de V. M. con la sencilla exposicion de sus legitimas quejas, ahora que muda la tribuna y sofocada la voz de la imprenta, no les queda otro medio legal de someter á la siempre recta y magnánima apreciacion de V. M. la opinion de sus pueblos.

»Van corridos ya tres años, Señora, desde que los ministros de V. M. inaugura-

ron y están ejecutando con una triste perseverancia y una pavorosa uniformidad, en todas circunstancias y situaciones, el funesto sistema de no discutir en los cuerpos legisladores los presupuestos del Estado; de no alcanzar siquiera para plantearlos la subsidiaria é indispensable autorizacion del parlamento; de no mantener abiertas las Córtes en cada legislatura el tiempo preciso para desempeñar este sagrado objeto y para atender á las demás necesidades, nunca satisfechas y siempre renacientes, de la legislacion y la gobernacion del reino.

»Consecuencia es prevista, solicitada y forzosa de tal sistema el que destituido el Gobierno de V. M. del apoyo legal y moral de las Córtes, se sucedan unos á otros sin causa ostensible y con asombrosa rapidez los gabinetes; que se introduzca y crezca diariamente una movilidad inaudita y una verdadera anarquía, así en el personal como en el organismo de la administracion; que no puedan hacerse en los servicios de sus respectivos departamentos las prudentes economías que de una parte reclaman con razon los contribuyentes, y que de otra exige con manifiesta urgencia el enorme déficit de la Hacienda pública; que votados por las mismas Córtes, ó no votados por ellas los presupuestos, aun despues de procederse á su planteamiento y ejecucion, se altere su cifra é infrinja su letra, y se viole en su espíritu y hasta en sus mas menudos detalles la legislacion rentística vigente, ordenando y realizando cuantiosos créditos extraordinarios, para gastos tambien extraordinarios, sin mas autoridad, sin mas exámen de la posibilidad y de la utilidad que la autoridad y el exámen del ministro de Hacienda; que en la tristemente famosa cuestion de los ferrocarriles no se haya dictado una ley orgánica que impida la renovacion de los pasados escándalos y agiotages, ni menos leyes parciales que sacándonos de nuestro lamentable atraso en este órden de trabajos, faciliten y aceleren nuestras comunicaciones con ambos mares y con Europa; que se haya improvisado por el actual ministerio, apenas posesionado de sus funciones, y sin audiencia de ningun cuerpo consultivo, una reforma fundamental en el antiguo y delicado régimen de nuestras provincias ultramarinas, y otra no menos trascendental é importante en las leyes civiles, penales y de procedimientos de la Península; y por último, que en esta situacion tan complicada ya y peligrosa, la imprenta, lejos de estar regida por una ley, como lo manda la Constitucion y como lo pide la suma importancia de este saludable y necesario vehiculo del espíritu público, viva por merced y al arbitrio de los gabinetes, sometida cada año á un régimen mas insuportable, en que se estrenan cada día la ceguera de la represion y las veleidades del capricho.

»Natural es que al par del forzado silencio de la imprenta oponente y de la tribuna parlamentaria, haya subido de punto, contemplándola impasible y sin duda aprobándola el Gobierno, la audacia de algunos diarios que vierten su hiel sobre la mayoría y sobre la institucion del Senado, porque este alto cuerpo, usando de su derecho y defendiendo su prerogativa en un conflicto gratuitamente empeñado, ha procedido segun los principios cardinales del régimen constitucional y conforme á las inspiraciones de su conciencia.

»Mas ¡qué mucho que el Gobierno, dejando ociosa en este solo caso la durísima represion que tiene en sus manos, y de que tan pródigamente abusa, aliente y esti-

mule la saña de esos periódicos, cuando el mismo Gobierno en la elevada esfera de su acción mas propia é inmediata, ya amaga, ya descarga los golpes de su ira contra los individuos de aquella mayoría y de aquellos cuerpos, sin respeto á las canas, ni á los servicios, ni á la inmovilidad judicial, ni á la inviolabilidad parlamentaria!

»Si se digna V. M. volver los ojos á considerar el efecto que este fatal conjunto de ilegalidades, aberraciones y demasías produce en el seno de los pueblos, ¿qué hallará V. M. que no turbe y contriste su magnánimo corazón, al ver al través de la ya antigua y cada dia mas exacerbada corrupción electoral, la corrupción administrativa en su aspecto mas odioso y en sus manifestaciones mas dañosas, y la corrupción social, fruto y compañera de ambas, y sintoma y levadura infalible de la indisciplina, de la subversión y de la anarquía?

»¿Será acaso parte á conjurar los peligros inminentes de esta crisis preñada de desventuras, el remedio que desde la cima del poder se está anunciando un año hace con jactanciosa solemnidad á la nación, primero atónita, y abismada despues en una espectación angustiosa?

»¿Será la reforma de la Constitución?

»¿Será el golpe de Estado?

»Mas, qué golpe de Estado, ni qué reforma constitucional, como no destruyese la razón y la médula del mismo trono de S. M., mantenido por la libertad política é identificado con ella, no impondría límites á la acción del poder ejecutivo? ¿no otorgaría á la nación congregada en Córtes el derecho histórico, perenne, inmortal, de conceder ó negar, segun su patriotismo y su prudencia, los subsidios á la Corona? ¿Y con cuál Constitución que moderase de algun modo la autoridad real, y que atribuyese á la nación aquella sagrada prerogativa, seria ni podría ser compatible el sistema que antes hemos bosquejado á V. M. y en que persisten y se aferran vuestros ministros con la ominosa superstición de aquellos que corren á perderse, arrastrados por la fatalidad y abandonados por la Providencia.

»No, señora; el remedio á las violencias del poder, á la arbitrariedad del Gobierno, la gangrena electoral, á la corrupción administrativa, está y se cifra exclusivamente en una mudanza sincera, franca, leal, fundamental de conducta; está y se cifra en el mantenimiento de las instituciones, en la integridad y en el libre y pleno ejercicio de las facultades y prerogativas de las Córtes, en el acatamiento á la legalidad, en el respeto á los derechos que la nación poseyó y reivindicó siempre, y que ha reconquistado y restablecido á la par del trono de V. M., de entre los escombros de la revolución y de la guerra civil, con torrentes de su sangre en los campos de batalla.

»Fuera de este sendero, abierto y llano, no hay mas que precipicios y abismos; no hay salvación fuera de este sistema. No la hay, contemplando el estado evidente de la opinión pública; no la hay, considerada en sus lóbregas profundidades la crisis europea.

»Resuélvanse, pues, los ministros de V. M. á entrar por ese camino; den el ejemplo á la nación; cumplan el primero, el mas sagrado, el mas perentorio de sus deberes; respeten con sinceridad, observen con religiosidad y con franqueza la Constitución del Estado; y en demostración y en fianza de este su buen propósito, reunan in-

mediatamente las Córtes, á fin de que estas voten los impuestos para el presente año. Entonces la crisis se desatará natural y suavemente; entonces se calmará la opinion, justamente recelosa y hondamente conmovida; entonces, y solo entonces, esta nacion desventurada, heróica por sus sacrificios, sublime por su paciencia, abrirá su corazon á la esperanza, se prometerá días serenos, y augurará prosperidades bajo el blando cetro de V. M.

»Señora, respirando apenas la Europa de la mas súbita y acaso la mas grande catástrofe que ha padecido en este siglo, en una nacion agitada por la reforma política, desgarrada por la discordia doméstica, herida y azolada por el extranjero, consternada por un infortunio público y por un inesperado interregno, se levantó el nuevo monarca en su trono, y ante sus pueblos en torno congregados pronunció estas nobles palabras: «La estabilidad no se logra en nuestros días sino con la buena fé de los poderes y con la probidad de los gobiernos.» Estas palabras, señora, la Europa las escuchó con respeto; los súbditos de aquel monarca las acogieron con amor y con aplauso; la paz, el orden, la libertad, la prosperidad las han consagrado en el éxito. V. M., en su maternal solicitud por el bien y el sosiego de sus pueblos, podrá dignarse meditar con su sabiduría sobre el profundo scntilo que en su régia sencillez encierran estas palabras.

»Nosotros, fieles súbditos de V. M. y vivamente interesados en la firmeza y en el esplendor de su trono:

»A V. M. respetuosamente pedimos tenga á bien, en uso de su prerogativa, mandar que se abran inmediatamente, conforme á la Constitucion y á las leyes, las Córtes actualmente suspendidas.

El Todopoderoso conserve la importante vida de V. M. dilatados años para bien de esta monarquía. Madrid 13 de enero de 1854. Señora: A. L. R. P. de V. M.—Siguen las firmas de un gran número de senadores, diputados, grandes de España, títulos del reino, capitalistas, propietarios, hombres políticos, escritores, etc. etc.

Fue este manifiesto, como ven nuestros lectores, una historia imparcial y severa, un sumario elocuente de todos los cargos que la opinion pública venia fulminando contra todos los ministerios desde que entrara en la gobernacion del estado el inicuo desleal y traidor Bravo Murillo: cargos terribles que en las cámaras habian escuchado imprudentemente esos mismos ministerios, de boca de los oradores de la oposicion á quienes se habian cerrado las puertas del parlamento para que no siguiesen haciendo tronar la voz poderosa de la verdad y de las necesidades del pais. Pues bien, ese documento dignísimo, en que todavia se daban consejos al trono, y con el cual no se hacia otra cosa que ejercitar el sagrado derecho de peticion, concedido por la ley fundamental, ese papel, testimonio de la lealtad y del patriotismo de los que tuvieron la honra de suscribirle, fué perseguido inquisitorialmente por la policia, que no logró sin embargo detener su

circulación, si bien es cierto que los polizontes de Palacio, mas astutos y mejor pagados, impidieron que llegase á manos de la reina.

La juventud, que camina siempre á la cabeza de la opinion, esa juventud que siente arder en su pensamiento y en su cabeza el poderoso instinto revolucionario, esa juventud en cuyas manos está depositado el por venir de España, porque ella es la única que no tiene antecedentes políticos que la hagan retroceder, porque ella es la única que ni ha cometido torpezas y desaciertos como unos, ni se ha manchado con el oro de las arcas públicas como otros, esa juventud cuyo pasado son los padecimientos y los sacrificios en favor de la libertad, cuya historia ha empezado en las cárceles, hizo tambien circular una proclama llena de fuego y de valor, en la que, en vez de entretenerse en difusos discursos parlamentarios, daba el grito santo de insurreccion, presintiendo que el pais no podia ya recobrar sus perdidas libertades mas que en el terreno de la fuerza.

He aquí la proclama:

ESPAÑOLES:

«Basta ya de sufrimiento. La abyeccion del poder ha llegado á su término. Las leyes estan rotas. La Constitucion no existe. El ministerio de la reina, es el ministerio de un favorito imbécil, absurdo, ridiculo, de un hombre sin reputacion, sin gloria, sin talento, sin corazon, sin otros títulos al favor supremo que los que puede encontrar una veleidad libidinosa.

«Nuevo Godoy, pretende poner su pié sobre el cuello de esta nacion heroica, madre inmortal de las víctimas del 2 de mayo, de los héroes de Zaragoza y Gerona, de las guerras de Arlaban, de Mendigorría y de Luchana. ¿Será que aguantemos impunemente tanta ignominia? ¿No hay ya espadas en la tierra del Cid? ¿No hay chuzos? ¿No hay piedras? ¡Arriba, arriba, españoles! ¡A las armas todo el mundo! ¡Muera el favorito! ¡Viva la Constitucion! ¡Viva la Libertad!»

Tambien se aseguró por entonces, con muchos visos de verdad, que el siguiente escrito fue puesto sobre el tocador de la reina: si esta le leyó y siguió dispensando su confianza á los hombres que la rodeaban, y no sospechó ni un momento de su deslealtad y de su vileza, fue por cierto un fenómeno que no podemos explicar, ó por mejor decir, sobre el cual dejamos á nuestros lectores en la libertad de explicársele á sí mismos como mejor les parezca.

El escrito decia de esta manera:

SEÑORA:

«Vuestros fieles súbditos, amantes de vuestra real persona y dinastía, han sabido con pena que por parte de algunas personas siniestramente interesadas, se trata de estraviar el recto juicio de V. M. y los maternales sentimientos que abriga en su alma. Ellas se atreven á suponer que la oposicion casi unánime de vuestros grandes y vuestros altos dignatarios y de todo el país al actual ministerio, es oposicion y hostilidad á vuestra real persona, sagrada para los españoles. Y si esas personas, Señora, amáran y respetáran verdaderamente á V. M., no osarian hacer suposicion tan irreverente como absurda.

Pero es lo cierto, Señora, que en los que combaten al ministerio San Luis está el amor del trono y de la dinastía, y que los que á aquel delienden y por defenderlo calumnian vilmente á los mas calificados y leales súbditos de V. M., ni son á V. M. leales, ni aman vuestro trono y dinastía. El conde de San Luis fué quien por octubre de 1849 calificó en un periódico suyo de *capricho necio y veleidad insensata*, la libre eleccion que hizo V. M. de un ministerio bajo la presidencia del conde de Cleonard: palabras, Señora, que llenaron de dolor á todos vuestros súbditos leales, porque en ellas vieron atacada vuestra inviolable persona, y por primera vez quebrantado el tradicional respeto de esta nacion á sus reyes. Mas tarde, cuando V. M. nombró el ministerio Bravo-Murillo, dió el conde de San Luis con sus amigos aquel grosero escándalo en el Congreso que hizo la disolucion de este inevitable; y durante el largo periodo en que V. M. distinguió con su confianza al ministerio Bravo-Murillo, no cesó un momento de hostilizarlo el mismo conde de San Luis, ya en su periódico con destemplanza inaudita, ya coligándose con los progresistas en las elecciones, ya conspirando públicamente y pretendiendo en su despecho que el país negase á V. M. la debida obediencia y respeto, precipitándose tras él por la funesta senda de las revoluciones. A un hombre que habia ya vendido la confianza y el respeto de V. M. señalándose por sus tendencias anárquicas en las filas de la oposicion, ni le quedaba mas que vender á la oposicion misma, y lo hizo con efecto, pasándose al ministerio Roncali en cuanto este ofreció satisfacciones á su vanidad insolente y empleos á sus codiciosos amigos. Pero ni siquiera supo ser en esta nueva traicion firme y consecuente. Fingiéndose amigo del ministerio Roncali, y del que V. M. llamó luego á sus consejos, estuvo acechando la ocasion de derribarlos, sorprendiendo y estraviando vuestro benévolo y justo ánimo. Asombro os ha de causar, Señora, el saber que por parte del conde de San Luis y sus parciales se escribieron y publicaron de horrible y sacrilega injuria contra V. M. atribuyéndolos luego á la oposicion, y acusando pérfidamente al ministerio Lersundi de poco eficaz en defender vuestra honra, que es la honra de los españoles. Nada mas cierto, sin embargo; y cuantas personas de honor y de verdad y de desinterés consulte V. M. confirmarán los hechos que van anotados. El conde de San Luis ni ama ni respeta á V. M.; aspira solo á mandar y á enriquecerse á vuestra augusta sombra. Pobre, ignorante y de baja cuna, ha debido en pocos años á su inmoralidad el ser mas que ninguno de vuestros grandes en opu-

lencia, y tanto en títulos y honores, como los que han sacrificado la propia sangre y la hacienda de sus mayores por salvar al trono y á la nación en los días difíciles. Nada era, nada tenía, y el país le contempla hoy ocupando una posición que no justifica ninguna cualidad suya, y vuestros súbditos le ven dueño de cuantiosos bienes de día en día acrecentados con nuevas adquisiciones que no por hacerlas de ordinario á nombre de sus cómplices son menos notorias.

Solo el conde de San Luis podía por su ineptitud sufrir una derrota como la que ha sufrido en el Senado: solo él por su inmoralidad y soberbia puede tener en oposición á todos los hombres respetables del país, y descontentos y pesarosos á cuantos de veras os aman. Parapetando su pequeñez detrás del trono, preferiría, si fuera posible tamaño infortunio, que V. M. descendiera de su trono á retirarse él de los negocios. ¿Y es semejante hombre quien osa ofrecer su protección al trono y acusar á los grandes, á los altos dignatarios, á la leal nación española, de combatir en su abyecta persona la sagrada persona de V. M? Vuestros súbditos, Señora, desean moralidad y justicia: por no hallarlas en los anteriores ministerios los han combatido: no querían que burlasen la maternal solicitud de V. M. los especuladores y agiotistas interesados en los caminos de hierro. Pero si el haber combatido á los ministerios anteriores fuera una falta, ¿no los ha combatido también el conde de San Luis?

Basta, Señora, de reflexiones. V. M. ama tiernamente á sus hijos, y no querrá que yendo á nacer acaso el heredero de la monarquía esten tan afligidos sus súbditos bajo la vergonzosa férula del director del *Heraldo* y de sus cómplices. No desea otra cosa el país entero que la ocasión de ofrecer á V. M. un testimonio del tierno y respetuoso cariño que guarda siempre para su bondadosa y noble reina.

Elija V. M. nuevos consejeros entre los hombres que quedan de independencia, de moralidad y de justicia, y todo será júbilo en el país, y el alumbramiento de su adorada reina será señal para él de una nueva época que lo haga olvidar la tristísima que va atravesando.

Señora: A L. R. P. de V. M.—Vuestros súbditos mas leales.

La circulación furtiva de estos papeles, encendió el amortiguado amor pátrio hasta en los ánimos mas indiferentes y descreídos: vióse nacer entonces y crecer de hora en hora, esa vida política subterránea y misteriosa, oculta bajo ese silencio tan formidable que precede al estallido de las revoluciones en los pueblos largo tiempo oprimidos por una tiranía bárbara é insoportable.

El ministerio, lleno de cólera y despecho reforzó sus legiones de policía y el ilustre conde con los ojos siempre fijos en la política del emperador de Francia, del gran *polaco* de Europa, empezó á preparar un pequeño golpe de Estado.

El *Heraldo* en un articulejo escrito con la impudencia y la insensatez que han caracterizado siempre el estilo de ese periódico, verdadera fisio-

logía del partido polaco), anunció enfáticamente: «que á una oposicion á quien movia la ira no se la podia contestar mas que con la violencia.»

Los ministros empezaron á celebrar frecuentes reuniones en la calle de las Rejas: los lacayos del favorito real que se habian hecho casi mas insolentes que los polacos, empezaron á hablarse misteriosamente al oido: el ilustre conde hacia dias que habíase entregado á aquellas silenciosas meditaciones que hacian esperar tan grandes sucesos á la turba de parásitos que le rodeaba: todo el mundo se hallaba, pues, en expectativa de un gran acontecimiento, de un golpe tan profundamente maquiavélico, que acabase para siempre con las oposiciones y dejará asegurado de una manera indestructible el poder del gobierno.

El dia 17 de enero fué el elegido por el gabinete para hacer el supremo esfuerzo de su ridícula omnipotencia, y en ese dia se comunicó al señor Marqués del Duero la órden para marchar de cuartel á Canarias: al general Infante para las Baleares: para el mismo punto al general D. José de la Concha: á Armero se le destinaba á Leon y á D. Leopoldo O'Donnell á Santa Cruz de Tenerife.

Los agentes del gobierno anunciaron tambien que dentro de pocos dias saldrian de la corte los generales San Miguel, Chacon, Manzano, Serrano y Zabala.

Los polacos, se presentaron en seguida en todos los sitios públicos á ver el efecto que los rayos ministeriales habian producido en la opinion: creyeron hallar el espanto y el miedo sembrados en todos los ánimos y se hallaron la sonrisa del desprecio y de la compasion retratada en todos los semblantes.

Pero no fué esto lo que mas llenó de sorpresa y de asombro á los lacayos del gabinete, sino que cuando fueron á comunicar la órden al general O'Donnell se hallaron con que habia salido de caza: cosa, que conocido el carácter del valeroso patricio, les causó no pocos temores y amargos presentimientos.

Oyeron luego correr de boca en boca voces de que O'Donnell no se presentaria á cumplir las órdenes del gobierno: vieron á los senadores y diputados de la oposicion, á una multitud de hombres notables de todos los partidos y á un gentío numeroso, acudir á la despedida de los demás generales cuando salieron en las aillas de postas, y los imbéciles que habian esperado ver anonadarse la opinion y diseminarse con horror todos los hombres honrados al golpe de fuerza del gabinete, se volvieron al palacio

del gran Monipodio sin poder explicarse como las oposiciones se presentaban mas enérgicas y poderosas á medida que el gabinete redoblaba sus ataques de tiranía y despotismo.

La ocultacion del general O'Donnell se presentó como un incidente preñado de un interés verdaderamente cómico: cada día que pasaba y el ilustre caudillo de nuestra revolucion no regresaba sin embargo de su supuesta cacería, era un motivo de esperanzas y de alegría para los enemigos del Gobierno y de susto y de pena para los pobres ministeriales que veian en esa ocultacion el sintoma de una conjuracion tan terrible como misteriosa.

La dimision del ministro de Gracia y Justicia, hombre probo é ilustrado á quien su vanidad y su impaciencia le arrastraron á tomar parte en el ministerio, fué tambien aunque demasiado tardía, una protesta enérgica contra las últimas disposiciones del gabinete.

Zaragoza, gobernador de Madrid, dejó tambien su puesto, y el conde indignándose de los escrúpulos de unos hombres que habian venido compartiendo con él el mando en todos los ataques que habian recibido ya la constitucion y el decoro nacional, llamó á D. Javier de Quinto seguro de que este antiguo taur político no le abandonaria hasta que no quedase un real en las arcas del erario.

Encargóle de suceder á Zaragoza; tomó Quinto posesion del gobierno civil el dia 18, y el 19 multó á cada diario de la oposicion en mil reales. Tal era la prisa que le corria mostrarse consecuente con su vida pasada y con la justa reputacion que habia adquirido en las diversas ocasiones en que habia tenido que administrar fondos del estado.

Este rasgo del señor Quinto, nos escusa de hacer su retrato: toda descripcion pareceria pálida al lado de este hecho tan elocuente y expresivo.

Entretanto O'Donnell, no regresaba de su cacería y circulaban rumores de que D. José de la Concha se habia fugado desde Barcelona y pasado la frontera de Francia.

La camarilla, trataba de disimular con burlas y groseras chanzonetas el despecho que le causaban estos dos contratiempos, y la opinion se vengaba de la camarilla y le devolvía sus injurias hablando en alta voz y en todas partes de sus cínicas bacanales.

San Luis, infatuado con la confianza que le dispensaba Cristina, con los elogios que de él hacian en las camaras reales las gentes á quienes servia de ciego instrumento, y seguro de la complicidad de algunos gefes del ejército á quienes daba su parte en el diario saqueo, trato de hacer otro alar-

de de fuerza, y comunicó una circular á los capitanes generales mandándoles arrestar al teniente general D. Leopoldo O'Donnell, si en el término de ocho dias se presentaba en sus distritos respectivos; y si trascurrido este plazo no parecia, avisar al Gobierno para tomar otras disposiciones.

Esta circular hizo asomar la risa á los labios de todo el mundo á pesar de lo crítico de la situacion, pues se le rogaba al valiente general, despues de haberle buscado la policia por todas partes, que se presentase, con el único objeto de prenderle y ponerle á disposicion de sus mas encarnizados enemigos.

Tambien fueron destituidos de sus altos empleos de ministros del tribunal de guerra y marina, el baron de Meer, presidente del mismo, y los señores Torre Trasierra, Arteaga y Palafox, Cabrera, Moreno, Martinez, Baldasano y Ros, Van-Halen conde de Peracamps, Peray, Cabaleiro, Nájera, Armero y Peñaranda: todos ellos senadores y buenos patricios que en la sesion postrera del senado habian tenido la honra de votar contra el gabinete.

Dióse con esto el grito de alarma á la magistratura, anunciando que se pasaria por cima de todo el que tuviese dignidad y vergüenza, cualesquiera que fuesen sus largos servicios y altos merecimientos.

Este fué tambien el primer paso con que el traidor Domenech marcó su entrada interina en el ministerio de Gracia y Justicia: este antiguo traficante de politica, pretendia sin duda, á juzgar por el repugnante cinismo con que atropellaba por todo, hacer olvidar á sus camaradas los tiempos en que hipócritamente habia militado en las filas del liberalismo: era como aquellos ladrones indultados que se emplean luego en la encarnizada persecucion de sus compañeros para inspirar confianza y hacer olvidar sus antiguos crímenes.

Todas estas destituciones aparecian á la par de los ascensos que se daban á los amigos mas decididos de la situacion, y especialmente á los de la servidumbre del favorito palaciego, cuya influencia iba haciéndose cada dia mas creciente y decisiva en los negocios del estado.

La razon de las separaciones habia que buscarla en las listas de la última votacion de la alta cámara, en los antecedentes liberales de los separados, en su honradez y probidad: el motivo de los ascensos se hallaba siempre en los lazos que unian al favorecido con alguno de los ministros, lazos, la mayor parte de las veces, de deshonra y de complicidad.

El clero, aprovechando tambien la ocasion, empezaba á satisfacer sus

50

antiguos ódios contra la prensa liberal: algunos obispos, confiados en la protección del gobierno, prohibían la circulación de los diarios progresistas en sus diócesis. Esta censura después de la ejercida por el fiscal de imprenta no era más que una ridícula venganza: los periódicos no se ocupaban más que de cosas indiferentes mucho tiempo hacia; de modo que la clerecía, al lanzar sobre ellos su anatema, era únicamente para vengarse de las doctrinas civilizadoras y liberales que habían sostenido con tanta elocuencia como dignidad antes de desencadenarse en contra suya todos los furoros de la camarilla: los perseguían, no por lo que decían sino por lo que habían dicho: este refinamiento de crueldad estaba reservado para esos prelados, deshonra de su alto y sublime ministerio, tan acostumbrados á ocultar bajo su misión pastoral los planes del más negro y feroz absolutismo.

IV.

La situación se iba poniendo clara: la farsa de la legalidad habíase desvanecido, y los ridículos histriones que la representaban habían depuesto sus caretas de ministros constitucionales, y mostraban al público sus rostros de cortesanos y rufianes: el presidente del Consejo, rechazado á silbidos por la opinión pública, arrojóse despechado en brazos de la camarilla, y como ya no podía pasar con esta por hábil político y consumado parlamentario, se empenó en parecer hombre de energía y de fuerza: había parodiado á Guizot y ahora intentaba remedar á Narvaez; pero, si se esceptúa el de hombre sin vergüenza, estaba llamado á sacar mal todos sus papeles: hizo el legal y le silbaron, hizo el terrible y se le rieron; arrancó silbidos cuando pensaba inspirar respeto; cuando quiso poner miedo levantó carcajadas.

Fué gran ventaja para el bien del país y para el logro de la revolución, que las cosas vinieran á este punto en que ya no había ni lugar á la discusión, ni permiso al ruego, ni camino á la queja, ni podía verse remedio en lo legal á los males que nos afligían, y que de puro acrecentarse, ó tenían que acabar con el país ó ponerle en el caso de acabar él con sus miserables verdugos.

Mucho contribuyó al efecto de arrojar á la oposición al terreno revolucionario, la circunstancia de ser quienes eran los hombres que estaban al frente de los negocios públicos: porque si otra persona que la del Conde

de San Luis se hubiese apoderado de aquella situacion de fuerza, no hubiera evitado el movimiento, porque las revoluciones siempre vienen cuando los pueblos quieren; pero le hubiera aplazado al menos, prolongando algunos meses aquel estado de cosas, á favor de los elementos de indiferencia, desconfianza y fatiga que tenian abatido el espíritu público y hacian casi imposible todo movimiento que no fuese una insurreccion militar, que hubiera evitado ó reprimido un soldado de temple, pero que bastó á derribar á un polichinela de estado.

Como acontece en las situaciones falsas, todos pugnaban por destruir la que existia entonces, y á este fin se enderezaban los pasos de todos los partidos, y hasta los del mismo ministerio: querian las oposiciones acabar con los hombres del escándalo, de la corrupcion y de la fuerza, para establecer un sistema de legalidad y decencia; y el ministerio, mal satisfecho con aquella situacion, que á poder durar siempre le hubiera parecido muy buena, pretendia ponerla una base firme y estable, dando un *pequeño golpe de estado* que matase de derecho las instituciones liberales que ya no vivian de hecho. Y es, que tan débiles y tan cobardes se sentian, y tan miserables y tan pequeños aquellos famosos hombres de estado, que tenian miedo de aquella tribuna silenciosa, de aquella prensa muda y de aquella Constitucion escarnecida: á cada real decreto que daban usurpando las atribuciones legislativas, á cada agio que hacian, á cada despojo que ejecutaban, temian que de aquellas Cortes cerradas saliera una voz robusta, cuyo eco poderoso resonára en toda la nacion, llevado en alas de aquella prensa perseguida, y la moviera á pedir cuenta á los audaces mandarines, del estado á que habian traído la nacion y á exigirles la responsabilidad del desprecio á las leyes, de los ataques á las personas y del saqueo de los caudales públicos. Por esto se conspiraba en el pais á favor de la libertad, y en palacio á favor del absolutismo: los ministros se habian colocado fuere de la ley, y era justo que otro tanto hicieran las oposiciones: mientras se conspirase, era caso de habilidad; pero la conspiracion al cabo habia de venir á batalla, y en último resultado, á resolverse por la fuerza.

No eran para nadie un misterio las tramas que se urdian en el Palacio, y aunque la reina hubiese ya dado á entender en alguna ocasion cuán aficionada era al régimen absoluto, y cuánto la pesaban las trabas puestas por la Constitucion á su voluntad soberana, todavia no faltaba quien la disculpase, achacando la culpa de todos los males á la influencia del favorito y á la de María Cristina, en quien todos veian siempre un objeto de odio, y un

:

peligro permanente para la libertad; pero á decir verdad, no dejaba de conocerse que la reina estaba muy gustosa con el engaño que la hacian, y que nunca se desprenderia, sino á la fuerza, de las influencias que la deshonraban á ella y perjudicaban á la Nacion. Con esto el descontento iba subiendo de punto, y lejos de hablarse del trono con el respeto acostumbrado en España, públicamente se murmuraba del gefe del estado, y corrian de boca en boca, con verdad ó sin ella, hechos y aventuras de cierto género, que daban ocasion á que los aficionados á la historia recordasen, quienes los tiempos del Bajo Imperio, quienes los de la corte de Luis XV, y aun por ventura otros menos apartados en lugar y en tiempo. Agradecidos deben estar al Conde de San Luis todos los realistas, porque su ceguedad y torpeza aceleraron el instante de la revolucion: seis meses mas de una situacion como aquella, y la dinastia estaba perdida sin remedio.

Estas voces, cada dia mas públicas, y la tenacidad que mostraba Doña Isabel en sostener á quien el pais rechazaba, hicieron que tomase consistencia una idea magnífica, nacida en el cerebro de algunos ilustres pensadores intentada realizar varias veces hace ya muchos años, abandonada luego por imposible, y que recientemente se habia anunciado en algunos periódicos de Portugal y de España, como un hecho realizable: hablamos de la Union Ibérica. Un español ilustrado, el Señor D. Sinibaldo de Mas, habia tratado profundamente esta cuestion en un folleto notabilísimo: otro eminente escritor y patriota portugués, el señor Caldheira, habia escrito sobre ella en un libro de viajes y presentádola con grande claridad en varios artículos de periódico, llenos de ciencia y brillantez: las *Novedades* y la *Nacion* se hicieron tambien patronos elocuentes de esta idea, y en ambos periódicos dos aventajados jóvenes escribieron notables artículos, en que no solo se ocupaban en demostrar la conveniencia de la union, sino que llegaban á indicar los medios de ponerla por obra. Tanto influyeron estos trabajos en la opinion, que el gobierno, segun se ha visto en el manifiesto de los periodistas, prohibió á la prensa que se ocupara en este asunto; pero la idea estaba vertida, y los que miraban en Palacio el origen augusto de todos los desaciertos, veian en la Union ibérica, no solo un remedio radical á ellos, sino un modo de levantar y engrandecer esta flaca y empobrecida monarquía.

Llegó esto á punto, que uno de los papeles que circulaban furtivamente, el *Recuerdo histórico*, daba por fatalmente necesaria la caida de la

dinastía, y casi por realizada la Unión de España y Portugal. Este papel y otros tuvieron nacimiento en todas las oposiciones, principalmente en la moderada, porque esta fracción, como más interesada en el triunfo, era más exegerada en la lucha: de todos modos, los hechos dan á conocer que la opinión de los hombres políticos de importancia era entonces antidinástica y favorable á la unión ibérica; ahora parece que no lo es tanto: ya diremos en el curso de esta obra, lo que pensamos de tan repentina mudanza.

A este estado habían venido las cosas por culpa del ministerio: el gobierno, quitando al país todo medio legal de mostrar su descontento, le autorizó á manifestarle por medios ilegales; prohibiendo á la prensa emitir su juicio sobre los asuntos públicos, hizo que sustituyeran al periódico la hoja furtiva y la caricatura; impidiendo que se hablase, dió ocasion á que se murmurara; por cerrar á la opinión sus dos válvulas de seguridad, la imprenta y la tribuna, produjo una explosión en la máquina del estado; por suprimir todos los derechos, desde el de petición al de queja, hizo acogerse al pueblo al último y más sagrado de todos, que por lo mismo que es el más eficaz, solo debe emplearse cuando son imposibles los otros; al derecho de insurrección.

Tal era el estado del país, cuando llegó á Madrid la nueva de la insurrección de Zaragoza.

CAPITULO SEGUNDO.

Ciega confianza del gobierno.—Bacanal en casa de S. Luis.—Sorpréndele en medio de ella la noticia de los sucesos de Zaragoza.—Cólera y despecho del Conde.—Alzamiento de Hore.—Reseña de los trabajos preparatorios del alzamiento.—Entrevista de Concha con Hore.—Sospechas del Gobierno.—Declaraciones de la policía.—Arréstase á un oficial llamado Federico.—Concha se dirige á Barcelona.—Respuesta que dió al comisionado que fué á buscarle.—Pónese Hore en comunicacion con varios progresistas.—Conferencias de Dulce con los gefes del partido liberal de Zaragoza.—Llama el gobierno á Madrid al general Dulce.—Deseos de esto de hacer el levantamiento antes de su venida.—Causas que lo impidieron.—Regimientos que estaban comprometidos.—Comentarios que se hicieron en Madrid sobre el mal éxito de la sublevacion.—Relato de la sublevacion.—Pronúnciase el regimiento de Córdoba en la Aljafería.—Refriga de la guardia civil con los paisanos.—Prenden estos á varios oficiales.—Hore á la cabeza de los sublevados.—Arenga á la caballería.—El capitan general.—Vacila el regimiento.—Inclínase á favor del gobierno.—Escóndese entre las lilas el primo de Hore.—Actitud de la ciudad.—Efecto que hubiera producido el Himno de Riego.—Arrojo de Hore.—Cambio completo de la Guarnicion.—Rómpese el fuego.—Los sublevados hacen retroceder á la artillería.—Traicion de los granaderos.—Asesinato de Hore.—Villacampa.—Retirada de los sublevados.—Detiénense á curar los heridos.—Consejo de Oficiales.—Concierto y serenidad con que salieron de la ciudad los sublevados.—Muertos y heridos.—Insensata alegría del gobierno.—El saqueo y la proscriccion en todo su desenfreno.—Invade las policía las redacciones de los periódicos.—Deportaciones de algunos escritores.—Ocúltanse otros muchos.—Destierro de varios hombres políticos.—Atropellos de la policía.—Ascensos, cruces y bandadas.—Retirada de los sublevados de Zaragoza.—Llegan á los valles de Hecho y Auso.—Pasan la frontera de Francia.—Captura del coronel Latorre.—Bárbaro fusilamiento de este gefe.—Fisonomía de la capital.

I.

Seguia el ilustre conde entregado á su vida de crápula y saqueo: la noche del 21 de Febrero habíala pasado en una bacanal adonde solo tuvieron la honra de asistir sus mas caros camaradas; nada hubo en aquel

licencioso banquete que no fuera digno del anfitrión y de sus convidados: una mujer cuyas gracias gozaba el mozuelo sevillano, había sido la reina de la fiesta: á un poeta corrompido, á uno de esos hijos degenerados del arte que comercian con la adulación, á un bombrecillo traficante de lisonjas, mas famoso por su falta de vergüenza que por las obras de su ingenio, tocole ser el inspirado cantor del banquete: diéronle pies forzados para un soneto, y él con singular donaire y travesura, compuso uno en que burlándose de las bravatas de la oposición y llenando de denuestos á nuestros mas valientes generales, concluía profetizándole al conde que mientras él tuviera el mando no habría quien se atreviera á levantar los ojos: estrepitosos vítores y libaciones coronaron la profecía del inmundo poeta: levantóse el gran Monipodio de la polaquería, henchido de vanidad y de confianza, para ocuparse durante la digestión en firmar sin duda algunas órdenes de destierro, cuando he aquí que apenas levantados los manteles del festín, vino á sorprenderle la noticia de la sublevación de Zaragoza.

Llenose en los primeros momentos de un súbito pánico su embriagado espíritu, pero discurriendo luego por los términos del parte que el heroico alzamiento se habla malogrado por la traición y la vileza de algunos esclavos fieles á su oro, trocose su espanto en valor fanfarrón y ridículo y entregándose al mas feroz y desvergonzado júbilo, desató sus legiones de policía para que prendiesen á cuantos honrados, periodistas, diputados y senadores hallasen en la capital. Quería y con razón que la mejor manifestación de su alegría fuesen las lágrimas de las familias de sus generosos enemigos.

I.

Nosotros entraríamos aquí de buen grado á explicar los motivos, ocultos todavía, que hicieron que el pronunciamiento de Zaragoza se malograra apenas comenzado: hay sin embargo ciertos hechos en que no han podido ponerse aun de acuerdo muchas de las personas que tomaron parte en los sucesos y que nos han hablado de su historia íntima: estos hechos son además de tanta trascendencia para la honra de algunos, que no nos atrevemos á dar cuenta de ellos á nuestros lectores hasta que no se hallen mas depurados.

Sin embargo, en cuanto á los trabajos preparatorios de la conspiración,

podemos asegurar por referencias muy fidedignas, que empezaron con la anuencia de los generales de Madrid, y que Dulce tomó una gran parte en ellos. Dicese que cuando Concha se detuvo en la Almunia á pretexto de su fingida enfermedad, avisó á Zaragoza para que estuviesen preparados á su paso por la ciudad: la policia que andaba muy avispada, salió al camino, pero el valiente oficial Villacampa logró detener á los polizontes que espaban al general, el cual tuvo segun los rumores que entonces corrieron, una entrevista con el brigadier Hore antes de presentarse á las autoridades. En esta conferencia le escitó el brigadier á que se pusiera á la cabeza del pronunciamiento; pero algunos dijeron que Concha le contestó que no era tiempo todavía; que se esperase al golpe de estado y que entonces secundaria el grito de insurreccion todo el ejército español. El general pasó luego á presentarse á Rivero; los polizontes intimidados por Villacampa y especialmente uno que era el que seguia mas de cerca á Concha, cuando fue detenido por Villacampa, no se atrevió á decir todo lo que habia visto; pero declaró lo bastante para poner en tal cuidado al capitán general, que este dió parte de lo ocurrido á Madrid, y el gobierno hizo que el espia viniese á la corte en posta para ser interrogado: pero contó únicamente que le habia detenido un oficial llamado Federico, y á consecuencia de esto se dieron órdenes para que se averiguara qué oficiales habia en Zaragoza de este nombre. Hore, sospechoso del miedo del gobierno, se presentó á Rivero con quien estaba en muy intimas relaciones: declaróse culpable de la detencion del polizonte y para cubrir la responsabilidad que habia contraído esta autoridad con la orden del gobierno, se arrestó por quince dias á un oficial del regimiento de Córdoba llamado Federico Varela.

Concha entrelanto se dirigia á Barcelona, y habiendo sabido los de Zaragoza que se habia detenido en el camino, le mandaron un comisionado y este trajo orden de que se aplazase el movimiento. Hore siguió en comunicacion con Madrid: entró ademas en relaciones con Pons y con Garea, liberales valientes y decididos: el segundo de los cuales al saber que se trabajaba en Zaragoza en una sublevacion contra el Gobierno, habia venido desde Galicia para ver si podia ponerse de acuerdo con los conspiradores. Dulce llamó tambien al señor Lasala, gefe del partido progresista y hombre dispuesto siempre á arriesgarse en defensa de los principios liberales: con este y con Santa Maria y Benedicto, patriotas tambien de grande influencia en el pueblo, susurrose que tuvo varias conferencias con el objeto de comprometerles para que pusiesen en movimiento á las masas. Lo que de aquí re-

sultó lo hemos oido contar de tan diversas maneras, que no hemos podido saber la verdad á punto fijo.

A principios de Enero corria entre los mas iniciados un plan del movimiento que debia empezar con la prision de Rivero: señalose el teatro como el lugar señalado para este golpe de mano, y aun hubo alarmas algunas noches nacidas sin duda de estos rumores. Desistiose por lo tanto de esto, y aunque volvió á pensarse en la prision del Capitan general, fué con poco concierto y decision. Por este tiempo no sabemos si sospechoso el gobierno del general Dulce, fué cuando creyó dar aquel golpe maestro de diplomacia trayéndole á la capital de director del arma de Caballeria. Dias antes de su marcha se asegura que pensó el intrépido y valiente general en pronunciar la ciudad y ponerse á la cabeza de la sublevacion: afirmose que tuvo ya el caballo ensillado para salir, pero que se suspendió todo porque Hore mandó á decir que su primo no contaba con el regimiento que tenia á su mando. Dulce tuvo que venir por fin á Madrid y desde entonces empezaron á flaquear muchos de los comprometidos. Contábase entre estos con los regimientos de Bailen y Montesa: estaban además en secundar el movimiento el brigadier Ruiz con las fuerzas de Lérida, Huesca y Jaca, todas las poblaciones donde habia destacamentos de los regimientos Córdoba y Borbon, y los cazadores de Chiclana que estaban destacados en varios puntos. Se conocia el buen espíritu de los carabineros y habia seguridad de que el partido de Cinco Villas se adheriria al alzamiento. El 18 de Febrero se pensó en llamar al bizarro coronel Buceta para que se pusiera al frente de tres batallones de paisanos que serian armados al efecto.

Estos son los pormenores que mucho tiempo despues de los acontecimientos hemos oido referir á personas que tomaron parte en ellos: como pueden servir para explicar en parte el funesto desenlace del heroico alzamiento, los consignamos aquí, sintiendo no poder hacer lo mismo con otras revelaciones, que como hemos dicho antes podrian manchar la fama de algunos de los que figuraron en aquellas tristes jornadas.

Para dar á conocer tambien la impresion que en Madrid produjo la sublevacion de Zaragoza, vamos á apuntar aquí los diferentes comentarios que se hicieron en aquellos dias sobre el aislamiento en que se quedó el regimiento de Córdoba y especialmente sobre la muerte de su bizarro brigadier tan llorada de todos los buenos españoles. Corrió entonces muy acreditado el rumor de que el marqués de Santiago habia mandado hacer fuego al valiente Hore cuando este estaba exhortándole á que se uniera al

movimiento, y este hecho que despues hemos sabido que circuló muy desfigurado dió lugar á las siguientes reflexiones.

Deciase que si el brigadier Hore no hubiera contado con la palabra del marqués de Santiago que mandaba los granaderos y con algunos otros gefes de la guarnicion, no se hubiera atrevido á levantarse solo con su regimiento, no porque no confiase demasiado en su valor sino por no comprometer la vida de sus soldados; y que sobre todo no se hubiera dirigido únicamente con su asistente á parlamentar con el marqués, sabiendo que este, fiel al gobierno estaba dispuesto á hacerle fuego: era éntonces una temeridad absurda el presentarse delante de él y abandonar á su regimiento. ¿Qué fue entonces á decirle con caracter tan pacífico y amistoso? ¿Iria á exhortale á que abandonase la defensa de un gobierno concusionario y liberticida? No era por cierto la mejor ocasion cuando el marqués de Santiago se hallaba al frente de su regimiento, cuando sabia contaba con fuerzas superiores á las de Hore y cuando veia la actitud indiferente de la poblacion. ¿Fue entonces á reclamarle el cumplimiento de su palabra empeñada á favor de la conspiracion y del alzamiento? Esto último fue lo que aseguraron muchos por entonces, y sobre lo cual nosotros podemos asegurar ahora que segun el testimonio de personas que tomaron parte en el movimiento, no es cierto que el marqués tuviese empeñada su palabra ni que fuese él quien mando hacer fuego.

Dijose tambien que no debieron de andar los sublevados muy esplicitos en cuanto á los principios de su programa, cuando el pueblo zaragozano, tan acostumbrado á derramar su sangre en defensa de las instituciones liberales se mantuvo quieto y no se levantó á secundar el arrojido de los valientes que se lanzaron á derribar un ministerio cuya conservacion era una afrenta indigna para todos los buenos españoles. El juicio en que vinieron á quedar todos mas acordes, fué en cuanto á lo primero que toda la guarnicion estaba dispuesta á levantarse, pero que desde la venida del general Dulce á la corte empezaron á flaquear algunos: que esta reaccion á favor del Gobierno fué avanzando de dia en dia y que cuando salió desesperado á las calles el heróico, intrépido y bizarro brigadier Hore, los mas que estaban ya algo reacios no se atrevieron á secundar su movimiento al ver la actitud de la poblacion: esto se comprende bien en el juego de las conspiraciones, pero lo que á ser cierto, enciende el alma de indignacion es, que esos mismos hombres que habian conspirado con él, tratasen de ganar un grado y de especular con su muerte batiendo una conspiracion en

que ellos habian tenido no poca parte. Si hubo traidor, lo que por orgullo nacional no nos atrevemos á creer, que llevase su vileza hasta ese punto, que el recuerdo de su crimen le persiga hasta lo mas íntimo de su conciencia y le aniquile y consuma en el remordimiento y la desgracia! En cuanto á lo segundo, es decir en cuanto á la actitud pasiva del pueblo de Zaragoza tratándose de un alzamiento contra un Gobierno tiránico y afrentoso, convinose en que debió ser á causa de que el partido progresista no vió en el pronunciamiento mas que una sublevacion militar provocada por el partido moderado para derribar un gabinete deshonroso y sustituirle con otro digno y decente pero compuesto solo de hombres de ese mismo partido.

En la narracion que la Gaceta hizo de los sucesos aparecieron estos desfigurados y ajustados á las miras del gobierno: los corresponsales de los periódicos no pudieron escribir tampoco con libertad: pero de las noticias de varias cartas particulares y de las que nos han dado aqui los que fueron espectadores de los hechos, vino á formarse el siguiente relato que es el que tenemos por mas autorizado.

Desde principios del mes se estaba diciendo que iba á haber un movimiento en la capital: Hore habia recibido orden de marchar á Pamplona y no podia salir ya sin hacer antes el pronunciamiento; el 20 de febrero, dia señalado para su marcha, fue tambien el elegido para la sublevacion. Hore se habia visto la víspera con su primo, el cual le ofreció apoyarle, se presentase ó no el general. El regimiento de Córdoba estaba en la Aljaferia; Hore le pronunció con solo presentarse; dejó en libertad á los oficiales y dirigiéndose á los procedentes del convenio de Vergara les dijo que por su caracter particular quedarian como arrestados.

A las nueve de la mañana sabian ya las autoridades que los tres hermanos Artales trataban de reunirse con varios paisanos citados para las doce en una obra junto al arco de San Roque y la salitreria del campo del Sepulcro; á este punto se destinaron doce guardias civiles con un oficial, y presentándose á la hora de la cita echaron de alli á unos cuantos paisanos, cogiendo ocho de ellos prisioneros: los traian á la ciudad, y antes de llegar á la puerta del Portillo, fueron acometidos por los paisanos que huyeron, y ayudados estos de unos cuantos soldados que salieron del castillo, rescataron los presos é hicieron prisioneros á los guardias civiles llevándoselos al castillo con uno de ellos mal herido. Los paisanos que debian reunirse en el arco de San Roque no pudieron hacerlo porque ocu-

pó el sitio la policía, y los de la obra de Zacarias se atrincheraron en la casa de vacas cogiendo en rehenes un ayudante del general y dos comandantes: Francisco Fort, con ayuda de unos cuantos paisanos arrestó á varios oficiales de granaderos en el pasco de Santa Engracia: la casualidad hizo que mientras metian en una casa á un oficial de los apresados, pasase sin ser visto por la calle de árboles paralela á aquella en que estaban los paisanos, el capitán general con un solo ayudante; comenzaron las corridas y á ponerse las tropas sobre las armas, y á la una y media el brigadier Hore, á la cabeza de batallón y medio de Córdoba, después de dejar otro medio en el castillo con 300 quintos, salió con el oficial Villacampa (el único de granaderos que tomó parte á favor de la sublevación) y se dirigió al cuartel de Caballería: allí arengó á los oficiales, que estaban ya de acuerdo, y un escuadrón de cazadores de Bailén con el regimiento de Montesa se puso en marcha hácia el campo del Sepulcro donde estaba el foco de la sublevación. Villacampa viendo que Borbón se retardaba mucho y creyendo que sería porque ignoraba que las demás fuerzas estaban ya fuera de sus cuarteles, fué á darle la orden de salida: Borbón se había formado entretanto en el campo del Sepulcro en orden de batalla: el capitán general que había salido en su busca, confiando en las íntimas y antiguas relaciones que le unian con los gefes de este cuerpo, se halló cerrada la puerta del cuartel que da al interior de la ciudad: fuese entonces al cuartel de caballería y como le encontrase ya desocupado, se metió dentro y empezó á observar los movimientos de los pronunciados: desde allí mandó también varias órdenes al regimiento de granaderos. Hore desfiló entonces con sus batallones y mandó al resto de las fuerzas que le siguieran: llegó Villacampa á comunicar esta orden á la caballería y se encontró con un capitán, hijo del conde de la Rosa, que enviado por Rivero trataba de inclinar la indecisión de este cuerpo á favor del Gobierno: llegó en esto el capitán general dando la voz de alto, y aprovechando las vacilaciones del regimiento logró arrastrarle tras sí: el primo de Hore se apeó del caballo como avergonzado y se escondió entre las filas; gritó Rivero á los oficiales subalternos que le siguieran y estos le contestaron que contase con ellos. Villacampa al ver esto, tomó un caballo y se fué á avisar á Hore de lo que pasaba y le dió alcance cuando este salía ya por la puerta del Carmen. Entretanto la ciudad permanecía en actitud indiferente porque no veía tomar color político á la sublevación: la música del regimiento de Córdoba seguía en el mayor silencio cuando todos esperaban que tocase

el himno de Riego: esto solo habria bastado para que el pueblo inmortal de Zaragoza se hubiera levantado como una tempestad al oír resonar los ya casi olvidados acentos de sus sagradas libertades.

Hore entró al trote por la calle de la Cuchillería para tomar la puerta del Angel: unieronse á él hasta 300 paisanos, mandados por Santa María y Pons los cuales estaban en la plaza de Aseo. Una compañía de granaderos mandados por el marqués de Santiago subia por la misma calle: hizo alto y el marqués envió un mensaje á Hore para que se retirara: el valiente brigadier desoyó el mensaje y siguió avanzando seguido de Villacampa y de tres ó cuatro personas hasta tocar las bocas de los cañones.

El gobernador civil se trasladó á casa del capitán general, y á las tres y media se dirigió este con la artillería á la casa de vacas de Zacarías y despues de varios parlamentos, sin disparar un tiro, capituló Artal dejando en libertad á los que con él estaban y siendo él el único prisionero. Entretanto se reunieron los regimientos de granaderos, Borbon, caballería y artillería en Santa Engracia, y despues de colocar varias compañías á tiro de pistola de los pronunciados, permanecieron todos quietos mientras se publicó á son de caja y por una compañía de granaderos el bando declarando la provincia en estado escepcional.

Entonces el general marchó contra los sublevados, y despues de varios parlamentos sin fruto se rompió el fuego á las cinco y media. En los primeros momentos los pronunciados á quienes se habian unido 500 paisanos, fué tal el arrojo y bravura con que acometieron, que impusieron á los granaderos introduciendo en ellos no poca confusion, en medio de la cual cayeron dos machos al suelo con las piezas de artillería en la plaza de Arriño.

La caballería avanzó entonces contra los sublevados, y recobrado el órden, un oficial dió fuego á uno de los cañones haciéndolos retroceder, conteniendo con esto el arrojo de las fuerzas de Hore y obligando á este á que cambiara su marcha entrándose por la calle del Pilar: adelantóse por esta calle seguido tan solo de su asistente, y con objeto de esplo- rar el espíritu de los granaderos que tenian tomado este punto, llegó hasta ellos gritándoles «no hay que tirar que todos somos hermanos» y entonces, aprovechando la ocasion de verle solo y creyendo que venia derrotado, se cuenta que cierto oficial con una crueldad tan repugnante como cobarde, mandó hacer fuego á su compañía, llegando á valerse hasta de su espada para que los soldados le obedecieran. Enca-

britose el caballo de Hore y la primera descarga la recibió solo el pobre animal: cayó Hore al suelo ligeramente herido, y el mismo oficial de antes mandó que le hicieran una segunda descarga en la que el bizarro brigadier, el primer mártir de nuestra revolucion, recibió diez y siete balazos que le arrancaron instantáneamente la vida.

La primera página de nuestra revolucion se ha escrito con la sangre de uno de nuestros mas valientes ciudadanos: otros muchos han regado despues los campos de batalla y las calles de Madrid con su sangre heroica y generosa, y sin embargo esta revolucion que tan grandes sacrificios ha costado á la nacion, que ha arrebalado á la patria sus mas valientes hijos, que ha dejado tantas familias sumidas en la horfandad y en el dolor, ha llegado á su término ó ha hecho por mejor decir su primer alto, no ya sin que se derrame ni una sola gota de sangre de los traidores, causa de tantos males, pero sin que encerremos siquiera en las cárceles que han sido nuestra morada habitual, á esos criminales politicos que despues de haber saqueado nuestros caudales, escupido nuestros rostros y hecho correr rios de sangre española, se han marchado á gozar en países estrangeros, en medio de la alegría de los placeres y de las riquezas, el fruto de sus robos y de nuestra estúpida clemencia!

El valiente Villacampa, que seguia tambien de cerca al infortunado brigadier, perdió su caballo en la descarga que quitó la vida á Hore, y el oficial de granaderos viendo la ocasion de satisfacer la envidia que acaso le causaba el valor de este intrépido jóven, mandó segunda vez á sus soldados que hicieran fuego: pero estos sintiendo levantarse sus sentimientos generosos sobre el bárbaro mandato y no atreviéndose á asesinar á un oficial de su mismo regimiento, hubieron de hacer la punteria muy alta, pues de no ser asi habria sido inevitable la muerte de Villacampa.

Animados los granaderos con el buen suceso de la muerte de Hore, pensaron que no habria nada que detuviese su valor despues de aquella hazaña, y trataron de avanzar hasta las posiciones ocupadas por los pronunciados; pero estos, situados en la casa de Ayuntamiento y en las inmediatas á ella, rompieron un fuego sostenido, que les obligó á retirarse, bien convencidos de que no era lo mismo matar á un bizarro brigadier indefenso, que tomar una posicion defendida por hombres resueltos á morir antes que abandonarla.

La artillería de montaña hizo bastantes disparos, pero con poco resultado, pues lo estrecho de las calles de Zaragoza y lo especial de la cons-

64

truccion de sus casas, antiguas casi todas, y fabricadas de ladrillo y argamasa, las hacen en cierto modo inespugnables, de suerte que, á no haber muerto Hore en los primeros momentos, cosa que como es natural, introdujo el desaliento entre los pronunciados, estos se hubiesen sostenido el tiempo suficiente para que D. Rafael Hore hubiera recordado sus primeras obligaciones, pasándose con el regimiento de Borbon, ejemplo que imitado por la caballería de Montesa y Bailen habria incitado al valiente pueblo Zaragozano á secundar el movimiento, asegurando el triunfo de la libertad.

Los sublevados conservaron sus posiciones hasta las once de la noche en que convencidos estos de que la ciudad no secundaba su alzamiento, empezaron su retirada con el mayor orden y serenidad: quedaron sin embargo varios paisanos defendiendo sus puestos parapetados en el Seminario, y casas frente de Laseo, hasta las cinco de la mañana del siguiente dia.

Replegados unos 400 soldados y mas de 200 paisanos descansaron algunas horas, curaron los heridos y despues de tener un consejo de oficiales en que se resolvió evacuar la ciudad, hicieron su salida con tal concierto cual si se tratara de una marcha ordinaria.

Resultaron tres granaderos muertos, un sargento, dos artilleros y tres guardias civiles: dos comandantes de Borbon y unos 27 soldados heridos, todas estas pérdidas fueron de las tropas que combatieron la sublevacion y de los pronunciados hubo unos cuatro muertos entre ellos una muger: diez y siete heridos, algunos paisanos prisioneros y unos 400 entre quintos y soldados, que capitularon.

Este fué el desenlace del heroico y malogrado alzamiento de Hore: este fué el prólogo sangriento de nuestra revolucion; prólogo en cuya historia íntima hay algunas páginas en las que algun dia leerá acaso con horror la posteridad los nombres de algunos traidores.

III.

Volvamos ahora á la capital y veamos la actitud que tomó el gobierno al saber la noticia de los sucesos de Zaragoza, noticia que recibió y publicó como un triunfo poderoso que debia asegurar para siempre su dominacion en el mando y dejar escarmentados y llenos de espanto á todos sus enemigos.

Fué tan insensata la alegría que esta noticia causó al Gobierno, que todo el mundo creyó llegada la ocasion del tan anunciado golpe de Estado:

los polacos, se esforzaban en presentar el mal éxito de la sublevacion como una prueba del poco prestigio que los generales desterrados tenian en el ejército, y algunos de ellos en su ridiculo afan de convertir esta traicion en una muestra de fidelidad al gobierno, aseguraban con tono autoritativo como de personas bien enteradas, que á no haber sido trasladado Dulce de Zaragoza á Madrid, no hubiese habido que lamentar ni aun el insignificante levantamiento de Hore, porque este general habria desbaratado la conspiracion antes de que estallara: la camarilla andaba no menos alborozada desatándose en injurias y burlas contra los gefes de la oposicion: de todo esto nació el rumor que corrió por entonces de que entre los grandes golpes maquiavélicos que meditaban los hombrecillos que componian el gabinete, iba á ser uno de ellos la disolucion del Senado: medida torpe é insensata que si podia servir para algo despues de cerradas las cámaras, era para aumentar la indignacion de los Senadores y acelerar la caida de los mandarines.

Lo que habia de verdaderamente singular en todo esto, es que las amenazas del gobierno, eran hijas únicamente del pánico que se habia apoderado de todos los ministros al saber la noticia del levantamiento: ellos no habian creido nunca que las oposiciones tendrian el arrojo suficiente para presentar la batalla en el terreno de la fuerza, y la sublevacion de Zaragoza apareció á sus ojos como la primera erupcion de un volcan que tarde ó temprano estallaría en toda su fuerza. Asi es que al mismo tiempo que decian en la Gaceta que el levantamiento habia sido sofocado apenas nacido, declaraban la capital en estado de sitio y reforzaban las huestes de la policia.

Por eso á la par que propalaban por todas partes que la rebelion de Hore era un hecho aislado, despachaban mandatos de prision contra los periodistas de la oposicion y contra todos los hombres politicos del partido progresista y moderado que los habian combatido en las cámaras.

No hubo quien no conociera el torpe juego del Gobierno y á quien no inspiraran por lo tanto lástima y grima sus furiosos alardes de despotismo.

En las redacciones del Diario Español, de las Novedades, de la Nacion, del Tribuno, la Epoca y el Oriente, se presentaron los esbirros de Quinto en busca de todos los redactores: á los que no pudieron sorprender ocupados en sus trabajos, fueron entonces á buscarlos á sus casas, pero á la mayor parte de ellos les habia gustado mucho sin duda el ardid del va-

hiente general O'Donnell, y fue rarísimo el que se dejó atrapar entre las garras de la policía.

De lo que entonces se murmuró mucho en todos los círculos políticos, fué de que cuando todos los escritores de la prensa liberal que habían tan bizarramente combatido al Gobierno, eran buscados por la policía, los redactores del Clamor público, siguiesen paseándose por las calles con la misma libertad y holgura que los escritores del Heraldo y del Mensajero.

Entre los personajes á quienes se les pusieron los pasaportes en la mano para que marcharan al extranjero, fué uno de ellos D. Luis Gonzalez Bravo: esto causó también bastante extrañeza, porque nadie podía explicarse bien por qué este diestro jugador político, hacia la oposición á un gobierno en el que debía de haber desempeñado uno de los primeros papeles. Algunos vieron en esto un síntoma evidente de la próxima muerte del gabinete, porque no hay termómetro mas seguro para conocer el alza ó baja en que se encuentran los ministerios que no tienen mas apoyo que el de la camarilla, que esas evoluciones que en favor ó en contra suya hacen los diestros jugadores de la estofa del celeberrimo Gonzalez Bravo.

En la lista que va á continuación y que publicaron los periódicos por aquellos dias, estan los nombres de todas las personas buscadas por la policía y de las que lograron burlar sus pesquisas: he la aquí:

«Personas que han sido detenidas en el Gobierno de provincia:

D. Luis Gonzalez Bravo, que ha recibido pasaporte para el extranjero.

D. Alejandro de Castro, que se halla en igual caso.

D. Manuel Bermudez de Castro, ministro de Hacienda en el ministerio Lersundi-Egaña.

D. Manuel Rancés y Villanueva, director del Diario Español.

D. Alejo Galilea, director del Tribuno.

D. Dionisio Lopez Roberts, redactor del Diario Español.

D. Leon Valentin Bustamente, redactor de las Novedades;» este y los tres periodistas anteriores fueron puestos en camino para Canarias al dia siguiente de su prision.

«Personas que estaban ausentes cuando se presentó la policía á prenderlos:

D. José Rua Figueroa, director de la Nacion.

D. Francisco de Paula Montemar, redactor de la Nacion.

D. Antonio Romero Ortiz, redactor del mismo periódico.

D. Vicente Cociña, redactor del Oriente.

D. Angel Fernandez de los Rios, director de las Novedades.

D. Antonio Cánvoas del Castillo, redactor de las Novedades: este joven escritor fue uno de los buscados con mas encarnizamiento, porque con su talento incisivo y su fácil elocuencia habia asaeteado con agudísimos epigramas á los prohombres de la polaqueria en los discursos históricos que poco tiempo antes habia pronunciado en las aulas del Ateneo: bajo los nombres de D. Rodrigo Calderon y de muchos de los torpes ministros de Felipe III y de Felipe IV, hizo saladísimos retratos de los mandarines reinantes, los cuales acudieron presurosos á cerrarle las puertas de la cátedra, antes de que llegara á las liviandades de la reina Doña Mariana.

D. Vicente Barrantes, redactor del mismo periódico.

D. Diego Coello y Quesada, director de la Epoca.

D. Juan Lorenzana, redactor del Diario español.»

No le cupo tan buena fortuna como á los anteriores á D. Eusebio Asquerino el cual fue sacado de la cama enfermo y debilitado por sus antiguos padecimientos y trasladado así á la cárcel: al día siguiente lo pusieron en libertad, sin duda porque juzgaron que despues de su enfermedad no podian hacerle ninguna impresion las persecuciones de la policia. En la prision del Señor Bermudez de Castro ocurrieron incidentes notables que debemos mencionar aqui: el 25 de Febrero, es decir, al día siguiente de saberse en la capital los sucesos de Zaragoza, fueron á prenderle en su casa y el Sr. Castro se negó á salir pretestando que estaba enfermo: mandósele entonces que saliese inmediatamente para Francia, y él con una entereza verdaderamente animosa en aquellas circunstancias, contestó que no cumpliria ninguna orden del gobierno mientras no se le obligase á ello con la fuerza material, entendiendo por esta las bayonetas y los agentes de policia.

Obligado á presentarse en el gobierno político, dió la misma contestacion enérgica y digna á las amonestaciones amistosas del despreciable Señor Quinto, y á seguida escribió á San Luis la siguiente comunicacion que es uno de los documentos que mas honran la vida política de este hombre tan estimable por sus buenos conocimientos en economia, pero el cual tuvo sin embargo la debilidad de entrar á desempeñar la cartera de Hacienda con el ministerio Larsundi, si bien es cierto que se retiró por no mancharse en los agios de Ferro-carriles.

:

68

El papel decía así:

«Excmo. Sr.: á las dos y media de la madrugada de ayer se presentaron en mi casa varios agentes de policia con órden verbal del señor gobernador civil, de conducirme á su presencia en calidad de detenido. Una grave indisposicion me impidió levantarme de la cama en aquel momento, y desde entonces estuvo ocupada mi casa por la policia hasta las dos de la tarde en que se me comunicó la órden de quedar en libertad. En el dia de hoy se presentó nuevamente un comisario intimándome tambien verbalmente para que me presentara al gobernador, el cual me ha comunicado la resolucion de S. M., reducida á que salga de España en el dia de hoy ó de mañana y añadiéndome que quedaria arrestado si no me prestaba á presentarme en el correo á la hora de su salida, en cuyo caso se emplearia la fuerza material para hacerme partir.

He hecho presente al señor gobernador que no reconocia en el gobierno el derecho de hacerme abandonar mi casa y mis intereses, y que solo la fuerza de que el gobierno dispone podia hacerme salir, habiendo convenido el señor gobernador en que sus órdenes eran emplear todos los medios que estan á su alcance para hacer cumplir las disposiciones del gobierno con respecto á mi persona.

Cuando sin ninguna consideracion á mi calidad de diputado á Córtes ni á la de estar aun abierta la legislatura de 1854: cuando sin ninguna clase de miramiento á mi categoria como ministro que he sido de la corona: cuando sin ningun respeto á ninguna de estas circunstancias, se atropella mi habitacion á las altas horas de la noche como si fuera un malhechor y se me intima despues la órden terminante de dejar mi casa y la capital donde tengo fijada mi residencia, debo suponer que sobre mí pesan acusaciones que está en mi interes aclarar y desvanecer. Sin estas acusaciones seria inconcebible la conducta que conmigo se ha observado y se observa todavia.

Yo pido pues á V. E. en vista de las observaciones que he hecho, se proceda á formarme causa, en la cual se formulen los cargos que sobre mí pesan, seguro, como estoy, de que muy pronto se verán desvanecidos ante cualquier tribunal ya sea civil, ya sea ante la comision militar que para ello pueda formarse en vista del estado excepcional en que se encuentra el reino. Pero si contra mí no pesan cargos, si no ha recaido sentencia alguna, yo no puedo sin declararme tácitamente culpable, obedecer la órden de destierro.

Si el gobierno de S. M. decide que debo partir, y si segun me ha declarado el señor gobernador civil, está dispuesto á emplear la fuerza material, en este caso no me queda otro recurso que ceder ante ella, protestando como protesto, contra la violencia de que soy victima, é insistiendo como insisto, en mi derecho de que se me forme la correspondiente causa antes de imponérseme una pena.

Espero de V. E. y del alto cargo que ejerce que tomando en cuenta las observaciones que preceden se sirva elevarlas al soberano conocimiento de S. M. para la resolucion mas justa.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 24 de Febrero de 1854.

La respuesta que recibió el señor Bermudez de Castro fué ver allanada su casa á las dos de la madrugada por el jefe de la policia secreta, un comisario, un celador y mas de veinte esbirros; dijole esta turba de canallas que la única respuesta que el presidente del consejo daba á su comunicacion era constiluirle inmediatamente en arresto. Púsosele incomunicado sin permitirle siquiera que llevase libros consigo. El 27 se le hizo salir en un carruaje llevando sentado á su lado á un sargento de la Guardia civil. Al llegar á Sevilla le manifestó el gobernador de la provincia que siguiera adelante en su camino sin detenerse un momento: rogóle el señor Bermudez que le permitiera al menos pasar por Jerez para abrazar á su anciana madre y á un hermano moribundo que tenia en aquella poblacion, y el Gobernador se negó á acceder á tan nobles y justos deseos, diciéndole que tenia órden del Gobierno para que no se le dejara despedirse de su familia.

Al llegar á Cádiz fué encerrado en el Castillo de Santa Catalina y el 4 de Marzo se entregó de su persona bajo recibo el capitán del buque *Rianzares* para trasladarle á Canarias.

¿Y por qué se le perseguia al señor Bermudez de Castro con tal ensañamiento cuando era únicamente uno de tantos diputados que habian pertenecido al comité liberal formado en casa de Sotomayor? ¿Era acaso porque despues de los destierros de los generales habia tenido algunas reuniones en su casa? No; el origen de los brutales rigores con que fué tratado, venia de una causa mas baja y miserable: su deportacion era una venganza particular: ya no se perseguia solo á los hombres que combatian al gabinete en nombre de los principios, habia sonado ya la hora en que los favoritos de la situacion podian satisfacer sus odios y resentimientos personales; Salamanca, los tenia muy vivos contra Castro porque en la cues-

tion de caminos de hierro que se agitó siendo él ministro se opuso á que el inmoral banquero introdujese las máquinas y demas efectos, libres de derechos porque asi convenia á Doña Cristina de Borbon que pensaba hacer con esta ocasion por medio de su agente, un buen negocio de contrabando. Habiasc negado tambien á la devolucion de los bienes de Godoy: Llorente habia tenido tambien con él una reyerta sobre la conduccion de efectos estancados, y se presentaba una buena ocasion para que descargase sobre él todo el enojo de los traficantes de la calle de las Rejas.

Era ademas muy de notar que al mismo tiempo que se cometian tales atropellos y desafueros con todos los hombres honrados que se levantaban á protestar contra los bandoleros que ocupaban el poder, llovian gracias y ascensos sobre los parientes y amigos de los ministros, al punto de que hubo empleados que recibieron en una semana dos ascensos: otros recién sacados de borrador, sentaban plaza de altos funcionarios en los primeros puestos del estado, y á ninguno se le oia hablar de los años de servicio y de los méritos que tenia, sino de los grados de parentesco ó de deshonra que le unian con sus patronos.

Por estos dias se premió escandalosamente al gobernador y capitán general de Zaragoza con ascensos y cruces: hasta las mugeres de estos fueron agraciadas con las bandas de María Luisa y á los sargentos y soldados se les recompensó tambien para que se acostumbrasen á tomar gusto á las traiciones.

IV.

Apartemos la vista un poco de este cuadro repugnante, y volvámosla á los valientes de Zaragoza: ya dejamos dicho como en un consejo de capitanes se resolvió la retirada, y conviene explicar por qué se tomó tal determinacion, que algunos creyeron nacida del espanto producido en los primeros momentos por la muerte de Hore, y no fué sino hija de la necesidad, unánimemente reconocida. La muerte del valiente brigadier Hore fué en efecto algo mas que un suceso ordinario para el éxito del pronunciamiento: no fué solo la direccion material la que faltó desde aquel punto á los sublevados, sino la direccion moral de que mas que nada necesitaban; él tenia en su poder los papeles que contenian la clave de la conspiracion, y la correspondencia con Madrid y con los pueblos de Aragon y Cataluña que se habian comprometido á secundar el movimiento de Zaragoza; y

aunque otros tuviesen algunas noticias, nadie sino él se habia entendido con Huesca, Lérida, Cinco Villas y otros puntos, y ninguno podia por tanto ponerse á la cabeza de la revolucion: de otra suerte, la salida de los pronunciados de Zaragoza no hubiera sido una retirada, sino una marcha sobre los puntos que estaban en combinacion con ellos, marcha cuyo resultado probable hubiera sido el levantamiento inmediato de Aragon, mas tarde el de Cataluña, y despues el de toda España.

Pero muerto con Hore el pensamiento de aquella revolucion, el Teniente Coronel del regimiento de Córdoba, D. Salvador Latorre, manifestó que siendo él completamente estrato á la idea del alzamiento, opinaba que era inútil toda tentativa de continuarle y creia que en el trance á que habian venido, nada podian hacer mejor que retirarse en buen orden, y evitando todo choque con las tropas del gobierno, ganar la frontera de Francia: este consejo fué apoyado en el fondo por todos los oficiales allí presentes, menos uno, el capitan D. Juan Ortigosa, el cual dijo que no habiéndose comprometido á tomar parte en el movimiento por ninguna idea politica, sino por amistad al Brigadier, desde aquel momento se declaraba paisano, y prometia, bajo palabra de honor, no volver á servir en el ejército. Sin duda quiso decir que no volveria al servicio mientras durase el Ministerio Sartorius, pues de otro modo no se comprende como mas tarde, pronunciada segunda vez la heroica Zaragoza, se presentó al Capitan general, D. Ignacio Gurrea, como oficial pronunciado del regimiento de Córdoba, y obtuvo colocacion en el ejército, y aun algun ascenso, si no son errados nuestros informes.

Emprendióse, pues, la retirada con el mayor orden, segun dejamos dicho, y á las doce de la noche salieron los soldados al mando del Teniente coronel Latorre, seguidos de 96 paisanos á cuyo frente iba el patriota D. Eduardo Ruiz Pons. Temerosa la columna de que saliese en su persecucion la caballeria, dirigióse á la Sierra del Castellar: marchó sobre Valdejera y de allí á Luna, desde donde en vez de encaminarse á Luesia, sabedora de que allí estaba alguna fuerza del ejército, dió un gran rodeo, y atravesó el sitio llamado *del mal paso*, el cual es, segun cuentan, tan digno del apodo que lleva, que los pronunciados de Zaragoza tuvieron que incendiar porcion de ramas y troncos, ya para abrirse una senda, ya para alumbrarse en aquella espesura que hacia mayor la oscuridad de la noche.

Llegaron al fin de marcha tan penosa, al pueblo de Longas, y allí no faltó entre los paisanos quien hiciera indicaciones á Latorre sobre la con-

veniencia de detenerse en el país para aprovechar los elementos de que ya hemos hablado, y promover una insurrección general en toda aquella tierra: no era desalentado el consejo, pues según se supo después, de las Cinco Villas salió un comisionado, que detenido y preso en el camino, no pudo unirse á los pronunciados; en Huesca no aguardaban sino su aproximación para pronunciarse; en las montañas de Jaca podía tenerse por cierto que secundarían la rebelión; en Lérida seguía el Brigadier Ruiz en las mejores disposiciones; y Buceta, que llamado á Zaragoza se había detenido en su viaje una jornada antes de llegar á la capital, sabedor de la muerte de Hore y de todo el mal suceso de la conspiración, hubiera también auxiliado poderosamente á la insurrección; hemos tenido ocasión de ver una carta de este bravo y entendido militar, y estamos persuadidos de que él, con algunos paisanos, hubiera podido, á la sombra de aquellas tropas pronunciadas, llevar el levantamiento á las provincias de Huesca, Navarra, Teruel, Valencia, Cuenca, Albacete, Ciudad-Real y Soria. De suerte que la revolución que se ha hecho en Julio, acaso hubiera podido hacerse en Febrero, si en vez de proseguir su retirada á Francia, se hubiera dirigido á Huesca el Teniente coronel Latorre. No fué falta de valor en este infortunado jefe el no determinarse á tanto: no se improvisan las revoluciones, y Latorre, que, como dejamos dicho, era extraño á la de Zaragoza, no podía recoger en un día los elementos revolucionarios allegados por otros en el espacio de muchos meses, y menos no siendo él otra cosa que un militar valiente y pundonoroso, capaz de dejarse matar en su puesto, pero que no tenía ni con mucho, esas cualidades políticas de que han menester los iniciadores de los grandes movimientos populares.

Otro hombre, que, aunque ageno á aquella conspiración, hubiese estado dentro de la vida política, habría podido aprovechar aquellos elementos; Latorre, solo pudo hacer lo que ofreció antes de salir de Zaragoza: llevar las tropas en buen orden de retirada, hasta ganar la frontera de Francia: para él como militar, el lance se había perdido en las calles de la capital; y creía cumplir con un deber de conciencia, evitando la efusión de sangre, que en su opinión, no podía ya ofrecer ningún resultado.

Siguió, pues, con la columna en dirección á Martes, pueblo situado en frente del puente de Verdun: era su ánimo pasar por este puente el Aragón, operación tan importante, que una vez al otro lado del río, podían los pronunciados ganar con alguna seguridad el camino de Francia:

este es uno de los sucesos mas notables de aquella retirada, y como no faltó por entonces quien atribuyera á cobardía en el gefe ó á falta de valor en los soldados el que no se tomase el puente, vamos á contar el hecho como le hemos oido á personas que participaron de los peligros de tan larga y penosísima marcha.

Apenas se supo que la Casa fuerte del puente estaba ocupada por alguna fuerza de carabineros, paisanos y soldados manifestaron el mayor entusiasmo, y dieron bien á conocer sus deseos de venir á las manos; pero Latorre, llevado siempre de su deseo de evitar en lo posible el derramamiento de sangre, mandó formar la columna de ataque, pero dió orden al oficial á quien puso al frente de ella, de que fuese á conferenciar con el gefe de los carabineros: manifestóle dicho gefe que tenia órdenes terminantes de defender obstinadamente el paso, y le encareció lo mucho que sentiria verse comprometido á un combate, que era tanto mas inútil cuanto que el objeto de pasar el Aragon podia cumplirse fácilmente, por estar el rio á la sazón vadeable por todos lados. Estas consideraciones, y no el temor, (que poco podia inspirar á hombres determinados á la muerte una fuerza de treinta carabineros), movieron á Latorre á retirarse sin atacar el puente: mucho contribuyó tambien á esta determinacion la noticia que se tuvo en la columna de que Calonge, con fuerzas muy superiores, iba á marchas forzadas sobre ella.

Siguieron los pronunciados rio arriba á lo largo de la orilla izquierda, y llegados á Bailo, hicieron un alto, despues del cual, no atreviéndose á vadear el rio, decidieron proseguir su marcha y pasarle por el puente de Santa Cilia. Así lo ejecutaron dichosamente, no ocurriendo en el paso mas que un deplorable hecho, que por honra de nuestro ejército fuera mejor callarle, pero que es fuerza referirle en castigo de quien le ejecutó: el abanderado del regimiento, seguido de unos cuantos soldados, volvió á repasar el puente, y fué á presentarse á Jaca. Este mismo se presentó mas tarde al general Gurrea, como pronunciado del regimiento de Córdoba.

Aquella noche la anduvieron toda, hasta llegar á Jabierregay de donde continuaron su marcha á Hecho.

En estos valles, á pesar de caminar como fugitivos, y sin otro pensamiento que el de salvarse, acaso los pronunciados hubieran dado ocasion á un alzamiento con sola su llegada, á no haberse esta verificado en circunstancias desfavorables: la gente de accion; los *paqueteros*, nombre que reciben en el pais los que se dedican al contrabando, aprovechando la

ocasion de estar la frontera desamparada de los carabineros, habian ido á Francia, con objeto de hacer sus cargas y entrarlas sin riesgo en España. Estos hombres, muchos en número, robustos, y acostumbrados al peligro, hubiesen sido un auxiliar poderoso á los sublevados, y en aquellos dias se tuvo en Madrid por cierto que se habian levantado en su ayuda: dispuesto las cosas de otra suerte la casualidad, ó el motivo que dejamos mencionado.

Es de advertir, por si acaso la muerte de Hore, centro de la conspiracion, no es bastante á explicar la actitud tranquila que guardaron las provincias aragonesas, que tan luego como D. Salvador Latorre llegó con su columna al otro lado del rio, se cubrió la linea de carabineros, que interceptaron toda comunicacion con las poblaciones de la orilla izquierda del rio, y obligaron á volverse á los comisionados de Zaragoza y de otros puntos, que habian salido á ponerse de acuerdo con los pronunciados.

Salieron estos aceleradamente de Hecho, con noticia falsa que les dieron de que ya se descubrian las avanzadas de Calonge: á medida que adelantaban en su camino, parecia que iban aumentándose las dificultades y los peligros de la marcha; era uno de los meses mas frios de ese invierno rigoroso que acabamos de pasar, y aquellos infelices soldados y aquellos infortunados patricios, atravesaban un pais donde un estrecho sendero que apenas daba paso á un hombre de frente, era el solo terreno en que pudieron poner la planta en medio de aquellas inmensas sábanas de nieve que se estendian á derecha y á izquierda en horizontes infinitos: el frio les helaba los pies, el hambre y el cansancio debilitaban sus cuerpos, y el reposo que les aguardaba era acaso un combate con los carabineros situados en el sitio llamado la Casa-fuerte: asi lo creian al menos, y aunque estenuados de fatiga, se hallaban resueltos á combatir hasta el último punto, como hombres que nada podian esperar mas que la muerte, si no lograban ganar la frontera que ya miraban tan vecina: afortunadamente hallaron desamparado aquel puesto, y lo mismo otro caserío nombrado *Venta de la Mina*, distante cuatro ó cinco leguas de la raya de Francia: aqui hicieron noche, y aunque ni hallaron víveres, ni leña con que hacer lumbre, que tuvieron que ir á buscar al monte, se aprestaron lo mejor que pudieron para emprender su última jornada á la mañana siguiente.

Antes de pasar adelante, conviene aclarar las circunstancias de un hecho que produjo gran sentimiento en todos los liberales, y dió entonces y aun ha dado despues ocasion á que se inculpase á los pronunciados por el

abandono que hicieron de su gefe: hablamos de la captura del infortunado Latorre: relaciones recientes, que tenemos por fidedignas, nos han dado á conocer que en este desgraciado incidente no anduvieron culpados ni los oficiales, ni los paisanos, ni los soldados, ni nadie, y que la mala estrella de D. Salvador Latorre fué la que le llevó á su precipicio. Referiremos los hechos como nos los han referido á nosotros.

Marchaba el Teniente Coronel á retaguardia de la columna para cuidar de que no se estraviara ningun soldado, y le acompañaban varios oficiales, uno de ellos hermano suyo, y un guia tan de su confianza, que le habia salvado en 1841: como á cien pasos antes de llegar á la *Venta de la Mina*, dijo á su hermano y á los otros oficiales que se adelantasen, lo que ellos hicieron creyendo que su gefe les seguiria, y que solo les enviaba delante á fin de que le dispusieran alojamiento. No era este el ánimo de Latorre; antes, sintiéndose fatigado, ó por otros motivos que se llevó á la tumba consigo, determinó seguir solo la retirada, á larga distancia de la columna: no dió parte de esto á ningun oficial ni á su mismo hermano, y solo se confió al guia de quien hemos hablado, al cual encargó que volviese desde la Venta á buscarle. No tardó en notarse la ausencia del Teniente Coronel, pero se creyó generalmente que vencido por la fatiga, se habria retirado á descansar á alguna habitacion apartada; mas al cabo, buscándole los oficiales por todas partes sin hallarle en ninguna, resolvieron salir á buscarle al monte, que recorrieron en diversas direcciones, sin alcanzar otro resultado que la triste certeza de haberle perdido. Latorre, á quien los oficiales, en vista de lo inútil de sus pesquisas, creian sepultado en algun precipicio cubierto de nieve, habia pasado la noche en una borda, especie de cabaña donde acostumbran albergarse los pastores, y aun dicen que oyó las voces, que llamándole, daban sus oficiales cuando recorrían el monte: asi afirman que lo confesó él mismo en la capilla, pocas horas antes de que lo fusilaran. En fin, á la mañana siguiente, desconsolados con la pérdida de su gefe, siguieron su marcha aquellos simpáticos fugitivos, dejando encendida una gran hoguera á la puerta de la venta, por si tal vez llegaba allí el desgraciado Latorre: encamináronse hácia el Puerto que llaman de *Agua tuerta*, animados en medio de sus quebrantos, por la serenidad del día, que les prometia una jornada menos trabajosa de lo que se habian temido.

Fué sin embargo tan penoso el paso del puerto, que el comandante, varios oficiales y paisanos y aun algunos soldados, que iban huyendo de

la muerte y tan cerca miraban su salvacion, se tendieron sobre la nieve, desesperados de poder seguir adelante, y pidiendo á sus compañeros, con desfallecidas voces, que les arrancaran la vida. Grande fué el regocijo de todos, cuando al llegar á lo alto del Puerto, descubrieron unos cuantos *paqueteros*, que al verlos, tomándolos sin duda por dependientes del resguardo, diéronse á huir en direccion contraria; pero volviendo á las voces que les daban y señas de paz que les hacian, les dieron víveres, de que tenian harta necesidad y llevaron en sus hombros á los mas cansados. Pasaron al fin el Puerto, y poniendo el pié en la raya de Francia, saludaron aquella tierra hospitalaria.

No queremos, al llegar aquí, dejar de referir cierto rasgo, que revela bien á las claras el orgullo castellano: aquellos valientes que por defender la libertad de su patria habian empuñado las armas, no quisieron rendirlas al extranjero, y antes que entregarlas á las autoridades francesas, prefirieron dejarlas sepultadas entre la nieve. Acompañados de gendarmes franceses se dirigieron á Urdoz, de allí fueron á Bedous, y por último á Pau, desde donde fueron destinados á los depósitos.

Tenemos que cumplir aqui con el deber de españoles y de liberales, dando las gracias á los ciudadanos franceses, que prodigaron todo género de cuidados á los infelices proscriptos; y al mismo tiempo nos vemos en la necesidad de consignar el hecho, vergonzoso para un pais civilizado, de que las autoridades del gobierno francés se mostraron bien exigentes y bien duras con los emigrados de Zaragoza; y que entre estas autoridades, mas atentas á contraer méritos para con su Gobierno que á sujetarse á las prescripciones de la humanidad y la justicia, descolló singularmente Mr. Chauvin, Comisario central de Policia en Burdeos. Otras autoridades, en cambio, hicieron olvidar con sus atenciones, el mal trato de aquellos funcionarios: nos han citado el nombre de Mr. Manrique, maire de Burdeos, y somos aqui con mucho gusto intérpretes para con él de los sentimientos de gratitud de varios españoles que se le confiesan obligados.

El siguiente certificado fué espedido por el maire de Bedous á los paisanos emigrados de Zaragoza.

Nos, maire de Bedous.

Certificamos que los voluntarios de Zaragoza, al mando de Eduardo Ruiz Pons, se han conducido bien en su paso por Bedous, y que no se nos ha dado queja ninguna contra ellos.

Bedous á 28 de Febrero de 1854.—EL MAIRE, *J. Manrique*.

Ya dijimos que el coronel Latorre desapareció sin que cuantas pesquisas hicieron sus compañeros pudieran servir para averiguar su paradero.

Fué su ánimo sin duda al separarse de la columna, el permanecer oculto en algún pueblo de aquellas sierras, esperando allí á que internados en Francia los fugitivos, abandonasen aquellos sitios las fuerzas que iban en su alcance, para venirse entonces él á tomar un camino que le condujese á la frontera con menos riesgos y penalidades.

Tal se hallaba ya de cansado y desfallecido el día de su ocultacion, que ni aun en hombros de los soldados hubiera podido resistir la marcha que aun le quedaba que hacer para ponerse en salvo.

La mala ventura quiso que huyendo de la muerte que habria hallado indudablemente en el hambre y las fatigas, viniese á dar en las manos de los cobardes traidores que despues de la bizarra y heroica hazaña de prender á un hombre moribundo y desarmado, le entregaron á sus verdugos para que hicieran redar su cabeza por aquel suelo sagrado donde nació la sublevacion mas funestamente generosa de nuestra historia contemporánea.

Favorecer su fuga, hubiera sido una accion humanitaria y digna de hombres honrados, y los que tuvieron la inolvidable gloria de prenderle querian mostrarse fieles servidores del ministerio Sartorius.

Despues de sofocada la sublevacion, la reina, en nombre de los sentimientos humanitarios y de las prácticas establecidas en todos los paises civilizados, debia de haber ejercido el derecho de indulto con el infortunado Latorre, pero los ministros no quisieron aconsejarlo porque el coronel Latorre no era un asesino ni un bandido; era un hombre honrado, valiente y amante de su patria, crímenes todos para los que debia mostrarse inexorable el poder de la justicia.

Conducido á Zaragoza y juzgado por el tribunal militar con ese apresuramiento que tan estimables hace á los buenos verdugos, fue condenado á ser pasado por las armas, y el día 6 de Marzo á los dos y media de la tarde fue fusilado en el campo del Sepulcro. Sufrió la muerte con la calma de los valientes y con la dulce y tranquila serenidad de los mártires.

La mañana de aquel día la pasó en la capilla abrazado con algunos amigos, que llegado el terrible trance de ponerse en camino para el sitio de la ejecucion, se despidieron de él despedazados de dolor y de cólera.

El mismo día que se publicó en la Gaceta el parte de su muerte salieron las reales órdenes concediendo al gobernador de Zaragoza la llave de

gentil-hombre con ejercicio, libre de todo gasto, en recompensa de los servicios prestados para sofocar el levantamiento.

Contrastes tan repugnantes como este, no se han ofrecido nunca á los ojos de la humanidad mas que en los tiempos del bajo imperio, en que era primer consul el caballo de Caligula, ó en estos en que el primer ministro era Luis Sartorius el de Sevilla!

V.

Volvamos ahora á la capital y veremos qué actitud presentaba la opinion y cuál era la verdadera fisonomía del ministerio: la opinion presentábase cada vez mas alarantemente silenciosa y retraida: reinaba en la atmósfera política ese secreto calenturiento, esa calma misteriosa bajo la que se ocultan siempre la elaboraciones ardientes de una conspiracion: en todos los rostros dibujábase vagamente cierto cuidado en ocultar alguna cosa, que muy pocos sabian de veras, pero que todos presentian y esperaban: el gran foco de todas estas secretas esperanzas, la frase que todo el mundo pronunciaba con cierto acento de inesplicable y cauteloso regocijo, era: «O'Donnell sigue oculto.» Esta era la frase consoladora que los mas animosos hacian resonar en los oidos de los desesperanzados: esta la frase mágica que alentaba á los mas timidos, que daba paciencia á los perseguidos y que mantenía vivo y palpitante en el corazon de todos los buenos españoles, ese sentimiento poderoso de indignacion contra los enemigos de nuestras libertades, sentimiento que ellos juzgaban estinguido porque no le habian dejado medios de manifestarse ni en la tribuna, ni en la prensa, ni en las conversacion siquiera.

El ministerio se presentaba en público con la máscara de un valor y de una confianza tan mal fingidos, que á través de su ridicula careta trasparente se veía su fisonomía llena de miedo y de espanto. Hallábanse los pobres gobernantes en la penosa y crítica situacion de los ladrones, que despues de haber maniatado á sus victimas, á cada mirada, á cada gesto de estas, se estremecen de pies á cabeza y tratan de asustarlas con el aparato de sus armas y la ferocidad de sus rostros, disimulando el miedo que les hiela el corazon.

A la Nacion teníanla atada de pies y manos: ocupábanse con sus manos ensangrentadas en saquear las arcas del estado, y á cada ruido volvian la cabeza llenos de espanto, creyendo sentir ya sobre sus gargantas la ma-

no de hierro de sus poderosos enemigos. La ocultacion del general O'Donnell era para ellos una continua alarma, un amago terrible y permanente del castigo que les esperaba: esta ocultacion, imitada despues de los sucesos de Zaragoza, por la mayor parte de los periodistas y de los hombres políticos á quienes habia intentado prender la policia, era ya un peligro cierto; un sintoma evidente de que en el secreto del hogar doméstico se preparaba la batalla sangrienta que habia de concluir con la cuadrilla de bandoleros, que agrupados al rededor del trono y abrazados con él, creian que nadie se atreveria á perseguirlos hasta aquel profanado lugar de asilo. Jamás la policia ha espiado las palabras, las miradas y los gestos con mas desvergüenza y descaro, y sin embargo jamás esta arma terrible de los poderes que viven fuera de la ley y de la diguidad, ha inspirado mas desprecio. La nacion habia decidido esterminar á la inmunda canalla que pisoteaba su noble frente, y cuando un pueblo entero decide recobrar su libertad y su decoro, no hay cadenas, ni grillos, ni mordazas, ni ligaduras, que cuando suena la hora sagrada de la insurreccion, puedan sujetar ni un momento sus miembros enfurecidos.

La tiranía no ha tenido nunca mas base que la violencia de los pueblos, pues no hay pais, por encadenado que esté, que no pueda sacudir su yugo en el momento que quiera hacerlo.

En el capítulo siguiente marcaremos todos los pasos de esa magnífica conspiracion que nace subterráneamente con la ocultacion del bizarro general O'Donnell y aparece por primera vez á la luz del dia en todo el esplendor de su fuerza gigante el 28 de Junio.

CAPITULO TERCERO.

La conspiracion.—Sus caractéres especiales.—Lealtad de los conspiradores.—Infidelidad de la Policía.—El Murciélago.—Conviértese en la crónica de la vida íntima del Ministerio.—Aparicion del primer número.—Repátese bajo sobres con filetes negros.—Todos los ministros reciben un ejemplar.—Espanto de los polacos.—Regocijo de la Nacion.—Seccion de anuncios.—Retrato de Quinto.—Segundo número.—Desesperacion de Quinto.—Júbilo de la capital.—Alfaro.—Rotalde.—Salamanca.—Carácter de este número.—Número tercero.—La casa de Zangroniz.—Ortega.—Quinto y Domenech.—Blasser.—Vista-hermosa y San Roman.—El empréstito.—Cuarto número.—Sus rasgos característicos.—Insultos á Cristina.—Nuevos negocios.—Un patíbulo para los ministros.—Un recuerdo de Merino.—Los conspiradores.—O'Donnell.—Primeros oficiales que se comprometieron.—Serrano, Messina y Manzano.—Personas que auxiliaban de cerca al ilustre general.—Cánovas.—Traslacion del general á otra casa mas segura.—O'Donnell y Dulce.—Regimiento de Estremadura.—Enfermedad del general.—El médico Seoane.—Casa de la calle de la Ballesta.—Lealtad del bojalatero del cuarto bajo.—Trasládase de nuevo.—Lealtad de otro hombre del pueblo.—Fernandez de los Rios.—La policia.—El 13 de Junio.—Fontan y Vega de Armijo.—Incidentes.—Ciega confianza del Gobierno.—El 28 de Junio.—Aspecto de la capital.—La opinion pública.

I.

Vamos á narrar el periodo mas interesante y dramático de la presente revolucion: pálida será la pintura que de él hagamos, porque las elaboraciones ardientes de una conspiracion, el estado de agitacion continua de los conspiradores, su actividad infatigable, el misterio de sus tramas, su sombría desconfianza, su valor cada vez mas heróico, tienen un movimiento tan dramático y exigen un colorido tan luminoso, unas tintas tan vi-

vas, que no pueden brotar de un pincel tan pobre en colores como el nuestro. Y luego si añadimos á los caracteres naturales de toda conspiracion, los especialisimos que tiene la que vamos á relatar donde los conspiradores son los primeros dignatarios del pais, donde el valor raya en heroismo, donde las peripecias son continuas, la fidelidad inaudita, la astucia maquiavélica, los peligros incalculables, conspiracion que no aparece de súbito, sino que crece y se desarrolla en medio de los tiranuelos que se ha puesto á derribar, los cuales la sienten rugir á su alrededor, la palpan en todas partes sin poder asirla, la hallan interpuesta en todos sus pasos, conocen que crece y se enrosca á sus cuerpos, sin poder sacudirse de ella, y no se mueven, ni hablan, ni respiran, ni viven un solo instante en que no se hallen acosados por sus vagos murmullos, como si la llevarán dentro de su conciencia, como si fuera la voz de sus remordimientos, entonces lo difícil se convierte en imposible y la pluma se cae de las manos y el ánimo se desalienta y desespera por no poder trazar una pintura magnífica y gigantesca en la que el estilo estuviese en correspondencia y armonia con la grandeza de los hechos y la magnificencia del asunto.

Dos rasgos distinguen principalmente la conspiracion de los valientes y bizarros libertadores de la patria, la fidelidad y la prudencia: parece imposible que en una conspiracion que tenia tan vastas ramificaciones no haya habido ni un solo traidor: y es que el oro de la cuadrilla de bandideros que escamoteaba el pais en nombre de la reina, no podia comprar ya mas que á las gentes de su ralea, y estas gentes no podian tomar parte en una conspiracion cuyos principales hilos estaban en manos de unos cuantos hombres de acrisolada bonradez, que combatian al ministerio principalmente en nombre de la moralidad: además, hasta la policia se creyó con derecho á serles infiel, porque el ministerio habia llegado á tal grado de prostitucion y de deshonor, que ni los polizontes pudieron dominar el rubor que les causaba el defenderle: San Luis estaba destinado á inspirar desprecio á sus mismos lacayos!

La asquerosa y repugnante fisonomia de la pandilla polaca, durante ese último periodo de dominacion en que presintiendo sin duda que se acercaba su hora postrera, se entregó á todos los desenfrenos del mas brutal y descarado cinismo, está retratada con caracteres de fuego en el *Murciólogo*, periódico que salia furtivamente de vez en cuando á llenar de espanto á los pobres mandarines, y de regocijo y esperanzas á todos los buenos españoles.

El *Murciólogo* es, pues, otro de los rasgos característicos de la conspiración: todas las tramas que han preparado los pueblos han crecido siempre bajo el silencio mas impenetrable: los valientes españoles que prepararon los sucesos de Vicálvaro, tenían tanta confianza en su valor y decision, y les inspiraba tal lástima la camarilla que pretendian derribar, que no contentos con dejar traslucir por todas partes sus maquinaciones, hasta quisieron tener su periódico.

Como los cinco números que vieron la luz encierran toda la historia íntima de ese periodo escandaloso en que ya no se guardaba fórmula ninguna de respeto legal en la publicacion de los ágios, periodo en que la lucha del ministerio con la opinion se presenta ya en toda su desnudez: en que no hay ya partido político sino hombres honrados que se juntan bajo una misma bandera para combatir una cuadrilla que deshonra la nacion á los ojos de la Europa, y aun pudiéramos decir al mismo trono que ha tomado por escudo, vamos á extraer de esas páginas candentes, enrojadas al fuego de la indignacion pública, los párrafos que pintaron mas al vivo las liviandades de la corte y el pillage de los torpes mandarines.

Luego entraremos á narrar los sucesos mas íntimos de la conspiracion y especialmente las hondas y continuas vicisitudes porque tuvo que pasar durante su prolongada ocultacion el bizarro general O'Donnell, alma y centro de aquel puñado de valientes y decididos españoles que juraron salvar á su pais de la camarilla que le infamaba, y á través de todos los peligros lograron llevar á cumplido término su sagrado juramento.

Apareció el primer número el 26 de abril y se repartió bajo unos sobres con filetes negros como los de las esquelas en que se convida á los funerales: todos los ministros recibieron su ejemplar y algunos llegaron á las manos de la reina: la curiosidad que este papel despertó en los ánimos fue tan honda que hasta se sacaron copias manuscritas: todo el mundo estaba ávido de oposicion, dè insultos y de denuestos contra el ministerio: habianse apurado ya todas las imprecaciones de la lengua en las murmuraciones de la conversacion, y por eso cuando esas imprecaciones, el único recurso de los pueblos encadenados, se multiplicaron con las mil lenguas de la imprenta, la nacion entera tuvo un momento de expansion y de júbilo recreándose en el espanto y el miedo de sus cobardes dictadores. Vamos, pues, á copiar algunos párrafos de este célebre periódico, que consideramos solo como un documento histórico, acerca del cual nos reservamos nuestro juicio, dejando al lector en libertad de formar el suyo.

:

84

Lo mas notable que hubo en el primer número fue la seccion de anuncios: entre estos los siguientes son saladisimos.

He aqui la forma en que salió esta seccion la mas amena del periódico.

Destinos.

«El que desee conseguir un destino, acuda al ministerio de Fomento y en el despacho de D. Juan Perez Calvo darán razon. Se advierte que la cantidad que por él se estipule se dará anticipadamente.»

Negocio.

«El que quiera hacer algun negocio de importancia puede acudir al ministerio de la Gobernacion y en el despacho de D. Rafael Perez Vento se informará. No se tratará con corredores.»

Gracias por Guerra.

«Empleos, grados, cruces y honores.—El que desee conseguir alguna de estas gracias se avistará con D. Saturnino Parra, comisionado del subsecretario de la Guerra para tratar del valor de ellas. Pasando este valor de 20,000 rs. se hará directamente el negocio con el mismo subsecretario Señor Fernandez San Roman.»

Este número concluia con una poesia dedicada al pueblo español y en la cual hacíase el retrato de todos los ministros: la última octava estaba dedicada al conde de Quinto y decia asi:

«Otro polaco de asquerosa historia
y de admision reciente en la cuadrilla,
de quien espera su provecho y gloria
hasta subir á la dorada silla.
¡Famoso robador! Dejó memoria,
primero en Aragon, luego en Castilla:
conocerás por él que asi te pinto
al mismo D. Javier, conde de Quinto.»

La última línea del periódico era esta:

Editor responsable, D. José Salamanca.—Imprenta del Sr. Conde de Vilches.

El número 2.º, que apareció el día 8 de Mayo, acabó de introducir el miedo hasta en la médula de los huesos de los miserables gobernantes: su lenguaje era mas duro, es decir mas verdadero; reflejo fiel del estado de la opinion, anunciaba que la tempestad se iba condensando cada vez mas en el horizonte.

Desde la aparicion del número anterior habíanse dedicado todas las falanges de la policia, al espionaje de las imprentas; Quinto habia prometido varias veces dar con los nuevos periodistas, y cuando mas confiado se hallaba el pobre conde en la astucia de su lacayo, se encontró con la segunda visita del célebre pájaro, que esta vez, segun se dijo entonces, se le presentó bajo un sobre del ministerio de Gracia y Justicia como recado ó carta de su amigo Domenech.

La capital respiró de nuevo: la voz del Murciélago era el grito de indignacion de la nacion entera; grito que no podian sofocar ya ni las mordazas del poder, ni los esfuerzos de la policia: una trama de unos cuantos ambiciosos puede destruirse, pero cuando todo un pueblo es el que conspira, un soplo de ese pueblo derriba las mas poderosas tiranias.

He aqui los principales párrafos de este segundo número.

MADRID 8 DE MAYO DE 1854.

«Ha llegado á noticia de «El Murciélago» que D. Agustin Alfaro, Fiscal de la Deuda con el sueldo de 50,000 reales, anda por la coronada villa exhalando ayes y lamentos, porque incluímos su nombre en nuestro número anterior y entre los de otros beneméritos Polacos.

Por Polaco le hemos tenido siempre, pero ahora parece que viendo á sus amigos próximos á caer para no volver á figurar en la escena política, dice que ha roto con ellos, en lo cual, á fuer de hombres imparciales, vemos una marcada deslealtad.

¿Cuándo hubiera llegado D. Agustin Alfaro al importante destino de Fiscal de la Deuda sin el auxilio de los hombres de quienes hoy quiere divorciarse? Pero su ambicion no estaba satisfecha porque aspiraba á la cartera de Ministro, y nada menos que á la de Gracia y Justicia.

En nuestra opinion es la primera vez que el condesillo ha dado muestras de algun pudor, no queriendo colgar á la magistratura tan humillante sambenito, obligándola á ser dirigida por un Alfaro.

86

Sufra este señor y tenga paciencia. Conténtese con la fortuna adquirida en tan pocos años y con el producto de los escandalosos negocios que ha hecho en el destino que hoy desempeña. No pretenda ahora hacerse aceptable para los que hoy combaten á los actuales gobernantes.

Los hombres de la oposicion deben vivir muy alerta y negarse á recibir en sus filas á estos merodeadores que llevan en su frente la marca de hierro de la inmoralidad

Tenemos la vanagloria de sostener que á nadie calumniamos; lo que hasta ahora hemos dicho está en la conciencia de todos. Hace muchos años que no vemos la verdad en letras de molde, y nosotros hemos arrostrado el peligro que lleva consigo el cumplimiento de tan sagrado deber.

Por lo demas no nos llama la atencion el que el señor Alfaro y algunos otros disputen entre sí y se separen con la intencion de hacerse una guerra á muerte.

Esto sucederá á la Polonia, porque esto mismo sucede con frecuencia entre los bandidos, que aunque muy conformes al dar el golpe, suelen destruirse á puñaladas cuando tratan de repartir la presa.»

«La aparicion del «Murciélago», su vuelo en elevadas regiones, que nadie ha podido impedir, y el ódio que inspira la administracion actual, han obligado al Conde y comparsa á tomar sus medidas; y tanto el gefe como Collantes, Domenech y demás allegados se apresuran á despachar ciertos y determinados expedientes que han de ofrecerles recursos muy sobrados para vivir en la opulencia luego que abandonen el poder. Entre estos se encuentra el de reclamacion de 80,000 duros, promovido por el brigadier D. Santiago Rotalde, el cual pide esta cantidad por sus fechorías en el teatro de Oriente. El expediente está en el consejo Real, y el Gobierno ha mandado á los consejeros que lo resuelvan á favor de Rotalde.

Veremos lo que hacen los consejeros, y á su tiempo publicaremos su resolucion y sus nombres.»

«Corren estos dias, y parece que están próximos á imprimirse, algunos versos contra la Reina, y en los que se habla hasta de su vida privada.

Sabemos, á no dudarlo, que estos versos están escritos y serán publicados por cuenta de los Polacos, con el objeto de hacer vor á S. M. que la oposicion la trata de una manera violenta. ¡Ay, señores polacos, este es un recurso muy gastado! De él os servisteis para derribar al Ministerio

Lersundi-Egafia, y de él quereis serviros ahora para conservaros en el mando.

Sois ya muy conocidos, y todo el mundo comprende vuestras manobras.»

«Parece que el señor Conde de Quinto, reconvenido en Consejo de Ministros por no haber impedido la publicacion de nuestra hoja, ha ofrecido apoderarse de muchos «Murciélagos» vivos ó muertos.

Vaya con tiento el conde y no se precipite; pues aunque consiga echar el guante á algunos murciélagos, no es prudente que paguen justos, por los que él cree pecadores. Los murciélagos que pudieran caer en sus manos, no tienen relacion alguna con El Murciélago presente, que tanto le incomoda á S. E.

Este «Murciélago» no podrá ser habido; está en parte mas segura de lo que parece y entra hasta donde S. E. no podrá entrar siempre que quiera.»

«El corrompido y corruptor Salamanca se ha manifestado en estos dias muy gozoso de que en nuestro número anterior solo le tocase figurar como editor responsable, y esto ha dado motivo á que se crea que á él nos liga una estrecha amistad.

Amistad hemos tenido y aun tenemos con él: ¿por qué hemos de negarlo? Pero nos hemos propuesto ser tan estremadamente justos, que hoy diremos lo que antes callamos.

El hombre que engaña á unos, vende á otros y comercia con todos, escitándolos á disponer de la fortuna pública por distintos medios, merece que se fije en él la atencion. A Salamanca se han unido cuantos ministros ladrones hemos tenido, y por último, se ha unido tambien el duque de Riansares, tomándole por representante para los ruidosos negocios de ferrocarriles, que han de ser causa todavia de grandes desgracias.

Salamanca es el prototipo de la inmoralidad.

No estamos conformes con los que sostienen que es preciso hacer grandes castigos. Somos enemigos del derramamiento de sangre, y creemos que un solo ejemplar puede servir de correctivo y evitar que la gangrena se propague.

Salamanca colgado del balcon principal de la casa de correos, seria una gran leccion de moralidad.»

88

«Parece que se va á hacer un empréstito forzoso de 180 millones. Lo único que en esto nos ha sorprendido, es que los señores Molins, Blasser y Calderon que hasta ahora habian aparecido mas decentes que sus compañeros, se asocian á la responsabilidad en que va á incurrir la nueva compañía de *tomadores del dos*.»

En este número se denunciaban ágios escandalosos: pero se daban todavía consejos á la reina: la indignacion venia mezclada con las súplicas: los hombres de la oposicion querian seguir creyendo todavía en la inocencia del trono: retardaban todo lo posible el arrojar una duda que podia ser muy funesta; no apelaban á un medio duro sino despues de haberse convencido de que era inútil otro mas suave. Denunciaron primero los latrocinios de los ministros y no fueron oidos: hablaron despues del representante de los ágios de Cristina y su voz no halló tampoco eco en las cámaras reales: era ya pues necesario aludir claramente á la muger que estaba siendo la ruina del pais, y en el número tercero se la dedicaron varios párrafos.

Estos son los que hemos estractado de este número que apareció el 26 de Mayo y fué el primero que llevó á la cabeza pintado un murciélago.

«En nuestro número anterior dijimos que los hombres que ocupan el poder, conociendo que su caida es inevitable, se apresuran á despachar ciertos espedientes que han de dejarles grandes utilidades. Entre estos espedientes citaremos el de reclamacion de 80,000 duros de D. Santiago Rotalde por las obras del teatro de Oriente, pasado al Consejo Real con la prevencion hecha á los consejeros de despacharlo á favor de aquel buen hijo de la Polonia.

Hoy tenemos que hablar de otro negocio: el de la concesion del privilegio á la casa de Zangroniz hermanos y compañía de la Habana, para establecer comunicaciones regulares por medio de ocho buques de vapor entre la misma Habana, el Havre y Liverpool ú otros puntos de Francia y de Inglaterra y tocando en Puerto-Rico y Vigo.

El encargado de dicha casa tenia orden de ofrecer 50,000 duros por la concesion, y esta cantidad ha sido entregada al conde de San Luis, facilitándola uno de los comerciantes de esta córte que tiene giro en aquella isla.

Véanse como nuestras noticias sobre ciertos y determinados negocios van saliendo exactas.

Iremos publicando otras muchas tan pronto como recaiga resolución en los expedientes.»

«Las acciones de caminos de hierro principian á dar sus frutos. No aprobado este papel por las Córtes, los especuladores se retraen de tomarlo. Solo el célebre Salamanca sigue adelante en sus ágios vergonzosos, porque con el apoyo de su padrino el duque de Riánsares, ha conseguido que el ministerio cuadrilla le cangée las acciones por pagarés del Tesoro que se negocian con mas facilidad, aunque con mayor gravámen para el Estado. Esto no importa: el pobre pais paga y la Polonia chupa. ¡Lo que vale un buen padrino!»

«Corren noticias acerca de los dictadores que el Gobierno ha enviado últimamente á las provincias de Ultramar. Todos obran como sultanes; pero ninguno llega á lo que se dice del general Ortega. No contento con haberse apoderado sin inventario y con escándalo de todos los fondos de las oficinas de Hacienda de la provincia de Canarias, y haber prohibido por medio de una orden firmada por el comandante general Sr. Huet, que se reunan los ayuntamientos de los pueblos á no ser con objeto de felicitarle por haber sido nombrado Gobernador interino, se ha entregado á todo género de escesos y violencias, que con ser tan grandes que deshonorarian la nacion en que suceden, tal es el general Ortega, que no habrán de maravillar á nadie, ni añadir ni quitar nada á la merecida fama y reputacion de S. E.—Dicen que mediante algunos pesos, ha puesto en la calle á unos reos de crímenes atroces, y porque se opuso el auditor de guerra, le ha destituido de su destino y le ha hecho conducir y encerrar en un calabozo en la isla de Hierro.—A un abogado que nombró despues auditor interino, y que tambien se negó á autorizar con su firma tan horrible maldad, le amenazó con fusilarle, llevando tan allá las cosas, que hizo formar parte de la guarnicion para convencerle que estaba dispuesto á todo si se empeñaba en cumplir con su deber.—Ahora no falta mas sino que el Gobierno le haga teniente general en recompensa.—En una carta que el Sr. Ortega ha enseñado á varias personas de aquella isla, le dice el señor Ministro de la Guerra que es el mejor capitán general que tiene el Gobier-

90

no en las provincias: por nuestra parte creemos que no podrían tenerlo peor los canarios á no mandarlos en persona el Sr. Blasser.»

«Parece que el conde de Quinto ha sido nombrado gentil-hombre. De seguro hace de la llave una ganzúa.

Siempre se habian hecho los conventos para las comunidades; ahora se ha hecho una comunidad para un convento. ¿Si pensará ser todavia fraile el Sr. Domenech? ¡Quién se lo habia de decir cuando aplaudia, y algo mas, las quemas y los asesinatos de 1836!»

«Cuando los hombres políticos que ocupan el poder barrenan las leyes y se proponen perpetuarse en el mando para acrecentar su fortuna, procuran ante todo asegurarse la obediencia de la fuerza militar, con el objeto de que les sirva de escudo.

Esto sucede precisamente con los actuales gobernantes.

En todas las órdenes que espiden, y hasta en los articulos del periódico que los defiende, se leen mil lisonjas dirigidas al ejército, poniéndole por delante el nombre de la Reina para escitarle á la disciplina, mientras que ellos llevan adelante sus planes de saqueo.»

«No parece sino que los militares, por estar sujetos á la ordenanza, están privados de tener sentido comun y que no comprenden el verdadero valor de esas lisonjas.

Y despues de esto, ¿quiénes son los gefes militares que están al lado del Gobierno y que dirigen su voz al ejército recomendándole la subordinacion?

Un Blasser, que en seis años se ha hecho brigadier, mariscal de campo y teniente general, y que luego en el mando ha perseguido de muerte al que le tendió una mano protectora.

Un Lara, que por pronunciamientos é intrigas llegó tambien á ser teniente general; que como Comandante del Campo de Gibraltar se hizo el gefe del contrabando, y como Ministro vendió con el mayor escándalo los galones y entorchados.

Un conde de Vista-hermosa, que sin haber oido jamás silbar una bala, se encuentra al frente del cuerpo de Estado mayor.

Un Fernandez San Roman, enfermo con frecuencia durante la guerra, y no de enfermedad ocasionada por las penalidades de la campaña; que

ayer paseaba las calles de Madrid con dos galones, y que conspirando unas veces contra Narvaez, apoyándole otras, escribiendo artículos contrarios á la disciplina é intrigando siempre, ha pasado por los grados mas difíciles de la milicia hasta ceñirse una faja.

Estos son los modelos de subordinacion y de probidad que presenta el Gobierno á la oficialidad del ejército al recomendarla la disciplina. Estos son los gefes á quienes tienen que respetar y obedecer ciegamente, mientras que otros beneméritos generales que han ganado sus fajas en el campo de batalla, son perseguidos sin tregua ni descanso porque cometieron el enorme delito de alzar su voz en el parlamento y pedir moralidad para este desgraciado pais.

El ejército calla avergonzado de que se le obligue á obedecer tales gefes; conoce que las lisonjas que se le dirigen tienen por único objeto vendarle los ojos para que no vea el inmundo cuadro de desmoralizacion que tiene delante; pero confía en que su Reina oirá por último las quejas de sus leales servidores, y arrojará de su lado á los que trafican con su augusto nombre y la engañan infámente.»

«Después de escrito lo que antecede, hemos visto en la *Gaceta* el decreto mandando hacer un empréstito de 180 millones. Confiábamos en que la Reina no cedería á las sugerencias de los ministros, ni á los consejos que en daño suyo y á impulsos de una sórdida avaricia se la dan con frecuencia; pero hemos sido defraudados una vez mas en nuestras esperanzas. El nuevo impuesto está decretado y no tardará en comenzar su realizacion.

¿Saben los ministros lo que han hecho? ¿Saben que esta nueva contribucion va á aniquilar al pais, ya miserable, porque sobre él pesa desde hace mucho tiempo una carga superior á sus fuerzas? ¿Saben lo que es exigir de una sola vez la mitad de la contribucion de un año al industrial y al labrador?

Es imposible desconocer la gravedad de esta medida.

¿Y van siquiera á emplearse con utilidad del pais esos 180 millones? Una parte, no pequeña, se invertirá en esos ágios que con el nombre de giros, descuentos, etc., enriquecen á los que comercian con la fortuna pública.

Después 40 millones servirán para pagar el camino de hierro de Lan-

greo, porque hay una familia que desde hace mucho tiempo es la calamidad de España, que no vé jamás satisfecha su sed de oro, y que habiendo perdido por completo todo sentimiento de moralidad, presenciará impasible la ruina general con tal de que le valga unas cuantas monedas, una familia que, como las prostitutas, vende hasta su honra por dinero.

Habíamos hecho propósito de callar en todo lo que á las personas allegadas á la Reina se refiriese; pero á la idea de los males que este pobre país va á sufrir, se enciende de ira nuestro rostro y de hoy en adelante no reconoceremos ninguna prescripción, y la verdad, por amarga que sea, tendrá su sitio en las columnas de nuestro periódico.

Concluye el decreto con la frase «se dará cuenta á las Córtes.» ¡Después del robo el insulto!

Las alusiones á Doña María Cristina no produjeron efecto ninguno y se creyó con justicia llegado el momento de nombrarla claramente; de denunciar sus negocios en un lenguaje severo, de escribir con los caracteres revolucionarios de la imprenta todas las quejas, todos los clamores, todas las inculpaciones, que de los cuatro ángulos de la Península se levantaba contra esta muger la mas funesta calamidad que haya caido nunca sobre nacion alguna del mundo. Creyeron llegada tambien la hora suprema de manifestar á la reina que su trono se iba desprestigiando de dia en dia; que la nacion empezaba á considerarla como responsable del funesto empeño de sostener en el poder á la cuadrilla de desalmados traidores que agarrados con una mano á las arcas del erario, y con la otra á las columnas del trono, desafiaban las iras de todos los hombres honrados con la mas inaudita desvergüenza: la reina oyó, pues, en el número cuarto, que los ministros eran los ciegos instrumentos de la rapacidad de su madre y ya habia empezado á rodar por la cabeza de muchas gentes la idea de un destronamiento.

Veamos los párrafos mas interesantes del número 4 que salió á luz el 4 de Junio.

MADRID 4 DE JUNIO DE 1854.

«Irritados los actuales mandarines al ver que los hombres honrados de todos los partidos les negaban su apoyo, se lanzaron abiertamente en la senda de la arbitrariedad.

Cerraron la tribuna. Suprimieron la prensa. Declararon á toda España en estado de sitio. Violaron el domicilio de los ciudadanos.

Persiguieron á los Senadores que denunciaron al pais sus atentados y mas tarde los despojaron de sus insignias militares, ganadas en el campo de batalla á costa de su sangre.

Todas estas medidas satisfacian sus instintos de venganza: pero esto no bastaba: era preciso pensar en el porvenir y asegurarse una posicion libre de cuidados para el dia en que dejasen sus puestos.

Entonces rebuscaron en las Secretarías todos aquellos expedientes que podian ofrecerles grandes utilidades, vendiendo á buen precio su resolucion.

Entonces hicieron escandalosas concesiones sin subastas y permitieron á la prensa que alzase su débil voz contra este ruinoso sistema, para tener el placer de mofarse de ella y contestar con desprecio y burla, no á los ataques, sino á las tímidas observaciones de los diarios de la oposicion.

Temblaron los capitalistas al considerar lo grave de la situacion, y temiendo con fundado motivo comprometer sus fondos, huyeron del Gobierno.

El *Heraldo* contestó al momento á los capitalistas con amenazas, diciendo «que el Gobierno lo tomara donde lo hubiese», lo cual era lo mismo que decir que se les arrancaria el dinero á viva fuerza.

A esta amenaza ha seguido muy pronto el decreto mandando anticipar un semestre de contribucion.

Los Ministros necesitaban para sí, pero no contaban con que habia de exigirseles el pago de los derechos que podremos llamar de «asiento y proteccion.»

La casa de la calle de las Rejas reclamaba estos derechos, pedia su parte en el botin, y los vecinos de esta casa no se contentan con unos cuantos millones; necesitan mucho oro para satisfacer su ambicion.

Era preciso buscarlo, y no hallándolo ha sido forzoso robarlo á los contribuyentes. Robarlo, sí, porque ¿cuándo volverán á ver los contribuyentes el dinero que hoy se les exige?

Si este dinero fuese indispensable para salvar al pais de un gran conflicto; si se necesitara este costoso sacrificio para asegurar la felicidad de nuestra patria, los contribuyentes deberian entonces apresurarse á llevar su cuota á las arcas del Tesoro; pero no es así.

Esas cuotas servirán para pagar el ferro-carril de Langreo; para sa-

94

tisfacer á Salamanca gruesas sumas por esas conversiones y ágios que no tienen fin: servirán para enriquecer mucho mas á los Ministros, y sobre todo para tejer una red impenetrable alrededor de la Reina, comprando á los que se consagran á impedir que llegue la verdad á sus oídos.

Este es el destino que se dará al dinero de los contribuyentes.

¿Querrán estos hacerse cómplices de tanta infamia, anticipando sus fondos al Gobierno y armando así el brazo que los ha de herir?

El Gobierno caerá el día en que tenga que arrancar por fuerza la cuota pedida.

Adopten los contribuyentes el único camino que les queda, en uso de su derecho.

¡Resistencia pasiva! La vida del Gobierno está en sus manos.»

«Falta un cuadro en el Musco ó en el Escorial: es que la duquesa de Riánsares lo hizo llevar á palacio para copiarlo, y se quedó con él ó lo vendió. En su galería ó en su libro de caja se encuentran todos los cuadros y todas las alhajas que se han perdido en España desde hace veinte años.»

«Decíamos en nuestro número anterior que los cuarteles eran vigilados por la policía.

Despues hemos sabido que el espionaje vá mas lejos; que se vigilan los cuerpos de guardia, que se vigilan las reuniones de los soldados en los sitios que estos frecuentan mas, que se vigila á los gefes y á los oficiales. No se tomarian precauciones mas degradantes para asegurarse de la obediencia de un presidio.»

«Como El MURCIELAGO es pájaro que revoloteando revoloteando se mete por todas partes, y ademas tiene un oído muy fino resguardado por unas orejas muy grandes, está enterado de cosas que no todos saben, y que algunos darian la mitad de lo que tienen porque tampoco el nocturno avechucho las supiera. Una de ellas es la no subasta del servicio del correo entre Cádiz y las Islas Canarias. Cierta comerciante de este último punto, indicó á doña María Cristina que seria una especulacion lucrativa el establecimiento del referido correo, y al momento se sacó á subasta bajo el tipo de 250,000 reales. Pero sin que nadie hiciera postura, sin que hubiese acto ninguno legal, y sin que el público tuviese el menor conocimiento de lo que pasaba, suponiéndose todo por la autoridad, apareció

aprobado un remate en 500,000 reales, de los cuales tomó la mitad la duquesa de Riánsares y la otra mitad el proponente, obligándose ambos á hacer el servicio con un buque cada uno.»

«Después de escrito nuestro primer artículo hemos sabido que el Presidente del Consejo ha tenido una conferencia con la Reina, y manifestando S. M. el temor de que el anticipo forzoso de un semestre de contribucion cause en el país una profunda alarma, contestó el conde de San Luis, que en otras circunstancias no hubiera dudado un momento en presentar su dimision al oír esta advertencia de los labios de S. M., pero que en estos momentos la suplicaba que desechara todo temor, y que muy pronto veria que lejos de obligar á los contribuyentes al pago, habia la seguridad de que estos se prestarian á hacer el anticipo voluntariamente y sin el menor disgusto.

Ya lo oyen los contribuyentes. El Gobierno espera que han de dejarse alucinar por el interés que se les ofrece y que ellos mismos han de presentar el cuello para ser pisoteados por los Ministros. El Gobierno lo espera todo de sus mismas víctimas para sostenerse en el mando y continuar impunemente en su camino, haciendo mas adelante nuevas exacciones.

Ya lo hemos dicho: esperen los contribuyentes á que se les exija por fuerza el anticipo y la caída de los Ministros vendrá en seguida.

Esperamos con algun fundamento que no han de tener el placer de huir á tierra extranjera á gozar del fruto de sus rapiñas.

No queremos que el pueblo tome la venganza por su mano en un momento de cólera.

Habrá jueces que los condenen, no solamente por haber infringido las leyes, sino por haberse enriquecido por medio del robo.

Entonces pediremos, dando nuestros nombres, que los seis miserables sucumban en un palíbulo, y que este se levante en frente del mismo palacio adonde entraron por puertas escusadas y por donde solo entran los ladrones: delante de ese mismo alcázar donde pusieron su inmundia planta, sirviéndoles de juguete el cetro de su Soberana.

Este terrible castigo es necesario, y en ese dia terminará en España el catálogo de los Ministros ladrones.»

«Nuestro último número llegó á manos de S. M. la Reina momentos

antes de circular por Madrid. En él hicamos un llamamiento á las personas que rodean al Trono, las cuales han correspondido, en parte, á nuestra escitacion. Esperamos, sin embargo, de ellas un servicio mas señalado: esperamos, no solo que S. M. lea lo que muchos han podido leer, sino que S. M. oiga lo que algunos no quieren que sepa. Deseamos que S. M. comprenda lo grave de la situacion que atravesamos y los peligros que amenazan al Trono.

Los que sean fieles servidores de su Reina, deben sentir, como sentimos nosotros, que la prensa extranjera pronuncie con desprecio su augusto nombre.

Deben lamentarse de que por calles y plazuelas se hable en términos nada decorosos de la vida privada de S. M.

Deben sentir que todo el odio que inspiran los actuales Ministros, venga á recaer sobre la Reina, que no les retira su confianza.

Esta odiosidad se va extendiendo cada dia mas, y muchos en su desesperacion no vacilarian en derribar al Monarca que á tales hombres sostiene.

Observen los hombres imparciales y de nobles sentimientos que están al lado de su Reina, la agitacion que se advierte en todas las clases y el cambio que han sufrido las ideas monárquicas en la mayoría del pueblo.

Recuerden que el dia en que el regicida Merino asestó un puñal contra la Reina, el pueblo en el primer momento de indignacion hubiera despedazado al asesino: á los pocos dias ese mismo pueblo hablaba de Merino con asombro y le acompañó mas tarde al suplicio casi con veneracion.

¿Y por qué ese cambio tan repentino?

Porque el pueblo fuera del primer impulso de indignacion y pensando friamente en su interés y en la situacion reaccionaria que entonces atravesábamos, veia en Merino á un hombre muy superior á todos los demás, y este hombre estuvo á punto de trastornar los proyectos reaccionarios de los que mandaban.

Desde el dia en que fué arrojado á las llamas el cadáver de Merino, se ha disminuido mucho en España el respeto al Monarca, y hoy el pueblo viendo que ha asaltado el poder una cuadrilla de hombres perdidos, y que la Reina se obstina en sostenerlos, busca su salvacion, no deseando que se presente otro regicida, sino admitiendo la idea de un cambio de dinastia.

De aquí es que algunos hayan pensado en D. Pedro V, otros en el duque de Montpensier.»

Las quejas, los consejos, las alusiones, los nombres descubiertos, las amenazas desembozadas, no habían labrado huella ninguna en el ánimo real: de boca en boca corría el rumor de que la reina había leído los números del *Murciélago*: que varios hombres honrados se habían atrevido á decirle la verdad y ella los había escuchado con indiferencia: nadie creía ya en la inocencia del trono: las dudas se habían convertido en certidumbre: la inviolabilidad del monarca había dejado de existir moralmente: el decoro mismo del trono andaba en lenguas de los murmuradores y en los periódicos extranjeros se estampaban ya libremente tan terribles murmuraciones: nuestra deshonra había pasado las fronteras: empezábamos á estar envilecidos á los ojos de la Europa y era urgente, necesario, inevitable, inminente apelar al derecho sagrado de insurrección, al derecho santo de salvar á la patria aun á pesar del trono. El quinto número del *Murciélago* fué escrito con las armas en la mano: es el último rugido de los conspiradores que se levantan pidiendo venganza contra una jauría de miserables hombrecillos.

Este número salió con la letra medio borrada: todo anuncia en él la premura con que fué impreso y el último grado de indignación á que habían llegado los ánimos.

Vió la luz el 11 de Junio: es decir la antevíspera de hacerse aquella fingida revista en que las tropas volvieron á la capital por haber fallado algunas de las fuerzas comprometidas.

Tradújose en este número un artículo del *Times*, dirigido contra la persona de la Reina, que no creemos conveniente reproducir.

He aquí algunos párrafos notables por la ira vigorosa y terrible con que están escritos.

«El Consejo Real, que en su mayoría es digno de la consideración del país, ha fallado contra el Sr. Rotalde el negocio de la indemnización de 80,000 duros por el teatro de Oriente. Solo cinco consejeros se declararon partidarios del robo en este inicuo negocio: hé aquí sus nombres: Martínez Almagro, Gallardo, Puche y Bautista, Veluti y el Vice-presidente del Consejo Sr. Martínez de la Rosa, caballero del Toison de Oro. *El Murciélago* les tenía ofrecido sacarlos á la vergüenza y cumple fielmente cuan-

to promete. En el próximo número dará los nombres de los dignos consejeros que han votado en pró de la moralidad.»

«Doña María Cristina de Borbon de Muñoz, trae un nuevo negocio entre manos, por lo que pueda tronar; la capitalizacion de la pension que saca á los pueblos: parece que esta vez la cosa no pasa de unos 70 millones: para tales operaciones hacen falta los impuestos extraordinarios. A esta señora la ciega la codicia: ni vé que ha robado tanto que nada queda ya que robar, ni vé que ha jugado con el pais de tal manera, que no es imposible que haga en ella un escarmiento saludable, que deje memoria para siempre.»

«Mientras que los oficiales que mas servicios han prestado á su patria sufren postergaciones que les hacen encanecer para recibir por viejos su retiro sin haber pasado de las primeras clases de la milicia, hay mozos como Pepito Arana que llega en pocos años desde cadete á teniente coronel, sin haber hecho mas que alguna expedicion á los *Sitios Reales*.

Como el duque de San Carlos, á quien un dia causó todo el sonrojo de que S. E. es capaz la imprudente pregunta de un principe, que al verle ostentar tan bizarros bigotes, tuvo curiosidad de saber cuántas acciones habia mandado, obligando al duque á hacer la triste confesion de que ignoraba teórica y prácticamente lo que es una accion de guerra.

No diremos nada de la faja de Riánsares, porque este al fin es principe de la casa de Muñoz.»

«Hay quien teme que á estos Ministros sucedan en el poder otros peores. ¡Imposible, si ya murió Candelas!»

«Cuando se le dice al conde de San Luis que corren rumores de crisis, contesta fingiendo tranquilidad—«que su caída ha de costar mucha sangre.» Despues de haber gastado muchos millones en colocar al lado de la Reina algunos espías encargados de sostenerle, cree el conde de San Luis que esto basta y que puede desafiar desde su puesto á los hombres honrados de todos los partidos. En su ceguedad no dudaria un momento en derramar sangre; así lo creemos. Es un miserable aventurero y nada pierde

en probar fortuna. ¿Qué le importa al conde de San Luis que mueran defendiéndole algunos pobres torpemente engañados?

Si saliera vencido, una silla de posta y algunos millones en el extranjero le asegurarían una buena retirada. A los desgraciados que pudieran morir por culpa suya, que los entierren; y el padre, la viuda ó el hijo, que derramen abundantes lágrimas, mientras él se ríe en tierra extraña de sus enemigos y de sus defensores.»

II.

Hasta aquí las palabras del *Murciélago*: ariete de destrucción empleado por quien carecía de medios legales de manifestar su pensamiento, periódico impreso y redactado en las tinieblas, no es extraño que sus ignorados redactores, más atentos á la carnicería del combate que á usar contemplaciones con sus adversarios, no parasen mientes en el género de armas que empleaban ni en la especie de heridas que hacían, y unas veces exagerasen la verdad, y aun quizás otras muchas acudiesen á la calumnia: cumple á nuestra conciencia de escritores, y es debido al respeto que se merece la historia, el dejar aquí consignado que, ignorantes como estamos, del grado de verdad que alcancen muchos de los asertos que en aquel periódico se esponen, no podemos aceptar la responsabilidad de ellos: hechos denuncia *El Murciélago*, que de la esfera de crímenes políticos bajan á ser delitos comunes; recordamos ahora los anuncios relativos á D. Saturnino Parra y al general San Roman, de los cuales, como de cuantos se refieren á persona determinada, no tenemos motivo ninguno para creer que sean ciertos.

La publicación del *Murciélago* acredita una verdad que ya tuvimos ocasión de proclamar en uno de nuestros anteriores capítulos: los ataques á la libertad de la prensa son un arma de dos filos, y no es á los escritores, sino á los tiranos, á quienes hacen la herida más grave; el pensamiento rompe las ligaduras, como el sol atraviesa las nubes, y viene al cabo á derramar su luz sobre la cabeza de los pueblos; solo que así como es pacífico, decoroso y templado cuando le dejan libre, así es turbulento, procaz y agresivo cuando, mirándose oprimido, logra escapar al furor de sus opresores, porque entonces como el abuso de la autoridad justifica el extravío de la razón, al periódico sustituye la proclama, el libro es remplazando por el libelo.

:

100

Volvamos ahora un tanto atrás en el orden cronológico de los hechos, y vengamos al origen de la magnífica conspiración, digno prólogo de este sangriento drama, que tiene su principio en los campos de Vicálvaro y su fin en las jornadas de Julio. Nosotros, que singularmente en los últimos meses, participamos de los peligros si no de los secretos de la conspiración, hemos adquirido de quien acaso fué uno de los primeros actores en aquellos sucesos, datos importantes y curiosos, que ó no tenía ó no ha querido publicar alguno que se dice bien informado, y dando por imposible que nadie adquiriera las noticias de que se supone guardador él solo, se aclama á sí mismo como el único iniciado en los misterios de aquellos días: exacto y minucioso sin embargo unas veces el historiador de quien hablamos, se muestra otras ó poco enterado ó ignorante de los sucesos que refiere. Seguiremos, pues, su narración en cuanto convenga con lo que nosotros sabemos, rectificándola y ampliándola en todo aquello en que sus noticias se aparten de las nuestras: y si bien para adquirirlas hemos hablado con mas de una persona, como todavía pudiéramos habernos engañado, solo diremos á nuestros lectores que hemos hecho cuanto era dable para ponernos en lo cierto.

III.

El Conde de Lucena y otros valientes generales habian recibido orden de salir de cuartel á diferentes puntos del reino; pero O'Donnell, ó mas cauto, ó mas dichoso, ó mas arrestado que los otros, negóse resueltamente á cumplir semejante mandato, y burlando las pesquisas de la policía, salióse de su casa, y se albergó en otra de la Plaza de Bilbao, con ánimo decidido y constante de no retroceder un punto en su empeño de librar al país de los menguados tiranuelos que ultrajaban su dignidad, y hacian mofa y abuso de su prudencia.

Desde este día, (17 de Enero) hasta el inolvidable 28 de Junio, ¡cuántas alegrías y angustias, cuántas zozobras y seguridades, cuántos temores y esperanzas, debieron disputarse alternativamente el imperio de aquel alma consagrada á la realización de una ideal! ¡qué valor tuvo que desplegar, á qué serenidad hubo de acudir, qué constancia necesitó mantener, qué peligros tuvo precisión de arrostrar, para salir triunfante de una ocultación de cinco meses, acosado de numerosa policía, que, puesto que so



D^o LEOPOLDO O'DONELL

haya mostrado tan fabulosamente torpe, tenia empeño en dar con el valeroso escondido, y no perdonaba medio de lograrlo!

No tomaron verdadero incremento los trabajos de la conspiracion, iniciada algun tiempo antes, hasta que á consecuencia de los sucesos de Zaragoza, de que ya dimos cuenta, arreciaron las persecuciones contra muchas personas notables, algunas de las cuales, burlando las persecuciones de la policia, permanecieron en Madrid escondidas, y formaron un centro activo, cuyo núcleo fué el general O'Donnell.

Cómo y por quién comenzasen los trabajos, es cosa que no creemos esté del todo averiguada, si bien parece lo mas cierto que en aquellos primeros instantes en que no era posible el acuerdo, trabajase cada cual por su lado, y principalmente, segun nuestras noticias, los generales Messina, Serrano y Manzano, y los señores Rios Rosas, Cánovas y Orlando. Personas bien enteradas y de veracidad completa nos han referido ciertos detalles, que por curiosos y por nuevos, vamos á poner en noticia de nuestros lectores.

D. Antonio Cánovas del Castillo, cuyas prendas de orador elocuente y de escritor elegante y castizo eran ya bien conocidas de muchos, comenzó á mostrarse desde ahora conspirador valeroso y diestro y hábil, y entendido político: determinado á no permanecer ocioso en el cautiverio á que le tenian reducido las persecuciones de los agentes de Sartorius, comprendió como todos los hombres de juicio, que en el punto á que habia venido la opinion pública en España, no podia haber muchas esperanzas de que el pais depusiera su desconfianza por un lado, y despertase por otro de la postracion y marasmo en que yacia. Se hacia, pues, preciso acudir á la fuerza para derrocar un poder sostenido por la fuerza; era menester ganar el ejército, para que viniese al suelo una situacion apoyada por el ejército. No desmayaron los alientos de Cánovas al mirarse falto de medios para entrar en concierto con los gefes y oficiales; averiguó por cierto amigo suyo, de quien mas adelante habremos de hacer una mencion especial, que habia en el regimiento de Estremadura un teniente de ánimo resuelto y corazon leal y esforzado: con este oficial, llamado D. Andrés Perez, tuvo Cánovas una conferencia, de la cual resultó que él y otro oficial nombrado D. Augusto Segui, se ofrecieron á trabajar, primero en su compania y despues en todo el regimiento: de esto dió cuenta al general O'Donnell, y los nombres de los dos oscuros aunque bravos subalternos, fueron quizá los primeros que sonaron en los oidos del que meses adelante habia de mirarse

á la cabeza de la formidable division que levantó la bandera de libertad para su patria. ¡Quién habia de decir que base tan débil serviria para tan firmes trabajos, ni quién pudiera imaginarse que tan humildes principios llegaran á tan encumbrados fines! Otros generales trabajaban entre tanto, segun que ya dejamos indicado, y tomando el asunto serias proporciones, hubo de pensarse en que algunos hombres civiles tomasen á su cuidado la direccion de los trabajos políticos: encargáronse de esto D. Antonio Rios Rosas y D. Antonio Cánovas, con lo cual se multiplicaron las conferencias que cada dia tenian los generales con los gefes y oficiales de los cuerpos de la guarnicion.

Por este tiempo, aumentándose los peligros de que se veia cercado el general O'Donnell, por haberse hecho sospechosa la casa del Marqués de la Vega de Armijo donde se ocultaba á la sazón, pensaron los señores Rios Rosas y Cánovas que seria conveniente se trasladase á la calle del Carbon, núm. 1, cto. 2.º, casa de D. Angel Fernandez de los Rios, director de las Novedades: consultaron con este señor, que se prestó con la mejor voluntad á recibir al general en su casa, á consecuencia de lo cual se dispuso su traslacion á ella, que se hizo con toda felicidad: oigamos aquí al autor del impreso titulado *cinco meses de ocultacion del general O'Donnell*, que revela, acerca de este incidente, curiosos y fidedignos pormenores, suministrados por el mismo Señor Fernandez de los Rios.

«Habiendo recaido alguna sospecha sobre el asilo que ocupaba, fué preciso buscar un nuevo domicilio, que reuniendo ciertas condiciones de seguridad, no participase de los inconvenientes que ofrecian los enteramente impenetrables, con que le brindaban personas que tenian muy alta representacion, pero á cuyo lado se hubiera visto imposibilitado de dirigir negocios como el que se trataba. D. Antonio Cánovas del Castillo, el señor marqués de la Vega de Armijo y D. Angel Fernandez de los Rios con algun otro amigo del general, acordaron la traslacion á casa del Señor Fernandez de los Rios y concertaron la manera de llevarla á cabo, no sin que la primera vez se interpusiese la policia al intentarlo; era esto el 23 de Enero y desde aquella fecha, en medio de que arreciaba tanto la persecucion y se hacian extraordinarias pesquisas, algunas con ciertos visos de fundamento, el general vivió seguro, aunque en habitaciones separadas por un solo tabique de las oficinas de las Novedades, que lindan con el cuarto del señor Rios, y á las cuales concurrían tantas y tan diversas personas diariamente, sin olvidar la policia, que por maravilla deja-

«ba de visitarlas todas las mañanas para las recogidas, que no porque
 «pasaron en silencio eran menos efectivas; y para que no faltase nin-
 «gun medio de averiguacion, hasta el fuego prendido en una chimenea hi-
 «zo que se llenaran de gente las habitaciones que comunmente ocupaba el
 «general.

«El movimiento anticipado que el desgraciado brigadier Hore hizo en
 «Zaragoza el 18 de Febrero, vino á desconcertar los trabajos que habia
 «preparado para el alzamiento, y sirvió de pretesto al gobierno para nue-
 «vas é inesperadas persecuciones. Una de las personas destinadas á la de-
 «portacion fué el señor Fernandez de los Rios, en union con los demas pe-
 «riodistas independientes, que habian firmado el célebre manifiesto de la
 «prensa: el dia 23 de Febrero á las tres de la mañana ocupó la policia la
 «calle del Carbon, en que vivia el señor Fernandez de los Rios, y la de Ja-
 «cometrozo en cuyo número 26 está la redaccion de las Novedades, y lo-
 «grando abrir silenciosamente la puerta de la calle del Carbon, se anunció
 «á campanillazos en la entrada de la habitacion del cuarto segundo; diez mi-
 «nutos despues registraban minuciosamente la casa sin el menor resultado;
 «la persona á quien buscaban y á la que tanto hubieran celebrado encontrar
 «sin buscarla, se habia puesto en salvo y oia tranquilamente las conver-
 «saciones de la policia, que no abandonó su puesto hasta las siete de la ma-
 «ñana. El dia pasó tranquilo, pero por la noche amenazaron nuevos re-
 «gistros; y O'Donnell, acompañado del señor Rios, se trasladó á una casa
 «de la calle del Horno de la Mata, que tuvieron que abandonar á los cin-
 «co dias para pasar á otra de la travesía de la Ballesta, número 3; en la
 «cual, salvo algunos dias en que hubo motivos para sospechar algun golpe
 «de mano, permaneció O'Donnell hasta que llegó la fecha gloriosa del 28
 «de Junio. Si alguna prueba se necesitase de la inutilidad de la policia espa-
 «ñola, daríala cumplida la sola reseña de los trabajos que precedieron al
 «movimiento; mas de una noche atravesó las calles el general O'Donnell
 «acompañado del señor Fernandez de los Rios, y pasó por medio de la po-
 «licia encargada de apresarle, á pesar de que su marcadisima figura fa-
 «vorecia las pesquisas y aumentaba el riesgo; tres meses pasaron asi,
 «siempre amenazado por las bravatas de Sartorius y de Quinto, que para
 «disculpar lo mal servidos que estaban, no cesaban de hacer alarde de ha-
 «llarse bien informados, anunciando la próxima captura de O'Donnell.
 «Durante los cuatro primeros meses fueron contadísimas las personas que
 «vieron alguna vez al general O'Donnell; el Señor Fernandez de los Rios,

»en union con el señor Cánovas, oculto tambien á la sazón, y el señor marqués de la Vega de Armijo, le ponian en relacion con sus amigos.

«En este círculo de tres hombres nuevos y decididos, que no dejaron »de trabajar un solo día, y que no vacilaron un solo momento, que no »retrocedieron ante ningun peligro, que no han manifestado despues nin- »guna ambicion, están encerrados todos los secretos de un periodo de »cinco meses, fecundísimos en incidentes que acaso algun día vean la luz »pública. Mientras este caso no llegue, la multitud de personas que ahora »se atribuyen una parte en los preparativos del alzamiento, no podrán »presentar la única credencial posible de sus trabajos, no podrán dar nin- »guna esplicacion de lo ocurrido desde enero á julio, no podrán apreciar »lo que debe el país al gran carácter del general O'Donnell. Un solo in- »dividuo, el Señor D. Gabriel Tassara, compartió con aquel pequeño »círculo las penalidades de sus tareas en el último mes y muy particular- »mente desde la salida del general, en cuya época formó parte del comité »liberal. Fuera de estas personas, no hay un solo depositario de los re- »cuerdos de aquellos cinco meses, en los cuales hubo ocasion de poner á »prueba tantos elementos y tantas gentes.»

Las noticias que acabamos de copiar, esactas y completas en lo que se refieren á la permanencia de O'Donnell en casa del señor Fernandez de los Rios, no lo son tanto en los otros puntos que abrazan: hay en ellas la pre- tension de que á solas cuatro personas es debido cuanto se hizo, y si bien no las negamos el papel importante que hicieron en aquellos sucesos, es lo cierto que otras muchas que nombraremos, eran dignas de alguna men- cion de parte del autor de las precedentes líneas, que no ignora la que ellas tomaron en los trabajos anteriores á la revolucion.

Una de estas, que corrió los mayores peligros, y que no dejaba de estar en muchos de los secretos, fué D. José Robles, el cual, amigo desde la infancia de D. Antonio Cánovas, y por lo demas, perfectamente desco- nocado en politica, era muy á propósito para desempeñar ciertas comisio- nes de confianza: este fué el constante mensajero de la activa correspon- dencia que mantenía el conde de Lucena con el general Messina, y el lazo de union entre los diferentes conspiradores, en aquellos periodos de tiem- po en que, arrojando las persecuciones de la policia, se hacian imposibles hasta las conferencias nocturnas. La decision y la lealtad de este jóven, que ageno hasta entonces al movimiento politico, tuvo cien veces en su mano la suerte de la conspiracion, arriesgando su libertad cada minuto y

guardando en su pecho secretos que hubieran pagado los ministros polacos con todo el oro de sus arcas, son prendas estimables, que acreditadas en menor escala por otros auxiliares de la conspiracion, dan una idea bien alta de su carácter, y reflejan el profundo espíritu de moralidad que la guiaba, al dirigir sus tiros contra los representantes de la corrupcion y del saqueo.

Adelantaba en tanto la conspiracion, si bien con alguna lentitud, cuando la venida del General Dulce, nombrado Director de Caballeria, hizo concebir á los conspiradores su famoso proyecto, trabajado con empeño por espacio de cuatro meses, y realizado con felicidad el 28 de Junio: conocidos eran los honrosos antecedentes de este bizarro general y sus opiniones liberales; sospechábase además por muchos, y se sabia por algunos, que no habia sido extraño á los trabajos que precedieron al desgraciado movimiento de Zaragoza; pero era el caso, que no mediaba amistad, ni conocimiento siquiera entre él y los generales O'Donnell y Messina, únicos que por aquel tiempo permaneciesen en Madrid. Diéronse entonces á buscar un íntimo amigo suyo, y halláronle en efecto en la persona de D. Estéban Leon y Medina, que mas adelante fué de Intendente general con la division libertadora: á este es debido el importante servicio de haber puesto en relacion al Conde de Lucena con el valiente general Dulce, quienes, desde su primera entrevista estuvieron de acuerdo, con lo cual, tomando las cosas un aspecto favorable, subió de punto el ánimo de los conspiradores. Se contaba ya por entonces con la mayor parte de los oficiales del regimiento de Estremadura, y con el 1.º comandante del 2.º batallon del regimiento de la Constitucion, D. Carlos Saenz, que trabajaba sin descanso, si bien circunstancias ajenas á su voluntad y celo, malograron el éxito de sus trabajos. Y ahora que de este jefe nos ocupamos, parécenos ocasion oportuna de referir un hecho, que así acredita la moralidad del general O'Donnell, como el bajo egoismo de la pandilla polaca: el batallon de cuyo mando habia sido separado el comandante Saenz y que, merced á sus trabajos, estaba en el mejor sentido, se hallaba en Torrelaguna, con destino á la custodia de los presos que trabajaban en el Canal de Isabel II; cuando llegó el 28 de Junio, Saenz, que habia seguido la marcha de las tropas libertadoras, propuso al general O'Donnell que le diese un escuadron para caer sobre Torrelaguna, seguro de que habian de seguirle todos los oficiales y soldados que habian estado bajo sus órdenes: tentadora era la oferta, y precioso el auxilio de aquel

batallón de infantería, de que tenían harta necesidad los sublevados, y cuya falta tanto se dejó sentir mas tarde en la batalla de Vicálvaro; pero O'Donnell, movido de una alta idea de moralidad y justicia, mas quiso privarse de aquel auxilio, esponiéndose así á perderse en el trance de una batalla, que no dejar desamparada la custodia de los criminales, que habieran podido entregarse sin freno alguno á toda suerte de delitos. Ejemplo raro en hombres políticos, y que no imitó por cierto el Ministerio, que mas tarde, envió á Torrelaguna al coronel Smith, el cual se trajo tres compañías, dejando casi abandonada la custodia de los trabajadores del canal.

Hanos apartado un tanto este incidente del relato que veniamos haciendo de los sucesos de la conspiracion, por lo que, volviendo á ellos, referiremos cómo fué el entrar los conspiradores en relaciones con el brigadier Echagüe, coronel del regimiento de infantería del Principe.

El joven Marqués de la Vega de Armijo, uno de los que mas esforzadamente trabajaron en la conspiracion, fué el primero que tuvo con el Brigadier algunas conferencias, encaminadas á persuadirle de que, llegada la ocasion, se sublevase con el regimiento de su mando: negábase porfiadamente á hacerlo el bizarro Brigadier, en cuyo ánimo, ciertos escrúpulos de pundonor militar luchaban con sus ideas progresistas, que le aconsejaban desnudar su espada contra los enemigos del decoro nacional. Persuadido O'Donnell á que aquellos respetables escrúpulos cederian delante del convencimiento, rogó á Vega de Armijo que le proporcionase una entrevista con Echagüe, la cual tuvo lugar en efecto, dando por resultado la mas perfecta inteligencia entre el Conde de Lucena y el gefe del regimiento del Principe.

En tal estado las cosas, (á 27 de Abril) y próximo ya el dia de estallar la sublevacion, vióse el general O'Donnell acometido de una penosa enfermedad, que puso en grave riesgo su vida y los intereses de la conspiracion. He aquí como refiere este suceso el ya citado impreso, que lleva por titulo *Cinco meses de ocultacion del General O'Donnell*.

«En el mes de Mayo, O'Donnell se vió acometido de uu ataque nervioso en los órganos respiratorios, producido probablemente por la falta de ejercicio y de aire libre; y este mal, que nunca habia padecido, tomó de repente proporciones alarmantes; era necesario llamar un facultativo, y el señor Fernandez de los Rios acudió al dignísimo profesor D. Mateo Seoane, que asistió al ilustre enfermo con un interés verdaderamente

«inolvidable: en los momentos en que esta enfermedad se agravó seriamente, paralizando tantos cálculos y tantas combinaciones, la persecución arreció de nuevo y con mas fuerza que nunca; la casa del Sr. Orlando fué ocupada por 60 municipales, y registrada minuciosamente con la esperanza de dar con O'Donnell; al mismo tiempo eran visitadas con igual objeto otra casa de la calle de San Márcos, y otra de la del Barco y otras varias; á los registros llevaban un arquitecto que media el grueso de las paredes, para dar con cualquier lugar oculto; el Sr. Seoane comenzó á ser seguido por la policia, que se dejó tambien ver algunos dias por las inmediaciones de la casa en que realmente vivia O'Donnell que se hallaba postrado en cama; por último, para que nada faltase en estos quince dias de continua alarma, llegó á producir estrañeza en la vecindad hasta el movimiento estraordinario de la casa.»

Debemos hacer aquí mencion especial de la casa que entonces ocupaba el general, y rendir el justo tributo de alabanza al virtuoso artesano que fué su custodio leal y su servidor desinteresado: se ocultaba O'Donnell en la Travesía de la Ballesta, núm. 3, cto. 2.º, la cual se comunicaba con la del número 22 de la calle del Desengaño, cuyo cuarto bajo estaba ocupado por D. José María Allear, maestro hojalatero. Son imponderables el celo y la abnegacion con que este hombre se consagró al servicio del General O'Donnell: siempre leal, siempre vigilante, siempre honrado, jamás cometió la mas ligera imprudencia, ni la mas leve indiscrecion. Este heróico artesano conocia perfectamente el secreto de aquel alto personage; sabia que á precio de una palabra traidora podia comprar el bienestar de toda su vida, y sin embargo aquella palabra no salió de sus lábios, y permaneció fiel á la desgracia del ilustre escondido, sin que hasta ahora haya recibido otro premio, que la dulce satisfaccion de haber cumplido con su deber, él pobre paria sin enseñanza y sin derechos, cuando tantos encumbrados magnates faltaban villanamente al suyo!

De esta casa pasó el General á la de Crispin de Aguirre, pobre oficial de sastre, quien vivia en la calle de la Puebla, y que en union de su virtuosa consorte veló sin tregua por la seguridad de su huésped durante los cuatro dias que permaneció en su casa. Este artesano estaba casi sumido en la indigencia: tambien fué leal, y tampoco ha recibido recompensa. ¡Honor á tí, pueblo valiente y generoso, honrado y pobre, que ganas con tu sudor el sustento de tus hijos, mantienes pura tu alma en medio de una atmósfera corrompida, eres leal sin afectacion, heróico sin orgullo, y prac-

licas por natural instinto la virtud que tus señores ó desprecian ó temen, y que han tenido por eso buen cuidado de no enseñarte! Honor á tí, artesano ilustre, pero ignorado! nada te importe no haber obtenido recompensa! ella la tienes en tí mismo, superior á todas las recompensas humanas! ella está en la admiracion que te tienen los pocos que saben tu hecho, y son capaces de comprenderle honor á tí, artesano! y no se levante tu humildad contra el homenaje que te rendimos! que si tienes en tu ignorancia por cosa natural y poco digna de encomio la que hiciste, quien ha tocado un tanto las miserias del mundo, aprecia en lo que valen la rectitud de tu corazon, y la alteza de tu conducta!

Restablecido O'Donnell de su enfermedad, adelantados los trabajos de la conspiracion, y resueltos los gefes de ella á que esta no estallase dentro de Madrid, dispúsose lo conveniente á la salida de las tropas, y señalósse para esta operacion el 13 de Junio: como en este punto son interesantes y verdaderas las noticias del impreso que hemos copiado varias veces, creemos que las verán con gusto nuestros lectores.

«Eran las cuatro y media de la mañana, cuando las fuerzas que debían tomar parte en el movimiento ocupaban puntualmente sus puestos; el dignísimo general Dulce, al frente de la caballería mandaba varias maniobras en el campo de Guardias: el valiente brigadier Echagüe, coronel del regimiento de infantería del Príncipe, cuya decision y cuya bravura no son bastante conocidas, ocupaba con su cuerpo las inmediaciones de la puerta de Alcalá, y otras tropas que no estamos autorizados para citar, esperaban haciendo el ejercicio en distintos puntos de las afueras.

«A las cinco de la mañana llegó en su coche á la travesía de la Balles- ta el Sr. Marqués de la Vega de Armijo, para cumplir el gravísimo encargo que habia aceptado de conducir al general O'Donnell á la Venta del Espíritu Santo, donde le esperaba otro carruaje de camino: al llegar el coche á la puerta, y casi sin detenerse, subió el general, y á los pocos minutos salia por la puerta de Recoletos, sin que la policia que la guardaba se apercibiese de ello; O'Donnell cambió de coche mas allá del portazgo del Espíritu Santo y llegó á Canillejas, donde hizo alto para esperar á las tropas.

«Quien haya tenido parte en negocios tan graves como el de que entonces se trataba, comprenderá la ansiedad en que se encontrarian los gefes militares y los amigos de O'Donnell, al contar minuto por minuto el

»tiempo que pasaba sin que la combinacion formada se realizase; á las seis
 »debía estar formada la columna y marchando por el camino de Alcalá;
 »á las ocho aun permanecian los cuerpos en los mismos puntos salvando
 »las apariencias, con movimientos sin objeto: una decepcion que no esta-
 »ba prevista, era la causa de este retardo tan peligroso. Habiendo recibido
 »el general Dulce instrucciones de no emprender la marcha hasta que lle-
 »garan los elementos que debían estar ya allí, persuadido de que no había
 »que esperarlos por mas tiempo, y habiendo empleado demasiado en ma-
 »niobras, hasta cierto punto injustificadas, dió á la caballería, lleno de des-
 »pecho, órden para que se retirase á sus cuarteles. El brigadier Echagüe
 »se hallaba aun en posicion mas comprometida; eran las ocho y media, el
 »regimiento del Príncipe, que se entretenía en tan prolongado ejercicio,
 »no había aun asistido á la misa y debía entrar de guardia en Palacio; á
 »esta hora formó en columna, se retiró á su cuartel, y salió á mandar la
 »parada: muy poco despues todas las tropas estaban en sus cuarteles, y la
 »poblacion se entregaba á su movimiento ordinario, sin adivinar la empre-
 »sa salvadora que aquellos gefes llenos de valor y patriotismo habían in-
 »tentado momentos antes, para cambiar de todo en todo la humillante si-
 »tuacion en que se hallaba su patria.

«Pero tras de una desgracia quedaba en pie otra, y otra gravísima, que
 »era un torcedor horrible para los valientes que habiéndose salvado por
 »milagro, veían en peligro á otro valiente, cuya posicion se ignoraba: fal-
 »taba el general O'Donnell, de quien no había mas noticia que su cambio
 »de carruaje en la venta del Espiritu Santo: los señores marqués de la Ve-
 »ga de Armijo, Fernandez de los Rios y Canóvas disponían los medios de
 »amparar al general, que debía estar abandonado en mitad del camino, sin
 »saber nada de las tropas á cuya cabeza esperaba encontrarse ya: el bravo
 »general Dulce estaba resuelto á irle á buscar; Echagüe ni aun esto podía
 »hacer, porque mandaba la guardia de palacio: en medio de esta situa-
 »cion horrorosa, que tan justamente tenía amargados á todos los amigos
 »del general, un rasgo de resolucion y de audacia le puso á salvo, y
 »devolvió á todos la tranquilidad y alegría aun en medio del infortunio.

»O'Donnell llegó á Canillejas y se alojó en un meson cualquiera, sin
 »tomar precauciones de ningun género: poco despues de estar allí fué el
 »caballo que le estaba destinado, y con la notabilísima montura de gene-
 »ral permaneció atado á una reja mas de tres horas: el coronel Ustariz,
 »única persona que acompañaba á O'Donnell desde la Venta del Espiritu

» Santo, se hallaba de observacion esperando la aproximacion de las fuer-
» zas; cada nube de polvo que se levantaba en el camino era una esperan-
» za de que pronto se realizaria el proyecto por el cual comprometia
» O'Donnell su vida en aquel instante. Cuando conoció que no habia que
» aguardar mas, formó la resolucion de volverse á Madrid, aunque fuese á
» caballo; en vano fueron las razones del Sr. Ustariz, que le aconsejaba
» ser mas prudente; á las cuatro y media de la tarde llamaba á la puerta
» de la casa de la travesia de la Ballesta y entraba el general O'Donnell,
» que desde Canillejas vino sin obstáculo en un carruaje que acertó á pasar
» en direccion á Madrid, hasta la calle de la Puebla, y desde esta atravesó
» solo y á pié la de la Ballesta hasta la casa en que sus amigos se dispo-
» nian á salir á buscarle.

«Así terminó aquel día memorable, en el cual, si se malogró el movi-
» miento, se demostró la decision y el valor de los gefes, y se ganó no poco
» en confianza y seguridad. Otra circunstancia notabilísima debemos apun-
» tar, porque no tiene ejemplo en ninguna época, porque es otro testimo-
» nio de lo infiltrada que estaba la revolucion en los ánimos, del deseo de
» salvar al país en que todos ardian. Pocos saldrian al campo el día 13 de
» Junio que no supieran el objeto de aquella salida; sin embargo, despues
» de malogrado el movimiento, el Gobierno no traslució sino muy vaga-
» mente y con el carácter de rumor infundado, un secreto repartido entre
» tan considerables masas de soldados. No es posible mayor prueba de pa-
» triotismo. ¡Tengamos á orgullo encontrarnos en un país que no produce
» un traidor entre 2000 hombres!»

Añadiremos, como ampliacion á estas noticias, que el día 13 de Ju-
nio debió su salvacion el general O'Donnell á su propia serenidad, al se-
ñor Fontan, que le acompañó y le trajo á Madrid, y á un Comandante
de la Guardia Civil, que desde su salida de la corte, le fué escoltando
con varias parejas del cuerpo, que por cierto no sabian á quien acom-
pañaban: al llegar á Canillejas, viendo que las tropas no llegaban, y con-
siderando el duro trance á que habia venido el general, y el peligro que
corria de ser descubierto por alguno de los guardias, dió en la traza de
fingirse enfermo, y mandando á sus soldados que siguieran su marcha
camino de Alcalá, tomó él con O'Donnell la vuelta del de Madrid, y no
le abandonó sino despues que le hubo dejado no lejos de las puertas.

La mañana de aquel día estaban reñidos desde las siete, en la calle
de Tudescos (casa de D. Enrique Cisneros) varios jóvenes, mas ó menos

iniciados en los secretos de la conspiracion, entre los que recordamos los nombres de los señores Robles, Somoza, Groizar, Pinedo, Davies, y el autor de estas páginas: muchos de ellos estaban unidos entre sí por lazos de conocimiento antiguo; eran compañeros de Universidad, habian estado juntos en las contiendas académicas, y ahora lo estaban tambien en esta lucha formidable contra la genticilla polaca, y con la sublime confianza de la juventud, tomaban parte sonriendo, en aquel tremendo juego en que aventuraban sus cabezas: todos ellos tenian su parte que desempeñar; quien pensaba dirigirse á los cuarteles, cargado de alocuciones y proclamas; quien, con el propio objeto, habia de recorrer las calles y las casas; quien habia de buscar á sus amigos para que estuviesen dispuestos á cuanto pudiese ocurrir; quien, en fin, debia marchar en busca de las tropas pronunciadas, y enterar á los generales del efecto producido por su salida y del espíritu de la opinion pública. En tales planes se ocupaban cuando llegó el Marqués de la Vega de Armijo, el cual, con la emocion en la voz y en el rostro, tan natural en aquel caso, dió á los conspiradores la noticia de que las tropas habian regresado á sus cuarteles. Cuál fuese la impresion que nueva tan inesperada produjo en el ánimo de todos, cuántas y cuán diversas las conjeturas que se hiciesen, podrá conocerlo quien advierta que en aquel instante se miraban en grave riesgo de perderse tantos meses de trabajo, tantos dias de constancia, de decision y de silencio.

Separáronse todos, y por la noche volvió á celebrarse en la misma casa otra reunion á que asistieron, además de los ya nombrados, Cánovas, el comandante Saenz, y el teniente D. Andrés Perez: depusieronse allí un tanto las inquietudes con la noticia de que nada sabia el Gobierno, y que confiado como torpe, no tenia la menor sospecha de la tentativa de aquel dia. Opinóse sin embargo que en el punto de publicidad á que habia venido la conspiracion, era peligroso dilatar el golpe, ya por el temor de que al fin se abriesen los ojos de la policia, ya porque era posible que alguno de los comprometidos faltase, desalentado por la tardanza; mas como una segunda tentativa frustrada hubiera sido un golpe de muerte, se convino en que era superior á la cuestion de tiempo, la de juntar todos los medios que asegurasen la ejecucion del proyecto.

Por este tiempo eran varias las personas que sabian el sitio donde se ocultaba el general O'Donnell: citaremos sus nombres. El general Dulce, que tenia con él frecuentes entrevistas. El general Messina, que se mostró

infatigable en el curso de la conspiración. El brigadier Echagüe, que se manifestó tan resuelto después de empeñada su palabra, como se había mostrado pundonoroso antes de darla. D. Antonio Ríos Rosas, que dirigía los trabajos políticos. D. Antonio Cánovas, que trabajó con el brio de la juventud y la habilidad de la experiencia. El Marqués de la Vega de Armijo, joven ilustrado y de buen entendimiento, á quien se deben servicios importantes. D. Angel Fernandez de los Ríos, compañero de cautiverio del general durante largo tiempo. Y D. José de Robles, amigo leal, é infatigable mensajero. Después tuvo algunas conferencias con D. Gabriel Garcia Tassara, el Conde de la Cibera, el brigadier Muñoz, D. Carlos Saenz, y el señor Cuadros, primer comandante del regimiento de infantería Reina Gobernadora.

Hacemos mención de todas estas personas, algunas de ellas injustamente omitidas en el impreso ya mencionado, para pagar este tributo de recuerdo á sus nombres, como lo haremos con otros, que mas adelante padecieron por la misma causa, y que, menos dichosos que algunos, fueron presos por los agentes del gobierno, y vivieron encerrados hasta que los sacó la revolución de las cárceles donde los había arrastrado la tiranía.

Pasáronse doce días entre alternativas y dudas, hasta que al cabo, el 25 de Junio se pensó en dar el grito dentro de la capital, que había de ser secundado por varios hombres del pueblo: contábase con la caballería, y con el regimiento del Príncipe y un batallón de Reina Gobernadora: daba aquel día la guardia el regimiento de Estremadura, donde había muchos oficiales comprometidos; dióse orden de que estuviesen preparados al capitán Ramos y al teniente Perez, que estaban en el Principal. Este último, que tenía su compañía en Palacio, corrió á ponerse de acuerdo con los sargentos, y en menos de media hora, estuvo todo dispuesto para ejecutar las órdenes superiores.

Hubiérase dado el golpe aquel día, y á nuestro entender, con dichoso resultado, si el recelo de que los demás cuerpos de la guarnición tomaran una actitud resuelta en favor del Gobierno, ocasionando en las calles una lucha espantosa y sangrienta, no hubiese dictado el consejo de suspender todos los preparativos, y de aplazar el golpe, según se acordó en la reunión que al efecto tuvieron los generales.

Acaso tal resolución hubiera traído funestas consecuencias, y por eso y por no estar conformes nosotros con los motivos que quizás la aconse-

jaron, vamos á esponer sobre ella nuestro juicio: temian los directores de la conspiracion dar el grito en la capital de la Monarquía, porque una batalla en sus calles, á que sin duda habria dado lugar la resistencia de algunos cuerpos de la guarnision, hubiera sido sangrienta y aun de dudosos resultados, por ser de caballería la fuerza con que principalmente se contaba, y considerarse este arma, y con razon, poco á propósito para maniobrar en las calles. Hacemos completa justicia á estas razones, dictada la primera por un sentimiento de humanidad, hija la segunda de una consideracion estratégica; querian los gefes del movimiento mudar el aspecto de las cosas políticas con el menor peligro posible, no de sus personas, que hartos habian arrostrado; sino de los gefes y soldados que habian abrazado su causa, y estaban arrestados á morir por ella: por eso, procurando evitar la efusion de sangre, intentaron con un alarde formidable de dignidad y de fuerza, hacer ver á la reina lo mal que estaba al pais y lo poco que convenia al trono, la permanencia en el poder de aquellos escamoteadores políticos que, haciéndose reos por conservar el mando, de todo género de alentados contra la nacion, y de toda suerte de bajezas para con la reina, habian de venir al cabo á levantar la cólera de la una y á ser causa de la perdicion de la otra: y como ya la oposicion habia agotado los medios de manifestar su descontento, queria, antes de venir á las manos, hacer la última demostracion armada, no dentro de la ciudad, donde la batalla era inminente, sino á las puertas de ella, donde se hacia posible el escusarla, por si alcanzaba á llevar hasta Palacio un rayo al menos del espíritu que animaba á la nacion entera.

Pero no sabian los que así pensaban, que rara vez la verdad ilumina el entendimiento de los poderosos de la tierra; y no recordaban tampoco el fenómeno, acreditado por la historia, de que jamás los reyes que se extravian vuelven de buen grado á los caminos del acierto, y que antes bien, sordos á los clamores de sus pueblos pacíficos, no acostumbran despertar sino cuando llega hasta el pie de las escaleras de su trono la sangre de sus vasallos indignados! Batalla habia que aventurar y habia que verter sangre, por mas doloroso que fuese, y tenemos por mal acuerdo y por errado consejo el dejar así abandonada la capital de la Monarquía, cuando un trance dichoso dentro de sus muros hubiera podido decidir en un dia el triunfo de la buena causa, que á no ser por la decision de los pueblos, se habria visto en peligro de perderse.

No debieron, sobre todo, aquellos valientes generales, dar ocasion á

que la calutania polaca se ejercitase en contra suya y en provecho de la situación, haciendo circular la voz de que se intentaba una sublevación militar, que diese por resultado un cambio de personas, para el cual antes era dañosa que necesaria la intervención del pueblo: tales voces, aun desprovistas de fundamento, tienen siempre su influencia en el ánimo de las gentes, y mas debieron tenerla entonces, que la conducta de los principales conspiradores las dió en algun modo ciertas apariencias de verdaderas.

Tenemos que mencionar tambien una consideración que no dejó de influir en la medida que combatimos. Los generales miraban al pueblo tan prostrado, que tenían duda de que se levantase á secundar el alzamiento de las tropas: habia en esta opinión algo de verdad, y era el creer que jamás el pueblo en aquellas circunstancias tomara la iniciativa; habia algo de exagerado y aun de falso, y era el no juzgarle dispuesto á tomar una buena parte en la lucha, una vez empeñada: como quiera, y por mas que aquella especie de desconfianza hácia el pueblo haya podido ser funesta á la revolución, no insistiremos en esto, no sea que alguno nos arguya de predecir los sucesos despues de acontecidos, y nos confunda, con razón, entre la turba de profetas *á posteriori*.

No cesaron los trabajos de los conspiradores, y cada dia se hacian mas frecuentes las comunicaciones, y se redobaba las conferencias: hechos ocurrieron, que darian por lo curiosos, agradable solaz á nuestros lectores; no pudo la memoria conservarlos todos, y estaba el ánimo ocupado en asuntos harto graves, para entregarse pacíficamente á apuntarlos en el papel: muchos se nos han olvidado, y de otros que recordamos nada podemos decir, porque no estamos autorizados para hacerlo: referiremos solamente uno, que mas que suceso de historia, parece invento de novela.

Las proclamas y manifiestos que habian de repartirse á la salida de las tropas pronunciadas, estaban desde el dia 13 depositadas en cierta casa, donde vivía uno de los auxiliares de la conspiración: pocos dias antes del 28, húbose de notar que vigilaban la casa algunos hombres de fea catadura, lo cual dió á conocer la necesidad de poner á buen recaudo el precioso depósito: ocurriósele al dueño de ella, empleado en cierta dependencia del Estado, que en ninguna parte podian estar tan seguros los papeles de la conspiración, como en los estantes de su oficina: hallóse buena la invención, y una mañana, á las once ó las doce, salió de su casa el tal, segui-

do de un mozo de cordel, que debajo del un brazo, y cuidadosamente empaquetados á manera de legajos, llevaba los manifiestos, y apretaba en la otra mano un talego de duros, destinado á ciertos pagos de la susodicha oficina. Al llegar á una calle de las mas principales, tropezó en mal hora el mozo, y vino á dar en el suelo con talego y papeles; apresuróse á recoger el talego, como era natural, dejando para despues el hacerlo con los papeles; y mirando su apuro un agente, que por alli pasaba, acercóse lleno de urbanidad, levantó el paquete del suelo, y lo puso con todo miramiento debajo del brazo del asturiano, que siguió impávido su camino sin sospechar el drama, medio trágico, medio burlesco, en que acababa de desempeñar una parte tan importante. Dejamos á nuestros lectores el considerar cuál seria en aquellos instantes la posicion del conspirador, cuán grande su susto entonces, y cuánta su risa despues.

Tantos esfuerzos tuvieron al fin un dichoso término; y á pesar de los recelos del Gobierno, advertido hasta por cartas anónimas de que desconfiase del general Dulce, llegóse con felicidad al 28 de Junio. Vean nuestros lectores los interesantes detalles publicados en la Ilustracion.

«Los quince dias que mediaron desde el 13 de Junio hasta el 28, fueron de continuos trabajos para reparar las contrariedades que creaba el ministerio. Estaba para desmembrarse la fuerza del regimiento infanteria del Príncipe, reducida ya á un batallon, que debia marchar á Torrelaguna el 28, y el otro habia salido á guarnecer Toledo y Ciudad-Real. Un regimiento de caballeria tenia tambien orden de partir á Alcalá; existió el pensamiento de dar el golpe en Madrid: pero no pudo realizarse. y fué preciso, prescindiendo de otros elementos, disponer el movimiento con los existentes para el 28 de Junio, á fin de aprovechar la salida del batallon del Príncipe.

«Ya que no nos sea permitido, por ahora, dar detalles sobre el espíritu de los cuerpos que guarnecian á la sazón á Madrid, y señalar los compromisos que tenian contraidos, haremos mencion al menos del regimiento de Estremadura, cuyos oficiales estaban prontos á todo, y del de la Reina Gobernadora, del cual habia marchado aquel dia un batallon para la Granja, donde debia llegar S. M. desde el Escorial: el otro se hallaba en el cuartel de San Mateo, con su comandante el Sr. Cuadros á la cabeza, y dispuesto á obedecer las órdenes de O'Donnell.

«A la una de la mañana hubo algun indicio de que el gobernador militar Quesada tenia ciertas sospechas: tomáronse las precauciones oportu-

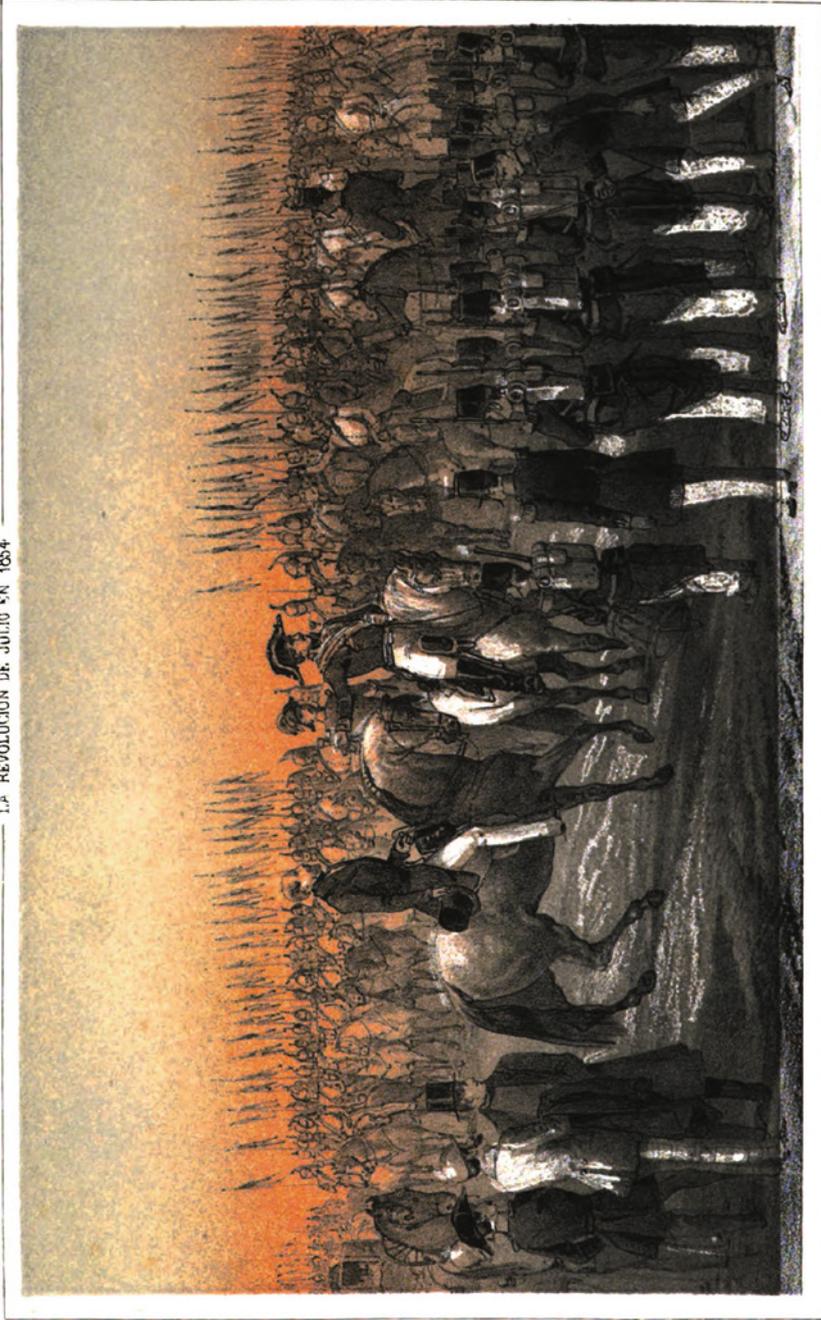
»tunas; avisó el Sr. Fernandez de los Rios á Cuadros, que estaba ya en
»el cuartel, lo que ocurría, aconsejándole que desistiera por entonces de
»formar el batallón de su mando, como lo estaba haciendo, para que en
»caso de presentarse el Gobernador no notase alteracion muy marcada.
»Vigiláronse las casas del Ministro de la Guerra y Capitan general, y nin-
»gun movimiento alarmante se notó en ellas; recorriéronse los cuarteles
»que ocupaban las tropas destinadas á formar la division libertadora; á
»las tres de la mañana tocaban los clarines diana y bota-sillas; á las tres
»y media resonaba, en medio del silencio mas profundo, la marcha ma-
»gestuosa de la caballería, á cuyos ocos daba no sé qué de grave é impo-
»nente lo solemne de aquella situacion: una nueva aurora aparecia en el
»horizonte, anunciando el sol de libertad que aquel dia debía empezar á
»brillar de nuevo para la desgraciada España, y que ya alumbraba con
»sus primeros rayos las masas de aquellos valientes que acometian la em-
»presa santa de redimir á su patria.

»El batallón del Príncipe, con su bravo brigadier á la cabeza, salía
»también del cuartel, y esperaba al de la Reina Gobernadora, que al fin
»no secundó el movimiento, porque su teniente coronel se presentó de
»improviso y dificultó la salida.

»En aquellos momentos se repetía en la Travosía de la Ballesta la es-
»cena del 13 de Junio: constituida aquella casa en cuartel general desde
»el dia anterior, no habia cesado un minuto en toda la noche el movi-
»miento que era consiguiente á los preparativos de la jornada: la policia
»que mientras tanto vigilaba estrechísimamente tres casas de Madrid,
»siempre con la esperanza de dar con O'Donnell, no se apercibió de lo que
»llegó á llamar la atencion de algunos vecinos de la calle, y dejó que, ya
»de dia, los amigos del general se despidieran afectuosamente de él, ro-
»deando el carruaje en que habia subido, como podría hacerse en una
»ocasion normal. Es preciso convenir en que, entre el dinero derrochado
»por la última administracion, debe colocarse el que se empleaba en man-
»tener esa falange de esbirros, que no perdonando ninguna medida veja-
»toria y desplegando un lujo de persecucion ridiculo, rara vez conseguia
»algún resultado. En honor de la verdad, hay que confesar que los espe-
»ñoles nunca han sido muy diestros en la policia.

»A las cuatro y media de la mañana salió O'Donnell por la puerta de
»Bilbao, que, aunque vigilada como todas, no se cerró á su paso, y si-
»guió en el carruaje del Sr. Marqués de la Vega de Armijo, que iba en

LA REVOLUCION DE JULIO EN 1854



Entradas a una "Vista"

18 de Julio de 1854 Madrid

El General Dulce arenga a las tropas y da a reconocer al General O'Donnell en los campos de Camillejas el 28 de Junio.

»el pescante dirigiendo el tiro, hasta la iglesia de Chambery, donde le dejó en otro de camino.

»Ya estaba reunida en el Campo de Guardias toda la caballería y el batallón del Príncipe; el de la Reina Gobernadora no parecía, y no se le esperó mas. Formóse silenciosamente una columna, á cuya cabeza iba la infantería, despues el carruaje del general O'Donnell, y luego la caballería: esta brillante division tomó á paso largo la bajada de la Fuente Castellana, desfiló por detras de la ronda á tomar un camino que conduce al de Alcalá, y salió á este muy cerca de la venta del Espiritu-Santo. Eran las cinco y media de la mañana.

»La columna de O'Donnell hizo alto al llegar á Canillejas, y presen-
tándose el Conde de Lucena acompañado de los generales Dulce, Ros de Olano y Messina, arengó breve pero enérgica y francamente á la tropa, manifestándola la empresa que iban á acometer, el deseo que le animaba, que no era satisfacer una venganza por los agravios que habia recibido, y que olvidaba, sino llenar un deber cuyo cumplimiento reclamaba la patria de sus hijos, y concluyó instando á que se volviese á Madrid el que no quisiera seguirle: una sola persona aceptó este partido, el coronel Conde de la Cibera, que mandaba el regimiento de Santiago, y que manifestó sus deseos de separarse con su hijo, oficial del mismo cuerpo: el general Dulce le ofreció cuatro flanqueadores para que le acompañaran y la columna siguió su ruta á Torrejon, donde hizo alto para descansar algun tiempo.»

De propósito hemos descartado de la precedente narracion la parte que se refiere á las ocurrencias del cuartel de San Francisco, arreglada en el periódico á que nos referimos, á la version que corrió por entonces, pero poco conforme á la verdad que resulta de informes que nos han dado, y por venir de testigos presenciales de aquellos hechos, tenemos por dignos de todo crédito.

A las cuatro de la mañana del dia 28 de Junio, despues que hubieron salido la caballería y el regimiento del Príncipe, Robles y D. Miguel Solér, teniente graduado de Estremadura, dieron aviso á los oficiales del propio regimiento, que estaban reunidos y esperando en la fonda de la plazuela de la Cebada, de que ya era tiempo de sacar las compañías: á este aviso D. Andrés Perez y D. Augusto Seguí, seguidos de sus demás compañeros, dirigieronse presurosos al cuartel, y luego que hubieron entrado, con mucho orden y con el sigilo posible, formaron las compañías

y ganó la puerta dichosamente, y sin que de ello se apercibiera el capitán de la guardia de prevención, la de cazadores, formada por Pérez, y mandada por su capitán Montero.

El buen suceso de esta primera prueba llenó de contento á los oficiales, que ya se disponían á salir con las demás compañías formadas, cuando con sorpresa de todos, apareció el capitán Fernández, que mandaba la guardia de prevención: no había sido posible el entrar en tratos con este oficial, por lo que, otro de los comprometidos, se había encargado de prenderle en su mismo cuarto. No dejó por tanto de producir algún desconcierto, cuando, saliendo del cuarto de banderas, preguntó que adonde iba el regimiento: repuestos un tanto los oficiales contestaronle que al ejercicio; á cuya contestación repuso que ignorando él que hubiese tal orden, que, á ser cierta, se le debía haber comunicado, se opondría tenazmente á la salida de las tropas. Entonces D. Augusto Seguí, que era con quien tenía lugar este diálogo, mandó salir á las dos compañías á cuyo frente iba, al grito de ¡viva Isabel III! pero viendo que no obedecían la orden los soldados, Pérez, que se había colocado en la puerta para proteger su salida, disparó un pistoletazo sobre el capitán de la guardia, y no habiéndole acertado, segundóle con otro, que le hirió ligeramente en la cabeza: manteníase en pié sin embargo, lo cual visto por Pérez, que se hallaba resuelto á pasar por encima del obstáculo que se oponía á la ejecución de su proyecto, le asestó tal golpe con la culata de la pistola, que le hizo caer desvanecido.

Trabóse entonces en la puerta una lucha obstinada: Pérez y Seguí, con la ayuda de dos sargentos, nombrados D. Agustín Pérez y D. Manuel Segura, pugnaban por abrirla, mientras varios soldados que miraban á su capitán tendido á sus pies y sin señales de vida hacían desesperados esfuerzos por cerrarla, mientras otros se preparaban para hacer fuego, como lo ejecutaron, si bien por dicha sin causar ninguna desgracia. El tiempo empleado en esta lucha, el ejemplo de aquellos soldados que no dudaban en luchar cuerpo á cuerpo con sus superiores, y la confusión que naturalmente se introdujo, fueron causa de que las compañías ya formadas desoyesen la voz de los oficiales, y en precipitado desorden, se volviesen á sus cuadras. Pérez y Seguí entonces, viendo malograda su empresa, hicieron el postrer esfuerzo, y salieron huyendo del cuartel á unirse con las tropas de la división libertadora, como al cabo lo consiguieron, no sin muchos peligros y dificultades.

Quedó cerrada la puerta del cuartel, y presos los bravos oficiales siguientes :

D. Manuel Cañizal.
D. Eugenio Minguea.
D. Luis Viedma.
D. José Alvarez Sotomayor.
D. Miguel Soler.
D. Bernardo Vallejo,
y el sargento primero D. Ignacio Moreno.

Entre tanto el capitán Montero, de quien ya dijimos que había salido al frente de su compañía de cazadores, sospechando algún mal suceso por la tardanza de sus compañeros, volvió al cuartel, determinado á proteger la salida de las demás compañías, si algún obstáculo había que se lo impidiese; pero no bien hubo llegado, cuando fué desarmada su gente y él preso, por el coronel del regimiento, brigadier Garrido.

No queremos terminar este relato, sin hacer especial mención de varios patriotas, que durante todo este tiempo prestaron señalados servicios, y fueron mas tarde á unirse con la division libertadora: he aquí los nombres que recordamos: Abascal, Margarit, España, Soto, Reverter, Escalante, Losada y Rodriguez Vera.

Dejemos á los valientes generales proseguir su marcha hasta Alcalá, y vengamos á ocuparnos un poco de los desdichados polacos, que ahora mas que nunca reposaban tranquilos, llenos de una sabrosa confianza en su omnipotente Monipodio.

Ignoraban estos, como lo ignoraba Madrid entero, la gran mudanza que acababa de iniciarse en la situacion de las cosas: recibieron por fin la terrible nueva los ministros y las autoridades, y todos ellos, deponiendo sus anteriores bríos, no pensaron mas que en poblar el aire de lamentos y quejas, y en llorar la ausencia de su amparador, dueño y cabecilla, el Presidente del Consejo. Llenos de turbacion y poseidos del mayor desconcierto, Lara y Blasser no sabian qué hacer ni qué mandar, y permanecian sin dar señales de vida. Quinto, siempre previsor y sereno cuando se trata de ciertas cosas, preparaba sus maletas y ponía bajo la mas severa custodia los fondos municipales: el Gobernador Quesada fué el único que en aquella ocasion cumpliera con sus deberes de autoridad, saliendo de su casa como á las seis de la mañana: dirigióse desde luego al cuartel de

120

San Francisco, donde ya el brigadier Garrido había restablecido la tranquilidad, y después de dar algunas órdenes, pasó á visitar los cuarteles de caballería.

Allí tuvo ocasión de convencerse de la horrible exactitud de la noticia que circulaba de boca en boca: nueve caballos, que por inútiles no habían querido llevarse los pronunciados, eran los únicos que ocupaban las cuerdas de los cuarteles: no encontrando, pues, un solo caballo disponible, hubieron de seguirle á pie varios ordenanzas en los paseos que durante algunas horas, dió por las calles de la población.

He aquí las proclamas y manifiestos.

ESPAÑOLES:

«Después de los comunes errores y catástrofes de 1848, natural era que todas las naciones de Europa se entregasen al reposo fructífero que, excepto en especiales, singularísimas circunstancias, proporciona el orden público. Y la España más que otra alguna afligida por cincuenta años de revolución y de guerras sangrientas, fatigada de tantas desdichas como han traído sobre ella la inesperienza de los bandos políticos, y la fatalidad misma de los sucesos, forzoso era que anhelase por dedicar al aprovechamiento de sus riquezas desperdiciadas la actividad á tanta costa adquirida. Ya el tiempo y los desengaños habían dado lugar á la disolución de los viejos partidos; ya era muerto el espíritu de exacerbación y de turbulencia que promueve el principio, y señala el desenvolvimiento de todas las revoluciones; acercábanse unos á otros los antiguos enemigos dinásticos y políticos; olvidábanse recíprocos odios; confrontábanse mútuas esperiencias; abríanse por sí propios los cimientos de una organización definitiva, que siendo la última palabra y la fórmula postrera de la revolución que moría, recogiera y cifrara en sí lo pasado y lo presente, las instituciones venerandas de la monarquía y los caros derechos consignados en la CONSTITUCION del Estado. ¿Cómo surgió de repente el recelo que hoy devora vuestros ánimos? ¿Dónde nació la lucha, dónde el escándalo, dónde el infortunio, que ora os perturban y contristan y avergüenzan? ¿Por qué hace años que caminais entre dos precipicios, el uno de los cuales es la anarquía, el otro no menos aborrecible, la degeneración y el envilecimiento?

Un destino aciago trajo á la esfera del poder la ponzoña mortífera del agiotaje y de la inmoralidad administrativa. Para dar alimento al lucro no bastó la hacienda en ruinosas operaciones devorada; no los intereses actuales, una y otra vez sacrificados; hubo que echar mano de la hacienda, de los intereses futuros. Y así vinieron los arreglos inconsiderados de la deuda; así las compensaciones; así la grande, la inaudita inmoralidad de los ferro-carriles. Para acallar la justísima reprobación de la imprenta, un decreto ministerial restableció la prévia censura, suprimiendo la libertad de escribir, que concede á los españoles el artículo 2.º de la CONSTITUCION del

Estado. Para que las Córtes no pudiesen defender la fortuna pública se interrumpieron sus funciones esenciales y augustas, haciéndose sin su participacion compras y concesiones injustas, onerosas, absurdas de ferro-carriles; cobrándose los impuestos sin ser votados por ellas; legislándose por decretos sobre materias de hacienda, de administracion y de política; reasumiendo en suma el poder ejecutivo cuantos derechos y deberes señala al legislativo la misma CONSTITUCION del Estado. Y exasperados todavia los concusionarios con las dificultades que ofrecian á sus propósitos las instituciones y garantías de la libertad política, imaginaron despojar de ellas á la nacion que tanto habia hecho por conquistarlas, al trono cuyo cimiento eran y son, cuyo único amparo habian sido en las tormentas de una larga minoría y de una guerra de sucesion encarnizada. De esta suerte, españoles, visteis surgir de nuevo la sombra del despotismo (que grande, tradicional, histórica, habiais abuyentado años antes) primero hipócrita y rastrea en la discusion célebre de la inviolabilidad, despues siniestra y vergonzosa en la amenaza del golpe de Estado.

Desde entonces está planteada la cuestion presente. Un golpe de Estado nacido en las carteras de los agiotistas, formulado en una conjuracion del poder, cuyo móvil era la codicia, cuyo fin era el despojo, no traia á la Nacion un problema político que resolver, sino un delito comun que castigar. La iniquidad del principio hacia forzosa la iniquidad de las consecuencias, y era natural que puestas aparte las opiniones políticas, recelasen todos los intereses legítimos, que las nociones de lo bueno y de lo justo se creyesen por todos amenazadas, que se alarmasen todos los espíritus y todos los españoles se aprestasen á la lucha palpitando á un tiempo de dolor y de ira. ¡Lucha infeliz en que los hombres de la inmoralidad osan comprometer al trono y á la reina; al trono, la primera de vuestras instituciones, la mas firme, la mas venerada; á la reina, que tiene de sus súbditos las mayores muestras de amor que haya alcanzado monarca alguno, en cuya cuna depositó tantas esperanzas la honrada nacion de Isabel la Católica y Berenguela! ¡Lucha hasta aquí estéril, españoles, porque el poder ha tomado á escarnio vuestro patriotismo, ha dado al desprecio vuestra constancia, y el sufrimiento lo ha tenido por aplauso, y la lealtad por vileza, y el respeto por cobardía, poniéndoos hoy en trance de empuñar las armas, ó prescindir de vuestras propiedades amenazadas, de vuestros derechos políticos desconocidos, de vuestra misma dignidad y el nombre honroso de vuestros padres, con triste perseverancia afrontados!

A nosotros que damos la señal; á nosotros que empuñamos los primeros las armas, nos toca decir y demostrar cuánta virtud habeis ejercitado hasta aquí en la obediencia, cuánta iniquidad y cuánto cinismo habeis hallado entre tanto en el poder, á fin de que se satisfagan vuestras conciencias, á fin de que se fortifiquen vuestros ánimos, á fin de que hoy la Europa engañada, mañana el mundo, y la historia imparcial y severa, os hagan justicia. No bien sonó la amenaza del golpe de Estado, se estremeció la nacion asombrada; y cuando el ministro Bravo Murillo quiso darle hipócritas formas de legalidad, las Córtes reunidas le condenaron sin decirlo, siendo la primera votacion del Congreso un anstema anticipado y solemne. Pero aquel Congreso fué disuelto. Y acudisteis á las urnas y os apartaron de ellas la fuerza y la corrupcion; y si el poder cambió de agentes responsables, no renunció á sus malévolas

tendencias y propósitos; y cuando el Senado, recordando sus altos deberes, acudió á defender la legalidad y la fortuna pública, fueron cerradas de nuevo las Córtes, y olvidadas en la venganza la inviolabilidad constitucional de los representantes de la nacion, la inamovilidad esencial de los magistrados, las canas y los merecimientos. Nada se habia logrado con la condicion estrecha de los hombres que habian pertenecido á diversos bandos politicos, así en las urnas electorales como en la imprenta y en la tribuna; nada se logró en adelante con retraerse voluntariamente de los públicos empleos los hombres mas caracterizados; nada con la baja tremenda de los efectos públicos, hija del descrédito, de la desconfianza, del pánico que engendraban necesariamente en los ánimos atentados tan peligrosos. Ni faltaron hombres de conciencia que quisieran detener al poder en la pendiente del precipicio, tomando en él participacion y aceptando carteras ministeriales; pero penosos desengaños dieron por inútil su tentativa. Y forzoso fué que lo recogiesen entonces hombres como los que componen el actual ministerio.

No es fácil que esté olvidada su historia, porque es la historia de pocos meses todavía. Comenzó engañando y traicionando á su antecesor; procuró consolidarse con alevnes promesas de moralidad y de justicia; trató de destruir la oposicion politica de las Córtes, ganando á precio de destinos públicos á sus mas importantes campeones; quiso luego arrancar insidiosamente del Senado la cuestion fundamental de los ferrocarriles; y cuando vió descubiertos sus amaños, desoidas sus ofertas, despreciadas sus amenazas, quitóse de repente el mentiroso manto que le cubria, y apareció tal como era en la repugnante desnudez de su inmoralidad.

Ciento cinco votos contra sesenta y nueve; ciento cinco votos donde se contaban los de los mas ilustres grandes de España y títulos del reino, los de los generales en jefe de los ejércitos durante la lucha dinástica, los de los venerables veteranos de Trafalgar y de Cádiz, los primeros de los magistrados, los primeros de los capitalistas, los mas venerables de nuestros sabios; ciento cinco votos en fin, la flor de la nacion y la gloria de la patria, contra sesenta y nueve empleados ó dependientes del gobierno fallaron que la gran cuestion de moralidad que simbolizaban los ferrocarriles, no debia salir del Senado; no debia ser resuelta á gusto del poder. Y este respondió al nuevo y solemnísimo anatema cerrando otra vez las Córtes, destituyendo á los veteranos y magistrados, insultando y difamando al Senado mismo, amenazando al pais con el golpe de Estado, dándole, en fin, si no en el nombre en el hecho, si no en la forma, en la realidad de las determinaciones. Ya habia osado poner la mano en nuestras leyes civiles, destruyendo la sustancia de nuestros antiquísimos códigos, sin autorizacion de las Córtes; no hay derecho ni facultad judicial ó legislativa que haya respetado desde entonces. Así el principio social de la legalidad ha desaparecido de entre nosotros, siendo la voluntad de los ministros ley única. Así la seguridad individual ha desaparecido, siendo deportados sin forma de juicio los ciudadanos mas respetables; otros desterrados á paises extranjeros; muchos obligados á ocultarse, abandonando sus intereses y hogares. De este número son los generales, los senadores, los diputados que intentaron ejercitar el derecho de peticion concedido por la ley fundamental á todos los ciudadanos; los escritores que osaron guardar silencio, á tiempo que la esclavitud hacia vil el aplauso. Y entre tanto se cobran los impuestos

sin autorizacion siquiera de las Córtes ; y para remediar las consecuencias necesarias del descrédito y la alarma, que tan odiosa política ha producido; para atender á esa deuda flotante con que por tanto tiempo se ha burlado la fé pública; para encubrir los desfalcos pasados y llevar á cabo nuevas compras de ferro-carriles, y para nuevos ágios y negocios bursátiles, se acaba de imponer un semestre mas de contribucion forzosa á los pueblos, buscando la ocasion en que mas fácil seria recaudarlo, pero mas funesta tambien su recaudacion, que inundaria para siempre en lágrimas nuestros lugares y nuestros campos. ¿Hay modo de negar el pago? ¿Hay medio de impedir tanta funesta iniquidad, muerta la imprenta, muertas las Córtes, la nacion entera en estado de sitio, desterrados, ocultos, fugitivos los hombres mas importantes, aislados, abandonados, entregados á sí propios los pueblos?

Lo hay; pero es en la fuerza, en las armas. Y si quedan en España españoles, si vive la nacion de 1808 todavia, si la moralidad y el interés mismo tienen algun influjo sobre vosotros, todos os levantareis á esta voz, soldados y ciudadanos, confundiendo en un instante á los opresores miserables de la patria. No son, no, nuestros nombres los que han de facilitar este gran propósito; es la moralidad, la razon, el derecho que defendemos. Soldados son los que han derramado su sangre por la libertad y por la reina; hombres políticos que han procurado en diferentes partidos la gloria y la fortuna de la patria. Si hoy, unidos en pensamiento comun, acudimos á las armas, no es porque seamos revolucionarios, sino porque lo es el gobierno; no es poniéndonos fuera de la ley, que el gobierno está fuera de ella: no es para atacar el órden público, es para defenderlo impidiendo que se destruya en sus bases permanentes, esenciales, eternas; no es en fin, por traer la anarquía; es por estorbar que desde la cima del poder desgarré las entrañas de la nacion y emponzoñe sus venas generosas, y aniquile su naciente actividad y sus fuerzas. Todos los españoles caben debajo de esta bandera nacional, social; para ellos todos la gratitud de la patria, la estimacion de la Europa y del mundo, la justicia constante de la historia. De nosotros será solo el honor de haber dado la señal, de haber comenzado la empresa.—LEOPOLDO O'DONNELL.—DOMINGO DULCE.—ANTONIO RUS DE OLANO.—FELIX MARÍA DE MESSINA.

CIUDADANOS:

El gobierno corrompido y corruptor que ha ultrajado la magestad de las leyes y humillado el honor del pais, está á punto de hundirse bajo el peso de la execracion nacional.

Los hombres honrados de todos los partidos le condenan: el pueblo indignado de sus iniquidades, le reserva un ejemplar castigo.

Los dias de su dominacion vergonzosa no bastan para contar por ellos sus crímenes. Ha barrenado la Constitucion del Estado, atropellando los derechos de los ciudadanos, faltando á todos los sentimientos de decoro, escarnecido la representacion nacional, cerrado la tribuna, encadenado la prensa, saqueado el Tesoro, corrompido las conciencias, y sembrado en el pais una perturbacion profunda.

124

Los generales que han dado á la reina un trono para que reinara constitucionalmente, los hombres amestrados en las luchas políticas, y los escritores independientes están perseguidos, exonerados ó proscritos. Una chusma de advenedizos se ha propuesto convertir la España en patrimonio suyo, y destruir en un día la conquista de cincuenta años de acciones heroicas y de sacrificios generosos. Después de haber arrancado al pueblo contribuciones enormes, no autorizadas por las Cortes, ha inventado un nuevo impuesto que ha esparcido la miseria y el hambre en las provincias. Su conducta no tiene ejemplo ni excusa: la revolución no brota de las masas, no sale del pueblo; parte del poder, que se ha colocado fuera de la ley.

No se trata de un cambio mas de personas, ni de una revolución de partido; se trata de la unión fraternal de todos los liberales, de todos los hombres de probidad que quieran poner un dique al saqueo escandaloso que hemos presenciado hasta ahora imposibles.

Patriotismo, unión y confianza: con estos tres elementos, la Nación, la Libertad y el trono se salvarán, y alejareis para siempre el triste legado de humillación que de otro modo dejariais á vuestros hijos.

Solo un acto de energía puede poner fin al reinado de las arbitrariedades y de la inmoralidad. La Patria le espera todo de vosotros. ¡A las armas, ciudadanos!!! O ahora, ó nunca.

SOLDADOS:

En medio del dolor que causa á los ciudadanos el ver rasgado hoja por hoja el libro de la CONSTITUCION que todos hemos jurado; en medio de los torpes abusos y reprobados manejos que emplean los actuales ministros en la gestión de los negocios públicos, enriqueciéndose ellos y desmoralizando la Nación, preciso es que os dirijamos nuestra voz y os recordemos vuestros deberes. Las armas depositadas en vuestras manos, no son para sostener la innoble pandilla que ha escalado el poder y que abusando del excelso nombre de la reina, conduce el país al precipicio.

Salvar al trono y á la Nación es vuestro deber, y para cumplirlo teneis que acudir á este honroso llamamiento.

El pueblo nos espera, y á nuestro lado peleará, si necesario fuese, hasta concluir con los enemigos del trono y de la reina doña Isabel II, á cuyo augusto nombre se os rebajan dos años de servicio.

¡Soldados, viva la CONSTITUCION, viva la reina, viva la libertad!

SOLDADOS:

La patria está sirviendo de vil juguete á un gobierno inmoral, unánimemente maldecido de la opinion pública.

Debiendo ser ejemplo de respeto á las leyes, las ha hollado todas, rasgando con mano osada, desde las mas antiguas y venerandas, hasta la CONSTITUCION del Estado, que conquistó con su sangre el ejército.

Escarneciendo la Representacion Nacional, obra á su capricho sin intervencion de las Córtes, para robar á mansalva á los pueblos, olvidando los derechos mas sagrados; tiene puesta una mordaza á la prensa; desprecia los servicios; negocia con los empleos y los grados, y dispone á su antojo de las personas y haciendas de los ciudadanos.

La faccion que rodea al trono y se sirve del ejército como de un instrumento pasivo de opresion, se ha puesto fuera de la ley: es preciso libertar de ella á la Nacion antes que acabe con todos los hombres eminentes del pais, que son sus enemigos naturales; antes que desaparezcan de vuestras filas los gefes que han ganado su puesto en ellas con sus servicios, para dar lugar á los intrigantes que, sin valor ni inteligencia, se valen del favor para obtener grados que deshonran; antes, en fin, que vuestros padres, abrumados ya de contribuciones monstruosas, tengan que privar de pan á sus familias para cubrir nuevos impuestos extraordinarios, que acaban de exigirse ilegalmente, para servir de pasto á la codicia y al pillaje.

Soldados: lo que exigen de vosotros los pueblos, lo que os piden vuestros padres, lo que os dicen todos los generales que han derramado su sangre bajo vuestras banderas para echar los cimientos al Trono Constitucional, no es que os subleveis á la voz de un partido; no es que falteis á la subordinacion, seducidos para servir de apoyo á planes revolucionarios: es que sostengais la causa de la Justicia, de la Moralidad, y de la Libertad, contra un gobierno que tiene por divisa la iniquidad, el robo y la tiranía.

Responded luego á los clamores de los pueblos, á las súplicas de vuestros padres, cuyo trabajo no basta para cubrir las malversaciones del poder; á la voz de gefes en quienes confiáis justamente, y que os flaman á las armas, como el único medio de salvar al país: no desoigais su voz, porque la sangre que vertierais, caería sobre vuestras cabezas. Acudid pronto, y mereceréis bien de la Patria, que desde luego os rebajará dos años de vuestro penoso servicio.

Union, confianza en los que os hablan: el triunfo es seguro.

Restablecidos un tanto los ministros del miedo que habia puesto en ellos la noticia del pronunciamiento y salida de las tropas, intentaron ocultarla á la poblacion, temerosos del efecto que pudiera producir en ella, y fieles á su viejo sistema de gobernar con la mentira y el fraude; pero esta vez no les salió bien la traza, porque de la travesía de la Ballesta y de la calle de Tudescos salieron varios jóvenes, que recorriendo calles y plazas, cafés, casas y cuarteles, llevaron la nueva á todos los oidos, y derramaron manifiestos y proclamas: esta fué una ocasion mas que proporcionó la policía de ser admirada por su torpeza, pues ni por casualidad dió con ninguno de aquellos arrestados conspiradores, entre los cuales no faltó quien, oculto desde muchos meses antes, saliese aquel día, sin tomarse siquiera el trabajo de disfrazarse.

La reina, y con ella el Conde de San Luis, estaba en el Escorial, para

126

donde habia salido el 27 por la mañana: avisóseles cuanto ocurría por el telégrafo, y entre tanto, llenos de zozobras é incertidumbres los ministros, celebraban frecuentes consejos donde nada se decidía: el Capitan general Lara declaró la poblacion en Estado de sitio (y en verdad que harto sitiada se encontraba), y el Conde de la Custodia manchó tambien con sus bandos las esquinas de la capital.

Cubrióse de tropas el camino que conduce á San Lorenzo, y aquella misma noche, el sonido de las campanas que mas que repicar á fiesta parecían tañer á muerto, y la presencia en pocos balcones de algunas luces con que quisieron obligar al vecindario á regocijarse de oficio, anunciaron la entrada en Madrid de la reina de España, en cuyos oídos debieron sonar como sarcasmos de muerte los vítores con que algunos infelices pagados, algunos lacayos borrachos y algun polaco vestido de granuja, acompañaron su marcha hasta las puertas de Palacio.

Quiso San Luis al día siguiente demostrar á la Europa que no era él hombre cuyo valor flaquease por motivo tan leve como la sublevacion de unos cuantos regimientos, y celebró la fiesta de San Pedro, invadiendo las casas de algunos banqueros, y reduciendo á prision á varias personas entre ellas al señor Collado, menos dichoso que el señor Sevillano, que logró sustraerse á las pesquisas de la policia.

Salieron nuevos bandos de Quinto, tan desvergonzados y procaces, que aun pudieran parecerlo si se refirieran á él mismo: los redactores del Heraldo, acostumbrados á mojar sus plumas en cieno para adular al Gobierno, las mojaron ahora en hiel para insultar á los pronunciados: no hubo hecho que no recordasen, ni historia que no fingiesen para indisponerlos con el pueblo; y eligiendo muy singularmente por blanco de sus iras al bizarro general Dulce, apuraron en contra suya el diccionario de las invectivas.

Y es que la gentecilla polaca, que se tenia por maestra en materia de intrigas, no podia disimular su despecho de verse burlada, y vertía el veneno de su impotente odio contra el militar pundonoroso y honrado á quien calificaba de traidor, cobarde y desagradecido. Tales diatribas ni merecieron respuesta entonces, ni menos la necesitan ahora: ya la dió el injuriado elocuente y cumplida, y como documento histórico de suma importancia, tendrá su lugar en estas páginas; pero queremos entretanto repetir aquí lo que entonces dijimos en todas partes: no fué traicion en el general Dulce el engañar á los polacos: ¡el honor es un sarcasmo en bo-

LA REVOLUCION DE JULIO EN 1854.



Urrabena inv. y lit.

A. San Coloma escor.

lit. de J. Martinez Madrid

Entrada en Madrid de S. M. la Reina, la noche del 28 de Julio.

ca de quien no le tienen es nulo el pacto que se celebre entre el hombre honrado y los ladrones! no hay compromiso entre los vampiros que chupan la sangre del pueblo, y el soldado que vierte la suya por la patria!

La Gaceta puso el sello oficial á aquellos insultos, sacando á luz en sus columnas los decretos de exoneracion de los generales pronunciados. Donde se vé cuánto es varia la suerte de las cosas humanas, y cómo la opinion de los pueblos, puede mudar la voluntad de los monarcas: quién pensara que la propia mano que firmó entonces aquellas exoneraciones, treinta dias mas tarde, guiada de mas acertado consejo, habia de firmar los decretos de gracias y honores para los mismos generales!

La prensa independiente se mostró en cambio patriótica y digna: ella habia iniciado en el estadio de la discusion el movimiento revolucionario, habia auxiliado los trabajos de la conspiracion, y ahora, ya que no podia aplaudirla, la autorizó á lo menos con su silencio, y no publicó los decretos de la Gaceta. Esta conducta dió lugar á que el Capitan general Lara prohibiese la publicacion de todos los periódicos independientes.

Entretanto el Presidente del Consejo, como tan aficionado á los golpes de teatro, dispuso aquel mismo dia una revista de tropas, á que habia de asistir S. M.: formáronse en el Prado los cuerpos de la guarnicion, y así que hubo llegado la reina, repartióse con profusion una proclama, dirigida al ejército, harto mal escrita por cierto, en que tomando el monarca como ofensas á su persona y á su trono los ataques dirigidos á los polacos, declaraba que habia venido á ponerse bajo la proteccion de los soldados. Algunos insistieron, con tal motivo, en la idea que ya de antes tenian formada, de que la reina se habia hecho polaca: otros tuvieron por mas cierto que esta vez como siempre, fué víctima de los engaños de sus ministros, que á trueque de mantenerse en el mando, no vacilaban en procurar su perdicion.

Digamos ahora brevemente cuál era el estado de la opinion. El pueblo de Madrid, que por mas cercano á los ministros era el que mas irritado estaba contra aquella degradante esclavitud y aquella inmoralidad escandalosa, acogió lleno de júbilo la noticia de este pronunciamiento, el mas formidable que desde el año 43 se hubiese visto en España, porque fué para él la esperanza que amanecía al cabo de tan eterna noche; pero invenciblemente desconfiado del ejército, en quien miraba su natural enemigo, no viendo allí ni sus principios ni sus hombres, mezclábase á su alegría cierto sentimiento de duda, y temia que aquel magnífico principio

128

no tuviese el dichoso fin apetecido ; que aquella soberbia tormenta se desvaneciese en pacífico nublado , que aquello que podía y debía ser una gran revolución de cosas , se tradujese en un cambio de personas. Por eso los votos de su alma eran favorables al ejército pronunciado ; pero ansioso de arrojarse á la lucha, miraba con dolor en torno suyo , y no veía ni sus gefes , ni su bandera.

CAPITULO CUARTO.

Mas pormenores sobre la conspiracion.—El 6 de enero.—Marcha Leon y Medina á Andalucia.—Es enviado á Zaragoza el coronel Garcia.—Narvaez : su conducta.—Comision de Somoza.—Dulce en Madrid.—Leon Medina en Alcalá.—Gallardon.—El dos de junio.—Fitor , Planas y Espiner.—Ceballos.—El dia del Corpus.—Buscan á Messina y Orlando.—Milans del Bosch.—Rivero.—Junta de generales.—Esposicion á la Reina.—Salen las tropas de Alcalá.—Pronúnciase Torrejon.—D. Simon Carriedo.—Dulce en Camillejas.—Llegan las tropas á Vicálvaro.—Falsas alarmas.—Llegan las tropas del Gobierno.—Consejo de O'Donnell.—Entusiasmo de los gefes y oficiales.—El coronel Planas.—Trábase la accion.—Conducta de los generales.—Los paisanos.—Valor de los oficiales y soldados.—Garrigó, Reina y Caballero.—Pobil.—Alocucion de Quinto.—Partes de los generales.—Retíranse los pronunciados á Vicálvaro.—Junta de generales.—Retirada desordenada de las tropas del Gobierno.—Desgracias.—Longinos victoriosos.—Farsas del ministerio.—Actitud del pueblo.—Esplicacion de su conducta.

I.

Antes de entrar en la narracion de los sucesos interesantes que siguieron á la salida de las tropas pronunciadas , tenemos que comunicar á nuestros lectores algunos detalles curiosos y verdaderos sobre ciertos puntos de la conspiracion , que por referirse en parte á secretos de cuenta no hemos dado á luz hasta haber oido la relacion de ellos á persona muy grave y caracterizada , que además de autorizarnos á publicarlos , nos ha respondido de su certeza. Y aunque no deje de ser contrario á las leyes del método el escribir de aquellos sucesos despues de habernos ocupado largamente en otros algo posteriores , el deseo de que no queden ignoradas cosas que merecen saberse , nos hace prescindir de este escrúpulo ante el cual quizá nos hubiéramos detenido si fuese una verdadera historia , y no unos apuntes lo que escribimos.

130

El día 6 de enero, tuvieron O'Donnell, Messina y Serrano una entrevista con D. Esteban Leon y Medina, la cual puede decirse que fué el principio de la revolucion, pues de ella resultó el acuerdo de conspirar á todo trance, ya comenzando los trabajos en el ejército, que eran á la verdad pocos ó ninguno por aquel tiempo, ya poniéndose en comunicacion con diferentes puntos del reino. Convínose por todos en la necesidad de contar con una capital importante, que pudiese ser base segura de operaciones, y como ya se pensase en Zaragoza, creyóse oportuno enviar un emisario que se entendiese con el general D. Domingo Dulce: ofrecióse á ello Leon Medina, como quien contaba con ejercer alguna influencia en su ánimo, por estar unido á él por lazos de amistad verdadera y antigua: á punto de aceptarse este ofrecimiento, observóse por uno de los generales, que era de absoluta necesidad la presencia en Andalucía de una persona que preparase allí la opinion y combinase los elementos que hubiese y pudieran aprovecharse algun día: no hallándose persona de confianza, y con medios y relaciones en el pais, que fuese buena para desempeñar este encargo, sino el mismo Leon Medina, hubo de enviarse á cierto coronel Garcia por emisario al general Dulce, mientras el Sr. Medina emprendia su viaje á Sevilla, Cádiz, Málaga y Granada.

Fué lo mas notable de esta expedicion, en que el Sr. Leon y Medina prestó importantísimos servicios, un suceso de bulto, que hubiera sido gran lástima que quedase ignorado: deseando este señor saber lo que pensaba de la conspiracion el duque de Valencia, deseo que era comun á O'Donnell y á los demás generales, marchó á Loja con tal objeto, y usando de los mayores miramientos y precauciones, solicitó y obtuvo de él una entrevista que se verificó en las altas horas de la noche. En ella el general Narvaez acogió completamente el plan de los conspiradores, les prometió su ayuda, les indicó medios, dió recomendacion al comisionado para varios gefes y oficiales que le estaban obligados, y sabedor de que era el ánimo de los generales tomar el camino de Aragon, aconsejó á Leon Medina que se viniesen por Andalucía. Mas tarde, segun se nos ha referido, Narvaez se desentendió de sus compromisos, y dijo terminantemente que no se contase con su ayuda. Su conducta fué esta; los comentarios pueden hacerlos nuestros lectores, que apreciarán como deben el valor y la consecuencia desplegados en este trance por el antiguo caudillo moderado.

Satisfecho con tales palabras, de cuya escasa firmeza no debia tardar en convencerse, y con los trabajos que dejaba dispuestos, dió Leon Medi-

na la vuelta á Madrid, donde ya le habia precedido el coronel Garcia, trayendo las mas completas seguridades del general Dulce. Vino este á poco á Madrid, segun que ya queda referido, llamado por el Gobierno á encargarse de la Direccion de Caballeria, y á la hora y media de haber llegado, sin ver á nadie ni presentarse al ministro, tuvo una secreta conferencia con su amigo D. Esteban Leon y Medina: enteróle este muy minuciosamente del estado de las cosas, y recibió de él la palabra solemne de ayudar á los conspiradores, resuelto como estaba á abrazar la causa de la revolucion, cualquiera que pudiese ser su resultado. El pundonor de este valiente militar le aconsejaba, para quedar libre de todo compromiso con el Gobierno, hacer dimision del cargo de Director de Caballeria que acababan de conferirle: así se lo manifestó á Medina, y solo las instancias de este, y la prudente observacion de que, renunciando un puesto tan importante, sobre privar á la buena causa del auxilio poderoso que pudiera prestarla, se esponia él mismo á caer en sospecha y á ser objeto de las persecuciones de una gente que, tomándole por uno de su especie, le habia hecho la injuria de querer traérsele á su partido, pudieron apartarle de su propósito. Verificóse una conferencia entre Dulce, Messina, Serrano y Leon Medina, y en ella se acordó que este último hiciese un viaje á Alcalá, para que hablando con los gefes de los regimientos de caballeria que allí estaban acuartelados, se pudiera dar un fuerte impulso á la conspiracion: marchó en efecto á Alcalá, donde encontró tan escasos elementos, que el mismo coronel Fitor, uno de los que mas decididos y ardientes se mostraron luego, estaba á la sazón ignorante de todo lo que se tramaba. Convenido ya con Fitor, dió la vuelta á Madrid, y habiéndose celebrado una nueva junta en su casa el 18, fijóse el movimiento para el 22. Era conveniente, y aun preciso, contar con las fuerzas que quedaban aprestadas en Zaragoza, las cuales, segun dejamos dicho, ardian en deseos de salir á las calles; y D. Manuel Somoza, patriota honrado y valiente, que mas tarde acompañó al general O'Donnell y á sus tropas durante su corta expedicion, fué el encargado de llevar las instrucciones al malogrado Hore. El plan era, que sacando Dulce de Madrid las fuerzas que pudieran juntarse, cayese con O'Donnell y los demás generales sobre Alcalá, desde donde uniéndose á las que estuviesen dispuestas, á cuyo fin habia salido Medina, marchasen á Zaragoza, que deberia abrirles las puertas y servirles de base para operar sobre Aragon, Castilla y la Rioja.

Ya dijimos á nuestros lectores qué conjunto de circunstancias desfavore-

rables y de acasos fatales, malograron el movimiento de Zaragoza y fueron causa de la muerte de Hore: poco antes de llegar á las puertas de la ciudad supo Somoza el éxito desdichado de la insurreccion, la muerte del Brigadier y la retirada del regimiento de Córdoba: determinado no obstante á cumplir como bueno la comision de que estaba encargado, y sin temor á los peligros á que daba lugar el estado de las cosas, intentó un remedio desesperado, y entró en Zaragoza á tratar con cualquiera de los gefes comprometidos que hubiese quedado en la poblacion: avistóse al cabo, no sin muchas dificultades, con D. Rafael Hore, de quien ya dijimos que mandaba el regimiento de Borbon, y este, esponiéndole que la vigilancia del Capitan general, las sospechas á que él mismo habia dado lugar con su conducta y el desaliento causado por la primera tentativa, bacion casi imposible una segunda, le encargó que así se lo manifestase á Dulce y á los demás conspiradores. Volvió con tal respuesta Somoza, y esta circunstancia y otras hicieron que se aplazase el movimiento.

Durante todo este tiempo hasta el dia en que se verificó la salida de las tropas, hizo Leon y Medina multitud de viajes á Alcalá sin llegar á escitar con esto, ni con la circunstancia de verificarse las reuniones en su casa, la mas ligera sospecha de la policia: el pretesto de estos viajes, que obtuvieron el resultado mas satisfactorio y completo, era el de acopiar granos y comprar caballos de deshecho, logrando con tal artificio deslumbrar tan completamente á todo el mundo, que el diestro conspirador pasó siempre por un pacífico negociante para las gentes de la ciudad.

Siguieron las cosas en tal estado, y en los últimos dias de mayo se celebró una reunion de coroneles en la cual se convino en hacer el pronunciamiento el 2 de junio, dia en que debia tener lugar una revista: una órden, dada casualmente por el Capitan general, de que en aquel mismo dia se hiciesen ejercicios de fuego por fuerzas de infanteria que no estaban comprometidas, desbarató una vez mas el concierto de los conspiradores.

Ya hemos referido lo que aconteció el dia de San Antonio, y solo tenemos que añadir á las noticias que dejamos apuntadas, que la causa de lo sucedido aquel dia en que la conspiracion estuvo á punto de perderse, fué la falta de cierto gefe de artilleria, que no acudió con seis piezas que tenia ofrecidas. Aprovechamos esta ocasion de reparar un olvido injusto é involuntario: el dueño de la casa de la calle de la Ballesta donde vivió oculto cuatro meses el general O'Donnell y que tan digno se hizo por su lealtad y patriotismo de las alabanzas de la fama, se llama D. José Ce-

ballos, y cumplimos con un deber consignando su nombre en estas páginas, al lado de los de Albear y Crispin de Aguirre.

El día del Corpus fué de peligro y consternacion para los conspiradores: habiase buscado á Messina y al Conde de la Romera, y la noticia de este suceso, aumentada y exagerada al circular de boca en boca, puso en notable alarma al general Dulce: avisado por su ayudante de que la policia andaba en su busca y que acababa de ser preso D. Rafael Echagüe, fué á verse con Leon y Medina á quien enteró brevemente del mal estado de las cosas: salió este á tomar informes de persona que por su posicion particular estaba en el caso de suministrárselos muy exactos, y de ellos resultó que era falsa la prision de Echagüe, que no se sospechaba de Dulce, y que Orlando y Messina no habian sido buscados porque se hubiese cogido el hilo de la conspiracion, sino porque la astuta é impagable policia de Sartorius, iluminada por la destreza de Quinto, habia llegado al estupendo descubrimiento de que Orlando imprimia y Messina repartía *El Murti*.

Desvanecido este peligro volvieron á celebrarse las juntas diarias en casa de Medina, á una de las cuales se dispuso que viniese Gallardon, que estaba en Alcalá y no se mostraba muy dispuesto á pronunciarse con la fuerza de su mando. El 26 de junio, antevíspera del día fijado para la salida de las tropas, marchó Medina á Alcalá para acabar de decidir á los gefes á que se incorporasen á Dulce: Planas, Fitor y Gallardon estaban conformes, pero faltaba Espinar, que nada sabia y con el cual no habia llegado á contarse: decididos á salir á todo trance de aquella situacion incierta, se encerraron con él los otros coroneles y confiaron todo el secreto de la conspiracion á su pndonor de caballero, dejándole, como era natural, en libertad completa de aceptar ó de retirarse: él aceptó, y terminado así dichosamente este asunto: salieron de Madrid las tropas, conforme lo referimos en el capítulo anterior, y viniendo á su encuentro Leon y Medina con los regimientos que estaban en Alcalá, se incorporó con los generales en Canillejas.

Mencionaremos, para terminar esta reseña, los nombres de los regimientos que componian la division libertadora. Regimientos que salieron de Madrid.

Santiago, mandado por el Conde de la Cimera, el cual, aunque se habia ofrecido á salir la noche antes de Madrid, ya se ha dicho que se volvió desde Canillejas.

134

Almansa, mandado por D. Eugenio Muñoz.

Farnesio, por D. Antonio Garrigó.

Escuadron de Granada, por el comandante Chacon.

Batallon de infanteria del Principe, al cual se unieron mas tarde las compañías que salieron de Toledo con el capitan Periquet; mandado por el brigadier Echagüe.

Fuerzas que salieron de Alcalá:

La Escuela Militar, mandada por el coronel D. Ignacio Planas.

Regimiento de Borbon, por su coronel D. Juan Gallardon.

Regimiento de caballeria del Principe, por D. Joaquin de Fitor.

Unos cuantos caballos del regimiento del Rey, que se hallaban allí accidentalmente al mando del bravo y malogrado capitan D. Ricardo Pobil: y media compañía de Reina Gobernadora. A estas hay que agregar el batallon provisional que se formó con los quintos de caballeria, y los pocos paisanos que formaron el núcleo del que se llamó mas adelante Batallon de Voluntarios de Madrid.

II.

Hicieron las tropas pronunciadas un alto en Torrejon de Ardoz, y á las tres de la tarde del 28 llegaron á Alcalá donde ya se las aguardaba y fueron recibidas con grandes demostraciones de contento: armáronse con carabinas hasta setecientos quintos, y en esta operacion se invirtió el dia 28 y una parte del 29.

La tarde de este dia llegó el coronel D. Lorenzo Milans del Bosch, el cual, á nombre del Gobierno manifestó al general O'Donnell que la Reina le acordaba su perdon á él y á los demás generales, y que además le devolveria sus grados, honores y condecoraciones, con tal que volviesen á Madrid y consintiesen en entregar al general Dulce para que fuese puesto á disposicion de un consejo de guerra: rechazó O'Donnell con indignacion semejante propuesta. Milans entonces pintó con los mas negros colores la situacion del Ministerio y el estado de los ánimos, comió con los oficiales, les ofreció sus servicios, y aun llegó á prometerles que no tardaria en verse á su lado para tomar un puesto de mas peligro que el de simple negociador.

Celebraron una junta los generales á la que asistió Leon y Medina, á quien encargaron la redaccion de un manifiesto dirigido á S. M. que fir-

maron no solo aquellos sino todos los coroneles y oficiales, y en el que la esponian las causas que les habian movido á tomar las armas y su firme resolucion de no dejarlas mientras no fuesen relevados los ministros y se adoptase una marcha de Gobierno que satisficiese las exigencias de la opinion y se arreglase á los principios de libertad, moralidad y justicia: de este notable documento que por su importancia histórica y por la luz que puede derramar en punto tan oscuro como el de saber hasta donde llegase el pensamiento de los generales, procuraremos publicar en estas páginas, fué portador el coronel Milans, el cual, segun voces, de cuya autenticidad no respondemos, porque no queremos fulminarle un grave cargo careciendo de datos, no le entregó á la Reina hasta 24 horas despues de la accion de Vicálvaro.

El dia 29 se incorporaron á la division libertadora varios paisanos, la mayor parte de los cuales habian salido á pié de Madrid y llegado por caminos estraviados hasta Torrejon, donde estaba la vanguardia mandada por el brigadier Echagüe.

El áutor de estas páginas encargado de manifestar al general O'Donnell el estado de la opinion, las disposiciones del gobierno, y varios particulares relativos á la conspiracion salió el dia 29 a las seis de la tarde en el correo de Zaragoza (que no era justo tratándose de un viaje de conspiracion hacerle en otro carruaje que en el del Gobierno), y despues de hablar con Echagüe en Torrejon, llegó bien tarde al cuartel general, donde tuvo una breve conferencia con el General en gefe: allí supo algunos pormenores que ya van apuntados relativos á la comision de Milans, y dio entre otras la nueva, que todo aquel dia habia circulado por Madrid, de que Blasser y Lara con las fuerzas de infantería que habian quedado, las que entraron con la Reina, el regimiento de caballería de Villaviciosa, algunos tercios de Guardia civil, y varias piezas de artillería, se proponia salir en busca de los pronunciados. Contestó el general á esto que les ahorraria la mitad del trabajo, pues pensaba salir para Madrid al dia siguiente.

Grande era el entusiasmo de los oficiales y soldados, y mucho el deseo que tenian de venir á las manos; corrian entre ellos voces de que las tropas del Gobierno, especialmente parte de la artillería, no darian ocasion sino á unas apariencias de combate, y en cuanto á la caballería, tenía por cierto que antes de los primeros encuentros habria de unirse á sus compañeros de armas; tales voces, aunque favorables á la causa del

136

pronunciamiento, antes producian disgusto que no placer en el ánimo de las tropas; pues decian que no habian desnudado las espadas para volverlas limpias á la vaina, ni habian salido de Madrid y levantado pendones por la libertad para concertarse como cortesanos, sino para batirse como soldados.

III.

Tocóse bota-sillas á la una de la mañana del 30 y á las dos salió camino de la corte la division libertadora, y llegó bien temprano á Torrejon de Ardoz, donde se hizo alto, no tanto para dar descanso á las tropas, poco necesitadas de él en aquellos momentos, cuanto para tomar las disposiciones necesarias á la operacion que se preparaba y al lance de armas que debia ser su resultado.

No habia desaprovechado el tiempo el ministerio, ni dado tregua á las intrigas y manejos, con que á falta de otras armas, intentaba vencer á los pronunciados: ya hemos hablado de la comision de Milans, que aunque injuriosa á los generales á quienes iba dirigida, á lo menos, por sus condiciones de publicidad oficial, no tuvo carácter de espionage; pero tambien á este medio acudieron, (que no habian de olvidar los discipulos de Narvaez, el honrado recurso de su maestro) si bien le emplearon con éxito desdichado. Ribera, aquel polizonte, famoso por lo despreciable, que el primer uso que meses antes hizo de su nombramiento de inspector de policia, fué apalear con tanta saña como traicion y cobardia á Camacho, liberal honrado con quien habia tenido antiguamente cierta insignificante querrela; Ribera, que por tal atentado ni los mismos polacos habian podido dispensarse de ponerlo á disposicion de los tribunales, fué por embajador secreto de Sartorius á llevar la discordia y la corrupcion á los oficiales y soldados. Mas apenas habia el digno enviado de tal ministro dado comienzo á sus oficios de espia, cuando fué entregado al General, que con harto trabajo pudo contener á los que pedian que fuese fusilado al instante: contentóse O'Donnell con reducirle á prision, que fué sobrada blandura; porque aunque seamos nosotros enemigos de la pena de muerte con aplicacion á hombres, no tenemos por malo que se ejecute en espías.

Tambien el anónimo fué un arma que trataron de utilizar grandemente aquellos tristes y mal parados gobernantes. En la silla-correo que fué registrada en Torrejon primero y despues en Alcalá, se hallaron multitud

de cartas dirigidas á los oficiales, acompañadas de porcion de proclamas en que hablando la Reina á las tropas, y lamentándose de que se hubiesen dejado seducir de un traidor (asi se llamaba á Dulce), que habia incurrido en el real desagrado, las decia que hasta aquel punto tenian disculpa en el cumplimiento de la disciplina; las ofrecia un generoso perdon—que se nos antoja un tanto parecido al de aquel portugués que perdonaba al castellano que le habia arrojado en un pozo— y concluia con esta frase, destinada, como se vió, á producir un gran efecto: «Soldados, la Reina os espera.»

Los incidentes recordamos á este propósito, que vamos á referir, aunque por su carácter anecdótico desdigan un tanto de la gravedad de la historia. Leia un oficial la proclama, y le escuchábamos varias personas, entre ellas el brigadier Echagüe, y al llegar al punto en que el autor ponía en boca de la Reina ciertas palabras relativas al respeto que se merecía el trono, «¿y la Constitucion?...» interrumpió el bizarro gefe, acompañando su frase de una interjeccion vigorosa. Acabada la lectura, que no dejó de dar justa ocasion á entretenidos comentarios, dijo el mismo Echagüe como quien reasume todos los juicios en una frase: «Señores, es tan necia «é inoportuna la proclama, que si yo no estuviese seguro del buen espíritu que anima á los soldados, seria de opinion que se les leyese mañana «en la órden de la plaza.» La proclama, pues, no hizo sino servir de burla y de chacota á los oficiales, y demostrar al Gobierno que no eran poderosos sus medios de seduccion á librarle del golpe que amenazaba acabar con su miserable vida.

Pero prosigamos en la relacion de la marcha, de que nos habian distraído estos incidentes.

Dada de nuevo á los regimientos la órden de montar á caballo, salió la division camino de Madrid, á presencia de todos los vecinos que habian salido á las afueras del pueblo á presenciar un espectáculo de que no eran testigos sus campos desde 1845. La mitad de las fuerzas, con O'Donnell á la cabeza, marchó sobre Vicálvaro, y la otra mitad, á las órdenes de Dulce, vino á hacer un reconocimiento hasta Canillejas, es decir, casi á las puertas de Madrid; reuniéronse las dos columnas como á las once de la mañana, y entraron en Vicálvaro, desfilando por delante de los generales al son de los acentos guerreros de la banda del regimiento de infanteria del Príncipe, y en medio de entusiastas vivas á la libertad, á sus generales y á la Reina. En el mismo instante entraba tambien un pequeño des-

tacamento que se había segregado de la división, y cuyas operaciones vamos á referir brevemente, no porque su escasa importancia lo merezca, sino porque tuvieron por base el pronunciamiento del primer pueblo que secundó en España el grito del 28 de junio, y que despues hizo servicios importantes á la causa de la revolucion.

Al salir las tropas de Torrejon, quedaron en el pueblo el denodado patriota D. Felipe Abascal, que despues de haber trabajado mucho en Madrid se habia incorporado á la división el dia 29; D. Manuel Somoza, de quien dejamos hecha mencion honrosa; D. Ramon Garea, de quien hablamos al referir los sucesos de Zaragoza; el autor de estas páginas, y como unos nueve paisanos, los mismos de quien se ha dicho que llegaron la noche antes, y que, con los ya nombrados y el Sr. D. Andrés Borrego, distinguido publicista y diputado de la oposicion conservadora, eran los únicos voluntarios que hasta entonces acompañaban á la división. El encargo de estos, auxiliados por unos veinte caballos del escuadron de Granada, era proteger el pronunciamiento que, segun manifestacion del alcalde, estaba decidido á hacer aquel pueblo, y venir despues por San Fernando y Coslada recogiendo las armas que pudiesen á los guardas del patrimonio, á incorporarse con la división. En efecto, como una hora despues de la marcha de los generales, juntáronse espontáneamente multitud de personas de todos sexos, edades y condiciones, á las cuales el que esto escribe dirigió unas cuantas acaloradas palabras, que fueron contestadas por vivas unánimes á la libertad y á sus defensores, y mueras furiosos á los ministros ladrones —que tal era el adjetivo, admirable por su propiedad, con que aquellos honrados labriegos calificaban á los polacos:— el Alcalde declaró pronunciado el pueblo de Torrejon, y en seguida, en medio de grandes aclamaciones, marcharon todos á la casa de Ayuntamiento, donde se estendió un acta que firmaron varios concejales.

Suceso es este bien insignificante y pequeño, y no nos hubiéramos detenido á contarle, si no demostrase como habia llegado hasta los campos el odio á la dominacion polaca, y cuán vivas eran las simpatias que escitaban los pronunciados, cuando á tanto se arrestó este pueblo, á cuatro leguas de Madrid, y en momentos en que no era sino muy dudoso el triunfo de la revolucion.

Tenemos que alabar aquí con el encarecimiento que merece la conducta del alcalde D. Simon Carriedo, que como particular y como autoridad estuvo siempre al servicio de la buena causa, y del cual tendremos

ocasion mas adelante de referir un rasgo que le acredita de consecuente y esforzado. Tambien debemos mencionar á Ruperto Sacristan, antiguo y perseguido patriota, que se unió á la division aquel dia, y á un jóven de este mismo pueblo, llamado Caballero, á quien sus padres parece que destinaban á la Iglesia, el cual, dejando el breviario por la espada, asistió á la accion de Vicálvaro, y siguiendo la marcha de las tropas, volvió á Madrid de subteniente de infantería. Estos, despues de pronunciado Torreon, tomaron el camino de San Fernando, donde el alcalde se prestó con la mejor voluntad á remitirles las armas de los guardas del Patrimonio, como lo hizo algunas horas despues.

Apenas se habian reunido todas las tropas en Vicálvaro, cuando llegó aviso al General de que ya se divisaban las avanzadas enemigas: rápidamente, y muchos sin necesidad de que se les diese la órden, montaron todos á caballo y se formaron los escuadrones en los campos que saliendo del pueblo dan vista á la capital; mas bien pronto hubo de conocerse que aun no venian los enemigos esperados con tan buenos deseos, por lo que se dió la vuelta á Vicálvaro, llevando los generales la conviccion de los buenos alientos de los soldados: aun no se habian alojado las tropas, cuando de nuevo salieron al campo, engañadas por una falsa alarma. Algunas horas despues, como á las tres de la tarde, súpose de cierto que ya se divisaban las fuerzas de Blasser, y llenos de un entusiasmo indecible, salieron á recibirlos los pronunciados. Habian llegado á incorporarse á la division varios paisanos, de los cuales no recordamos sino al honrado patriota D. Ceferino España, y algunos oficiales, entre otros el comandante de estado mayor D. Antonio Caballero, y el teniente coronel de Carabineros D. Ruperto Zalamero, que luego fué nombrado Aposentador general de las tropas: tambien el bravo D. Manuel Buceta, llegado el dia antes á Alcalá, se habia incorporado al estado mayor del General en jefe.

Avistáronse en efecto las fuerzas que enviaba el Gobierno, bien que antes de verlas, una bala de cañon que llegó hasta la entrada del pueblo avisó su presencia á los pronunciados. Dispuesta en órden la caballería, y colocada á retaguardia la infantería con el brigadier Echagüe, observó O'Donnell la posicion de los contrarios, y viendo que por haberla elegido á su gusto y ser ella tal que ofrecia grandes medios de defensa á la artillería, que podia con sus disparos favorecer impunemente las grandes masas de caballería, núcleo principal de las fuerzas pronunciadas, era casi imposible tomarla, mucho mas atendidas las condiciones del terreno, de-

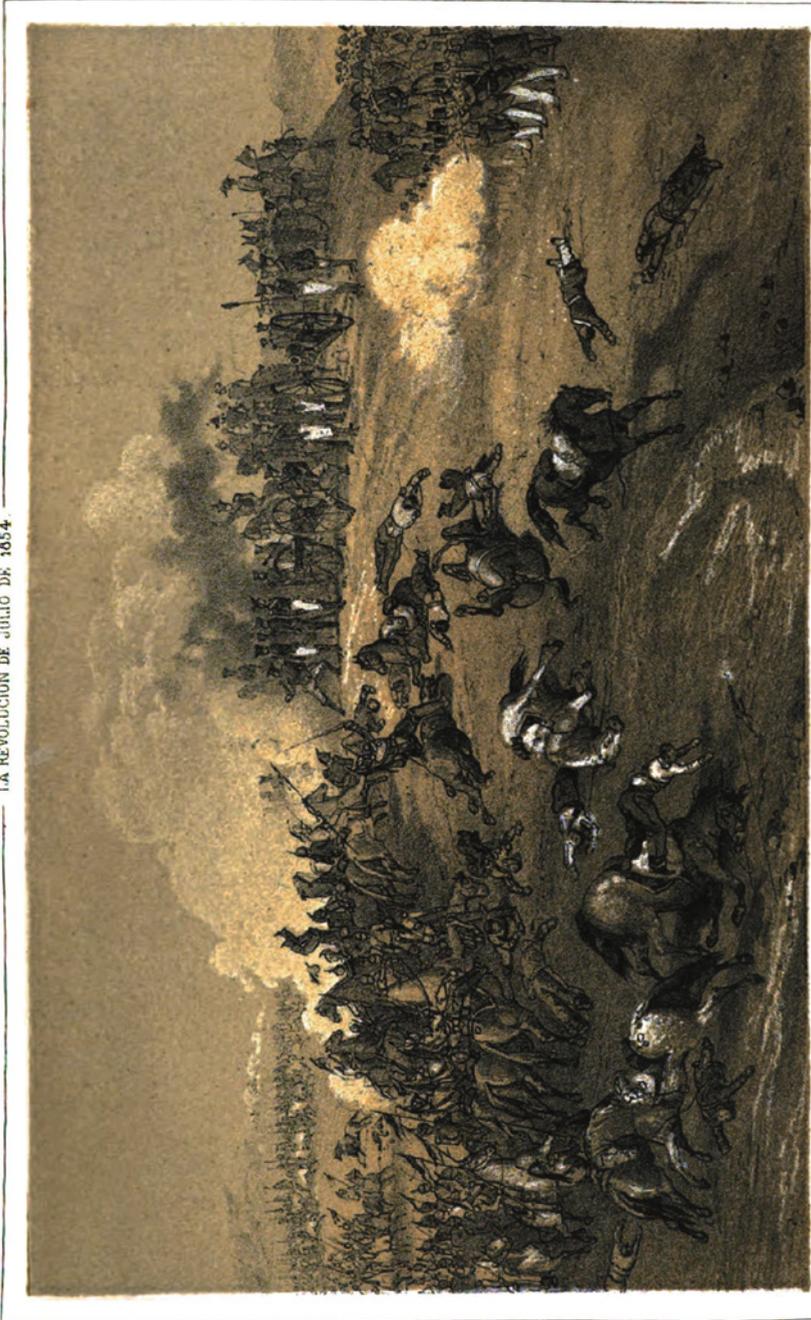
140

terminó operar algunos movimientos que obligasen al enemigo á abandonar sus posiciones, ó le pusiesen en el conflicto de verse cerrado en su retirada por un movimiento que amenazase su retaguardia: eran de consejo contrario todos los oficiales, á cuyo valeroso ardimiento repugnaba todo partido que no fuese el de acometer con cargas de frente á la artillería, que aguardaba parapelada detras del arroyo. Si el dictámen del General en jefe se hubiese puesto por obra, de cierto se hubieran tomado las piezas y entrado los pronunciados en Madrid, y no se hubiera puesto el sol de aquel día sin alumbrar el desenlace de aquello, que unos han tenido por revolucion y otros por alzamiento militar.

IV.

Mas de otra suerte lo quiso disponer el acaso ó la lógica de los sucesos. Salió á hacer un reconocimiento el coronel Planas, y viniendo á su encuentro algunos caballos de Villaviciosa, empeñóse la acción que se hizo general pocos momentos despues. Espectador el que escribe de aquella lucha, pero ageno á las nociones mas simples del arte de la guerra, no podria describir los movimientos militares de ambas columnas, aunque sí decir algo de las sensaciones que esperimentó á la vista de aquel espectáculo magnifico; pero no son nuestras sensaciones sino los trances del combate lo que debemos escribir, y por eso, remitiendo á nuestros lectores á los partes de los dos generales, y al del Conde de Quinto que á continuación insertamos, nos limitaremos á consignar un hecho en rectificacion de cierta calumnia que por entonces hicieron circular los polacos. No es cierto, como falsamente trató de hacerse creer en desdoro del valor español y del pundonor militar, que O'Donnell y los demás generales presenciasen la acción á larga distancia, mientras se batian las tropas de su mando: ellos estuvieron siempre donde su deber los llamaba, y mas de una vez tuvimos ocasion de observar la preferencia con que los cañones enemigos apuntaban al sitio en que se encontraba el General en Gefe, que en una serenidad nunca desmentida, dictó las órdenes mas oportunas en los momentos en que era mayor el peligro, y en medio de una lluvia de balas y de metralla, que milagrosamente no causó daño alguno en el Estado Mayor: en cuanto á Dulce y Ros de Olano, no solo mandaron como generales, sino que se batieron como soldados: Ros cargó dos veces á la cabeza de los escuadrones, y Dulce siete, dando á un amigo suyo que le

LA REVOLUCION DE JULIO DE 1854.



El de J. Martos y Madrid

Utrabona m. y. d. t.

Batalla de Vicalvaro, el 30 de Junio.

decía: «Dulce, eso no es obrar como general!», esta heroica respuesta: «es preciso vencer, ó morir en el campo.»

Tambien debemos hacer mencion de los valientes paisanos, que hicieron aquel dia las pruebas, cargando en union con el batallon de quintos y el del Principe, guiados por el bizarro Echagüe, y animados por los sonidos armoniosos del himno de Riego, á los cuadros enemigos, que vomitaron sobre ellos los estragos de su formidable artilleria: Buceta, Abascal, Somoza, Garcia, D. Andrés Borrego, á cuyos pies vimos estrellarse una bomba, que por un dichoso accidente no causó daño en su persona; otros muchos, cuyos nombres quisiéramos recordar para rendirles el pobre tributo de nuestro recuerdo, cumplieron como buenos, rivalizando en ardor con los soldados y oficiales, y dando muestra de cuanto pueden en pechos esforzados y generosos el amor á la libertad y el entusiasmo por la gloria.

Fuera preciso, para ser justos con los soldados, consignar aquí los nombres de todos, pues no es posible sin haber sido testigos de sus hechos, formar una idea de su ardimiento. El número de muertos y heridos fué escaso si se atiende al fuego que por espacio de cuatro horas, hizo sin descanso la artilleria: fuerza es confesar, en honor á algunos oficiales que mientras les fué posible, mantuvieron muy alta la punteria de las piezas que mandaban. Los oficiales pronunciados anduvieron dignos de sus soldados, y algunos murieron allí con la muerte de los bravos, y otros como el bizarro Garrigó, el comandante caballeria y el capitan Reina quedaron peligrosamente heridos. Una bala de fusil privó de la vida al jóven y valiente capitan D. Ricardo Pobil, que solicitó y obtuvo el honor de cargar en primera fila; honor peligroso que le condujo á la muerte! Unidos á él nosotros por lazos de amistad y de parentesco, ni supimos entonces su presencia en aquel sitio, ni su suerte desdichada hasta despues de muchos dias. Antes le hemos consagrado nuestro sentimiento, y ahora el recuerdo de nuestra admiracion y de nuestro aprecio! Reciba este débil aunque sincero homenaje, su valor heroico y su juventud malograda!

En cuanto á los pormenores militares de la accion, he aquí los partes á que arriba nos referimos.

AL PUEBLO.

Los sublevados, con el sangriento desengaño que recibieron ayer en los campos de Vicálvaro, siguen retirándose desconcertados y sin plan ni pensamiento fijo: Alcalá de Henares se encuentra completamente abandonado por ellos: todos los puntos

142

que ocuparon ayer en todas las cercanías de esta corte se hallan en las mismas circunstancias : esta mañana han cortado el camino de hierro de Aranjuez y su telégrafo : han hecho alto en Valdemoro : viven en una continua alarma , y su fatigada tropa se emplea únicamente en descubiertas y exploraciones.

No son estos los únicos síntomas de la triste posición en que por momentos se ven sumidos. Los soldados y gefes , que sorprendidos por las órdenes del ex-Director de caballería , marcharon obedeciendo á la disciplina militar, se apresurarán á restituirse á las banderas de su Reina y de su patria, que solo engañados y sin conocimiento pudieron abandonar algunas horas : hoy se han presentado un Comandante y un Teniente de Santiago ; mas tarde el Capitan cajero del cuerpo con fondos del mismo, que fiel y honradamente ha entregado en las cajas del Estado : otro subalterno y varios soldados han venido despues.

Todos ellos contestes reclaman el perdon de la Reina por un error en que no ha tomado parte ni su corazon ni su entendimiento. Ayer se negaron estos bizarros y fieles soldados á entrar en una accion que no podian menos de mirar como un crimen y una alevosía : todos sus compañeros de regimiento , segun aseguran, están animados de los mismos deseos, y van siguiendo unos tras otros su noble ejemplo.

Todas las provincias continuan en la mas profunda calma , escitando al Gobierno para que disponga de las fuerzas que las guarnecen ; seguras las Autoridades, asi civiles como militares, de la lealtad y espíritu pacífico de los pueblos de sus respectivos distritos.

Estas son las únicas y positivas noticias del dia. Creo de mi deber comunicároslas para que no logren desasosegaros con invenciones y patrañas los que, nuevos ojalteros y sin contemplar á lo que se esponen , siguen empeñados en propalar especies, ensueño solo de su impotencia y de sus malas pasiones.

Si otra fuese la situación de Madrid y de sus cercanías, vuestras Autoridades, que no consienten se os engañe inicuaamente, no os lo ocultarian, porque la causa del Trono y de la inmensa mayoría de los españoles no necesita para prevalecer de las vedadas é innobles armas de la falsedad ni del disimulo.

Madrid 1.º de Julio de 1854.—El Conde de Quinto.

Ministerio de la Guerra.—Capitanía general de Castilla la Nueva.—Estado mayor.—Excmo. Sr.—Segun las órdenes que tuvo V. E. á bien comunicarme para practicar un reconocimiento sobre los sublevados, lo verifiqué en la mañana de hoy con tres batallones y alguna caballería, estendiéndome hasta la Venta del Espíritu santo, pero sin observar mas que algunas avanzadas. Las nuevas instrucciones que V. E. me mandó y avisos llegados despues me hicieron reunir una división compuesta de siete batallones á las órdenes del general director del cuerpo de Estado mayor conde de Vistahermosa, dos baterías rodadas, dos de montaña, el regimiento de caballería de Villaviciosa, el tercio de la misma arma de Guardia civil de este distrito, y algunos carabineros, con cuyas fuerzas me adelanté á nuevos conocimientos hasta las alturas que median entre el pueblo de Vicálvaro y el arroyo Abroñigal donde se presentaron bastantes fuerzas encubiertas, aunque retirándose constantemente. En estos momentos fué cuando V. E., como sabe muy bien, se presentó en el campo.

Escalonadas mis fuerzas y marchando siempre de frente hasta las indicadas alturas, mandé romper el fuego sobre las masas enemigas, las cuales siguieron en retirada hasta las posiciones que dominan el mismo pueblo. El comilote estaba presentado y al parecer aceptado, por lo que dispuse la formacion en una línea de masas por batallones de los regimientos de Valencia, y Reina Gobernadora, con una batería rodada y dos de montaña: seis compañías de cazadores, mandadas por el brigadier Santiago con tres mitales de caballería de la Guardia civil componian la vanguardia sobre el camino de Vicálvaro: la izquierda se apoyaba en el de Alcalá mandada por el teniente general D. José Luciano Campuzano, director general de artillería, compuesta de un batallon de Ingenieros, y una batería rodada; la reserva, mandada por el mismo general constaba de tres batallones de los regimientos de Cuenca, Valencia y Extremadura, con una batería de montaña. Durante los movimientos preparatorios trató el enemigo de envolver varias veces nuestra izquierda destacando algunos escuadrones, y por último se presentó en dos fuertes columnas de cinco á seis escuadrones cada una, con el frente de escuadron y amagando toda la estension de la línea; pero dirigiendo mas principalmente su ataque á el centro donde se hallaba una batería rodada.

Inmediatamente se rompió el fuego por las compañías de cazadores, lo cual no impidió el que una columna de las dos enemigas cargase á fondo á la referida batería llegando á 50 pasos de sus bocas donde fué recibida con una descarga á metralla y por el fuego compacto de una compañía de cazadores de la Reina gobernadora mandada por el sereno capitán Pino y de los batallones de Valencia y Reina gobernadora; los escuadrones fueron deshechos y dispersados, siendo á su vez cargados en seguida por un escuadron de Villaviciosa, que adelantándose demasiado y viéndose envuelto por la segunda columna de caballería enemiga, logró replegarse variando de direccion y colocarse detrás de nuestra izquierda, acto continuo mandé adelantar compañías de cazadores para descomponer la reorganizacion que empezaban á verificar los escuadrones dispersos, haciendo entrar en línea al regimiento de Cuenca á fin de que apoyase con mas vigor esta operacion.

Esto no obstante, los escuadrones se rehicieron y dieron diferentes cargas en toda la línea, de la que siempre fueron rechazados, y cargados despues por las tres mitades de la Guardia civil. Desesperados los sublevados por la imponente y terrible actitud de los cuadros de nuestra vigorosa infantería, y por la seguridad y sangre fria de nuestros bravos artilleros, mandados por el distinguido capitán Berrueta, se vinieron con todas sus fuerzas sobre el centro, donde se hallaba su codiciada batería, y cargando con vigor, dejándolos llegar hasta veinte pasos de las piezas, como todas las tropas de la línea, fueron entonces metrallados y rotos, pasando seguidamente por los flancos de la batería, donde se hallaron con el nutrido fuego de los cuadros, que no pudieron romper, y ante sus bayonetas quedaron completamente deshechos, dejando el campo cubierto de cadáveres, armas y caballos, para luir en la mas pronunciada derrota.

Emprendieron despues su retirada hasta mas allá de Vicálvaro, tomando algunos escuadrones la direccion de Torrejon, y aun cuando fueron nuevamente retados por

144

el fuego de los cazadores, que hizo retirar á sus primeros tiros á dos compañías del batallón sublevado del Príncipe, con su ex-brigadier á la cabeza, no quisieron aceptar el combate, y entonces dispuse replegar todas mis fuerzas sobre la capital, cuando ya tenia el enemigo á bastante distancia, como lo verifiqué, retirándome por escalones hasta la puerta de Alcalá.

La pérdida de los sublevados ha debido ser muy grande, y sus escuadrones han quedado desorganizados: sobre el campo he visto algunos oficiales muertos entre los de tropa; y el ex-coronel de Farnesio, Garrigó, con otros oficiales, algunos heridos, y bastantes soldados y caballos han sido hechos prisioneros.

La nuestra no puedo en este momento decirlo con seguridad á V. E.; pero la creo insignificante, y quizá no llegue á 30 heridos. Quedo en dar á V. E. parte detallado, lo mas pronto posible, para que S. M. pueda apreciar mejor los servicios de cada uno; pero sin perjuicio de que así suceda, es mi deber nombrar con la mayor distincion y elogio á los generales D. José Luciano Campuzano y conde de Vistahermosa, á los brigadieres D. José Santiago, D. Francisco Garrido, D. José Herrera García; al coronel del regimiento infantería de Cuenca D. Antonio Marquez, al de caballería de Villaviciosa D. José Rubio Guillen, y al Excmo. Sr. duque de Gor, teniente coronel del regimiento Reina Gobernadora, que mandaba el batallón de su cuerpo en la línea; del mérito de todos los cuales en general y de cada uno en particular, nadie puede ser mejor juez que V. E., que tan inmediatamente presenció esta funcion de guerra.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 30 de Junio de 1854.—Excmo. Sr.—Juan de Lara.—Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.

Puesta en marcha la division desde Alcalá á las tres y media de la mañana, y despues de un pequeño descanso en Torrejon de Ardoz, se dirigió por el puente de Viveros sobre Coslada y Vilcálvaro á la vista de la capital. Las tropas se alojaron en este último punto hasta medio dia, hora en que habiendo avisado los puestos avanzados la aproximacion de fuerzas de Madrid, se formó la division en actitud de esperarlas. Aviso sucesivo de la retirada de dichas fuerzas y su nueva aproximacion, repetidos por tres veces, impulsaron al General en jefe á avanzar en columnas hasta darles vista para obrar segun aconsejasen las circunstancias.

La guarnicion de Madrid habia salido, en efecto, casa en su totalidad, presentada su línea sobre la carretera de Alcalá desde el convento de Atocha, donde apoyaba su derecha cubierta su espalda por las tapias y alturas del Retiro. Partiendo de esta base fué adelantándose hasta las posiciones que ocupaban nuestras grandes guardias de caballería, á cuya proximidad hizo avanzar algunos ginetes y una batería sostenida por infantería, con objeto de arrollar la fuerza del escudron de cazadores de Granada que constituia nuestra primera observacion. Los cazadores de Granada estendidos en guerrillas, y con una seccion del regimiento de Almansa en reserva, se batieron en retirada segun las órdenes del E. S. General en jefe, cargando con oportunidad y bravura para no dejarse envolver. El movimiento de retirada duró sin embargo muy poco tiempo. Dos escuadrones numerosos del regimiento de Almansa, adelantándose á sostener la posicion, amagaron una carga sobre el flanco izquierdo enemigo, con

objeto de obligarle á cambiar su frente, retirando ó avanzando esta ala presentando la oportunidad de cargarle á fondo.

Entre tanto, los demas cuerpos de caballería de la division desplegaron nuestra línea, avanzando en columnas cerradas á la vista del enemigo, que ocupaba ya las alturas al frente de la venta del Espiritu Santo y arroyo Abroñigal, y desde donde empezaron á disparar sus baterías protegidas por los cuadros de su infantería. La caballería contraria se situó en ambas alas de su línea.

La acción se empeñó sobre nuestra izquierda por una carga que la caballería enemiga amagó á los escuadrones de Almansa, que fué rechazada por otra mas vigorosa con que estos repelieron ó hicieron retirar desordenadamente al enemigo. En este momento, y tratando de aprovechar el éxito de las cargas de Almansa, el regimiento del Príncipe cargó sucesivamente con sus dos primeros escuadrones á la artillería y masas de infantería del ala izquierda de los enemigos, llegando á las bocas de los cañones, que despues de haber dirigido sus balas rasas y granadas concertada su puntería sobre nuestras columnas recibieron su metralla á pocos pasos la acometida de nuestros carabineros. El Príncipe hubiera tomado sin embargo la artillería á cuyas piezas no le impidió llegar el destrozo de la metralla, si las masas de infantería que las apoyaban intactas y alentadas con la fuerza de su posición y mientras faltas de fuego no hubiesen opuesto á las aclaradas filas de nuestros escuadrones un diluvio de balas.

La retirada natural de los dos escuadrones del Príncipe para rehacerse, fué aprovechada oportunamente por otros dos enemigos de Villaviciosa y la Guardia civil que se lanzaron en su seguimiento. Esta caballería, sin embargo, fué rechazada en la mitad de su carrera por los dos escuadrones del Príncipe 3.º y 4.º que la arrollaron acuchillando á su mayor parte y admitiendo en sus filas gran número de soldados de Villaviciosa con el estandarte, que volvieron sus lanzas llamándose amigos. Una carga repetida por estos mismos escuadrones dió lugar á que el porta-estandarte de Villaviciosa y algunos individuos mas de su cuerpo, que solo se habian unido al considerarse prisioneros, volviesen á marcharse incorporándose á los enemigos.

El sangriento efecto de la artillería, que con la seguridad de no ser ofendida por nuestra falta de esta arma habia estudiado y aprovechado impunemente como blanco los pechos de nuestros soldados, acalorando la acción hizo lanzar nuevamente á la carga al regimiento de Farnesio. Su coronel herido y prisionero, un oficial muerto y varios oficiales y soldados heridos á la boca misma de los cañones, atestiguan el arroyo desplegado en estas causas donde nuestros gritos de viva la reina y la constitucion han sido sofocados por las detonaciones y la metralla enemiga.

Repetidas cargas de este mismo cuerpo, de los de Borbon, Santiago y Escuela de Caballería, han debido convencer á nuestros enemigos en la acción de Vicálvaro de que el sentimiento que inspiraban aquellos vivas no se apagaba sino con la muerte en el corazón de nuestros bravos. La infantería, aunque en menor número que la caballería, el día de la acción, y entrando en ella como parte accesoria por las condiciones especiales del combate, no ha rayado mas bajo en bizarría que nuestra caballería. El regimiento del Príncipe, con su bravo brigadier puesto á la cabeza, debe estar sa-

tisfecho de la honra que ha conquistado. Los soldados visosos, los oficiales recién salidos del colegio de una y otra arma han recibido al lado de los veteranos su bautismo de sangre, no dejando lugar á hacer distincion especial en la parte de gloria que á todos ha cabido.

Los generales, los gefes y oficiales sin cuerpos, los mismos que tenían plaza y colocacion determinada en los de la division no contentándose con disputar la primacia en lanzarse al enemigo, se han reproducido en todas partes presentándose siempre á la cabeza de los escuadrones en sus cargas sucesivas.

El teatro de la accion ha sido digno como la causa es noble. La capital de la monarquía que ha oido nuestras aclamaciones, ha presenciado cómo se baton por la reina y la constitucion los soldados, á cuyo frente consideraré siempre como un honor haberme encontrado.—Leopoldo O'Donnell.»

Tales son las relaciones que por ambas partes se dieron de la accion de Vicálvaro: podemos asegurar con imparcialidad completa, ahora que el tiempo pasado sobre aquel suceso se ha llevado consigo el sentimiento de pasion y de interés que hubiera hecho sospechoso nuestro aserto, que hay tanta exactitud y verdad en el parte de O'Donnell, como falsedad y exageracion en el del general polaco. Achaque constante ha sido este de la pandilla que por espacio de once meses estuvo siendo la deshonra del país; pero aunque á recursos tan ruines y artificios tan groseros nos tuviesen acostumbrados, todavia no dejó de parecer extraño que, tratándose de un caso de honor como lo son todos los lances de la guerra, faltase tan á sabiendas á la verdad un general español, sin tener una palabra de consideracion para sus compañeros ni una voz de elogio para los soldados de cuyo valor habia estado siendo testigo. Que hubiesen ó no faltado, que combatesen por una causa buena ó mala, es lo cierto que desde el general en gefe hasta el último soldado, todos los individuos de la division pronunciada cumplieron con su deber aquel dia, y así hubiera debido consignarlo el general Lara, porque por cima de las consideraciones políticas debian estar para él la del pundonor militar y el decoro de nuestro nombre.

No es cierto, como en el parte se asegura, que los pronunciados *quedaron completamente deshechos ante las bayonetas* del ejército mandado por el Señor Lara, ni menos que, *dejando el campo cubierto de cadáveres, armas y caballos huysen en la mas pronunciada derrota*. Si las bayonetas de los soldados de Lara y Vista-hermosa hubieran sido los únicos valladares opuestos al ardor de la brillante caballeria de Dulce, á pesar del valor de la infanteria española, los cuadros hubieran sidos rotos y des-

hechos, y el inmenso pueblo madrileño que se agolpaba á la puerta de Alcalá, hubiera presenciado en vez de la entrada triste, desordenada y presurosa de las tropas del gobierno, el alegre espectáculo de la vuelta triunfante de los pronunciados.

La verdad es que el General O'Donnell, mirando con dolor que una batalla que no era de necesidad absoluta y que, á lo menos en el modo de darla, se había empeñado contra su consejo, estaba costando tanta sangre y causando la muerte á tantos desdichados, que arrojaban un mismo grito, y llevaban iguales colores en sus banderas, no quiso prolongar mas tiempo una lucha cuyo probable pero costoso resultado hubiera sido arrojar á los enemigos de sus posiciones; y considerando, como capitán esforzado y prudente, que el peligro á que esponia su causa, si como no dejaba de ser posible, sufría un verdadero descalabro, era quizás mayor que la ventaja que le hubiera proporcionado una victoria, ordenó la retirada, que se verificó tranquilamente por escuadrones, sin que se aventurase á seguirle en ella el *victorioso* Lara, que por su parte, dió la vuelta á Madrid, por cuyas puertas entró de suerte, que no hubo entre los mas interesados por la causa del polaquismo, quien se atreviese á creer en su victoria.

Por lo demás y si hemos de juzgar por los resultados, el triunfo no fué ni de O'Donnell, ni del Gobierno, puesto que ni aquel logró tomar las baterías, ni la tropas de este ocupar la posición de Vicálvaro; pero si han de tenerse en cuenta las circunstancias del combate, la situación respectiva de las fuerzas, y sobre todo el juicio de las personas entendidas é imparciales, los honores corresponden de derecho á los pronunciados: porque, segun las prácticas militares, gana una acción el que conserva sus posiciones y la pierde el que se retira: y ya queda referido que Lara se volvió á Madrid y los pronunciados durmieron en Vicálvaro.

Pormenores de la acción, ya hemos dado algunos: pérdidas, resultaron menos de las que se temieron al principio; rasgos de valor personal, presenciámoslos infinitos, y quisierámos recordarlos: aparte de los generales, gefes, oficiales y soldados, los paisanos que ya serian como treinta y tantos en número, se batieron admirablemente, conducidos por D. Felipe Abascal y D. Francisco Soldevilla, y distinguiéndose entre otros D. Juan Valcárcel Quiroga.

De todos modos debemos consignar aquí que tenemos por un bien que en aquella jornada no alcanzasen los pronunciados un triunfo definitivo: ni

:

queremos adivinar los deseos, ni es nuestro ánimo calumniar las intenciones de quien, cualesquiera que fuesen sus antecedentes pasados y pueda ser su conducta futura, se hizo entonces acreedor al aprecio y al agradecimiento de la patria; pero si es licito llegar de premisas ciertas á consecuencias verdaderas, preciso es confesar que á conseguir el triunfo solo y con sus elementos propios el general O'Donnell, es de creer que se hubiera establecido una situacion de moralidad y decencia, y aun que se habrian hecho algunas economías, pero que hubieran sido muy escasas las reformas ejecutadas en el órden político. No es esto hacer bueno el dicho de los que pretendieron que no tuvo otro carácter el movimiento del 28 de Junio que el de una insurreccion militar; es decir tan solo, que en él no se entrañaba una verdadera revolucion. Y somos en esto tan imparciales, que no decimos mas ni menos de lo que se deduce de los principios políticos del partido á que pertenecia el Conde de Lucena antes de dar el programa de Manzanares: la oposicion conservadora ni aceptaba la *Constitucion de 1857*, ni queria la *Milicia Nacional*, ni miraba como necesaria la reunion de unas *Cortes Constituyentes*; á lo menos ninguna idea de estas habia sustentado en la prensa ni en la tribuna: no hay, pues, temeridad en decir que nada de esto queria el general O'Donnell, y que su triunfo solo hubiera traído la reforma en cierto sentido, de la administracion, el arreglo posible de la Hacienda y la observancia fiel del código fundamental de 1845.

No es mucho en verdad lo que hemos conseguido, y ya se van esterilizando los frutos de la que prometiéndolo ser una inmensa regeneracion, amenaza convertirse en una reforma liviana; pero aun así, todavia media mucha distancia del 28 de Junio al 17 de Julio, de la politica de O'Donnell á la politica de Espartero.

Otro resultado importante se obtuvo: los oficiales y soldados que en contestacion á su grito de ¡viva la Reina! recibieron el fuego de los soldados de la Reina, hicieron á esta señora responsable de la sangre que se vertió aquel dia por una causa que no debia ser la del trono constitucional, puesto que no era ni la de la libertad ni la del pueblo: ¡tambien entonces la hizo responsable la opinion, y tambien mañana la hará responsable la historia!

Lo es en efecto de haber servido de escudo á los hombres funestos y descreídos que con lisonjas, adulaciones y complacencias alcanzaban en Palacio el favor que les negaban los pueblos; lo es de haber cerrado los oídos á los clamores y á las quejas y á los avisos de muchos hombres, li-

berales, pero monárquicos; lo es de no haber depuesto sus afecciones de muger delante de sus deberes de reina; lo es de no haber despedido con ignominia á sus menguados consejeros, antes de consentir que se vertiese una gota de sangre de sus soldados.

Y para demostrar hasta qué punto anduvo Su Magestad obstinada y ciega y para ver qué calificaciones la merecieron los que ahora, acaso sobradamente generosos, se muestran sus mas ardientes defensores, bueno será copiar aquí como documentos históricos, algunos reales decretos que publicó *La Gaceta de Madrid*, en que se calificaba de traidores y desleales á los que hoy son tenidos por espejos de lealtad y escudos de la monarquía.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

REAL DECRETO.

La inaudita deslealtad del General D. Domingo Dulce, que abusando ingratamente no solo de su autoridad sino de la confianza que Me habia dignado dispensarle, ha conducido á la insurreccion á una parte de las fuerzas cuyas direccion le estaba conferida, debe ser tratada con todo el rigor de las leyes; Vengo pues en resolver sea exonerado el General Dulce desde ahora de todos sus empleos, honores y condecoraciones y borrado de la lista de los de su clase, sin perjuicio de ser juzgado con arreglo á ordenanza si fuere habido.

Dado en Palacio á veinte y ocho de Junio de mil ochocientos cincuenta y cuatro. =
Está rubricado de la Real mano. = El Ministro de la Guerra—ANSELMO BLASCA.

REAL ORDEN.

Excmo. Sr. : Desde el 22 de Febrero último, al tomar medidas excepcionales con motivo de lo ocurrido en Zaragoza, tiene dicho el Gobierno de S. M. que se halla decidido á sostener á toda costa el órden y las leyes. Esto mismo repite ahora que estalla otra rebelion militar; y para sofocarla, evitando que nadie la secunde ni auxilie á los que la han comenzado ó á los que en ella se mantienen, ha resuelto la REINA, de acuerdo con el parecer del Consejo de Ministros, lo siguiente:

1.º Manteniéndose en estado de sitio toda la Península é Islas adyacentes, la Autoridad militar reasumirá el mando de todo, y por consiguiente lo tendrá sobre los demás Jefes de los diferentes ramos del Estado.

150

2.º Se establecerán comisiones militares permanentes en las provincias donde no existieren ya.

3.º Dichos Tribunales juzgarán á toda clase de personas que atentaren, de cualquier manera que sea, contra el órden público ó que hablasen mal de las Autoridades constituidas, ó del Gobierno, ó de la sagrada persona de la REINA (que Dios guarde).

De Real órden lo digo á V. E. para su cumplimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 28 de Junio de 1854. =BLASER.=Sr. Capitan general de. . . .

REALES DECRETOS.

La desercion cometida en Febrero último por el Teniente General D. Leopoldo O'Donnell, Conde de Lucena, produjo Mi Real resolucion de 14 del mismo, dándole de baja en la lista y nómina de los Generales del ejército español. Los indicios entonces vehementes de su crimen de conspiracion contra el Estado son ya un hecho consumado, y el General O'Donnell, al levantarse ayer en abierta rebelion, ha probado su deslealtad y alevosía.

Doloroso es á Mi Real ánimo ver una y otra vez repetidos tristes ejemplos y castigos de Generales que Mi magnanimidad engrandeció para que guiaran al ejército por la senda del honor y no de las sediciones militares; mas por lo repetidos que son, y por el escándalo que producen, debe ser tanto mas inexorable la justicia; Vengo pues en mandar que D. Leopoldo O'Donnell, Conde de Lucena, sea exonerado de todos sus empleos, honores, títulos y condecoraciones, sin perjuicio de ser juzgado con arreglo á ordenanza si fuere habido.

Dado en Palacio á veinte y nueve de Junio de mil ochocientos cincuenta y cuatro. =Está rubricado de la Real mano.=El Ministro de la Guerra—ANSELMO BLASER.

Habiendo dispuesto por Mi resolucion de 15 del presente mes que el Mariscal de Campo D. Félix María de Messina pasara á la ciudad de la Coruña en situacion de cuartel, y este General eludido por la fuga la obediencia á mis mandatos para tomar parte criminal en el día de ayer con los sublevados; Vengo en resolver sea exonerado de todos sus empleos, honores y condecoraciones y borrado de la lista de los de su clase, sin perjuicio de ser juzgado con arreglo á ordenanza si fuere habido.

Dado en Palacio á veinte y nueve de Junio de mil ochocientos cincuenta y cuatro. =Está rubricado de la Real mano.=El Ministro de la Guerra—ANSELMO BLASER.

Vengo en exonerar al Teniente general D. Antonio Ros de Olano de todos sus empleos, honores y condecoraciones, y en disponer sea borrado de la lista de los de su clase, sin perjuicio de ser juzgado con arreglo á ordenanza, si fuere habido, como



D^o FRANCISCO SERRANO



D^o FELIX MARIA DE MESINA

reo del crimen que ha cometido al abandonar sus banderas, uniéndose á los sublevados.

Dado en Palacio á veinte y nueve de Junio de mil ochocientos cincuenta y cuatro. = Está rubricado de la Real mano. = El Ministro de la Guerra ANSEMO BLASER.

REALES ORDENES.

Excmo Sr.: Por la comunicacion de V. E. de esta fecha se ha enterado S. M. con mucha satisfaccion del leal comportamiento del Capitan graduado Teniente de caballería de la Guardia civil D. José Palomino, Jefe de la línea de Aragon, situado en Torrejon de Ardoz, que ha resistido las enérgicas sugerencias que le han hecho los Jefes de las tropas de caballería que salieron sublevados de esta corte, y que ha tenido la firmeza, sagacidad y sangre fria suficientes desde la prision en que le constituyeron, no solo para resistir el seguir la bandera de la revuelta, sino avisar á los puntos inmediatos para dar á V. E. conocimiento de lo ocurrido; y S. M., al mismo tiempo que ha tenido á bien promover á este Oficial al empleo de Capitan de caballería, y que se le inscriba en el turno de eleccion del cuerpo en recompensa de su lealtad, se ha servido disponer se haga público este proceder en la GACETA oficial.

De Real órden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 29 de Junio de 1854. = BLASER. = Sr. Inspector general de la Guardia civil.

La REINA (Q. D. G.) se ha servido tambien conceder el empleo de segundo Comandante de infantería al Capitan del regimiento de Extremadura D. Miguel Fernandez y Saucha en recompensa de su lealtad y del servicio prestado en la mañana del día de ayer, hallándose de Jefe de la guardia de prevencion, al evitar que tropas del indicado regimiento fueran sacadas á la fuerza para unirse á los sublevados, servicio del cual ha resultado herido.

La Autoridad superior militar de esta provincia, publicó ayer los siguientes documentos:

AL PUEBLO DE MADRID.

El Director general de caballería D. Domingo Dulce poniendo por obra los planes de conspiracion con que hace tiempo se estaba comoviendo sordamente la tranquilidad pública, y formando bajo pretexto de maniobras tres regimientos del arma, cuya direccion le estaba confiada, ha salido de la capital en la madrugada de hoy, junto con un batallon de infantería que debia marchar á relevar destacamentos. Al noticiar el Gobierno oficialmente al público esta escandalosa selicion, á la que parece se

ha unido algun otro General, le alienta la confianza no solo en la lealtad de las tropas de la guarnicion que han permanecido fieles, sino en la sensatez del pueblo de Madrid extraño á tan vergonzoso crimen.

En estos momentos y por doloroso que sea presentar en su desnudez á los ojos del pais y de la Europa tan negro ejemplo de ingratitud y deslealtad, no vacila el Gobierno en apelar con noble confianza al buen sentido y pundonor del pueblo de Madrid: que cada cual como hombre honrado ponga la mano en su pecho y sentirá el horror que inspira la conducta de una Autoridad que cubierta con la confianza misma que en ella se deposita y abusando del influjo que su posicion le da, mina cautelosamente y pervierte el espiritu de sus subordinados para arrastrarlos con los ojos vendados por la subordinacion al último atentado contra las leyes mas sagradas.

El pueblo español está bastante experimentado en revoluciones para no conocer que un movimiento inaugurado por semejantes hombres y con semejantes medios, mal puede conducirle al desarrollo progresivo y al completo afianzamiento de su libertad y bienestar.

El Gobierno, apoyado en la fidelidad de las tropas y en la lealtad del pueblo, tiene completa confianza, en que esta obra de iniquidad no prevalecerá y será prontamente castigada, sin que el vecindario de Madrid tenga motivos mas que para felicitarle de su juiciosa conducta; pero si algun desgraciado intenta para su perdicion alterar la pública tranquilidad en estos momentos, tenga entendido que el Gobierno será inexorable en este punto.

Madrid 28 de Junio de 1854.—Juan de Lara.

V.

Alejóse la division en Vicálvaro, y aunque no se creia que los enemigos llegasen á atacarla, tomáronse todas las disposiciones necesarias á la seguridad del campamento. Una circunstancia recordamos que acredita la precipitacion con que emprendieron su retirada las tropas *victoriosas* del general Lara: segun se supo despues, dos cañones quedaron abandonados en el campo de batalla, y permanecieron alli toda la noche, siendo recogidos al dia siguiente por fuerzas del Gobierno.

Los generales celebraron aquella noche una junta, de la cual, como de la expedicion del Sr. Borrego, daremos algunos pormenores en el capítulo inmediato. Acordóse en ella tomar el camino de Aranjuez, y así se verificó como á las dos y media de la mañana siguiente.

Volvamos ahora á Madrid, y veamos la fisonomía que presentaba la poblacion durante el combate que estaba resolviendo del otro lado de la puerta de Alcalá la continuacion en el mando de los hombres advenedizos y miserables que habian organizado el escándalo, la crápula y la inmoralidad bajo la aparente forma de un gobierno, ó la reconquista de nues-

tra dignidad nacional ultrajada diariamente en nombre de la Reina, y de nuestros derechos y libertades mutilados y escarnecidos. Un público numeroso habia bajado por la mañana temprano á examinar, lleno del mas vivo interés, el aspecto de las escasas tropas, que formadas en el salon del Prado, esperaban la orden de marcha: ese mismo público, dividido en varios corrillos, hacia á la vista de aquellas tropas, mil variados comentarios y conjeturas sobre el desenlace de aquel drama, en cuyo prólogo, que acababa de terminar, habian hecho los ministros burlados, la Reina con su entrada sepulcral y su revista silenciosa, con su proclama escrita en una gerigonza tan poco parecida al habla castellana, y con los decretos de la Gaceta, un largo y ridiculo papel de *caudeville*.

Cuando se divulgó entre aquellos grupos de buenos españoles, que el invicto conde de Vistahermosa se pondria á la cabeza de las tropas, la seriedad con que habian empezado algunos á mirar el formidable aparato de los trenes de artillería desapareció repentinamente, y la chunga y el epígrama, y las pullas y la risa se apoderaron del ánimo de todos, formándose inmediatamente la opinion general de que, si divertido habia sido el prólogo que acababa de pasar, no prometia serlo menos el segundo acto de la comedia política, en el cual iba á estar encargado del papel de bufon el celeberrimo conde.

El sitio donde esperaba la division libertadora, que se creia fuese el de Torrejon de Ardoz, venia á reforzar esta opinion que corria de boca en boca formulada en esta frase: «Esas tropas salen á recoger los recuerdos históricos de los campos de Torrejon.»

El desaliento que revelaban en su semblante los soldados, no por falta de valor, como mostraron despues, sino porque salian obligados por la disciplina á cruzar sus armas con soldados vestidos con el mismo uniforme, con camaradas con quienes habian comido juntos dos dias antes; era tambien, á juzgar de los observadores, otro síntoma evidente del desenlace pacífico y burlesco con que se pronosticaba terminaria la funcion.

«Los cañones servirán para hacer las salvas en el momento de los abrazos» decian los chuscos, y entretenido aquel concurso en formular sus juicios y pronósticos con esa gracia picante tan propia del carácter español, vió con indiferente desconfianza la marcha de los regimientos ilusos, que instrumentos de la impudencia de un gobierno rapáz y degradado, iban sin saberlo ni creerlo ellos mismos, á derramar su sangre y la de sus hermanos.

Apenas salió la columna por la puerta de Alcalá, se replegaron los grupos hácia las inmediaciones del Café Suizo, donde los forjadores de noticias, yendo y viniendo continuamente, sostenían la animación febril y la lucha de esperanzas y temores que mantuvieron los espíritus en una indefinible inquietud hasta que sonaron los primeros estampidos del cañón.

La inquietud convirtiéndose entonces en asombro: la ligereza de las conversaciones tornóse en seriedad; pintóse la admiración en todos los semblantes, y la impresión en los primeros momentos fué tan honda y profunda cuanto inesperada era aquella peripecia.

Pasados los primeros momentos una secreta alegría se apoderó de todos los corazones: dentro del mismo Café Suizo y en presencia de la policía, rompió todo el mundo en improperios contra el Gobierno. La indignación y el furor estallaron en todos los pechos; nadie podía comprender cómo había llegado la ceguera de las tropas fieles á una cuadrilla de bandidos hasta aquel punto: las manos se crispaban de ira, buscando armas con que secundar el denodado arrojo de los bravos que presentaban sus cuerpos á la metralla inicua que venía á coronar la obra de los bandidos, que después de haberse revuelto en el cieno del libertinaje durante su dominación, querían caer revolcándose en la sangre de sus conciudadanos. Creyóse sin embargo, á causa del vivo deseo que devoraba á todos de que cayese pronto el miserable ministerio, que la columna que había salido de Madrid sería arrollada: tan arraigada estaba esta esperanza, que en los intervalos en que cesaba el fuego del cañón, empinábanse las gentes situadas en la parte más alta de la calle, y levantaban la cabeza imaginándose ya divisar por el camino de Zaragoza los escuadrones victoriosos que venían á recibir los abrazos de un pueblo entero.

Pero hubo un momento en que el júbilo se apoderó de todos los ánimos, la alegría se retrató en todos los semblantes, estrecháronse las manos, y creyóse por todas las buenas gentes que ocupaban las avenidas del Café Suizo, que la inicua dominación de los escamoteadores de los derechos del pueblo y de los tesoros de la nación, se había hundido para siempre: fué este cuando ya cerrada la noche aparecieron en la puerta de Alcalá, en confuso tropel y corriendo en el mayor desorden hácia el centro de la población, los regimientos de infantería de la columna del Gobierno: este desorden, esta huida precipitada, unida con las últimas detonaciones de la artillería, que sonaron casi al mismo tiempo en las inme-

diaciones de la puerta, hizo pensar á la entusiasmada muchedumbre situada en la calle, que las lanzas de los valientes de Vicalvaro venian rozando las espaldas de los defensores del Gobierno.

Pero bien pronto se disiparon tan lisonjeras esperanzas, y trocóse el júbilo en desesperacion, cuando á poco de haber pasado por delante de los grupos las tropas desordenadas, se supo que esta confusion habiala ocasionado la presencia de unos cuantos caballos de Villaviciosa, que despues de haberse pasado á la division libertadora en el auge de la pelea, cuando aquella emprendió la retirada, volviéronse en busca de la columna de Madrid: llegaba esta á la sazón cerca del edificio de la Plaza de Toros, cuando al ver aparecer los restos del escuadron con los caballos tendidos al galope y los ginetes con las lanzas enristradas, tan poco segura venia en su fingida victoria, que sin reparar en el pequeño número, hizo sobre ellos y azoradamente unos cuantos disparos de cañón.

Y ahora que tocamos este punto, haremos una reflexion que nos ocurre en este momento, y es, que si bien la actitud en que se presentaron los caballos de Villaviciosa, y la oscuridad de la noche, justifican hasta cierto punto el fuego que sobre ellos hizo la artillería precipitadamente, esto no disculpa en modo alguno el vergonzoso desorden y la repentina desorganizacion que se declaró en la columna defensora del Gobierno; cuando la sola consideracion de encontrarse en las puertas de la capital y en presencia de un pueblo entero debiera haberles dado aliento, no para sufrir con serenidad la presencia de un tercio de escuadron, sino para haber hecho frente á la division entera, y haber emprendido la retirada con dignidad y orgullo.

Lástima causaba, al leer al dia siguiente la Gaceta, el absurdo é insolente descaro del Gobierno, en querer pintar como victoriosas las tropas que habian entrado en la capital en la mas vergonzosa huida, huida que habia presenciado la poblacion entera, que si no los recibió á silbidos, fué porque tuvo consideracion á que eran españoles los que así se presentaban con las armas en la mano, y ciego y triste instrumento de una disciplina que intenta convertir el ejército en una máquina obediente á todas las tiranías. Cualquiera diria que las tropas volbian pesarosas y avergonzadas de haber derramado la sangre de sus hermanos por defender la causa de la prostitucion y del robo; tal era el desaliento que se pintaba en sus semblantes, y el influjo que á despecho de los gefes ejercia la opinion pública en el ánimo de los soldados.

156

Pero lo que verdaderamente hizo reír á todos, en medio del enojo silencioso que se habia apoderado de los ánimos, fué la entrada sainelesca, con una lanza en la mano, el aire triunfante y el gesto de héroe de entremés, del invicto conde de Vistahermosa.

El pueblo inmediatamente, con ese instinto picante de nuestro carácter, le bautizó con el apodo de Longinos: los epigramas mas agudos y los dichos mas ingeniosos llovieron por todas partes sobre el bravo guerrero: entre otros el de una dama de la aristocracia, tan célebre por sus escándalos como por su hermosura, fué saladisimo y picante, y sentimos que el carácter de esta obra no nos permita consignarle aqui; aunque para que nuestros lectores puedan formar una idea de él, indicaremos que fué con ocasion de murmurar varios amigos del conde, de la inmerecida recompensa que le habian dado á este concediéndole el grado de teniente general: la dama entonces, con su natural desenvoltura, recordó á los que murmuraban, que aquel hecho de armas habia sido el primero del agraciado, y que, en la guerra como en el amor, las primicias se pagan siempre mas caras.

A este dicho y á otros dió ocasion la primera hazaña militar del Conde de Vistahermosa. ¿Quién habia de decirle que la conquista de aquella lanza, tan trabajosamente alcanzada, habia de ocasionarle el incendio de sus muebles y de sus alhajas, y, lo que le causó dolor mas acerbo, la pérdida de sus pergaminos de nobleza, que es fama que se atrevió á devorar el incendio, ni mas ni menos que si hubiesen sido el mas vil de los papeles?

VI.

Parécenos esta ocasion á punto de entrar de frente en el exámen de un hecho que no dejó de causar estrañeza en algunos y aun indignacion en otros, si bien á nosotros nos parece lógico y como engendrado por la fuerza misma de las cosas; hablamos de la actitud del pueblo de Madrid durante el combate de Vicálvaro.

Tiene, en efecto, á primera vista, ciertas apariencias de raro, que el pueblo de Madrid, que ya tenia hechas en ocasiones menos propicias y solemnes, sus pruebas de arrojo y de valentia, permaneciese ahora en esa actitud espectante de los pueblos envilecidos por la corrupcion ó fatigados por el cansancio, que miran con indiferencia las luchas que se suscitan por su causa, sin tomar parte en ellas á no ser con el deseo, y aguardando el

trance decisivo para obedecer al vencedor, como aquel para quien la libertad es bien de tan poco precio que casi prefiere á su posesion la tranquilidad que le resulta de vivir esclavo. La situacion no podia ser mas á propósito, y pocas veces hubo motivos mas grandes y fundados para un levantamiento popular: por espacio de muchos años, y singularmente desde el ministerio presidido por Bravo Murillo, se habian venido sucediendo en el mando hombres funestos ó insignificantes todos en su sentido politico, despreciables la mayor parte en su sentido moral, que divorciados completamente de todos los verdaderos partidos á quienes habian ido cerrando las puertas de la tribuna y de la prensa, eran una amenaza constante para las instituciones, como representantes de la politica *del golpe de estado* y un insulto vivo á la moralidad, como encarnacion del sistema de los empréstitos, de las concesiones y de los ágios. Sin apoyo en el pais, combatidos por los partidos que de muy antiguo eran sus enemigos naturales, despreciados por el partido conservador, que los rechazaba de su seno como á hijos prostituidos y malditos, sin otro sosten que el favor que sus malos medios y el ayuda de la eterna causadora de nuestros males les habian alcanzado en Palacio, y en medio de todo esto, sin haber intentado ni una reforma saludable en el órden económico y administrativo, sino antes bien irritando cada dia con nuevas cargas al pueblo, de cuyo abrumado bajo el peso de los antiguos impuestos, natural cosa parecia que una vez que se hubiesen levantado los pendones de la insurreccion, se agitasen enardecidos los gérmenes ocultos del universal descontento, y estallasen en toda su violencia al amparo de la primera ocasion favorable.

Y que la presente lo era, no hay motivo para ponerlo en duda: la division libertadora á dos leguas de las puertas, las tropas de la guarnicion harto ocupadas en hacer frente á los pronunciados, para pensar en la defensa de la ciudad que quedaba así á merced del pueblo, todas las circunstancias, en fin, incitaban á un movimiento enérgico y poderoso.

Y sin embargo no hubo este movimiento, y la poblacion, que simpatizaba con los sublevados y deseaba su triunfo, se mantuvo en su actitud silenciosa aunque agitada, cuando es lo cierto que cien hombres resueltos que se hubiesen arrojado á las calles habrian podido hacerse dueños de Madrid y aun por ventura resolver la cuestion en los primeros momentos: los motivos de que tal cosa no aconteciese son lógicos y bien conocidos de todo el mundo. El manifiesto y alocuciones que se repartieron á la salida

de las tropas no eran bastante esplicitos, pues si bien en ellos se censuraba enérgicamente la situación y se condenaba la conducta de los ministros, no se fijaba del todo una nueva marcha de gobierno, ni se hacían tales promesas y tan esplicitas, que satisficieran las exigencias de la opinión y la alentasen á tomar parte en aquella lucha tan arduamente comenzada. Públicamente se decía, aun por aquellos que más inclinados se mostraban en favor del general O'Donnell, que no tenía aquel movimiento las apariencias de una revolución política, sino los aires de una insurrección militar, con tendencias á producir una ligera reforma: muchos, juzgando más mezquinamente, llegaban hasta á decir que los generales al salir al campo lo habían hecho inducidos de sus intereses privados y de sus odios personales, y con el objeto, no de ocasionar una mudanza en las cosas de la gobernación del estado, sino de llevar un cambio de personas á las sillas ministeriales.

Estas voces, rumores y comentarios, que de buena fé iniciaban muchos, y otros maliciosamente esparcían por todas partes, se infiltraron de modo en el ánimo de las masas, que en la duda del fin á que se enderezaba aquel alzamiento, no quería el pueblo tomar cartas en un juego en que de cierto aventuraba mucho, sin tener seguridad de ganar nada.

El estaba necesitado de una administración decente y moralizadora y de muchas mejoras materiales, y algo de eso se le ofrecía; pero engañábanse grandemente los que imaginaban que solo llevado de estos impulsos había de levantarse y que no era menester recordarle ideas de libertad y de igualdad políticas, que sin duda por viejas y desusadas debía tener en olvido: solo á virtud de la idea política se hacen los movimientos grandes y generosos, y desdichado del pueblo á quien no levanta sino el grito de interés, y permanece tranquilo ante la voz de la razón y del derecho! Porque bien puede decirse entonces que ha muerto para todas las nobles aspiraciones y todos los pensamientos levantados que engrandecen el alma humana! ¡bien se puede llorar por él, porque ya no vive con la vida del sentimiento y de la idea, porque ha sacrificado la dignidad en los altares del egoísmo, porque se ha marcado á sí mismo con el sello de la degradación, y ha manchado en el fango de los deleites la frente que debía levantarse al cielo purísimo de la inteligencia, y ha querido dormir en paz el sueño tranquilo del envilecimiento, mejor que fatigarse en seguir la senda por donde progresa la humanidad, arrastrada por la ley inexorable de su destino!

Por dicha suya, aun no se hallaba sujeto el pueblo español á tales y tan miserables condiciones; aun no habia perdido la idea de su razon de ser, y conservaba casi vivas las nociones de su conciencia: muchos y muy grandes esfuerzos habian hecho para matar en él los gérmenes de la actividad y los elementos de la vida, esos altos politicos que se decoran con el nombre de moderados; pero no habian llegado á alcanzar un éxito completo, porque no fueron poderosas sus malas artes á apagar la llama de la fé que alienta el corazon de las sociedades, ni la luz divina de la esperanza que en las noches de lobreguez y de tristeza divisan los pueblos oprimidos como la aurora del dia de su libertad y su ventura!

Y por esto fué por lo que le parecieron pocas las promesas que se le hacian, y por lo que dió fácil crédito á los que atribuian mezquinas intenciones á los gefes del alzamiento de Junio: estos, por mas que en los últimos meses hubiesen hecho una oposicion esforzada y constante á la politica reaccionaria, eran hombres todos que habian militado siempre en las filas del partido conservador, y que no podian ganarse por un acto atrevido de iniciativa, la confianza del partido liberal, ni hacer olvidar, con los hechos laudables de un momento, sus antecedentes de muchos años. El pueblo habia sufrido tanto, que tenia un derecho innegable á ser desconfiado: si en vez de ser O'Donnell, Ros de Olano y Messina (porque Du'ce no tenia gran significacion política) los que levantaron la bandera de la insurreccion, hubiera sido el Duque de la Victoria, habrian estado demás los programas, porque eran bastantes el prestigio y la confianza de su nombre; pero ya que en aquellos no concurría tal circunstancia, estaban en el caso de decir esplicita y públicamente su pensamiento, sin que bastase que privadamente se lo manifestasen á algunos, y menos con la fórmula vaga de que se llegaría tan lejos como fuera preciso, porque si esta explicacion podia satisfacer á quien la oyese, ni se le dió en un manifiesto al pais, ni creemos que este se hubiera contentado tampoco. Como quiera, aquel silencio sobre los puntos mas importantes del derecho político, la falsa noticia que se tuvo de que ni aun se admitian paisanos en las filas de la division libertadora, la natural desconfianza del partido avanzado hácia hombres á quienes no podian acostumbrarse tan pronto á considerar como amigos, el deseo de no moverse sino para derrocar todo el sistema de los once años, y la conviccion de que en los momentos aquellos solo se pretendia dar en tierra con la fraccion mas reaccionaria del partido moderado, dieron á aquel suceso el aspecto de una lucha entre diferentes

160

fracciones del partido conservador, en la que nada tenía que ver el pueblo, puesto que no había de ventilarse en ella ninguno de sus mas altos intereses.

La actitud del pueblo está, pues, justificada: si O'Donnell hubiera dado en Alcalá la proclama que publicó en Manzanares, se habría arrojado en Madrid el 30 de Junio el grito formidable que resonó en la noche del 17 de Julio.

CAPITULO VII.

—

La division libertadora despues del combate de Vicálvaro.—Conferencias de los generales.—Diversidad de pareceres.—Marcha á Aranjuez.—Actitud de los pronunciados en dicho punto.—Mision amigable del brigadier Santisteban.—Revelaciones.—Manifestacion de los generales.—Programa politico.—Despedida de Santisteban.—El parte del administrador de rentas de Aranjuez.—Rectificaciones.—Comentarios.—Ofrecimiento posterior de retractarse hecho por el administrador al Sr. Leon y Medina.—Comité de Madrid.—Su objeto.—Comision de Pinedo.—Su entrevista con el general O'Donnell.—Salida de los pronunciados de Aranjuez.—Su llegada á Tembleque.—Compañias de la guarnicion de Toledo.—Pequeña avanzada destacada sobre esta ciudad.—Presentacion de Lallana y otros patriotas.—Marcha de la columna en direccion á Manzanares.—Fisonomia de la capital.—Situacion artificial creada por el Gobierno.—Los partes de este y los bandos de Quinto.—Rasgos caracteristicos de la agonía del bando polaco.—Trabajos del comité.—El centro progresista.—Pónese de acuerdo con el moderado.—Envio de armas.—Esfuerzos unidos de ambos comités.—Significacion politica de esta union.—Actitud del pueblo.—Ballesteros y el Sargento Arias.—Plan de ambos.—Reflexiones sobre los trabajos de los centros conspiradores.—Servicios prestados por D. Andrés-Borrego.

I.

Dejamos en el capitulo anterior á la division libertadora alojada en el pueblo de Vicálvaro y descansando del sangriento combate tenido en sus campos: pasaron sin embargo los valientes generales parte de la noche conferenciando sobre el plan de marcha que debia adoptarse al dia siguiente. Unos opinaban por volver á tomar el camino de Zaragoza para penetrar en Aragon cuyos pueblos era de esperar que fieles á sus antiguas tradiciones se levantaran en masa á la vista de las tropas que tan bizarramente habian enarbolado el hollado estandarte de la libertad; llegar en rápidas marchas hasta la invicta Zaragoza y constituir esta ciudad en base de operaciones. Ocupada Zaragoza, decian, por un ejército lleno de

entusiasmo y ardimiento, cuya causa era la de la nación entera, cundiría la sublevación fácilmente á Cataluña y el gobierno de Madrid tendría que abandonar espantado las arcas del erario ante el aspecto del Principado.

Este plan tenía entre otros los inconvenientes de que alejándose la división de la capital al día siguiente de la batalla, hubiera parecido como que emprendía la retirada, lo cual habría venido á dar visos de verdadera á la situación artificial que el ministerio en su loca obstinación trataba de crear, presentando como una victoria completa el desastre de Vicálvaro.

Además era altamente imprudente retirarse de la vista de la capital sin recibir noticias del estado de los ánimos, y sin saber siquiera si durante la jornada del 30 se había intentado alguna manifestación contra la agonizante tiranía, en los barrios sobre todo de la plaza de la Cebada donde se habían hecho algunos trabajos.

Y luego que si la expedición sobre el principado se malograba y era necesario emprender la retirada, la que las tropas tenían que buscar por aquella parte estaba erizada de dificultades materiales y morales, pues no había otra que la de replegarse hácia la frontera de Francia.

Así pues, que el parecer que desde luego prevaleció por más acertado y juicioso fue el de encaminarse á Aranjuez, hacer alto allí, poner el Tajo por medio entre las tropas del Gobierno y las de la columna libertadora, ocupar los puentes y esperar en dicho pueblo noticias de Madrid y adquirirlas en dos ó tres días de toda España. Las ventajas que este plan llevaba al anterior, saltaban de tal manera á la vista, que fue desde luego preferido sin vacilación de ningún género. Permaneciendo la columna en las inmediaciones de Madrid, prestaba un apoyo moral incalculable á cualquier movimiento que se intentara en la capital, se destruía además la situación artificial creada por el gobierno á fuerza de impudencia, y las provincias al día siguiente de recibir el parte del ministerio dándoles pomposamente cuenta de su soñada victoria, recibirían también noticias de la actitud amenazadora de las tropas libertadoras estacionadas con la mayor calma en Aranjuez.

Con la mayor regularidad y como si se tratase de una marcha ordinaria en tiempo de paz, salió la brillante columna en la madrugada del 1.º de Julio del pueblo de Vicálvaro, dirigiéndose la caballería por la carretera de Valdemoro á Aranjuez, y la infantería por el camino de hierro, que fue inutilizado en seguida. Hicieron allí alto y alojáronse las tropas con la

mayor tranquilidad en los cuarteles; la oficialidad en las fondas, y en la de Perona los generales, el estado mayor y los coroneles y demas gefes superiores.

El dia 2 se presentó el brigadier Santisteban comisionado por el gobierno para entrar en negociaciones amistosas con los ilustres caudillos del alzamiento. Manifestóles que les hablaba en nombre de la reina, la cual estaba, segun aseguró Santisteban, llena de amargura por la sangre que habia corrido en Vicálvaro; que ella habia querido salir antes de que se empuñase la accion con el objeto de evitarla, pero que los ministros se habian opuesto á tan laudable pensamiento. ¡Ellos quisieron en su ciega obcecacion, que la sangre de Vicálvaro, al caer sobre sus cabezas, salpicase tambien al tronol Dijoles por fin, que su objeto era saber el pensamiento político y las aspiraciones de los pronunciados. En la larga conferencia que entabló con los generales, manifestáronle estos los nobles sentimientos y las causas poderosas que les habian movido á levantar la bandera de la insurreccion, para salvar las instituciones patrias del abismo adonde la iban arrastrando los últimos consejeros de la corona.

Entregáronle por fin un programa político cuyas bases, al decir de personas bien informadas, eran las mismas que las que se fijaron en el manifiesto de Manzanares. Partió Santisteban á la madrugada del dia siguiente, y los generales al despedirse de él le indicaron que ellos á jornadas naturales caerian en Manzanares del 7 al 8: que iban dispuestos á no combatir hasta llegar á aquel pueblo, pero que una vez alli, si se les presentaba la batalla, no serian ellos quienes la rehusasen; que en Manzanares harian alto y esperarían la contestacion de la reina.

No debió gustarle mucho á esta ó por mejor decir á los ministros, el programa que trajo Santisteban, cuando por única contestacion salió en su seguimiento una columna con el invicto Blasser y el bufon de Vista-hermosa á la cabeza, verdad es, que con encargo sin duda, por lo que despues se vió, de seguirles la pista sin darles nunca alcance.

Y ya que llegamos á este punto, pondremos en claro las falsedades y absurdas invenciones que en un documento que apareció por aquellos dias en la Gaceta, y que todo el mundo abandonó al desprecio, se imputaron al intendente de la division y á los generales por un administrador de rentas de Aranjuez al dar cuenta al gobierno de los fondos que habia puesto en manos del Sr. Leon y Medina.

En el tal documento que á continuacion insertamos, hay tantos de-

nuestros, tantas calumnias como palabras: el infeliz que lo suscribió, creyendo sin duda que la columna libertadora iba ya en derrota, trató de ascender quizás en su carrera, lanzando sobre la frente de los que él suponía vencidos, unas cuantas cándidas injurias y despreciables acusaciones.

He aquí el manifiesto sobre el cual vamos á hacer algunas rectificaciones por mas que las creamos inútiles.

MINISTERIO DE HACIENDA.

El Director general de Rentas estancadas en oficio fecha 6 del actual dice á este Ministerio lo siguiente:

»Excmo. Sr. : El Administrador principal de Hacienda pública de esta provincia, con fecha de ayer, manifiesta á esta Direccion general lo que sigue:

»Ayer á hora bastante avanzada de la noche recibí un oficio del Administrador subalterno de Aranjuez, de fecha del mismo dia, en que dice lo siguiente:

»Las tropas sublevadas que entraron en este pueblo el dia 1.º allanaron con fuerza armada esta Administracion, á las doce de la mañana, y en la hora del despacho; y apoderándose del libro de la caja, me hicieron entregar el dinero que habia, bajo la órden del Sr. O'Donnell, á cuya presencia fui conducido al anochecer del mismo dia: al siguiente, el 2 á las seis de la mañana, se presentó un Ayudante y me condujo ante un tal D. Leon Medina, denominado Intendente, y me previno que era preciso entregase mas dinero: insistí en que nada podia dar, pues los valores de Junio los habia entregado y presenté el finiquito, y esto me salvó; pero haciendo comparecer á los estancieros, les obligaron con amenazas y violencias á que llevasen cada uno, no fiándose de mí, 2000 rs., importe de la saca de tabacos que despues han verificado, y que se me obligó á darles.

»En este estado, y en el mismo dia, fui nuevamente conducido por Ayudantes, y se me exigió el libro para saber la existencia de tabacos: despues de verla me hicieron un pedido que fue preciso entregar, sin que bastara á impedirlo las reclamaciones que hice, y el manifestar que los soldados no necesitaban tabaco, puesto que lo traian de Alcalá y lo estaban vendiendo públicamente en las calles: se me amenazó y contestó que cumpliese lo que se me mandaba. Se entregó el tabaco que manifiesta la adjunta nota, y fué mucha parte vendido por los soldados á los paisanos del pueblo á menos precio, en términos que los estancos hace tres dias no venden picado, cigarros mistos ni comunes. En el mismo dia, y cuando ya creí habian cesado las exigencias, á las doce de la noche se presentó un alguacil con órden del referido señor para que inmediatamente entregase ocho cajones vacios para los regimientos de caballería: manifesté que no los tenia, y la contestacion fué venir doce soldados, un sargento y el alguacil para que los entregase, en cuyo caso fué preciso vaciar cajones de tabaco y entregarlos: así concluyó el dia 2.

»El dia 3 no fui llamado á pesar de que se me dijo se intervendria la venta de la

sal, y que á las tres llevase el dinero recaudado: nadie se ha presentado, ni yo he llevado el dinero.

»El 4 al amanecer salió toda la caballería con los cuatro Generales, dejando tropa de infantería para cubrir todos los caminos, sin permitir que nadie saliese. Para poder en algun tanto poner á cubierto los intereses de la Hacienda, se han llevado los estanqueros el tabaco que han podido contener en su casa. En cuanto á las entregas que se han hecho, tanto de dinero como de tabacos, puede conseguir el que fuesen presenciadas por el Sr. Alcalde y escribano del Ayuntamiento, que á su tiempo me darán el oportuno testimonio para acreditarlo. Hasta este momento, que no hay tropa en la poblacion, no me ha sido posible mandar á V. S. noticia ninguna, pues toda la correspondencia la retenian y revisaban escrupulosamente. Es cuanto puedo manifestar á V. S., acompañando copia de la nota del dinero y efectos que la tropa sulevada ha sacado de esta Administracion.

Dicese en él que fué llamado á presencia de los generales y amenazado para que entregase todas las cantidades que tenia bajo su custodia: lo que únicamente pasó, fué que Leon y Medina le mandó llamar y le preguntó por los fondos que existian en su poder, y él no contento con manifestársele sin violencia ninguna, le dijo además los que podrian facilitarle el administrador de loterías y el de la sal, pues aunque este último se habia fugado habia dejado sin embargo treinta mil reales en su casa.

Leon y Medina le dijo entonces que le indicase qué clase de resguardo queria; si le bastaba un simple recibo ó si preferia un testimonio de la entrega ante escribano público: el tan veraz administrador de rentas, optó por el testimonio, y en efecto se estendió asi cuando le entregó los fondos.

Hubiérale bastado al bueno del administrador cubrir su responsabilidad ante el gobierno presentando el testimonio, pero, acaso la ambicioncilla de medrar á costa de reputaciones que estaban demasiado altas para que pudieran alcanzarlas las calumnias de un empleado polaco, le cegó hasta el extremo de inventar tan injurioso y despreciable documento.

Posteriormente hemos sabido por conducto fidedigno que al ser honrado justamente el Sr. Leon y Medina con el puesto de Director de estancadas, se le presentó el administrador de Aranjuez ofreciéndole retractarse por medio de la prensa, de cuanto habia dicho en el famoso documento, y llevando ya la retractacion escrita: el Sr. Leon y Medina no quiso aceptar este acto incalificable que hace el retrato acabado del *ambicioso* administrador de rentas.

Mientras esto pasaba seguian los ilustres generales esperando con la

mayor impaciencia noticias de Madrid y de las provincias para combinar sobre ellas su plan de marcha.

En la capital habia quedado un comité compuesto ostensiblemente de los estimables jóvenes D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Gabriel Tassara, el Marqués de la Vega de Armijo y el Sr. Fernandez de los Rios: su encargo, al mismo tiempo que organizar un movimiento en union con algunos progresistas, de cuyos trabajos nos ocuparemos mas adelante, movimiento que no pudo organizarse tan pronto como esperaban los vencedores de Vicálvaro por insuperables dificultades contra las que se estuvieron estrellando constantemente el arrojo y el patriotismo de dichos señores; era tambien el de mantener en su ardiente agitacion la opinion pública; combatir las mentiras oficiales del Gobierno, que en aquellos dias llevó su cinismo hasta el último estremo, y tener á los gefes de la division libertadora al corriente de todas las maniobras secretas del Gabinete; enterarles anticipadamente de las fuerzas que salian en su seguimiento; de los chismes, intrigas y cábalas de la calle de las Rejas, y ejecutar cuantas órdenes recibieran de los bizarros restauradores de nuestras instituciones.

Uno de los jóvenes que salieron comisionados por esta junta para comunicar á los generales noticias interesantísimas sobre el estado de la opinion y sobre algunas secretas evoluciones del ministerio, fue D. Manuel Ortiz de Pinedo.

Jóven de probados antecedentes liberales y unido por los lazos de una antigua y estrecha amistad con Cánovas y con el autor de las presentes páginas, habia estado desde mucho tiempo antes de que estallara iniciado en algunos secretos de la conspiracion; invitado por el comité para desempeñar una comision que no dejaba de ofrecer serios peligros en aquellos dias, la aceptó con sumo gusto, y el dia 2 por la noche salió de la corte dirigiéndose á Toledo para marchar desde allí á Villasequilla y bajar desde este punto á Aranjuez; pues todo este rodeo era necesario en aquellos momentos para desarmar la suspicacia de la policia.

Llegó el 3 por la noche á Aranjuez: introducido por el Sr. Messina en la alcoba donde dormia á la sazón el valiente general O'Donnell, halló á este descansando con la misma tranquilidad con que hubiera podido hacerlo en su casa en medio del sosiego de su familia y despues de una partida de caza: explicó al general los motivos que en concepto del comité y del suyo habian hecho que no estallara todavia un movimiento en la capital; le manifestó con franqueza la impaciencia y la necesidad, cada momento mas



DR. ANTONIO ROS DE OLANO.



DR. DOMINGO DULCE.

apremiante, que el público tenía de que los ilustres generales revelasen su pensamiento político con mas claridad que lo habían hecho hasta allí en unos documentos demasiados parlamentarios, y le pintó por fin la situación artificial que el gobierno había llegado á formar, mintiendo descaradamente en la Gaceta, en las comunicaciones mandadas á las provincias, circulando todo linaje de patrañas y fingiendo un valor ridículamente fanfarron, que aunque provocaba á risa á todo el mundo que sabía el miedo que les helaba los tuétanos, no dejaba de producir efecto en los indiferentes y en los cándidos.

El bizarro general, despues de escucharle con la mayor amabilidad y de conversar con él un largo rato, le dijo que el pensamiento político de los hombres que habían salido á jugarse sus cabezas en los campos de Vicálvaro, era el mismo pensamiento generoso y grande que los había animado cuando empezaron su combate parlamentario en el Senado; que el programa político de la division, no tardaría tres dias en presentarse bajo formas mas claras y terminantes.

A la mañana siguiente (el dia 4) cuando empezaba apenas á alborazar, salió la caballería por el camino de Ocaña en direccion á Tembleque; O'Donnell y Messina iban á la cabeza á caballo, y Dulce y Ros de Olano en coche, por hallarse algo indispuestos; hicieron alto en la Guardia, y á la caída de la tarde cayeron en Tembleque; la infantería se quedó en Aranjuez á las órdenes del intrépido brigadier Echagüe, y subió despues de bien entrado el dia por el camino de hierro: las compañías de voluntarios hicieron su marcha por el mismo camino, y poco despues de haber llegado á Tembleque fue volado uno de los puentes que hay antes de llegar á Villasequilla, quedando la via por aquella parte completamente inutilizada.

Alojose la columna con la misma tranquilidad y casi descuido que en Aranjuez: los generales O'Donnell y Messina se hospedaron en casa del antiguo progresista Fernandez Alejo; á poco de su llegada fueron obsequiados con una serenata por las charangas de los regimientos de caballería; algunos quintos de los armados en Alcalá ocuparon de avanzada las avenidas del pueblo por la parte de Madrid, y toda la noche la pasaron las tropas descansando en las posadas, sin prevencion de ninguna género, que no parecia sino que se hallaban de guarnicion en una plaza.

Habíanse incorporado á la columna dos compañías de infantería que iban destinadas de guarnicion á Toledo, desde cuyo punto vinieron á Villasequilla y bajaron á Aranjuez á unirse con los pronunciados: estas compañías, al mando del capitán Periqué, informaron del buen espíritu en que

se encontraba el resto de las fuerzas de Toledo y de la impaciencia con que esperaban algunos de sus gefes una ocasion favorable para adherirse al alzamiento: en vista de esta noticias, se destacó una pequeña avanzada de caballeria y como dos columnas de infanteria para que se aproximasen á la ciudad con el objeto de que protegiesen el movimiento de la guarnicion si esta, al saber la aproximacion de las fuerzas sublevadas, se decidia á ejecutar una salida para incorporarse á ellas.

Este movimiento no produjo resultado ninguno, sin embargo de que la avanzada llegó hasta dar vista á la ciudad; pero la falta de concierto y el estar las guardias exteriores ocupadas segun se dijo entonces por algunas fuerzas con que no se contaba, fué causa de que se retrajesen las compañías que se hallaban en buen espíritu.

Creemos que coincidió tambien con la falta de concierto, la prision del bravo capitan Losada, comisionado por los generales para decidir á los gefes que mandaban las fuerzas de Toledo, y preso en las afueras de la ciudad cuando apenas habia podido empezar sus trabajos.

A la mañana siguiente, empezaron á hacerse con lentitud los preparativos de marcha: los generales conferenciaron un largo rato con los gefes de mayor graduacion, recibieron despues con estremada amabilidad al patriota Sr. Lallana, que acababa de llegar escapado del Quintanar, donde estaba desterrado, y á algunos otros gefes de los regimientos de caballeria que desde los puntos donde se hallaban con licencia temporal, venian á cada momento á incorporarse á la columna: tambien se presentaron en aquella mañana el jóven poeta Sr. Serra y algunos otros jóvenes liberales y entusiastas, cuyos nombres no recordamos, entre los cuales si la memoria no nos es infiel fue uno de ellos un sobrino del General O'Donnell y otro un jóven escritor que acompañaba al Sr. Serra.

A las cuatro de la tarde, se puso en marcha la columna con los generales al frente: como no se habia desistido todavia del pensamiento de inclinar á la guarnicion de Toledo á que evacuase la ciudad ó permaneciese dispuesta á secundar su movimiento, se entregaron al Sr. Pinedo y al autor de los presentes y desaliñados apuntes, varias cartas para que las pusiesen en manos de ciertos gefes que inspiraban grande confianza: esta comision delicada les obligó á separarse de la columna que al ostentarse tan brillante, tan llena de entusiasmo y de arrogancia marcial, las hizo presentir que no tardarian muchos dias en saludarla de vuelta á Madrid victoriosa y triunfante.

II.

La fisonomía de la capital entretanto se presentaba cada vez menos vacilante y mas llena de esperanzas: la situación artificial que el Gobierno había intentado crear por medio de sus imprudentes mentiras, tratando de presentarse como victorioso á los ojos del país, se iba desvaneciendo á medida que la columna conservando su organización y alejándose á marchas regulares despues de haber estado tres dias á la vista de la capital, revelaba no solo el entusiasmo y el espíritu de union que animaba á los pronunciados, si que tambien lo dispuestos que iban á aceptar la batalla si las tropas del Gobierno se empeñaban en darles alcance.

Sin embargo, como la absurda especie de que habían sido completamente derrotados, se despreció y cayó en el ridículo momentos despues del parte de Vicálvaro, el Gobierno empezó á hacer circular la de que el alejamiento estratégico de la columna, no era otra cosa que una retirada vergonzosa hácia Portugal.

Pero lo que verdaderamente hacia reir en la situación cómicamente angustiada en que se hallaba la polaquería, eran los bandos de D. Javier de Quinto, sus alocuciones y sobre todo los anuncios ofreciendo trabajo á los jornaleros, y que insertamos á continuación como uno de los rasgos mas característicos de aquella situación cómico-trágica.

He aqui los partes plagados de mentiras y calumnias y los célebres anuncios ofreciendo trabajo.

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA.

AL PUBLICO.

Los sublevados llegaron anoche á Aranjuez: hoy han enviado con trenes del ferrocarril una parte de su fuerza, los quintos y la escasa infantería que les acompaña, á Villasequilla. Los demás seguían allí esta tarde disponiendo su retirada y destacando descubiertas en todas direcciones por el temor de que se hallan poseidos.

El Gobierno ha dispuesto que una fuerte división de todas armas salga á perseguirlos activamente, sin darles treguas ni descanso.

Uno de los cuatro ex-generales que todavía se hallaban reunidos en Pinto en la tarde de ayer; no existía ya entre los sublevados á su llegada á Valdemoro.

170

La desercion continúa en sus filas, y afluyen tropas de varios puntos para reforzar la capital y cortar en su fuga á los facciosos.

Todos los Capitanes generales de los distritos militares de la Península han contestado al Gobierno haciéndole presente la indignacion que la deslealtad de que hemos sido desgraciadamente testigos en Madrid, ha producido en todas las fuerzas de su mando, y el ardoroso entusiasmo de las tropas por acudir á la defensa del Trono y del orden público, donde y por quien quiera que pudieran verse amenazados.

Los Gobernadores civiles han respondido tambien de la tranquilidad inalterable que en todos los pueblos de sus respectivas provincias reina, y manifiestan la sorpresa producida en ellos por la repugnante ingratitude y alevosía de los Gefes de la conspiracion, y la profunda irritacion que contra los agitadores públicos se pronuncia en todas partes.

El Alcalde constitucional del Escorial, por despacho telegráfico que he recibido á las 3 y 37 minutos de esta tarde, me dice lo siguiente:

Excmo. Sr.: Ahora que son las dos de esta tarde recibo del Sr. Alcalde de Guadarrama la comunicacion siguiente que me pasa con esta fecha:—Pernoctando por esta villa en el día de hoy los regimientos infantería de la Princesa y caballería del Rey, núm. 4, se me reclama un crecido número de raciones y bagajes: en su consecuencia espero me remita V. los auxilios de 30 fanegas de cebada y 10 bagajes mayores que estarán á las tres de la tarde á mi disposicion.

Lo que comunico á V. E. para su superior conocimiento y el del Gobierno de S. M., manifestándole que por mi parte se han dado las disposiciones convenientes para cumplir este importante servicio. Dios guarde á V. E. muchos años. San Lorenzo 2 de Julio de 1854.—Excmo. Sr.—Luciano Garcia de Castro.

Por el Ministerio de Fomento se me ha comunicado la Real orden siguiente:

Excmo. Sr.—Con esta fecha digo al Director general de Obras públicas lo siguiente:

S. M. la REINA (Q. D. G.) se ha dignado mandar que todos los trabajadores que quieran emplearse en la recomposicion del camino que de la corte se dirige á Francia, sean admitidos al trabajo y se les abone 8 rs. diarios de jornal. Al efecto dispondrá V. S. I. que el ingeniero Gefé del distrito se encuentre mañana lunes en la puerta de Bilbao y admita y distribuya á todos los trabajadores que se presenten, empezando las obras de reparacion en la legua de Madrid á Fuencarral.

De Real orden lo digo á V. S. I. para que hoy mismo y con toda urgencia adopte las disposiciones convenientes para que tenga cumplido efecto esta soberana resolucion.

De la propia orden lo traslado á V. E. para su inteligencia y á fin de que publicándola inmediatamente por bando, llegue á noticia de cuantos quieran presentarse en demanda de trabajo.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 2 de Julio de 1854.—ESTEBAN COLLANTES.—Excmo. Sr. Gobernador de esta provincia.

Como medida salvadora para contener la indignacion ardiente que pesaba sobre sus cabezas y rugia debajo de sus plantas, como un dique poderoso á contener el enojo de una nacion entera saqueada, insultada y esclavizada, ofrecian los pobres gobernantes, viendo ya cerca el naufragio de sus tesoros, seis reales diarios á unos cuantos jornaleros del bonrado y valiente pueblo de Madrid. Y por mano de quién se los ofrecian? Por mano del prestidigitador Quinto, depositario de los fondos y alhajas del ayuntamiento. El miedo ademas que respiran por todas sus frases los tales documentos y el contraste dramático que ofrecian en las columnas de la Gaceta al lado de aquellos deliciosos partes en que los Gobernadores decian que las provincias habian visto con horror el alzamiento de los valientes de Vicálvaro, y sobre todo «la enseña de moralidad y abajo el anticipo», que habian adoptado, hacian del diario oficial el papel mas divertido y sainetesco de cuantos vieron la luz pública en aquellos dias, contando entre ellos las sátiras y caricaturas de ciertas escenas palaciegas.

De suerte que podria decirse que desde que los pronunciados salieron por las puertas de Alcála, la Gaceta se encargó de cubrir las suscripciones del Murciélago.

Los siguientes partes y especialmente el último en que se habla de padres de familias encarcelados en Aranjuez por los division libertadora y amenazados con ser pasados por las armas; donde se cuentan robos, desastres, exacciones, heridas y desgracias, pintan tan al vivo la andacia, el cinismo y la imprudencia del gabinete en aquellos dias, que hemos creido indispensable intercalarlos aqui como el sumario mas elocuente y la fisonomia oficial del agonizante bando polaco en sus últimos momentos.

Los documentos mas caracteristicos fueron los siguientes:

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA.

AL PUBLICO.

Los sublevados así que han tenido noticia de que iba en su busca la division de operaciones que está pronta á destruirlos, han volado la mayor parte de las alcantarillas del camino de hierro, levantando los carriles y haciendo los mas violentos esfuerzos para retardar la llegada de las decididas y leales tropas de S. M.

A las tres y media de la madrugada de hoy ha salido toda su caballeria y tomado el camino real de Tembleque. A las cuatro de la tarde han montado su infanteria en los trenes con la misma direccion, dejando á Aranjuez completamente evacuado.

172

El paso de esta facción va dejando por todas partes hondas y dolorosas huellas. Después de haber arrebatado los fondos de las tercias y las cajas de los regimientos: después de apoderarse en Alcalá de Henares de todos los caudales públicos: después de afligir á los pueblos que han tenido la desgracia de sufrir su azote con todo género de exacciones, no abonando á nadie un solo real por los servicios de raciones y bagajes que han impuesto; llegó á Aranjuez donde comenzó su dura dominación, encarcelando, á pretexto de rehenes y horribles represalias, con la pena de ser pasados por las armas, á inocentes y pacíficos padres de familia; donde ha continuado por breves días relajando la disciplina del soldado hasta el extremo de sucederse á cada momento encarnizadas reyertas entre los mismos sediciosos, produciendo heridas y desgracias; donde por último ha terminado arrebatando al huir todos los fondos existentes en las Administraciones de Salinas, Rentas estancadas, Loterías, y Correos, é imponiendo al consternado pueblo, y realizando su cobro con la mas repugnante tiranía, un trimestre de las contribuciones territorial y de subsidio.

Estos hechos no necesitan de comentarios. Los perpetradores sin embargo se han atrevido á escribir en sus proclamas los santos nombres de la MORALIDAD y la JUSTICIA!!
Madrid 4 de Julio de 1854. = El Conde de Quinto.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

La division de operaciones al mando del Teniente general Conde de Vistahermosa estaba reunida ayer 7 en Tembleque, y en el dia de hoy sigue la pista á los rebeldes que caminan en diferentes grupos por el campo de Calatrava con direccion á la cuenca del Guadiana.

El Excmo. Sr. Ministro de la Guerra marchó ayer á ponerse al frente de la division.

Los Capitanes generales de los distritos de la Peninsula dan parte sin novedad, y que las tropas siguen animadas del mejor espíritu y en el mas perfecto estado de disciplina.

El Capitan general de Extremadura con fecha 5 habia salido de Badajoz para marchar convenientemente al encuentro de los sublevados.

El de Andalucía salia tambien sobre ellos con fuerzas del distrito de su mando.

El Sr. Ministro de la Guerra ha dirigido á los sublevados la siguiente proclama:

SOLDADOS: En los campos de Vicálvaro se rompió el lazo con que la traición habia vendado vuestros ojos. Allí desperdiciásteis vuestro valor, cubriendo de luto á la patria y de baldon á vuestras banderas: hoy ya marchais á sabiendas hácia el fin desastroso que tiene toda causa nacida de la deslealtad y enconada solo por el desprecio y el rencor de los que fueron vuestros gefes.

La hora de la expiacion se acerca, y sin embargo la REINA, cuyo Trono habeis combatido, cuyo maternal corazon habeis quebrantado, no quiere que se borre la afrenta con el justo castigo, sino que se olvide con el perdon.

Oficiales y soldados: Desoid la voz de quien os pide firmeza en la infidelidad, per-

severancia en el crimen, y valor para una empresa agonizante, porque solo quieren que los acompañeis hasta ponerse en salvo. Reconocer el error no es cobardía: acoged pues las palabras de perdon que la REINA os dirige.

Madrid 7 de Julio de 1854.—El Ministro de la Guerra—ANSELMO BLASSEN.

El comité seguía en el interin trabajando con mas ardor cada vez para organizar un movimiento en la capital y combatiendo por todos los medios posibles la situacion artificial creada por el Gobierno; notábase sin embargo que aunque en los cafés y en todos los círculos públicos se hablaba con el mayor desenfado del miedo del Gobierno y de la apurada y lamentable situacion en que se encontraba, el pueblo, el verdadero pueblo y los hombres de todas las clases de la sociedad capaces de arrojar-se á las calles con las armas en la mano, seguian indecisos y recelosos ya por falta de organizacion, ya por desconfianza en el pensamiento semivelado y ambiguo de los pronunciados, ya tambien porque veian aglomerarse fuerzas en la capital y ocultos ó impasibles á todos los prohombres del partido liberal.

El comité formado de jóvenes que habian estado trabajando ardientemente durante el tiempo de la conspiracion, lejos de desmayar redoblaba cada vez sus esfuerzos y estendia sus ramificaciones. Teniendo noticia de que algunos progresistas entusiastas, de los que habian tomado siempre parte en todos los movimientos revolucionarios se organizaban y trabajaban tambien con el mismo objeto, se pusieron inmediatamente de acuerdo con ellos y juntos concentraron todos sus recursos y trabajos en el pensamiento de producir un alzamiento vigoroso y decidido en las calles de la capital.

Este nuevo centro estaba tambien en inteligencia con los generales: el encargado de traer y llevar las comunicaciones era Sacristan, patriota probado en las persecuciones, comprometido en todas las tentativas que ha habido desde 1853 y el primero que tomó la iniciativa en el pronunciamiento de Torrejon de Ardoz.

Compúsose este centro en un principio de los Señores D. Antonio Soto y Lemus, un hermano de este, D. Bernardo Iglesias, D. Agustín Algarra, D. Cayetano Cardero, D. Ignacio Solans y otros antiguos liberales.

D. Gabriel Tassara fué el que estuvo en inteligencia mas inmediata con este círculo; proporcionóles varias armas y municiones que se pusieron bajo la custodia de Soto y Lemus: este fue preso el 13 de Junio, conducido á la Carcel del Saladero y enviado despues á Cataluña bajo las ór-

denes del capitán general para que desde allí fuese deportado á las Islas Baleares: en el camino sorprendió á los que le custodiaban, logró escaparse, y despues de una marcha penosa se incorporó á la columna libertadora donde se le dió el mando de la compañía franca de Voluntarios de Madrid.

Pero el primer servicio importante que prestó este centro, fue que al saber por medio del patriota Sacristan que los generales deseaban que se les uniesen algunos paisanos mas para que el alzamiento no se creyese que tenia un caracter puramente militar, procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance la salida de todos los valientes que estaban dispuestos á unirse á la division libertadora.

Muchos fueron en efecto los que se presentaron en el cuartel general escitados por el centro progresista, pero quedaron todavia algunos en la corte á las órdenes de Algarra para proteger é iniciar un movimiento: los ciudadanos Hoyos y Gérboles estaban á su cabeza y todos ellos llegarían al número de ochenta. Mas como cuando salieron los primeros no fue posible que lo hicieran con armas para no llamar la atención de la policia, discutieron Algarra, Cordero, Tassara é Iglesias sobre el medio de conducirlos hasta el cuartel general de donde las reclamaban tambien los paisanos que estaban á las órdenes de Valle, Somoza, Abascal, Gutierrez y Bray, y se decidieron por último á proponer al hermano de Soto que las llevase desarmadas y metidas en baules: Soto aceptó la comision, que no dejaba de ofrecer sérios peligros, y puestas las armas en cinco baules con las municiones que se pudieron recoger, las condujo hasta Madrilejos donde hizo entrega de ellas á los gefes de los voluntarios.

Unidos con el comité moderado y con el progresista trabajaban Rivero desde la carcel del Saladero, poniendo en juego sus relaciones en las provincias y en la capital; Portilla, Velo, Atmeller y los periodistas liberales que habian quedado ocultos en Madrid: esta armonía de los moderados y progresistas, este acuerdo, esta comunicacion de trabajos, esta union de esfuerzos para derribar á la cuadrilla de aventureros que se habian apoderado de la estampilla real, hacia presentir que los generales que se hallaban á la cabeza de los pronunciados estaban dispuestos á liberalizar al pais y á admitir en su administracion algunos principios y algunos hombres del partido progresista.

El pueblo, sin embargo, que no confia en las evoluciones diplomáticas de los partidos oficiales, el pueblo, que no queria lanzarse en una revolu-

cion para reconquistar á medias sus perdidas garantías, y que no habia visto en los difusos documentos parlamentarios que los sublevados hicieron circular el dia de su salida, ni una sola promesa sobre sus fueros y sus libertades, seguia no obstante en su actitud recelosa, si bien lleno de halagüeñas esperanzas y dispuesto á secundar el alzamiento, con la fiereza indomable con que despues lo hizo, tan luego como los valientes de Vicálvaro izasen la verdadera enseña de la libertad.

Auxiliaban en sus trabajos á ambos comités, varios jóvenes de antecedentes liberales, aunque desconocidos en política, y especialmente entre otros D. Enrique Cisneros, D. Carlos Groizart, D. Feliciano Laveron, Daries, Negro, Barrantes, y otros de quienes ya hemos hecho mencion en el curso de estos apuntes.

No cerraremos sin embargo esta palidísima reseña de los escasos trabajos que precedieron al alzamiento de Julio, sin consagrar unas cuantas frases al modesto valor de D. Lucas Ballesteros, hombre de temple y de esos que poseen sin hacer alarde de ellas, las buenas cualidades de los conspiradores: encargado este de organizar la gente que pudiera para iniciar el movimiento en Madrid, se puso en inteligencia con D. Sergio Arias, sargento de la Guardia municipal, y el cual llegó á prestar en la noche del 17 un servicio altamente importante, del que nos ocuparemos mas largamente: este sargento estaba ya convenido y de acuerdo con el Teniente de reemplazo Sampedro, liberal trabajado en toda suerte de infortunios, en el principio de un plan que acabó de madurarse por completo con las conferencias que empezó á tener frecuentemente con Ballesteros.

Consistia este plan, en que Arias, llegado el dia del movimiento, se comprometiese á facilitar al pueblo la entrada en los sótanos del gobierno civil para que se apoderase de los depósitos de armas que habia allí guardados: era necesario para que el plan pudiera realizarse, que el alzamiento se verificara el mismo dia en que Arias entrase de guardia. Asi se verificó en efecto cuando llegó la ocasion, y Arias al cumplir la palabra empeñada con un desinterés y un patriotismo que le honra en extremo y que le coloca por cima del nivel de muchos de los que se precian de patriotas, prestó al indefenso pueblo de Madrid en la noche del 17, como veremos mas adelante, un servicio de tanta trascendencia y que tan decisivamente influyó en los primeros momentos en la lucha heroica del pueblo con el ejército, que el nombre de Arias irá siempre unido al triunfo de las barricadas.

Quién había de decir cuando con tanta dificultad y venciendo insuperables obstáculos, se organizaban tan mezquinos trabajos para el alzamiento de Madrid, que al sonar la frase de *Milicia Nacional* en los oídos del valiente pueblo del 2 de Mayo, todo el mundo se convertiría en conspirador y las gentes de todas las clases de la sociedad, es decir, el verdadero pueblo se lanzaría en masa á la calle pidiendo armas y dispuesto á falta de ellas, á hacer proyectiles para derribar la tiranía, hasta de las piedras del pavimento?

Quién había de decir á aquellos conspiradores que tanto empezaban á desconfiar de la actitud al parecer indiferente del pueblo de Madrid, que ese pueblo rugiendo de indignación esperaba una sola frase, pero una frase, emblema de sus glorias, garantía de sus libertades, frase llena de recuerdos heroicos, para arrojar en masa á presentar sus pechos indefensos á la metralla y al plomo de sus engañados hermanos?

Y si esta frase no hubiera resonado inflamando todos los corazones con su sublime significación, los trabajos de los conspiradores, dado caso que hubieran podido llegar á su fin, se hubieran convertido quizás en un molin sobre cuyo dudoso resultado no nos atrevemos á aventurar ni una reflexión siquiera.

Una frase bastó para conseguir en un momento lo que no habían podido hacer ni cinco meses de conspiración, ni las páginas candentes del *Murciélagos*, ni los valientes escuadrones de Vicálvaro, ni los trabajos infatigables del comité moderado y progresista.

La situación de Madrid, en resumen, era: miedo, vacilación, cinismo, torpeza y confusión en el gobierno; trabajos ardientes para organizar un movimiento en los centros moderado y progresista; simpatías vivísimas en todas las clases de la sociedad por la columna libertadora, pero recelo, indecisión y desconfianza en su triunfo y en sus tendencias políticas.

Esta era la fisonomía de la capital, este el estado de los trabajos preparatorios del magnífico alzamiento de Julio, no debido á ellos, sino al grito de *Milicia Nacional*, lanzado por el ejército libertador: este era el estado de las cosas cuando la brillante columna de Vicálvaro salía de Tembleque en dirección al pueblo de Manzanares, donde en una hoja de papel iba á ser escrita la frase de fuego sencilla y poderosa que había de servir de base á una revolución, en su nacimiento la más grande y fecunda de nuestra historia moderna: revolución empuñada después por los partidos oficiales que han intentado amoldarla á sus viejos y carcomidos sis-

temas, pero que tal es la fuerza radical que entraña, que algun dia rompiendo los débiles diques con que se pretende contenerla, volverá á presentarse en toda su primitiva fuerza regeneradora.

No concluiremos el presente capítulo sin hacer mencion de uno de nuestros mas distinguidos publicistas, hombre de principios conservadores, pero que consecuente siempre con sus doctrinas, fue de los primeros en separarse del partido moderado cuando este cambiando el sable por la ley, convirtió su gobierno en un sistema constante de todo linage de desafueros y tropelías, y de los primeros tambien en adherirse al alzamiento de Vicálvaro. D. Andrés Borrego salió en la mañana del 29 de Junio á caballo y en traje de paseo y se incorporó á los generales en Alcalá: vino despues con el estado mayor á los campos de Vicálvaro, y durante el combate estuvo alguna vez á punto de ser victima de dos ó tres granadas que cayeron á su lado: arrojado del caballo en una de las cargas de la caballería, volvió á montar impasible y sereno como hubiera podido hacerlo un veterano.

Despues del combate y creyendo que podria serles de mas utilidad á los pronunciados en Madrid, donde seguiria trabajando en union con los que habian quedado organizando un movimiento, que no siguiéndolos en su marcha en que ningun servicio podia prestarles con sus conocimientos puramente civiles, volvió á la capital y descubierto á las pocas horas fue conducido á la casa de Correos en calidad de preso.

Al dia siguiente se le manifestó que habiendo dispuesto el Gobierno que se le diera pasaporte para el extranjero, podia elegir el país para donde queria que se le espidiese.

Borrego eligió el vecino reino de Portugal: á su paso por Badajoz se puso de acuerdo con los liberales que encontró en la capital; apenas llegado á la frontera publicó un manifiesto interesante en que esplicaba el pensamiento y tendencias del alzamiento de Vicálvaro con esa claridad y lógica que distinguen todos sus escritos.

Avistóse en Portugal con los ministros y con sus muchos y numerosos amigos, y lo arregló todo bajo el punto de vista diplomático, para las eventualidades de una retirada por aquella parte ó de una emigracion.

Infatigable y activo como pocos, puso en el mejor espíritu á todos los pueblos de la frontera y logró, que la opinion muy dispuesta ya en Portugal en pró de los valientes de Vicálvaro, acabase de pronunciarse manifiestamente á favor de ellos.

CAPITULO VIII.

Salte la division de Tembleque.—Cánovas.—Intriguillas del Gobierno para mantener al pueblo en su actitud recelosa.—Desconfianza y silencio de los probombres del partido conservador y del progresista.—Viaje de Cánovas.—Su llegada á Aranjuez.—Recibimiento que su poblacion hizo á las tropas de Blasser.—Conferencia entre O'Donnell y Cánovas.—Entusiasmo y entereza de la columna sublevada.—Proclama de Manzanares.—Diversas opiniones de sus redactores.—Escrúpulos algunos.—Desvanécense ante la idea de crear un partido racional y de promover una sublevacion popular.—Reflexiones.—Reconocen los generales al fin el error en que incurrieron al principio.—Comentarios á la proclama.—Consideraciones sobre la promesa de la milicia nacional consignada en ella.—O'Donnell y Saldaña.—Fisonomía de Madrid.—La Gaceta.—Agonia del bando polaco.—Cambio obrado en la actitud del pueblo.—Bandos de Quinto.—Trátase de prohibir la conversacion.—El Heraldó.—Medidas del Capitan general con la prensa.—Partes del Gobernador de Ciudad-Real.—La toma de Cuenca.—Buceta.—Cándida confianza de las autoridades.—Entrada de los sublevados.—Arrojo de Abascal.—Espanto del Gobernador.—Su huida y la del Comandante general.—Pronúnciase la ciudad.—Alocucion de Buceta.—Formacion de la Junta.—Salida de los sublevados.—Causas que la ocasionaron.—Llogada de Cánovas á Madrid.—Imprimese la proclama.—Efecto que produjo su circulacion.—Auméntase el entusiasmo de hora en hora con las noticias de los pronunciamientos de las provincias.—Divúlgase el de Valladolid.—Aspecto de la capital.—Agonia del Ministerio.—El 17 de Julio.—Conclusion.

I.

Ya hemos dicho que á la caída de la tarde del día 4, salió la brillante columna de los sublevados del pueblo de Tembleque en direccion á Manzanares: antes de entrar á juzgar el célebre programa que al llegar á este sitio acordaron redactar los generales para presentar por fin su pensamiento desnudo de todas las enmarañadas formas parlamentarias de sus primeros manifiestos, claro y terminante, reasumido en una sola frase y expresado en el sencillo, lacónico y revolucionario lenguaje que era menester para llevar el entusiasmo á los corazones, la confianza á los ánimos, y poner de manifiesto las verdaderas tendencias liberales del alzamiento, habremos de volver atrás todavía para ocuparnos de algunos por-

menores muy interesantes del viaje que el animoso é infatigable joven D. Antonio Cánovas del Castillo emprendió desde Madrid en busca del famoso documento.

Cánovas, que como ya hemos tenido ocasion de manifestar en el curso de estos apuntes, era uno de los jóvenes que con mas ardor habian trabajado durante la conspiracion, que con su talento incisivo y su estilo de hablar y de escribir agudamente mordaz, habia combatido con vigorosa dureza primero en la prensa y luego desde las tribunas del Atenco, (siendo de los que mas contribuyeron á su gloriosa clausura), la afrentosa dominacion del bando polaco, era tambien ahora á consecuencia de la firmeza de su caracter, de los que con mas aliento y obstinacion trabajaban por unir los esfuerzos de ambos comités para organizar un movimiento en la capital. Cansado de luchar acaso con las dificultades que esto ofrecia y temeroso del resultado dudable que podia llegar á tener en los primeros momentos una manifestacion armada si el espíritu de la poblacion trabajado por el recelo y la desconfianza no se pronunciaba abiertamente á favor de ella, fue tambien de los mas prontos en penetrarse de la necesidad inminente de que los sublevados revelasen su pensamiento bajo la verdadera forma revolucionaria.

Las hordas polacas, apurando todos los recursos de su fecunda impudencia y aguzando con el miedo su escaso ingenio, habian logrado, sino encubrir la derrota del gobierno, sembrar al menos la desconfianza y la sospecha sobre las tendencias del alzamiento inaugurado en Vicálvaro; apoyaban sus murmuraciones en los documentos ambiguos que habian hecho circular los sublevados, y decianles á los incautos que los generales aspiraban solo á un cambio de ministerio; que una oposicion personal á Sartorius y su gente les habia obligado á arrojarse á la insurreccion, y que si hubieran llegado á apoderarse del poder habria sido para afianzar mas y mas la continuacion en el mando del partido moderado: estas sospechas infiltradas en el pueblo ardientemente liberal que aun conservaba vivos y candentes los funestos recuerdos de las proscripciones de 1848, servian cuando menos para mantenerle en una actitud recelosa, mucho mas cuando el alejamiento de la columna libertadora y los días que pasaban sin que se recibieran noticias de haber secundado el alzamiento las provincias, empezaban á desalentar á los mas confiados.

Las fuerzas que el Gobierno juntaba, la insistencia con que menta diariamente en la Gaceta sobre la completa tranquilidad de las pro-

vincias y el silencio y el ocultamiento en que se mantenian sobre todo los prohombres del partido conservador y del progresista que tan resueltos se habian mostrado el dia 30 cuando esperaban que las huestes del Gobierno volverian rotas y arrolladas por la division que las esperaba en Vicálvaro, ó que en aquellos campos se representaria la farsa que tuvo lugar los años atrás en los vecinos de Torrejon, eran tambien la causa del retraimiento que al parecer manifestó en aquellos dias el generoso y valiente pueblo del 2 de Mayo.

En tal estado, lo necesario, lo urgente, lo indispensable era no provocar una lucha en las calles cuando no habia armas, ni grandes trabajos organizados, sino destruir de un solo golpe la situacion artificial á merced de la cual prolongaba el ministerio su asquerosa agonía; levantar en masa la opinion general que empezaba á abatirse, dar el grito de insurreccion al pueblo entero en nombre de su libertad y de su dignidad escarnecidas, y convencerle de que ese grito estaba en armonía con las tendencias liberales y nobles y dignas de los hombres puestos á la cabeza de la columna sublevada.

Así lo conoció Cánovas, y despues de haber tenido una larga conferencia con algunos hombres de la fraccion conservadora que habian estado de acuerdo con los generales durante la conspiracion y que se mostraban ahora completamente desesperanzados del triunfo de la columna libertadora, contando con ellos, y sin dejarse impresionar por su desaliento y su desconfianza, se decidió á salir en alcance de los caudillos de la sublevacion, con el objeto que ya hemos indicado.

En la tarde del 4, y acompañado del Sr. Fernandez de los Rios y del simpático y distinguido poeta D. Adelardo Ayala, salió de la corte y se ocultó en el inmediato pueblo de Carabanchel; despidióse allí de sus dos amigos y durante la noche logró procurarse una tartana en la que se dirigió al amanecer del dia siguiente á Aranjuez, creyendo encontrar allí todavía á los sublevados, pues la incomunicacion que existia entre ellos y la poblacion de Madrid era tan absoluta, que el dia 4 se ignoraba todavía su salida para Tumbleque. Al entrar en Aranjuez hallóse Cánovas frente á frente de la columna del Gobierno que desembocaba al mismo tiempo en la plaza de San Antonio.

La acogida que el pueblo de las tradiciones palaciegas dispensó á las tropas leales á la cuadrilla polaca, no debió serles sin embargo muy grata ni de muy buen agüero al invicto Blasser y al delicioso Vista-hermosa:

182

el silencio mas profundo, la desanimacion y casi el enojo en los semblantes de los pocos curiosos que habia en la plaza, les hablaban al alma de lo impopular de su empresa y del odio que su inesplicable subordinacion inspiraba. Su entrada parecia la entrada invasora de un ejército extranjero en una poblacion desarmada, que se resigna con su humillacion, convencida de su impotencia.

Pasó la noche en Aranjuez el intrépido viajante, y al amanecer del dia siguiente tomó el camino de Tembleque al mismo tiempo que las descubiertas de las tropas de Blasser, que no parecia sino que iban empleadas en su escolta.

Logró por fin dar alcance á la retaguardia de los sublevados en Puerto-lápiche, y en Villarrubia tuvo el placer de avistarse con los generales.

Desde Villarrubia á Manzanares fue conferenciando largamente con el general O'Donnell: pintóle la situacion de Madrid, esplicóle las causas que habian hecho que no fuera secundado el alzamiento de Vicálvaro; la situacion artificial creada por el Gobierno, y en razones parecidas ó semejantes á las que llevamos espuestas, le manifestó la necesidad de que el pensamiento político de la sublevacion entrase en su última fase, dejase su caracter puramente militar y se revistiera de formas mas claras, mas espresivas y terminantes.

Esta conferencia acabó de decidir al general O'Donnell, á quien el aspecto de las poblaciones del tránsito teniale ya convencido de que á pesar de las vivas simpatias y del entusiasmo que la presencia de las tropas sublevadas despertaba en todos los ánimos, era necesario promover un levantamiento general en todas las grandes capitales, no por medio del ejército que en su mayor parte se presentaba bien obediente al gobierno, sino concediendo garantías políticas y empujando al pueblo en masa á la revolucion.

Llegó por fin la columna á Manzanares en el mejor espíritu y con el mismo entusiasmo por la noble causa que habia abrazado, que el que mostró en los campos de Vicálvaro: la organizacion militar, que tan poderosa se hace cuando los soldados combaten, no por la ciega obediencia de la disciplina, sino animados del sentimiento patriótico, que hierve lo mismo en el corazon del general que en el del soldado, brillaba allí en todosu esplendor; el sentimiento de su amor pátrio contrarladado en Vicálvaro tenialos enardecidos y sedientos de pelea; la conciencia de su mision salva-

dora y la acogida de los pueblos llenábalos de confianza en el éxito de su empresa.

Allí se dió la siguiente célebre proclama, que acabó de poner de manifiesto delante de la nacion el pensamiento político de los conjurados.

Parte oficial.—Boletín extraordinario del Ejército Constitucional. El día 7 de julio se publicó en el cuartel general de Manzanares la siguiente proclama:

ESPAÑOLES :

La entusiasta acogida que vá encontrando en los pueblos el ejército liberal; el esfuerzo de los soldados que le componen, tan heroicamente mostrado en los campos de Vicálvaro; el aplauso con que en todas partes ha sido recibida la noticia de nuestro patriótico alzamiento, aseguran desde ahora el triunfo de la libertad y de las leyes que hemos jurado defender. Dentro de pocos días la mayor parte de las Provincias habrán sacudido el yugo de los tiranos; el ejército entero habrá volado á ponerse bajo nuestras banderas, que son las leales; la nacion disfrutará los beneficios del régimen representativo, por el cual ha derramado hasta ahora tanta sangre inútil y ha soportado tan costosos sacrificios.—Es pues de decir lo que estamos resueltos á hacer en el día de la victoria:—Nosotros queremos la conservacion del trono, pero sin la camarilla que le deshonra; queremos la práctica rigurosa de las leyes fundamentales, mejorándolas, sobre todo la electoral y la de imprenta; queremos la rebaja de los impuestos, fundada en una estricta economía; queremos que se respeten en los empleos militares y civiles la antigüedad y los merecimientos; queremos arrancar los pueblos de la centralizacion que los devora, dándoles la independencia local necesaria para que conserven y aumenten sus intereses propios, y como garantía de todo esto, queremos y plantearemos bajo sólidas bases la MILICIA NACIONAL. Tales son nuestros intentos, que expresamos francamente sin imponérselos por eso á la nacion.—Las Juntas de gobierno que deben irse constituyendo en las Provincias libres; las cortes generales que luego se reúnan; la misma nacion en fin fijará las bases definitivas de la regeneracion liberal á que aspiramos.—Nosotros tenemos consagradas á la voluntad nacional nuestras espadas, y no las envainaremos hasta que ella esté cumplida.

Cuartel General de Manzanares á 7 de Julio de 1854.—El General en Jefe del Ejército Constitucional, LEOPOLDO O'DONNELL, Conde de Lucena.

Las palabras de Cánovas habian influido no poco en el ánimo de los generales que iban ya decididos á no continuar su marcha sin popularizar el alzamiento, presentando bajo su última fase su pensamiento político: reuniéronse pues á conferenciar sobre las formas del nuevo programa, y el punto que desde luego se presentó como mas difícil de redactar fue el de

184

la milicia nacional: opinaban algunos, y en esto hablamos solo por referencias, que semejante garantía política no podía consignarse sin incurrir en una contradicción con los principios del partido conservador que nunca la había admitido en su dogma político, y del cual podían ellos considerarse como legítimos representantes: decían además que debiendo mirarse el tal programa como el último desenvolvimiento de la oposición comenzada en la prensa y en el parlamento por la fracción conservadora, no podían fijarse en la bandera de la insurrección otros principios que los que allí se habían sustentado: que en nombre de la moralidad y de la constitución escarnecidas habían desenvainado sus espadas, y que en nombre solo de tan santos principios debían vencer ó sucumbir en su empresa. Estos escrúpulos se desvanecieron completamente desde que poniendo de un lado la salvación del país encomendada ya á su valor, y de otro la rígida consecuencia con unos principios que en aquellas circunstancias pudieran ser bastantes para una oposición parlamentaria, conocieron sin duda que en las actuales eran insuficientes para sublevar en masa una nación que anhelaba no el triunfo de una fracción, sino la creación de un gran partido nacional formado de todos los hombres honrados y de todos los principios de la comunión liberal. Además no eran ellos, los hombres del partido conservador, los únicos que en nombre de la moralidad habían combatido á los últimos gabinetes que no tenían mas lema que el ágio y el saqueo; habíanles ayudado en tan honrosa lid los hombres del partido progresista: la unión entre ambas fracciones había sido proclamada en la prensa y en el parlamento; los periodistas conservadores y los progresistas habían sido objeto de iguales persecuciones: sobre los generales de ambos partidos cayeron igualmente los furores de la proscripción; juntos habían trabajado O'Donnell y Serrano, Ríos Rosas y La Serna, y si la coalición era un hecho antes del combate de Vicálvaro, si en aquel combate habían tomado parte no pocos progresistas, la inconsecuencia hubiera estado sin duda alguna en no consignar en el programa de Manzanares el principio genuino y representante de ese partido. La milicia nacional, esa frase que resume en sí todas las glorias conquistadas en defensa del sistema representativo, la única capaz de producir una sublevación nacional, significaba en el programa de Manzanares la coalición del partido progresista y conservador, la garantía de la misión liberalizadora del ejército sublevado, el último desenvolvimiento en fin de la oposición coalicionista del Senado.

Tales ó semejantes debieron ser las razones de los partidarios del pro-

grama para desvanecer los escrúpulos de los que ó por miedo á las consecuencias posibles de un alzamiento hecho en nombre de aquellos principios, ó por cariño á los que siempre habian profesado, vacitaban en asociarse á una idea revolucionaria, que si bien entonces podia serles de gran provecho, de tal modo era opuesta á sus antecedentes políticos, que rompian, defendiéndola, con su vida pasada, consagrada á la defensa de intereses y de doctrinas bien diversas por cierto de las que pública y solemnemente iban á proclamar por buenas delante del pais.

Es lo cierto, sin embargo, que los sucesos habian venido á punto en que una razon mas poderosa que ninguna, la razon suprema de la salvacion de la patria y del triunfo, harto dudoso entonces del alzamiento de Junio, aconsejaba la publicacion del programa: una batalla delante de los muros de la capital, diez dias transcurridos desde el momento en que se dió el grito de insurreccion, y una marcha de algunas leguas á través de pueblos descontentos del orden de cosas existente, y todo esto sin alcanzar un resultado favorable á su causa, sino habian llevado el desaliento al ánimo de los generales, habianles convencido al menos de lo que hubiera sido mejor que se penetrasen en los primeros momentos; de la necesidad inminente de ofrecer al pueblo garantías políticas, y revelar su pensamiento en formas claras y aceptables, que á nadie dejasen duda de las tendencias del movimiento, y que convenciesen á todos de que no se trataba de un motin miserable que llevando otros hombres á las sillas ministeriales, conservase los principios que habia en la esfera del gobierno, sino de una revolucion hecha en nombre de doctrinas bien conocidas, y á favor de las cuales venian combatiendo hacia muchos años, en la prensa en la tribuna y en las calles, los hombres del antiguo partido progresista.

Ya lo hemos dicho otras veces en el discurso de estos apuntes, y no creemos fuera de razon el repetirlo de nuevo: los gefes del alzamiento de junio pertenecian al partido conservador, y la nacion rechaza los principios y desconfia de los hombres de ese partido: por eso no era posible que se levantase á secundar el grito de 28 de Junio, mientras los hombres que le lanzaron no mostrasen distintamente el fin á que enderezaban sus esfuerzos; porque harto desconfiado el pueblo con los escarmientos pasados, no queria verter su sangre sino á condicion de reconquistar sus libertades y aun á decir verdad, debia hallarse muy apurado su sufrimiento cuando solo pedia promesas para lanzarse á la lucha. Que no acostum-

bran ser muy avaros de ellas los que han menester de la ayuda del pueblo, dado que siempre pongan en su ánimo no pocas reservas para el día del cumplimiento.

Estaba además en el interés de los generales el haber dado este programa el día mismo en que salieron de Madrid, porque ni entonces los amigos del gobierno habrían podido calumniar sus intentos, ni más tarde hubiera llegado á decirse lo que, con tantas apariencias de razones, se ha sostenido por muchos.

Y en efecto, la poca prisa que se dió el general O'Donnell en formular terminantemente su programa, el ser tan diverso el de Manzanares de los manifiestos de Madrid y la alocución de Aranjuez, y el no haber publicado aquel documento sino algunos días después de un lance de armas en que no anduvo muy afortunado, no han podido menos de dar ocasión á que se diga que los sublevados no tenían otro pensamiento que el de derribar á los ministros polacos, y que solo de la necesidad, y no de sus convicciones tomaron consejo para congerse en aquel trance á principios que no eran los suyos y contra los cuales habían siempre combatido.

Es lo peor, que á tales asertos apenas se puede oponerse una razón fundada, pues que si en realidad estaba desde luego en el ánimo del general O'Donnell llevar al gobierno los principios escritos en el programa de Julio, no alcanzamos por qué esperó tantos días para decirselo á la nación, cuando todo aconsejaba por el contrario que se diese espontáneamente á la salida de Madrid, el manifiesto que tuvo las apariencias de forzoso en el cuartel general de Manzanares.

Y cuenta que al hacer estas reflexiones no queremos atribuir intentos mezquinos á los caudillos de Vicálvaro, sino solo confirmar lo que dejamos dicho en uno de nuestros anteriores capítulos: sin el heroísmo del pueblo de Madrid, habríamos alcanzado mejoras en la esfera de la administración; decencia y moralidad en la gobernación del Estado, y práctica respetuosa de las leyes; pero no hubiéramos llegado ni aun á esas escasas reformas políticas en que va resolviéndose el magnífico movimiento popular á que hoy no podemos aplicar denominación conveniente, pero que en los días de esperanza teníamos derecho á llamar *Revolución de Julio*.

Verdad es, y esto debemos consignarlo como escritores imparciales, que jamás miras de exclusivismo ó intereses de pandilla mortifican á levantarse á los jefes de la oposición conservadora: lo mismo en el Senado, mientras se hacía guerra enérgica, obstinada y terrible á todas las admi-

nistraciones inmorales, que durante los cinco meses de conspiración, era un pensamiento aceptado y que todos estaban determinados á poner por obra, el de formar un ministerio misto, donde el elemento progresista y el conservador estuviesen debidamente representados.

Cosa era esta en verdad harto fácil, pues entre los progresistas templados y los conservadores habia tan escasas diferencias, que ni podian menos de entenderse, ni era dudoso que llegado el caso de la fusion de ambos partidos oficiales, habia de dominar en las esferas del mando el sistema de gobierno de los moderados, con leves modificaciones exigidas por los progresistas.

Mas un ministerio asi constituido no hubiera llegado, (y tambien es fuerza decir esto) no solo adonde el pueblo de Madrid, pero ni siquiera al programa de Manzanares. Si hay quien dude de la exactitud de nuestro juicio, que recuerde el programa leído por el señor Laserna en las Cortes Constituyentes, y en el cual tan avaros de ofrecimientos se mostraban los individuos del ministerio Córdoba, que hubo de ser acogido, á veces por la indiferencia, á veces por las risas de los diputados y el público.

Estas apreciaciones, que se refieren al caso en que los sublevados hubieran triunfado en los primeros momentos, no tienen aplicacion al trance en que se encontraban entonces: la Milicia Nacional, principio consignado en el programa, dió ocasion al pronunciamiento de la península, y singularmente al del pueblo de Madrid; pero de todos modos, ahora se hubiese ó no consignado en aquel documento, ó la insurreccion sucumbia, ó el establecimiento de la Milicia era un hecho inevitable.

Habia de suceder en efecto, ó que las capitales secundaran el alzamiento, y entonces ellas mismas armarian la Milicia, ó que permaneciesen indiferentes y tranquilas, y en tal caso O'Donnell, que se encontraba en una situacion parecida á la en que años antes se habia hallado en el vecino reino de Portugal el Mariscal Saldaña, habria visto fracasar su patriótica empresa, y la insurreccion se hubiera podido considerar perdida. Desde que tuvo que apartarse O'Donnell de las inmediaciones de Madrid y fiar su triunfo á las armas populares, quedó decretado moralmente el establecimiento de la Milicia: no estaba en él ni impedirle ni establecerla, porque los sucesos eran mas poderosos que su voluntad.

En suma, el programa de Manzanares, tan diversamente interpretado y entendido, significa, á nuestro entender, en la esfera de las personas, la union de los conservadores y los progresistas templados: en el orden de

las ideas, la abdicacion franca y esplicita de las doctrinas moderadas y la adopcion de los principios progresistas.

Partieron de Manzanares Leon y Medina con un ejemplar de la proclama, en direccion á Andalucia, y Cánovas con otro, camino de Madrid, donde llegó el 9 de julio por la noche.

II.

La fisonomía de Madrid habia cambiado entretanto notablemente: la situacion artificial creada por el gobierno hallábase ya en pleno ridículo; la Gaceta era leida todos los dias con la misma delicia que las sátiras de Quevedo ó los epigramas de Iglesias; el Diario oficial era una continuada y divertidísima jácara con la que el Gobierno celebraba cuotidianamente los adelantos de su agonía; su desprestigio caminaba al paso de la columna libertadora; el espirante bando polaco sin fuerza moral y con una osadía histórica parecida á la del portugués caido en el fondo del pozo que promella perdonarle la vida al que le sacara de alli, agitábase con sus últimas convulsiones acosado por la burla y el desprecio; sofocado bajo el peso de la opinion y próximo ya á ser espulsado á silbidos de las gradas del trono, hacia los últimos y ridículos alardes de su sainetesca impotencia. Este cambio repentino, este movimiento hervidor que iba poniendo en creciente efervescencia el antes receloso, desconfiado y abatido pueblo del 2 de Mayo, habianle obrado la noticia de el levantamiento de las partidas de Valencia, de la toma de Alcira, de la de Cuenca; las nuevas seguras de la entera organizacion con que caminaba la columna y sobre todo el pronunciamiento á las mismas puertas de la capital del valiente escuadron de Montesa. Circulábase además todos los dias por los forjadores de noticias confidenciales, pronunciamientos de todas las provincias: la entrada de los Conchas; la incorporacion de nuevas fuerzas á la columna libertadora; y así el espíritu público se animaba y la conversacion de los cafés, ese elemento tan revolucionario en la Corte, se hacia cada vez mas picante y altanera y agresiva y murmuradora.

Escondianse ya los ministros y daban solo señales de su vida oficial por medio de aquellos célebres bandos borrajeados y sacados á la vergüenza para afrenta de la lengua y del pudor, por el payasuelo Quintero, el escritor mas satírico que tuvo en aquellos dias la agonizante Polonia. Todo lo habian ultrajado, todo lo habian escarnecido, la Constitución, el

erédito del tesoro, el trono, el pudor; y por eso en sus últimos momentos no hallando ya en las arcas del erario sobre qué hacer presa se cebaron en el pobre idioma castellano.

De todos estos famosos documentos el que fuera difícil encarecer por lo extravagante y absurdo, es aquel en que á vuelta de unas cuantas frases zurcidas sin sentido gramatical en odio á la sintaxis y al decoro del lenguaje, decia el bueno de Quinto con motivo del pronunciamiento de los de Montesa, que siendo la tal rebelion producto del ensanche que la conversacion política habia tomado en la capital, el gobierno tomaria sus medidas para que la conversacion quedase suprimida.

El Heraldo haciale el coro á la Gaceta y amontonando insulto sobre insulto y apurando los inmensos tesoros de su groseria, seguia sirviendo de sabrosísimo entretenimiento á la mayoría del público y atormentando el pudor de sus agonizantes suscritores.

El Capitan general hacia entre tanto á los demás periódicos la singular merced de prohibirles que viesen la luz, conociendo sin duda que situacion tan asquerosa como aquella no debia ser representada mas que por el Heraldo y la Gaceta. Los partes del Gobernador de Ciudad Real, de un tal Herreros, hijo adoptivo de la Polonia, criado á los pechos del gobierno de Bravo Murillo, y de antiguo empleado en vigilar y perseguir á los liberales de la provincia que le vió nacer, entraban en juego con las diatribas del Heraldo y los bandos de Quinto; debemos confesar sin embargo que las comunicaciones del Gobernador manchego distinguianse de las otras por su insulsez y faltas de gramática y sentido comun y mal encubierto deseo de hacer méritos para ascender en su carrera, calumniando á los que él suponía vencidos, que bien de otra manera aduladora y servil habrialos tratado, si él hubiera podido preveer su cercana victoria.

Pero de todos los documentos oficiales el que llevó el insulto á su último término, la impudencia á su postrer límite y el Polaquismo á su final desarrollo, el que caracterizó mas gráficamente la vanidad del ministerio en su agonía, el que daguerreotipó mas al vivo sus postreros momentos, fué la circular que á continuacion copiamos, sacada á la vergüenza en la Gaceta el 9 de julio, y en la que el gabinete que habia nacido entre otras cosas para mostrar hasta donde puede llegar el impudor oficial, dice «que entre los grandes deberes que tiene que cumplir es el primero el de manifestar que la tranquilidad reina en todas partes y que el entusiasmo del

190

país responde al de las tropas leales para defender el gobierno y el orden que en vano se intenta combatir, sin que desde los lamentables acontecimientos del día 28 haya ocurrido el más ligero accidente favorable á los sublevados.»

La exageración degenera ya en ironía; la seriedad truecáse en burla, y la Gaceta conviértese en papel de oposición contra los mismos hombres que la escribían.

Hubo un solo día en que el Heraldo no fué el papel más impudente de los que defendían al bando polaco, y eso fué aquel en que apareció en el Diario oficial la circular á que nos referimos.

La abandonamos íntegra al solaz de nuestros lectores.

Subsecretaria.—Circular.

En la marcha sin concierto que llevan las fuerzas sublevadas al mando de los ex-Generales O'Donnell y Dulce, han adoptado el sistema de difundir las falsedades más absurdas, de cortar las comunicaciones, interceptar los correos, inutilizar las líneas telegráficas y de ferro-carriles, de valerse en fin de todos los medios más reprobados para prolongar una existencia que toca á su término.

La inevitable detención en preparar las columnas de operaciones, ya en campaña, y el apoyo que van dando á los sublevados los 150 paisanos desbordados é inquietos que se les unieron desde el primer momento, les han servido para llevar adelante estos días un plan que honra poco seguramente á los que le dirigen y ejecutan.

De este modo, y suponiendo calumniosamente que la mayor parte de las provincias secunda la rebelión; que las tropas de la REINA fraternizan con los sublevados; que los pueblos les aclaman, pretenden conseguir artemente lo que por la fuerza de las armas y de la sedición no han conseguido.

En tal estado, el Gobierno, que tiene ante la REINA y el país altos deberes que cumplir, tiene además el de decir á V. S. que reina la tranquilidad en todas partes, ligera y únicamente alterada en el marquesado de Lombay por una partida republicana, que á estas horas se hallará castigada, y que el entusiasmo del país responde al de las tropas leales para defender con el Gobierno la causa de la REINA, del Trono y del orden que en vano se intenta combatir, sin que desde los lamentables acontecimientos del día 28 haya ocurrido el más ligero accidente favorable á los sublevados.

Deber es á la vez de V. S. en estas circunstancias aunar á su buen celo la prudencia, y no alarmarse por la falta de un correo, que cuatro ó seis hombres bastan á interceptar; por noticias de pronunciamientos ó reveses imaginarios, ni por indicación alguna que no emane del Gobierno mismo, en cuyo interés se halla el decir siempre la verdad, y cuyo decoro no le consentiría por ningún motivo desfigurarla.

Enterado de ello, se atenderá V. S. única y exclusivamente para arreglar su con-

ducta á las comunicaciones oficiales, obrando en lo demás con la prudencia que tiene acreditada.

De Real órden lo digo á V. S. para su inteligencia y efectos correspondientes. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 9 de Julio de 1854. = SAN LUIS. = Señor Gobernador de la provincia de....

Vengamos ahora á dar cuenta á nuestros lectores del suceso mas notable que aconteció por entonces, y que escitó justamente la admiracion y el entusiasmo de cuantos le supieron, asi como puso el mayor espanto en el ánimo de nuestros menguados gobernantes, que mas que nunca conocieron entonces, que si para dejar vacias las arcas del tesoro les bastaba tener á su frente al monaguillo de Sevilla, para combatir una insurreccion armada habian menester del terrible espadon de Loja, el cual, si por su tosca educacion, sus modales de soldado y su cortedad de entendimiento no era apropiado para el gobierno, por sus hazañas de la Mancha y sus proezas del 48 estaba acreditado de muy hábil para la matanza.

Queremos hablar de la toma de Cuenca, y aunque ya en su lugar dejamos apuntado el suceso, él dá indicios tan claros del valor de los que le llevaron á cabo, y los pormenores de la expedicion son de tal modo interesantes, que no creemos importuno el referirlos, y mas cuando el haberlos recibido de testigos presenciales, nos dá algun derecho á presentárlas como exactos.

Determinado el valiente D. Manuel Buceta á emprender cosa en que pudiera ejercitar la actividad de su espíritu y dar muestras de los alicentos de su ánimo, tuvo una entrevista con el general en jefe, y de acuerdo con él, separóse de la columna con sesenta voluntarios, llevando de segundo jefe al bizarro patriota D. Felipe Abascal, y de oficiales á D. Ramon Garcia y á un bravo mozo riojano, del cual nos olvidamos hacer mencion al referir el suceso de Vicálvaro.

Era su objeto dirigirse á la ciudad de Cuenca, llegar en dos dias delante de sus muros, entrar por sorpresa en ella, apoderarse de las autoridades, y si encontraba en buena disposicion al vecindario, formar allí un centro desde el cual pudiese llevar la agitacion á la provincia, y que, en caso de apuro, le ofrecia pronta y segura retirada para el Aragon.

Cuáles fuesen los inconvenientes de esta empresa, cuán grandes sus dificultades y peligros y cuánta resolucion necesitasen los que habian de ejecutarla, no hay para qué decirlo: lo escaso del número de aquellos valientes espuestos cada instante á encontrarse en su camino con fuerzas in-

finitamente superiores, la facilidad de que fuesen avisadas las autoridades de Cuenca, la ventajosa posición de este pueblo, que le hace poco menos que inespugnable; y aun vencidas por la maña tales dificultades, el riesgo á que se esponian aquellos intrépidos aventureros de tener que sostener en las calles una lucha desventajosa con las fuerzas que hubiera y cuyo número no era posible que supiesen, no teniendo, como no tenian, inteligencias secretas en la ciudad; todos estos tan ciertos y tan inminentes peligros hubieran sido bastantes á poner miedo y vacilación en ánimos menos arrestados y firmes que los de Buceta y sus compañeros, los cuales estaban resueltos á no ceder un punto en aquel empeño, que aun despues de realizado, miró todo el mundo como imposible.

Antes de referir cómo entraron aquellos valientes en la ciudad de Cuenca, digamos algo de lo que pasaba en ella, pues en verdad que en este suceso no sabemos si debe causar mayor admiración que el valor de los conquistadores la flojedad y torpeza de las autoridades.

El día 9 de julio recibieron el gobernador Balsalobre y el comandante general Moreno de las Peñas, aviso de haber pernoctado el 8 en Sisante una partida de voluntarios, que al parecer se dirigia sobre aquella capital: no cuidándose mucho las autoridades de tal aviso, ni tratando de utilizar los infinitos medios de defensa con que cuenta aquel pueblo, pensaron que lo único que convenia en aquel trance era hacer acopio de municiones, y con tal idea, emplearon en la fabricación de cartuchos á los peones camineros, que á causa de las circunstancias políticas, se habian juntado en la ciudad, preparándose así con tan formidables aprestos, á recibir al valeroso Buceta.

Venia este muy tranquilo (que no parece sino que estaba bien penetrado de la insigne torpeza de sus enemigos) por el camino de la Mancha, y llegando al pueblo de Belmonte hizo subir á sus sesenta voluntarios, en diez carros, que presto habian de ser otros tantos Palladiones de aquella nueva Troya, en la cual si faltaban bravos Hectores y avisados Priamos, habia débiles Morenos, y tiesos, hinchados é incapaces Balsalobres. Prosiguieron así su camino, hasta que al llegar al otro lado de un pueblo que llaman Arcas, dejaron el camino de la Mancha y fueron á tomar la carretera de Valencia, para entrar en la ciudad por aquel lado.

Buceta, que conocia aquellos terrenos como quien los habia recorrido muchas veces, dispuso esta maniobra, porque elevándose de aquel lado delante de la ciudad una pequeña colina, podian á su amparo llegar sin

ser vistos hasta las puertas y ejecutar felizmente la sorpresa que meditaban.

Llegaron así á la puerta que llaman de Valencia, y entraron por ella sin inspirar sospechas, á pesar de que si bien los voluntarios iban metidos en los carros, Buceta, Abascal, Garea y Marcos caminaban á caballo dando indicios de quienes eran en lo nada pacífico de sus arreos y apostura.

Llegados que fueron al arrabal llamado Campo de San Francisco, bajóse de los carros la mitad de la fuerza, y conducida por el intrépido Abascal, se encaminó por el *Arrabal de los Tiradores*, dando los primeros gritos de ¡viva la libertad! ¡abajo el gobierno! al pasar por delante del cuartel de San Francisco: no habia en él fuerza ninguna de tropa de linea, porque una compañía que guarnecía la ciudad habia salido el dia antes para Guadalajara; pero si estaban encerrados allí los guardas municipales de la provincia reunidos en número de doscientos, los cuales, sin duda por estar, segun dejamos dicho, empleados en la fabricacion de cartuchos, no pusieron impedimento alguno al paso de los temerarios aventureros.

Siguió Abascal con su gente por el puente de San Pablo y fué á desembarcar en la plaza, ocupando sus avenidas, y haciéndose así dueño de una posicion importante, por dominar este sitio toda la ciudad, y ofrecer á la pequeña columna una segura retirada para Aragon, caso de sufrir algun notable descalabro.

Buceta entre tanto habia seguido con el resto de la fuerza por la calle ancha de la Carretería, sin dejar los carros hasta la plaza del mismo nombre, donde apeándose los voluntarios, secundaron el grito arrojado por los de Abascal en el Campo de San Francisco.

Ocurrió en aquel sitio un incidente, que aunque de ninguna importancia, parécenos digno de mencionarse, por ser un rasgo de valor, que, aun allí donde todos lo eran, acreditó al que le tuvo de temerario: Marcos, aquel bravo riojano á quien nombramos mas arriba, apartóse de la direccion que pensaba seguir Buceta, y acompañado de un voluntario armado de un trabuco, se encaminó por toda la calle de la Carretería, subió por el sitio llamado *Puente de la Trinidad*, y pasó por delante de la casa del Comandante general, donde habia una guardia que ni siquiera le dió el quién vive, y por la tesorería, donde habia otra, que se encerró valerosamente al verle, aprestándose sin duda á la defensa, mientras él llegaba tranquilo al Gobierno civil, donde ya encontró á Buceta y los suyos, que se habian encaminado al mismo punto por la calle del Agua, y tomado las

bocas-calles, hasta ponerse en comunicacion con Abascal y su gente, que durante este tiempo, se habia apoderado de la plaza.

Dejemos á Buceta tomando las avenidas del Gobierno civil, á Abascal ocupando la plaza, y á la poblacion contemplando el extraño espectáculo entre asombrada y contenta, y vengamos á referir lo que hacian entre tanto las autoridades.

Estando en misa el Gobernador, llegó apresuradamente y con muestras de sorpresa y de susto un hombre, que acercándose á él, le comunicó la nueva de que Buceta, con una columna de voluntarios, se dirigia á la ciudad: atónito el con fiado Gobernador y sin querer dar crédito á lo que oia, abrió un parte que le entregó el mensajero, en el cual el alcalde de Arcas confirmaba la verdad de tan extraña y poco agradable noticia. Aturdido, temeroso y confuso salióse al punto de la iglesia y se encaminó á su casa, acompañado de varios consejeros provinciales.

Conferenciando estaban acerca de las medidas que habian de tomar en tan apurado trance, cuando la agitacion del pueblo, los gritos y el movimiento que en todas partes se sentian les advirtieron de la entrada de sus enemigos y de que era ya tarde para precaver, y aun por ventura no muy temprano para resistir. Contaban, para oponerse á Buceta, con los doscientos guardas de quienes ya hicimos referencia, y además con cien peones camineros, fuerza bastante si se atiende á lo escaso del número de los valientes aventureros, pero insuficiente en este caso, por ignorar las autoridades el verdadero número de sus contrarios, y mas por el desaliento y el miedo que en ellas habia puesto lo atrevido de la accion y lo bien ejecutado de la sorpresa.

Encaminóse, pues, Balsalobre al Gobierno, donde no tardó en verse reunido con el Comandante general, llamado por Buceta, y con el Alcalde que tambien habia acudido á aquel sitio, obedeciendo las órdenes de Abascal.

Juntóseles á poco el propio D. Manuel Buceta, que estando en el sitio llamado las Zapaterias, bajó hácia lo interior del pueblo, atraído por unos tiros, que luego se averiguó haber sido disparados por ocho peones camineros, que subiendo desde San Francisco, quisieron llegar al Gobierno, y al desembocar en la calle Real dieron con los centinelas de Buceta, hicieron fuego sobre ellos, aunque sin resultado, y sufrieron á su vez una descarga, con la cual, mas certeros ó mas dichosos los sublevados, lograron causarles la pérdida de un herido. Con esto huyeron cuatro de los

peones, y el cabo Martín que los mandaba, diciendo que iba de paz, pasó con los otros, y llegó al Gobierno civil.

Juntas ya las autoridades, dirigiólas Buceta un breve discurso en que las manifestó que había ocupado la ciudad á nombre del general en jefe del ejército constitucional D. Leopoldo O'Donnell; que deseaba conocer el espíritu y los sentimientos que animaban á sus habitantes, y que abrigaba la esperanza de que por parte de los representantes del Gobierno de Madrid no se opondría una inútil resistencia. A estas palabras contestaron las autoridades haciendo entrega formal y solemne de la ciudad, y despues de firmar un acta espresiva de todo, salieron de Cuenca y se encaminaron á Tarancon los dos compañeros de infortunio Moreno y Balsalobre, los cuales, ya que carecieron de fortaleza para defenderse, tuvieronla al menos para no adherirse al alzamiento y para permanecer fieles al Gobierno que servian.

En cuanto á los guardas y peones camineros, aquel mismo día se adhirieron algunos á Buceta y los demás fueron enviados á sus pueblos, dejándose las armas y nniformes.

El siguiente día convocó Buceta á voz de pregon á los individuos del Ayuntamiento y á igual número de mayores contribuyentes, los cuales, afectos á los polacos unos, cobardes é indecisos otros, determinaron no pronunciarse. Buceta, que pudiendo mandar como conquistador, había preferido consultar la voluntad del pueblo, andaba dudoso en el partido que hubiese de tomar, visto que aquella se le manifestaba contraria; pero unos cuantos animosos liberales, que no eran por cierto ni concejales ni mayores contribuyentes, llegaron á poner término á su justa incertidumbre, manifestándole que por el miedo de algunos hombres de esos que jamás arrostran el peligro pero que obedecen siempre al que manda, no había de juzgarse del espíritu de la ciudad entera; que antes bien, allí como en todas partes estaban indignados contra los saqueadores públicos que se decoraban con el nombre de Ministros de la Corona; que todos los hombres honrados habían acogido el grito de O'Donnell como una esperanza, y que en cuanto á los habitantes de Cuenca, podía estar seguro que no deseaban sino pronunciarse.

Alentado con tales discursos el valeroso Buceta, hizo imprimir y mandó fijar en todos los sitios públicos de la ciudad, la siguiente proclama.

Ejército monárquico-constitucional.—Columna de operaciones del norte de España.—E. M.

HABITANTES DE LA PROVINCIA DE CUENCA.

El sagrado estandarte de la libertad, ondea victorioso entre vosotros. La reforma inaugurada con sangre de valientes en la Capital de la Monarquía el 30 de Junio anterior, ha encontrado un poderoso eco en las principales ciudades de España, y ayer, vosotros contemplásteis con admiración cuánto pueden la fé y el ardimiento en los corazones libres. ¡Hombres honrados de todos los partidos! empuñad las armas, y venid llenos de entusiasmo á contribuir á tan grande y noble causa. Unidos, formemos nuevos lazos de fraternidad y rasguemos ese infame sudario que ha tenido escondido en las tinieblas el santo y sublime nombre de LIBERTAD.

No seamos por mas tiempo victimas de *vergonzosos agios*, no permanezcamos impasibles á la vista de tanto vilipendio, de tantos *crímenes civiles y políticos* perpetrados á la sombra del poder, y que querian hundir insensiblemente los sagrados derechos del Pueblo.

Alzaos, sacudid de una vez el ominoso y degradante yugo, que, un puñalo de hombres sin fé, pero ávidos de la sangre de este generoso pueblo, ha querido imponernos, y formemos todos de consuno con nuestros pechos esa fuerte muralla de patriotismo, destinada á reconstruir el templo de la LIBERTAD y de la LEY.

Desaparezcan los *anticipos*, la odiosa *contribucion de consumos*, el estanco de la *sal*, de *tabacos*, y tantos *monopolios* como aniquilan la *riqueza pública*, sin mas objeto que el *engrandecimiento del pandillage*, el *favoritismo* y la *inmoralidad*.

Liberales, á las armas, aprestémonos á la lucha, que nuestra es la victoria. Demos cima á nuestra empresa y no olvidemos que el pueblo unido es invencible.

Viva la REINA constitucional, viva la CONSTITUCION, viva la LIBERTAD.

Cuenca 10 de Julio de 1854.—El C. G. M. y Gobernador Civil interino de esta Provincia.—MANUEL BUCETA DEL VILLAR.

Reunió en seguida el ayuntamiento, convocó á voz de pregon al vecindario en la plaza pública, y luego que se hubo allegado una gran multitud, presentóse á caballo delante de ella y la espresó su determinacion de permanecer en la ciudad, si como pensaba, no le era hostil el espíritu de sus habitantes: inmensas aclamaciones respondieron á estas palabras, quedando así pronunciada la ciudad, y haciendo en un instante el entusiasmo del pueblo lo que nunca hubiera ejecutado el miedo de los cocejales.

Eligióse allí mismo una junta, compuesta en su mayor parte de personas conocidas por sus ideas liberales, la cual, segun anduvo de timida,

indecisa y vacilante, no parece sino que aceptó por compromiso su encargo, ó que desesperanzada de que aquella sublevacion alcanzase buen suceso, no queria mostrarse enérgica y resuelta, temerosa de las consecuencias de su derrota. A tal sospecha á lo menos dá nacimiento en nuestro ánimo la proclama que publicó al dia siguiente, que para todo podia servir menos para infundir aliento en los corazones, segun era de tibia en su espíritu y de ambigua en sus palabras. Y no parezca severo el juicio que formamos de aquel documento; que harlo mas duro le harian nuestros lectores si cayéramos en la mala tentacion de publicarlo.

Siguieron así las cosas, hasta que al cabo, persuadida la junta de que O'Donnell no venia por aquel lado, influida de las noticias oficiales, que mas que nunca ponderaban entonces la derrota y fuga hácia Portugal de la division libertadora, y no queriendo, en situacion tan dudosa, esponer la ciudad á los riesgos y penalidades de un sitio, se lo manifestó así á Buceta el dia catorce, y este que no queria permanecer en Cuenca á disgusto de sus habitantes, contestó que al dia siguiente evacuaria la ciudad.

Salió en efecto de ella el dia quince, por el sitio llamado *la Hoz de Cuenca*, y siguiendo la infanteria el camino de Aragon, salieron Buceta, Abascal y algunos otros á caballo á esperar á algunos voluntarios que habian ido de espedicion á Carrascosa y tenido un encuentro desgraciado con fuerzas muy superiores del gobierno; y ya incorporados con ellos, volvieron á entrar por el arrabal de Cuenca y se juntaron al resto de la fuerza.

III.

Volvamos ahora á la corte y recordemos como ya hemos dicho en el discurso de este capítulo que Cánovas despues de haberse separado de los generales en Manzanares volvió á Madrid trayendo consigo un ejemplar impreso de la célebre proclama.

Luego que llegó, y despues de conferenciar con algunos de los que componian el comité moderado, los cuales le encarecieron sobre manera como era justo, la urgencia con que debia darse á la estampa y ponerse en circulacion el descado documento, fué su único pensamiento adoptar todos los medios posibles para que la imprenta multiplicase con sus mil lenguas aquellas frases candentes, aquel grito magnífico de libertad, que debia poner en inminente conflagracion todos los ánimos. No pudieron sin

embargo repartirse hasta el día 14 los primeros ejemplares, y de notar es aquí en prueba de que nada influyó. el manifiesto de Manzanares en el levantamiento de las primeras ciudades, que Valladolid y Barcelona se pronunciaron el mismo día en que aquel aparecía impreso en la corte y circulaba arrebatado de mano en mano por todo el mundo.

Pintar el efecto que su lectura produjo en los ánimos, describir la ardiente alegría que súbito se retrató en todos los semblantes, espesar aquel secreto y vengativo júbilo que empezaba á percibirse en la atmósfera moral oculo bajo esa calma angustiosa, bajo ese silencio oprimido que precede al primer rugido de una tormenta popular; decir con los recursos de un estilo pobre y desalinado, como las iras del pueblo condensándose y encendiéndose con la circulación de la proclama, iban apresurando por momentos en el abrasado pecho de las muchedumbres la explosión del magnífico alzamiento á cuyo solo aspecto habian de hundirse en el cieno los miserables hombrecillos que encaramados aun en las gradas del trono, se atrevían á seguir escarneciendo la nación con su sainelesca desvergüenza; pintar todo eso, es empresa que está reservada á los que con mayores dotes y el alma menos impresionada de aquellas supremas emociones puedan describirlas con la calma del historiador y las galas del poeta.

La proclama de Manzanares vino á dar el golpe de gracia á la situación artificial de confianza y de triunfo creada primero por el Gobierno con las mentiras de la Gaceta y prolongada despues con la desvergüenza oficial de los partes de los Gobernadores y Capitanes generales de las provincias: situación que se encontraba ya muy minada y en pleno ridículo cuando apareció el manifiesto.

Desde el día 14 puede decirse que el Gobierno dejó de existir moralmente: la opinion pública, oprimida y reconcentrada hasta entonces, circunscribiendo sus manifestaciones á los cafés y los círculos políticos, empezó á manifestarse en toda su imponente magestad: en las calles, en las plazas, en todas partes se murmuraba y se gritaba y se maldecía con el mayor desenfado sin miramiento ya ni respeto á la policia ni á los polacos que huían despavoridos y dábanse prisa á embalar el fruto de sus *aborros*. Tan inflamada y candente y rebosando de ira y de hiel circulaba la conversacion, que todo el mundo parecia redactor del Murciélagos y atacado del vértigo de la maledicencia.

El día 16, en que corrió ya por el café de la Iberia muy valida la no-

lucia del pronunciamiento de Valladolid, la murmuracion dió un punto de reposo á las lenguas, y trocóse en estrepitosa alegría: miróse la abominable comedia polaca como concluida y pensóse ya solo en preparar los cenneros y el lodo para solemnizar el entierro del moderno Monipodio.

Amaneció el dia 17, y Madrid presentó hasta la caída de la tarde una fisonomía indescriptible. Ya no hay Gobierno! se decian las gentes al encontrarse en la calle; ya hemos reivindicado nuestra vergüenza! ya podemos sacar nuestras mugeres á la calle! ya hemos vuelto á ser españoles! Estas frases corrian de boca en boca: el júbilo se retrataba en todos los semblantes: comentábase del mil maneras la espulsion de los ministros: quien decia que al presentarse San Luis en palacio habíasele prohibido la entrada en la real cámara: quien, que al preguntarle S. M. por el estado de las provincias, el gefe polaco con su natural impudencia la habia contestado que la tranquilidad continuaba inalterable en todas partes, y la Reina entonces habíale enseñado los partes de los pronunciamientos de Valladolid y Barcelona. Sin responder de la mayor ó menor verosimilitud de tantos rumores como corrieron por aquellos dias, mas ó menos autorizados, es lo cierto que el hecho de su espulsion quedó tan envuelto en las tinieblas palaciegas como el de su encumbramiento al poder.

IV.

Túcanos ahora ocuparnos en un punto árduo y escabroso de suyo, y difícil de ser tratado, como que sobre tener la grande influencia que tuvo en las cosas que sucedieron despues, no dejó de estar rodcado entonces de circunstancias desconocidas y oscuras que no se han aclarado mas tarde, las cuales por ventura puedan dar ocasion á que no apreciemos con el acierto que quisiéramos los hechos y la conducta de ciertos hombres notables pertenecientes á ambas oposiciones, que por el respeto de sus buenos antecedentes, ponen, aun en medio de sus mayores yerros, temor y duda en quien tiene necesidad de juzgarlos.

Pero dado que nuestra desconfianza sea grande, nuestro deseo de acertar no es pequeño, ni mucho menor la obligacion en que estamos de decir toda la verdad de nuestro pensamiento, que si puede ofender susceptibilidades despiertas siempre en el que yerra, quizás alcance á alumbrar un poco las tinieblas en que la generosidad ó la flaqueza han querido dejar

envueltos sucesos que para bien y enseñanza del pueblo hubiera sido mejor que quedasen esclarecidos.

Nuestros lectores habrán comprendido sin esfuerzo que nos referimos á ese Ministerio que en lo breve de su vida ganó mayor celebridad y mas funesta que la que hayan alcanzado otros muchos en largo periodo de tiempo; y que consiguió á fuerza de torpeza ser por espacio de treinta horas objeto del aborrecimiento público, y aun ocasion de que algunos dudasen si habria ministros peores que los polacos y presidente mas indigno de serlo que el primer Conde de San Luis.

El 17 de Julio por la tarde, huérfana la reina de sus consejeros á consecuencia de la obligada dimision de Sartorius, llamó á Palacio al general Córdoba y le encargó la formacion del ministerio. Primero y grave desacierto de Palacio; pues, si como es de suponer, se pretendia satisfacer la opinion del pais y acabar con las causas del descontento público, no era modo de conseguirlo poner al frente de los negocios á un hombre como el general Córdoba, que ni por su aptitud politica ni por ninguna otra calidad notable era llamado á gobernar en circunstancias tan escabrosas como aquellas, cuanto y mas que su nombre antes que ser garantía para la oposicion y prenda de confianza para el pueblo, tenia á los ojos de todos un significado funesto, por lo cual forzosamente habria de mirarse su nombramiento como una continuacion quizá mas hipócrita en las formas, pero no por eso menos semejante en la esencia, de la politica de Sartorius.

Bien es verdad que conviene tener en cuenta que aun existian vivas y permanentes al lado de la reina las influencias fatales que tan desaconsejadamente y con tanta deshonra suya y daño de la nacion venian de mucho tiempo atras sojuzgando su ánimo: estas, como tan interesadas en que aquel orden de cosas que tan cómodo las era y que de tanto provecho las servia no fuese destruido en un punto, habian de resistir naturalmente la entrada á toda reforma verdadera, por mas que mirando como arreciaba la tormenta que á mas andar se venia encima de sus cabezas, tratasen de desvanecerla aparentando entrar en tratos con la oposicion, y sacrificando á su propia conservacion la existencia ministerial de los hombres que mas se habian atraido la indignacion y el desprecio de las gentes.

Esto es lo que entre los hábiles del dia se llama *desconcertar á las oposiciones*, y lo que con próspero suceso habia ensayado los años atrás

la Duquesa de Riánsares cuando á resultas del famoso golpe de estado que intentó Bravo Murillo le sacrificó en aras del descontento público, sin embargo de que jamás aquel ministro hubiese dejado de mostrarse complaciente ayudador de los pensamientos codiciosos de la rapaz, avarienta é insaciable señora.

De cualquier modo, ahora se conociese lo forzoso de ceder á las públicas exigencias, ahora se tratase un nuevo *juego de manos* por la madre de la Reina, que tan justa reputacion gozaba de diestra *cubiletera*, ello es, que conforme dejamos dicho, fué llamado á salvar la situacion el general Córdoba. Y ya que la casualidad ó el capricho levantaron á este personaje á un puesto que, singularmente en las circunstancias aquellas, no era sino muy apropiado para poner de manifiesto la escasez de sus recursos y la exigüedad de su talla, bien es que escribamos algo, así de sus calidades y antecedentes como de la actitud que durante los últimos meses habia observado respecto á la situacion caida.

Era de muy antiguo el general Córdoba miembro del partido conservador, y aunque la celebridad de un nombre cuyas viejas glorias habia refrescado su hermano D. Luis Fernandez de Córdoba no permitia que quien le llevase viviera oscurecido, nunca brilló entre los primeros ni en politica ni en armas, que eran sus principales y mas conocidas ocupaciones. Méritos de su apellido, que no suyos, le habian traído sin embargo á Senador del Reino y á Teniente general de los ejércitos nacionales, y en 1847 hallósele bueno para formar parte, como ministro de la guerra, del gabinete Goyena.

No hay quien ignore cuánto fué de breve y estéril la vida de aquel ministerio, durante la cual ni aun tiempo tuvo Córdoba para acreditarse de inepto: adherido luego á la politica de Narvaez, no descuidando sus relaciones en Palacio, nombrado dos veces Director de Infantería, habia llegado á hacerse figura de cierta importancia secundaria, y rara vez pasábamos por un periodo de crisis ministerial sin que su nombre sonase como candidato para alguna cartera y aun para la misma presidencia del Consejo.

Desde la tentativa del golpe de estado veníase manteniendo en una actitud dudosa, que ni bien le hacia partidario del Gobierno, ni bien de tal suerte enemigo suyo, que indisponiéndole abiertamente con Palacio, le inhabilitase para ser llamado al poder: con todo sabíase de cierto que era hostil á los proyectos de reforma constitucional, y no era un misterio

para algunos, que tenía trabajados varios regimientos de infantería para el caso de que los absolutistas de Isabel II se empeñaran en ejecutar el proyecto que meditaban. Eran, pues, los suyos trabajos ocultos y de zapa; conspiraba con los oficiales de los regimientos, y no hacía causa común con la oposición del Senado.

Por eso, aunque votó con los ministeriales en aquella famosa cuestión que en tiempo de Sartorius ocasionó la clausura del Senado, no dudaron los generales que formaban el núcleo de aquella oposición vigorosa en revelarles sus planes y pedirle su ayuda: parece que mediaron tratos, que Córdoba conspiró algún tiempo con O'Donnell, los Conchas y Ros de Olano; y que al cabo hubo de separarse de ellos, con la respuesta que les dió de que solo contasen con él en el caso de que el Gobierno se aventurase á dar el golpe de estado.

Conservó por tanto, entonces como siempre, su posición dudosa, mantúvose á dos aguas, y gracias á estas circunstancias, cuando el levantamiento del 28 de Junio puso en tan grave apuro la existencia de la pandilla polaca, él llegó á ser el designado por la opinión como probable y casi cierto sucesor de Sartorius, pues, suponíase, no con falta de fundamento, que antes de convertir la Reina en ministros á los insurrectos de Vicálvaro, había de llamar al gobierno á un hombre que ni perteneciese al bando despreciado y aborrecido, ni tampoco á las oposiciones, para transigir así en el fondo con la insurrección, dejando á salvo en las formas el amor propio de la mujer y la dignidad del monarca.

Pero la erró con todo quien aconsejase á la reina que llamara al general Córdoba: días atrás, cuando aun no se había dado la proclama de Manzanares ni se habían hecho los pronunciamientos de capitales importantes, ni en Madrid mismo se habían allegado los combustibles que á la menor chispa hacían inevitable un incendio, hubiera podido un ministerio Córdoba ser un medio de transacción, pues á virtud de algunas concesiones, por ventura habrían depuesto las armas los sublevados de Vicálvaro; pero las exigencias crecían á medida que transcurría el tiempo; cuando hubiera bastado Córdoba hubo empeño en sostener á Sartorius; llamóse á Córdoba cuando era menester acudir á O'Donnell; y siendo al cabo insuficiente este último, fué forzoso pronunciar el nombre de Espartero.

Esto se conoció muy tarde, que fué casi lo propio que no haberse conocido: grande bien para la causa del progreso, pues que de esta suerte la ola revolucionaria no se miró contenida en el principio de su empuje: Dios

quita el juicio á los que quiere perder, y así el palacio ayudaba á la revolución sin saberlo, y completaba la obra en que, tambien sin sospecharlo ellas mismas, venian trabajando durante once años todas las administraciones moderadas.

Y no hay que estrañar tal hecho, repetido cien veces en las páginas de la historia: los gobiernos hacen siempre las revoluciones que no los pueblos; en estos suele estar la prudencia y la temeridad en aquellos; y es que gobiernan la política leyes contrarias de las que rigen la perspectiva, y en el mundo moral, al revés de lo que sucede en el físico, son los sitios mas elevados los peores puntos de vista.

Mientras el Conde de S. Luis era despedido de palacio y el general Córdoba tomaba sobre sí la empresa difícil de formar un nuevo gabinete, celebrábase una reunion de hombres notables del partido progresista, en la cual, partiendo del supuesto probable de que fuesen llamados por la reina, se acordó acudir á su llamamiento y tomar parte en un ministerio misto con tal que en él estuviesen representadas las oposiciones del Senado: y en verdad que tal resolución tuvo mas de precipitada que no de sábia y menos de patriótica que no de interesada; pues ni la ambicion personal del mando ni el provecho material y pasajero del partido debieron ser poderosos á conseguir que los prógresistas consintieran en subir al gobierno sin llevar á él la integridad de su dogma y la pureza de sus doctrinas: que luchar tantos años y transigir cuando está cercano el instante de la victoria, ni gana honra á quien lo hace, ni conviene á los intereses morales de un partido. Menos impaciencia en el partido progresista oficial, mayor prevision, mas patriotismo ó mas cálculo, y habria comprendido sin dificultad que la situacion forzosamente tenia que venir á sus manos, y no habria aceptado solidaridad de ninguna especie con el general Córdoba, del cual y de los hombres que hubieran querido juntársele seria únicamente la responsabilidad de las escenas de lucha y de matanza de que fué teatro la capital de la monarquía, para gloria del pueblo y baldon de sus opresores.

Córdoba entre tanto viendo que sin la ayuda de hombres de marcada significacion política y que se hubiesen ganado las simpatias del pais no era posible la formacion de un ministerio con probabilidad de subsistencia, solicitó una entrevista de D. Antonio Rios Rosas por medio de un mensajero que, si mal no recordamos, fué el señor D. José Gutierrez de la Vega: vióse este primero con Cánovas del Castillo que se prestó gustoso á pro-

porcionar la conferencia: vaciló al pronto Rios en aceptar la invitacion que el general le hizo de que tomase parte en el ministerio cuya formacion le habia encargado la reina; y tomando consejo de alguno que parece le opuso ciertas dificultades, determinóse al cabo á dar una respuesta afirmativa al general Córdoba.

No queremos pecar de parciales ni dirigir cargos injustos á personas cuya vida pública ha sido por mucho tiempo merecedora de respeto, y por eso no haremos á Rios Rosas un crimen de haber aceptado la compañía de Córdoba asociando á él su significacion y su nombre: si él hubiese sido de tal modo una necesidad, que rehusando el puesto que le ofrecian hubiera hecho imposible cualquier combinacion ministerial, su aceptacion apenas si tendria disculpa; pero ya segun tenemos entendido, contaba Córdoba con algunos viejos progresistas, y es de presumir que la negativa de Rios no hubiera sido parte á que dejara de formarse el ministerio. No fué él, fueron los santones progresistas los culpados en esto, fueron, repetimos, su imprevision ó su impaciencia los cómplices inocentes de las tramas palaciegas: porque no es posible contradecirlo ni negarlo; sin su apoyo Córdoba hubiese tenido que renunciar el encargo que le hizo la reina; habrian sido forzosamente llamados los progresistas, y entonces imponiendo ellos condiciones en vez de recibirlas del Palacio, por ventura se hubiera llegado pacíficamente adonde vinimos á parar mas tarde, despues de tres dias de combate.

No mediaban iguales razones respecto á D. Antonio Rios Rosas, ni tenia este que obedecer á los propios móviles que los progresistas: antes, como hombre de partido debia procurar que los intereses que defendia estuviesen representados en la situacion que se creara, y por eso desde el punto de vista de sus doctrinas no era conveniente ni menos politico suscitar embarazos que empeorando el estado de las cosas, diesen por resultado ó la revolucion popular, que podia llegar á la república, ó la venida de Espartero que quitase toda intervencion en los negocios públicos al partido conservador.

Parécenos que esta esplicacion que damos de la conducta del Sr. Rios y esta declaracion leal que hacemos pondrá á cubierto de toda sospecha el juicio desfavorable y duro que habremos de emitir sobre el mismo, con ocasion de sus actos durante el breve periodo de su vida ministerial.

Mientras tales tratos y arreglos se disponian en las regiones oficiales, cundia rápidamente por la capital la nueva de la caída de Sartorius, y el

pueblo, cuya indignacion habia crecido á punto de desbordarse, aprestábase á resolver la cuestion y á liquidar la añeja cuenta de sus agravios por si mismo y sin licencia de nadie.

No es nuestro ánimo narrar en todos sus detalles los sucesos memorables de la noche del 17 de Julio, ni los hechos heroicos de los dos siguientes dias cuyo recuerdo levanta nuestro pecho de entusiasmo y de orgullo, aun ahora, en medio del desconsuelo que nos produce la consideracion de como han sido estériles los sacrificios ejecutados y cuán escasa en frutos para la libertad la sangre de los denodados madrilenos. Escribimos estas páginas en las horas que podemos robar á ocupaciones de otra especie, lo cual es causa de que tan lentamente vean la luz y de que, apartándonos con pena de nuestro primer propósito, pasemos de ligero sobre lo ocurrido en aquellos dias y dejemos á otro el cuidado de referirlo; pero apuntaremos los sucesos de bulto sobre que hayan de recaer nuestros juicios, para no dejar del todo incompleto este nuestro desaliñado trabajo.

Sabedor el pueblo de la caida vergonzosa de los polacos, enterado por las proclamas que se repartieron á primera hora de la noche, del pronunciamiento de Valladolid, Barcelona y Zaragoza, resuelto á no sufrir mas y avergonzado de su paciencia antigua, comenzó á dar senales de agitacion á la salida de los toros, y encaminándose por la calle de Alcalá dando vivas á la libertad, á la Constitucion y á la Milicia, hácia la puerta del Sol, detúvose delante de la casa de Correos, tomando una actitud que de vez en vez se hacia mas formidable y amenazadora por la multitud de gentes de varias edades y condiciones que desembocando por las calles que van á parar á aquel sitio iban allegándose á los grupos anteriormente reunidos, hasta llenar aquel espacio con una muchedumbre inmensa cuyas mugientes oleadas se estendian de un lado hasta la mitad de la calle de la Montera, y de otro por la calle Mayor hasta cerca de Platerías.

A los principios de esta escena, antes de que se hubiese manifestado en toda su grandeza este magnifico prólogo que tan bien anunciaba el drama soberbio aunque sangriento que poco despues debia representarse, algunos conspiradores, y entre ellos el que escribe estas páginas, mezcláronse á los grupos, y trataron, no sin riesgo de sus personas, de calmar á la multitud irritada: porque temian que aquellos grupos sin organizacion y sin armas que ya se habian aumentado hasta con mugeres y con niños, diesen ocasion á que las autoridades militares hicieran uso de la fuerza y dispersándolos con la sorpresa y confusion de los primeros mo-

mentos, malograsen el suceso del movimiento popular organizado que se tenía dispuesto para aquella noche, y que no podría estallar hasta las diez, según aviso de D. Cayetano Cardero, que era el encargado de ponerse á su frente.

Bien pronto, sin embargo, hubieron de persuadirse estos estranos pacificadores de lo vano de sus esfuerzos: habia ya tomado la multitud allí junta ese aspecto magestoso, imponente y terrible que solo toma el pueblo en las raras ocasiones en que penetrado de la verdad de su derecho se levanta á ejercitar su soberanía; brillaba en aquellas frentes levantadas el sello de la dignidad humana; salia abrasando el soplo de la libertad de aquellos pechos alterados; rugian ya sobre aquel Océano las tempestades de la revolución.

En presencia de aquel espectáculo no habia lugar á la reflexion ni al miedo ni á la duda; devorado quien quiera que lo contemplase de la ardiente y general calentura, sentia grande el alma y vigorizado el cuerpo y tenia que lanzarse como un frenético en aquel vértigo de locura y dejarse arrastrar como un átomo por aquel torbellino de ira y perderse como una gota en aquellos mares de entusiasmo.

Rompióse al cabo aquella muchedumbre compacta dividiéndose en muchos grupos numerosos, que partieron en diferentes direcciones: unos se apoderaron del Principal, que imprudentemente abandonaron á poco: otros entraron en el gobierno político, cuyas puertas les abrió el sargento Arias, y se apoderaron de cantidad de fusiles, carabinas, pistolas, sables y cartuchos: otros marcharon á la cárcel del Saladero á poner en libertad á Rivero, Cervera, Narciso Escosura, Cámara y otros patriotas, liberales todos, demócratas los mas, que unos por conspirar, otros por escribir, alguno por hablar, sufrían hacia tiempo los rigores de la prision: entre todos ellos, D. Nicolás Rivero, demócrata de alta inteligencia y variados conocimientos y de fabulosa tenacidad y constancia para las conspiraciones, era quien mas tiempo llevaba de preso, y quien mas sin duda pensaba estarlo, á juzgar por el rasgo original y notable de levantar su casa y hacer almoneda de sus muebles, diciendo que «pues el Estado le proporcionaba habitacion, aunque mala, se escusaba él de pagar al casero.»

Los restantes grupos, mayores que los otros en número y entusiasmo, se derramaron por todas las calles de la capital, y llevados de un comun instinto que misteriosamente les juntaba en un propio é idéntico pensamiento, dirigiéronse á las casas de los personajes mas notables de la si-

tuacion caida, y determinados á satisfacer en algo los impetus de su ira, ya que no dieron con las personas de los odiosos y despreciados mandarines, entregáronse con la salvaje ferocidad del entusiasmo al destrozo de cuantas alhajas, muebles, adornos y objetos de toda especie vieron sus ojos y pudieron tocar sus manos.

Era aquel un espectáculo de horror y de lástima, si bien de justicia y de escarmiento: las soberbias lunas venecianas que habian reflejado tantas veces la satisfecha altivez de los latro-magnates y la bajeza de sus aduladores cortesanos, retrataban ahora rostros feroces é indignados, antes de caer reducidas á polvo por los puños de los sables y las culatas de los fusiles; las vistosas colgaduras caian hechas girones sobre las destrozadas alfombras; los muebles de mas ricas maderas y costosas labores, mirábanse hechos hastillas por el suelo ó caian desde los balcones á quebrarse contra el pavimento de las calles; los objetos de mayor comodidad y lujo juntos y revueltos con los de uso mas vulgar y con preciosidades y maravillas artisticas, todo fué roto, destrozado y aniquilado: ni se perdonaron las paredes y techos, vestidos de sedas y de pinturas, que tambien fueron acuchillados y golpeados cuando se hubo dado fin de las otras cosas. El pueblo jadeante, enloquecido y furioso parece como que en el vértigo de su ira prestaba animacion y vida á todos aquellos objetos inanimados, y queria vengar en ellos las culpas que cometieron sus dueños.

Y para que nada faltase al aparato de aquel cuadro, horrible y magnífico á la vez, encendiéronse grandes hogueras, que alumbraron con sus tintes rojizos la ferocidad de los rostros y aumentaron la terrible grandeza de aquella escena con los resplandores siniestros del incendio: tocaron entonces la furia y la locura los últimos extremos de lo imaginable; fuego brotaban todos los ojos, gritos inarticulados y roncossalían de todas las gargantas, objetos de cien especies se escapaban de todas las manos y venian de todas partes á añadir nuevos pastos á la voracidad de las llamas. Sobre todo ponía lástima en el alma el mirar aquellos cuadros soberbios y acabados, que la rapacidad arrebató á los museos y el furor arrojaba á las llamas; ¡ay! de aquellos lienzos, en muchos de los cuales brillaba el talento de Murillo, el alma de Rafael y el genio de Miguel Angel, de aquellas glorias del arte á que no se habian atrevido las injurias del tiempo, nada quedó de allí á poco sino negras pavesas, juntas en lastimoso monton por la noche y dispersas al otro dia por el viento de la mañana! No justificamos nosotros ni menos aplaudimos aquellos hechos, pues aunque ame-

mos la libertad, no podemos ser enemigos del arte; pero el vicio; la crápula y los escándalos de todo género habían llegado á su colmo, y no es de extrañar que también subiera de punto la indignación que llenaba el ánimo de las gentes: los excesos arriba autorizaron el desenfreno abajo, y por eso es solo el gobierno el responsable de las demasías del pueblo. Que, como era costumbre lustrar y purificar los templos profanados por un delito, así después de la dominación polaca fué necesaria esta purificación de fuego en el suelo sagrado de nuestra patria.

¿Ni quién, aunque deplora que el pueblo se vea obligado á ejecutar hechos de desolación y de esterminio, podrá negar que era esta vez el escarmiento saludable y preciso y que convenía que fuese solemne la justicia como había sido público el escándalo? Ni como, por más que quiera mostrarse ciego á las enseñanzas de la historia, habrá nadie que desconozca que esa fuerza invisible pero existente, que se llama lógica ó providencia, levantó en el ánimo de las masas las tentaciones del incendio, para que sirviese de provechoso ejemplo el mirar como en pocas horas de aquellas magnificencias del lujo por las cuales una cuadrilla de miserables había sacrificado los principios, el honor, la probidad y la vergüenza, no dejó sino viles cenizas la venganza del pueblo, de la cual solo fué un instrumento la implacable voracidad de las llamas?

Varias fueron las casas visitadas por el pueblo durante esta noche memorable; pero no se ensañó su ira (y es en esto muy de notar lo admirable de su instinto) contra todos los corifeos polacos: Sartorius, Esteban Collantes, Salamanca y Quinto fueron los objetos privilegiados del odio público; Vista-hermosa, de quien nadie se hubiese acordado un mes antes ni dos meses después, tenía irritado el ánimo de los madrileños con el recuerdo, fresco todavía, de su vanidad quijotesa y ridícula, y por eso su casa y muebles fueron también incendiados, sufriendo por sandío lo que sus compañeros por criminales. A propósito de este incendio, recordamos con pena que un niño de pocos años, hijo del Conde, estuvo á punto de ser víctima de las llamas, y de pagar con su inocente existencia, la tontería de su padre: por dicha fué salvado, probablemente por alguno de los incendiarios.

Pero donde cargó mayor golpe de gente, y donde hasta los viejos, las mugeres y los niños acudieron á tomar parte en la obra de destrucción, fué en el Palacio de la calle de las Rejas, habitación de Doña María Crisolina de Borbon, viuda de Fernando VII y esposa del ex-guardia Fernan-

do Muñoz, al presente Duque de Riánsares : fueron allí mas estremados que pudiesen serlo en otra parte los furores del pueblo ; no pudiendo penetrar por las cerradas verjas de hierro , corrieron algunos hombres en busca de grandes martillos para forzarlas, mientras unos cuantos jóvenes, por cierto elegantemente vestidos, no quisieron dar tantas treguas á su impaciencia , y á favor de prodigiosos esfuerzos de que solo es capáz la gimnasia cuando está ayudada por la ira, consiguieron trepar hasta los balcones, romper los cristales y penetrar en la casa.

Renunciamos á describir el espectáculo que ofrecia la plaza del Senado, con sus tres grandes hogueras alimentadas sin cesar con objetos que caian por los balcones del Palacio, una de cuyas alas era tambien presa de las llamas; con aquellos incendiarios, de pechos jadeantes y rostros feroces; con aquella muchedumbre, loca y frenética, de puro gozosa y entusiasmada.

Doña María Cristina habia ya tomado asilo en el Palacio de su hija; ¿pero qué le importaba al pueblo? ¿No habia entrado como triunfador en la casa de la muger altiva? no reducía á cenizas parte de sus impudentes rapiñas, ¿no estaba tomando ámplia y sabrosa venganza de la cortesana ilustre? no manifestaba cumplidamente su odio y su desprecio á la gran criminal?

Y tenia razon el pueblo, tanta y tan clara como haya podido tenerla el mas agraviado de la tierra; porque Cristina, su ídolo un dia y sus esperanzas, habialas defraudado cruelmente, comenzando por manchar el tálamo del monarca, que fué lo propio que mancillar el honor de la nacion, á la que habia despojado luego, y oprimido, escarnecido y deshonorado despues.

Pero engañóse torpemente el pueblo si ya se creyó soberano por eso, y pensó que nadie habia de impedirle la ejecucion de su justicia: estaba Cristina en Palacio, y no era posible que sufriese aquel escarmiento y devorase en silencio aquella injuria: ni los sucesores de Sartorius, que permanecieron tranquilos mientras solo se atacaron las casas de los ministros caidos, habian de guardar su actitud cuando se tratase de inferir daño ú ofensa á señora tan ilustre y merecedora de respeto como lo era la Duquesa de Riánsares : bueno que la combatiesen antes, cuando ellos estaban caidos y lejos de los favores reales; pero despues, cuando ya eran ministros, su deber era protegerla, su obligacion impedir que las *turbas desenfrenadas* faltasen al decoro de Doña María Cristina, que si bien se habia casado con Muñoz, al fin era madre de la Reina.

210

No habia, pues, otro medio sino dar órdenes á la tropa de que hiciese fuego contra la insolente muchedumbre; ¿porque no era mejor llevar la desolacion y el luto á unas cuantas familias; hacer que muriesen tres ó cuatro mugeres, unos cuantos viejos y algun niño, que consentir que se quemasen las cortinas y las alfombras de aquella señora tan buena, que tal vez no habia sido mas que infiel para su esposo, ingrata para su pueblo, y motivo de perdicion para su hija?

¡Oh! basta de ironia; que se levanta el pecho de indignacion, y rebosa el alma de amargura. ¡El pueblo fué aquella noche cobardamente fusilado, y no se ha hecho efectiva contra nadie la responsabilidad de la sangre vertida! ¿Quién dictó las órdenes de asesinato? ¡Gándara, el ejecutor, ha hablado para justificarse! ¡vergüenza para los ministros que han llamado! ¡compasion para el pais que los ha elegido luego por sus representantes!

Pero juzguemos en calma los hechos y las personas, no se diga que son impresiones pasajeras las que deciden de nuestros juicios. En tanto que el pueblo, disperso por sorprendido en los primeros momentos, se aprestaba á la resistencia; mientras la lucha comenzaba á empeñarse y el estamipido del fusil y el estruendo de la artilleria anunciaban un combate fratricida y sangriento, ¿qué hacian D. Antonio Rios Rosas y los progresistas del ministerio?

Demos por concedido, (por honra suya queremos creerlo y afirmarlo) que no salieron de su boca las órdenes de asesinar al pueblo; digamos tambien que Córdoba, que la autoridad militar las dictó sin noticia de sus compañeros; lleguemos hasta lo absurdo, y concedamos que en la confusion de aquellos momentos quizás se mandó por quien no tenia derecho para hacerlo, y se obedeció de buena fé por quien no debiera haber obedecido: por ventura, ¿es menos cierto á pesar de eso, que el fuego duró toda la noche del 17, y que siguió por espacio de otros dos dias, hasta que, en presencia de la terrible actitud de todo un pueblo, vino á acudirse al cabo á la inmensa popularidad de un nombre ilustre, del que nadie se acordó probablemente en las regiones oficiales, mientras se creyó que solo habia que habérselas con una *gavilla de tunos que incendiaban por robar y de los cuales podia darse fin con una compañía?*

¿Quién tuvo la culpa de que se prolongase aquel encarnizado combate; cuya es la responsabilidad de la sangre tan inútilmente vertida? Culpados son y responsables todos cuantos pudieron impedir la continuacion de la

lucha y no lo hicieron, sin hallarse asistidos de razon alguna que les justifique; culpados son y responsables con una culpa y responsabilidad tremendas, Rios Rosas y los progresistas del Ministerio Córdoba, que en tanto que se batian en las calles el ejército y el pueblo, en vez de dictar medidas que pusiesen fin á la pelea, en lugar de salir ellos mismos á contenerla, siquiera fuese con peligro de sus vidas, (que no menos que á eso debian considerarse obligados) se entretenian en discutir un programa de gobierno, mezquino, insuficiente y ridiculo.

Porque solo una razon suprema, la necesidad de llevar á cabo por este medio el triunfo de un principio político, podia hacer disculpable la prolongacion de la lucha: y desde este punto de vista solo estaban interesados en ella los que querian pasar sobre el trono para llegar á la república, ó derribar la dinastía que miraban como el primer obstáculo á la union de España y Portugal. Pero para los otros, para los que querian la reforma conservando el trono, la dinastía y la persona de la reina, el problema era fácil de plantear y sencillo de resolver; ¿podia llegarse sin las jornadas de julio donde se llegó despues de ellas? ¿podia evitarse el derramamiento de sangre? ¿podia salir espontáneamente de Palacio lo que impuso luego la soberanía de las barricadas?

Recordemos algunos antecedentes y veremos como era esto no solo probable, sino forzoso que sucediese.

El pueblo de Madrid habiase levantado con ocasion de la caida de Sartorius, y noticioso del programa de Manzanares: es decir, que un gobierno que se hubiese declarado franca y lealmente partidario del movimiento de Junio hubiera contentado los descos de la opinion y puesto fin á la ansiedad y zozobra de que estaban poseidos los ánimos. Solo para hacer esto, solo para ser consecuente consigo mismo y con los demás, pudo y debió entrar en el gobierno cualquier hombre político que hubiese estado asociado á la conspiracion de los cinco meses y se hallase identificado con las miras y los intereses de la insurreccion del 28 de Junio.

Pues D. Antonio Rios Rosas era este hombre, y tanto que con él se habia contado para todo, y él quedó en Madrid á la salida de los generales como representante del Conde de Lucena: y si entró en el ministerio para algo mas que para ser poder—como es de presumir en quien habia rehusado entrar en tantas combinaciones ministeriales—si ya conocia el programa de Manzanares, lo cual casi podemos asegurar, tan fuertes son los motivos que tenemos para creerlo, no debió renegar el ministro del cons-

:

pirador, debió responder al Rios Rosas de la oposicion, el Rios Rosas del gobierno. Por eso, y para que no pudiera imaginarse por nadie que faltaba al general O'Donnell y á sus otros compañeros de conspiracion, era un deber imperioso para el personage de quien tratamos el dar por programa de gobierno la proclama de Manzanares: porque si es que el señor Rios representaba algo mas que una figura para llenar un hueco, eso tenia que significar la presencia en el gobierno del apoderado del general O'Donnell. Junto con él habia conspirado por derrocar un sistema funesto y dar el triunfo á otro cuyos principios acababa de formular el gefe del ejército libertador: pues bien; ó estos principios se realizaban, ó debia dejar su puesto el señor Rios Rosas, sin que fuese poderosa á apartarle de su propósito ninguna consideracion humana: monárquico y todo como és, y amante de la Reina, aun entre esta señora misma y la causa de que él era partidario, la eleccion no podia ser dudosa para un hombre de temple, de consecuencia y de principios.

El lo quiso de otro modo y para nosotros está juzgado; pero, por mas que sea conservador y nosotros demócratas, lamentemos con sinceridad la caida de un hombre que por moral, por ilustrado y por decente era una esperanza para la pátria!

Porque su caida ha sido tanto mas grande, cuanto era mas alto el puesto á que le habian levantado su carácter y su constancia: lastimoso es por cierto que no haya trabajado y sufrido tanto tiempo sino para venir á desprestigiarse en un dia; y sensible que su despecho haya llegado á punto de hacerle enemigo mortal de la situacion nacida del alzamiento de Julio, dando así lugar á que se diga que no puede perdonar á la revolucion el haber pasado por encima de su persona y héchole bajar de un asiento en que intentaba sostenerse á metrallazos!

Casi es del todo aplicable el juicio que hemos espresado sobre el señor Rios Rosas, á los ministros progresistas compañeros suyos en el mando: no habian estos tomado una parte activa en la conspiracion, lo cual, sea dicho de paso, no arguye mucho en favor suyo; pero aunque no tuviesen compromisos personales y recientes con la revolucion, tenianlos de muy antiguo con las ideas que encarnaba, habianlas sustentado por largo espacio de tiempo, y estaban obligados por tanto á realizarlas inmediatamente en el poder. Solo á este precio pudiera perdonárseles la culpa de haberse asociado con el general Córdoba para subir al mando; solo el triunfo absoluto y exclusivo de los principios hubiera autorizado la transac-

cion con las personas. Volvemos á decir, porque jamás tales verdades se repetirán demasiado, que imponiendo condiciones y no recibíendolas, es como podían entrar decorosamente á ser gobierno los señores Cantero, Gomez de la Serna y Roda: que no tienen disculpa hombres como ellos en haber permanecido ni un minuto en sus puestos desde el punto en que se comenzó el fuego contra el pueblo: que no es bastante la excusa de querer conservar la situacion á Espartero, porque no podia ocultárseles el papel importante que tenia que desempeñar este ilustre personaje, sabiéndose como se sabia, que Zaragoza se habia pronunciado y que estaba al frente de la junta el bizarro general Gurrea, que era lo propio que estar Espartero mismo: y en fin, que tampoco puede aprovecharles la razon que han dado del interés del trono y de la persona de la Reina.

Ellos menos que nadie pueden justificarse con tal excusa: hombres de progreso, si la revolucion iba contra el trono, porque el trono se obstinaba en defender los abusos y el escándalo, debieron ir contra los abusos y contra el trono y al lado de la revolucion; pero ellos han dicho lo contrario: ellos sostienen que el pueblo respetó la monarquia y la reina: ¿cómo quieren entonces que pueda satisfacernos esa explicacion de monarquismo? si la revolucion no iba contra el trono, ¿cómo ellos, monárquicos pero progresistas, dejaron que se metrallase á la revolucion?

Inmensa es su responsabilidad, y pocas y débiles las explicaciones que han dado mas tarde delante de las Córtes; y como sentimos que liberales tan honrados y consecuentes siempre cayesen en error tan funesto, deseamos de todas veras que den un manifiesto donde se aclaren bien los hechos y no quede secreta ninguna de las circunstancias que puedan justificarlos. Y no sabemos como ya no lo han hecho, cuando no solo Gándara, Mata y Alos y Córdoba han publicado manifiestos, sino tambien el brigadier Milans, el cual, sin embargo de ser su mision á Alcalá un suceso infinitamente menos importante, ha creido necesario explicarle en un comunicado que dirigió al periódico *La Nacion*. Verdad es, que respecto á este último, los hechos han venido en ayuda de las palabras; y su actitud el 28 de agosto acredita que es digno de figurar en las filas de la democracia.

Tal es el juicio que hacemos de aquellos hombres y de sus actos como ministros: dignos de respeto hasta entonces por su consecuencia, su moralidad y servicios, miráronse al frente de los negocios públicos en situacion que, por lo mismo que era de las mas graves y difíciles, era tam-

214

bien de las mas ocasionadas á ganarles gloria á ellos y provecho al pais: si hubiera sido su conducta diversa de la que fué, si se hubieran mostrado ahora consecuentes con los principios que sustentaban cuando no era gobierno, no hay duda en que habrian evitado tanta horas de inútil y encarnizado combate entre los hijos del pueblo y los soldados del ejército, que, aunque fuesen los instrumentos de la opresion, tenian el mismo origen, y eran al cabo sus hermanos. Y como haya sido estéril aquella sangre, puesto que no por haberse vertido en abundancia se han alcanzado mejores frutos, no podemos recordar sino con indignacion y con pena el vano sacrificio de tantos mártires que murieron con una muerte gloriosa peleando por la libertad de su patria: delante de este recuerdo triste, pero sagrado, ceden las consideraciones que de otro modo tal vez pudieran detener nuestra pluma; algo se debe á la memoria de las víctimas, y no las negaremos nosotros la verdad que tienen derecho á exijirnos. De que fuesen necesarios los estragos de una revolucion para llegar á una reforma que hubiera podido pacíficamente ejecutarse; de las desdichas venidas sobre el pueblo; del fuego, de las muertes, de los duelos y de las lágrimas, son responsables mas que nadie los hombres que no estuvieron treinta horas en el poder sino para dejar que metrallasen á ciudadanos que pedian lo que ellos, sin que lo pidiesen estaban obligados á darles; los que mancharon toda una vida de patriotismo y de constancia con el crimen de un dia—tanto fue de grave y de imperdonable!— los que se han librado de la responsabilidad legal que hubiera debido alcanzarles delante de las Cortes, pero que ni escaparán al fallo de la historia, ni evitarán, de quien pretenda juzgarlos blandamente, la calificacion de incapaces, ni lograrán que jamás el pueblo (inocente hasta en sus venganzas) ponga en olvido el apodo de *Ministerio Metralla*.

CONCLUSION.

Dos palabras antes de poner fin á estos desaliñados apuntes.

El movimiento que triunfó en las barricadas de Madrid, fué uno de los mas terribles, magestuosos é imponentes de que haya podido dar ejemplo la grandeza de un pueblo: parecia una corriente poderosa que amenazaba arrebatar, con lo irresistible de su empuje, todos los abusos inveterados, todas las viejas instituciones, todos esos gérmenes de debilidad, de disolución y de muerte que en el lenguaje pomposo de estos tiempos se llaman *intereses permanentes* de la sociedad y del mundo.

Era una amenaza de esterminio para el Interés y una esperanza de triunfo para el derecho: prometia ser el reconocimiento ámplio y solemne sin limitaciones cobardes, sin reservas hipócritas, sin mutilaciones traidoras, de la libertad humana, y su ejercicio legitimo en todas las esferas.

Prometia proclamar y realizar todas las libertades: libertad absoluta de imprenta, que no es sino un modo de manifestacion para la actividad de la inteligencia.

Libertad de conciencia, modo de manifestarse el alma en sus relaciones con Dios.

Libertad de enseñanza; es decir, abolicion del privilegio y del monopolio en las relaciones del hombre con la ciencia.

Libertad de asociacion; derecho del hombre para aoercarse al hombre, facultad de las individualidades de juntarse en una totalidad colectiva.

Libertad de sufragio; muerte del privilegio del censo, derecho de todo mandante á intervenir en la eleccion de sus mandatarios.

Libertad de peticion; revelacion del pensamiento del asociado delante de la sociedad, derecho del particular á dirigir sus pretensiones á la soberanía pública.

Libertad de trabajo; derecho del hombre á aprovecharse del resultado de sus fuerzas intelectuales y físicas puestas en ejercicio; muerte del monopolio de los capitales.

Libertad de comercio; y para llegar á este fin, reduccion progresiva de los aranceles para no dar muerte, sino antes estímulo á la industria nacional.

Y como sintesis de todas estas libertades y de las otras que son su ne-

cesaria consecuencia, y que no enumeramos ni clasificamos por ser ageno tal propósito á la naturaleza de este trabajo, el ejercicio de la autoridad pública, el cumplimiento verdadero de la voluntad nacional.

Por eso, porque tal fuerza se nos antojaba á nosotros ver entrañada en aquel magnifico movimiento, pusimos por nombre á estos apuntes *La Revolución de Julio*.

Hoy ha venido el desencanto de la realidad á poner fin á las esperanzas del deseo: fuera en verdad dar muestras de espíritu injusto y descontentadizo, decir que nada hemos alcanzado con el movimiento que se ha hecho, y que estamos ahora sujetos á las propias y miserables condiciones que antes de julio de 1854; pues á fé, que ni la planta de la tiranía nos oprime, ni el cáncer de la corrupcion nos devora, ni el aliento de la inmoralidad nos apesta, ni rigen facinerosos los destinos de la nacion española.

Pero no es esto lo que deseábamos, ni lo que podíamos esperar que aconteciese.

- Despues de las largas, frecuentes, y dolorosas convulsiones porque hemos venido pasando hace veinte años, y que han traído á tan lastimoso estado esta flaca y aniquilida monarquía; despues de la declarada ineptitud del partido progresista oficial, que no es bueno porque no se atreve á practicar sus principios, y de la funesta administracion del moderado, que es malo porque aplica demasiado bien los suyos; al cabo de ensayar tantos viejos sistemas que el estado del país acredita de impotentes y malos, parece como que era tiempo de regenerarse en la atmósfera de nuevas y buenas y generosas ideas, y de procurar remedio á los males de nuestra baja presente en la ejecucion de algun levantado pensamiento.

Las ideas, conocidas eran y encerradas estaban en el símbolo de la demooracia: el pensamiento salvador, mucho hacia que se venia defendiendo: era la Union de España y Portugal, en monarquía constitucional ó en república federativa.

Por qué no se ha intentado siquiera realizar este pensamiento, el único salvador y fecundo, el solo capaz de levantarnos del abatimiento que nos postra, á la posicion de potencia de primer órden á que está llamada la Peninsula Ibérica por las condiciones de su topografía, la fertilidad y riqueza de su suelo, el valor de sus naturales y lo glorioso de sus recuerdos? Mengua es que muchos que en la oposicion defendian este pensamiento por bueno, le abandonen cobardemente ahora, cuando era llegado el caso de procurar los medios de ejecutarle.

Ni se ha intentado esto, ni se ha seguido una marcha revolucionaria, porque se ha falseado en su principio el movimiento popular; porque no comprenden, sino antes resisten los ancianos que mueren, las aspiraciones de la juventud que nace; porque el destino de la revolucion ha caido en las manos de los santones.

Ellos, que tienen ojos y no ven, como el pecador de la escritura; ellos, á quienes el tiempo ha traído canas, pero no avisos ni desengaños ni ciencia; ellos que oponen á toda reforma verdadera el encono de la ignorancia y la resistencia de la inercia: que han dormido el sueño de la pereza mientras el mundo proseguia su marcha por el camino del progreso, y sorprendidos por un triunfo que no esperaban, se han encontrado delante de una civilizacion que no comprenden: ellos que tienen su ideal en lo pasado, cuando la humanidad se adelanta á realizarle en lo venidero; ellos que imaginaron que impunemente puede reproducirse la historia, y que solo para mirar repetido un periodo de ella se habia levantado el pais!

Por eso en vez de marchar, han retrocedido; han convertido en una *restauracion* la revolucion que se intentaba; debieron arrancar de 1854 y se han parado en 1843.

Pero hemos adelantado mucho sin embargo: este es el ensayo postremo, el último periodo del reinado de los santones: todo es lógico en los sucesos humanos y esta revolucion tenia que resentirse del vicio de su origen. No importa; uno de dos, ha de ser el fin de esta situacion transitoria: ó el empuje reformador rompe los diques que le detienen en su curso, ó en fuerza de desaciertos venimos al suicidio y caemos en la reaccion; pero de todos modos, pacificamente en el primer caso, á poder de la violencia en el segundo, no hay nada posible despues de esto sino la regeneracion del cuerpo social por medio de las ideas de razon, de libertad y de justicia; la muerte del privilegio á manos de la igualdad, y de la injusticia á manos del derecho; la realizacion, en fin, de la *libertad*, la *igualdad*, y la *fraternidad*, esos tres dogmas admirables en que el primer mártir de la libertad humana compendió su maravilloso evangelio!

FIN.

LAS JORNADAS DE JULIO.



RESEÑA

DE LOS HERÓICOS HECHOS DEL PUEBLO DE MADRID

DESDE LA NOCHE DEL 17 DE JULIO

hasta la entrada en la capital del ilustre DUQUE DE LA VICTORIA.

POR

UN HIJO DEL PUEBLO.



MADRID:—1855.

—
IMPRESA DE D. ANSELMO SANTA COLOMA,
calle de las Dos Hermanas, n. 19.

PROLOGO.

El autor de las paginas tituladas: REVOLUCION DE JULIO ha dado por terminado su trabajo, segun han visto nuestros lectores. Nosotros, respetando el pensamiento del autor, las hemos dado tambien por concluidas. Pero cúmpenos decir que, nuestro pensamiento al encargar que escribiese dicha obra al señor Martos, fué siempre que figurasen en toda su importancia los heróicos hechos del pueblo de Madrid en la Revolucion de julio.

Porque se han sucedido inmediatamente dos revoluciones: una que empieza el dia 28 de junio en el Campo de Guardias, continúa en Vicalvaro y concluye en Manzanares: esta es la revolucion de junio, y pertenece á una fraccion moderada: otra que empieza en la noche del 17 de julio, que ensangrienta las calles de Madrid, que triunfa en nombre de la libertad, de la moralidad y de la justicia; que conserva las armas para defender su triunfo, y que solo las depone, cuando, armada la Milicia Nacional, y encargado del gobierno el duque de la Victoria, cree suficientemente garantidas las consecuencias indeclinables de su triunfo: esta es la revolucion de julio, y pertenece al pueblo.

La primera de estas dos revoluciones fué vencida primero, y salvados despues sus hombres por el triunfo de la segunda: si el pueblo de Madrid no hubiera triunfado en las calles, es muy cuestionable que se hubiera podido escribir como se ha escrito la revolucion de julio.

Ahora bien, nuestro objeto al publicar el libro que ha concluido, fué consignar los hechos de esa revolucion triunfante, apreciar su índole, los sacrificios y el valor del pueblo que la hizo, demostrar, en fin, que sin ella no hubiéramos obtenido la libertad que hoy se ocupa en consolidar la representacion nacional.

Asi, pues, y habiendo pasado el señor Martos al final de su obra con suma rapidex sobre los acontecimientos de julio, creemos complacer á nuestros lectores publicando de una manera independiente la reseña de los gloriosos hechos del pueblo de Madrid desde la noche del 17 de julio hasta la entrada en la capital del ilustre duque de la Victoria, bajo el título de las JORNADAS DE JULIO.

Por lo tanto, nuestros lectores no estrañarán que se toquen de una manera mas estensa, y acaso con distinta apreciacion, muchos de los hechos que brevisimamente ha indicado y juzgado el autor del antecedente libro, para cuyos hechos se han dibujado y se están dibujando láminas especiales.

SEGUNDA PARTE.

Reseña de los acontecimientos de las Jornadas de Julio y de los de los días subsiguientes hasta la entrada en Madrid del duque la Victoria.

CAPITULO PRIMERO.

Consideraciones acerca del estado en que se encontraba la opinion el 17 de julio.—La union liberal.—Su objeto.—Su inestabilidad.—Aspecto de la córte en las primeras horas del 17.—Documento notable.—Caída de los polacos.—Comocion pública.—Manifestacion en la Plaza de los Toros.—Primeros movimientos del pueblo.—Invasion por este del gobierno político y de la casa de la villa.—Ataque y toma del principal por el pueblo.—Junta popular en la casa de la villa.—Nulidad de dicha junta y su disolucion.—Tiros en la Plaza Mayor.—Acomete el pueblo al palacio de Cristina y las casas de algunos polacos.—Atentado horrible cometido contra el pueblo delante de la casa de Cristina.—Gándara desaloja despues de un reñido combate de la carrera de San Gerónimo á los que quemaban los muebles de Salamanca.

Debía al fin amanecer un día en que el pueblo español condenado al silencio por tanto tiempo, sujeto al despotismo ministerial, reducido á la mas ominosa abyeccion, explotado por el monopolio, insultado por la inmoralidad y el cinismo de sus gobernantes, escandalizado por una corrupcion que amenazaba disolverlo todo, ansioso de la posesion de sus derechos y falta de gobierno y de justicia, levantase indignado la frente, y cayese como una tempestad sobre los que habian provocado su cólera.

El día destinado para tan alto fin por la Providencia fué el 17 de julio de 1854.

Día terrible y solemne cuyo recuerdo durará en nuestra memoria cuanto dure nuestra vida; día de justicia y de enseñanza para aquellos que creen que un pueblo puede mandarse como se

manda un rebaño cobarde donde elije el carnicero las víctimas á su antojo.

Dia en que la justicia de Dios permitió la venganza de los oprimidos, y la exaltacion de los humillados; en que los soberbios y los infames cayeron del pedestal de crimenes sobre el cual se habian elevado; en que debia conocerse de parto de quien estaban el valor y el derecho, y en que este último debia escribirse de una manera indeleble con sangre de mártires de la libertad.

¿Ni cómo podia ser de otro modo? Puede sostenerse un partido, ya sea por la fuerza, ya por la conveniencia, ya por el desaliento, por la desorganizacion ó el cansancio de los pueblos, mientras represente una sombra de justicia, de moralidad, de interés por la prosperidad pública; pero cuando se apodera del mando una fraccion que no cabe dentro de ningun partido, porque en ningun partido político que pueda considerarse como tal, caben los asesinos y los ladrones públicos, esta fraccion desde el momento en que escala el poder se pone frente á frente de la revolucion, la provoca, la reta audazmente y acaba, en fin, por caer llena de infamia delante de la indignacion pública.

No podia caber otra suerte á la pandilla Sartorius: sostenida únicamente por la influencia de una alta, ilegítima, criminal y vergonzosa ambicion, su fuerza era ficticia, transitoria, duradera solo el tiempo que bastase para que, robusteciéndose progresivamente una oposicion fuerte y compacta por el resentimiento de los unos, por las ofensas de los otros, por la indignacion de los mas, y sobre todo, por la alarma que debian causar á la nacion la continua ofensa á las leyes, la escandalosa conculcacion de todos los derechos, la prevaricazion y la inmoralidad lanzadas á un punto increíble, con una audacia incalificable, se crease un solo partido contrario, resultado de la union de todos los partidos políticos contra el enemigo comun, y en que solo se oyese un grito unánime: ¡ Abajo los ladrones! ¡abajo los tiranos! ¡abajo los asesinos!

Este partido gigantesco formado por los miembros de todos los partidos militantes, era el que debia adoptar para el combate, y solo para el combate, el lema de *Union liberal*.

Este partido era una especie de cruzada del momento, organi-

zada contra el opresor universal, pero que debia disolverse y ocupar de nuevo su respectivo puesto de combate en el estadio politico, desde el momento en que por el esfuerzo comun, la fraccion odiosa fuese derrocada, pulverizada, imposibilitada de volver al poder.

Hé ahí como nosotros hemos considerado la *Union liberal*: esta union se inició en la célebre votacion del Senado, se reveló de nuevo en la desgraciada tentativa de Zaragoza, volvió á alzarse en Vicálvaro y triunfó al fin en julio en las calles de Madrid.

Pero, como era preciso, esta union, esta liga, esta especie de alianza, se disolvió desde el momento en que estuvo cumplido su objeto, y volvieron á encontrarse con las armas en la mano los antiguos enemigos politicos.

Hé ahí la causa de que la revolucion de julio haya detenido su paso, apenas se habia abierto una senda; hé ahí la razon de que el estado en que nos encontramos sea embrollado y difícil; de que el pueblo solo haya cogido por fruto de aquella revolucion, los preliminares de otra: todas las fracciones del partido liberal desde la mas moderada á la mas extrema, pretenden el mando á título de vencedoras, y poniéndose las unas al paso de las otras, conducen á la nacion á un estado angustioso, tan deplorable como el en que se encontraba antes de la revolucion.

II.

Sin saber cómo, nuestra pluma nos ha lanzado á prejuzgar los resultados de la revolucion de cuyos hechos culminantes vamos á ocuparnos: la ansiedad que sentimos por lo presente se pone delante de lo pasado, y nos obliga á mirarlo desde el punto de vista filosófico de la historia; antes de enunciar el hecho nos vamos á sus consecuencias, y es porque el presente nos domina y nos abruma con los temores del porvenir.

Deciamos que la fraccion Sartorius no podia sostenerse en el poder contra el torrente revolucionario que la combatia: ya en el

discurso del libro anterior ha demostrado su autor los ocultos resortes de que se había servido la revolución, y hemos llegado al punto de que el pueblo, hasta entonces indiferente, tomara una parte activa y principalísima en la lucha.

El día 17 de julio había presentado en sus primeras horas el mismo aspecto de cuidado y de interés público que los otros días desde el 28 de junio. El conocido detenía en la calle al conocido, y le preguntaba el estado de los negocios pero en voz baja por temor á la policía; las preguntas de: ¿dónde están? ¿qué es de la división O'Donnell? ¿qué de la Blaser? estaban en todas las bocas; veíanse los soldados paseando por las calles como una muestra de la confianza del gobierno; la policía ocupaba sus puestos de costumbre, y todos, á escepcion de unos pocos conspiradores, ignoraban que estaba á punto de resolverse aquella larga y angustiosa crisis.

Sin embargo, las noticias que habían circulado el día anterior, aunque sin confirmación, de que la vanguardia de Blaser se había pasado á O'Donnell, que en la provincia de Valencia había movimiento en contra del gobierno, que Buceta había entrado en Cuenca, y por último, que las guarniciones de Barcelona y Valladolid se habían pronunciado en unión con el pueblo, tenían en combustión los ánimos.

Pero se habían desmentido tantas otras noticias favorables á la causa pública, que las recientemente recibidas no hacían otra cosa que aumentar la ansiedad general. Por fin, una noticia importantísima penetró en todas partes, causando una agitación profunda, ya muy avanzado el día.

A pesar de la vigilancia que aun dentro de palacio ejercía el ministerio, este no pudo impedir que llegase á manos de la Reina una carta, fechada en Madrid el día anterior, bastante explícita, clara y enérgica, para que la reina pudiera abrir los ojos á la luz y conocer que los desaciertos de Sartorius podrían arrastrarla á una caída irremediable; no queremos privar á nuestros lectores del contexto de aquella carta, notable por más de un concepto, y la insertamos á continuación:

«SEÑORA: En las crisis difíciles que las naciones atraviesan, es un deber de los ciudadanos honrados elevar su voz al depositario

del poder supremo para ilustrar su razon y afirmar su conciencia, á fin de que, identificándose con la opinion pública que él personifica, satisfaga las exigencias de esta, que nunca se pronuncia uniforme y compacta, sin que la verdad y la justicia la inspiren y conmuevan. Impulsados de tan noble deseo, los que suscriben se proponen mostrar á V. M. el cuadro que ofrece la situacion actual de España, ansiosos de que V. M. lo observe detenidamente, y contemplándolo, fortalezca su ánimo y dé á su corazon el temple necesario para tener uno de esos arranques magnánimos que bastan por sí solos á conjurar una catástrofe y á salvar un pais entero de la disolucion que le amenaza.—El trono de V. M. y la sociedad española se encuentran, Señora, en uno de esos momentos solemnes en que pueden servir de ejemplo y de modelo, ó desaparecer de la lista de los demás tronos y sociedades europeas. Si V. M., penetrada de la necesidad del pueblo, escucha sus lamentos y acoge sus ruegos, verá renacer la alegría en todos los semblantes, esparcirse de gozo todos los corazones, y abrazarse como hermanos los que se hallan hoy desunidos y en campos encontrados. Pero si V. M. aparta su vista y esquivo los oidos al clamor general; si guiada mas bien por siniestros consejos que por impulso propio, se empeña á todo trance en cubrir con su manto las pasiones mezquinas de un pequeño número para sobreponerlas á la conciencia pública; si inducida y fascinada se propone hacer buena la temeridad de vuestros ministros, entonces, Señora, será el suelo español el teatro donde la discordia representará al mundo el mas sangriento drama que ofrezcan sus anales.—Es incomprensible, Señora, que una persona que debe á la naturaleza dotes tan excelentes y de tan alto aprecio como los que adornan á V. M. que tanto afán ha manifestado siempre por el bien de sus súbditos y por la gloria de su reinado, y en quien los sentimientos del corazon marchan á la par con la claridad de la inteligencia, haya acordado su confianza de algun tiempo á esta parte á hombres, que la han ido alejando cada vez mas del camino que V. M. habria seguido ciertamente por sí sola, hasta haberla traído al borde del precipicio donde se halla hoy. Ese contraste que se nota entre las cualidades de V. M. y la abyeccion de los que la rodean é influyen en su ánimo, parece

;

que no puede ser sino providencial, para que V. M. al mirar á sus pies ese abismo se detenga, y por uno de esos actos instintivos del espíritu en los grandes peligros, comprenda la perfidia de los que la conducen, y sepa en adelante distinguir las malas artes del verdadero mérito.—El pueblo ama á V. M., Señora. El pueblo que al quedar huérfana V. M. en sus primeros años la adoptó como hija; que derramó luego tesoros de sangre y de heroísmo por defender su trono; que ha deplorado constantemente verla víctima de ambiciones privadas; el pueblo, en la rectitud y sensatez con que procede siempre, no hace á V. M. responsable de culpas que son de otros y no suyas. Pero las vejaciones, las ilegalidades, los insultos de que lo han abrumado los ministros de V. M., han agotado ya su sufrimiento, y no será extraño que al descargar sobre ellos el peso de su enojo, se viese V. M. envuelta por el torbellino, si lleva su bondad hasta permitirles que se escuden con el nombre y con el trono de V. M. El pueblo español, paciente y resignado como ningún otro, es por lo mismo mas temible en el desbordamiento de sus iras, y si la pasión llegase á dominarlo, tal vez atropellaría ciego en V. M. al objeto que ama.—Los que pretenden que la autoridad y el prestigio del trono exigen que V. M. sostenga á sus ministros hasta vencer esa rebelión que ha producido el descontento general contra los mismos, tergiversan y truncan el sentido de las expresiones, y comprometen en todos conceptos á V. M. La autoridad y el prestigio los conserva el trono consultando y satisfaciendo las justas aspiraciones de la opinión pública. Cuando este se manifiesta de un modo irrecusable por todos sus órganos, en la prensa como en el Parlamento, en las plazas públicas como en el interior de las familias, el obstinarse en contrastarla y enseñorearse de ella es lo mismo que empeñarse en disipar el aire comprimiéndolo en un vaso cerrado: él lo desaharía con estrépito, arrojando los pedazos al rostro del indiscreto operador. Los reyes, Señora, principalmente los que, por su corta edad no han tenido tiempo de adquirir la profunda experiencia que dá un largo reinado, como sucede á V. M. pueden ser alucinados por sus consejeros y conducidos en dirección opuesta á lo que demandan los intereses generales; pero cuando esta con-

ducta equivocada, ocasiona en el país una perturbación; cuando se lanza un anatema universal contra un ministro prevaricador; cuando se ve una guerra civil en perspectiva, y el suelo, apenas enjuto todavía de la sangre que lo enrojeciera en una lucha, espuesto á anegarse de nuevo en mas sangre y mas lágrimas, la dignidad del trono reclama que el monarca en vez de seguir deslumbrado por la errada senda, se vuelva hácia su pueblo y le tienda su mano para apaciguarle y para marchar al frente de él, por donde aconsejan la razón y el bienestar público. El principio de autoridad es santo: nada que sea injusto, arbitrario, apasionado, puede obrarse en su nombre, ni nadie cuya individualidad esté desautorizada es idóneo para representarlo. ¿Qué autoridad puede invocar el primer ministro de V. M. el conde de San Luis, cuando sus antecedentes públicos y privados le desabonan y le relegan á la vez como funcionario y como hombre? Ni militar, ni magistrado, ni diplomático, ni jurisconsulto, ni nada de lo que requiere algun saber y algun estudio, carece de títulos á la consideración del país por no haberle prestado ningun servicio positivo. Hábil en disfrazar la lisonja con la máscara del sentimiento, ha ido gradualmente obteniendo la protección de varias personas que lo han encumbrado, para venderlas y traicionarlas luego cuando ha dejado de necesitarlas. El fatal talento y la única aureola política que le pertenecen consiste en haber empleado la seducción y los malos manejos para falsear las elecciones que dirigió en su primer ministerio y para traer al Congreso una porción de adeptos personales, lo cual le hizo erigirse en jefe de partido; pero así adulteró el sistema representativo, y sembró en el país un gérmen de desmoralización que ha dado frutos deplorables, y que ha de costar mucho esterminar. ¿Qué autoridad puede ejercer este hombre funesto en quien la alevosía y la mala fé se disputan la prioridad con la soberbia y la osadía, y á quien sobra de ambición y liviandad de miras lo que falta de honradez y de capacidad? No: la autoridad representada por el conde de San Luis es, Señora, un sarcasmo, y jamás conseguirá imponérsela á la grandeza de España, á la magistratura, á la milicia, á hombres, en fin, que han encanecido en una carrera meritoria, que están

cubiertos de cicatrices en defensa de V. M., que son las ilustraciones de su patria y la personificación de todas las glorias nacionales.—Aparte V. M. de su lado á ese procaz ministro, que procura ofuscarla persuadiéndola de que tiene enemigos que conspiran contra su persona, contra su trono y dinastía. El quiere por este medio amalgamar su suerte con la de V. M., para que si no puede salvarse juntamente con V. M., se pierda al menos V. M. á la par con él mismo. Desoiga también V. M. los consejos artificiosos y parciales de la reina Madre. Esta señora parece que llevó á V. M. en su seno y la dió á luz para complacerse luego en inmolarse á su capricho y á la insaciable sed de oro de que está devorada. Fuera de la vida nada debe V. M. á la reina Cristina, ni ella ha otorgado á España beneficio alguno para que V. M. la tribute sumisión y obediencia en su conducta régia. Apenas descendido á la tumba el padre de V. M., la viuda, gobernadora del reino, daba á V. M. el pernicioso ejemplo de un amor impuro, que principió por el escándalo, que concluyó diez años después por un casamiento morgánico, y que ha traído al país males incalculables. Poco severa ella misma en los principios de sana moral que deben ser la base y fundamento de la educación de los príncipes, ni supo inculcarlos en el ánimo de V. M. mientras fué niña, ni se cuidó más que de acumular oro y de preparar desde temprano un peculio crecido á su futura prole. El desprendimiento, el desinterés, los sentimientos generosos que atesora el corazón de V. M., las tendencias elevadas que á veces han brillado en su espíritu, y que solo sofoca la pequeñez de cuantos la rodean, son exclusivamente un don del cielo, que cualquiera circunstancia favorable podrá desarrollar, preparando á V. M. un porvenir fecundo en hazañas y glorias: Llegada la época del matrimonio de V. M., suceso que tanto debía contribuir á la fijación de su destino, V. M. sabe muy bien las sugerencias que empleó la reina Madre, para que V. M. aceptase un esposo que no tenía otro mérito á los ojos de aquella, sino el de crearle hábil para menoscabar la omnímoda influencia que ella quería ejercer en los negocios del Estado. Jamás madre alguna obró con más capciosidad, ni con menos solicitud para asegurar la felicidad doméstica de su hija.

Por este medio continuó siendo, como lo era antes, el alma del gobierno, dando siempre á V. M. consejos encaminados á su propio provecho, sin importársele que la realizacion de ellos fuese mal recibida por el pueblo, ni amenguase el amor que él profesaba á V. M. Apenas ha habido contratas lucrosas de buena ó mala ley, especulaciones onerosas, privilegios monopolizadores á que no se haya visto asociado el nombre de la reina Madre. El resorte para que un ministro ó un hombre público hayan obtenido la proteccion y apoyo en esa Señora, ó provocado su animadversion, ha sido pactar ó no con ella el servicio de sus intereses. Esto lo sabe el pueblo, y aun cuando ha callado tanto tiempo, es muy posible que en un momento estalle, siendo la erupcion de la cólera tanto mas violenta cuanto mas comprimida estuviera hasta aquí.—V. M. está en el caso, Señora, de emanciparse de esas influencias que la han tenido como prisionera, y que al verse ya justamente exoneradas del aprecio público, pugnan por arrastrar á V. M. y precipitarla en su caída. Si algunos creen que V. M. no está del todo exenta de culpa, no negarán al menos que es muy excusable por las circunstancias en que la han colocado y que á muy poca costa puede rehabilitarse con su pueblo, y recobrar multiplicada la adhesion y cariño que le ha inspirado siempre. V. M. ha recordado alguna vez con entusiasmo y con anhelo de imitarlos, los hechos memorables de la augusta predecesora de V. M. primera de su nombre. Un ancho campo se presenta á V. M. para reproducirlos con ventaja. El pueblo español, noble, caballeroso, monárquico por escelencia, responderá con ardimiento á la voz de su reina si se dirige á él con confianza. Él conoce muy bien que V. M. jóven, bondadosa y de aliento esforzado, es el único centro de donde puede emanar su prosperidad y su engrandecimiento; y aun cuando considera natural que V. M., como todas las gentes, tenga sus preferencias en la esfera de las simpatías y de las afecciones íntimas, la mira con dolor sacrificada á esa turba logrera que la asedia, y cuyo solo afan es buscar medio á espensas de V. M. y de los intereses nacionales. A la menor señal de V. M., él correrá presuroso á levantar su nombre y su reinado á las mas altas zonas, y á hacerlas brillar con el lustre que les corresponde. Esas disi-

232

dencias que se han suscitado en el ejército y en algunas provincias, y que están sostenidas mas bien que por las armas por el disgusto público, V. M. puede disiparlas instantáneamente en cuanto se muestre decidida á restaurar los fueros de la ley que han hollado imprudentes esos falsos amigos y criminales consejeros. Hable, Señora, V. M.; dirija á su pueblo una sola palabra de union y de concordia, una mirada que revele su amor, y como por encanto cesarán todas las escisiones, se confundirán todos los partidos, y la España, en lugar de desastres, ofrecerá entonces uno de esos espectáculos sublimes que el mundo contempla admirado y absorto, y que son patrimonio de esta tierra clásica del heroísmo y de la magnanimidad; pero ¡ay de V. M., Señora, si desoye tan leales ruegos! El suelo de España arderá pronto en la guerra civil mas asoladora y cruenta, y en él se levantarán, por desgracia, toda clase de banderas, menos la de V. M., enseña profanada y envilecida, por un ministerio tan infausto.—Madrid 16 de julio de 1854.»

Esta carta, en la que se ve la mano del partido moderado, es notabilísima, no solo por el espíritu audaz y decidido con que está escrita sino por encerrar dentro de sí uno de los retratos mas completos de Sartorius, y la enunciaci6n de una de las causas mas influyentes en el estado en que se encontraba la naci6n; esto es: la avaricia de la reina Madre y sus tendencias monopolizadoras y exclusivas en su provecho. Ultimamente, el final de aquella carta es profético, y aun cuando sus autores hubiesen suprimido este final, y las reticencias de que está nutrido este documento respecto á la misma Reina, reticencias que por desgracia son harto comprensibles al sentido público; aunque esta carta, repetimos, no se hubiera referido mas que al conde de San Luis y comparsa, hubiera sido bastante para causar una revoluci6n en el ánimo de la Reina.

Y la causó. Nunca llegan estos avisos á las manos de los reyes, sin afectarlos profundamente en todas sus pasiones. Isabel se vió, advertida, aconsejada y aun acusada y amenazada de una manera dura y enérgica, si bien respetuosa y rica de salvedades. Sus recuerdos y su conciencia no pudieron menos de decirle que

aquella carta no mentía, que los peligros que en ella se avisaban eran ciertos é inminentes; que obstinándose en sostener en el mando al conde de San Luis, se esponía á caer precipitada con él, y que no la quedaba camino que elegir entre la destitucion del ministro odiado ó la indignacion pública.

En los momentos en que la Reina debia encontrarse profundamente preocupada por el contesto de aquella terrible carta, penetró en la régia cámara el conde de San Luis, bien ajeno de que la régia tempestad sombría y próxima á estallar, flotaba sobre su cabeza. Disimuló por el momento la Reina, y preguntó á su ministro en que estado se encontraban los negocios públicos. San Luis, hombre acostumbrado á la mentira y al disimulo, contestó satisfactoriamente, presentó como perdidos á los generales insurreccionados, en abierta fuga hácia Portugal, ponderó el buen estado del espíritu público, y se estendió en la pintura de un porvenir feliz y bonancible.

Escuchóle la Reina tranquilamente y cuando hubo concluido le presentó la carta que ella misma habia acabado de leer. A las primeras líneas, palideció Sartorius y tembló, y sin acabar de leer la carta dijo devolviéndola á la Reina.—¡Quieren perderme, Señora!—Tú eres quien quiere perderme á mí, contestó severamente la Reina.

Por esta vez Isabel II demostró una firmeza propia de su alta dignidad. En vano fueron las protestas, las súplicas y las promesas del ministro: su caída estaba resuelta; la misma mano que lo habia elevado al poder le derrocaba, y ó le faltó medios para revelarse contra aquel poder, ó le faltaba audacia, porque no podemos creer que le faltase intencion.

El ministerio dimitió en masa.

Esta era la importante noticia que de una manera vaga é informe habia trascendido en el público, segun hemos dicho, y el horizonte político presentó esa agitacion sorda y profunda que precede siempre á las grandes tempestades.

Hasta entonces la revolucion, circunscripta á las altas regiones, solo habia descendido al ejército; pero habia llegado la hora de que representase en ella su terrible y decisivo papel el pueblo.

III.

El 17 de Julio era lunes. Por lo tanto y según costumbre había aquella tarde corrida de toros.

Ya antes de empezar la corrida, habían circulado rumores de movimiento, y el pueblo había entrado en la plaza impresionado y predispuesto. A mitad de la corrida, algunas voces pidieron que la música tocase el himno de Riego. A estas voces sucedió un verdadero huracán: pedíanse con furor el himno nacional, y mueras á determinadas personas, ya muy de antemano anatematizadas por la opinión pública, y frenéticos vivas á la libertad, se dejaban escuchar en medio del tumulto.

La corrida se había convertido en una demostración popular, y la autoridad que presidía el espectáculo tembló, abandonó su puesto, y la música impulsada por el terror, rompió con el entusiasmo himno, que hacía tanto tiempo que no escuchaban los españoles, sino entonándole por sí mismos á media voz, y aun así con miedo á una tropelía, en lo más retirado del hogar doméstico.

Renunciamos á describir el entusiasmo público, el generoso fuego del amor á la patria y á la libertad impreso en todos los semblantes, y el terror de los que comprometidos en la situación derrocada, se deslizaban temblando y cabizbajos para ponerse en lugar seguro.

Pocos momentos antes de la salida del público de la plaza de toros, la noticia definitiva y segura de la dimisión del gabinete Sartorius, había salido del café Suizo, y había recorrido con una velocidad eléctrica los principales puntos de la población, extendiéndose desde ellos á los demás.

Era cerca del oscurecer: los obreros abandonaron sus talleres, y se lanzaron á la calle al mismo tiempo que penetraban en la población los que habían salido de la plaza de toros.

Numerosos grupos recorrían las calles sin armas, y no se oía

otra cosa que los gritos de — ¡ Viva la libertad ! — ¡ Muera Cristina ! — ¡ Mueran los polacos ! — ¡ Mueran los ladrones !

Entraba la noche y un gentío inmenso se agolpaba en la Puerta del Sol, delante del principal, cuya guardia se mostraba tranquila, neutral, inofensiva, y sin tomar otras precauciones que la de haber cerrado las dos grandes hojas de la puerta del edificio dejando solo abierto un postigo.

Por el momento el pueblo congregado allí, engrosado á cada instante con nuevos grupos que venian de los extremos, sin armas, sin aspecto hostil, se limitaba á lanzar vivas á la libertad y mueras á sus aborrecidos enemigos.

Madrid se habia iluminado espontáneamente: no habia un balcon ni una ventana, ni un respiradero de boardilla donde no brillase una luz: el miedo habia iluminado las casas de los polacos y de los absolutistas, y el pueblo, gozándose en su triunfo, señalaba con un ademan de desprecio y de burla ciertas casas ya demasiado conocidas, en las cuales la iluminacion era mas profusa que en las de los verdaderos patriotas: los ministerios estaban iluminados, iluminado asimismo el edificio del gobierno civil, que pocas horas antes albergaba al celeberrimo y nunca bien, como se debe, ponderado conde de Quinto. Parecia que la tierra habia absorbido á los polizontes y á los municipales: si se hubiese necesitado uno para un remedio, como vulgarmente suele decirse, hubiera sido muy difícil, sino imposible encontrarle. Del mismo modo no se veia un solo soldado en las calles: el pueblo era enteramente dueño del campo y se esparcia á su placer, como el que habiendo estado amarrado por mucho tiempo estiende sus miembros entumecidos: las ligaduras estaban rotas: el tirano temblaba en su escondrijo; pero era necesario procurar que no se rehiciera, que no probára á arrojar de nuevo las cadenas sobre el cuello de la nacion, y el pueblo que en el primer momento solo habia pensado en la expansion de su alegría, satisfecha ésta, pensó en su seguridad, y los gritos de — ¡ Armas ! ¡ armas ! ¡ qué se arme la Milicia Nacional ! ¡ viva la Milicia Nacional ! — retumbaron por todas partes, unidos á los vivas á la libertad, á los mueras á Cristina y á los ladrones.

Al mismo tiempo los mas inofensivos, los que no preveían que tras aquellos gritos de entusiasmo podia venir el horroroso estruendo de las descargas y los gritos de dolor de los moribundos; los que en su noble sencillez creían resuelta la situación con la caída de Sartorius, los que no sospechaban que los infames asesinos de la patria pelearían hasta la agonía, gritaban también:— ¡A las parroquias!— ¡Qué repiquen por el triunfo del pueblo esos clérigos que tan mal quieren al pueblo!— ¡Despidamos solemnemente á los polacos!— ¡Qué salgan del poder como otros entran en él, con repiques de campanas!

Y alegres grupos se dirigían á las iglesias, y los sacristanes se veían obligados á repicar gratis por la libertad; y primero una torre y luego otra y todas al fin, cubrieron á Madrid con el metálico estruendo de sus campanas lanzadas á vuelo.

Si un extranjero, un extraño á los negocios públicos de España hubiera entrado en Madrid en las primeras horas de la noche del 17 de Julio, y hubiera visto un pueblo de tal manera iluminado, en que tanto y tan incesantemente repicaban las campanas, en que pululaba por todas partes una multitud delirante de alegría, las mugeres y los niños y los ancianos unidos al general contento, ¡qué pueblo tan feliz, hubiese dicho! pero si poco despues se hubiera informado de la causa, se hubiera visto precisado á esclamar: ¡cuán desgraciado debe ser ese pueblo á quien tanto alegra la simple caída de un ministerio! ¡cuán infame debe de haber sido ese gobierno á quien todo un pueblo despide con tan ruidosa alegría!

En efecto, porque era muy desgraciado el pueblo español, porque tenia abiertas en su corazón profundas heridas, porque sentía aun sobre su rostro los infames insultos de una horda de cobardes bandidos, se aprestaba á asegurar la libertad que Dios le ofrecía como por milagro, y corría á las armas.

Pero el pueblo conocía en su buen juicio, que si no arrojaba su espada como soberano en la contienda pública, que si no determinaba de una vez el camino de progreso y de libertad que debía seguir el gobierno, todo se reduciría á un cambio de personas en el poder, á alguna mas moralidad, pero siempre bajo el dominio

de los moderados. Y el pueblo español, y especialmente el pueblo de Madrid, no quiere el gobierno de los moderados: la culpa es de este partido: no ha sabido hacerse popular, ha gobernado siempre mandando, restringiendo, esterminando á sus enemigos: no se queje, pues, el partido de los hombres de *paz, orden y justicia* de que la opinion pública los rechace, porque nunca han procurado poner de su parte la opinion; porque ni aun han sabido transigir con ella.

Y como era indudable que si el pueblo no aprovechaba la ocasion que la Providencia le presentaba, como suele presentarla alguna vez á los oprimidos, seguiria pesando el despotismo militar y aristocrático del partido medio sobre la nacion; el pueblo asió con todas sus fuerzas á la libertad por el extremo de su manto, que habia cogido al vuelo, y decidido á abrazarla enteramente, á poseerla, á besarla en la boca, corrió en busca de armas.

Numerosos grupos corrieron al gobierno civil y al ayuntamiento: en la primera dependencia los guardias municipales, preparados ya de antemano, por el sargento Arias, fraternizaron con el pueblo y le abrieron las puertas: en los subterráneos de aquel edificio encontró el pueblo quinientos fusiles y algunas municiones, y otros grupos que se habian dirigido á la casa de la Villa se apoderaron de doscientos fusiles.

Es de advertir, en pró de la honradez del pueblo, que aunque invadió ambas dependencias y lo ocupó todo, no se cometió en ellas ningun desorden ni se perdió un solo documento. Y en ambos locales habia fondos públicos á los cuales no se tocó; particularmente en el ayuntamiento al llegar delante de una puerta cerrada, como dijese uno que aquella puerta correspondia á un local donde estaban depositadas las albajas y los fondos de la villa, el pueblo se volvió respetando aquel recinto sagrado.

Esta conducta noble y honrada, era la conducta digna de un pueblo que se levantaba en masa contra los ladrones públicos.

Momentos despues la calle de Platerías, la Mayor, la del Arenal, la de la Montera, la de Carretas, todas en fin las que confluyen en la Puerta del Sol, presentaban un aspecto extraño y amenazador. Entre los grupos desarmados acá y allá se veian grupos

230

de hombres armados con fusiles, con espadas, con sables, con bayonetas, con trabucos, con toda clase de armas, llevando otros á falta de ellas palos y piedras. Estos hombres armados solian ir capitaneados por otro á caballo y con lanza ó con una bandera improvisada, ya de papel, ya del primer lieuzo que habian habido á las manos, ya con una colgadura de seda: el pueblo desarmado pasaba sin recelo entre estos hombres con armas, saludándolos, mirándolos con placer, con alegría: para la generalidad aquellas armas en manos del pueblo representaban ya á la Milicia Nacional, á la que se victoreaba con entusiasmo: otros mas previsores veian ya en aquellas armas los primeros amagos de una revolucion sangrienta.

Entre tanto habian tomado un carácter muy serio las demostraciones de los grupos que llenaban la Puerta del Sol delante de la antigua casa de Correos, entonces y ahora ministerio de la Gobernacion.

Se pedia con furor la libertad de los que por delitos políticos habian sido presos anteriormente y la de los prisioneros de Vicálvaro: un oficial de la guardia dijo al pueblo que aquellos presos no existian en el edificio sino en la cárcel del Saladero y en el hospital militar. Una multitud sedienta de poner en libertad á aquellos valientes corrió á los lugares mencionados por el oficial; pero en nada menguó con su ida el gentío que llenaba la Puerta del Sol: entonces el pueblo, desarmado en su mayor parte, con un valor admirable, pidió la rendicion del Principal, y decimos con un valor admirable, porque las prescripciones de la ordenanza que mandan á un gefe defender á todo trance su puesto, ó una ferocidad que hubiera sido posible, y mas que posible cierta si hombres como Gándara ó Pep-del-Oll hubieran mandado á la tropa, podian haber lanzado impunemente la muerte sobre un pueblo indefenso, porque el que tenia armas no tenia municiones, desde las ventanas de aquel fortísimo edificio.

Por el contrario, un oficial alto y jóven, que segun pudimos juzgar pertenecia á la Guardia civil, se esforzaba por tranquilizar á algunos, entre los cuales se encontraba el que estas páginas escribe, y le preguntamos que órdenes tenia, diciéndonos que no te-

niendo ningunas de ningun modo fusilaría al pueblo; y como le replicásemos que podia tomarse pretesto en la ordenanza general del ejército, única ley del soldado, para romper el fuego si el pueblo asaltaba el edificio como era inminente en vista de la actitud amenazadora de las masas, nos contestó:—La ordenanza no ha previsto el caso de que el pueblo, en nombre de sus derechos, pretenda ocupar un puesto militar. El pueblo hará con nosotros lo que quiera, pero bajo palabra de honor, nosotros no haremos fuego contra el pueblo.

Mas adelante veremos que aquel oficial, cuyo nombre sentimos no saber, no mintió ni faltó á la palabra que habia dado á nombre de sus compañeros.

Entretanto arreciaba el tumulto y empezaban á escucharse amenazas: muchos paisanos habian trepado á las rejas del piso bajo, cuyos aposentos estaban llenos de tropa, y desde allí pedian sus armas á los soldados; estos hablaban pacificamente con el pueblo, y decian, *que ellos tambien estaban pronunciados*, pero que no entregarían las armas sino se lo ordenaban sus gefes.

Las circunstancias se iban haciendo á cada momento mas criticas: los centinelas del exterior estaban rodeados por el pueblo, que con una hidalguía admirable, ni tocaba á sus armas ni los insultaba; por el contrario, los tranquilizaba protestando que si ellos no ensangrentaban al pueblo el pueblo no se ensangrentaria en el soldado, hijo tambien del pueblo.

Nunca esperamos ser testigos de tantos rasgos de grandeza; si nosotros no hubiéramos amado al pueblo, el comportamiento que el pueblo observó aquella noche no solo nos hubiera obligado á amarle sino tambien á respetarle, como se respeta todo lo noble, todo lo generoso.

Permitásenos que en este lugar consignemos un rasgo que nos parece notable del centinela de la esquina del principal que dá á la calle de Carretas.

El inmenso gentío que se habia agolpado á su alrededor le habia obligado á revasar su puesto de una manera considerable: escuchaba de una manera glacial las seguridades que todos le daban, y como uno le dijese que no tuviese miedo, contestó sin in-

240

mutarse y con cierto orgullo.—Yo no tengo miedo, pero sentiria que el *tío gordo* (el jefe) viniese y creyese que yo habia abandonado el puesto.

Los que le rodeaban, por única contestacion, le cogieron en brazos y le llevaron en vilo á la puerta del Principal, cuyo postigo se habia cerrado, por temor á una irrupcion, y llamaron á aquel postigo.—Señores, dijo un oficial por la reja, nosotros no podemos entregar el puesto, retírense ustedes por favor.—No, no, dijeron muchos, lo que queremos es que abrais para que entrea los centinelas que habeis dejado abandonados fuera; palabra de honor que no entraremos cuando abrais la puerta, pero así que hayamos entrado á los centinelas nosotros sabremos abrírnosla.—Bajo la fé de la palabra del pueblo la puerta se abrió, y uno tras otro fueron lanzados allí por el pueblo los centinelas del exterior, y el postigo se cerró sin que un solo hombre hubiera ni aun intentado pasar el dintel.

Estos rasgos, que nos llenan de orgullo, demuestran por sí solos lo caballeroso, lo entusiasta, lo noble del carácter español.

Pero en el momento que los centinelas estuvieron á salvo, consecuente el pueblo con su dicho de que se abriria por sí mismo aquella puerta y se apoderaria del principal, corrió al derribo frontero de la que fué casa de la Beneficencia, cogió una enorme viga y sustentada por muchos hombres, la llevaron á la puerta del Principal, y valiéndose de ella como de un ariete, empezaron á batirla.

IV.

En aquellos momentos los menos prudentes, se retiraron á los flancos del edificio, temerosos de que viendo la tropa que el pueblo hasta entonces inofensivo pasaba á las vías de hecho, rompiesen el fuego sobre la multitud: apesar de esta discreta retirada de muchos, quedó aun un gentío inmenso delante del Principal lanzando vivas á la libertad, pidiendo las armas de la tropa, y rele-

vando de su tarea á los que incesantemente lanzaban de punta, impulsada por cien brazos, la enorme viga sobre la puerta.

Pero fuese esta demasiado fuerte, fuese que los batidores encontrasen demasiado fatigoso aquel ejercicio, recurrieron á un medio mas terrible. Un grupo considerable habia traído á la Puerta del Sol fragmentos del cajon ó casilla de madera que tenian en la Plazuela de Isabel II los polizontes, cajon que á principios de la noche habia sido destruido por el pueblo como todos los demas que existian en Madrid: amontonadas las tablas las prendieron fuego y se levantó muy pronto una brillante hoguera, que era nutrida sin cesar por las maderas gruesas del derribo de la casa de Beneficencia.

A medida que aquellos enormes maderos se inflamaban eran arrojados á la puerta del Principal con el visible objeto de incendiarla: durante algun tiempo los sitiados resistieron aquella terrible prueba, pero al fin y cuando ya la puerta estaba próxima á inflamarse, se abrió de par en par y apareció la guardia formada y descansando sobre las armas.

Aquello era rendirse. El pueblo saltando por cima de los tizones apilados á la puerta, se precipitó dentro y desarmó á los guardias civiles y á los soldados que guarnecian el Principal y quitó sus espadas á los oficiales; pero sin insultos, sin golpes, sin violencias de ningun género: los soldados entregaban los fusiles, las pistoneras, las fornituras, al primer paisano que se las pedia, y muy pronto los soldados desarmados y los oficiales sin otra cosa que las bainas de las espadas vagaban entre la multitud fuera del Principal que habia sido invadido por el pueblo.

El paisanaje ocupó en el momento todas las dependencias, y recorrió las oficinas del ministerio de la Gobernacion, probando uno tras otro la poltrona que guardaba aun el calor del cobarde conde de San Luis, en el despacho particular del ministro.

Y allí, como en el ayuntamiento y en el gobierno civil, el pueblo respetó los objetos de valor; ni las escribanías de plata, ni los ricos candeleros, ni las costosas bujerías que habia apilado allí el afan de ostentacion de Sartorius, fueron tocadas, ni los papeles, ni los muebles, nada en fin: el único desorden que se notó fué el

212

de algunas mesas que se encontraron colocadas en el centro de las habitaciones debajo de las lámparas, y que para encender estas se habían colocado allí; pero se encontraron en ellas los papeles que los oficiales habían dejado por la mañana. Los candeleros, las lámparas, todas las luces movibles fueron llevadas á las ventanas, y la antigua casa de correos apareció iluminada como nunca lo había sido: y por las manos del pueblo.

V.

Y aquel pueblo no tenía gefes; obraba por inspiración propia: si hubiera tenido gefes, estos hubieran procurado conservar aquel puesto recomendable por su fortaleza y por su situación.

Si el pueblo hubiera tenido gefes, las barricadas se hubieran levantado inmediatamente atrincherando el centro de la población, impidiendo el fácil avance de la tropa y poniendo al pueblo en mejores condiciones de resistencia.

Hubiera habido, en fin, una organización, y los que como nosotros presenciaron desde el principio, aunque como simples espectadores, el movimiento, saben bien lo difícil que era reunir y dar dirección á cuatro hombres armados:

Y no faltaban tribunos de todas clases y condiciones; unos entusiastas y desinteresados que hablaban con calor en nombre de la libertad y advertían al pueblo que una vez con las armas en la mano no se dejase arrebatarse sus derechos; otros que por causas menos puras aconsejaban el esterminio de la fracción polaca derrocada; de los labios de estos oradores brotaba sangre y por cima de ellos asomaba su fatídica cabeza el terror: otros, por último, aconsejaban el incendio y el saqueo de las casas de los *ladrones públicos*; pero estos, cuyas intenciones eran manifiestas, estos hombres, muchos de los cuales pretendían arrojar un mancha sobre la revolución, apenas eran escuchados: pululaban ya los agentes de la contrarrevolución y procuraban lanzar al pueblo á escesos para justificar una represión armada y sangrienta, á nombre de la propiedad y del orden público.

Pero por fortuna el pueblo estaba en uno de esos momentos

de expansion delirante en que nada se escucha , á nada se atiende: victoreaba á la libertad, lanzaba mueras á los tiranos, iba de acá para allá, se concentraba un momento y luego se disolvía.

El aspecto del pueblo de Madrid en las primeras horas de la noche del 17 era el de un pueblo en fermentacion. Aquello era un herbor continuo, una agitacion inmensa: toda organizacion era imposible.

Como hemos dicho la casa de Correos habia quedado á merced del pueblo, y éste entraba, salia, iba, venia, pero sin que hubiera que lamentar un exceso, ni un choque, ni una desgracia: se creia por todos, menos por algunos mas previsores, que aquello tendria una solucion pacífica, y que en vista de la actitud del pueblo, un manifiesto de la Reina y el nombramiento de un ministerio liberal vendrian á arreglarlo todo.

Esto era lo que, pensando lógicamente, debia esperarse: pero los enemigos no habian perdido aun su última esperanza; sabian que para ellos era aquel momento de vida ó muerte, y estaban resueltos á todo: Córdoba, el reaccionario Córdoba representaba el gobierno. Cristina estaba en palacio, la camarilla anatematizada por el pueblo, se agrupaba en tenebroso conciliábulo al rededor de aquel fatal personaje, y numerosas baterías y la mayor parte de la guarnicion, rodeaban la régia vivienda, de la cual no salia ni un mensajero, ni una manifestacion que calmase la efervescencia pública.

Madrid habia quedado abandonado á sí mismo, sin autoridades, sin proteccion de ningun género; en suspenso la ley, la vida y las haciendas de los ciudadanos espuestas á las malas pasiones que siempre brotan en medio de la revolucion mas santa; y entretanto, los que tenian un deber de imprimir una direccion análoga á las circunstancias á los negocios públicos; los magistrados, las autoridades, el trono mismo, se encerraban cobardemente y esperaban, como si en tales casos el esperar los acontecimientos sin prevenirlos no fuese un crimen: toda la sangre vertida en las jornadas de Julio, debe caer gota á gota sobre las cabezas de los que por cobardía, por egoismo ó por ambicion permitieron ó procuraron su derramamiento.

Aquellos momentos no eran de espera ni de contemporización: para las circunstancias extraordinarias se necesitan hombres extraordinarios, hombres de valor espartano, que sepan y tengan voluntad de esponder su vida por la salud de la patria: ya que no se escuchó la voz del cañon de Vicálvaro, que tronaba en nombre de la moralidad, debió escucharse la voz del pueblo, que se levantaba imponente y amenazadora en nombre de la libertad: el lugar de los hombres de valer, de significacion política, de corazon, estaba en las calles: el lugar del trono en el consejo: los unos debieron ponerse al frente del pueblo; el otro debió lanzar al pais un manifiesto en armonia con las justas aspiraciones del pueblo.

Pero los unos tenian miedo, el otro vacilaba, y los mas, y esto era lo mas lamentable, abrigaban una mala intencion.

Y no se nos diga que el carácter del movimiento popular era extraño, difícil de comprender: el pueblo hablaba bien alto y era necesario ser sordos para no oírle, estúpidos para no comprender: el pueblo pedía sus derechos, el afianzamiento de su libertad, el castigo de los bandidos políticos: decir que se procuró reprimir la insurreccion porque no tenia bandera, como se ha dicho á la faz del pais y del mundo civilizado, es querer justificar con una disculpa absurda una conducta juzgada y condenada por la opinion. Hubiérase constituido un gobierno digno de inspirar confianza al pueblo, y las aspiraciones del pueblo se hubieran formulado de una manera esplicita y terminante: ¿por qué no se hizo antes lo que se hizo despues? Porque aun los vicios de la córte alimentaban la esperanza de una represion; porque pasiones innobles, impuras, hablaban mas alto que la voz del pueblo, porque se queria conservar á todo trance lo que de otro modo debia concluir para siempre.

Si cuando el pueblo se dirigió por primera vez al Principal hubiese fraternizado con él la tropa; si se hubieran lanzado los batallones de la guarnicion á las calles en ademan pacífico, con sus músicas á la cabeza tocando el himno de Riego: si en medio del contento que esta manifestacion de parte del gobierno hubiera causado en el pueblo, si hubiera fijado en las esquinas, se hubiera hecho circular con profusion entre las masas una sucesion de decretos exonerando unos á los ministros y altos funcionarios prevari-

cadores é infames , y reduciéndolos á prision para que como era justo respondiesen con sus vidas y sus haciendas de sus abusos y sus crímenes ; si se hubiera llamado en otro al ilustre pacificador de España , si en fin , se hubieran restablecido los ayuntamientos constitucionales disueltos en la reaccion del 43 ; si se hubiera llamado al alistamiento á la Milicia Nacional ; y si , en fin , en medio de la alegría y de la confianza que hubieran causado estos decretos , hubiera aparecido la Reina en medio del pueblo. ¡ Oh ! la noche del 17 en vez de ser de luto y horror como lo fué , hubiera sido una noche de júbilo inmenso ; la Reina hubiera comprendido cuanto vale el pueblo á cuyo frente la ha puesto la Providencia ; el pueblo que sostuvo su cuna con sus bayonetas , que ha vertido por ella con una geuerosidad sin límites torrentes de sangre pura , que simbolizó en su nombre las libertades patrias , y que para demostrarse severo y disgustado con ella , como un padre á quien lastima la ingratitud de su hijo , ha necesitado mirarla rodeada de hombres que son el escándalo de nuestra moderna historia ; ese pueblo , decimos , hubiera acogido á la Reina , si hubiera obrado como decimos , á la manera que fué recibido en la casa paterna el hijo pródigo : con lágrimas de contento ; se hubiera firmado de una manera sólida y estable la alianza del trono con el pueblo sobre el ara de la patria , á la sombra del árbol de la libertad ; se hubieran ahorrado escesos lamentables y no dormirian el sueño de la muerte , ni los mártires de Julio , ni los soldados , hijos de pueblo tambien , que eran lanzados con la ordenanza á su espalda ante la cólera del pueblo.

Y no se diga que aventuramos consejos sobre lo que debió hacerse despues que todo se ha hecho , aunque demasiado tarde : cabalmente lo mismo que pensamos ahora pensábamos entonces , y algo mas ; y como pensamos nosotros pensaban muchos , que como nosotros sentian correr por sus venas , ardiendo de entusiasmo y de indignacion , sangre española y altiva ; pero desgraciadamente los que pensaban con abnegacion , sin miras de ulteriores recompensas , los que verdaderamente aman al pueblo , porque amando al pueblo se aman á sí mismos , ni tenian significacion política , ni representacion delante del pueblo , ni medios de accion . Eran impo-

246

tentes de todo punto: veían con dolor que se dejaba marchar la revolución hácia un lago de sangre, hácia un horizonte nebuloso por un camino lleno de peligros, y presenciaban, con la amarga sonrisa del dolor en los labios, la alegría de un pueblo generoso, que no sospechaba la traición de que antes de poco debía ser blanco.

Hubo sin embargo algunos hombres cuyas intenciones en aquella noche respetamos, y muchos de los cuales sirven hoy altos empleos, que se reunieron en la Casa de la Villa, y acordaron enviar una comisión á Palacio para que significase á la Reina el estado alarmante de la población y los deseos y las aspiraciones del pueblo.

Trasladóse esta comisión compuesta de tres individuos á Palacio y solicitó y obtuvo una audiencia de la Reina: espuso esta comisión el objeto político que allí la conducía, y la Reina, tomando una exposición que le fué presentada, ofreció ocuparse con interés de lo que el pueblo la pedía y se mostró, según se dice, vivamente interesada en que se evitase la efusión de sangre.

Y decimos, según se dice, porque al espresar S. M. el deseo de que no corriese sangre española, demostraba su temor de que hubiese peligro de su efusión, y nosotros creemos, que si la Reina hubiese abrigado en aquellos momentos tales temores, hubiese empleado medios mas eficaces que la simple anunciación de un deseo para evitar el derramamiento de sangre española. Queremos creer, que mas que la debilidad, influyó la fatalidad en la conducta observada por la Reina en aquellas circunstancias.

Vuelta la comisión á la Casa de la Villa, y habiendo dado parte á sus compañeros de aquella junta cuya vida tuvo una duración fosfórica y que de nada sirvió, puesto que no supo, ó no pudo, ó no quiso evitar los males que mas tarde sobrevinieron, habiendo dado parte, decimos, los plenipotenciarios á sus poderdantes del resultado de su audiencia con la Reina, determinaron decir, como dijeron al pueblo congregado en la plazuela de la Villa, que *esperase sensatamente* las determinaciones de Palacio, y que se limitase á observar con una actitud firme y enérgica, pero sin hostilidad, la conducta de las tropas.

Una comision popular, que de esta manera cumple su cometido, y dice al pueblo que espere cuando pide sus derechos, que es lo mismo que decirle: tus derechos están en tela de juicio y te se disputan; es lo mismo que el fuelle que introducido en el fuego sopla y se quema por la punta en que se pone en contacto con el fuego. Una junta tal, no pasa de ser un instrumento inútil é insuficiente que se arroja con desden por el mismo que le ha usado, esperando de él mejores servicios.

Cabalmente, esta fué la conducta que con aquella junta observó el pueblo: la volvió las espaldas con desden y se alejó descontento. Pere aquel descontento debia muy pronto producir terribles resultados.

El pueblo sabia que sus aspiraciones habian sido oidas por la Reina, que habian sido contestadas con una de esas promesas comunes que se hacen al que se presenta en audiencia desprovisto de recomendaciones. El pueblo además sabia que la duquesa de Riánzares estaba en Palacio y que no podia esperar ni libertad ni justicia sino se las procuraba por su misma mano.

VI.

Ya que hemos nombrado á la Duquesa de Riánzares, á ese fatal personage á cuya ambicion, á cuyo egoismo, á cuyas malas pasiones ha debido España males incalculables, cúmpenos decir la grave influencia que su tenaz empeño en permanecer en Madrid despues de las primeras manifestaciones del pueblo, tuvo en los desastres de Julio.

Desde que la Reina obligó á hacer su dimision al gabinete Sartorius, Cristina, harto experimentada para no comprender lo que debia necesariamente sobrevenir á aquella dimision, pensó en poner á cubierto de toda eventualidad, no solo su persona y familia, sino tambien los interesantísimos papeles y riquezas que tenia en su palacio.

Ya desde las primeras horas de la tarde, los vecinos de la calle de las Rejas, vieron que en algunos coches de plaza que sin cesar iban y volvian á Palacio, se cargaban enormes legajos y pe-

240

sados cajones: esta faena duró hasta bien oscurecido, hora en que algunos grupos del pueblo se presentaron delante del palacio, prorrumpiendo en vivas á la libertad y mueras á Cristina.

Prevenida la guardia, que montaban aquel dia artilleros, de que no opusiese resistencia al pueblo para no irritarle, cerró la verja del vestíbulo y se formó delante de ella en actitud pacífica, pero cubriendo el ingreso.

El pueblo pedía á los soldados las armas, pero el gefe dirigiéndose á algunas de las personas mas marcadas, les aseguró como en aquellos momentos aseguraban los oficiales de la guardia del Principal, que no se haría fuego contra el pueblo, pero que ne podia sin faltar á su honor militar entregar las armas ni abandonar el puesto.

Mediaron mútuas seguridades, pero la multitud se engrosaba cada vez mas, los gritos se hacian mas amenazadores, y estaba próximo un rompimiento del pueblo contra la tropa, cuando esta variando de posicion, fué á colocarse en una de las esquinas de la calle de las Rejas donde formó pabellones de armas.

Este movimiento era hijo de que la seguridad de la reina Madre, estaba consumada: mientras el pueblo se entretenía delante de la fachada principal del palacio, ella vestida de hombre habia salido por una de las cocheras que dan á la calle de las Rejas, y habia ido á ponerse bajo el amparo de las baterías que resguardaban el Palacio Real.

Ignorante de este suceso el pueblo, se abalanzó á las verjas del palacio sediento de la sangre de Cristina, pero las verjas eran muy fuertes y resistieron: limitáronse, pues, á apedrear la fachada, rompieron todos los cristales de la galería semicircular del vestíbulo, y así, yendo y viniendo grupos continuaron lanzando mueras y piedras hasta muy avanzada la noche.

La tropa permanecía impassible espectador de todo este tumulto, con las armas en pabellones y mezclada con el pueblo fraternizando con él, hasta el punto que el pueblo llegó á crecer, que mas que enemigos, tenia en aquellos soldados una salvaguardia.

Entre una y dos de la mañana, las demostraciones populares tomaron un aspecto mas imponente; grupos venidos de la Puerta

del Sol y de la plazuela de la Villa , hombres que ya habian sufrido algunos disparos de la guarnicion en la calle Mayor, donde habia roto el fuego el ejército contra el pueblo y este contra aquel, llegaron sedientos de venganza , asaltaron la verja, la superaron, mientras otros forzaban las puertas cocheras, y al fin el palacio se abrió á la muchedumbre como antes se habia abierto la casa de Correos.

El pueblo lo inundó todo, especialmente el salon de baile situado en el piso bajo y el dormitorio de Cristina muy pronto hecha una hoguera en medio de la plazuela de los Ministerios adonde corresponde la fachada principal de palacio, con las garitas de los centinelas, fué alimentada aquella hoguera con muebles preciosísimos, con riquezas, con pinturas, con estátuas, con objetos de un valor inestimable, que no habian podido ser puestos á cubierto del furor del pueblo.

Mientras que en un contínuo flujo y reflujo subian y bajaban por las escaleras cubiertas de piedras y fragmentos de cristales, hombres y mugeres cargados de efectos que arrojaban á la hogueras otra multitud buscaba por los aposentos y lugares mas retirado, del palacio á Cristina: solo encontraron algunos criados estremecidos y pálidos de espanto, que se arrodillaban ante el pueblo, pidiéndole gracia, como si el pueblo hubiera sido capaz de saciar en aquellos pobres mercenarios el ódio que le inspiraba su señora.

Mientras el pueblo buscaba inútilmente al principal objeto de su ódio uno de los empleados del palacio, logró escapar entre la multitud y trasladarse al Palacio Real, donde ya se tenian noticias de la ocupacion de la casa de Cristina por el pueblo.

Coincidió con esto, la llegada á Palacio del coronel D. Joaquin de la Gándara, que furioso porque el pueblo habia invadido la casa de su antiguo é íntimo amigo D. José de Salamanca, venia á pedir á Córdoba algunas compañías para refrenar á la *canalla*. Concedióselas aquel general, pero con la condicion de que antes habia de disolver los grupos que rodeaban la casa de Cristina, y desalojarla de los *bandidos* que la ocupaban. Gándara que iba de paisano, tomó el sombrero y la espada de un caballero, se puso al frente de dos compañías del regimiento infantería de Baza, y

250

saliendo con ellas de Palacio, avanzó silenciosamente hacia la calle de Bailen, por la que se entra á la plazuela de los Ministerios.

En aquellos momentos Córdoba, decidido á inmolar si le era preciso al pueblo, nombró gobernador de Madrid al brigadier don José Pons, alias *Pep-del-Oli*, (Pepe el Aceitero), antiguo guerrillero faccioso, hombre de malísimos antecedentes, y aparejado para cualquiera infamia, por sangrienta y reprobada que fuera.

Cuando Gándara llegó á la embocadura de la calle de Bailen, se presentó á su vista un espectáculo que á otro menos feroz hubiera contenido, aconsejándole medidas menos terribles: un numeroso gentío compuesto de personas de todas clases, edades y sexos, llenaba la plaza; en medio de aquella multitud se levantaba rujiente una numerosa hoguera, y en los balcones del palacio se veían multitud de hombres que arrojaban muebles á la plazuela.

Sin poderse contener Gándara, escitado por la impresión que habia causado en su ánimo otro espectáculo semejante que habia visto en la carrera de S. Gerónimo junto á la Iglesia de los Italianos, cerca de la casa de Salamanca, mandó hacer alto á la tropa, y poco despues algunos de los mas cercanos de la multitud oyeron estas terribles palabras de mando pronunciadas por una voz convulsa y cóterica:— ¡Cazadores! ¡por mitades! ¡preparen! ¡apunten! ¡fuego!

Una tras otra retumbaron consecutivamente en la plazuela cuatro descargas cerradas, correspondientes á las cuatro mitades; silvo el plomo mortífero, se oyó un alarido de espanto, un alarido informe y aterrador. el grito de agonía de un pueblo asesinado; el pavor dió alas á los que no habian caído, y muy pronto la plazuela no presentó mas que un espacio abandonado, cuyo lúgubre y aterrador silencio solo interrumpian los ayes lastimeros de los heridos y de los moribundos que llenaban de horror al vecindario.

Siete artilleros de los que habian dado la guardia del palacio, cayeron muertos á la primera descarga; un anciano portero de una de las casas inmediatas que habia ido á ver la quema y que estaba sentado en la puerta del Senado, habia quedado muerto en la misma actitud de que se encontraba al romperse el fuego: en la

embocadura de la calle de las Rejas se veía el cadáver de un joven decentemente vestido, los de dos mugeres en el centro junto á la hoguera: los siete infelices artilleros, algunos de ellos luchando con la agonía se veían aquí y allá cerca de sus pabellones de armas: y todo esto visto á la luz de la hoguera; los heridos que llenos de espanto se arrastraban por el suelo ó se deslizaban apoyándose en las paredes y dejando impresas en ellas las señales de sus manos ensangrentadas; y sobre las aceras regueros de sangre; el pavimento cubierto de pañuelos, de llaves, de zapatos; la tropa liberticida adelantando en silencio con las armas afianzadas hacia el palacio del cual huía por todas las salidas una multitud des-pavorida, todo esto era horrible, muy horrible, y aumentaba el horror si era posible que tanto horror se aumentase, el sepulcral silencio que habia sucedido á la antes ruidosa algazara, silencio en medio del cual resonaba fatídicamente el paso de carga de los soldados asesinos.

Estos penetraron en el palacio en el que poco despues entraron algunos altos criados de Cristina, que se dirigieron apresuradamente á su dormitorio y sacaron de él muchos legajos de papeles de que el pueblo inadvertidamente no habia hecho caso: de repente una llamarada y luego otra, salió por las ventanas del dormitorio y se declaró un incendio que á duras penas fué apagado; pero no sin devorar las tapicerías, el lecho y los muebles que habia dejado la indignacion pública: la luz de uno de los criados, prendiendo en una de las colgaduras habia motivado aquel incendio.

Luego la hoguera se fué estinguendo los gritos de dolor fueron cesando á medida que los que agonizaban morían. Muy pronto solo quedó un silencio y horror.

Algunos minutos despues oyeron los vecinos dentro del palacio disparos aislados que continuaron por algun tiempo: dijose que estos disparos provenian del fusilamiento de algunos paisanos que habian sido procedentes del palacio, pero esta version, si bien parece verosímil, carece de prueba, y no nos atrevemos por lo mismo á presentarlo como un hecho confirmado.

VII.

Varios casos de asaltos de casas y de incendios de muebles se habian presentado á aquella misma hora en distintos puntos de Madrid. Las habitaciones de Sartorius y de Collantes, la de Salamanca, Domenech, Quinto y Vista-Ilermosa, fueron acometidas, allanadas y entregados sus efectos al saqueo y á las llamas.

Los enemigos de la situacion creada por la revolucion pretenden manchar á esta, ponderando y ennegreciendo estos atentados: y en efecto, atentados fueron, pero atentados en que el pueblo no tuvo parte, sino como simple espectador, como ayudante sencillo y de buena fé de cierta clase de gentes, que quisieran hubiese todos los dias revoluciones de la importancia de la de Julio para aprovecharse de la suspension de la ley, y disfrazando sus miserables intentos con un velo político, entregarse á la rapiña y á los desórdenes.

Donde unicamente fué el pueblo, el verdadero pueblo causador del incendio, fué en el palacio de Cristina, y nada tiene esto de extraño porque el pueblo aborrecia y aborrece de tal manera á esta Señora, que si en aquellas circunstancias hubiera tenido en las manos un Calendario, le hubiera arrojado á las llamas por la sola razon de contener el nombre de Cristina.

Para justificar nuestro dicho de que no fué el pueblo sino verdaderos bandidos los que iniciaron los incendios de los muebles en las casas que se incendiaron, era necesario que pudiéramos presentar á nuestros lectores los rostros, los caracteres de las gentes que entraban y salian y presidian el destrozo de aquellas casas.

Habia allí semblantes que solo se ven alguna vez en los caminos, en Madrid á media noche en alguna calle escusada y tenebrosa, en las cárceles y en los presidios; esa especie de sociedad aparte que nunca se vé cuando impera la ley y á la luz del sol, y que apenas conoce la policia, que tiene obligacion de conocerla: una *Córte de los Milagros*, valiéndonos de una creacion de Victor Hugo, desarrapada, feroz, de semblantes duros y angula-

res, de miradas rasgadas y de manos gafas, que no sabemos porque tenían toda la configuración de las garras de un ave de rapiña, verdadera sentina de ladrones y asesinos de todas edades y sexos, hez de la sociedad que se mezcla con el pueblo cuando estalla una revolución, que se aprovecha de ella, y á la que el pueblo castiga con su justicia ejecutiva cuando la coje en algun crimen.

El pueblo habia pedido y pedia la cabeza de Cristina, la cabeza de Sartorius y de sus corifeos, el castigo de los polacos, pero no habia pensado en otra cosa: cuando vió, empero, arder los muebles de sus enemigos, se asoció á la quema, pero como ayudante; desafiamos á cualquiera á que nos diga si vió dentro de alguna de aquellas casas un solo hombre conocido por su honradez, sino en los momentos precisos en que entró el verdadero pueblo, en busca de algun ministro ó persona remarcable de la situación derrocada: despues solo quedó la *gatería* como se dice en Madrid, la canalla, los hombres á quienes siempre anda buscando la policía. El pueblo no se opuso á aquellas hogueras, y esto era muy natural; debia sentir y sentia un placer inmenso en ver quemarse el aparato de suntuosidad de aquellos miserables que habian convertido en fausto y lujo el sudor del pobre y las lágrimas del desvalido; el pueblo rodeaba aquellas hogueras, tomaba los muebles, las vajillas, las pinturas y las arrojaba á la hoguera, destruyendo, ciego por su odio, objetos de un inmenso valor artístico y cuadros de nuestros primeros pintores: pero los que dicen que el pueblo se aprovechó de aquellos despojos, no conocen al pueblo, ó porque le aborrecen le calumnian: aquellos incendios fueron hijos de las circunstancias; los verdaderos incendiarios fueron los *polacos* que con sus excesos y sus crímenes de todo género habian puesto en combustion la opinion pública, habian encendido la revolución.

VIII.

Estos incendios produjeron algunas lamentables desgracias á mas de las acontecidas delante de la casa de Cristina; al acercarse el pueblo en busca de Sartorius, á su casa calle del Prado, el ser-

254

vil é infame celo de uno de los municipales que aun guardaban la casa, produjo por un disparo la muerte de un jóven de buen aspecto y decentemente vestido: esto inflamó de furor á las masas que arrollando á los municipales los desarmaron y entraron sedientos de venganza.

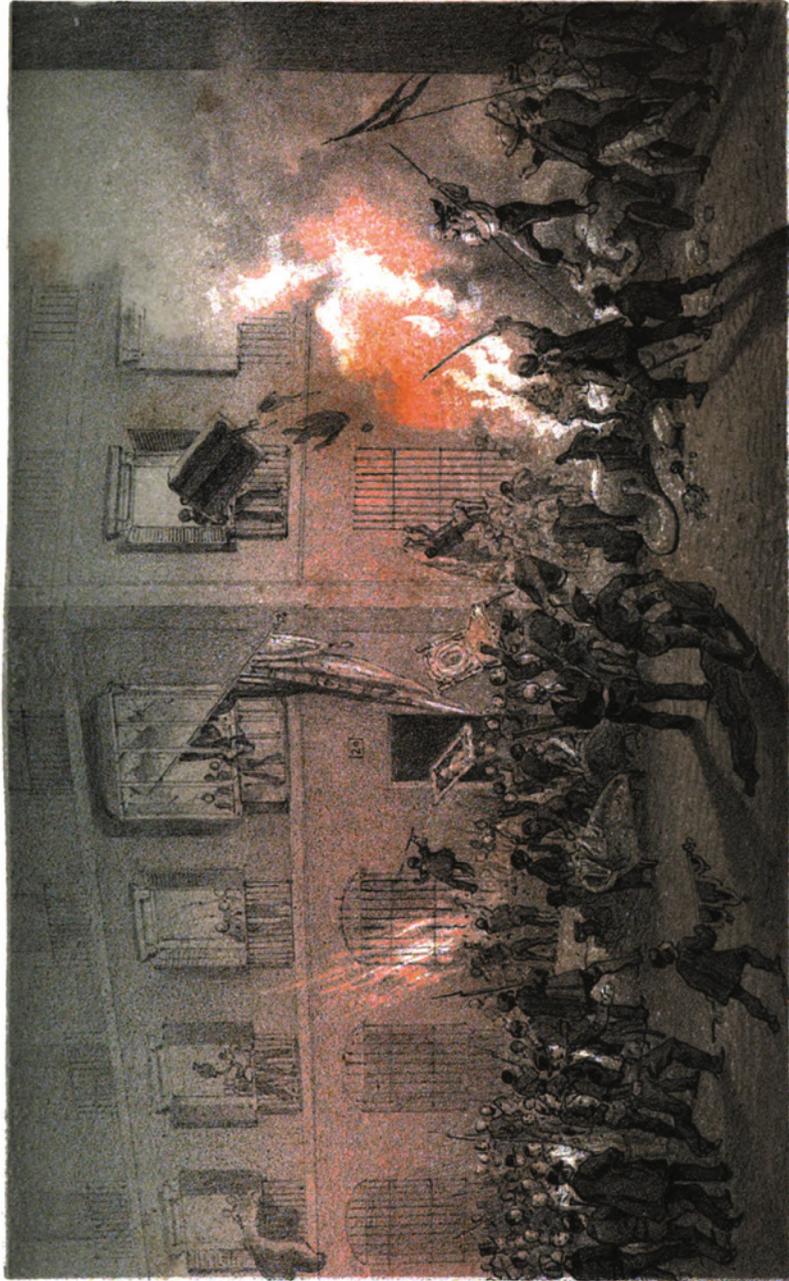
No encontrando á Sartorius, que estaba á buen recaudo, desahogaron en la parte que pudieron su furor en los muebles del ex-ministro, y muy pronto se levantaron tres gigantescas hogueras, una en la calle del Prado frente de la desemboadura de la del Leon, y dos en esta última.

Otros grupos habian asaltado en la calle de Cedaceros esquina á la del Sordo, la casa de D. José Salamanca (1): los muebles arrojados á la calle, alimentaban una inmensa hoguera en la Carrera de San Gerónimo, frente á la iglesia de los Italianos. Multitud de curiosos rodeaban aquel foco de destruccion, y algunos hombres desarrapados y algunos otros del pueblo, arrojaban á las llamas objetos de sumo valor y de incontestable mérito.

Para dar una muestra de que el objeto del pueblo al tomar parte en aquellos incendios era castigar en parte en sus bienes ya que no podia en sus personas á los prevaricadores, y no el

(1) Al citar entre los incendios el de la casa de D. José Salamanca, creemos de nuestro deber advertir, que aunque no aprobamos de ninguna manera los excesos que se cometieron en cada una de aquellas casas, excesos que fueron perpetrados, como hemos dicho en el testo, parte por los enemigos de la revolucion, parte por gentes de esas que aprovecharán siempre un pretexto para entregarse al pillage, debemos añadir que respecto á lo que se hizo en casa de Salamanca, no hubo ni siquiera la disculpa de la odiosidad pública: hacia mucho tiempo que Salamanca habia abandonado el terreno de la politica, para consagrarse solo á sus negocios: es cierto que se encontraba continuamente en relaciones con el gobierno, pero solo como concesionario de ferro-carriles: por otra parte, los negocios en que empleaba y emplea sus capitales Salamanca, eran y son beneficiosos al pueblo, que por su actividad y lo colosal de sus empresas, encuentra trabajo para centenares de sus individuos. Lo que pasó en casa de Salamanca aquella noche fué horrible: prescindiendo del saqueo, su esposa que estaba enferma, estuvo á punto de ser asesinada por algunos miserables, y no sabemos lo que hubiera sucedido, si no la hubiera protegido el pueblo; así pues, al nombrar á Salamanca, téngase en cuenta que no le acusamos, porque segun nuestras noticias ninguna parte tuvo en las causas que produjeron la Revolucion de Julio.

LA REVOLUCION DE JULIO EN 1854



Urquibela inv. y lit.

A. S.ª Coloma, editor

Lit. de J. Martínez, Madrid.

Quema de los efectos pertenecientes á las habitaciones de Sartorius y Collantes.

deseo de aprovecharse de aquellas riquezas, nos bastará referir un solo hecho. Alejábase un negro vestido con una especie de gaban de lienzo, y como uno de los muchos patriotas que estaban armados notase que llevaba un bulto bajo su gaban, le detuvo le reconoció y le encontró un labamanos de plata: inmediatamente la Justicia del pueblo cayó sobre el ladrón que fué muerto á palos, y el lavamanos se fundió en la hoguera.

Estos incendios habian empezado entre doce y una de la noche: eran tales las hogueras que su resplandor y su denso humo sobresalian de la altura de las casas de una manera gigantesca: los habitantes que ignorantes de estos hechos veian acá y allá aquellos gigantescos resplandores y aquellas compactas nubes de humo, dudaban si algunos furiosos aprovechándose del trastorno del momento habrian incendiado á Madrid para entregarse á escesos: hasta que se supo la causa de aquellos siniestros resplandores estuvo en una ansiedad mortal la parte del vecindario que veia aquellos resplandores desde su casa.

Entre la una y las dos de la mañana, Gándara, que ya habia cumplido su compromiso respecto á la casa de Cristina, se presentó con algunas compañías en la Carrera de San Gerónimo y á penas estuvo á la vista de la hoguera mandó hacer fuego. Pero por fortuna, á causa del declive de la calle, que empieza un poco mas allá del lugar desde donde la tropa hizo fuego hácia el Prado, la descarga dió á mucha altura en la fachada de la iglesia de los Italianos, y el pueblo no tuvo que lamentar mas desgracias que algunas roturas de piernas y brazos, causados por la premura con que se entregaban á la fuga los curiosos.

Pero no huyeron del mismo modo algunos valientes paisanos armados que se encontraban en aquel punto: por el contrario contestaron con un entusiasta viva á la libertad á la descarga que les habia dado la señal del combate, y tomando las calles de Cedaceros y la del Lobo, y amparándose en los dinteles de las puertas en las aceras, rompieron un vivísimo fuego contra la tropa.

¿Pero qué podian hacer aquellos pocos valientes contra cuatro compañías de las mejores tropas del ejército mandadas por Gándara, á quien no se puede negar la cualidad de valiente, y de va-

256

liente arrojado y temerario? La tropa avanzaba por mitades, disparando descargas cerradas que granizaban contra las aceras, pero adelantaba lentamente contenida por el certero fuego de los paisanos: durante una hora mortal no se escucharon mas que las nutridas descargas de los soldados, el fuégo á discrecion y los vivas á la libertad de los paisanos, y la rugiente voz de Gándara que gritaba sin cesar: ¡adelante y fuego! ¡adelante!

A medida que avanzaba el tiempo, los vivas del pueblo eran menos compactos, menos ruidoso y menos intenso el fuego: al fin los gritos fueron estinguiéndose, los disparos de los paisanos aislándose y luego sucedió un silencio profundo.

«La revolucion ha sucumbido,» exclamaban con desaliento los buenos patriotas que desde sus casas y contenidos por la falta de armas habian escuchado con ansiedad mortal el estruendo del combate: «la revolucion ha sucumbido como en 1848.»

CAPITULO II.

Combate en la calle de Jacometrezo.—Aumenta el furor público lo honorífico de los decretos de admision de la dimision de los polacos.—Córdoba.—Comparacion de éste con su ascendiente el Gran Capitan.—Acomete el pueblo las avanzadas de Palacio.—Combate en la calle de Jacometrezo, y en los cuarteles de San Francisco y del Soldado.—Aspecto de Madrid en la mañana del 18.—Garrigó.—Habla al pueblo desde el balcon del Principal.—Carácter de aquella escena.—Garrigó vá con el pueblo á la plazuela de Santo Domingo.—Cesa el fuego.—Se cree terminado el combate.

I.

Pero no era así, comprimido el pueblo por una parte se dilataba por otra. Arrojadados del Principal, de la Puerta del Sol y de la Carrera de San Gerónimo, aparecieron en la calle de Jacometrezo y en la Ancha de San Bernardo.

A mas del furor que habia causado entre el pueblo la noticia del bárbaro fusilamiento efectuado por los cazadores de Baza delante del palacio de Cristina, habia llegado este furor al esceso con la publicacion de una *Gaceta* extraordinaria que circularon los ciegos á las dos de la mañana, en que aparecian los decretos de admision de dimision de la Reina á los ministros, concebido en los términos mas honoríficos para estos, especialmente el que se referia al Presidente del Consejo don Luis José Sartorius y en cuya fórmula se espresaba la Reina de la manera mas honorífica y satisfactoria para aquel ladron público á quien algunos malos españoles vendidos á su oro y alimentados con las migajas de su mesa quisieran ver de nuevo en el mando.

Diceso que la Reina no conocia aquellos decretos; que se habia falsificado la rúbrica, que en fin aquellos pomposos elogios prodigados á ministros á quien arrojaba ignominiosamente del poder el pueblo, no eran otra cosa que una falsificacion maquiavélica destinada á envolver al trono en las ruinas del bando polaco.

258

Nosotros nada podemos decir acerca de si estos decretos eran verdaderos ó falsos , pero creemos verosímil lo segundo: el pueblo, sin embargo, no estaba entonces en situación de creer mas que lo que veía y estas distinciones inconcebibles concedidas á tales hombres no podían menos de exasperarle. Añádase á las formas escandalosas, por decirlo así, de los decretos en que se admitía la dimision de los ministros ; otro decreto por el cual quedaba encargado del Gobierno y de la formación del nuevo gabinete el teniente general don Fernando Fernandez de Córdoba.

En otros tiempos este apellido era pronunciado con veneracion y respeto por los españoles porque les recordaba al Gran Capitan, al héroe del Garilano, al terror de los turcos y de los franceses, como se lee en caracteres de piedra en la ápside de la iglesia de San Gerónimo de Granada que le servia de sepulcro : pero con los tiempos este respeto se habia entiviado por no haber tenido buenos mantenedores aquel apellido despues del Gran Capitan, que lo ilustró con hazañas, y ya en nuestros dias se escuchaba con odio por el pueblo , porque quien en la actualidad le lleva ha sabido hacerse tan impopular como grande supo hacerse su abuelo.

El general Córdoba representaba la *polaqueria*, ni mas ni menos que el conde de San Luis : el pueblo le acusaba de haber causado en 1848 la muerte del desgraciado Manuel Gil : su nombre aparecia unido á represiones odiosas, á monopolios irritantes ; era por último compañero de glorias y fatigas en la jornada de Vicálvaro del inolvidable Vista-Hermosa , á quien con esa prontitud y oportunidad que le caracterizan , habia confirmado el pueblo con el nombre de Longinos. Nada bueno podia esperarse de Córdoba, y necesariamente el pueblo debia apelar con las armas en la mano de su nombramiento.

Habia ademas otro elemento poderoso de alarma : Cristina estaba en Palacio ; declábase que en él estaban refugiados ademas, no solo el ministerio caido sino tambien aves de mal agüero para las libertades públicas : los polizontes, sus gefes y toda la turba multa de bribones, que tenían mas de un motivo para temer ser desollados por el pueblo si caían en sus manos, servían de avanzada á Palacio en la casa de los Consejos, en el teatro de Oriente y en el

ministerio de Marina: el pueblo veía, en fin, reunidos en un mismo distrito, y puestos en comunicacion y concentrados sus enemigos altos y bajos, y entre ellos como prisionera, como violentada, pensando piadosamente, la Reina.

Natural era, pues, que el pueblo acometiese aquel foco de reaccion, y le acometió marchando por cuantos puntos le fué posible: esto es, por la calle de Jacometrezo, la de Preciados, la de Silva y la Ancha de San Bernardo contra las avanzadas de Palacio.

Al amanecer se rompió el fuego, sostenido con un valor admirable en una de estas calles que hemos citado, por un puñado de valientes paisanos; en la de Jacometrezo un furgon de artillería de que se habian apoderado, les servia de barricada y habian empezado á construir otra en la embocadura de la calle de Capellanes.

Entretanto, algunos grupos de paisanos habian intentado acometer el cuartel de San Francisco y el del Soldado, pero habian sido rechazados. El barrio de Toledo, que un papel tan importante debia representar en la revolucion, estaba silencioso y al parecer tranquilo, pero los tiros que habian resonado le sacaron de su letargo y le pusieron sobre las armas.

Entretanto, la mayor parte de Madrid, que no podia oír el vivo fuego que ardia en la plazuela de Santo Domingo, creia terminada la revolucion, cuando solo habian tenido lugar sus preliminares.

II.

En las primeras horas del dia siguiente circulaba el vecindario de Madrid como de costumbre por las calles, como si todo hubiera terminado, aunque las tiendas cerradas ó solo abiertas á medias, representaban la alarma: todo estaba tranquilo fuera de las inmediaciones de Palacio, y ni aun se veian por las calles hombres armados.

Al rededor de los lugares que habian dejado las hogueras, y que estaban marcados por un ancho círculo de negra ceniza, se veian algunos curiosos, mientras algunos pillastres y mendigos re-

;

260

volvian las cenizas y arañaban con hierros las junturas de los adoquines, esperando encontrar restos de la plata derretida.

A lo largo de la carrera de San Gerónimo y de la calle del Prado se veian rastros de sangre y las señales de las balas en las paredes. A medida que se avanzaba hácia el centro, se notaba mas movimiento, mas actitud hostil, un aspecto, por decirlo así, mas guerrero.

Al rededor de la casa de Correos, en las calles que confluyen de la Puerta del Sol habia avanzadillas de tropa, pero descuidada y amable con el vecindario, al que no perdian la ocasion de decir que *todos eran unos*, y que ellos tambien estaban pronunciados.

Siguiendo adelante por la calle del Cármen se veian numerosos rastros de sangre, las tiendas herméticamente cerradas, y mas allá de la esquina el cadáver de un soldado de caballería rodeado de curiosos.

Si se seguia dicha calle, y se torcia por la de San Jacinto hácia la de la Abada, cerca de la esquina, en la pequeña cuesta que forma allí el terreno se veia un infeliz obrero herido en la frente y muerto.

Adelantando, y siempre sobre rastros de sangre por la calle de Jacometrezo, á pocos pasos que se anduviesen, se oia el encarnizado fuego de la plazuela de Santo Domingo.

III.

A las once de la mañana del dia 18 aconteció en la Puerta del Sol un suceso demasiado notable para que no estrañemos el no verle consignado en ninguno de los relatos, que ya en forma de historia, ya como noticias periodísticas, se han ocupado de los mismos acontecimientos de que nosotros nos ocupamos.

Nos referimos á la escena habida entre gran parte del pueblo de Madrid, y el brigadier Garrigó, el valiente soldado de Vicalvaro.

Por resultado del bizarro comportamiento que el brigadier habia demostrado en aquel lance de armas, cayendo herido á la boca de uno de los cañones del gobierno, junto al cual habia sido

hecho prisionero, el pueblo se habia interesado sobremanera en su suerte: suposo primero con general contento que su herida era leve, y con un indecible placer despues que, aunque sentenciado á muerte por el Consejo de Guerra, habia sido indultado por la Reina: Garrigó era el héroe á quien todos admiraban, á quien todos envidiaban: su nombre causaba un verdadero entusiasmo en el pueblo, y desde los primeros momentos de expansion pública, la noche del anterior dia 17, su nombre habia sido victoreado frónéticamente en union con los de O'Donnell, Messina, Dulce y Ros de Olano; y no se satisfizo el pueblo solo con victorearle, sino que corrió á su prision, pidió su libertad, la obtuvo, y le condujo en triunfo á los brazos de su familia.

Al constituirse á las seis de la mañana del 18 un nuevo ministerio, del cual hablaremos dentro de poco, la Reina á quien el brigadier Garrigó se habia presentado, obedeciendo á los consejos de los que creian oportuno utilizar la popularidad del valiente coronel de Farnesio, le habia nombrado gefe de la caballería existente en Madrid, en cuyas funciones entró desde el momento.

Ardia entre tanto un fuego mortífero, como ya hemos dicho, en la plazuela de Santo Domingo entre un puñado de valientes paisanos, y las avanzadas que por aquel lado correspondian á las fuerzas de palacio: pasaban las horas y el fuego no cesaba: los paisanos habian rechazado á las tropas por las calles de Jacometrezo, de Silva y Ancha de San Bernardo, y se batian ya por todas las avenidas en la plazuela de Santo Domingo: todas estas avenidas, hasta mucha distancia hácia el centro de la poblacion, estaban regadas de sangre, y acá y allá se veia algun cadáver de los defensores del pueblo.

Natural era la ansiedad pública porque aquella carnicería cesase: grupos y grupos se agolpaban en la Puerta del Sol, delante de la casa de Correos, donde era de suponer la existencia de alguna autoridad, ó por lo menos de gefes militares que pudiesen comunicar á Palacio las justas peticiones del pueblo, que por entonces se reducian á que se hiciese cesar el fuego en la plazuela de Santo Domingo: al fin cerca ya de las once, fuese que en Palacio se conociesen aquellas aspiraciones, fuese que le llamasen á

262

aquel lugar atenciones del servicio en tan azarosos momentos, apareció en la calle Mayor el brigadier Garrigó, escoltado solamente por un sargento segundo de Farnesio, que habia sido hecho prisionero con él en Vicálvaro, y por dos ordenanzas de la guarnición; nosotros, por razones que espondremos mas adelante, creemos que el brigadier habia sido enviado por el gobierno, para calmar la efervescencia pública.

Al ver la multitud un gefe de alta graduacion, que á todas luces venia de Palacio, se agolparon al rededor de su caballo, y sin conocerle, le intimaron de una manera amenazadora que hiciese saber á la Reina, que el pueblo veia con indignacion el horrible combate que tenia lugar en la plazuela de Santo Domingo entre el pueblo y la tropa. El brigadier pronunció algunas palabras que no dejó oír la efervescencia y las voces de los grupos, que á cada momento crecian, y sin conocer á Garrigó, las demostraciones se hacian cada vez mas amenazadoras: y nada tiene de extraño que el pueblo de Madrid no conociese á uno de los gefes del ejército, cuando en general no conoce á la Reina, y vé pasar junto á sí, sin reparar en ellos, los individuos del gobierno y los mas altos personajes de la corte.

Pero entre aquella multitud hubo al fin algunos que conocieron al brigadier, y que gritaron:

—¡ Es Garrigó ! ¡ Es el valiente coronel de Farnesio ! ¡ Viva Garrigó ! ¡ Viva el héroe de Vicálvaro !

El disgusto se trocó en entusiasmo, y el recelo en confianza: se escuchó ya al brigadier y súpose con alegría y con esperanza que habia sido nombrado gefe de la caballería existente en Madrid.

Garrigó fué acompañado, en medio de vivas y aclamaciones por una inmensa multitud hasta la casa de Correos donde entró.

El pueblo fijó inmediatamente sus ojos en el gran balcon del edificio esperando ver en él á Garrigó; pero este, no sabemos por que causa, tardaba en aparecer. El pueblo esperó un tanto pero al fin se impacientó.

—¡ Qué salga ! ¡ qué salga ! gritaban con una onergía que casi tocaba en furor. ¡ Se están matando en la plazuela de Santo Domingo ! ¡ es preciso que cese el fuego !

Y era de ver aquel espectáculo.

Hacia un calor insoportable; el sol inundaba el espacio en que se agrupaban cuatro ó cinco mil hombres de todas clases y condiciones, todos sin armas, todos enérgicos, todos parte de aquel pueblo que ejercitando su derecho de petición pedía á voces que se hiciese cesar el fuego que diezmaba á otra parte del pueblo: nadie pensaba en reservarse de los rayos del sol: todos los semblantes estaban animados, todos los ojos chispeaban, todas las bocas gritaban, todas las frentes destilaban á mares sudor; algunos mas enérgicos proponían el que se fuese á sofocar el fuego, envolviendo á la tropa, en oleadas de pueblo, interponiendo como un escudo el pueblo desarmado, á la tropa y al pueblo armado: aquellos eran momentos de fiebre, en medio de los cuales muchos enronquecidos por el furor pedían armas para volar al socorro de sus hermanos.

En medio de esto y mientras se esperaba la aparición del brigadier Garrigó, surgieron entre la multitud rabiosos gritos de: ¡muera la Guardia Civil! ¡qué desarmen á la Guardia Civil! ¡mueran los asesinos!

Aquellos mueras ¡aquellas imprecaciones á la Guardia Civil, eran hijas de la ferocidad con que los individuos de aquel cuerpo se habían batido con el pueblo á las inmediaciones de su cuartel, y en las avenidas de la Plaza Mayor: soldados escogidos en el ejército, acostumbrados á una lucha continua con bandidos en los caminos públicos, habían tratado al pueblo que les había acometido, como hubieran tratado á malhechores, procurando con una sangre fría horrible la certeza de los disparos, batiéndose con un valor prodigioso y digno por cierto de mejor causa; mostrándose implacables, y estremadamente duros con el paisanaje.

Lo mismo cabalmente habían hecho los cazadores de Baza; pero fuese porque era un cuerpo distinguido, que en su uniforme, en sus fornituras, y en su instituto se diferenciaba esencialmente de los cuerpos del ejército fuese por otra causa cualquiera el anatema del pueblo, terrible é implacable había caído á plomo sobre la Guardia Civil.

En vano queríamos hacer comprender en todo su valor á nuc-

264

tros lectores, la rabia, el frenesí, la indignación con que se pedía por el pueblo, no solo el desarme, sino el esterminio de aquel cuerpo. Y á vueltas de esto, gritos de impaciencia, porque Garrigó no aparecía; una ansiedad mortal, que hacía que cada momento tuviese la duración de un siglo; ansiedad que bastaba á demostrar que el corazón del pueblo, está lleno de virtud, y de la mayor de las virtudes: la caridad, el amor á sus semejantes.

Porque mientras aquel sacrilego combate duraba, cada momento podía ser el de la muerte de un honrado padre de familia: el pueblo no pensaba mas que en las desdichadas que en aquellos momentos podían quedar viudas: en los infelices á quienes el plomo de la reacción podía dejar huérfanos.

El pueblo se sentía asesinar y no teniendo armas mas que en una pequeña parte, clamaba porque un poder cualquiera hiciese cesar el combate.

Al fin apareció Garrigó, en el gran balcón, acompañado de un ayudante, y de gran número de soldados sin armas que sin duda por curiosidad le habían también seguido; la multitud saludó á Garrigó con un entusiasta viva y con prolongados aplausos. Garrigó hizo al pueblo señal de que iba á hablar y se estableció un silencio profundísimo: el espíritu de las primeras palabras de Garrigó fué el de conciliación entre el trono y el pueblo; lo que nos indica que su principal misión era explorar el espíritu público en lo relativo á la Monarquía: espresó que la Reina había sido pérfidamente engañada, pero que al fin, abiertos sus ojos á la verdad, se preparaba una era de felicidad y de libertad á la nación. El pueblo victoreó á la Reina. Despues Garrigó, quiso que el pueblo transigiese con el ejército, y dijo á este propósito algunas palabras, cuyo espíritu era poco mas ó menos el siguiente:

«Esos soldados han llorado en lo íntimo del corazón, al verse obligados por la ordenanza, que les prescribe obediencia á sus gefes, á hacer fuego sobre el pueblo: pero esos soldados aman al pueblo.

Garrigó fué interrumpido por una exclamación de disgusto.

—¿Y por qué no se han pasado al pueblo? ¿por qué no han matado á sus gefes? gritaron muchas voces, entre las cuales re-
tumbaron algunas;

—¡ Muera la Guardia Civil ! ¡ que se desarme la Guardia Civil !

El pueblo obligaba á Garrigó á un diálogo difícilísimo y lleno de escollos, al que sin duda no iba preparado, y el en que se esponia por una palabra inconveniente ó mal comprendida á perder toda su popularidad. Esforzábese sin embargo, á demostrar la inculpabilidad de la tropa, y como por un giro extraño viniese de nuevo el diálogo á recaer en la Reina, dijo estas ó semejantes palabras:

—Quién puede dudar de la magnanimidad del corazón de S. M. Yo soy una prueba de ello. Dígase lo que se quiera señores: yo según la ordenanza he debido ser pasado por las armas, y sin embargo, S. M. me ha perdonado. Yo debo la vida á S. M.

Volvióse á victorear á la Reina; pero la impaciencia habia llegado á su colmo: todo lo que no fuese acudir á la necesidad del momento, esto es á la cesacion del fuego entre la tropa y el pueblo, era inoportuno: un vendaval de voces, en que tanto se oian muertas á la Guardia Civil como escitaciones, para que se fuese á mandar cesar el fuego interrumpian á Garrigó, que en muchas ocasiones se vió obligado á hacer entender por enérgicas señas, que él mismo iria á hacer cesar el combate. Era imposible todo discurso; el pueblo no escuchaba: impacientado Garrigó aprovechó un momento de calma para decir:

—Creo señores, que se puedo tener confianza en mí; quien ha caido delante de un cañon gritando: ¡viva la libertad! ha dado pruebas bastantes de su amor al pueblo.

—Sí, sí, todo eso está muy bueno, exclamaron algunas voces, alternadas con aclamaciones; pero entretanto se están matando.

Aquellas palabras eran solemnes y siempre que se pronunciaban producian un efecto imposible de describir: inmediatamente se oian los gritos de:

—¡Qué desarmen á la Guardia Civil! ¡qué muera la Guardia Civil!

Garrigó arrastrado por el torrente de la opinion pública, dijo no recordamos exactamente qué palabras acerca de desarme y reorganizacion de la guardia. Poco despues anunció, que al momento que tomase algun descanso que le era necesario por el esta-

266

do de su herida aun no bien curada , iria en persona á hacer cesar el fuego de la plazuela de Santo Domingo , despues de lo cual arrojó algunos papeles impresos , cuyo contenido no pudimos conocer entonces , ni hemos podido conocer despues , y se retiró.

Hemos dicho que creiamos demasiado trascendental la escena habida entre el pueblo y el brigadier Garrigó en la Puerta del Sol, porque en ella se dieron muertes , á la Guardia Civil , y se asintió por una autoridad emanada del gobierno á la estincion de aquel cuerpo , predisponiéndole con ello á que se batiese de una manera desesperada; adelante veremos las innegables consecuencias de aquel paso , que si fué inconsiderado perteneció esclusivamente á las circunstancias , y del cual á nadie puede culparse.

IV.

Al fin despues de algunos minutos de espera , salió Garrigó , montó á caballo , y acompañado de un ayudante y otro sugeto á caballo en traje de paisano , seguido de algunos ordenanzas y de un inmenso pueblo , se dirigió por la calle del Cármen , la del Postigo de San Martin y de Jacometrezo , á la plazuela de Santo Domingo.

A medida que se llegaba al lugar del combate , y se hacian mas perceptibles los disparos , la multitud se apiñaba , pero nadie retrocedia , ni dejaba de adelantar. Todos comprendian que habia peligro y sin embargo , seguian como para ser tostigos del cumplimiento de la promesa que se habia hecho al pueblo. Algunos iban armados con palos , otros con piedras. Todas las puertas de las casas y los balcones estaban cerradas ; á medida que se pasaba junto á estas puertas el pueblo gritaba , ¡ abrid ! y las puertas se abrian espontáneamente , para que pudiesen servir de refugio al pueblo en una eventualidad : respetáronse sin embargo , las puertas de las tiendas en que la aglomeracion de la multitud pudiera haber causado algun daño en los efectos : no se oia otro ruido que el de las pisadas , las voces continuadas de ¡ abrid las puertas ! y los golpes que se daban en ellas con los llamadores ó con las piedras de que , como hemos dicho , muchos iban prevenidos.

En una fiesta cualquiera no se hubieran visto tan concurridas ni tan animadas las calles que por aquella parte desembocaban en la plazuela de Santo Domingo, en aquellos momentos de peligro.

Podía decirse que entre aquella multitud no iba un solo cobardo, y un pueblo que un solo punto de su población, presenta tantos hombres arrojados, es un pueblo de valientes.

¿Quién garantizaba á aquellos hombres de que tras los cerrados balcones no hubiese tropa oculta, que por temor ó por los instintos sanguinarios de un jefe hiciesen fuego sobre el pueblo? ¿Qué por un lujo de ferocidad ó por imponer terror, no fuese asaltada aquella multitud indefensa por cualquiera de los flancos descubiertos? ¿Quién que no se viese envuelta por un movimiento estratégico de la tropa para tomar las espaldas á los combatientes del pueblo?

Aquella multitud desarmada, no tenía otra garantía que el prestigio del nombre de Garrigó y la fé de su palabra.

Y la cumplió como caballero.

Llegado al lugar del combate penetró en él agitando un pañuelo blanco y el fuego cesó: adelantóse hácia el jefe de la tropa, habló con él algunas palabras y un momento despues los que poco antes se enviaban la muerte, estaban revueltos fraternizando.

La tropa se retiró y se retiraron también los paisanos armados: alejóse Garrigó hácia Palacio y la multitud se dispersó satisfecha: todos creían terminados los horrores de la lucha; en el lugar del combate solo quedaban algunos curiosos que examinaban con horror los largos regueros de sangre que se veían por las aceras.

CAPITULO III.

Insuficiencia de los hombres que estaban al frente del gobierno para dominar la situación.—Impopularidad de Córdoba.—Nulidad de los demas ministros.—Desconfianza del pueblo.—La Guardia Civil ocupa la Plaza Mayor.—Actitud hostil de Palacio.—Empiezan á formarse barricadas.—Trabajos de los partidos por volver la revolucion en su provecho.—Energia y sensates del pueblo.—Se rompe el fuego de nuevo en la Plaza Mayor.—Mata y Alós en la calle Mayor.—El pueblo no sabe si es amigo ó enemigo.—Su estraña conducta.—El combate se encarniza de momento en momento.—Garrigó acude á la Plaza Mayor.—Se suspende por un momento el fuego.—El pueblo es fusilado por la Guardia Civil.—El fuego se generaliza.—Posiciones respectivas del pueblo y de la tropa.—Esfuerzos inútiles para conducir una comunicacion entre el Prado y Palacio.—Combate en la calle de Atocha.—Gándara no puede forzar el paso á pesar de la artillería.—Cesa el fuego al oscurecer.—Dia 19.—Operaciones del dia 19.—Córdoba y el ministerio de las cuarenta horas hacen dimision.—La Reina llama al general Espartero.—Se suspende el fuego.

I.

Si en los momentos en que cesó el fuego en la plazuela de Santo Domingo, hubieran estado al frente del gobierno hombres á propósito para dominar las circunstancias, indudablemente no hubiera corrido mas sangre, ni se hubieran puesto en peligro como se pusieron mas adelante, la libertad, el trono y el pueblo, ni se hubiera obligado á este á nuevos y sangrientos sacrificios para defender sus derechos.

Pero los hombres que componian el ministerio eran insuficientes en aquellas terribles circunstancias: los hombres que tan mal aconsejaban á la Reina, creyeron que bastaba presentar al pueblo ciertos nombres para calmar la agitacion pública: fué un error lamentable: lo que necesitaba el pueblo eran hechos, y hechos decisivos: lo que necesitaba el pueblo eran garantías, y los nombres y las palabras estaban demas por inútiles. El pueblo estaba batiéndose en las calles, y veia en contra suya á la tropa en las

calles: el pueblo se batía para tomar posición y evitar que se apoderasen del mando los hombres que tan ignominiosamente habían sido arrojados del poder, y el pueblo veía entre los ministros encargados del despacho de la Guerra á uno de aquellos hombres aborrecidos: el general D. Fernando Fernandez de Córdoba.

El pueblo veía sobre la frente de aquel hombre la sangre del desgraciado Manuel Gil, asesinado por un brutal Consejo de Guerra en 1848, y la sangre de aquel mártir había sido refrescada sobre la frente del general, con la de los valientes que habían muerto desde las últimas horas del 17 de julio hasta mediar las del 18: el pueblo no debía, no podía tener confianza en un gobierno de que formaba parte Córdoba, y no la tuvo. Los hombres que se asociaron á Córdoba, contrajeron al jurar como ministros en manos de la Reina, terribles deberes, y no tuvieron valor ó tino para cumplirlos. Aquellos hombres por error, sin duda, contrajeron una responsabilidad inmensa delante de la historia, y esta que no puede dejar de ser severa, les acusará siempre de la sangre vertida desde que se pusieron al frente del poder en los días 18 y 19 de julio.

Nosotros, por más que reconozcamos que, excepto Córdoba, los demás hombres que constituyeron el ministerio llamado por unos de las cuarenta horas, por otros el ministerio metralla, eran en su totalidad hombres incapaces de causar á sabiendas desgracias al pueblo, no podemos menos de declarar que según nuestra opinión, aquellos hombres son responsables ante el pueblo, que los ha perdonado, y ante Dios, que sin duda los perdonará también, porque Dios no condena á los que obran el mal sin saberlo, son responsables, decimos, por cortedad de espíritu y de vista, no solo de las desgracias ocurridas en los momentos de su mando, sino de muchas que han acontecido y pueden acontecer, por resultado de haber irritado á la revolución de haberla prolongado y de haber dado tiempo y ocasión de que se mezclasen en ella elementos bastardos.

Aquellos hombres, liberales todos, y algunos de ellos pertenecientes al partido progresista avanzado, hombres que en otras

circunstancias hubieran podido servir eminentemente á la patria, causaron al pueblo, á la monarquía, y especialmente á la Reina, mas daño que todos los moderados y todos los polacos juntos.

Y en efecto, ¿cómo creer que la Reina no conociese la verdadera índole, el verdadero espíritu de la revolución que con la voz de los fusiles tronaba en las calles, teniendo á su lado, admitidos á su confianza, hombres que conocian las necesidades y las aspiraciones del pueblo? ¿Cómo creer que aquellos hombres dudasen de la causa de aquel fuego atronador que debia necesariamente, por su proximidad, retumbar en la cámara de la Reina? ¿Cómo sus dudas y su vacilacion, y si se quiere, aunque parezca duro, su cobardía, cuando, debian oír distintamente los gritos á la libertad lanzados por el pueblo?

Era imposible que se tuviese confianza en hombres que resistian una revolución popular, tan necesaria, tan justa, y si se quiere tan santa como la revolución de julio.

No; el ministerio de las cuarenta horas, no tiene disculpa: ni en su conducta hubo civismo ni dignidad: durante su mando estuvieron puestos en ridículo: todos le consideraron juguete de la facción polaca que aun dominaba en Palacio, y al sentenciarle la opinión pública á la pena del ridículo, le ha librado de otra pena mas severa.

De nada sirvió aquel ministerio: ni tuvo bastante influencia en el pueblo para que, este confiando en él, dejase las armas, ni en Palacio la significacion necesaria, para que la Reina hubiese obrado en armonía con la gravedad de las circunstancias.

Córdoba era el ministerio: los otros ministros eran al lado de Córdoba... no sabemos lo que eran, porque no queremos creer que en un momento renegasen de su fé política: la opinión pública es la única que puede decidir lo que fueron aquellos ministros, en el tiempo en que sus nombres figuraron al frente del gobierno.

El pueblo sabe tambien sus nombres: nosotros despues de lo que con arreglo á nuestra conciencia hemos dicho acerca de su conducta, suplicamos á nuestros lectores nos dispensen de consignar sus nombres en estas páginas, nombres que pueden ver en las *Gacetas* de entonces.

II.

A pesar de haberse suspendido el fuego en la plazuela de Santo Domingo, nada veía el pueblo que pudiera inspirarle confianza: el Principal, ó como si dijéramos la casa de Correos, estaba ocupada por tropas del ejército, y en las avenidas permanecían las avanzadas: la Plaza Mayor estaba ocupada por dos compañías de la Guardia Civil, y este cuerpo y los demas de la guarnicion estaban encastillados en sus cuarteles á escepcion de la artillería que estaba emparcada á la subida de la puerta de Alcalá, entre el cuartel del Pósito y las verjas del Buen-Retiro.

En cuanto á Palacio, presentaba un aspecto formidable: sus avanzadas ocupaban por la calle de la Almudena, la casa de los Consejos, y el edificio que fué Museo Naval. Por la parte de Oriente el teatro, la subida de los Angeles, la plazuela de la Encarnacion, la de los Ministerios y el cuartel de San Gil.

Por su parte el pueblo empezó á formar barricadas en las plazuelas del Progreso, y de la Cebada y en la calle de Toledo, y empezaban á verse señales de organizacion, apareciendo algunos gefes pertenecientes á los partidos mas avanzados.

Entre tanto todos los prohombres de todos los partidos trabajaban públicamente los unos, en secreto los otros, por bastardear la revolucion estos, por lanzarla á límites peligrosos aquellos, todos en fin, por explotarla en su provecho.

Pero la energía y la sensatez del pueblo, se sobrepusieron á todos los manejos á todas las ambiciones: el pueblo peleaba por su cuenta, á nombre de sus derechos y estaba resuelto todo: toda la energía toda la virilidad estaban de parte del pueblo: los santones políticos eran insuficientes, no tenían valor alguno: el pueblo se habia sobrepuesto á todos los partidos, no era mas que pueblo, que se unia, se estrechaba, se ponía en comunicacion consigo mismo, y preparaba los medios de defensa encastillándose en sus barricadas y constituyendo á Madrid en un campo atrincherado.

Hubiera sido difícil, que con tales elementos, no hubieran sobrevenido nuevos conflictos: sobrevinieron, porque era imposi-

271

ble que el pueblo que ya había sentido el olor de la sangre y de la pólvora, que se había irritado en la lucha, no diese suelta á su cólera al ver ante sí en ademán hostil las tropas de la guarnición: entre las doce y la una del mismo día 18, apenas apagado el fuego en la plazuela de Santo Domingo, se rompió de nuevo en la Plaza Mayor, por algunos valientes paisanos contra la Guardia Civil.

Inmediatamente esta contestó con horrorosas descargas cerradas que se repetían sin intermisión. La fuerza de la Guardia Civil, ocupaba el ángulo que corresponde al arco de Boteros, y los paisanos les disparaban á cubierto de los postes de la calle de Ciudad-Rodrigo, y de los arcos de Toledo y del Siete de Julio. La Plaza Mayor volvió á ser teatro de la gloriosa lucha del pueblo contra la tiranía.

Una multitud de pueblo desarmado se agolpaba en silencio en la Puerta del Sol, y en algunas de las avenidas de la Plaza: en silencio, porque veían que no podía esperarse ninguna medida conciliadora de Palacio, que el pueblo estaba obligado al combate, y aquel silencio después de sucesos tan elocuentes no era otra cosa que la aceptación del combate por el pueblo.

Pero aunque el pueblo desarmado se mostraba silencioso, mostrábase al mismo tiempo enérgico y activo: la opinión pública no podía estar más demostrada: no había casa en la que no se entregasen con placer muebles y colchones para levantar las barricadas en los lugares que se construían y en que no se diese toda clase de auxilios á los ciudadanos armados.

Algun tiempo después de haberse roto el fuego en la Plaza Mayor, y mientras éste nutrido é incesante continuaba, apareció en la calle Mayor, á caballo y de grande uniforme, el general Mata y Alós, al frente de una compañía de obreros del cuerpo de Administración Militar, en formación de combate: adelantó lentamente, y al fin se detuvo ante el inmenso gentío que por la parte de la Puerta del Sol cerraba la embocadura de la calle Mayor.

El paisanaje no sabía, en los primeros momentos, si debía mirar en aquel jefe y aquellos soldados amigos ó enemigos, y en la duda las primeras filas del pueblo estaban contenidas en línea recta

en un punto dado, como si hubiesen tenido delante una barrera, aunque nadie les impedia avanzar.

De cuando en cuando salia un hombre enérgico de entre la multitud y se dirigia al general, al que apostrofaba ó preguntaba cuáles eran sus intenciones. El general contestaba de una manera evasiva y permanecía en la inaccion, á pesar de que el fuego en la plaza próxima en vez de menguar crecia.

No cesaban de pasar heridos del pueblo, y hombres armados que entraban y salian en la Plaza: en ella, ni los Guardias lograban desalojar al pueblo, ni el pueblo podia avanzar contenido por el fuego de los Guardias. La ansiedad pública crecia: el general Mata y Alós, á pesar de sus soldados, empezaba á ser insultado abiertamente; muchos le hacian cargo de que habiendo sido en otro tiempo Inspector general de la Milicia Nacional, dejase abandonados á sí mismos, sin ir á su socorro, á hombres del pueblo, que por la causa que defendian, debian considerarse como milicianos nacionales: al fin un extranjero, extraordinariamente enérgico, decidido y valiente, que parecia francés, y que sin cesar, aunque sin armas, entraba y salia en la Plaza, se acercó al caballo de Mata y Alós, le asió por la brida y pretendió guiar al general al lugar del combate. Mata y Alós se escusó de nuevo con generalidades, y el extranjero, con razon ó sin ella, exasperado y fuera de sí, llamó al general traider, cobardes á los soldados, insultó á todo ser viviente que encontró al alcance de su vista, y se metió como un rayo en la Plaza.

La causa que motivaba los insultos al pueblo desarmado que nada podia hacer, salvó á aquel extranjero de una catástrofe: al fin se irritaba á la vista de la sangre del pueblo y su furor era en nombre de la libertad.

Apenas habia entrado en la Plaza este sujeto, cuando por la calle de Coloreros apareció el brigadier Garrigó con una escolta de infantería y de caballería. La infantería tomó la desembocadura de la calle de Coloreros casi por frente del callejon del Infierno, que desemboca en la Plaza Mayor, y el bravo coronel de Farnesio con sus ayudantes y la escolta de caballería, adelantó, y saliéndole al encuentro Mata y Alós, hablaron un momento acalorada-

274

mente: á seguida el general, mandó á sus soldados hacer frente á retaguardia, y marchó hácia Palacio, en tanto que Garrigó con su escolta y gran número de paisanos desarmados penetraba en la Plaza Mayor.

A la presencia de Garrigó cesó el fuego como por ensalmo por una y otra parte, la Guardia Civil se formó, y despues de haber hablado un momento con su gefe el brigadier, éste mandó á los Guardias que pusiesen culatas arriba. Esto que solo era una señal de la cesacion del fuego, fué comprendido por algunos paisanos como una señal de rendicion, y por una parte el afan que habia por adquirir armas, por otra el odio que inspiraba la Guardia Civil, fueron bastantes para que el pueblo se arrojasé á desarmar los Guardias Civiles.

Desgraciadamente, por pronto que el paisanage se arrojó sobre las filas, tuvieron lugar la mayor parte de los Guardias de rehacerse y descargaron de nuevo sobre el pueblo, causando en él, por efecto de la confianza con que se habian acercado á la tropa, algunos muertos y mayor número de heridos. La Plaza, por razon de la sorpresa que causó aquella descarga inesperada, se despejó de curiosos, y empezó de nuevo un ligero combate que cesó enteramente con la retirada de los Guardias á su cuartel.

En este suceso se demostró en mas de un hecho no solo la valentía sino la generosidad del pueblo; un niño de doce á catorce años luchando por desarmar á un Guardia, recibió un tiro á quema ropa, y una heroína jóven del pueblo desarmó por sí misma á un Guardia; ignoramos el nombre del primero; en cuanto á la segunda, es en estos momentos la dueña de la cantina de la guardia de Palacio, situada junto al arco de la Armería.

III.

El fuego que hasta entonces se habia reducido á la plazuela de Santo Domingo y á la Plaza Mayor, empezó á estenderse, á generalizarse en el centro de la poblacion. La Puerta del Sol, por la que hasta entonces se habia transitado libremente, empezó á hacerse peligrosa por la actitud amenazadora que habia tomado la

tropa que la ocupaba: el general Mata y Alós, con parte de la artillería, los ingenieros, algunas compañías de cazadores de Baza y los obreros de Administración Militar, ocupaba desde la parte alta de la calle de Alcalá, frente á la antigua iglesia del Cármen, hasta el cuartel de Ingenieros, y destacamentos de este cuerpo y del de Baza cubrían las desembocaduras de las calles que dan al Prado hasta Atocha.

Por otra parte, la tropa ocupaba la Puerta del Sol y Palacio con las avanzadas que ya hemos iniciado: la restante, en escaso número, ocupaba el Parque y los cuarteles.

El pueblo estaba mas aislado: por la parte del Norte, ocupaba el huerto de la Universidad, la calle del Alamo, la plazuela de los Mostenses y las embocaduras de las calles que correspondían al cuartel de San Gil, en el que había alguna artillería y caballería: en el centro ocupaba la Plaza Mayor y sus avenidas, y en el Sur la plazuela de la Cebada, que estaba trasformada en un campamento; como la no muy distante plazuela del Progreso, completamente rodeada ya de barricadas.

Apenas había cesado el fuego en la Plaza Mayor por la retirada de la Guardia Civil y la ocupación de la Plaza por el pueblo, cuando se volvió á romper de nuevo el fuego: la Plaza Mayor era combatida por la parte de Platerías y calle de Ciudad-Rodrigo, por artillería, caballería, guardia Civil, cazadores de Baza y municipales; los patriotas ocupaban la calle de Ciudad-Rodrigo, y parapetados en los postes de los soportales, y en posición desde las ventanas y las boardillas, hacían certeros y nutridos disparos sobre la tropa. Tronaba incesantemente el cañón, arrojando con una tenacidad verdaderamente brutal su metralla sobre los edificios: cargaban los soldados y eran rechazados; á veces se replegaba el pueblo y volvía á avanzar: las boardillas y los tejados empezaban á verse cubiertos de soldados, que se batían casi á quema ropa con paisanos que ocupaban iguales posiciones. Hubo desastres tan terribles como el de heridos que caían á la calle desde los tejados, contándose entre ellos dos Guardias Civiles, que cayeron á la calle de Ciudad-Rodrigo.

Reforzada en fin la tropa, y después de repetidas y tenaces

:

276

cargas, entre ellas algunas de caballería, lograron al fin penetrar en la Plaza los satélites del Gobierno, pero ocupando solo una parte de ella: entonces el pueblo parapetado en los postes sostenía el combate, y por la parte de la calle de Toledo, desde la esquina de la Concepción Gerónima, grupos de jóvenes casi niños, pero heroicamente bravos, molestaban á la tropa que ocupaba el arco de Toledo con un continuo fuego: de la misma manera, y habiendo avanzado mas la tropa en la Plaza se la combatía desde la calle de Atocha.

El objeto de los gefes de la guarnición, era establecer una comunicación entre las tropas de Palacio y las que ocupaban el Prado, comunicación que debía establecerse por la calle de la Almudena, Platerías, Plaza Mayor y calle de Atocha en toda su extensión: de esta manera se comunicaba también el distrito del Sur con el del Norte se dividía la fuerza del pueblo, y aislándole se le debilitaba.

Con este objeto y atendiendo á la tenacidad del pueblo que se batía en la Plaza, ó en sus alrededores, el coronel Gándara, el terrible de la Plazuela de los Ministerios y de la Carrera de San Gerónimo, tomó bajo su mando en el Prado dos piezas de montaña, una compañía de ingenieros, otra de Cazadores de Baza y dos secciones de caballería de la Guardia Civil, y por la calle de las Huertas adelantó hasta la plazuela de Matute, en aquel punto, una de las piezas, con alguna fuerza de infantería, siguió adelante, hacia la plazuela del Angel, y el coronel Gándara mandó armar la otra, y desde la plazuela de Matute disparó una granada que fué á dar en una carnicería, situada enfrente, en la acera de la calle de Atocha, opuesta al colegio de las niñas de Loreto.

Solo en un hombre como Gándara se concibe la ferocidad de disparar granadas sobre una puerta trás la cual deben suponerse seres humanos: Gándara se disculpó, segun nos han dicho, con que creyó que no era la puerta de una tienda, sino la de un portal, y que habia pretendido abrir aquella puerta para que sirviese de refugio á los soldados si la calle de Atocha estaba ocupada por un número considerable de paisanos; disculpa antimilitar y sobre todo insuficiente, puesto que para cubrirse los soldados, en

caso necesario, tenían la desembocadura de la Plazuela: disculpa que los hechos sucesivos vinieron á demostrar falsa, puesto que poco despues los soldados se batian á cuerpo descubierto con los paisanos armados que defendian la calle de Atocha desde la casa nueva, frente á San Sebastian, y desde la esquina de la calle de Relatores.

Lo cierto del hecho es, que el honrado dueño-del establecimiento y su familia pasaron algunos amarguísimos momentos arrojados en tierra, esperando la esplosion de los tremendos huéspedes que les había metido sin permiso en su casa, la ferocidad de Gándara. Afortunadamente al estallar las graudades no produjeron desgracias.

Al mismo tiempo la fuerza que había avanzado hácia la plazuela del Angel, se había detenido en la calle de San Sebastian, había sido arnada la pieza, y desde la esquina había roto el fuego contra la casa nueva frente de San Sebastian: las granadas, las balas rasas y la metralla batian el edificio, y, ó penetraban por las maderas, como aconteció en el almacén de aceite del piso bajo, ó por las ventanas, como aconteció con una granada, que mató á uno de los vecinos del entresuelo, que se encontraba descuidado en su gabinete, ó rechazaban en la construcción que era muy fuerte.

Entretanto, Gándara con la otra pieza y las dos compañías de Ingenieros y Baza, habían tomado la calle de Atocha, y en la parte media de su longitud desde San Sebastian á la Plazuela de Matute, algunos paisanos colocados, como ya hemos dicho, en la casa nueva y en la esquina de la calle de Relatores, hacian fuego los primeros á los soldados y artilleros de la plazuela del Angel y los segundos á Gándara y sus sicarios, que enfilaban la calle de Atocha.

Empeñado el fuego á las cuatro de la tarde, duró hasta cerca del oscurecer sin que la tropa pudiera adelantar un solo paso, habiendo ocasiones en qué por la certeza de los disparos del pueblo, y su resistencia, se vieron obligados los artilleros á retirarse de la pieza de la calle de Atocha.

El combate se prolongaba sin resultado decisivo; indudablemente la mejor parte cabia al pueblo, puesto que á pesar de su ar-

278

tillería Gándara no pudo forzar el paso hasta Palacio. Durante una hora el fuego de artillería y fusilería, fué violento y perfectamente sostenido por el pueblo, que puso fuera de combate á un capitán de artillería y á algunos soldados del cuadro de la pieza. Hay quien afirma que el mismo Gándara salió contuso y estropeado, pero de lo que no nos cabe duda es de que quedaron en el lance mas de doco cadáveres entre soldados y tropa, que fueron depositados en las bóvedas de la iglesia de San Sebastian.

Antes del oscurecer, la pieza que combatía la casa nueva al frente de San Sebastian, se retiró por la plazuela del Angel, y los soldados que la conducían se precipitaron á la carrera como ébrios ó locos por la calle de Carretas. Algunos de los mas rezagados, y como en guerrilla iban detrás observando los balcones, y allí donde veían asomar una cabeza ó moverse una cortina disparaban. Hasta el oscurecer estuvieron corriendo arriba y abajo con la misma pieza por la calle, disparando alternativamente á los paisanos que combatían el Principal desde la calle de la Montera, donde se estaba formando una barricada.

Poco despues en la calle de Atocha mandó Gándara hacer alto el fuego, y éste cesó de todo punto: retiróse la pieza y los zapadores y cazadores de Baza, y algunos Guardias civiles ocuparon las casas y esperaron en ellas, entreteniéndose de tiempo en tiempo en soltar disparos que retumbaban huecos y fatídicos, aterrando al vecindario en medio del silencio de la noche.

Como el combate era simultáneo en algunos puntos de Madrid, nos vemos obligados á retroceder. Aquella misma tarde una compañía de Guardias Civiles emprendió forzar el paso de la Carrera de San Gerónimo, defendido desde las Cuatro Calles; el dueño de cuyo café se distinguió bizarramente; defendido, decimos, desde aquel punto y desde la embocadura de la calle Ancha de Peligros por algunos valientes paisanos. Por algun tiempo los Guardias Civiles pelearon á cuerpo descubierto, pero habiéndoles causado algunas bajas los fuegos del pueblo, se posesionaron del Casino. En uno de los balcones de éste, fué herido peligrosamente el conde de Cuba, hijo del antiguo y célebre faccioso Bessieres, que murió á mano del conde de España. Ocupába-

se el conde de Cuba cuando fué herido , segun unos en cargar los fusiles á los Guardias, segun otros en hacer fuego con un rifle : la verdad del caso es que una bala del pueblo le puso casi á punto de separarse para siempre de sus amigos los polacos.

La Plaza Mayor, entre tanto, era sucesivamente ganada y perdida por las tropas y el pueblo; sus avenidas estaban alternativamente combatidas por unas y por otros, y en una de ellas segun certificado competente que tenemos á la vista se distinguió por su valor, serenidad y arrojo el jóven Don Antonio Rivero , natural de Granada, que por casualidad y como transeunte se encontró en aquellas circunstancias en la córte. Este arrojado jóven, convencido de que por falta de armas no se multiplicaban los defensores del pueblo, se dedicó á buscarlas, y sabiendo que las habia en el edificio destinado á las provisiones del ejército, se trasladó á él con algunos hombres desarmados, y al llegar notó que la fuerza de la guardia se retiraba al interior en ademan hóstil. Rivero sin embargo , llegó solo á la puerta , que los soldados habian cerrado , y les intimó desde ella , con la misma serenidad que si hubiera llevado consigo un batallon, que se rindiesen: dominado por tanta sangre fria, y engañado el gefe del puesto , mandó á los soldados que abriesen y entregasen las armas y las municiones. Rivero las distribuyó á su gente, que eran diez hombres, y cuando el gefe del puesto, rehecho de la primera sorpresa, notando lo escaso del número, se negó á entregar las armas restantes, Rivero mandó preparar las armas á su gente, con lo que logró que el resto de la guardia que aun estaba armada se entregase á discreccion. Inmediatamente distribuyó los fusiles, municiones y correajes, y marchó con once paisanos armados, que le siguieron hasta la Plaza Mayor, lanzándose en ella hasta llegar á la verja de la estatua ecuestre que está situada en el centro, y estimulando con su ejemplo á los demas paisanos, y logrando con ellos lanzar enteramente de la Plaza á la tropa, que se retiró por la calle de Postas; despues corrió á sostener á los que se batian contra Gándara en la calle de Atocha, y llegó un momento despues de concluido el cañoneo.

La Plaza Mayor quedó al fin definitivamente ocupada por el pueblo, cuya organizacion iba siendo mejor á medida que por la

280

duracion, se regularizaba la resistencia, y no se volvió á perder.

Aquella misma tarde en medio del fuego que la tropa hacia desde el Principal y desde la calle de Carretas, se construyó con cajones de los tiroleses, muebles y colchones la barricada de la calle de la Montera: en otro lugar citaremos los nombres de los que mas se distinguieron en su construccion.

IV.

Al oscurecer habia cesado enteramente el fuego, pero la tropa y el pueblo ocupaban respectivamente sus posiciones, lo que significaba que la lucha estaba suspendida durante las tinieblas, pero no terminada. La opinion pública sostenia á los defensores del pueblo, y para que estes no pudiesen ser sorprendidos, los balcones se iluminaron espontáneamente. ¡Terrible iluminacion, destinada esclusivamente á alumbrar un combate fratricida de españoles contra españoles, de libres contra esclavos! Era tambien de notar que á pesar de ser general la iluminacion las calles ocupadas por la tropa estaban completamente oscuras, como si el vecindario no hubiera querido, ser cómplice ni en la mas pequeña parte de los asesinatos que se practicaban á pesar de la oscuridad sobre transeuntes desarmados y descuidados, alumbrando á las víctimas para que los asesinos pudiesen hacer cómodamente la puntería.

Y no se nos diga que exageramos: durante aquella noche de horror, en medio de cuyo silencio no se oia otra cosa que los alertas de los centinelas del pueblo y el ruido de los picos de los que desempedrabán para construir barricadas, preparándose á la lucha del dia siguiente; en medio de aquel lúgubre silencio repetimos, se escuchaba de tiempo en tiempo la detonacion de algunos disparos de fusil, despues de los cuales solian oirse ayes y desesperados gritos de socorro y de agonía. Durante mucho tiempo los vecinos de la calle de Santiago que era una de las mas tenebrosas estuvieron oyendo los gritos de socorro de un infeliz y las imprecaçiones que la desesperacion le arrancaba al ver que no era socorrido. ¿Y cómo habia de socorrérsele, cuando ir á su socorro era ir á la muerte de una manera inútil?

Los que sin peligro pudieran haberle socorrido, esto es, los autores del asesinato, se gozaban sin duda en su agonía, aumentando su feroz horrachera de sangre con libaciones de aguardiente. La calle de Santiago, estaba enfilada por la avanzada de Palacio situada en la casa del duque de Ahumada, y en aquella casa no había más que polizontes y Guardias Civiles. El desdichado herido no podía, pues, esperar socorro: negábaselo de una parte la inminencia del peligro para los vecinos, de otra la ferocidad de la canalla mercenaria que ocupaba la casa del duque de Ahumada. La voz que pedía socorro, que lloraba, que maldecía y que se dirigía á Dios á un tiempo mismo, fué apagándose lentamente hasta que cesó del todo. Los vecinos de la calle habían apurado el horror de una hora de agonía.

Al día siguiente los vecinos vieron un pedazo de cráneo humano junto á una esquina, y al medio de la calle un lago de sangre coagulada. ¿Quién había recogido los cadáveres, dejando como testimonio de ellos aquellos mismos despojos?

Cada vez que recordamos estos lúgubres detalles, nos convencemos de que, por más que queramos ser indulgentes no tiene disculpa el ministerio de las cuarenta horas.

El mismo Gándara en su manifiesto publicado mucho después de aquellos acontecimientos confiesa que ya en la calle de Atocha comprendió que los que se batían con tanto valor no eran hombres pagados para un motín: confiesa que vió ante sí la revolución sostenida por el pueblo.

Gándara lo conoció, á pesar de su coraje y lo mismo debió conocerlo el ministerio: lo repetimos aquellos hombres no tienen disculpa ni en la tierra ni en el cielo; ellos aceptaron mucha parte de aquella sangre que ha caído sobre sus cabezas, porque una de dos ó tenían poder para retirar á la tropa, y regularizar la revolución ó no lo tenían: en el primer caso, aceptaron el combate poniéndose de parte de los enemigos de la patria, y son traidores: en el segundo tuvieron miedo: no supieron salir del compromiso, sin doblegarse á las circunstancias, y son cobardes. Hombres de corazon y de virtud hubieran obrado con más energía: hubieran evitado con todas sus fuerzas el descrédito, y que llegase el caso

282

de que la opinion pública los hubiese perdonado , por desprecio.

Claro estaba para todo el mundo el objeto de tan tenaz resistencia por parte de la córte: se queria forzar á todo trance la situacion: todos los que habian medrado ó satisfecho sus vicios y su impureza bajo el amparo del gobierno arbitrario y ladron de los polacos , sabian demasiado que solo estos podrian tolerar sus vicios y su ambicion, y que jamás volverian los polacos si eran arrojados. El despotismo, el peor de los despotismos, el de la corrupcion, luchaba brazo á brazo con la libertad , con la dignidad nacional, y todo lo temia de su triunfo. Nunca la Reina ha estado mas rodeada de traidores y de asesinos: nunca el trono español se ha visto mas combatido ni mas vacilante: gracias á la sensatez y á la gènerosidad del pueblo, y de un manifiesto milagro de Dios, se han librado el trono y el pais de un sacudimiento horroroso.

La opinion pública, como hemos dicho ya, se declaraba á cada momento mas en favor de la insurreccion: sabiase que si los polacos triunfaban del pueblo de Madrid, ese triunfo les hubiera dado un gran prestigio de poder en las provincias: acaso les aseguraba en el mando: meditábanse con horror las consecuencias de la derrota del pueblo: vengauzas monstruosas, represalias infames, acaso el golpe de estado que tantas veces se habia meditado y que no se habian atrevido á dar: cuando se pensaba en que podian triunfar por un momento de debilidad ó de descuido del pueblo los bandidos públicos, se cerraban los ojos á las consecuencias para no medir su horror: el guante estaba aceptado, ya habia corrido sangre, era necesario morir ó triunfar, no habia medio: ó ellos ó nosotros: esto lo comprendia la opinion pública lo creia irremediable, y el vecindario en masa, por simpatía y por interés se apresuraba á prestar á los combatientes del pueblo icuantos recursos son imaginables: alimento, dinero, licores, pólvora, plomo: las manos mas bellas y mas delicadas se ocupaban en hacer hilas y cartuchos.

Pasó al fin aquella terrible noche, y al amanecer del dia 19 se reprodujo el fuego pero de una manera general: Madrid estaba cubierto de barricadas que se habian construido durante la noche, y donde no las habia se construian á toda prisa: rompióse de nue-

vo el fuego en la carrera de San Gerónimo contra las barricadas de las Cuatro Calles y la de Sevilla; retumbaba así mismo en la calle de Alcalá y en la de la Montera contra el Principal.

Las barricadas de la calle de la Cruz y de la carrera de San Gerónimo sostenían un fuego terrible con los Guardias Civiles que ocupaban aun su posición del Casino, distinguiéndose en este fuego mortífero los dueños de los cafés de las Cuatro Calles y de las Cuatro Naciones el Sr. García y el Sr. Fornos; ya entrado el día el fuego se extendió á la calle del Prado desde cuyos balcones dos compañías de Zapadores disparaban sobre la barricada de la calle del Príncipe: en este punto se distinguieron notablemente tres individuos del pueblo, llamados Castillo Gonzalez, el Moro y otro cuyo nombre no hemos podido averiguar. El Sr. Fornos, mientras se ocupaba en auxiliar á estos denodados patriotas, fué herido de una bala en el costado derecho, y siu embargo, despues de haber sido curado continuó batiéndose.

El fuego entre los defensores de aquel punto y la tropa se hizo tan nutrido, que en algunas descargas caían cuatro ó cinco hombres á la vez de ontrambas partes.

Poco despues empezó á escucharse fuego por la calle del Prado, y con el objeto de cubrir el enfile por los enemigos de la calle de la Cruz, lo que hubiera espuesto á su barricada á fuegos por la espalda, empezó á construirse otra en la del Prado, en la que apenas roto el fuego cayó herido José Cortequera, dependiente de la empresa *La Electricidad*.

Al medio día el fuego se habia hecho general, en aquel distrito estendiéndose á la calle de las Huertas, en la cual los paisanos se vieron obligados á construir una barricada, con las maderas y puertas antiguas de una casa que en la misma calle estaba construyéndose: en esta barricada los defensores del pueblo tuvieron sensibles pérdidas.

Para apagar el fuego de flanco de dos balcones del Casino que enfilaban la calle del Lobo, cortando las del Prado y la de las Huertas, fué necesario construir en esta última bajo el fuego enemigo una barricada en la desembocadura de la calle del Lobo. Esta barricada se construyó y se defendió casi exclusivamente por

284

el famoso torero Curro Cúchares y su cuadrilla, que sostuvo un fuego nutridísimo con el enemigo y le obligó á abandonar su posición apagando sus fuegos.

V.

Muy difícil, sino imposible nos sería, el detallar cada una de las defensas, cada uno de los hechos de valor que tuvieron lugar en el día 19, el más sangriento sin duda, de los tres de la memorable revolución de Julio: esto se comprende perfectamente por la necesidad que tenía el gobierno de vencer pronto, porque contando con pocas fuerzas y estando estas mal dirigidas, el desaliento de los soldados era inminente con la prolongación de la lucha; hicieron, pues, esfuerzos desesperados y á causa de ellos el fuego se generalizó por todo Madrid.

Sucesivamente y en vista de lo desesperado de las circunstancias á cuyo frente no podían permanecer hombres que tuviesen alguna experiencia y algún decoro, hicieron dimisión del cargo de capitán general de Madrid, los generales Macrohom y conde de Yumuri.

Por más que hizo Córdoba no pudo asociar á sí ningún general, ninguna persona de significación política, y sin que esto le sirviese de saludable desengaño se empeñó en el lance más y más resuelto á no ceder, sino cuando no le quedase ningún medio de resistencia. Conociólo esto el pueblo, y firme también por su parte en su propósito de no dejar las armas hasta que estuviese asegurado su triunfo, estrechó más y más su círculo de barricadas sobre los puestos enemigos y redobló sus ataques con una valentía y un heroísmo que sus mismos enemigos no han podido menos de reconocer.

Córdoba esperaba que la falta de dinero y de municiones redujera al pueblo: pero el vecindario atendió con suma solicitud á las necesidades de los combatientes, y en cuanto á municiones algunos valientes paisanos habían tenido la fortuna de encontrar en el camino de Fuencarral un carro de municiones y la bravura suficiente para apoderarse de él á pesar de su escolta.

Este contratiempo, hizo mas comprometida y difícil la situación de la tropa, á quien faltaban además subsistencias. Córdoba rompió por todo para dar pan al soldado. El general Mata y Alós, director del cuerpo de Administracion militar y comandante en jefe del cuartel general de Buena-Vista y Prado, habia hecho amasar pan en las tahonas del Pósito y destacado un escuadron provisional formado con los rezagados que habian quedado en Madrid despues de la salida de la caballería con el general Dulce en el mes de junio, á buscar pan por los pueblos inmediatos y conducirlo á la córte. Estas provisiones se pagaban en el momento y á buen precio por las cajas de la pagaduría militar; además se ocuparon todos los comestibles de las tiendas inmediatas á las posiciones de la tropa, y de esta manera costosa y abusiva pudo salir Córdoba á medias del apuro del mantenimiento del soldado.

Otra de las dificultades insuperables que encontró Córdoba fué la de concentrar las tropas en puntos estratégicos, puesto que aquellas eran necesarias en los cuarteles de Santa Isabel, San Francisco, San Martin, el Soldado, San Mateo, Guardias de Corps y el Pósito, porque en todos estos cuarteles habia fondos y armas hasta el número de 4,000, y era necesario custodiarlas para que de ellas no se apoderase el pueblo. Invertíase además considerable número de soldados en la custodia de las cárceles, del Banco y de otros establecimientos en que era necesaria la presencia de la fuerza. Parecia que la Providencia intervenia, estableciendo dificultades para que la lucha no se prolongase, y con ella la efusion de sangre.

Otro general, otro hombre que Córdoba, y no queremos citar de nuevo á los hombres que con aquel constituian el Gobierno, porque eran nulos como poder, hubiera al fin cedido y apelado al único medio que le quedaba para suspender el fuego, dejar el puesto y aconsejar á S. M. como leal y caballero, el nombramiento para Presidente del Consejo de Ministros, con encargo de formar un nuevo gabinete á una persona que fuese á propósito por su popularidad, para inspirar confianza al pueblo armado. Córdoba, por el contrario, se propuso aprovechar el tiempo hasta donde le fuese posible, alentado la dudosa esperanza de que llegasen á

286

tiempo para asesinar al pueblo las tropas que de todas partes había mandado se concentrasen sobre la capital.

El temor de que esto aconteciese, aconsejaba al pueblo apurar los medios de ataque de una manera enérgica, con una actividad incansable, con un valor á toda prueba.

¡ Cuánta sangre derramada por la tenacidad de un solo hombre, ó mejor dicho por la impura ambición de una mujer !

El ministerio polaco derribado, la reina Cristina, toda la gente *non sancta*, en fin, que tenían sobrados motivos para temer las iras del pueblo, estaban encerrados en Palacio; el pueblo lo sabía, y su propósito era, ya que no atacar al Palacio por respeto á la Reina, circumbalarle, estrecharle, rendirle, apoderarse de las cabezas sentenciadas por la opinión pública y dar al mundo y á la historia uno de esos terribles ejemplos que no debían dejar de tener presentes siempre en la memoria, aquellos que son llamados á gobernar un pueblo que sabe serlo.

Por lo tanto el principal cuidado de Córdoba era, no solo cubrir las avenidas de aquel refugio de traidores, sino de impedir que sus avanzadas fuesen atacadas por el pueblo: los combates que en distintos puntos de Madrid se sostenían de una manera encarnizada no tenían otro objeto que entretener al pueblo en combates inútiles, lejos del punto que se tenía mas interés en guardar; por lo mismo se acosaba á los patriotas en sus posiciones, se lanzaba al soldado delante de ellas á la muerte, y todo era sangre del pueblo que se vertía para impedir que el castigo de sus crímenes cayese sobre la cabeza de algunos infames.

Hé aquí las posiciones que el día 19 al amanecer ocupaban las tropas de Palacio bajo las órdenes inmediatas de Córdoba: Arco de la Armería, casa de los Consejos, calle de San Nicolás, Cruzada, Santa Clara, Amnistía é Independencia; Teatro Real, Biblioteca, convento de la Encarnación, Ministerio de Marina, cuartel de San Gil y talleres del Parque.

Como avanzadas de la extrema derecha de esta línea, había algunas fuerzas en el Gobierno Civil, Casa de la Villa, y en algunas casas de las calles de Ciudad-Rodrigo y Mayor hácia la Puerta del Sol.

La comunicacion del cuartel general de Palacio con el cuartel general del Prado, estaba espedita por la Montaña del Príncipe Pío, Chamberi y Recoletos, comunicacion infinitamente mas larga é ineficaz que las que inútilmente se habian querido establecer el dia anterior, ya por la calle de la Almudena, Plaza Mayor, calle de Atocha hasta el Prado, ó por las mismas calles de la Almudena, Mayor, Puerta del Sol, Carrera de San Gerónimo ó calle de Alcalá hasta el Prado: Gándara no habia podido, á pesar de su artillería, facilitar la primera comunicacion, la segunda y la tercera estaban cortadas por las barricadas de las Cuatro Calles, en la Carrera de San Gerónimo, y por las de la Montera y Carretas, y otras varias en la Puerta del Sol y calle de Alcalá, hasta tal punto, que un oficial de Estado Mayor que la tarde anterior habia ido á comunicar una órden desde Palacio á Buena-Vista, habia perdido el caballo y recibido dos heridas peligrosas, siendo no escaso el número de muertos y de heridos por parte de la tropa al atravesar la Puerta del Sol, cruzando los fuegos de dichas barricadas.

Las posiciones del cuartel general del Prado, se estendian en una estensa línea de defensa desde el cuartel del Soldado, calles de la Libertad, las Infantas, San Miguel, Caballero de Gracia, Alcalá, de Sevilla, Carrera de San Gerónimo y Plaza de las Cortes hasta el Prado, con puestos particulares en la Plaza del Rey, calle del Barquillo y de Cedaceros. Una pieza de artillería de grueso calibre, situada en la calle de Alcalá junto á la iglesia del Carmen, enfilaba las calles de San Miguel y del Caballero de Gracia conflu-yentes en aquel punto, y las tres piezas restantes de la primera batería de la brigada montada, quedaron de reserva para cubrir las avenidas del Prado por las calles de las Huertas y de la Alameda.

Ademas una compañía de Ingenieros ocupaba el edificio de la platería de Martínez.

Al mismo tiempo que el paisanage con un valor maravilloso se defendia en los puntos que ya hemos indicado, otra parte procuraba forzar la línea de Palacio acometiendo vivamente á la tropa y estrechando sobre ellas sus barricadas, casi todas construidas bajo el fuego del enemigo, por la parte del cuartel de San Gil, por la del de San Mateo y por la calle Mayor.

288

En la Puerta del Sol las fuerzas del Principal se veían obligadas á defenderse de los fuegos de las barricadas de la calle de la Montera y de Carretas, y las avenidas de Preciados, el Arenal y Postas.

La posición militar del Prado se atacaba por las barricadas de las calles del Arco de Santa María, las Infantas, San Marcos, San Miguel, Caballero de Gracia y Angosta de Peligros, á las que se unían las que ya hemos citado de las Cuatro Calles.

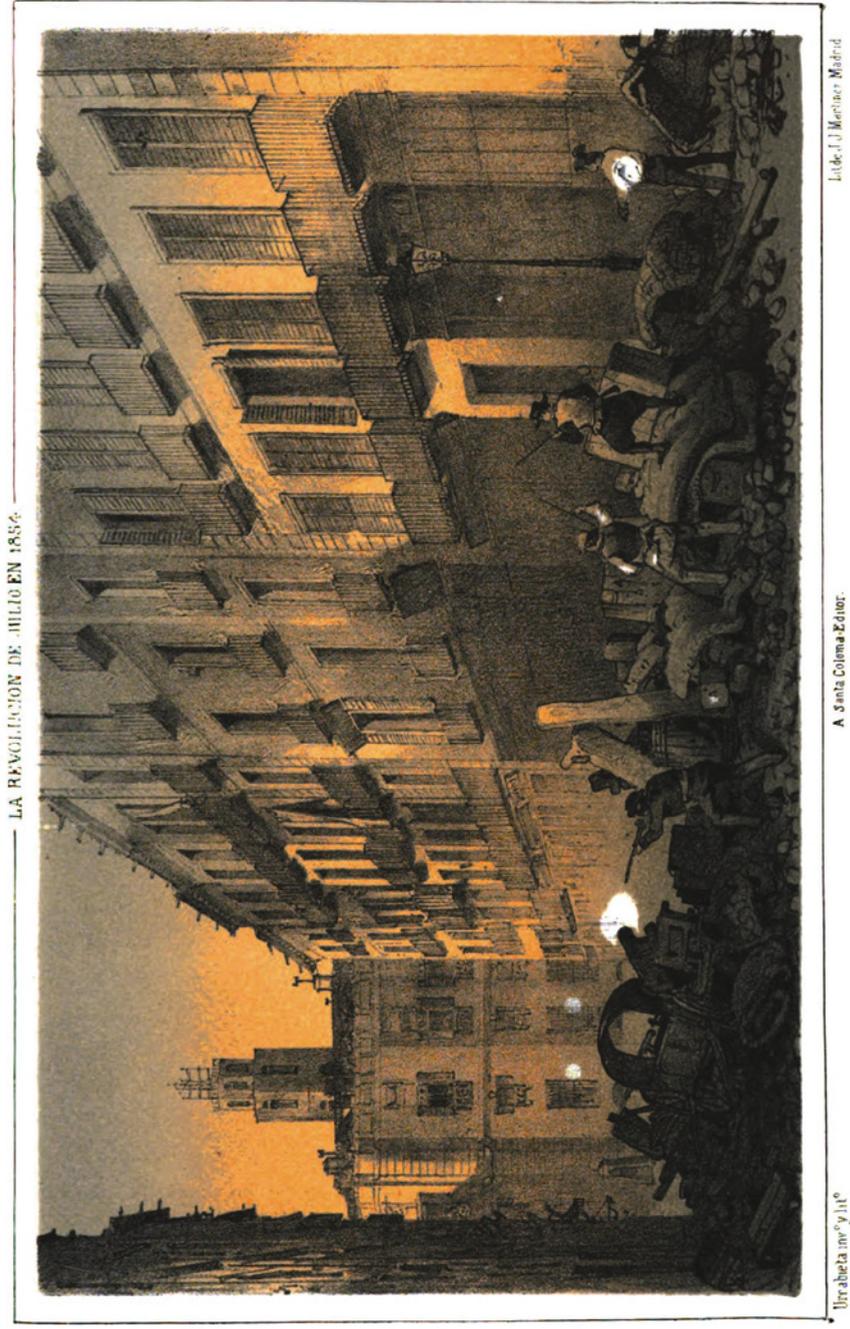
Las barricadas de las calles de las Huertas, Alameda, San Juan y Gobernador, combatían la posición de las tropas en el Prado, y la compañía que ocupaba la platería de Martínez era vivamente fogueada desde las bocas calles y ventanas inmediatas, siendo heridos muchos soldados y muerto un sargento.

La barricada de la calle de la Reina sostuvo un sangriento combate con una compañía de infantería que había avanzado para proteger la retirada de la guardia de la casa del general Blaser, lo que consiguió con pérdidas de consideración.

Entretanto y como á las dos y media de la tarde una sección de obuses situada en el cerrillo de San Blas empezó á lanzar granadas contra una barricada de carruages construida contra el colegio de San Carlos, y en ella tuvimos algunas pérdidas sensibles no pudiendo causarlas á los enemigos por la distancia.

De modo que Madrid en su totalidad era un campo de batalla: en todas partes corría sangre; en todas partes retumbaban las detonaciones de las descargas y el estampido de los cañonazos: los hospitales de sangre, tanto de los paisanos como los de la tropa, recibían sin cesar heridos; aquí y allá era frecuente ver un cadáver abandonado ya de la tropa ya de los paisanos; el vecindario estaba pues *gratamente* entretenido con un espectáculo grandioso, aquello era una batalla sacrilega, brutal, á la que se veía obligado el pueblo para prevenir nuevas y mayores brutalidades por parte de los enemigos de la libertad.

Se acercaba la noche; ni uno solo de los refuerzos que el Gobierno esperaba del exterior había llegado: la tropa, dominada por la tenaz resistencia del pueblo, empezaba á desmayar; irritados los paisanos, temeroso el vecindario de que la prolongación de la



LA REVOLUCION DE JULIO EN 1854.

Lit. de J. Mariña, Madrid.

A. Santa Coloma, Editor.

Utrabeta, nº 6 y 11º

Barricada de la calle de la Montera segun se encontraba el dia 19 de Julio de 1854.

lucha diese lugar á la llegada de fuerzas considerables, que podian en último caso sitiar á Madrid y rendirle por hambre ó cuando menos ponerle en un gran apuro, estaban decididos á hacer los últimos esfuerzos contra un enemigo, que aunque inferior en número, tenia sobre el paisanage la superioridad de la organizacion, de la dirección, y sobre todo el terrible auxilio de la artilleria. Era necesario concluir de una vez, y el fuego en las últimas horas del dia se hizo mucho mas mortífero, y mucho mas duro el ataque por parte de los paisanos.

La noche del anterior dia 18 habia cesado el fuego al oscurecer, pero en la del 19 daba indicios de hacerse mas terrible: las barricadas se multiplicaban, el número de los paisanos armados crecía, subíanse á las casas adoquines y se apilaban junto á los balcones: Madrid entero estaba resuelto á todo, y su aspecto era amenazador y terrible.

Todo amenazaba una conflagracion; el sufrimiento se agotaba, la continúa vista de la sangre y de los cadáveres del pueblo irritaba á los mas indiferentes; nunca un pueblo se mostró mas amenazador, nunca se vió mas valor, mas abnegacion, mas entusiasmo, mas heroismo en fin: nadie una vez lanzado al combate cejaba, se sostenia en su puesto y defondiéndole moria, niños en cuyos semblantes aun no apuntaba el bozo, se batian en los puntos mas peligrosos; caia á su lado su vecino, su amigo, su compañero de la infancia y no se aterraban; lograban tender á un enemigo y aplaudian y lanzaban frenéticos vivas á la libertad.

Aquellos mortíferos combates fueron para el pueblo dolorosas pruebas de las que supo salir, auxiliado por su generoso valor, con honra y con gloria: la historia de aquellos combates, es una inmarcesible corona de triunfo para el pueblo de Madrid.

Se batian contra el primer soldado del mundo: contra el soldado español: contra un soldado modelo de disciplina, que sufre el hambre, la desnudez, el calor, el frio y toda clase de penalidades y miserias sin quejarse: que en mil ocasiones se ha batido contra enemigos formidables y los ha vencido, inmediatamente despues de una marcha de muchas leguas, que ha hecho hambriento, descalzo y cargado como una acémila: contra ese soldado

que jamás mide el peligro, y contra una artillería serena, impávida, perfectamente servida: en julio la tropa que se batió contra el pueblo, podía decirse que estaba en su parte compuesta de soldados escogidos del bizarrísimo ejército español; aquellos soldados estaban perfectamente armados, equipados, mantenidos y estimulados por el dinero que corría entre ellos á manos llenas: tenían gefes y organizacion, unidad en el mando que los dirigia y cohesion de filas. Cada uno de aquellos soldados, parapetados, protegidos por la artillería, alentados por numerosos gefes, valian por diez hombres: ¿quiénes eran los que los combatiau? algunos centenares de paisanos mal armados y mal municionados, muchos de los cuales para hacerse servir de los fusiles de piston que habian arrebatado sin armas á aquella valiente tropa, se veian obligados á servirse de cabezas de fósforos á falta de pistones, lo que embarazaba el fuego haciéndole mas tardo; paisanos que se habian visto obligados á construir sus barricadas aguantando el fuego; que habian dejado sus familias abandonadas y sin pan, para correr al combate en defensa de la libertad, y muchos de los cuales habian invertido en pólvora la miserable cantidad que debia alimentar por un dia á sus hijos; todos los vimos ennegrecidos por el combate, casi hambrientos correr allí donde era mayor el peligro de sus compañeros; saltar sobre cadáveres; afirmar sus pies sobre la sangre, y caer al fin, dejando sin amparo y sin padre una familia. Si los soldados que de una manera tan lamentable obligó á que la sirviesen la tiranía, fueron valientes en aquellas terribles circunstancias, porque al fin eran españoles, los paisanos que con débiles elementos contrarrestaron su valor y los vencieron, fueron héroes.

Mientras el pueblo se batia denodadamente por sus derechos, una reunion de patriotas congregada en la mañana de aquel mismo dia tuvo el feliz pensamiento de constituirse en Junta de Salvacion y Defensa: eran estas personas, cuyos nombres creemos deber consignar en estas páginas, el general Don Evaristo San Miguel, el banquero D. Juan Sevillano, Don Alfonso Escalante, Don Manuel Crespo, Don Francisco Valdés, Don Martin José Iriarte, Don Gregorio Lopez Mollinedo, el marqués de Tabuérniga, el marqués de la Vega de Armijo, Don Joaquin Aguirre, Don José Ordax

y Avecilla, Don Antonio Conde Gonzalez y el director de las Novedades Don Angel Fernandez de los Rios.

Estas personas se habian reunido á las siete y media de la mañana en la calle de Jacometrezo casa de Don Juan Sevillano , y despues de haber meditado maduramente la dificil situacion en que se encontraba Madrid, determinaron constituirse en Junta de Salvacion, Armamento y Defensa de Madrid, que inmediatamente publicó la siguiente alocucion :

«**MADRILEÑOS:** Reunidos en junta patriótica, por el mero impulso de salvar el orden público tan comprometido ayer y hoy, faltáramos á nuestros sagrados deberes si nuestra primera operacion no se contrajese al objeto de impedir la efusion de sangre por una y otra parte.—La Junta ha dado órdenes á todos los puestos donde hay ciudadanos armados, para que no disparen un solo tiro no mediando provocacion ó usen de la fuerza.—Esperamos por lo mismo que todos los gefes militares de los cuarteles y otros puntos donde haya fuerzas militares, den las mismas órdenes á los suyos, para que no hostilicen á ninguno que pase por sus inmediaciones tranquilo y sin demostracion de hostilidad alguna, haciéndoles responsables á todo lo que mas importa al honor del hombre de cualquiera infraccion de una medida tan vital en las actuales circunstancias.» Seguian las firmas.

La intencion de la Junta, como se vé, no podia ser mejor : peya hemos visto que esta intencion no bastó para evitar aquel dia la efusion de sangre : en las revoluciones no hay otro principio de autoridad sino la fuerza durante el combate, y no son las palabras ni las alocuciones las que pueden hacer cesar la lucha, sino los medios materiales y eficaces para que ceso por medio del triunfo. Una alocucion en circunstancias como las del dia 18 puede servir para escitar las pasiones, para producir el entusiasmo, para prolongar la defensa ; nunca para hacer cesar el combate, cuando por una parte lidian el ejército por la tiranía , el pueblo por la libertad. Los defensores de Madrid eran demasiado valientes y bastante profundo y ardiente su entusiasmo para que fuese necesario estimularle : si de algo necesitaba, no era ciertamente de palabras, sino de armas, de víveres, de municiones : asi es

:

292

que la primera alocucion de la Junta, á pesar de los términos conciliadores y humanitarios en que estaba concebida, no produjo resultado alguno.

Ademas en aquella alocucion no se levantaba otra bandera que la del orden público; esto era insuficiente: el orden público, en lo relativo á la propiedad, la honra y la vida de los ciudadanos, estaba garantido por la virtud del pueblo que combatia en las calles y que no cometió un solo exceso, ni permitió que nadie lo cometiese ni durante el combate ni despues del triunfo.

La Junta creyó, sin duda, que para que se la reconociese, la era necesario ser mas esplicita, y publicó seguidamente el acto de su instalacion que nosotros creemos debió haber sido el primer documento que se publicase.

«En la M. H. villa de Madrid, á las siete de la mañana del dia diez y nueve de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro, reunidos los señores del márgen en el salon bajo de la casa del Excelentísimo Sr. Don Juan Sevillano, Marqués de Fuentes de Duero, en los momentos de mas peligro, cuando el pueblo regaba con su sangre las calles de la capital, combatiendo con heroico denuedo á los enemigos de la libertad, determinaron constituirse en Junta de Salvacion, Armamento y Defensa de Madrid, con el objeto de dar una acertada direccion al movimiento popular, economizar sangre y salvar las instituciones, holladas por la mas bárbara é inaudita tiranía: despues de haber elegido unánimemente para presidente al Excmo. Sr. Don Evarisio San Miguel, aclamado por las fuerzas populares para que se pusiera á su frente, y por un inmenso pueblo que le siguió á la salida de su casa; y para secretario al primer vocal don Juan Antonio Miguel Romero, presente en el acto, se hicieron sin intermision los acuerdos que se espresan: firman todos los señores concurrentes, de que yo el vocal secretario certifico.»—Siguen las firmas.

A esto se redujeron los primeros actos de la Junta de Salvacion, Armamento y Defensa, de la cual nos ocuparemos mas adelante.

VI.

En vista de la actitud imponente que habían tomado no solo los paisanos armados, sino también todo el vecindario de Madrid; no llegando los socorros que Córdoba esperaba y estrechado ya en sus posiciones por el pueblo, conoció aunque, tarde, que no le quedaba ninguna esperanza de forzar la situación; pensó, pues, en transigir: comunicó las órdenes oportunas, los cornetas de los puestos militares tocaron *alto el fuego* y este cesó por entrambas partes á la caída de la tarde.

¿Pero qué prenda podía existir entre Córdoba y el pueblo que hiciese creer en la buena fé de aquella transacción?

La corte supo encontrarla en el momento que la necesitó, y la arrojó llena de esperanza al entusiasmo del pueblo: aquella prenda era el nombre del duque de la Victoria.

Al escucharle, al leer el decreto en que la Reina llamaba al invicto pacificador de España, nombrándole presidente del Consejo de Ministros, y encargándole de la formación de un nuevo gabinete, los patriotas descansaron llenos de júbilo sobre las armas, prorrumpiendo en alegres y entusiastas vivas á la libertad y al vencedor de Luchana; pero no abandonaron sus puestos ni sus posiciones, porque á pesar de la dimisión en masa del ministerio de las cuarenta horas, el general Córdoba que había presidido aquel gabinete, que había mandado en jefe el fuego contra el pueblo, quedaba interinamente encargado del gobierno como ministro universal en tanto llegaba á la corte el duque de la Victoria.

¿Sería su nombre un lazo que se tendía al pueblo?

Todo era de temer del maquiavelismo de los polacos: el pueblo sin embargo, no se dejó seducir: continuó ocupando sus puestos y observando á la tropa: la exasperación y el recelo general crecían y era muy inminente que el pueblo rompiese de nuevo el fuego, cuando algunos individuos de la Junta, que en vano habían recorrido los puestos populares procurando calmar los ánimos, se presentaron á Córdoba y le aconsejaron que para evitar una nue-

294

va efusion de sangre, aconsejase á S. M. el nombramiento para capitan general de Madrid de D. Evaristo San Miguel.

Doblegóse Córdoba á la necesidad, espidióse inmediatamente el decreto y San Miguel, ya capitan general, y además ministro interino de la Guerra, pudo dirigir á los madrileños, palabras de paz y de confianza.

A pesar de esto los combatientes del pueblo, si bien ya mas tranquilos, permanecieron en sus puestos y aprovecharon la cesasion del fuego para fortalecer sus barricadas.

CAPITULO IV.

Generosidad del pueblo despues de la victoria.—Causas que determinan el triunfo del pueblo.—Fuerza militar que combatió con él.—Fuerzas del pueblo.—Espiritu del vecindario de Madrid.—Actitud de la Junta de Salvacion y Defensa.—Su situacion precaria y desairada.—El pueblo sitia al Principal.—Rendicion de éste.—El pueblo lo ocupa.—Alocucion de San Miguel como capitán general de Madrid.—La Junta del Sur.—Competencia de las dos Juntas.—Su casi refundicion.—Decretos de la Junta superior.—Pérdida del pueblo y del ejército.—Nuevos actos gubernativos de la Junta.—Actividad de la Junta del Sur.—Exámen de la utilidad de la Junta superior.

I.

El pueblo habia triunfado y nada hay tan generoso como el pueblo cuando ciñe á su frente el sangriento laurel de su victoria. Aun antes de triunfar habia sido generoso. Ni uno solo de los Guardias Civiles, de los que fueron hechos prisioneros un momento despues de el en que acababan de fusilar al pueblo fué maltratado; uno solo de aquellos oficiales que con tanto encarnizamiento habian pretendido forzar con sus soldados las posiciones de los patriotas ni habia sido atropellado; ningun esceso se habia cometido; la lucha habia sido encarnizada, pero el pueblo no se habia ensangrentado en sus enemigos una vez vencidos.

La revolucion de Julio no fué un motin de la canalla, como pretenden con torcida y siniestra intencion los hombres que fueron derrocados por ella de los puestos que ocupaban con escándalo, sino una verdadera revolucion popular: por eso triunfó. Siempre

296

que los pueblos se levantan armados con la profunda convicción de la justicia de su causa triunfan. Triunfan porque la opinión pública los sostiene; triunfan porque el sentimiento del derecho les dá unidad, valor, heroísmo y les sirve de jefe: triunfan porque acometen simultáneamente todos los obstáculos, porque á medida que sus individuos caen, el número de combatientes se aumenta, y la rabia producida por la resistencia del enemigo aumenta el valor hasta hacerlo desesperado: cada hombre del pueblo que cae herido por el plomo de la tiranía, es una sangrienta bandera que se levanta para unirse á las ya levantadas; una voz que pide venganza; un ejemplo palpitante de que como mejor se consigue la prez de buen patriota es regando con sangre el altar de la patria.

Se ha dicho con insistencia, se repite aun, se cree por muchos que si el pueblo de Madrid triunfó en los tres días de Julio, no fué sino porque la guarnición era escasa y estaba mal mandada, mal dirigida por un general incapaz.

La memoria no há mucho publicadâ por el general Córdoba, prueba por el contrario que la superioridad numérica y la organización estaban por parte de la tropa: la guarnición tenía disponible para el combate, despues de cubierto el palacio de Cristina, las Caballerizas, el Principal, el palacio de Buena-Vista, y los cuarteles incluso el de Artillería del Retiro, 2,391 infantes, 167 caballos, tres baterías rodadas con doce piezas, y una batería y una sección de montaña con ocho. Estas fuerzas estaban perfectamente armadas y municionadas; se contaban entre ellas 278 hombres de la Guardia Civil gente escogida, fuerte, acostumbrada al peligro, rígidamente disciplinada, brava y perfectamente armada: habia además algunas compañías de excelentes tiradores; jefes y oficiales valientes y comprometidos, y además, estas fuerzas, á cuyo frente estaban el general Mata y Alós, que si no hizo atrocidades, obró con durísima energía, Gándara y Pep-del-Oli, mas que militares, canibales, ocupaban fuertes posiciones, les protegía la artillería, y estaban en comunicación. Además de esta fuerza disponible dando el servicio de guardia en los cuarteles y otros destinos habia 3,364 hombres, componiendo por lo tanto la guarnición de Madrid 5,765 hombres de todas armas.

Estas fuerzas, bueno será que sepamos cuáles eran; pertenecían á los cuerpos siguientes :

Al regimiento del 5.º departamento de artillería.	4,000
Al de Ingenieros.	1,298
Al primer batallon del regimiento de Granaderos.	362
Al regimiento infantería de Cuenca.	346
Al primer batallon de infantería de Mallorca.	290
Al batallon de Zaragoza.	205
Al de Estremadura.	320
Al regimiento de la Constitucion.	364
Al batallon de cazadores de Baza.	430
A la Guardia Civil de infantería.	574
A la Guardia Municipal.	412
Al escuadron provisional.	70
A la Guardia Civil de caballería.	75
A la Municipal de id.	22

5,765

Las fuerzas del pueblo, infinitamente peor armadas, y municionadas, sin gefes, sin organizacion, sin plan de combate, apenas contaban al empezarse el fuego en la madrugada del 17 con cien hombres, y estas fuerzas al oscurecer el 19, cuando el fuego se suspendió definitivamente, apenas llegaban á 500: porque aunque es cierto que el distrito del barrio de Toledo tenia ya el dia 19 numerosas barricadas y una fuerza de cerca de 2,000 hombres, muchas ó la mayor parte de estas fuerzas estuvieron guarneciendo sus posiciones, teniendo en jaque al cuartel de San Francisco, y los demás que contribuyeron á tomar la Plaza y otros puntos, se deben contar embebidas en el número de los quinientos combatientes que hemos indicado, cuyo número no podemos dar como un dato oficial, porque respecto á los que se batieron los tres dias de Julio solo puede juzgarse por apreciacion á falta de otros datos.

Sea como quiera se vió que la insurreccion fué creciendo y aumentando á medida que se prolongaba el combate: que el pueblo, esceptuando alguno que otro lado en que se vió obligado á retirarse de este punto y el otro, fué constantemente vencedor, arro-

llando á la tropa, haciéndola replegarse hasta sus posiciones, y aun haciendo prisioneros y desarmando en ellas compañías enteras.

La superioridad numérica, la superioridad de la fuerza en toda la acepcion de la palabra estaba de parte de la guarnicion. Si la revolucion de Julio en vez de ser una verdadera revolucion sostenida por la opinion pública, hubiera sido un motin, el motin hubiera sido deshecho á tiros por la guarnicion, aunque hubiera contado con doble fuerza que contó la revolucion. Pero en esta la fuerza del pueblo estaba centuplicada por el amor patrio, por el entusiasmo de la libertad, por la indignacion que causaban á los hombres de bien y venian causando hacia mucho tiempo las demasías de los moderados, sus arbitrariedades, su despotismo, y sobre todo esto la conducta rapaz é intolerable de la cuadrilla polaca.

No atribuyan, pues, el triunfo del pueblo los enemigos de la revolucion á la escasez de tropa ni á la mala direccion del combate por parte de Córdoba y de los generales y gefes polacos; el pueblo triunfó, porque debia necesariamente triunfar, porque su triunfo era una consecuencia legitima de las circunstancias que habian hecho que el pueblo de Madrid se sublevase en masa.

Afortunadamente no hubo necesidad de que esa sublevacion en masa se demostrase por medio de los hechos: y decimos afortunadamente, porque en tal caso hubiera corrido infinitamente mas sangre que la que corrió.

Si el paisanage armado se hubiera visto arrollado, la poblacion hubiera tomado inmediatamente parte en su defensa: los muebles, los adoquines, las baldosas de los pavimentos hubieran llovido sobre los soldados: ¿y sabeis por qué aseguramos esto lo mismo que pudiéramos asegurarlo si hubiera sucedido? Porque el vecindario se estremecia solo al pensar en las horrorosas consecuencias de la reaccion de la pandilla polaca; porque estaba en el caso, una vez empeñada la lucha de unirse, de estrecharse, de socorrerse los unos á los otros, del mismo modo que cuando en una casa suena la voz de ladrones, acuden á ella todos los vecinos armados con lo primero que tienen á mano.

El principal objeto de la revolucion de Julio fué la espulsion y el castigo de una cuadrilla de bandidos.

Así es que nosotros creemos que un gobierno que llega en sus escosos al límite á donde llegó el gabinete Sartorius, no puede sostenerse por medio de la fuerza, porque por grande que sea esta siempre será menor que la de la indignacion pública.

Quede, pues, sentado, que si Córdoba no logró reducir á la obediencia al pueblo de Madrid, otro tampoco le hubiera reducido; es verdad que hubiera sido muy difícil que otros hombres por malos que fuesen, hubieran atraído sobre sí tal fuerza de odio popular como el gabinete Sartorius.

II.

La Junta de Salvacion, Armamento y Defensa, habia adoptado una actitud contemplativa y conciliadora que no satisfacía á nadie, ni aun á los menos exigentes. Aquella Junta no queria ni sabia, ni podia ser revolucionaria, y puesta en medio de una revolucion no podia hacer otra cosa que embarazarla, y acaso obligarla á que se deshiciese de aquel estorbo ó la redujese á la nulidad.

Despues de la suspension del fuego la situacion de la Junta era precaria y desairada: ni la obedecian las tropas de la guarnicion, ni la respetaban, mas que con el frio respeto de la indiferencia, las fuerzas populares: uegábase por unos y otros títulos para la direccion de la cosa pública; declase, y con razon que ella misma se habia erigido, y que la faltaba esa razon suprema en momentos en que la ley está en suspenso, reconcentrada, absorbida por la revolucion: la accion revolucionaria. Así es que, aunque su presidente el general San Miguel habia sido encargado por la Reina del mando militar de Madrid, la guarnicion no le obedecia en lo referente á dejar sus posiciones y rendir las armas, ni las barricadas le obedecian tampoco de cuanto á sus instigaciones de que las fuerzas populares se disolviesen y se retirasen á sus casas.

La guarnicion sino presentaba una actitud hostil se mostraba decidida á la defensa, y el pueblo estrechaba sus barricadas sobre

500

los puntos ocupados por la tropa y los sitiaba, resuellos á desar-
mar enteramente á sus enemigos.

El Principal habia sido completamente cercado y puesta su in-
comunicacion el dia 20; se habian cortado las cañerías é impedido
el paso de todo mantenimiento para obligar á la tropa á que se
rindiese por hambre, y evitar de este modo una inútil efusion
de sangre para tomar por asalto un edificio demasiado fuerte
de suyo.

Hacia ya mas de veinticuatro horas que las fuerzas del ejército
de este modo incomunicadas carecian de todo alimento, cuando
parte de la Junta de Salvacion, se presentó en la barricada de la
calle de la Montera pretendiendo llegar al Principal.

Recelosos los ciudadanos que defendian la barricada dejaron
pasar únicamente á algunos individuos de la Junta á cuya cabeza
iba San Miguel, y en vano este ya en un balcon del Principal,
arengó al pueblo armado, escitando su generosidad hácia aquellos
soldados que desfallecian de sed y de hambre. Los patriotas con-
tostaban. «Que entreguen las armas, que se rindan al pueblo y les
llevaremos á comer á nuestras casas.»

En vano fué todo lo que se esforzó San Miguel por disuadirlos
de este propósito: por un momento se creyó que iba á reproducir-
se el fuego: por fortuna los gefes de la fuerza del Principal reco-
nocieron que la resistencia era ya inútil y hasta criminal, capitu-
laron con el pueblo y se rindieron.

El Principal fué inmediatamente ocupado por el pueblo. Este
en su generosidad abrazó á los soldados como á hermanos, los lle-
vó á comer á las tabornas inmediatas, y sus gefes llevaron á la
fonda á los oficiales.

Como en vano habia querido San Miguel librar á la tropa de la
vergüenza de las horcas caudinas, del mismo modo pretendió en
vano, como ya hemos indicado, que el pueblo armado se retirase á
sus casas, para cuyo objeto habia publicado el siguiente dia 21 la
alocucion que á continuacion copiamos.

«MADRILEÑOS. Honrado por S. M. con el mando militar de esta
provincia, es casi inútil decirs que desempeñaré este cargo con la
misma lealtad, con igual vivo desço del acierto que me ha animado

en los muchos que en distintas ocasiones he servido. En personas que han vivido largo tiempo, he dado pruebas, sino de habilidad, de gran consecuencia en acciones y principios; el pasado responde en cierto modo del presente: en uno y otro se apoya el venidero.

» El ilustre duque de la Victoria cuyo nombre representa tantas glorias, tan insignes servicios á su patria, va luego á presentarse en medio de nosotros. ¿Qué pecho verdaderamente español no se siente alborazado con la idea de que en las manos de tan insigne varon van á depositarse las riendas del Estado? De sus nobles y elevados sentimientos, ¿quién puede tener duda? ¿Quién no espera que en el sistema de gobierno que va á inaugurar están envueltos cuantos principios de política y administracion reclaman la civilizacion y los intereses morales y físicos de nuestra patria tan digna de mejor fortuna?

» Madrileños de todas clases y condiciones: aguardemos con las mas dulces esperanzas un día que se halla ya tan próximo. Vuelva el ciudadano al ejercicio pacífico de su profesion; vuelva todo en esta gran capital á respirar el aire de tranquilidad y de confianza. A tan interesante objeto se consagrarán mis cuidados, desvelos y el celo que ha sido siempre el norte de toda mi conducta.

» Madrileños todos: ¡viva la patria! ¡viva la nacion! ¡viva Isabel II, Reina constitucional de las Españas!

» Madrid 24 de Julio de 1854.—Evaristo San Miguel.»

La intencion del anciano general habia sido muy buena; pero el pueblo con no menos mejor intencion se mantuvo en sus barricadas: Espartero habia sido llamado por la Reina; en él solo confiaba el pueblo, y solo en sus manos queria abdicar su poder revolucionario.

III.

Hablase creado en Madrid otra Junta casi al mismo tiempo que se habia erigido la de Salvacion Armamento y Defensa casa del banquero Sevillano.

302

Aquella otra Junta habia sido aclamada por una fuerza de mas de 3,000 hombres del distrito del barrio de Toledo y se denominaba Junta del cuartel del Sur.

Era diametralmente opuesta en intenciones á la Junta de Salvacion : esta estaba por la union liberal, por la fusion, por los paliativos : aquella, la del Sur, queria que la revolucion siguiera adelante todo lo adelante que pudiera ser, no respetando otra cosa que el trono y la dinastía de doña Isabel II.

Nació entre estas Juntas un antagonismo deplorable : la de Salvacion compuesta de hombres de sistema, y la mayor parte machuchos, sentia cierto miedo hácia la otra Junta prepotente por la fuerza que la auxiliaba, Junta compuesta de gente jóven, ganosa de prez y fama, ardiente y entusiasta como lo es siempre la juventud, y decidida á todo. ¿Quién se atreve decian con desdén y con un tanto de amenaza los individuos de aquella Junta semi-democrática, á ponerse al frente de una revolucion triunfante, por facultad propia y como quien dice al asalto, por sorpresa? ¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué han hecho? ¿Cuáles son sus precedentes para abrogarse el mando del pueblo armado, y calificarse con el pomposo título de Junta Salvadora?

Nosotros replicaba la machucha Junta, nos hemos constituido en medio del combate, en momentos en que era muy difícil la eleccion; hemos encontrado vacío el puesto directivo y con la mejor intencion lo hemos ocupado.

Vosotros, insistia la del Sur, quereis bastardear la revolucion y hacerla inútil atándola de piés y manos : entre vosotros hay hombres de todos los colores : vuestro lema de Union Liberal es una mentira con que quereis embaucar al pueblo : nosotros no os reconocemos para nada, ni os obedecen un solo hombre de nuestro distrito.

Conocieron los de la Junta de la Union Liberal que su situacion era un tanto precaria, difícil, que nadie la obedecia, y que acabaria por representar el papel de un mueble inútil, y se apresuró á enviar plenipotenciarios á la enérgica Junta del cuartel del Sur, que al principio recibió ásperamente los mensajes, pero que al fin transigió, pasando parte de sus individuos mas influyentes á re-

forzar la Junta de Salvacion, que se aumentó además con dos individuos, y mas adelante se enriqueció con tres vocales, inapreciables redactores todos de la antigua prensa de la oposicion.

Con este refuerzo, con la aquiescencia de la Junta del cuartel del Sur y de las demas juntas secundarias, pudo al fin la de Salvacion Armamento y Defensa dar el santo y seña todas las noches á las barricadas, y aun se atrevió á llamarse poco despues « Junta Superior de la provincia de Madrid.»

El primer cuidado fué decretar que se socorriese á los heridos del pueblo, existentes tanto en los hospitales de sangre como en sus casas, que se proveyese á su subsistencia y á la de sus familias; y decretó una pension para las viudas, los huérfanos y los inútiles.

VI.

Y ya que hemos nombrado á los muertos y á los heridos, permítasenos que comparemos las bajas de la tropa con las de los paisanos, declaramos que donde estuvo la mayor pérdida, estuvo tambien la mayor parte de arrojo y de decision.

Segun un estado oficial que tenemos á la vista, murieron por parte del ejército 2 oficiales y 21 individuos de tropa, 40 heridos de los primeros y 82 de los segundos, y 4 oficiales y 29 soldados contusos.

Por parte del pueblo hubo 70 muertos, sin contar los numerosos asesinatos que se cometieron en personas indefensas, y cerca de 300 heridos, segun consta aproximadamente de los datos que poseemos.

De modo que el pueblo tuvo dos partes mas de pérdida: lo que bien traducido quiere decir que tuvo dos tantos mas de arrojo, puesto que iguales eran las condiciones del campo de batalla para los unos y para los otros.

Diráunos acaso que el ejército contaba con la superioridad del armamento y de la artillería: y bien: eso no significa mas sino que el pueblo supo resistir y vencer aquellos elementos de destruccion.

V.

La Junta siguió en sus trabajos gubernativos: ordenó la reunion del Ayuntamiento constitucional disuelto en 1843, y el armamento de la Milicia Nacional, incluyendo los ciudadanos que ya estaban armados en las barricadas. Decretó una condecoracion honorífica para los valientes que se habian batido en los tres dias de julio, y concedió un grado á todos los oficiales ó individuos de cualquier clase del ejército que justificasen que se habian adherido espontáneamente al alzamiento popular; y la rebaja de dos años de servicio á los soldados que se encontrasen en iguales circunstancias. Decretó la reunion de la Diputacion provincial de 1843 y suprimió el Consejo provincial y la Guardia municipal. El dia 24 suspendió á los oficiales de las secretarías de Estado y del despacho, y ordenó que pasasen al Banco Español de San Fernando los fondos públicos existentes en la Direccion general del Tesoro y pagadurías pertenecientes al Estado, y los pusiesen á disposicion de la Junta: en una palabra, ella se erigió en Gobierno provisional, por sí misma, como por sí misma se habia erigido en Junta de Salvacion, Armamento y Defensa: y decimos que se erigió en Gobierno provisional, porque aun cuando no se dió tal nombre, se organizó en secciones encargadas de desempeñar las funciones de los respectivos ministerios, cuyos empleados habian sido suspendidos. Cortó, hizo y deshizo; levantó al infante Don Enrique María de Borbon, el destierro que los moderados le habian impuesto; suprimió las contribuciones de puertas y consumos, y mandó que fuesen presos donde quiera fuesen hallados los condes de San Luis y de Quinto.

VI.

Ciertamente que no necesitaba el pueblo que se le diesen esas órdenes: él habia aclamado la Milicia Nacional, y tras de su triunfo debia levantarse la Milicia Nacional: una vez armada la Milicia Nacional sobre la base de 1843, nada mas lógico que el que se

reuniese el Ayuntamiento constitucional de 1843, como gefe popular de aquella Milicia.

En una palabra, la Junta superior no hizo otra cosa que formular las mas imprescindibles exigencias del pueblo, que para que se cumpliesen no necesitaban absolutamente que fuesen formuladas: se erigió en Gobierno, y esto se miró con disgusto por muchos que veian ya aspiraciones interesadas y hasta candidaturas impuestas por la prioridad para el momento en que, llegado á Madrid el duque de la Victoria, se constituyese definitivamente el Gobierno.

Mientras la Junta superior se ocupaba de *gobernar*, la Junta del Sur, esto es: la de la plazuela de la Cebada, su antagonista, mas revolucionaria que ella, se encontraba al frente de verdaderas operaciones militares: contaba con mas de tres mil hombres decididos, mandados por gefes resueltos y valientes, y estos tres mil hombres no reposaban: incesantemente estaban ocupados en recorrer las afueras, en proveer de municiones y de víveres su distrito, en fortalecer sus barricadas y en prepararse para el caso, no muy eventual, de que fuese necesario volver á empezar la lucha: mirábase allí todo con desconfianza, con esa legítima desconfianza del pueblo que ha sido engañado una y cien veces, y no confiaban mas que en las armas: reconocíase allí á la Junta Superior, pero por sola etiqueta, mientras aquella Junta no contrariase el pensamiento y la índole de la revolucion.

Eran, pues, la Junta Superior y la del Sur, dos antagonistas que se miraban frente á frente con recelo, á pesar de que se estrechaban las manos: y no podia ser de otro modo: la Junta superior estaba compuesta de hombres de orden, afectos á hacerlo todo por los medios legales y solo dispuestos á recurrir á las armas cuando no bastasen los medios de conciliacion: en una palabra, la Junta Superior levantaba la enseña de la Union Liberal, que era una mentira, un paliativo, un escudo para ciertos hombres, y la Junta del Sur, levantaba la bandera de la revolucion, que no solo era una verdad, sino una necesidad. Las demas juntas subalternas estaban divididas: las unas se entendian directamente para todo con la de la Plazuela de la Cebada, y dicho está, eran revolucionarias:

306

las otras se entendían directamente con la Superior, y estas, dicho está también, pertenecían á la Union Liberal, esto es, á los hombres que no habiendo puesto sus pechos á las balas en las calles, creían que era llegado el momento de explotar en su provecho la revolucion.

Dicen que la Junta Superior, de Salvacion, ó como queramos llamarla, fué una rémora de la revolucion, que la cortó, que la detuvo: ni aun ese mérito puede escribir en su hoja de servicios; la revolucion no fué cortada ni detenida por nadie: se detuvo ella misma cuando llegó al punto á que se propuso llegar: una revolucion que triunfa, y que sin embargo se detiene en su marcha, no es revolucion, y la de Julio lo fué: nadie la detuvo, repetimos: ella con un tacto, con una sensatez admirable, no pasó ni una línea mas adelante del punto en donde debia detenerse: dícese á esto que la revolucion de Julio ha abortado, y eso infiere una ofensa á la situacion presente: dícese qué han quedado en pié elementos nocivos; pues bien, si mañana es necesario derribar esos elementos, otra revolucion los derribará: entretanto la revolucion de Julio ha llenado cumplidamente su mision, y las consecuencias que ha aportado, son sus consecuencias legítimas y necesarias.

¿Creeis que haya algun poder que haga que una revolucion se detenga como no sea la fuerza de las armas? La revolucion de Julio triunfó. ¿Cómo, pues, concebir que se detuviese despues del triunfo? No se detuvo. Fué que no quiso seguir adelante; fué que habia llenado su objeto.

¿Y cuál era su objeto? Restablecer las antiguas libertades, matar la inmoralidad, las arbitrariedades y los abusos, entrar en la senda de las reformas.

VII.

Pero cada fraccion ha querido que la revolucion represente y realice sus aspiraciones y su sistema, sin tener en cuenta que la revolucion de Julio no la ha hecho ningun partido, sino el pueblo, el pueblo soberano. ¿Quereis decirme donde estaban los santones de los partidos cuando el pueblo se batia en las calles? ¿Quereis

decirme quien fué el gefe del pueblo durante los tres gloriosos dias de Julio? Si vosotros no me lo decís, yo os lo diré: el gefe del pueblo durante aquellas gloriosas jornadas fué la *Libertad*.

Es un absurdo creer que el pueblo pertenece á este ni al otro partido. Lo que únicamente hace el pueblo es apoyar y dar fuerza al partido cuyas tendencias representan mas los derechos populares. Pero el pueblo no es blanco ni negro; no es mas que pueblo. No es mas que la reñion de millares de hombres honrados que comen el pan que riegan con el sudor de su frente, ya como agricultores, ya como obreros de la inteligencia: esa mayoría de hombres que hacen las revoluciones, las verdaderas revoluciones, no para ostentar despues pomposos servicios en un memorial pidiendo un empleo, sino para afianzar sus derechos y matar los abusos y el monopolio, que son la muerte del pueblo. No, lo repetimos: el pueblo no es ni puede ser un partido, no es ni puede ser blanco ni negro; pero puede ser y lo es muchas veces rojo. El pueblo no se detuvo en Julio, no: hizo todo su camino, completó su revolucion, dicta su ley á *montescos y capeletes*, y proclamando su soberanía obligó á que se respetase la voluntad nacional.

¿Decís acaso que la revolucion ha abortado? Aun se respetan sus consecuencias. Si mañana no se respetasen, no importa; haremos otra revolucion, y entonces irá el pueblo, no lo dudeis, allí donde deba de ir.

VIII.

Se ha querido hacer responsable á la revolucion de cosas que la revolucion no ha hecho: de cosas que por el contrario se han levantado á la sombra del triunfo de la revolucion; de cosas que la revolucion ha visto caer con los brazos cruzados de la misma manera que las habia visto alzarse. Banderas de todos colores se han alzado que no eran suyas; excesos se han cometido; de que no es ciertamente responsable el pueblo.

IX.

A la sombra de la libertad se desbordó la prensa: los polacos, los absolutistas y los moderados se dijeron: las armas materiales

308

son inútiles; la revolución ha vencido y no tenemos fuerza contra ella : pero nos quedan las armas morales : abusemos de la noble confianza del pueblo : llamémosles sus amigos y procuremos desprestigiar la revolución manchándola.

Y aparecieron diarios escritos con más rabia que se escribía durante la Convención el Amigo del Pueblo de Marat : y se pretendió estraviar la opinión con hojas volantes, destinadas á promover la discordia : y los espías de los enemigos de la libertad entraban en las barricadas, y corría el oro y se ponían en juego cuantos medios maquiavélicos son posibles para lograr por la división lo que no había podido lograrse por la fuerza.

¡Sin embargo el pueblo con una sensatez difícil de apreciar se sostuvo con las armas en la mano, esperando al ilustre patricio, á cuyo celo debía confiar las consecuencias de su triunfo !

No bastando, pues, estos medios se apeló al terror.

X.

¡ Ahí teneis á Chico ! dijeron un día algunos furiosos ; ¡ ahí teneis á los infames polizontes que os han metido en la cárcel tantas veces, y que tantas veces os han tenido á punto de ir á presidio.

La casa de Chico fué asaltada, y este insigne criminal fué encontrado por sus buscadores en un sótano.

XI.

Poco después de suspendido el fuego, había sonado para Madrid la hora del terror ; la sangre vertida en las calles durante la lucha, había contristado al vecindario, pero no le había aterrado : al fin aquella sangre se había vertido en una lucha abierta hombre contra hombre, fuerza contra fuerza ; era una consecuencia lamentable, pero precisa de la revolución : aquella sangre debía ser y fué un sacrificio ofrecido en el ara de la patria, por una generación joven, entusiasta, ansiosa de libertad : el estampido de las descargas que produjeron aquella sangre había desgarrado el corazón de los buenos españoles, pero no les había helado de espanto, no les habi

obligado á volver la vista desfavorida á sus esposas, á sus hijos, á sus padres, á sus hermanos temiendo perderlos: nadie habia llegado á creer que la seguridad individual del ciudadano pacífico ó desarmado estuviese amenazada.

Pero un dia corrió por la poblacion una noticia terrible: *Pozito* ha sido fusilado, se decia por todas partes. ¿Quién le ha juzgado? preguntaban.—Nadie, contestaban, pero era un bribon, un polizonte infame que está muy bien muerto, solian contestar algunos.—¿Pero qué tribunal, qué ley le ha sentenciado?—El pueblo.—No, mentira, el pueblo no asesina, exclamaban muchos; el pueblo jamás se sobrepone á la ley; cuando una revolucion mata arbitraria y ejecutivamente, sin que proceda un juicio solemne y autorizado por la ley, esa revolucion ha entrado en el período del terror: esa revolucion ha dejado á sus espaldas la libertad, que es la sintesis de todos los derechos, de todas las garantías de los ciudadanos: esa revolucion se ha convertido en un despotismo colectivo, en que algunos pocos hombres feroces y malvados imponen su voluntad á los demas; el ciudadano no existe porque la libertad ha muerto: el mas fuerte, el mas salvaje, el mas audaz es el rey absoluto de ese despotismo inverso: ha llegado el momento de que cada cual se defienda en su casa, delante de su familia, hasta en el último rincón de su hogar; no á nombre de la libertad social, sino por la propia conservación: ya no hay leyes: ya no hay garantías: han empezado las visitas domiciliarias: detrás de esos fusilamientos inculcables, se levanta una infame convencion.

Esto decian, y no sin fundamento, los que veian con un profundo dolor que la revolucion se estraviaba: la primer señal fué el fusilamiento, mejor dicho el asesinato de un tal Pozo, al que siguió inmediatamente el de otro polizonte llamado el Cano: el pueblo aborrecia de muerte á estos miserables que habian servido á ciegas por un vil salario á gobiernos tan miserables como ellos; habian causado muchas desgracias, habian perdido á muchas familias, habian cometido muchos crímenes, su muerte, segun la opinion pública, era justa; pero de ser justa á ser ejecutada como lo fué, hay una distancia inmensa; prendiéralos el pueblo: estaba en su derecho: acusáranlos los ofendidos, los parientes de aquellos cuya

310

muerte habian causado : este derecho está consignado en las leyes: juzgarlos un tribunal, sentenciáralos y lleváralos á un patíbulo: la justicia hubiera autorizado magestuosa y severa su ejecucion: nadie se hubiera aterrado, porque todos hubieran dicho : le ha condenado la ley, que no hubiera condenado á un inocente : pero cuando estas ejecuciones monstruosas proceden de manos impuras; cuando se vé al asesino matando al asesino; cuando basta que una voz cualquiera designe á un hombre, para que este hombre sea arrastrado á un cadalso infame, todos recelan, todos temen que un enemigo por saciar una venganza innoble, les delate : todos se estremecen cuando en esos momentos en que la ley está muda, se oyan pasos de algunos hombres junto á su puerta y llama á ella una mano desconocida : todos temen ser arrancados de su casa y conducidos al matadero : ¿se sabe acaso de que modo puede un hombre librarse de esos tribunales de sangre, que matan por una sospecha, por una palabra impremeditada, por un hecho cualquiera?

Pero se nos dirá: téngase en cuenta que aquellos hombres que fueron fusilados despues de la revolucion de Julio: eran grandes criminales : yo os concedo su criminalidad, creo en ella, detesto como el que mas á esos infames que comercian con el honor, con la libertad, con la vida del ciudadano: creo que seria un bien inapreciable el que desapareciesen de entre los hombres esos viles mercenarios, pero no autorizaré con mi asentimiento que nadie los mate sino en defensa propia. ¿Acaso las leyes y los tribunales no existen mas que para los inocentes? ¿Si no hubiese criminales para qué se necesitaban las leyes?

Pero aun se me pudiera decir : demos de barato el que hayan muerto de la manera que os hace declamar contra las ejecuciones arbitrarias; al cabo eran unos grandes bribones que acaso no habrian perecido sino los hubiese esterminado la revolucion. Es cierto. ¿Pero sabeis lo que piensa el verdadero ciudadano, el hombre que ama á las leyes y las respeta porque las leyes son la vitalidad del cuerpo social? Se ha empezado matando grandes criminales : despues serán arrastrados á la muerte otros que lo sean menos: se seguirá descendiendo hasta que ébrios de sangre algunos pocos miserables, necesiten cada dia, para saciar su sed nue-

vas ejecuciones ; llegará un dia en que un inocente y otro , y otro y ciento sean conducidos á la muerte , por la sola razon de que es necesario matar , porque se ha contraido el horroroso vicio de matar : y no digais que esta es una exageracion hija del miedo : volved los ojos á la historia , á esa eterna maestra : buscad en ella la Francia de 1793 , allí encontrareis la Convencion , y sobre la Convencion los clubs , y sobre los clubs , el comité de salud pública , y sobre el comité de salud pública , como un demonio esterminador , los sanguinarios artículos del *Amigo del pueblo* , escritos por Marat , por el hombre fiero : vereis un foso de sangre alrededor de la guillotina en la plaza de la Revolucion ; os encontrareis , en fin , frente á frente con el terror , y vereis hombres , mugeres y niños esterminados en nombre de la ley por el solo delito de haber invocado el nombre de Dios , ó por la desgracia de haber nacido noble .

Y el terror nunca emana de los actos del pueblo : el pueblo no hace las revoluciones para hollar la ley ; por el contrario las hace para restablecer la ley : el terror procede de esa canalla que existe en todos los pueblos , que es su sentina , su lodo , su podre , su inmundicia : canalla infame acostumbrada al robo , al asesinato , á las cárceles , á los presidios : lepra social que aborrece la ley porque vive del crimen y la ley castiga el crimen : gente feroz que nada respeta , que nada teme pervertida en su práctica de vicio y de bandidaje , sin un solo sentimiento generoso , sin corazon , sin conciencia , sin ninguna de las dotes necesarias para que un hombre pueda vivir en sociedad con los demás hombres ; gente que brota de en medio de todas las revoluciones , y que procura apoderarse de ellas para mancharlas ; pero que jamás lo consigue , porque las revoluciones del pueblo se hacen siempre á impulsos de una idea , la libertad y el derecho , y esta idea es grande , inmensa , sublime , imperecedera , inmaculada , fuera del alcance de toda mancha , de todo crimen , de toda miseria : vive en la eternidad , es hija de Dios , y por lo tanto no alcanzan á ella ni las miserias ni los crímenes de los hombres .

Unése á esa canalla soez , la alienta , la adula , y hasta la rindiendo un homenaje servil , esa clase de hombres depravados y ambi-

312

ciosos, que verian sin conmoverse el trastorno de la humanidad y la ruptura de los mas sagrados derechos, por llegar á un poder al que de otro modo no podrian aspirar: infames asesinos, que á todo se sobreponen buscando oro y mando; que gozan en el terror, y que en medio de él se entregan á los mas vergonzosos eseesos.

Hay tambien otra clase de hombres, fánaticos y estúpidos que creen que no puede llegarse á la libertad, sino matando, matando y siempre matando: por fortuna esta clase de gente acaba por devorarse á sí misma, por debilitarse, y por causar una reaccion, que á su vez degüella y fusila; pero pasa la tempestad y solo quedan primero el horror de los despojos, despues el horror de los recuerdos.

La opinion pública se reveló de una manera enérgica contra aquellos fusilamientos; sin embargo los hombres que los hicieron, no supieron apreciarla en los principios. Aun quedaban nuevos fusilamientos, que por fortuna recayeron en otros dos polizontes, uno de los cuales estaba ya hacia mucho tiempo sentenciado por la opinion pública, y á quien la mano de Dios habia empezado á castigar afligiéndole con una enfermedad penosa é incurable.

Este hombre era don Francisco Chico.

XII.

Polizon veterano y gefe hacia muchos años de la policia de la córte, este sugeto habia prestado inapreciables servicios al *legalísimo* gobierno de los moderados, y especialmente á sí mismo, enriqueciéndose á costa de la honra, de la hacienda, y aun de la vida de los demás.

Porque los rasgos característicos de Chico, no podian llamarse rasgos de talento; sino tunantadas.

Chico valiéndonos de una espresion vulgar era un *pillo que se perdía de vista*.

Tenia un olfato singular para cazar conspiradores, y un ingenio infinito para hacer una conspiracion artificial cuando el gobierno moralísimo de los moderados necesitaba hacer un alarde de fuerza.

Metia on la cárcel á los rateros, vagos, tunantes, estafadores, *cætera que gentium*, en la proporcion de un diez por ciento, puesto que el noventa por ciento de esta gente estaba á sus órdenes y era uno de sus elementos de lucro.

Chico, en fin, segun la opinion pública era el gefe de los ladrones de Madrid.

El que conocia estas interioridades, este organismo, no se affigia por el robo de un reloj ó de una halaja: se affigia por diez, doce ó quince duros que era lo que le costaba rescatarla: el modo de rescatarla era singular.

Se apelaba á don Francisco Chico. Este se informaba minuciosamente del lugar y la hora en que la alhaja habia sido robada. Al dia siguiente la alhaja estaba en vuestro poder, pero os hablais visto precisado á pagar por su rescate la tercera parte de su valor.

Esto era escandaloso; sin embargo nadie se quejaba, porque en fin, habiendo sido robado, ya era una ventaja rescatar parte del robo.

Por otra parte habia tenido una gran habilidad no solo para cubrir en estos manejos su responsabilidad como gefe de policia, sino tambien para hacer creer á algunos inocentes que les prestaba un servicio desinteresado devolviéndoles un objeto perdido, aunque con una especie de rescate.

Sabfalo esto el gobierno, el *excelente* gobierno de los moderados, y sin embargo no inquietaba á Chico por estos *inocentes* abusos: ¿y cómo? Chico les era sumamente útil, mas que útil necesario para asuntos de sumo interés, de alta política.

Cuéntase de Chico una anecdota que le caracteriza: paseaba por el Canal ó espiaba (no sabemos cuál de los dos) cuando pasó un pobre hombre: detúvole Chico: ¿Me conoce V.? le preguntó.— Yo no conozco á V. sino para servirle, contestó el preguntado.— Yo tampoco le conozco á V. lo que quiero decir cuando V. no me conoce ni yo le conozco, que es V. un hombre de bien.

Con sus manejos y con la alta proteccion del gobierno llegó á enriquecerse Chico, y no solo á enriquecerse sino á ocupar una alta posicion: era poseedor de excelentes casas en la córte; gasta-

314

ba el tren de un grande; poseía una excelente galería de pinturas y se hombreaba en fin, con los prohombres de la situación. Y esto era preciso. Chico era una de las principales ruedas de aquella máquina cuya actividad desangraba y desmoralizaba á un tiempo la nación. En una palabra, Chico no era dependiente de aquellos hombres: era su cómplice en el crimen, su sócio en las ganancias, su igual en la insolencia.

Por lo dicho se comprende perfectamente que Chico merecía por más de un concepto el morir á la luz del sol, calzado, en garrote vil.

Hubo un momento, mucho tiempo antes de la revolución de Julio, en los buenos é inolvidables tiempos del señor don Juan Brabo Murillo, el de las economías, en que el pueblo de Madrid se hizo la ilusión de que Chico iba á pagar sus picardías.

Vino á desempeñar las funciones de Gobernador civil de la corte, don Melchor Ordoñez, que lo había sido de otras provincias, en cuyos mandos había demostrado una rigidez á toda prueba; al saber las picardías y los abusos de Chico, le metió en la cárcel.

Al ver á Chico en poder de tal autoridad todos dieron por cierto un escarminamiento; Chico era hombre perdido, enteramente perdido: hombre hubo que creyendo prudente prevenirse con tiempo había alquilado un carruaje para verle ahorcar. Pero; ¡quía! Cuando menos lo pensaba el público, se encontró con que la causa fulminada contra Chico se había sobrecido y con que el impudente polizonte se le reía en las barbas.

Chico había sido puesto en libertad mediando los altos oficios de una altísima persona.

¿Cuál podía ser aquella influencia?

S. M. la reina madre, duquesa Riánsares, doña María Cristina de Borbon, que Dios guarde.

XIII.

El día 23 de Julio de 1854, entro once y doce de la mañana, atravesó las calles de Madrid, desde la Plazuela de los Mostenses hasta la de la Cebada, un singularísimo tropel de gente.

Aquel tropel, que constaba á lo menos de 10,000 personas, se componia de hombres, mugeres, niños y viejos de todas clases y condiciones.

Muchos de ellos llevaban armas: quien un fusil, quien un chuzo, quien una escopeta, quien un trabuco, quien un sable mohoso.

Vamos á intentar la descripcion de aquel tumulto rugiente y gritador: de aquel hervidero, de aquella tromba que pasaba, como impulsada por la tempestad, por las calles de Madrid.

Formaban la vanguardia una multitud de pillos desarrapados, descalzos, desgredados, de fisonomías cínicas y teñidas por la intemperie: luego, entre un tropel de hombres armados, venian dos ginetes en dos jamelgos no tocando, trompeteando, como podian con dos viejos clarines; detrás venia un hombre que llevaba colgado de un palo alto á manera de estandarte un retrato pintado al óleo; de tiempo en tiempo los dos trompeteros se detenian, dejaban llegar el retrato y le daban de cuchillas con sus sables, empuñándose sobre los estribos: detrás venia otro, que traia colgado de la estremidad de otro palo el cadáver de un pollo desplumado: no hemos podido darnos razon de por qué los pollos se veian simbolizados de una manera tan lastimosa y terrible en aquella tremenda procesion: sin duda quiso representarse la muerte, y se apeló á un pollo degollado á falta de una calavera. Inmediatamente despues (y aquí entraba lo terrible) venia un hombre á pie, pálido consternado, empujado por los hombres armados que le rodeaban y con todo la apariencia de un miserable que camina al suplicio: aquel hombre era polizon y se llamaba Mendal, conocido por el *Cano*, portero de la casa de Chico: seguia una muger llevando en la mano un plato y una taza al parecer con chocolate, que revolvia con un palo: esta muger marchaba junto á cuatro hombres que llevaban en un colchon sobre una escalera á otro hombre como de sesenta años, al parecer enfermo, en mangas de camisa, con un gorro griego, y un abanico en la mano con el que se hacia tranquilamente aire: este hombre iba sereno, como si fuese el objeto de una ovacion popular, mirando á todas partes, y silencioso con el silencio del desden.

Sin embargo, aquel hombre se llamaba don Francisco Chico,

habia sido arrancado por furiosas turbas de su casa , estando en el lecho , cuando se preparaba á tomar chocolate; aquel hombre iba rodeado de bayonetas; á su alrededor no se oia mas que un ronco grito; un grito horrible, incesante, rabioso, que exclamaba: ¡muera! cuando alguna vez estos gritos cesaban por un momento se oia una voz desolada, inmensa, que gritaba con el acento de la desesperacion: ¡No le mateis, nacionales! Aquella muger que llamaba nacionales á los hombres que se llevaban á Chico á la muerte, era su esposa.

Y á los lados y detrás de estas mugeres desgredadas y destocadas, gritando como harpías y amenazando con los puños á Chico una multitud inmensa, un torrente, en fin, cuyas oleadas representaban pasiones irritadas, sed de sangre y de esterminio: debemos advertir tambien que las nueve décimas partes de aquella multitud se componia de curiosos, que gritaban muera y mas muera, de miedo, como por salvo conducto para poder asistir á la ejecucion.

Aquella multitud llenando calles y plazas avanzaba á paso de carga: precedíala su estruendo, como acontece con las avenidas: á aquel estruendo se abrian los balcones, los vecinos asustados asomaban la cabeza, y los defensores de las barricadas se ponian sobre las armas. Esto importaba poco; los delanteros decian á los de la barricada:

—Traemos á Chico para fusilarle en la Plazuela de la Cobada.

Y al nombre odiado de Chico las barricadas cedian; nadie se atrevia á comprometerse por tan mala causa.

Chico llegó al fin: le internaron en la calle de Toledo.... primero fusilaron al portero: despues se oyeron multitud de tiros; una especie de fuego graneado que duró algunos segundos.

Chico habia dejado de existir.

La Junta del Sur á cuya presencia se cometió el atentado, no pudo impedirlo; se encontró impotente; haber pretendido contener aquel desbordamiento, hubiera sido lo mismo que suicidarse inútilmente: cuando la Junta Superior lo supo, se apresuró á poner en práctica los medios que estaban á su alcance para evitar que aquellos sucesos se repitiesen: el general San Miguel montó

LA REVOLUCION DE JULIO EN 1854



El General D. Evaristo San Miguel, recorriendo las barricadas.

á caballo, y se trasladó á la plazuela de la Cebada, cuando aun estaban calientes los restos destrozados de Chico y del portero: los dos mil hombres que formaban la fuerza del distrito rodearon al general y escucharon con entusiasmo su voz conmovida: ellos protestaron que ninguna parte tenian en aquel hecho y que no habian podido impedirlo y dijeron la verdad: el general se retiró, con la esperanza de que tales actos no se repetirian y poco despues apareció en las esquinas de la capital el enérgico bando siguiente:

DON EVARISTO SAN MIGUEL, TENIENTE GENERAL, SENADOR DEL REINO, MINISTRO INTERINO DE LA GUERRA, Y CAPITAN GENERAL DE CASTILLA LA NUEVA, ETC., ETC.

Hago saber:

Que habiéndose esparcido voces de que se intentan cometer violencias y atropellos de personas inermes, he tenido á bien decretar lo siguiente:

«1.º Todo ciudadano armado se concretará estrictamente á atender sus respectivas barricadas, sin que por ningun pretesto se separe sin que llamen asuntos del servicio.

»2.º De todos los puestos populares armados de la capital saldrán partidas que se cruzarán en el terreno de los suyos respectivos, prontas á castigar y refrenar en el acto, si es posible á todo individuo que se propase al menor exceso contra las propiedades ó las personas.

»3.º Todo aprendido culpable de los excesos dichos será puesto en la cárcel pública y castigado rigurosamente con arreglo á las leyes.

»4.º Ciudadanos armados y no armados: Acabais de verme en medio de vosotros; acabais de jurarme en nombre de la patria que no permitireis se empañen los dias de gloria que habeis adquirido en estos dias con crímenes que degradan á la humanidad y ofenden la justicia: el verdadero amante de la libertad no es bajo, ni cobarde, ni asesino; jamás mancha sus manos en sangre que solo tiene derecho á derramar la espada de la justicia. Os re-

318

cuerdo por escrito tan solemne juramento , así como no olvidareis las penas , los afanes y los sacrificios que por consiguáros un alto puesto en el cuadro de los hombres libres , está pronto á hacer á cada instante vuestro amigo , vuestro compañero y si me es lícito decirlo , vuestro padre.

»Madrid 23 de julio de 1854.—Evaristo San Miguel.»

Este bando fué el único responso de Chico.

Si no hubiera representado la opinion pública ; si á la noticia del fusilamiento no se hubiera conmovido profundamente Madrid, que miró con una repugnancia estremada aquella transgresion de las leyes; si las mismas barricadas no hubiesen adoptado una actitud imponente ; si no se hubiera activado el armamento de la milicia nacional; si en fin , no se hubiera impuesto miedo á los aficionadlos á las escenas de sangre, contrabalanceando su poder, las ejecuciones hubieran seguido á pesar del bando de San Miguel.

Ya en los días anteriores cuando fueron fusilados Pozo y el Cano , siempre activo, siempre dispuesto á correr donde le llamaban sus deberes , el anciano general , habia corrido al lugar de la ejecucion , y habia obtenido un juramento semejante : sin embargo este juramento no impidió el que Chico y Portero fuesen fusilados.

La opinion pública , mas poderosa que San Miguel fué la única que logró cesasen aquellos escesos.

XIV.

Sin embargo se notaba una agitación sorda : los negocios públicos se iban embrollando: los elementos bastardos que se habían mezclado á la revolucion empezaban á delinearse: La Unión Liberal se rompía: solo quedaba el nombre: las barricadas de un distrito miraban con ceño á las de otro: en el cuartel del Sur se notaba una actividad imponente: se hacían prisionés, se trabajaba, se conspiraba: habia barricadas esencialmente democráticas, muchas monárquicas-constitucionales, y en algunas de ellas se veían haciendo centinela hombres conocidos como moderados rabiosos, y lo que es mas extraño, algunos polacos.

La prensa se habia desbordado, y no era ya la libertad de imprenta sino la licencia la que inspiraba las líneas de las hojas volantes, y el alubion de periódicos que voceaban por todas partes los ciegos difundiendo la alarma: las barricadas empezaban ya por su duracion á alarmar al vecindario: las clases obreras empezaban á sentir la miseria consiguiente á tantos dias de parada; siendo imposible que los carros de la limpieza circularan por las calles, interceptadas por las barricadas, temíase que la falta de policia, el calor, la aglomeracion de gente en determinados puntos produjese un contagio ó la aparicion del cólera, del cual ya se habian dado en Madrid algunos casos, aunque aislados. La situacion no podia ser mas tirante, y la Junta Superior de Salvacion creyó oportuno publicar la alocucion siguiente:

«MADRILEÑOS: El desasosiego de los ánimos, la desconfianza tan natural en este estado de agitacion, tocan ya á su término. El general don José Allende Salazar, enviado del duque de la Victoria, ha vuelto anoche á Zaragoza altamente satisfecho de la entrevista que tuvo con S. M.

»Muy pronto vereis en el seno de de la capital al ilustre caudillo á que van á entregarse las riendas del Estado. Muy pronto vereis inaugurado un sistema de Gobierno, que á los mas amantes de la libertad deje completamente satisfechos.

»Faltan palabras á la Junta para manifestar debidamente el gozo que en sus corazones rebosa al contemplar el espectáculo que esta capital ofrece; imágen ayer de un mar agitado por la mas terrible tempestad, hoy con tantos síntomas de tornarse en manso y apacible.

»Ciudadanos armados, fuisteis bravos y arrojados; corrísteis al peligro cuando visteis vuestra libertad amenazada; peleásteis como buenos; vencísteis como soldados intrépidos á quienes la muerte no arredra: y por premio de tanta fatiga y heroismo, vereis llegado el dia de asegurar vuestros derechos de un modo firme y estable; que no dé lugar á falsas interpretaciones.

»Madrileños todos: gracias por vuestro comportamiento en estos dias azarosos. La Junta enorgullecida por el puesto de honor y de peligro que en ellos ha ocupado, os las tributa desde lo íntimo

590

de sus corazones. ¡ Viva la patria, la nación, la libertad! ; Viva Isabel II Reina constitucional de las Españas! ¡ Viva el ilustre duque de la Victoria, que á los insignes servicios prestados á su país en todos tiempos, vá á añadir el de restablecer en el pueblo español la tranquilidad y la confianza.

»Madrid 25 de julio de 1854.»

XV

Creyó á su vez la córte que ya era tiempo de que el trono dirigiese su voz al pueblo, no podia esperarse mas: nosotros creemos que se esperó demasiado, y que con tanta espera se provocaron grandes conflictos, de los cuales pudo sacarnos solamente la mano de la Providencia.

Y no solo se tardó sino que cuando se habló, se habló mal: y decimos mal, porque un trono no debe suplicar ni mostrar debilidad ni miedo: nosotros queremos dignidad en el trono y creemos que quien redactó el manifiesto de la Reina no comprendió bajo su verdadero punto de vista la cuestion de dignidad.

Nosotros hubiéramos querido un manifiesto mas firme, mas valiente, mas esplicito que el que copiamos á continuacion:

ESPAÑOLES:

«Una série de deplorables equivocaciones ha podido separarme de vosotros, introduciendo entre el pueblo y el trono absurdas desconfianzas. Han calumniado mi corazon al suponerle sentimientos contrarios al bienestar y á la libertad de los que son mis hijos: pero asi como la verdad ha llegado á los oidos de vuestra Reina: *espero que el amor y la confianza renacerán y se afirmarán en vuestros corazones.*

»Los sacrificios del pueblo español para sostener sus libertades y mis derechos me imponen el deber de no olvidar nunca los principios que he representado, *los únicos que puedo representar*; los principios de la libertad, sin la cual no hay naciones dignas de este nombre.

»Una nueva era fundada en la union del pueblo con el monarca hará desaparecer hasta la mas leve sombra de los tristes acontecimientos que yo la primera desco borrar de nuestros anales.

»Deploro en lo mas profundo de mi alma las desgracias ocurridas, y procuraré hacerlas olvidar con incansable solicitud.

»Me entrego confiadamente y sin reserva á la lealtad nacional. Los sentimientos de los valientes son siempre sublimes.

»Que nada turbe en lo sucesivo la armonía que deseo conservar con mi pueblo. Yo estoy dispuesta á hacer todo género de sacrificios para el bien general del pais; y desco que este torne á manifestar su voluntad por el órgano de sus legítimos representantes, y acepto y ofrezco desde ahora todas las garantías que afiancen sus derechos y los de mi trono.

»El decoro de este es vuestro decoro, españoles: mi dignidad de Reina y de madre es la dignidad misma de la nacion *que hizo un dia mi nombre simbolo de la libertad. No temo, pues, confiarme á vosotros: no temo poner en vuestras manos mi persona y la de mi hija: no temo colocar mi suerte bajo la éjida de vuestra lealtad, porque creo firmemente que os hago árbitros de vuestra propia honra y de la salud de la patria.*

»El nombramiento del esforzado duque de la Victoria para presidente del Consejo de Ministros, y mi completa adhesion á sus ideas, dirigidas á la felicidad comun, serán la prenda mas segura al cumplimiento de vuestras nobles aspiraciones.

»Españoles: *podeis hacer la ventura y la gloria de vuestra Reina* aceptando lo que ella os desca y os prepara en lo fatimo de su maternal corazon. La acrisolada lealtad del que vá á dirigir mis consejos, el ardiente patriotismo que ha manifestado en tantas ocasiones, pondrá sus sentimientos en consonancia con los mios.

»Dado en Palacio á 26 de julio de 1854.

YO LA REINA.

El ministro de la Guerra, Evaristo San Miguel.»

Hemos copiado en letra bastardilla algunas frases del anterior manifiesto porque unas nos parecen artificiosas, otras inútiles, otras inoportunas.

322

Este manifiesto fué recibido con suma indiferencia: muchos vieron en él un memorial al pueblo, otros una transacion, otros una necesidad imperiosa á la que se cedia de mala gana.

La Reina antes de la revolucion y durante ella tuvo la desgracia de no tener á su lado gentes que la aconsejasen lo que debió haber hecho. Cuando fué preciso, indispensable, dirigir al pais un manifiesto, no tuvo un hombre que al redactarlo supiese hablar al corazon del pueblo. Se iba de torpeza en torpeza. El manifiesto es frio, artificioso, se apela en él á la generosidad de la nacion y á los recuerdos de otros dias; á veces incurre en la bajeza, no tiene un solo rasgo notable, un solo arranque de corazon.

El pueblo leyó el manifiesto y dijo: Isabel II no puede ser ya para España mas que una conveniencia.

XVI.

Inmediatamente despues de este manifiesto espidió la Reina algunos decretos en que restablecia en sus empleos y honores, de que habian sido exonerados, á los generales O'Donnel, Serrano, Dulce, Concha, Messina y Ros de Olano. Las barricadas y el pueblo aplaudieron este acto de justicia, y en todos los puestos de defensa se pusieron los retratos de algunos de estos generales junto al de Espartero, y sobre ellos el de la Reina, como una atencion precisa, como su muda muestra de la aceptacion del manifiesto. Espidió tambien la Reina un decreto el que espresaba el deseo de que se sepultasen en un olvido profundo las anteriores disidencias políticas, y que respecto á las altas personas y empleados que hubiesen cometido abusos se dejase franca la accion de la justicia.

Bueno y muy fácil de contentar el pueblo español, acogió con alegría estas manifestaciones del trono, y en prenda de su alianza con él pasó un batallon de la recién alistada Milicia Nacional á relevar la guardia de Palacio.

La Reina presenció desde los balcones aquel acto y la Milicia la victoreó.

A pesar de esto y de que el paso de los carruages mas necesarios para el abasto y la limpieza de la poblacion, estaba intercep-

tado, las barricadas permanecieron armadas y junto á ellas el ejército del pueblo.

Sin embargo el alistamiento de la Milicia Nacional, en que espontáneamente se contaban comprendidos desde los primeros momentos mas de doce mil hombres, eran una garantía para el orden público y además de eso sobre cada barricada se veia escrita en un enorme cartel: **PERA DE MUERTE AL LADRON.**

XVII.

Un secreto instinto decia al pueblo que Espartero no podia tardar; empezaba á renacer la confianza, y desde el mismo dia 26. en que se publicó el manifiesto de la Reina, empezaron á adornarse las barricadas á costa del pobre arbolado de la Côte.

Era de ver el espectáculo que Madrid presentaba desde el oscurecer de cada noche: todos los balcones, aun en los barrios mas apartados se iluminaban, una multitud inmensa recorria las calles yendo de barricada en barricada; no habia ninguna de estas que no estuviese magníficamente iluminada y adornada, variando en iluminacion y en adorno segun que estaban situadas mas al centro ó mas á los extremos de la poblacion: notábase á primera vista quien habia adornado cada una de aquellas barricadas: en el centro abundaban los pabellones de gasa y de seda; las guirnaldas de flores las arañas de bronce y de cristal; era lo bello lo simétrico, lo culto, por decirlo así; en aquellas barricadas se veia la mano de las *señoritas*; habia en ellas coquetería, como si dijéramos afan de agradar; se habia ocultado cuanto era posible la forma ruda del reducto de defensa, como si se hubiese pretendido velar con flores la sangre: en los barrios bajos era otra cosa, allí habia tambien pabellones, y tapices; pero aquellos pabellones y aquellos tapices estaban formados por magníficos pañuelos de crespón bordado de gran precio; sobre estos pañuelos estaban prendidas riquísimas gargantillas de perlas, sortijas, relicarios, alhajas; pero alhajas todas antiguas, todas de valor, todas españolas; notábase en el adorno semi-popular y semi-bravío de aquellas barricadas, la mano de la manola de Madrid, que con su característico desprendi-

824

miento había sacado hasta el fondo del arca para poner, sobre los baluartes del pueblo, sus mas preciosas galas: allí no se había cuidado de desfigurar el parapeto; por el contrario sobre este y bajo los pabellones y los arcos de verdura que se apoyaban en él, hasta la bandera donde se leía: ¡viva el pueblo soberano! se veían agrupados trofeos de armas compuestos de trabucos, fusiles, sables y pistolas: delante de muchas de estas barricadas, las mas inmediatas á los lugares en que ha habido arbolado, se veía un jardín improvisado; pero los pobres árboles estaban marchitos, á pesar de estender sus ramas sobre los entusiastas defensores de los derechos del pueblo. Delante de las principales barricadas del centro, bandas de música militar tocaban incesantemente himnos patrióticos, y aires nacionales: á medida que se llegaba á los extremos cambiaba el carácter de la fiesta: entre un cuadro de escafños traídos de la iglesia, donde se sentaban las mugeres mas notables del barrio, vestidas de dia grande, se bailaba de una manera verdaderamente española al son de una guitarra, generalmente bien rasgueada y punteada: campeaban allí el garbo la bizarría, y ese no se qué de las manolas, que tantos puntos de contacto tienen con el carácter y el aspecto de las andaluzas, de que son dignas rivales: de tiempo en tiempo andaba el vino y los vizcochos á la redonda, y aquellas honradas y laboriosas gentes que habían dejado los talleres y el tráfico; para tomar las armas y jugar su vida en las calles por la libertad, se divertía despues sobre el mismo campo de batalla, celebrando su triunfo con esas fiestas que por desgracia van cediendo ante el espíritu de estrangerismo que como una fatal epidemia nos inficiona; con esas fiestas que tan en armonía están con el carácter español.

En todas estas barricadas se veían lemas y versos: unos altivos: otros respirando patriotismo, otros en fin, sentenciosos.

En la de la calle de la Montera se leía:

«Esta barricada, aunque fea y desagradable, fué construida en la mañana del 19, bajo el fuego de los soldados del Príncipe, por cuya razon es la voluntad de sus defensores que sea la última que se deshaga.»

En otra de la Carrera de San Gerónimo mirando tambien al

Principal, se veía la frase siguiente, puesta bajo el retrato de Espartero :

« ¡ Acuérdate de que el pueblo te ha traído ! »

Por último , las músicas , las fiestas , los cantares , la concurrencia , duraban desde las ocho hasta las doce de la noche : después de esta hora , cada uno se retiraba á su casa , las calles quedaban despejadas , se oía el toque de silencio de las cornetas de las barricadas , y luego de tiempo en tiempo el grito de alerta de los centinelas del pueblo .



CAPITULO V.

El Circulo de la Union. — Su objeto. — Su desarrollo. — Su influencia en la opinion. — Su carácter. — Ansiedad por la venida de Espartero. — Espiritu de los hombres de la revolucion acerca de O'Donnell. — Se activa el alistamiento de la Milicia de Madrid. — Se anuncia la salida de la Reina para recorrer la capital. — Forma la Milicia. — La Reina no sale. — Causas de esto. — Alocucion de la Junta Superior á los ciudadanos de las barricadas, invitándoles á que se retiren á sus casas. — Permanecen sobre las armas. — Urgencia de que se deshiciesen las barricadas. — Llegada de Espartero á Madrid. — Conclusion.

I.

Poco despues de la instalacion de la Junta de Salvacion, Armamento y Defensa de la provincia de Madrid, se habia reunido una sociedad patriótica, bajo el nombre de «Circulo de la Union.»

Este círculo habia nacido de unos pocos jóvenes entusiastas, y muy pronto contó en su seno un número considerable de patriotas.

El objeto de este club, de esta sociedad política de este meeting, como dirian algunos á quienes placen las frases extranjeras, era auxiliar á la Junta Superior, dirigió la revolucion, impulsarla si era preciso, y velar porque no se estraviase.

El pensamiento fué indudablemente bueno; habialo inspirado el celo por la patria y por la libertad: habia tomado por bandera la union de todos los partidos, pero como no hay pensamiento bueno que no se convierta en malo y perjudicial al ser aplicado á la práctica por esos hombres que solo piensan en su ambicion, y

en su provecho , y como la democrática y lata admision que habian dado los fundadores del Círculo á aquella sociedad , hubiese apartado á ella muchos de esos *esplotadores de circunstancias*, aconteció que muy pronto el Círculo de la Union dejó de ser lo que siempre debiera haber sido , convirtiéndose en el teatro del charlatanismo mas repugnante y ridículo.

Así todo el que tenia algunos pulmones y alguna audacia , se lanzaba á la palestra buscando una popularidad que le hiciera *hombre preciso* para cuando llegasen los nombramientos de empleados y las elecciones de diputados : allí se improvisaban sistemas de gobierno , se confeccionaban leyes , se pronunciaban discursos tribunicios , se enronquecian los de órgano mas robusto , se aplaudia por una turba de igorantes al que con mas audacia y mas fuerza hablaba y si hubiera resucitado y aportado á una de aquellas ruidosas sesiones un individuo del club de los franciscanos , durante la revolucion francesa del 93 , hubiera creído por un momento que se encontraba en medio de atletas de la libertad , exaltados , furiosos , capaces de llegar al último límite á que pueden llevarse las revoluciones ; pero hubiera instantáneamente conocido su error y que aquello no era mas que un débil remedo , al notar que los discursos y las peroraciones no tenian mas fuerza que la de la voz y la del gesto : que faltaban allí , en el aspecto , las caramañolas , dos gorros frigios , las picas , los semblantes fatídicos , los ojos chispeantes ; en el fondo el pensamiento regenerador y purificador , la conciencia de la fuerza , la altivez de la soberanía , lo dramático y terrible de los discursos , el ánsia de sangre impura , la fé en la libertad , la decision de afirmarla ó de morir y sobre todo el desinterés cívico. Hubiera visto que el Círculo de la Union era una especie de cucañá en cuyo extremo habia un empleo , un privilegio , un abuso , una diputacion á Córtes. Hubiera visto sobre un fondo oscuro , una mano negra que escribia sobre todo aquello con caractéres rojos la palabra : « HAMBRE : » hubiera sentido hastío y vergüenza y huyendo del ridículo se hubiera chapuzado de nuevo en su tumba.

En vano los que habian inaugurado aquel Círculo , pretendieron empleando todas sus fuerzas circunscribirle á un punto con-

398

veniente: los fundadores habian sido rodeados, sujetados, como si dijéramos: horrados por un aluvion: el verdadero pueblo con quien el Círculo al ensancharse, al salir de su verdadero eje, se habia puesto en pugna, miraba con sobrejo aquella sociedad política: los que veian mas claro las verdaderas tendencias, las necesidades del pueblo español, contemplaban aquella asociacion con cuidado y aun con temor.

Y este cuidado y este temor eran fundadísimos: las ondulaciones del Círculo habian llegado á las barricadas, y habian influido en ellas de tal modo, que en vez de corresponder á su pensamiento de union, se habia convertido en elemento de desunion: dividióse la fuerza armada hasta el punto de que podian contarse representados entre ella los partidos, desde el demócrata puro, hasta el absolutista ultramontano: allí estaban todos: nunca hemos visto tan perfecto retrato en miniatura de la nacion: aquí un discípulo de Prudhom, se veia con el fusil embrazado y el gesto á la espartana, dando el servicio de centinela; allá ceñida una espada sobre un gaban raído, y como comandante de un puesto, se veia un antiguo oficial de D. Carlos, procedente del Convenio de Vergara: los altos empleados, los banqueros, los monopolistas de todo género, habian tenido muy buen cuidado, para cubrir las apariencias, para hacerse héroes del dia despues, de armar una barricada á la puerta de su casa y poner en ella á sus criados, á sus dependientes y á todos los desdichados y vagos que habian acudido como un aluvion á alistarse para recibir cinco reales, ¡ pobres gentes algunos, que esperaban con impaciencia la hora de que se repartiese aquel prest de campaña, para ir con él á llevar pan á sus familias!

El Círculo de la Union, con su carácter disolvente, era para todos estos distintos intereses, lo que la llaga por donde fluyen del cuerpo humano los malos humores; por allí se exhalaban todos los viciosos elementos que atacan la vitalidad de nuestro cuerpo social; allí estaban representados todos los intereses que se agitan y luchan entre nosotros; todo allí, menos el pueblo, porque nada de lo que allí se hablaba, nada de lo que allí se proyectaba era aplicable al pueblo español: si en el Círculo de la Union hubie-

LA REVOLUCION DE JULIO EN 1854



DCN BALDOMERO ESPARTERO
Duque de la Victoria.

ra brotado un solo hombre conocedor de las necesidades y de la fadole del pueblo español, ¡oh bien vertida la sangre de Julio, por ella hubiera producido un hombre que hubiera producido la revolución, y la hubiera llevado á cabo!

Pero en el Círculo de la Union se cometia el absurdo de querer hacer una cosa nueva con elementos viejos: allí no habia mas que partidos, y partidos cuyos sistemas no sirven ya de viejos y gastados. Todos los partidos para poder tener voz y voto, se disfrazaban con una misma careta: esta careta eran las palabras moralidad, regeneracion, libertad: todos bajo estas santas y magníficas palabras trabajaban por sí mismos: faltaba allí la abnegacion, el entusiasmo desinteresado y ardiente, cuyo único móvil es la desventura de la patria, su único fin su prosperidad y su grandeza: la patria, esto es, el pueblo habia combatido, habia vertido su sangre, habia triunfado: al eco del cántico de triunfo, se habian levantado sobre la sangre de la patria las ambiciones de los que se habian escondido temblando de miedo durante el combate.

¿Dónde estuvieron durante las jornadas de Julio la mayoría de los que tenian un fusil en las barricadas? ¿Dónde los que peroraban con tanto ardor? Los que se habian batido eran pocos y la mayor parte de ellos estaban en la tumba y en los hospitales de sangre: los que habian sobrevivido, los que habian salido del combate ilesos, eran muy pocos; sin embargo eran muchos, muchísimos, los que se veian armados y que alegaban eminentes servicios: esto consiste en que todas las revoluciones tienen zánganos; en que para explotar su triunfo, siempre hay una multitud de hombres á quienes nosotros llamamos héroes del dia despues.

Volviendo al Círculo de la Union su existencia, sus acaloradas discusiones eran una esperanza para todos los partidos: los demócratas se veian representados allí: el partido liberal avanzado, el monárquico constitucional, pugnaba en aquellas discusiones, aunque con un tanto de miedo y desconfianza: los agentes de la polaqueria, del moderantismo y del absolutismo, solian tambien disfrazarse bajo la forma de un jóven entusiasta comprado de antemano, y procuraban dividir, lanzar la revolucion á un término espantoso para gastarla, para arrojarse sobre ella cuando estuviere

350

cansada y desacreditada, y explotarla en su provecho: lo repetimos el *Círculo de la Union*, era el circo en donde todos, blancos y negros, montescos y capeletes, con una misma apariencia y un mismo disfraz, pretendían sacar su parte de ganancia.

Aquel *Círculo* duró muy poco tiempo, había nacido enfermo y su vida fué de muy corta duración: el *Círculo de la Union*, cayó herido de muerte por la opinión pública.

Sin embargo muchos de sus individuos han sacado de él buen provecho: muchos de ellos ardientes apóstoles de la democracia, disfrutaban hoy un sueldo pagado por un gobierno monárquico-constitucional.

¿Quién detuvo la revolución de Julio? ¿quién la ha hecho infructuosa? la desgracia del pueblo que ha vertido su sangre, y que no ha conseguido que de ella salga un solo hombre.

¿A dónde iremos á parar? No lo sabemos: pero no será extraño que vayamos á dar en otra revolución.

II.

El cuidado público aumentaba de día en día. Esperábase con ansia á Espartero, y Espartero no venía. ¿Qué detenía á Espartero en Zaragoza? El estado angustioso de la capital era notorio; todos preguntaban: ¿Cuándo viene Espartero?

La venida del Mesías no ha sido nunca tan anhelada por el pueblo de Israel, como lo era por los madrileños la llegada de Espartero.

Unos han dicho que le detuvieron allá deberes imperiosos, dificultades que era necesario dejar allanadas.

Otros que daba tiempo para ver si el pueblo de Madrid le libraba de ciertos estorbos.

Nosotros no sabemos otra cosa sino que tardó muchos días, y que en aquellos días estuvo á punto de complicarse la revolución, y de que lo que había empezado á nombre de la moralidad y de la libertad, concluyese por una colisión entre todos los partidos que tenían las armas en la mano.

Al mismo tiempo que el deseo general radicaba en la venida

de Espartero, estaba la opinion dividida respecto á O'Donnell. El programa de Manzanares, programa que de tal modo le ha divorciado del partido moderado, era un documento que no habia dado luz, puesto que á pesar de él los generales insurreccionados se habian visto obligados por la indiferencia de las poblaciones á buscar la salida de salvacion por la frontera de Portugal; ni la opinion general de los liberales de la córte se fiaba de él: O'Donnell tenia sobre sí el pecado original de haber pertenecido en cuerpo y en alma al partido moderado, tan enemigo siempre de la Milicia Nacional, de la libertad de imprenta, de la independencia de los electores y de la preponderancia del pueblo: acordábanse todos de que en 1844 habia sido uno de los moderados mas comprometidos en la insurreccion que concluyó con el fusilamiento del general Leon y de otros muchos comprometidos en la intencion del 7 de octubre: se sabia que en aquel tiempo habia firmado proclamas en que acometia de una manera encarnizada y altamente ofensiva á Espartero, negándole hasta la buena fé: acordábanse ademas de la mala jugada que el partido moderado habia hecho en 1843 al progresista, y los mas confiados exclamaban al recordar tales antecedentes: Eres turco y no te creo.

El pueblo de Madrid se habia interesado por O'Donnell, y por los demas generales insurreccionados contra el ominoso dominio de la cuadrilla polaca el 28 de junio: se habia esperado con una ansiedad mortal el resultado de la jornada de Vicálvaro, y sin embargo, Madrid que habia quedado sin un soldado durante aquella accion, no se insurreccionó, porque no veia en la palestra mas que moderados, porque sabia que ayudando á O'Donnell solo obtendria un cambio de personas en el gobierno, pero quedando siempre bajo la férula de los moderados y ¡allá, allá ellos! dijo el pueblo. Sin embargo, el pueblo deseaba que O'Donnell triunfase, porque siempre elegiremos de lo malo lo menos malo. Dió ya desesperado O'Donnell en Manzanares su famoso programa. ¿Y por qué no se pronunció entonces el pueblo de Madrid? porque aquel programa estaba firmado por un moderado y no se se fiaba de aquel programa. El documentó en cuestion, era

332

escandaloso y latísimo para la intolerancia de los moderados, y para los liberales, era ambiguo, nada explícito, oscuro. ¿Qué quería decir una Milicia Nacional convenientemente organizada? ¿No podían tener los moderados una Milicia Nacional formada de ellos mismos, una Milicia Nacional de contribuyentes escogidos, como habían tenido córtés elegidas exclusivamente por ellos y una carta que no tenía su constitución más que el nombre? El programa de Manzanares era para los moderados mucho, para los liberales poco. Por eso no dió luz el programa de Manzanares, como no la había dado la acción de Vicálvaro. El pueblo, lo repetimos, había aceptado y deseado el triunfo de la insurrección moderada contra la facción polaca, mientras sin jefes, sin medios de insurrección no podía esperar otra cosa; pero se pronunció Valladolid, cayó derumbada la facción polaca, y el pueblo gritó espontáneamente: ¡esta es mi hora! y combatió y triunfó pero por su cuenta, en nombre de sus derechos y de su libertad.

La situación, por lo tanto, se embrolló, ¿a quién pertenecía el triunfo, ¿a los que habían levantado la bandera de insurrección en el Campo de Guardias ó a los que se habían batido en las calles de Madrid? La contestación era obvia: lo uno había producido lo otro: los generales insurreccionados habían conmovido el cimiento; el pueblo había derribado el edificio.

Era, pues, justo que los que habían empezado tuviesen parte en el fruto de la revolución que el pueblo había concluido; pero al pensar en este amalgamamiento de intereses, se encontró que estos intereses eran inaligables, y entonces se inventó la famosa frase Unión Liberal.

Pero esta unión, que realizada sería un bien inmenso, es por desgracia imposible: bien pronto se vió que O'donnell y sus compañeros no podían obtener la confianza del pueblo sino convirtiéndose. ¿Y consentirían en convertirse? Esta era la duda: este el temor que inquietaba al pueblo de Madrid, esta la razón suprema de que los patriotas no dejaran las armas. Era necesario impedir á todo trance que se repitiese la traición de 1843.

III.

Gentes hubo que creyeron que O'Donnell antes que convertirse probaria un recurso de fuerza: conocian todos los que asi pensaban que el formidable estado de defensa en que se habia constituido Madrid ponía de su parte el triunfo en un combate en las calles.

Pero surgia inmediatamente otro temor: Madrid podia ser sitiado.

Gentes hubo que abastecieron sus casas para un sitio de quince dias.

Naturalmente la llegada de Espartero, la organizacion del gabinete y la convocatoria de Córtes Constituyentes, eran deseadas como la solucion inmediata de tantas dificultades.

En tal estado estaban los ánimos el mismo dia en que dió la Reina su manifiesto á los españoles.

IV.

El dia 27 por la mañana apareció en las esquinas de los sitios mas públicos de Madrid el siguiente anuncio:

Junta Superior de Salvacion, Armamento y Defensa de la provincia de Madrid.—«S. M. la Reina saldrá esta tarde á las seis para visitar á su leal pueblo de Madrid. La Junta de Salvacion, Armamento y Defensa, acompañará á la régia persona en toda la carrera, que guarnecerán la Milicia Nacional y el ejército. La Reina recorrerá así la plaza de la Armería, calle Mayor, Puerta del Sol, calle de Alcalá, Prado, volviendo á Palacio por la Carrera de San Gerónimo y calle Mayor. Este paseo de S. M. despues del grave conflicto porque ha pasado el pueblo de Madrid, debe ser una manifestacion de la alianza que felizmente reina entre el pueblo y el trono constitucional.—Madrid 27 de julio de 1854.—Evaristo San Miguel, presidente.—Angel Fernandez de los Rios, vocal secretario.—Francisco Salmeron y Alonso, vocal secretario.

A consecuencia de esto el alistamiento de la Milicia Nacional que habia empezado algunos dias antes siguió con grande acti-

334

vidad aquella mañana. Multitud de ciudadanos acudían á las casas de los sargentos primeros á tomar el armamento á medida que se alistaban, se citaba á las cuatro de la tarde en los puntos de reunion. A las cinco los batallones, los escuadrones y las baterías, marchaban armados por medio del inmenso concurso que llenaba las calles, á los puntos que debían cubrir. Todos los miraban con entusiasmo; la confianza pública renacía mas y mas á la vista de las bayonetas de aquella salvadora institucion: la mayor parte de los ciudadanos de las barricadas formaban en las filas de la Milicia, que sin tambores, sin música, sin banderas, sin uniformes, presentaba un carácter verdaderamente popular.

Crefase por muchos que lastimado el pueblo por tantos desengaños, presentes aun en su memoria los funestos acontecimientos del 43, y la inaudita traicion con que fué desarmada la Milicia, habria pocos que se alistasen de nuevo; sin embargo Madrid vió desfilar aquella tarde ocho batallones, dos escuadrones y cuatro baterías, todos con un número considerable de plazas sobre el número de reglamento: vió las chaquetas y las blusas del pueblo, mezcladas á los fracs negros, y á los guantes amarillos de la clase media, y contaron en las filas mas de un representante de la banca, del alto comercio y de la alta nobleza: todos fraternizaban, todos eran iguales: aquello era magnífico.

Llovia copiosamente, y sin embargo la multitud compacta que habia acudido á ver la Milicia no se dispersaba; ni los milicianos parecían contrariados por aquel aguacero: se estaba en uno de esos momentos de entusiasmo, en que nada mas que el entusiasmo se siente; en que son indiferentes el frio ó el calor: España acababa de levantarse de su postracion y el genio de la libertad flotaba sobre las filas de Milicia Nacional: el orden público y los derechos de los ciudadanos estaban al fin fuertemente garantidos.

Se esperaba con impaciencia á la Reina: pero dieron las seis, las siete y la Reina no apareció; díjose entonces que se habia determinado que la Reina no se presentase hasta la llegada de Espartero; pero otros mas suspicaces dijeron que no se habia atrevido á dejar el Palacio por temor de que el pueblo intentase apoderarse durante su ausencia de la Reina Madre.

El que no se presentase la Reina causó algun disgusto: poco despues de las siete la Milicia Nacional recibió la órden de ir á la Plaza Mayor donde estaba la Junta, y una vez allí y formados en masa los batallones, escuadrones y baterías, desfilaron por delante de la Junta, retirándose despues á sus casas: aquella misma tarde se fijó en los parajes de costumbre la alocucion siguiente:

Habitantes de Madrid y Milicianos Nacionales: « Han pasado los dias de luto y de peligro, y ha sucedido la calma y el reposo. Vuestra sensatez y conducta han demostrado á los enemigos de la libertad cuán dignos sois de gozar los derechos de que por tanto tiempo se os ha privado. Si la ilustracion y el amor á la patria son prendas seguras de la estabilidad y firmeza de las instituciones liberales, nadie puede reclamarlas con mas razon que vosotros.

Los que orsan que no las mereceis, recuerden este dia glorioso, en que, entregados á las mas alhagüeñas esperanzas, habeis visto desfilar vuestra milicia, bahuarte inespugnable del órden y de la libertad. ¡Qué tiemblen á su vista los que abriguen la mas remota esperanza de reaccion! ¡Qué no piensen siquiera en la posibilidad de conseguir sus tenebrosos planes! Habeis logrado con vuestros sacrificios y vuestra sangre que la ley fundamental, en que han de consignarse los derechos de los españoles, se encomiende á unas Córtes que, teniendo en cuenta los defectos y malos resultados de las anteriores instituciones, hagan desaparecer los medios de que se valia el poder para tiranizaros. Que las leyes orgánicas aseguren la libre expresion de vuestros sufragios en las elecciones. Que las administrativas dejen vida propia á las provincias y á las municipalidades, desapareciendo esa centralizacion monstruosa que las ha reducido á la nulidad. Que el gobierno sea responsable en sus actos: que desaparezcan de entre vosotros los hombres inmorales que traficaban con vuestra fortuna y con vuestra honra.

Teneis una Milicia Nacional que defenderá vuestros hogares y sostendrá vuestros derechos; y obtendreis ademas las leyes necesarias para la libre emision del pensamiento y para la seguridad personal. Estos son los principios de vuestra Junta, que marchando únicamente por el camino del progreso indefinido, ni desea ni

356

quiere otra cosa que dar la posible amplitud á vuestras libertades.

Milicianos Nacionales: la actitud imponente con que se han presentado vuestros batallones y baterías, y la que han conservado los ciudadanos de las barricadas, son las mas seguras garantías de que no podrá turbarse la tranquilidad pública.

La Junta os dá las gracias en nombre del pueblo de Madrid por el celo que habeis demostrado en acudir á las filas y sostener vuestros puestos.

Madrid 26 de julio de 1854.—Evaristo San Miguel, presidente.—El Marqués de Fuentes de Duero.—Gregorio Lopez Mollinedo.—Juan de Ranero.—Domingo Villasante.—Manuel Becerra.—Joaquin Aguirre.—Baltasar Mata.—Juan A. Rascon.—El Marqués de Tabuérniga.—El general Valdés.—Juan Boada y Quijano.—Antonio Martinez.—Joaquin Francisco Pacheco.—Diego Coello.—Matias Angulo.—José Luna.—El general Crespo.—El marqués de Perales.—El general Iriarte.—Vicente Rodriguez.—Cayetano Cardero.—Alfonso Escalante.—Manuel Gimenez de Saavedra.—Francisco Salmeron y Alonso, vocal secretario.—Angel Fernandez de los Rios, vocal secretario.

V.

Despues del triunfo del pueblo y de las barricadas la aparicion de la Milicia Nacional habia puesto el sello á la revolucion. Solo faltaba para que esta se consumase la llegada del general Espartero y la formacion definitiva del gabinete, que debia llevar á cabo y consolidar las aspiraciones de la revolucion.

Esto era urgentísimo: la situacion era demasiado tirante: estaba tan próximo aun el tiempo pasado en que los españoles se habian visto reducidos á la degradante condicion de ilotas, sin derechos, sin garantías de ningun género, sin participacion alguna como ciudadanos en los negocios públicos, que era de temer que el recelo de perder la libertad con tanta sangre y á costa de tantos sacrificios adquirida exagerase la revolucion estraviándola; las barricadas que de tal manera habian sido acogidas y auxiliadas por la opinion pública, empezaban á pesar sobre el espíritu del vecin-

dario , no por sí mismas, sino porque representaban un estado de guerra , que todos ansiaban que cesase para ser reemplazado , por una situacion de orden ; pero de orden fuerte lo bastante para inspirar confianza á todo el mundo y que siendo al par liberal y justo , empezase á afianzar las libertades públicas , constituyendo sobre una fuertísima base de moralidad la constitucion definitiva de esta pobre patria combatida desde hace medio siglo por tantas revoluciones estériles, que solo han servido para hacer la fortuna de unos pocos y para crear santones sistemáticos y envejecidos en sistemas absurdos , y para los cuales la palabra progreso no significa el adelanto gradual de la civilizacion de los pueblos, sino la denominacion de un partido.

Urgia , pues , repetimos, la organizacion definitiva de un gobierno que se encargase de llevar á cabo las aspiraciones que la revolucion triunfante debia poner en sus manos para que las realizase; por mas de un concepto era necesario que la revolucion delegase su poder en sus elegidos: una prueba de esta necesidad eran los manejos desembozados que se ponian en práctica por los enemigos de la revolucion : las insidiosas sugerencias con que se pretendia dividir y embrollar la opinion pública; el desenfreno de la prensa , que por el conducto de los ciegos , pululaba por las calles representada por impresos subversivos, muchos de los cuales, encubriendo su traidora intencion bajo las mas pomposas palabras de libertad y de regeneracion , procedian de los enemigos de la libertad que anhelaban que la revolucion se deshonrase , se inutilizase , diese de través , vencida por sus propios desórdenes.

Pero la sensatez del pueblo de Madrid impidió que estos desórdenes tuviesen lugar : ejercitábase la mas esquisita vigilancia: cada ciudadano era un centinela de la libertad , y mas de un polizon, mas de un agente de la reaccion, habia sido preso en las mismas barricadas y entregado á la accion de los tribunales.

Por otra parte los intereses generales del comercio , de la industria , de la familia y de la salubridad pública , exigian que aquellos baluartes de la libertad desapareciesen ; pero el pueblo comprendió que no debia destruir sus medios de defensa , ni retirarse al descanso mientras la revolucion no tuviese un represen-

338

tante legítimo, y en vano fueron las exhortaciones y las alocuciones de la Junta y las del brigadier Atmeller, comandante general de las barricadas para que estas se deshiciesen : estas no debían desaparecer sino á la presencia de Espartero.

Al fin llegó el anhelado día de que este general entrase en la corte y recibiese la insigne honra de que una revolución, tan noble, tan valiente, tan justa, tan santa como la de Julio, entregase su omnímodo poder, el poder del pueblo soberano, á su patriotismo y á la rectitud de sus intenciones.

El Duque de la Victoria y de Morella, el activo general, que con tantas hazañas ha ilustrado su nombre; el pacificador de España; el hijo predilecto de la fortuna; el idolo de Madrid y de Zaragoza; el hombre que ha tenido y tiene en sus manos los envidiables medios de hacer su nombre ilustre entre los mas ilustres de la historia, siendo el restaurador, el libertador de su patria. Don Baldomero Espartero, entró en Madrid en la mañana del 28 de Julio en medio de un gentío inmenso que se agolpaba en derredor de su carruaje, lleno de un júbilo indecible, de un frenético entusiasmo, porque todo lo esperaba de aquel hombre, que habia gastado su juventud en los combates, y encanecido en la proscripción; de aquel hombre en quien el partido liberal avanzado reconoce su gefe y personifica sus aspiraciones; que está obligado á salvar á su patria sopena de caer á tanta profundidad como la altura á que se ha elevado.

¡Qué triunfo tan magnífico! Si España engañada, vendida por los moderados le vió caer de su posición en Julio de 1843, esa misma España le indemnizaba once años despues (en Julio de 1854), llamándole á constituirla, á salvarla en una palabra.

El general Espartero, lo repetimos, está obligado á mucho, y cumplirá, no lo dudamos, con lo que debe á su patria como español, y asimismo como caballero.

El general Espartero, no debe olvidar, no puede olvidar nunca el lema escrito en la barricada de la Carrera de San Gerónimo:

¡ACUÉRDATE DE QUE EL PUEBLO TE HA TRAI DO!

.
.

En la tarde de aquel mismo día entró en Madrid el valiente O'Donnell, el pueblo le victoreó también; el pueblo le vió en el balcón de la casa de Matheu, enlazando sus brazos con los del Duque de la Victoria; simbolizando la Unión liberal.

.....
¿Pero qué se ha hecho de la Unión liberal? Era un fantasma de humo y le ha deshecho el viento.

Y ha sido lástima por cierto, porque la desaparición de los partidos, la creación de uno solo compuesto únicamente de todos los hombres de honor, es el único remedio de los males de la patria.

¿Será una utopía, un sueño del buen deseo, esta anhelada fusión?

La necesidad la viene reconociendo desde hace muchos años; los partidos que han querido aparecer menos exigentes la han invocado.

¿Por qué en tantos años no se ha realizado?

Porque en España hace muchos años que el pueblo está sirviendo de escala á la miserable ambición de unos pocos, porque es necesario que algunos centenares de familias crezcan y medren y vivan en palacios á costa del sudor y de la sangre del pueblo.

Porque es necesario que el pueblo vea monopolizadas todas sus revoluciones, y convertidas en sustancia y en su provecho particular por los traidores.

¡Pero ay del día en que el pueblo desengañado, aleccionado por la desgracia, reuna las cabezas de todos los traidores, de todos los infames, de todos los ingratos, y las corte de un solo golpe como si fuera una sola cabeza!

¿Acaso no tiene el pueblo la fuerza? ¿Acaso su fuerza no la pone en el seno de su soberanía.

Esperemos.

Puede ser que vayamos adelante, muy adelante; pero yo os juro que no volveremos atrás, y en todo caso si la traición nos aherroja por un momento, habremos ganado mucho, porque los excesos de la reacción habrán irritado á los más pacientes, y llegará un día en que todos los españoles piensen como un solo hombre.

:

540

Cuando llegue ese día, habrá lucido para nosotros el sol de la libertad.

VI.

Hemos concluido nuestra tarea: solo nos habíamos comprometido á reseñar los principales sucesos, los rasgos determinativos de la revolucion de Julio.

Allí donde esa revolucion ha abdicado en poder de las manos de un hombre, allí hemos concluido nosotros.

La revolucion á la voz de ese hombre, deshizo sus barricadas. ¿Se ha salvado ó se ha perdido la revolucion?

Esto no nos toca á nosotros decirlo en este lugar. Nuestra tarea ha concluido.

Pero podemos, sí decir, que tenemos fé como en nosotros mismos, en la valentía y en la independendencia del pueblo español.

Si para conquistar la libertad no bastare la revolucion de Julio, haremos otra, y otra y ciento: por cada uno de nosotros que muera sirviendo á la patria, se levantarán cien jóvenes, tan valientes como nosotros lo hayamos sido, y que tendrán á mas de los ejemplos de heroismo y amor á la patria que nosotros tenemos, los que nosotros les hayamos dado.

¡Fé en el destino de la humanidad, valor en el corazon, y seremos libres!

Sí, lo seremos: el pueblo es inmortal é invulnerable, porque el espíritu del pueblo es una idea y las ideas nunca mueren.

En el momento que escribimos esto han caido en nuestras manos dos hojas de un libro que no conocemos: ¿sabeis lo que hemos lcido en una de esas hojas?

Escuchad:

« La historia del pueblo es la historia del género humano; el estado del pueblo representa su verdadero estado, y es en todos tiempos el barómetro verdadero del progreso.

»El pueblo es un árbol que no muere nunca, que subsiste indefinidamente: los individuos son las hojas, que se renuevan todos los años; y que, alimentadas con su savia, contribuyen, mientras viven, á conservarlo; y las virtudes eminentes y el genio

son las flores de que el árbol se adorna, y que manifiestan los fecundos manantiales de virilidad que en sí encierra.

»Del estudio profundo de lo pasado resulta claramente que la condicion general de la humanidad, es decir, del pueblo, ha ido mejorándose sin cesar desde los primeros tiempos conocidos hasta el presente, y que este mejoramiento progresivo se ha realizado conforme á leyes inalterables que desde el principio tienen su raiz en la inmutable naturaleza de las cosas y en la del hombre particularmente; de donde se deduce esta consoladora é infalible consecuencia: que la condicion del pueblo seguirá mejorándose bajo la influencia constante de las mismas leyes, de tal modo que cada progreso proceda de un progreso anterior por medio de un movimiento natural, cuyas apariencias pueden variar, pero cuya direccion no cambiará nunca.»



APENDICE.

La forma que hemos creído conveniente dar á la relacion de los sucesos de los tres dias de Julio, nos ha impedido citar como hubiéramos querido los nombres de los valientes defensores del pueblo que mas se distinguieron.

Tropezamos tambien con otro inconveniente insuperable: la falta de datos oficiales: no parece sino que las hazañas del pueblo hayan de quedar sepultadas en el olvido en lo respectivo á sus individuos, y que ninguna autoridad civil se ocupe despues en recoger esos preciosos datos, que arrojarian llenos de gloria algunos humildes nombres, al respeto de la posteridad reconocida.

Sábase solo que el número de muertos del pueblo estuvo entre ochenta y ciento, y que llegaron á trescientos los heridos.

Afortunadamente tenemos los nombres de algunos de estos valientes en un estado clasificado del hospital general.

En cuanto á los demás, tenemos el disgusto de confesar que no podemos consignar en este apéndice los nombres de todos los que tomaron una parte activa en la lucha: nosotros sin embargo hemos abierto francamente nuestras páginas á todos los que se han distinguido, y hemos hecho una invitacion general para que de estos servicios se nos den datos.

Sin embargo, hemos obtenido muy pocos.

Por lo mismo nos vemos obligados á declarar que no creemos que las personas cuyos nombres y servicios vamos á espresar á continuacion, sean los únicos que se hayan distinguido; creemos que en la gloriosa lucha, todos han sido iguales, que no ha habido ni mejor ni peor; pero no podemos, porque es imposible, citar los nombres de todos, no conociéndolos.

Despues de esta franca manifestacion vamos á insertar con preferencia el estado del hospital general, en la creencia de que se leerán con aprecio los nombres de estos mártires, de estos héroes y de estas heroínas de la libertad.

Entre estos hay algunos heridos de la accion de Vicálvaro.

Número de la cama.	NOMBRES.	CALLE.	Pronóstico.
57	Manuel García.	Cedaceros.	Grave.
58	Feliciano Clardi.	Fuente.	Id.
59	Jose Alfonso.	P plazuela de Santo Domingo.	Leve.
60	Manuel Requero.	Cedaceros.	Grave.
61	Jose Rodriguez.	Mayor.	Id.
62	Jose Sierra.	Jacometrezo.	Muy grave.
63	Jose Gonzalez.	Hileras.	Grave.
64	Antonio Alonso.	Tudescus.	Id.
65	Guillermo Baquez.	Carrera de San Gerónimo.	Id.
66	Guillermo Martín.	Cedaceros.	Id.
67	Jose Maria Rodriguez.	Plaza de los Ministros.	Id.
68	Vicente Hileras.	Concepcion Geronima.	Leve.
69	Jose Menendez.	Jacometrezo.	Grave.
70	Jose R.bero.	Plaza de Santa Cruz.	Leve.
71	Jose de Prado.	Aneha de San Bernardo.	Grave.
72	Vicente Rodriguez.	San Bartolomé.	Leve.
73	duplicado.	Matias Arnaiz.	Grave.
Sala de la Asuncion.			
5	Manuel Gomez.	Atucha.	Grave.
10	Joaquina Garcia.	Prado.	Muy grave.
12	Andrés Serrano.	Atucha.	Grave.
15	Sebastiano Ponce.	Id.	Leve.
18	Hernando Iruano.	Id.	Grave.
Sala de Distinguidos.			
4	Jose Garcia.	Plaza Mayor.	Amp. de pierna.
5	Luis Perez.	Platerias.	Grave.
Sala de San Hilario.			
21	Indefonso Martinez.	Puerta del Sol.	Leve.
DEPARTAMENTO DE MUJERES.			
Sala de Madrid.			
25	Gabina de San José.	Sordo.	Leve.
25	Victoria Cabezas.	San Gil.	Grave.
Sala de San Carlos.			
58	Antonia Garcia.	Bardalores.	Grave.
Sala de Distinguidas.			
8	María Fernandez.	Carrera de San Gerónimo.	Grave.

Indicaciones ocurridas a consecuencia de las heridas, despues de haberlos traído al hospital, y algunos al poco tiempo de su recepcion.—Pascual Rodriguez.—Domingo Canabao.—Benito Ayudado.—Juan Gonzalez.—Antonio Orimela.—Baldomero Escrivano.—Jose Rodrigo.—Antonio Garcia.—Julian Martin.

Debe advertirse que en sala de la Asuncion estaba llena de militares, los cuales han sido trasladados al hospital de su nombre en los dias 25 y 26 en numero de unos 20, según recordamos; y por último, que se han socorrido algunos heridos, sin poder fijar el numero por no haber permanecido en este establecimiento, y trasladados a sus casas.

Madrid 25 de julio.

Número de la cama.	NOMBRES.	CALLE.	Pronóstico.
4	Ramon Fernandez.	Mayor.	Grave.
6	Miguel Alonso.	Palmas.	Id.
7	Juan Garcia.	Montera.	Id.
8	Antonio Villavilla.	Platería de Martinez.	Id.
10	Francisco Antonio Garcia.	Mayor.	Muy grave.
11	Francisco Rodriguez Telles.	Preclaidos.	Grave.
14	Juan Bernardo Brag.	San Anton.	Muy grave.
18	Jose Sazo.	Carmen.	Leve.
18	Jose Rodriguez.	Adelana.	Grave.
17	Alonso Perez.	Imperial.	Grave.
18	Pedro Lopez.	Montera.	Id.
19	Manuel Burenerri.	Arnal.	Id.
20	Francisco Calera.	Jacometrezo.	Id.
21	Jose Maria Aldegueth.	Atucha.	Id.
22	Ramon Rubio.	Platerias.	Id.
23	Benito Zorrilla.	Puerta del Sol.	Id.
25	Manuel Ronan.	Jacometrezo.	Id.
26	Francisco Alvarez.	Arnal.	Id.
27	Andrés Baques.	Arenal.	Id.
28	Lorenzo Valles.	Salitre.	Leve.
29	Juan Valles.	Plazuela de Isabel II.	Grave.
30	Francisco Castro.	Inter de San Miguel.	Id.
31	Jose de Gora.	Magdalena.	Id.
32	Jose Irujo.	Jacometrezo.	Id.
33	Alonso Pantoja.	Atucha.	Id.
34	Juan Inocente.	Carrera de San Gerónimo.	Id.
35	Alejo Ruiz.	Plaza Mayor.	Leve.
36	Candido Casas.	Atucha.	Muy grave.
38	Jose Martinez.	Santa Cruz.	Grave.
40	Manuel Martinez.	Salitre.	Id.
41	Jose Benchojo.	Soldado.	Id.
43	Jose Gonzalez.	Magdalena.	Id.
Sala de Santa Bárbara.			
1	Juan Garcia.	Plazuela de Isabel II.	Muy grave.
2	Agustin Echabarra.	Peligros.	Id.
4	Gregorio Boscane.	Platerias.	Id.
6	Diego Valentin Perez.	Jacometrezo.	Grave.
8	Antonio Torija.	Puerta del Sol.	Id.
13	Cipriano Perez.	Campos de Vicálvaro.	Id.
14	Antonio Martinez.	Platerias.	Id.
15	Jose Garcia.	Mayor.	Id.
16	Antonio Martin.	Plaza Mayor.	Id.
17	Antonio Sanchez.	Preclaidos.	Id. (se amputó).
20	Manuel de la Cortina.	Cedaceros.	Grave.
22	Laureano Espero.	Campo de Guardias.	Id.

HOSPITAL GENERAL.
Sala de San Bernardo.
HERIDOS EXISTENTES EN DICHA SALA, CASA QUE OCUPAN, PUERTO Ó PARAJE
EN QUE FUERON HERIDOS, Y PRONÓSTICO DE SUS LESIONES.

344

Relacion de algunos de los individuos que tomaron una parte activa en la revolucion de Julio de 1854.

Individuos que tomaron parte en la madrugada del 18 de Julio en el movimiento popular de la plaza de la Constitucion y sostuvieron el fuego con los cazadores de Baza y la Guardia civil.

Don Juan José Gérvoles, don Vicente Parrondo, don Ramon Peñasco, don Juan de Ranero, don Gregorio Guerra, don Mateo Valera, don Juan Carretero, don Joaquin Quijano, don José Muñoz, don Baldomero Moreno y don Francisco Polo.

Individuos que tomaron parte en el fuego de la plazuela de Santo Domingo con otros, cuyos nombres no conocemos.

Don Miguel Bueno, don J. Maria Seber, don Antonio Urias, don Lorenzo Segura, Julian Garcia, Juan Mosquera y Faustino Maroto.

Individuos que tomaron parte en el fuego de la calle de Atocha, la tarde del 18 de Julio.

Don Salvador Furio, Simon Gandasegui, soldado retirado, Sabas Hurtado, Agustin Hernandez, Salvador Trabado y Francisco Alvarez Ferrer, sargentos de la Direccion de Caballeria, Manuel Ortega, cabo de id., Francisco Garcia, ordenanza de id., Antonio Faces, don Manuel Puertas, oficial retirado, y don Antonio Soto, herido en la esquina de la plazuela de la Leña.

Individuos que se encontraron en la defensa de la calle de Atocha contra Gándara la tarde del 18 de Julio.

Un tal Sotomayor, actor cuyo nombre se ignora, Antonio Diaz y Montes, Fermin Mateo, Manuel Aznar, Teodoro del Campo, Pedro Perez, Vicente Garcia, Juan Allende, Gabriel Cubas y Ramon de la Peña. Esta relacion está certificada por Fermin Mateo.

En esta defensa hubo muchos mas paisanos, pero sus nombres no han llegado á nuestra noticia.

En la mañana del dia 18 se presentó en el ex-convento de Santo Tomás el patriota don Salvador Furio al frente de algunos ciudadanos, la mayor parte sin armas, y los restantes mal arma-

dos: su actitud y su decision intimidaron á la guardia y ordenanzas de la Capitanía general, que se encerraron en el portal de la misma, preparándose á la resistencia; en aquellos momentos don Miguel Dieffebruno, teniente del regimiento de lanceros de Alcántara, con grado de capitán, y empleado en la Direccion general de Caballería, que se encontraba por acaso en el edificio, bajó, acompañado del sargento primero don Francisco Alvarez y Ferrer, é hizo que la guardia y los ordenanzas entregasen las armas á los ciudadanos que mandaba el citado don Salvador Furio, cuyo valor y energía en aquellos momentos escedieron á toda poudercion. En el momento en que dichos ciudadanos tuvieron las armas, el citado Furio exclamó: *En la calle de Jacometrezo se baten nuestros hermanos, corred allá los que ya estais armados.* Efectuáronlo estos, y el señor Furio se encaminó con los que quedaron sin armas, en otra direccion, en busca de ellas.

Este ciudadano ha merecido bien de la patria.

Don Ramon Peñasco, con algunos paisanos sostuvo el fuego con las avanzadas de Palacio por la parte del teatro de Oriente en la madrugada del 48.

Individuos que defendieron el día 19 las barricadas de la calle de la Luna, Olivo alto, Descargaño y Ballesta.

Don Manuel Gil Santibañez, comandante del distrito, don Bernardo Gimenez y don José Martinez Calvo, ayudantes: paisanos, don Eugenio Roman, don Santos Serrano, don Ramon Jorge, Faustino Maroto, José Lumbreras, Francisco Corno, Francisco Doucos, Manuel Jorge, Tomás Moreno Melgarejo, Francisco Valero, Antonio Balmonde, Nicolás de la Peña, Manuel Gonzalez, José Quesada, Juan María Casas, Antonio Fuentes, Jesus Sanchez, Juan Estepa, Antonio Bailo, Manuel del Moral, Cándido Romero, Juan Maestre y Vicente Sierra.

Don Antonio Soto y Lemus, despues de haber convenido con el sargento de la guardia municipal, don Sergio Arias, la manera de que cuando fuese necesario pudiese apoderarse el pueblo de las armas depositadas en los sótanos del Gobierno civil, trabajó ac-

346

tivamente antes y después de esto en favor de la revolución.

En la tarde del 17 de Julio acudió Soto á la casa donde se hallaba escondido el señor Cardero , encontrando en ella á los ciudadanos Cuervo , Iglesias , Sampedro , los dos hermanos Salayas , Solano y don Ricardo Gullon , con los cuales se dirigió á la Puerta del Sol para animar los grupos , que reunidos con la parte del pueblo que allí se hallaba y que pedía armas , se dirigieron al Gobierno civil , en donde encontraron al sargento Arias que en cumplimiento de su compromiso , franqueó la entrada en los sótanos , apoderándose el pueblo de las armas y municiones que en ellos existían : juntos ya los pronunciados con otros patriotas que se encontraban provistos de armas de su propiedad , se aprestaron al combate dirigiéndose á la casa de la Villa.

Acto continuo , ayudado Soto de su hermano menor don José y de dos mozos mas , repartió á varios ciudadanos cuatrocientos paquetes de cartuchos que á prevención se habían confeccionado en la casa núm. 28 de la Carrera de San Gerónimo , donde habitaba el patriota don Francisco Fernandez Avello. Hecho esto se unió al pueblo que se dirigió á la cárcel del Saladero , pidiendo la libertad de los señores Algarra , Rivero y demás presos políticos que allí había , los cuales reunidos con el pueblo se presentaron en la referida casa de la Villa , donde estaba el general San Miguel y otros varios patriotas formando Junta.

En este estado , y habiéndose presentado mayor fuerza armada del ejército en actitud hostil , sin quererse pronunciar , no obstante los vivos y entusiasmo del pueblo , este procuró replegarse á la Plaza Mayor , desde donde se distribuyó en diferentes puntos para procurarse armas , las que de ellas carecían , quedando las que las tenían con el señor Cardero , donde sufrieron algunas descargas.

RECTIFICACION.

El señor don Modesto Reberter nos ruega que insertemos la siguiente , y nosotros nos apresuramos á complacerle , declarando sin embargo que si ha habido inexactitudes en nuestro relato , inexactitudes que serán muy ligeras sin duda , consiste en que tu-

vimos que valernos de los datos que se nos dieron , puesto que nosotros no nos encontramos en aquella entrada :

El 1.º de febrero del 54 fui hecho preso en Zaragoza por los primeros acontecimientos del brigadier Hore, estuve en un calabozo catorce dias, y fui desterrado á Pamplona ; sin obedecer á este destierro, me vine á la córte, donde en seguida me puse en combinacion con los señores Rivero, Algarra, Tasara, Somoza y otros, habiendo desempeñado trabajos de alguna importancia.

El 29 de junio sali de la córte con Abascal, Somoza y otros á Torrejon de Ardoz á incorporarme con la division de O'Donnell, cuyo general me hizo entrar otra vez en Madrid para sacar las armas y gente que habia dispuesta; habiendolo efectuado, volvi á reunirme en Aranjuez; siguiendo dicha columna hasta Madridejos, donde me presenté al general O'Donnell para manifestarle que si me daba fuerzas para pasar á Aragon, podria hacer servicios de grande importancia, á lo que accedió, dándome todos los paisanos que voluntariamente quisieron venirse conmigo. Entonces le propuse que el comandante Buceta queria que con mi fuerza le acompañara hasta Rioja donde tenia algunos trabajos; convino á esto el general, y lo mismo sucedió á D. Felipe Abascal, que se vino con intencion de pasar á su pais, Santander. Los tres unidos marchamos desde Puerto la Piche por la Mancha, entrando en San Clemente y otros pueblos de los mas crecidos del tránsito. El 1.º de julio entramos á las once de la mañana en Cuenca, sorprendiendo las autoridades y desarmando unos 300 hombres de todas armas, que fueron desarmados por mi amigo Abascal y por mí, pues Buceta, entretenido con el gobernador y comandante general, no se cuidó de la fuerza armada.

Nada pongo de la entrada y demas pormenores, porque estando circulando las entregas que tratan de dicha entrada de Cuenca, es difícil subsanar los errores que en ellos pueda haber.

MOFESTO REBERTEN.

Este individuo el dia 18 se ocupó en repartir municiones á los paisanos que combatian especialmente en la calle de Atocha.

El 19 prestó iguales servicios en las barricadas de las Cuatro Calles, sosteniendo desde ellas el fuego con la tropa y desempeñando otros servicios de consideracion.

Don Atilano Blanco defendió desde los balcones de su casa el dia 19 la barricada de la calle del Caballero de Gracia, en compañía de don José Hoffman y don Bartolomé Ranai. Este último habia sido herido el dia anterior en la plazuela de Santo Domingo, en que estuvo solo en una esquina durante dos horas sosteniendo el fuego; despues fué á la Plaza Mayor, donde hirió á un guardia civil, viéndose precisado despues á retirarse á su casa á causa de la herida.

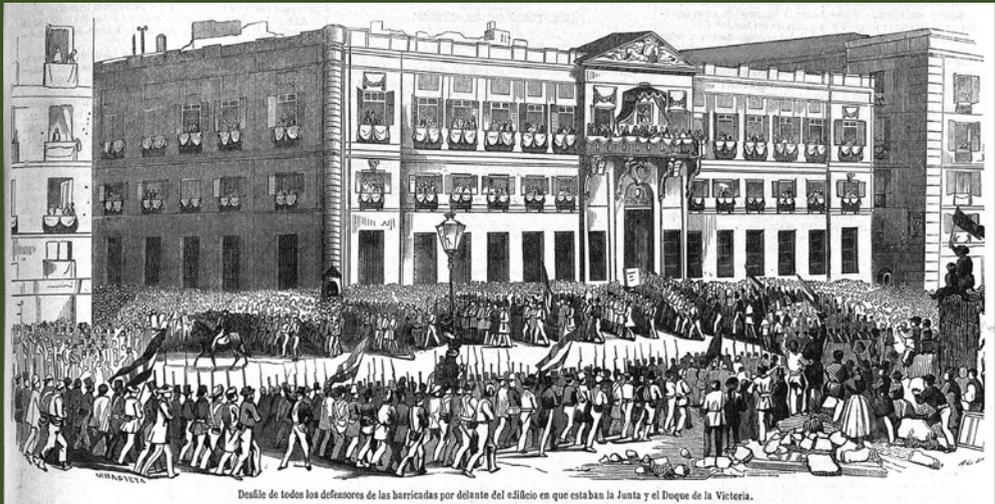
El 19 á las dos de la tarde Damian Dominguez, y Juan José Lopez, apagaron la espoleta de una granada que habian disparado á la plazuela de Anton Martin los obuses situados en el Cerrillo de San Blas.

Estos son cuantos nombres y servicios han llegado á nuestra noticia y sentimos grandemente no conocer del mismo modo todos los demas que tan heroicamente han figurado y tenido lugar en aquellos tres dias de gloria.

REVOLUCION DE JULIO.

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	<u>PÁGINAS.</u>
D. Leopoldo O'Donnell.	400
El general Dulce arenga á las tropas, y dá á reconocer al general O'Donnell.	417
Entrada de S. M. la Reina la noche del 28.	426
Accion de Vicálvaro.	440
D. Francisco Serrano y D. Felix Marfa Messina.	450
D. Domingo Dulce y D. Antonio Ros de Olano.	467
Quema de los efectos pertenecientes á las casas de Sartorius y Collantes.	254
Barricada de la calle de la Montera el dia 19.	288
El general San Miguel recorriendo las barricadas.	316
El general Espartero.	329



Desfile de todos los defensores de las barricadas por delante del «Jilicio» en que estaban la Junta y el Duque de la Victoria.

El 27 de julio de 1854 tuvo lugar la entrada triunfal en Madrid del general Espartero, llamado por Isabel II para formar un gobierno que iba a poner fin al período conocido como *década moderada*. Este acontecimiento fue la culminación de un proceso de degradación ante la opinión pública de los moderados, que, en su última etapa, desde el 19 de septiembre de 1853, estuvieron representados por la presidencia en el consejo de ministros del conde de San Luis, Luis José Sartorius. Sartorius se convirtió en el símbolo de la corrupción de la clase dominante, y en encubridor de los negocios turbios de la reina madre María Cristina. El arranque de un pronunciamiento militar liderado por el general O'Donnell el 27 de junio de 1854, dio paso a una revolución popular el 17 de julio de aquel año, que a punto estuvo de costarle el trono a Isabel II. Cristino Martos, figura insigne del partido demócrata y testigo de aquellos acontecimientos, analiza los antecedentes que condujeron al estallido y el desarrollo de unos acontecimientos que desembocarían en el llamado bienio progresista (1854-1856), en una obra caracterizada por un estilo ágil y apasionado que cautivará al lector.